

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**  
**DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional  
comparada en el interior de la península ibérica entre finales  
de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR:

**José Miguel Hernández Sousa**

**Director**

**Ángel Fuentes Domínguez**

Madrid, 2019





**UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
DE MADRID**

**Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional  
comparada en el interior de la península ibérica entre finales  
de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media**

**Autor: JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ SOUSA**

**Director: Dr. D. Ángel FUENTES DOMÍNGUEZ**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**





*El presente es la clave del pasado*

James Hutton

*No tengo talentos especiales, pero sí soy profundamente curioso*

Albert Einstein



# Índice

Página

---

ÍNDICE	VII
ÍNDICE DE FIGURAS	XV
ÍNDICE DE TABLAS	XXII
AGRADECIMIENTOS	XXVI
RESUMEN	XXX
ABSTRACT	XXXI
<b>CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
1.1. INTRODUCCIÓN	1
1.2. JUSTIFICACIÓN	3
<b>CAPÍTULO 2. OBJETIVOS</b>	<b>9</b>
2.1. PLANTEAR UNA REFLEXIÓN ACTUAL ACERCA DEL FENÓMENO DE LAS ÁREAS MARGINALES	10
2.1.1. ¿CÓMO PODEMOS PERCIBIR EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO ESAS RELACIONES CENTRO/PERIFERIA?	12
2.1.2. LOS TERRITORIOS MARGINALES	14
2.2. APROXIMACIÓN A LA ARQUEOLOGÍA DE LOS GRUPOS PASTORILES	16
2.2.1. LOS GRUPOS PASTORILES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	19
2.3 LA DESPOBLACIÓN DEL MEDIO RURAL	22
<b>CAPÍTULO 3. DELIMITACIÓN DEL TERRITORIO DE ESTUDIO</b>	<b>255</b>
3.1. EL MARCO GENERAL. PRIMER NIVEL ESCALA REGIONAL	27
3.2. EL SEGUNDO NIVEL. ESCALA MESO, NIVEL COMARCAL	28
3.3. EL TERCER NIVEL. ESCALA MICRO, NIVEL LOCAL O DE YACIMIENTO	29
<b>CAPÍTULO 4. METODOLOGÍA</b>	<b>322</b>
4.1. EL PAISAJE	322

<b>4.2. LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE</b>	<b>355</b>
<b>4.3. LA PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA</b>	<b>39</b>
<b>4.4. LOS S.I.G EN LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE</b>	<b>40</b>
4.4.1. LOS SIG Y LA INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	42
<b>4.5. LA FOTOGRAFÍA AÉREA</b>	<b>43</b>
<b>4.6. DESARROLLO DEL TRABAJO</b>	<b>45</b>
<b>4.7. TOPONIMIA</b>	<b>46</b>
4.7.1. MACROTOPONIMIA. LOS NOMBRES ACTUALES DE MUNICIPIOS Y ACCIDENTES GEOGRÁFICOS	533
4.7.2. TOPÓNIMOS CON REFERENCIA ARQUEOLÓGICA	53
 <b>CAPÍTULO 5. EL MARCO DE ESTUDIO: EL MEDIO FÍSICO</b>	 <b>56</b>
<b>5.1. ESTUDIO DEL MEDIO FÍSICO</b>	<b>56</b>
<b>5.2. GEOMORFOLOGÍA</b>	<b>58</b>
5.2.1. LAS UNIDADES ESTRUCTURALES	58
5.2.2.1. EL SISTEMA CENTRAL	59
5.2.2.2. LAS CUENCAS SEDIMENTARIAS	611
<b>5.3. LOS SUELOS</b>	<b>63</b>
5.3.1. EL ESTUDIO DE LAS ISÓCRONAS	66
<b>5.4. LA HIDROLOGÍA</b>	<b>67</b>
5.4.1. CUENCA DEL DUERO	700
5.4.2. CUENCA DEL TAJO	711
<b>5.5. CLIMATOLOGÍA</b>	<b>72</b>
<b>5.6. LA VEGETACIÓN</b>	<b>79</b>
5.6.1. LA TOPONIMIA VEGETAL	81
5.6.2. ANÁLISIS PALINOLÓGICOS (PALEOVEGETACIÓN)	82
<b>5.7. FAUNA</b>	<b>86</b>
<b>5.8. LOS RECURSOS MINERALES</b>	<b>88</b>
5.8.1. LOS RECURSOS MINERALES DE USO METALÚRGICO	88
5.8.2. LOS MINERALES NO METALÚRGICOS	89
 <b>CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL</b>	 <b>92</b>
<b>6.1. EL HÁBITAT RURAL DURANTE LA II EDAD DEL HIERRO</b>	<b>93</b>
6.1.1. LOS CASTROS	94
6.1.2. EL HÁBITAT EN LLANO	98
6.1.3. EL HÁBITAT EN CUEVAS	99

6.1.4 . LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS. VERRACOS	99
<b>6.2. EL POBLAMIENTO EN ÉPOCA ROMANA ALTOIMPERIAL</b>	104
6.2.1. LAS CIUDADES	104
6.2.2. LAS VILLAS	105
6.2.3. EPIGRAFÍA	109
6.2.3.1. DIVINIDADES	115
6.2.3.2. GRUPOS DE PARENTESCO Y ORGANIZACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA ROMANA	116
<b>6.3. EL POBLAMIENTO DE ÉPOCA TARDOANTIGÜA Y ALTOMEDIEVAL</b>	122
6.3.1. LAS CIUDADES O <i>CIVITATES</i>	123
6.3.2. ASENTAMIENTOS EN ALTURA	123
6.3.3. ESTRUCTURAS DE FONDO REHUNDIDO	126
6.3.4. CONSTRUCCIONES ELEVADAS CON ZÓCALO	128
6.3.5. ESTRUCTURAS AUXILIARES	129
6.3.6. LAS PIZARRAS DE ÉPOCA VISIGODA	129
<b>6.4. LAS NECRÓPOLIS</b>	132
6.4.1. LAS NECRÓPOLIS DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO	132
6.4.2. LAS NECRÓPOLIS DE ÉPOCA ROMANA	133
6.4.3. LAS NECRÓPOLIS DE ÉPOCA TARDOANTIGUA Y ALTOMEDIEVAL	135
6.4.3.1. LAS NECRÓPOLIS «TIPO DUERO» O «POSTIMPERIALES»	135
6.4.3.2. LAS TUMBAS EXCAVADAS EN LA ROCA	137
<b>6.5. RUTAS Y VÍAS DE COMUNICACIÓN</b>	140
6.5.1. LOS EJES NATURALES DE COMUNICACIÓN	140
6.5.2. LAS VÍAS PECUARIAS (CAMINOS GANADEROS)	142
6.5.3. RUTAS DE COMUNICACIÓN DE LAS COMUNIDADES PRERROMANAS	145
6.5.4. VÍAS ROMANAS	146
6.5.5. LAS COMUNICACIONES EN ÉPOCA TARDOANTIGUA (SIGLOS V-VIII)	156
6.5.6. LAS COMUNICACIONES A PARTIR DEL SIGLO VIII	157
 <b>CAPÍTULO 7. LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA</b>	 159
<b>7.1. ZONA I TIERRA LLANA-LA MORAÑA</b>	159
7.1.1. LA II EDAD DEL HIERRO	160
7.1.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	160
7.1.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	162
7.1.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	164

7.1.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	164
7.1.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	166
7.1.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	168
7.1.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	168
7.1.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII D.C.)	172
7.1.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	175
7.1.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	175
 <b>7.2. ZONA II VALLE DEL TORMES-CORNEJA</b>	 <b>186</b>
7.2.1. LA II EDAD DEL HIERRO	187
7.2.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	187
7.2.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	189
7.2.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	190
7.2.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	190
7.2.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	192
7.2.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	193
7.2.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	193
7.2.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII D.C.)	196
7.2.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	198
7.2.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	198
 <b>7.3. ZONA III EL VALLE DE AMBLÉS</b>	 <b>207</b>
7.3.1. LA II EDAD DEL HIERRO	208
7.3.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	208
7.3.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	210
7.3.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SIGLOS I-III D.C.)	212
7.3.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	212
7.3.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	214
7.3.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (S. IV-VIII)	216
7.3.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	216
7.3.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	220
7.3.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	223
7.3.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	224
 <b>7.4. ZONA IV VALLE DEL TIÉTAR Y ALBERCHE</b>	 <b>235</b>

7.4.1. LA II EDAD DEL HIERRO	237
7.4.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	237
7.4.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	238
7.4.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	239
7.4.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	240
7.4.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	243
7.4.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGÜA (SIGLOS IV-VIII)	243
7.4.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	243
7.4.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	244
7.4.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	246
7.4.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	247
 <b>7.5. ZONA V. VALLE MEDIO Y BAJO DEL ERESMA Y VOLTOYA</b>	 <b>253</b>
7.5.1. LA II EDAD DEL HIERRO	254
7.5.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	254
7.5.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	256
7.5.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	256
7.5.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	256
7.5.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	258
7.5.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	260
7.5.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	260
7.5.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	264
7.5.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	266
7.5.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	266
 <b>7.6. ZONA VI. VALLE MEDIO Y BAJO DEL DURATÓN Y CEGA</b>	 <b>276</b>
7.6.1. LA II EDAD DEL HIERRO	276
7.6.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	276
7.6.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	278
7.6.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	278
7.6.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	279
7.6.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	281
7.6.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	281
7.6.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII D.C.)	284
7.6.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	286

7.6.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	286
<b>7.7. ZONA VII CUENCA ALTA DEL DURATÓN Y RIAZA</b>	<b>293</b>
7.7.1. LA II EDAD DEL HIERRO	293
7.7.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	293
7.7.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	295
7.7.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	296
7.7.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	296
7.7.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	298
7.7.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII)	301
7.7.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	301
7.7.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	304
7.7.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	307
7.7.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	307
<b>7.8. ZONA VIII. CUENCA ALTA DEL ERESMA</b>	<b>318</b>
7.8.1. LA II EDAD DEL HIERRO	318
7.8.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	318
7.8.1.2. LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS	320
7.8.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	320
7.8.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	320
7.8.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	323
7.8.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	324
7.8.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	324
7.8.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII D.C.)	326
7.8.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	328
7.8.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	328
<b>7.9. ZONA IX. SIERRA NORTE Y CUENCA ALTA DEL JARAMA Y MANZANARES</b>	<b>340</b>
7.9.1. LA II EDAD DEL HIERRO	341
7.9.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	341
7.9.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	343
7.9.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	343
7.9.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	344
7.9.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII D.C.)	346



7.9.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V D.C.)	346
7.9.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	349
7.9.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	352
7.9.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	353
<b>7.10. ZONA X. SIERRA OESTE Y CUENCA DEL GUADARRAMA</b>	<b>363</b>
7.10.1. LA II EDAD DEL HIERRO	364
7.10.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	364
7.10.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	365
7.10.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	365
7.10.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	367
7.10.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII)	370
7.10.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	370
7.10.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	371
7.10.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	372
7.10.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	373
<b>7.11. ZONA XI. CUENCA MEDIA DEL JARAMA Y MANZANARES</b>	<b>382</b>
7.11.1. LA II EDAD DEL HIERRO	382
7.11.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	382
7.11.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	385
7.11.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	385
7.11.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	390
7.11.3. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII)	393
7.11.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	393
7.11.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	398
7.11.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	403
7.11.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	404
<b>7.12. ZONA XII. CUENCA DEL TAJUÑA Y VEGAS</b>	<b>415</b>
7.12.1. LA II EDAD DEL HIERRO	416
7.12.1.1. LOS ASENTAMIENTOS DURANTE EL HIERRO II	416
7.12.2. LA ÉPOCA ROMANA ALTO/BAJOIMPERIAL (SS. I-III D.C.)	419
7.12.2.1. LOS ASENTAMIENTOS	419

7.12.2.2. LAS INSCRIPCIONES LATINAS	423
7.12.2. LA ÉPOCA TARDOANTIGUA (SS. IV-VIII)	425
7.12.3.1. LA ÉPOCA TARDORROMANA (SS. IV-V)	425
7.12.3.2. LA ÉPOCA VISIGODA (SS. VI-VIII)	427
7.12.4. ¿Y DESPUÉS DEL SIGLO VIII?	430
7.12.5. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS	430
 <b>CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES</b>	 <b>446</b>
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO</b>	<b>456</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>462</b>
<b>ANEXOS</b>	

## Índice de Figuras

Figura 1.1: Ejemplo de una de las grandes estructuras lineales que ha motivado el halazgo de numerosos yacimientos arqueológicos, la construcción de las vías para el AVE en numerosos puntos de la geografía español.	4
Figura 1.2: Intervención arqueológica en el yacimiento de Navalhija (Colmenar Viejo, Madrid).	5
Figura 2.1: Esquema del modelo sistema mundial elaborado por Wallerstein.	11
Figura 2.2: Rebaño de cabras y ovejas en la década de los años 60 del siglo pasado en las afueras de Solana de Ávila (Ávila).	16
Figura 2.3: A. Aperos de labranza recuperados en intervenciones arqueológicas en la provincia de Ávila. B. Aperos de labranza utilizados a lo largo del siglo XX.	17
Figura 2.4: Restos arqueológicos de actividad pastoril; chozo existente cerca de Puente de Congosto (Salamanca), situado junto a uno de los principales pasos sobre el río Tormes.	18
Figura 2.5: Rebaño de vacas avileñas buscando pastos de altura en los agostaderos propios de la sierra de Gredos. La importancia de las actividades pastoriles ha sido de enorme importancia desde la Prehistoria hasta prácticamente la actualidad.	18
Figura 2.6: Pastores en un chozo en la Sierra de Gredos, año 1913.	19
Figura 2.7: Detalle de el mosaico de El Alía, donde se encuentra la representación de una cabaña o construcción efímera, de hace alrededor de 2.000 años, muy semejante a las que utilizaban los pastores hasta prácticamente la actualidad.	20
Figura 2.8: Recogida del heno en el pueblo abulense de El Losar. (Foto extraída de Museo de Ávila (2009). Así éramos. La mirada de Albert Klemm por Ávila, en 1932, p. 100).	21
Figura 2.9: Imagen de un despoblado actual en la comarca abulense del río Aravalle.	22
Figura 2.10: A. Imagen del Vuelo Americano serie B, 1956-57; B. Imagen del PNOA 2014.	23
Figura 3.1: Imagen del Sistema Central, eje vertebrador del interior peninsular; en este caso de la Sierra de Guadarrama y la Pedriza.	25
Figura 3.2: Situación de la zona de estudio en el ámbito peninsular y regional.	26
Figura 3.3: Delimitación administrativa actual de la zona de estudio.	27
Figura 3.4: Distribución de las diferentes zonas del área de estudio.	29
Figura 3.5: Distribución del conjunto de yacimientos que son objeto de estudio en el presente trabajo.	30
Figura 4.1: Paisaje de una zona dedicada a la ganadería, en primer plano un potro, ya en desuso, y una casa dedicada a la estabulación del ganado.	33
Figura 4.2: Ortofotografía obtenida de SIGPAC de uno de los yacimientos de estudio (Navalhija, Colmenar Viejo).	44
Figura 4.3: Recorte procedente del plano de Colmenar Viejo, escala 1:50.000, 1ª edición, 1878, donde se observa el pueblo y alrededores.	45
Figura 4.4: Distribución de los diferentes topónimos y su posible procedencia.	51
Figura 5.1: Grandes regiones geológicas de la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 76).	57

Figura 5.2: Grandes dominios litológicos en la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 135).	59
Figura 5.3: Principales unidades estructurales dentro del área de estudio	60
Figura 5.4: Tipos de suelos según la clasificación establecida.	65
Figura 5.5: Representación de las isócronas de 30 y 60 minutos de desplazamiento entorno a algunos de los asentamientos y como cortan los diferentes tipos de suelos representados por diferentes colores; verdes tipo A, amarillos tipo B y naranja tipo C.	66
Figura 5.6: Cuencas hidrográficas de la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 105).	68
Figura 5.7: Cursos fluviales de la zona de estudio	71
Figura 5.8: Clasificación climática de Köppen para la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 104).	72
Figura 5.9: Período medio de frío o heladas (elaboración propia).	73
Figura 5.10: Temperatura mínima anual de la zona de estudio (elaboración propia).	74
Figura 5.11: Temperatura media anual de la zona de estudio (elaboración propia).	76
Figura 5.12: Mapa con las precipitaciones medias anuales en la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 97).	77
Figura 5.13: Regiones biogeográficas en la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 116).	79
Figura 5.14: Principales tipos de vegetación en el entorno del Sistema Central (López, 2014: 4).	80
Figura 5.15: Imagen de localizaciones de secuencias polínicas realizadas en el Sistema Central (López, 2014: 3).	83
Figura 5.16: Reconstrucción de la paleovegetación en el Sistema Central desde el primer milenio a.C. hasta el presente, adaptado de (López, 2014: 10).	84
Figura 5.17: Detalle del mosaico procedente de la villa de Las Tiendas (Mérida), en el que se representa al señor de la villa practicando la caza del jabalí.	87
Figura 6.1: Detalle de las defensas del oppidum de Ulaca, muros en una de las puertas de acceso.	94
Figura 6.2: Restos de los muros de las viviendas del castro de la Dehesa de la Oliva (Patones, Madrid).	96
Figura 6.3: Reconstrucción ideal de una casa carpetana. Ilustración de Arturo Asensio, extraída de (Märtens, Contreras, Ruiz Zapatero, y Baquedano, 2014: 299).	97
Figura 6.4: Detalle de la cabeza de uno de los verracos existentes en Guisando.	101
Figura 6.5: Escultura zoomorfa situada en el Colegio de Arquitectura de Ávila.	102
Figura 6.6: Distribución del territorio de las ciudades romanas aplicando polígonos Thiessen.	104
Figura 6.7: Detalle de los restos de la villa romana de El Vergel (San Pedro del Arroyo, Ávila).	106
Figura 6.8: En la parte superior derecha del mosaico del Dominus Iulius (Museo de El Bardo, Túnez), se observa la representación de una construcción efímera.	108
Figura 6.9: Distribución de los Grupos de Parentesco Indígenas en la zona de estudio.	117
Figura 6.10: Detalle del amurallamiento en el asentamiento fortificado de Bernardos (Segovia).	125
Figura 6.11: Detalle de algunas de las edificaciones del asentamiento de Cabeza de Navasangil (Ávila).	126
Figura 6.12: Pizarras de época visigoda con texto grabado procedentes del yacimiento de Diego Álvaro, expuestas en el Museo de Ávila.	130

Figura 6.13: Verraco y cupae en Solana de Rioalmar.	134
Figura 6.14: Tumba individual de lajas documentada en la necrópolis de Nuestra Señora de Remedios (Colmenar Viejo, Madrid).	136
Figura 6.15: Sarcófago monolítico procedente del yacimiento de la Ermita del Rebollar.	1377
Figura 6.16: Tumba excavada en la roca, existente en el yacimiento de La Cama de los Moros (Sotalbo, Ávila).	138
Figura 6.17: Enterramiento infantil sobre tejas, procedente de la necrópolis de Remedios (Colmenar Viejo).	1399
Figura 6.18: Hipotéticos ejes naturales que articulaban el territorio.	141
Figura 6.19: Vacas raza avileña en pastos de altura.	142
Figura 6.20: Restitución hipotética de los recorridos de las vías pecuarias.	143
Figura 6.21: Reconstitución hipotética de las vías de comunicación en la zona de estudio.	154
Figura 7.1: Paisajes de las tierras llanas de Ávila.	159
Figura 7.2: Detalle del campo de piedras hincadas establecido con fines defensivos existente en el castro de la Mesa de Miranda.	160
Figura 7.3: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	161
Figura 7.4: Croquis del oppidum de la Mesa de Miranda (A. Molinero, 1958).	162
Figura 7.5: Figura zoomorfa (Verraco) de Villanueva del Campillo.	163
Figura 7.6: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	165
Figura 7.7: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	167
Figura 7.8: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss IV-V d.C.) en el área de estudio.	168
Figura 7.9: Grupo escultórico en mármol de Tritón y Nereida, conservado en el Museo de Ávila, recuperados junto al mosaico geométrico de la villa de El Torreón, también en el mismo museo.	170
Figura 7.10: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VIII d.C.) en el área de estudio.	172
Figura 7.12: Límites provinciales en época romana.	181
Figura 7.13: Detalle del río Tormes antes de su llegada al Barco de Ávila donde recibe las aguas del Aravalle.	186
Figura 7.14: Detalle del castro de la Era de Los Moros (Navatejares).	188
Figura 7.15: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	189
Figura 7.16: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	191
Figura 7.17: Distribución de las vías de comunicación y su relación con los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.).	192
Figura 7.18: Detalle de la estela funeraria situada en el interior de la iglesia de Gilbuena.	193

Figura 7.19: Situación de los documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	194
Figura 7.20: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	195
Figura 7.21: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	197
Figura 7.22: Detalle del paso de la vía romana por tras sobrepasar el alto de Tornavacas e ingresar en el valle del Aravalle.	202
Figura 7.23: Vista del Valle de Amblés desde La Serrota.	207
Figura 7.24: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	209
Figura 7.25: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	212
Figura 7.26: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	215
Figura 7.27: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	217
Figura 7.28: Tumba de tegulae recuperada en el yacimiento de Pared de los Moros (Niharra), situado como parte de la exposición permanente del Museo de Ávila.	218
Figura 7.29: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	221
Figura 7.30: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	227
Figura 7.31: Límites provinciales en época romana.	229
Figura 7.32: Detalle de uno de los lienzos de la muralla junto a la Puerta de San Vicente. Se aprecia la reutilización de piezas procedentes de la necrópolis que debía encontrarse muy próxima y de bloques de granito.	232
Figura 7.33: Valle del Tiétar con la Sierra de Gredos al fondo.	235
Figura 7.34: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	236
Figura 7.35: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	239
Figura 7.36: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	240
Figura 7.37: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	242
Figura 7.38: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	244
Figura 7.39: Elementos de ajuar recuperados en la necrópolis de Valdesanmartín (El Tiemblo) situados en la exposición permanente de el Museo de Ávila.	245
Figura 7.40: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	249
Figura 7.41: Límites provinciales en época romana.	251
Figura 7.42: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	254

Figura 7.43: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	257
Figura 7.44: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	259
Figura 7.45: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	261
Figura 7.46: Detalle de las edificaciones de la villa de Los Casares (Armuña). Fotografía aérea, realizada por Julio del Olmo en 1996. Escala 1/30.000	262
Figura 7.47: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	265
Figura 7.48: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	270
Figura 7.49: Límites provinciales en época romana.	272
Figura 7.50: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II.	277
Figura 7.51: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	279
Figura 7.52: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	280
Figura 7.53: Detalle del mosaico recuperado de la villa de Santa Lucía (Aguilafuente).	281
Figura 7.54: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	282
Figura 7.55: Detalle del mosaico geométrico recuperado de la villa de Santa Lucía (Aguilafuente), situado en el Aula Arqueológica de Aguilafuente.	283
Figura 7.56: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	284
Figura 7.57: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	290
Figura 7.58: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	294
Figura 7.59: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	296
Figura 7.60: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	299
Figura 7.61: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	302
Figura 7.62: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	304
Figura 7.63: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	311
Figura 7.64: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio.	319
Figura 7.65: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	321
Figura 7.66: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	323

Figura 7.67: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	325
Figura 7.68: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	327
Figura 7.69: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	332
Figura 7.70: Demarcaciones administrativas del territorio en época romana.	334
Figura 7.71: Panorámica del acueducto segoviano a principios del siglo pasado y de los ganados pastando junto al mismo.	336
Figura 7.72: Detalle de la zona de estudio desde el yacimiento de El Cancho del Confesionario (Manzanares el Real).	340
Figura 7.73: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio.	342
Figura 7.74: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	343
Figura 7.75: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	345
Figura 7.76: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	347
Figura 7.77: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	349
Figura 7.78: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	356
Figura 7.80: Detalle de la sierra oeste de Madrid	363
Figura 7.81: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio. Yacimientos: 1. Cerro del Castillejo (Valdemorillo).	364
Figura 7.82: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	366
Figura 7.83: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	368
Figura 7.84: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	370
Figura 7.85: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	372
Figura 7.86: Demarcaciones administrativas del territorio en época romana.	377
Figura 7.87: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	378
Figura 7.88: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio.	383
Figura 7.89: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	386
Figura 7.90: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	391
Figura 7.91: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	394
Figura 7.92: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	399
Figura 7.93: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	408



Figura 7.94: Límites conventuales de época romana.	411
Figura 7.95: Zona de las vegas de Madrid.	415
Figura 7.96: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio.	417
Figura 7.97: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio.	420
Figura 7.98: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.	424
Figura 7.99: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio.	426
Figura 7.100: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio.	428
Figura 7.101: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.	436
Figura 7.102: Límites conventuales en época romana	435

## Índice de tablas

Tabla 4.1: Algunos de los diferentes topónimos atribuidos o que hacen referencia a los diferentes grupos que habitaran estas tierras y que pueden servir de ejemplos de persistencia.	49
Tabla 6.1: Relación de las figuras zoomorfas existentes en la zona de estudio	100
Tabla 6.2: Realizada a partir de los datos de Ruiz y Sanchís, 2008: 226.	103
Tabla 6.3: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Ávila.	110
Tabla 6.4: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Madrid.	111
Tabla 6.5: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Segovia.	112
Tabla 6.6: Relación de divinidades que aparecen en el territorio en estudio.	116
Tabla 6.7: Grupos de parentesco indígenas que aparecen en el área de estudio.	118
Tabla 6.8: Relación de procedencia de algunos de los individuos inhumados en el territorio de estudio.	120
Tabla 7.1: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.	163
Tabla 7.2: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.	176
Tabla 7.3: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	176
Tabla 7.4: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	177
Tabla 7.5: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	178
Tabla 7.6: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	178
Tabla 7.7: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.	190
Tabla 7.8: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.	198
Tabla 7.9: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	199
Tabla 7.10: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	200
Tabla 7.11: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	200
Tabla 7.12: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	201
Tabla 7.13: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.	211
Tabla 7.14: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.	223
Tabla 7.15: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	224
Tabla 7.16: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	225
Tabla 7.17: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	225
Tabla 7.18: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	226
Tabla 7.19: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.	238
Tabla 7.20: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.	246

Tabla 7.21: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	247
Tabla 7.22: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	247
Tabla 7.23: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	247
Tabla 7.24: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	248
Tabla 7.25: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.	267
Tabla 7.26: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	267
Tabla 7.27: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	268
Tabla 7.28: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	268
Tabla 7.29: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	269
Tabla 7.30: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.	286
Tabla 7.31: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	287
Tabla 7.32: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	287
Tabla 7.33: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	288
Tabla 7.34: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	289
Tabla 7.35: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.	307
Tabla 7.36: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	308
Tabla 7.37: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	308
Tabla 7.38: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	309
Tabla 7.39: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	309
Tabla 7.40: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.	329
Tabla 7.41: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	329
Tabla 7.42: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	330
Tabla 7.43: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	330
Tabla 7.44: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	331
Tabla 7.45: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el CACAM.	352
Tabla 7.46: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	353

Tabla 7.47: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	353
Tabla 7.48: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	354
Tabla 7.49: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	354
Tabla 7.50: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.	373
Tabla 7.51: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	374
Tabla 7.52: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	374
Tabla 7.53: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	375
Tabla 7.54: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	376
Tabla 7.55: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.	404
Tabla 7.56: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	405
Tabla 7.57: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	405
Tabla 7.58: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	406
Tabla 7.59: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	407
Tabla 7.60: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.	430
Tabla 7.61: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.	431
Tabla 7.62: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.	431
Tabla 7.63: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.	432
Tabla 7.64: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.	433



## Agradecimientos

En los difíciles tiempos que vivimos, donde la educación superior se halla tan denostada, donde la obtención de los títulos universitarios se ha puesto en duda numerosas veces (másteres, tesis doctorales, etc.), es de rigor que al finalizar un largo trayecto de varios años reconocer el cariño y apoyo a muchas de las personas que han influido en su culminación.

Entre las personas que han hecho posible esta tesis doctoral, he de destacar en primer lugar a mi familia, por su apoyo, siempre incondicional y su comprensión. Mi mujer Marisa, por aguantar estoicamente mis horas delante del ordenador y acompañarme en la recogida de datos para mis trabajos y artículos; a mis hijos Paula y Sergio, quienes aún no son muy conscientes del tiempo y trabajo empleado, intentando, a lo largo de estos años no perderme ni un momento de su infancia; los tres han servido de soporte para poder llevar a buen puerto este largo trabajo. Su cariño y apoyo constante, su confianza me empujaron, aún en los momentos más duros, para seguir adelante. También para aquellos, que aún sin saberlo inocularon en mí el veneno de la historia y de la arqueología, entre ellos mi padre, José, y mi tío Juanjo quienes me relataban, allá en mi lejana infancia, las historias y leyendas de su pueblo, con las que me acicatearon en esa búsqueda silenciosa de lo sucedido; ellos, que también me mostraron la dureza de la vida del mundo rural y el valor del trabajo bien hecho.

Desde bien pequeño, siempre me interesaron la lectura de relatos históricos; recuerdo con sumo agrado los comics de *El Jabato* y el *Capitán Trueno*, nuestros héroes de niños, me abrieron un abanico de personajes, ficticios o reales, junto con un repertorio de territorios, países, etc., que me hacían preguntarme quienes eran aquellos iberos o romanos, o los vikingos, y que sembraron esa semilla que poco a poco fue germinando.

Tras abandonar el colegio, siguieron mis años de estudio y preparación en el IPE nº1 y los siguientes en la AGBS que marcaron a fuego en mi carácter la disciplina y meticulosidad en todos los aspectos. Tras un período de cierto letargo, en el que la milicia y los helicópteros ocuparon mi quehacer diario, y quizás en el momento adecuado, surgió de nuevo la chispa y la posibilidad de iniciar, con muchas ganas, la licenciatura en Geografía e Historia, entonces en la UNED, que, tras un comienzo explosivo, se sumió en cierto tedio por la densidad de los manuales y el escaso o más bien nulo trato con los profesores. Todo ello motivó mi traslado de expediente a la UAM, en la que con nuevos bríos fui

concluyendo la Licenciatura, en este caso ya de Historia, y en los que me fui decantando hacia la que, casi sin saberlo, había sido mi vocación frustrada, la Arqueología.

Fue aquí en la Universidad Autónoma donde esa *protovocación* que durante muchos años había permanecido oculta salió a la luz. Aún recuerdo con interés y cariño las primeras clases de Arqueología con Ángel Fuentes, quien, a la larga ha marcado gran parte de mis estudios y formación, con quien he pasado largos ratos de amigable tertulia, a quien me unen otros lazos fue del ámbito académico, y a quien no siempre estaré suficientemente agradecido.

También a Sergio Martínez Lillo, a quien conocí cuando tuve que realizar la asignatura de Prácticas de Campo, materia incluida dentro del Máster en Arqueología y Patrimonio cursado en esta misma universidad, y de quien desde aquel día no he dejado de aprender, tanto a nivel profesional como personal; en estos años no ha dudado nunca en apoyarme o abrirme muchas de las iniciativas y proyectos en los que trabaja. También a Carmen Fernández-Ochoa, quien me descubrió el mundo romano y su cerámica. En los últimos años la labor desarrollada en el Laboratorio de Arqueología de la UAM con el estudio de los materiales del yacimiento de *La Mezquita*, donde el trato diario con los alumnos me ha colmado de satisfacciones.

También a Luciano Municio y J. Francisco Fabián arqueólogos territoriales de las provincias de Segovia y Ávila quienes no pusieron ningún reparo, sino ayudas en las consultas del Inventario Arqueológico de las respectivas provincias. A Gonzalo Martín, abulense de pro que no ha dudado en brindarme su ayuda y apoyo en las investigaciones de nuestro pueblo, Solana de Ávila, y en la admisión en la Institución Gran Duque de Alba de Ávila.

También a Fernando Colmenarejo, quien siempre desinteresadamente, ha tratado de extender su pasión por la Arqueología a cuantos hemos disfrutado de su compañía.

Más allá del ámbito científico, igualmente desinteresada ha sido la ayuda y aportación, muchas de las veces sin saberlo, de multitud de personas con las que he conversado, recabado información o ayuda, a todos ellos, muchas gracias.

También a mis compañeros de trabajo, Jose María, Juan Manuel, Fernando, Enrique, Carlos, César, con los que las conversaciones y tertulias diarias enriquecen nuestra monótona labor; estos son tan sólo la punta del iceberg de un grupo mucho más amplio y para el que no habría lugar para agradecer en este trabajo.

**Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional comparada en el interior de la península ibérica  
entre finales de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media**

A todos ellos con cariño.





## Resumen/Abstract

### Resumen

El objetivo de esta tesis doctoral ha sido el análisis de los diferentes modelos de poblamiento que se presentan entre los grupos que pueblan el Sistema Central y las diferentes transformaciones a nivel socioeconómico y cultural que se obran en ellos. El marco cronológico que abarca el presente estudio se extiende desde el inicio de la conquista romana del centro peninsular, siglos II-I a.C., hasta los inicios de la alta edad media, siglo VIII, tras la caída del reino visigodo de Toledo. El marco territorial delimitado ha sido el situado en ambas vertientes del Sistema Central, en concreto las actuales provincias de Ávila, Madrid y Segovia; una zona que por sus diferentes situaciones nos ha permitido apreciar los diferentes modos y velocidades de adaptación de las diferentes comunidades que las poblaban, a las diversas situaciones acaecidas en el citado lapso cronológico.

Se trata de un área homogénea, en su diversidad, en relación con los territorios inmediatos. Un área que en época prerromana se encuentra entre dos mundos culturalmente alejados, el celtíbero y el vetón, que sin embargo se comporta como una entidad uniforme comparada con realidades arqueológicas de poblaciones inmediatas, en este caso de las comunidades de sierra/llano.

En ella encontramos tanto áreas profundamente romanizadas como otras marginales, entendidas como espacios con un devenir social, político y cultural propio, que mantuvieron un ritmo diferente en su romanización y que cuentan con una plasmación arqueológica propia. Son zonas que presentan unas características comunes y que por diferentes motivos revelan que los cambios que se vislumbran en las mismas son de diferente calado y a diferente velocidad que en las inmediatas. Zonas que presentan un modelo de poblamiento diferente del característico romano y que en muchos casos va a perdurar ampliamente en el tiempo. En muchos de los casos se presentan en las zonas montañosas y/o en la confluencia de los territorios de varias ciudades o provincias en época romana.

Un aspecto importante en los cambios en los paisajes es la frecuencia e intensidad con la que se producen esas transformaciones. Tanto la Arqueología como la Historia han demostrado que estas transformaciones se producen principalmente en sucesos de corta duración alternándose con largos períodos de estabilidad. Durante estos últimos, los

cambios son asimilados progresivamente, haciendo que el entorno vaya cambiando lentamente.

Para la consecución de este trabajo debíamos plantear una metodología que permitiera estudiar de la manera más completa posible el paisaje en todas sus manifestaciones, en toda su complejidad. En este sentido, hemos querido que fuera una aportación más al estudio arqueológico del paisaje en el marco de un amplio espacio de territorio.

Pretendemos realizar una aproximación a lo diferentes modelos de actuación y ritmos de implantación del modelo romano lo que a su vez nos permitirá analizar las transformaciones acaecidas en este territorio a lo largo de tan dilatado período temporal. Todo ello a través de la lectura del registro arqueológico, elemento imprescindible para comprender y percibir dichos cambios.

El marco teórico-metodológico de partida para este estudio nos lo ha proporcionado la Arqueología del Paisaje, posibilitándonos el análisis de las sociedades de la Antigüedad a través de las transformaciones que realizaron en el paisaje que vivieron. Un elemento también en constante transformación, puesto que no se trata de un elemento estático sino dinámico y en constante evolución.

## **Abstract**

The objective of this doctoral thesis has been the analysis of the different population models that are presented between the groups that populate the Central System and the different transformations at the socio-economic and cultural level that are worked in them. The chronological framework covered by this study extends from the beginning of the Roman conquest of the centre of the peninsula, in the 2nd and 1st centuries BC, to the beginning of the Middle Ages, in the 8th century, after the fall of the Visigoth kingdom of Toledo. The delimited territorial frame has been the one located in both slopes of the Central System, specifically the current provinces of Ávila, Madrid and Segovia; a zone that by its different situations has allowed us to appreciate the different ways and speeds of adaptation of the different communities that populated them, to the diverse situations happened in the mentioned chronological lapse.

It is a homogeneous area, in its diversity, in relation to the immediate territories. An area that in pre-Roman times lies between two culturally distant worlds, the Celtiberian and

the Veton, which nevertheless behaves as a uniform entity compared to the archaeological realities of immediate populations, in this case the communities of the Sierra/llano.

In it we find both deeply romanized areas and other marginal areas, understood as spaces with their own social, political and cultural future, which maintained a different rhythm in their romanization and which have their own archaeological expression. They are areas that have common characteristics and that for different reasons reveal that the changes that are glimpsed in them are of different depth and at different speeds than in the immediate ones. Areas that present a different settlement model from the characteristic Roman one and that in many cases is going to last a long time. In many cases they occur in mountainous areas and/or at the confluence of the territories of several cities or provinces in Roman times.

An important aspect in the changes in the landscapes is the frequency and intensity with which these transformations take place. Both archaeology and history have shown that these transformations occur mainly in short-lived events alternating with long periods of stability. During the latter, changes are assimilated progressively, causing the environment to change slowly.

In order to achieve this work, we had to propose a methodology that would allow us to study the landscape in all its manifestations, in all its complexity, as completely as possible. In this sense, we wanted it to be yet another contribution to the archaeological study of the landscape within the framework of a wide area of territory.

We intend to make an approximation to the different models of action and rhythms of implementation of the Roman model which in turn will allow us to analyze the transformations that occurred in this territory over such a long period of time. All this through the reading of the archaeological record, an essential element for understanding and perceiving these changes.

The starting theoretical-methodological framework for this study has been provided by the Archaeology of Landscape, enabling us to analyse the societies of Antiquity through the transformations they carried out in the landscape they lived in. It is also an element in constant transformation, since it is not a static element but a dynamic one in constant evolution.





## Capítulo 1. INTRODUCCIÓN

### 1.1. Introducción

La presente tesis doctoral ha sido elaborada a lo largo de los cinco años que transcurren entre el fin de la defensa de mi TFM (Trabajo Fin de Máster) como asignatura dentro del Máster en Arqueología y Patrimonio en esta misma casa, en junio de 2014, cuando el director de este TFM, Ángel Fuentes, me tentó para continuar en el camino de la investigación y en la relación con esta universidad, hasta la actualidad. Desde ese momento y hasta la defensa de este trabajo frente al correspondiente tribunal evaluador han sido numerosas las vicisitudes, tanto personales, laborales como académicas.

En este largo período de tiempo, mi labor de investigación ha pasado por diferentes etapas, una primera en la que las lecturas y acercamientos al tema comenzaron a sugerir propuestas e ideas que se agolpaban en mi cabeza. El primer año finalizó con un abrupto parón motivado por la enfermedad que casi hizo que me retirara de este proyecto. Pero lejos de ello, el retorno a la investigación fue con mayores ganas en intenciones. A la dispersión y desorganización le siguió la etapa de reorganización y replanteamiento de objetivos que ha culminado finalmente en esta redacción.

A lo largo del camino se han ido cruzando distracciones, tiempo dedicado a la elaboración de artículos, cursos y asistencia a congresos, que muchas veces estaban relacionadas con el tema de esta tesis, otras, sin embargo, no lo estaban, pero que a la larga han servido para mi enriquecimiento personal. Todas estas actividades motivaron multitud de preguntas y cuestiones que tuvieron su repercusión en el presente trabajo, haciendo que interrogantes que en un momento parecían el centro de la investigación se reforzaran o dieran paso a otras que fueron surgiendo a lo largo del proceso.

En cuanto al planteamiento del tema de este trabajo, tras la consecución de mi TFM, basado también en el análisis de un territorio situado en el piedemonte de la sierra madrileña, pronto Ángel y yo, llegamos al acuerdo sobre el contenido de la tesis, no así del territorio o territorios en los que se planteaba un futuro análisis. Inicialmente el territorio de estudio fue bastante más amplio y disperso que el finalmente elegido; pero ya desde muy pronto en la investigación, vimos que los límites que habíamos planteado eran inabarcables y que era necesario un replanteamiento en los mismos, siendo menos ambiciosos, para, por

fin establecer en el territorio que finalmente aparece en este estudio. Sin embargo, el marco teórico y metodológico se han mantenido a grandes rasgos constantes, así como la cronología establecida, necesaria para analizar los sucesos acaecidos en este territorio.

El resultado final de esta investigación es este documento en el que se analizan las transformaciones en los grupos sociales que habitaron los rebordes del Sistema Central y las cuencas de los ríos Duero y Tajo. Territorios dispares que sirven para apreciar y caracterizar diferentes tipos de sucesos acaecidos. Son espacios que en etapas prehistóricas sirvieron de zonas de contacto entre diferentes grupos étnicos. La irrupción de los romanos supuso transformaciones territoriales, sociales y poblacionales, de modo que estos territorios quedaron situados en los intersticios de varias ciudades, por ellos pasaron los límites de varios *conventus iuridici* e incluso provincias romanas, lo que supuso que la influencias romanizadoras tuvieran una velocidad de aceptación desigual. En los siglos de la tardoantigüedad mantendrán ese carácter diferencial, posibilitando la aparición de diferentes realidades sociales y poblacionales que se vieron afectadas por la llegada de los nuevos invasores a principios del siglo VIII, ideas que desarrollaremos más adelante.

Todas las informaciones que aquí presentamos aspiran a plantear reflexiones sobre las costumbres y usos de esas sociedades que se adecuaron o modificaron el paisaje teniendo en cuenta sus necesidades; sociedades tradicionales que vivían y explotaban los recursos de las tierras que les rodeaban, cuyos usos y costumbres tradicionales, de profundo arraigo en sociedades rurales se han mantenido sin apenas cambios hasta mediados del siglo pasado. También de grupos sociales que apenas han dejado evidencias en el registro arqueológico como son los pastoriles que vivían de la trashumancia o transterminancia, del ganado en movimiento, que han seguido y aún siguen en nuestra sociedad, casi al margen de esta, de nuestros usos y costumbres, en los que apenas reparamos en nuestra vida diaria salvo en el día que cortan alguna de nuestras calles para recrear antiguas costumbres.

Esta labor ha sido realizada mediante la recopilación y el análisis de los datos disponibles en los catálogos e inventarios arqueológicos de las administraciones públicas competentes en la gestión y protección del Patrimonio cultural, en la abundante literatura académica, así como de las informaciones que se han ido produciendo en los últimos años en el transcurso de diferentes intervenciones arqueológicas, pero también en el recurso a las informaciones de gentes que todavía vivieron y conocieron esas costumbres y las herramientas con las que contaban en su vida diaria, habitualmente únicas y elaboradas a mano.



Esta tesis, como no podía ser de otro modo en la actualidad, es fruto de la interdisciplinariedad, de la colaboración de ciencias que sirven de recurso a la Arqueología, único modo de intentar un acercamiento lo más real posible a esas sociedades de la antigüedad. Los datos arqueológicos, pese a ser mayoría, no son los únicos en el discurso, los cuales se encuentran apoyados en los proporcionados por disciplina como la Historia, Geografía, Climatología, etc., pero también de la Etnoarqueología, para desde el presente intentar analizar y comprender la cultura de las sociedades que habitaron y crearon estos paisajes.

Dados los objetivos que perseguíamos en la consecución de esta tesis y las características de las informaciones conocidas sobre la zona propuesta hemos creído oportuno integrarla dentro de la Arqueología del Paisaje, que nos aporta el marco teórico y metodológico necesario para su materialización. Dentro de este planteamiento tienen cabida todos aquellos datos e informaciones muy dispares que enriquezcan el objeto de estudio, posibilitando un análisis más completo del mismo. Así los datos geográficos, arqueológicos, paleoambientales, culturales, permiten aunarse para, desde una interpretación social poder caracterizar a los grupos que explotaron y vivieron el territorio, analizar las relaciones de los actores de esos procesos y tratar finalmente de historiar los sucesos acaecidos.

Para analizar estos procesos sociales hemos optado por establecer una amplia cronología, en la cual seamos capaces de percibir las diferentes longitudes de onda en la que acontecen los procesos en el seno de los diferentes grupos sociales y como estos influyen en la construcción de los diversos paisajes.

En este trabajo no busquen informaciones recientes ni de última hora, la consulta bibliográfica y la búsqueda de informaciones y datos la dimos por concluida el primero de septiembre de 2018, momento en el que comenzamos la fase definitiva de redacción.

## **1.2. Justificación**

La principal motivación para la consecución de este estudio es la carencia de trabajos de conjunto en los que las sociedades rurales y sus características se pongan en el foco de los especialistas, mayormente las situadas en el centro peninsular.

El territorio escogido permite aunar espacios en los que la fiebre constructiva de los años previos a la crisis, que todavía colea, afectó de manera bastante desigual; espacios en los que se hacía necesario realizar un profundo análisis, donde datos los recabados a lo largo de estos frenéticos años de actuaciones arqueológicas y las informaciones, muy dispares, existentes sobre muchos de ellos fueran convenientemente filtrados y puestos en común. Todo ello con la exigencia social de preservar aquellos yacimientos que todavía pudieran serlo y ponerlos en valor para beneficio de la sociedad.

También busca la concienciación sobre el patrimonio rural que ha desaparecido o está a punto de desaparecer, tradiciones, herramientas, usos, costumbres, alguna vez conocidos y que han desaparecido o están a punto de hacerlo.

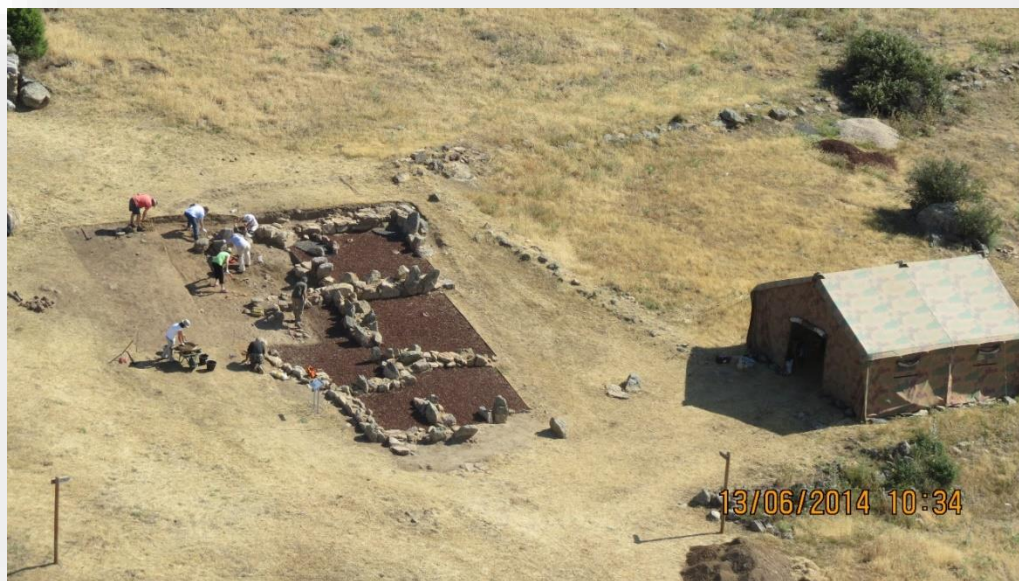


*Figura 1.1: Ejemplo de una de las grandes estructuras lineales que ha motivado el hallazgo de numerosos yacimientos arqueológicos, la construcción de las vías para el AVE en numerosos puntos de la geografía española.*

Durante las últimas décadas del siglo pasado y hasta la llegada de la crisis en este siglo, se produjo una expansión de las intervenciones arqueológicas a lo largo del territorio peninsular, como nunca hasta entonces se había conocido. Fueron años en los que la urbanización de las áreas suburbanas de las grandes ciudades junto con construcción de grandes infraestructuras de carácter lineal (autovías, AVE (Alta Velocidad Española), gaseoductos, grandes tendidos eléctricos, ...) (Figura 1.1), para mejorar los servicios ciudadanos han motivado cientos de intervenciones arqueológicas de diferentes características que han incrementado exponencialmente los datos conocidos sobre nuestro

patrimonio. Ahora estamos en la etapa de analizar y sistematizar esos datos, asimilarlos al discurso histórico, más cuando son muchas las destrucciones de yacimientos, unos que han podido ser intervenidos, pero una gran mayoría que sin haber sido documentados adecuadamente ya no podremos llegar a conocer.

Muchas de estas intervenciones se han realizado en el ámbito del poblamiento de carácter rural (Figura 1.2). Pese a que el afán urbanizador y constructor ha afectado a todo el territorio peninsular, no han tenido la misma intensidad en todas las zonas. Han sido las zonas periurbanas de las grandes ciudades donde se ha documentado un enorme número de yacimientos; similar situación a la ocurrida en los trazados de las grandes obras de desarrollo lineal. Por el contrario, en grandes zonas del territorio no se ha producido un avance significativo en el conocimiento de nuevos yacimientos. Esta situación hace que nos preguntemos por las razones de esta situación, si pueden deberse a las diferentes estrategias y protocolos aplicados o a unas diferencias reales a nivel territorial en los modos de producirse esos asentamientos (Quirós, 2013: 34).



*Figura 1.2: Intervención arqueológica en el yacimiento de Navalabija (Colmenar Viejo, Madrid).*

La diferencia es muy significativa si comparamos el caso de Madrid, con el de Segovia y sobre todo con el abulense; mientras que en el caso madrileño las superficies intervenidas han sido de enorme magnitud posibilitando el reconocimiento e intervención de yacimientos de grandes dimensiones, no ha sucedido lo mismo en el caso abulense,

donde el crecimiento urbanístico ha sido de menor entidad y las intervenciones arqueológicas brillan por su ausencia. Lo que nos lleva a establecer una relación directa entre la magnitud del proceso urbanizador y el número de hallazgos, y nos hace reflexionar en la necesidad de destinar mayores recursos a la localización de yacimientos.

En la actualidad disponemos de una visión parcial e incompleta del poblamiento, a pesar de los enormes avances, donde únicamente podríamos excluir algunas áreas mejor conocidas, como la zona madrileña o la catalana.

Este proyecto pretende un acercamiento a los diferentes modelos poblacionales que pudieron existir en los períodos romano, tardoantiguo y altomedieval, modelos que se suceden temporalmente en el espacio que se encuentra a caballo del Sistema Central, en el centro peninsular, para, de este modo, intentar conocer los principales rasgos culturales que caracterizaron a las antiguas comunidades que habitaron en este territorio y poder establecer un patrón que pueda ser extrapolable a otros territorios peninsulares.

Con este trabajo pretendemos también actualizar el debate sobre el fenómeno del poblamiento rural en el centro peninsular, que hasta la fecha no se ha abordado desde una perspectiva histórico-arqueológica global, utilizando las herramientas que nos ofrece las nuevas tecnologías. Un tema que en los últimos años ha sido tratado en varias áreas peninsulares (Ariño y Rodríguez, 1997; Vigil-Escalera y Quirós, 2012; Soto, 2015), y que está llamado en los próximos años a ser uno de los destacados en el panorama científico.

En los últimos años, se han producido grandes avances a nivel científico, pero casi siempre se han realizado sobre los yacimientos con mayor interés por su vistosidad, obviando habitualmente, aquellos que presentaban un menor atractivo, como lo son habitualmente los serranos. Sin embargo, algunos trabajos que se centran en áreas montañosas nos empiezan a permitir establecer comparativas entre zonas que se suponían escasamente pobladas con las más densamente pobladas.

Esta revisión insiste en abandonar la caracterización de ciertas zonas con escasa importancia para la investigación frente a otras a las que se ha dado mayor relevancia; de aquellas que han centrado el interés de los investigadores frente a las que, hasta hace pocos años, habían sido olvidadas por la investigación, las montañosas; unas que se pensaban ampliamente pobladas y explotadas, frente a otras que se pensaban escasas o discontinuamente; pero con este trabajo queremos abogar por una similitud de situaciones entre ambas, cada una con sus matices propios, pero no tan alejadas una de la otra.

Buscando el acercarnos a una visión global para intentar comprender el poblamiento de grandes áreas peninsulares.

Creemos que con este trabajo se podrían resolver algunas dudas acerca de las características del poblamiento rural, muchas veces olvidado, frente al urbano, intentando, desde el estudio de los yacimientos, llegar a conocer las relaciones existentes entre los mismos, y la configuración de las redes aldeanas que articularían el territorio social y espacialmente.



## Capítulo 2. OBJETIVOS

En este proyecto planteamos el estudio y reflexión sobre las relaciones entre zonas centrales y marginales o relaciones centro/periferia en el interior peninsular, tema que se empezó a estudiar y estuvo de moda en los años 70 y posteriores; trabajo que quedó sin realizar en nuestra península y que sería necesario actualizar. Analizar los procesos de formación y transformación de diversos paisajes, cuyo estudio nos permite conocer y comprender los procesos históricos de cambio social.

Para su consecución, planteamos realizar una comparativa metodológica sobre diferentes espacios situados en el interior peninsular, emplazados a caballo del Sistema Central, un área homogénea, en su diversidad, en relación con los territorios inmediatos. Un área que en época prerromana se encuentra entre dos mundos culturalmente alejados, el celtíbero y el vetón, que sin embargo se comporta como una entidad homogénea comparada con realidades arqueológicas de poblaciones inmediatas, en este caso de sierra/llano.

En ella encontramos tanto áreas profundamente romanizadas como otras marginales, entendidas como espacios con un devenir social, político y cultural propio, que mantuvieron un ritmo diferente en su romanización y que cuentan con una plasmación arqueológica propia.

Estas zonas que permanecieron en el margen y confluencia de los territorios de varias ciudades o provincias en época romana presentan unas características comunes que pretendemos estudiar a través de la metodología propuesta. Zonas que presentan un modelo de poblamiento diferente del característico romano y que en muchos casos va a perdurar ampliamente en el tiempo.

Con este estudio sobre el territorio queremos caracterizar su configuración, analizando las diferentes variables que lo integran y las relaciones que lo han motivado, para, de este modo, poder definir su dinámica evolutiva, su estructuración y las transformaciones antrópicas que se han producido, para lo que es necesario una perspectiva diacrónica y sin duda, en los tiempos que vivimos multidisciplinar.



## 2.1. Plantear una reflexión actual acerca del fenómeno de las áreas marginales

Igualmente, queremos plantear una reflexión sobre aquellas zonas que de un modo u otro han tenido, a lo largo de su historia social, una evolución que no ha ido en paralelo ni a la misma velocidad que las adyacentes, sino que por ciertas características han tenido un desarrollo singular.

Un acercamiento a las relaciones que se establecieron en diferentes épocas entre zonas centrales y periféricas o marginales en el interior peninsular. Este es un debate que llegó a la península en la década de los años 70 del siglo pasado, momento en el que comenzó su análisis y estuvo de moda; hubo trabajos pioneros como los de Barbero y Vigil (1974), que marcaron una tendencia, pero el análisis quedó incompleto y sería necesario volver a retomarlo y tratar de finalizarlo.

Estos conceptos, centro y periferia, han tenido una larga trayectoria en los estudios en la Europa occidental. Será a partir de la década de los años 70 del siglo pasado, cuando los planteamientos se rebasen los marcos sociales del momento y se extiendan a un sinnúmero de campos académicos desde el histórico, o el político, hasta el sociológico; su expansión provocó importantes cambios en el pensamiento acerca del contexto y el desarrollo social (Strassoldo, 1980: 53).

En la década de los años 70 Inmanuel Wallerstein (1974) desarrolló la teoría del sistema mundial caracterizado por la existencia de una serie de mecanismos de redistribución de los recursos desde la periferia al centro o centros del sistema (figura 2.1). Este sistema se puede simplificar en las relaciones centro/periferia. Este modelo ha sido utilizado en el estudio de procesos históricos, ya que permite establecer un marco alternativo en el que llegar a comprender los procesos sociales acaecidos en diferentes áreas.

En términos heurísticos podemos considerar el área de estudio como un modelo de este sistema donde tiene cabida diferentes áreas con diferentes grupos sociales. Lo que vincula a las diferentes partes de este sistema es el factor económico, al que se suman las dimensiones políticas y culturales. Un sistema social, de carácter dinámico en el que se aprecian fuerzas contrarias en continua dialéctica.



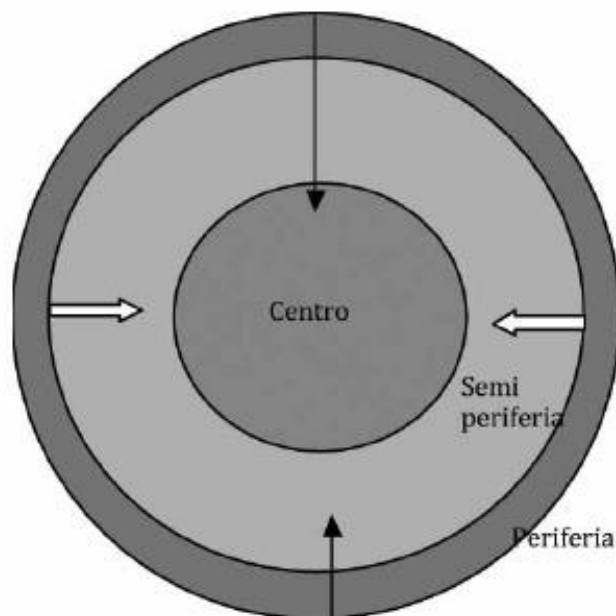


Figura 2.1: Esquema del modelo sistema mundial elaborado por Wallerstein.

En este planteamiento el centro del sistema se corresponde con las ciudades *-civitas-*, desde donde se trasladan las decisiones administrativas, económicas, religiosas, y en cierto sentido culturales; la semiperiferia se encontraría integrada por aquellos núcleos de segundo orden, que establecen un nexo de contacto entre las urbes y el poblamiento rural, como son algunas *villae*, centros fortificados, u otros centros y la periferia, conformada por zonas cercanas o lejanas geográficamente, pero las cuales por diferentes tienen escaso o ningún tipo de interés para las zonas nucleares.

A lo largo de estos años han surgido algunos trabajos en los que se volvía a recuperar el debate (Fuentes, 2000) incluso Congresos Internacionales de Arqueología (*Centro y periferia en el mundo clásico*, celebrado en el año 2013 en Mérida) en los que se ha ido asimilando y filtrando el antiguo debate.

Este modelo ha estado presente en los análisis realizados sobre la «organización espacial de la sociedad» (Champion, 1995: 2). Ya Toynbee (1954) había prestado especial atención en el «surgimiento de nuevas sociedades activas y dinámicas en los márgenes de las viejas y declinantes» mostrando un modelo en el que las transformaciones permiten observar un traslado del poder desde los lugares centrales a los periféricos. Por su parte, el

sistema de Smith (1976), permitía, desde una única perspectiva, la integración de los modelos de diferentes de comunidades o grupos sociales.

Renfrew (1982) en su traslado a la Arqueología, intenta centrar el análisis, desde un punto de vista social, en términos de dominio y poder, afirmando que las transformaciones no sólo acontecen a través del desarrollo interno de las sociedades, sino que las relaciones con elementos externos juegan un papel destacado en las mismas (Renfrew, 1986), debiendo tener en cuenta si los contactos se producen entre dos sociedades al mismo o diferente nivel de desarrollo social.

El modelo ideado por Wallerstein tiene una aplicación a la Arqueología, proporcionando el marco conceptual necesario para el estudio de las sociedades del pasado. Con este modelo Rowlands (1987) o Champion (1995) han analizado los vínculos comerciales de corto y largo alcance en relación con las transformaciones en las sociedades. También se han realizado diferentes análisis con el foco puesto en los cambios sociales acaecidos en las zonas periféricas (Haselgrove, 1987; Hedeager, 1987). Este modelo puede ser aplicado a multitud de casos diferentes, ofreciendo un marco muy interesante para poder comprender los procesos de transformación económica y social acaecidos (Champion, 1995: 18).

Estas relaciones no son estables y fijas en el tiempo, sino que evolucionan al compás de las transformaciones que se suceden en ambas sociedades (Rowlands, 1987: 10); tampoco son similares en unas zonas u otras. Y serán los procesos económicos o políticos los que tengan principal impacto sobre las zonas periféricas, marcando las diferentes relaciones entre ambos.

### **2.1.1. ¿Cómo podemos percibir en el registro arqueológico esas relaciones centro/periferia?**

Hoy en día, en cuanto mencionamos este concepto, automáticamente relacionamos los grandes centros políticos y áreas altamente industrializadas desde surgen los grandes impulsos políticos y económicos a nivel mundial. Sin embargo, ¿cómo podemos detectar estas relaciones en la antigüedad?

La percepción de estas relaciones centro/periferia a través del registro arqueológico, lo realizamos a través de la aparición de elementos de prestigio, ciertos modelos cerámicos, la presencia de numerario, inscripciones funerarias o votivas, es decir, a

medida que nos alejamos de las ciudades, disminuye la presencia de inscripciones romanas, dejan de aparecer algunos tipos de cerámicas de lujo, vidrios, etc. manifestando esa relación de dependencia de las zonas rurales con los núcleos centrales. Aunque debemos ser cautos, puesto que estas relaciones muchas veces son complejas y con un difícil registro arqueológico.

Una de las claves de esta percepción se encuentra en la economía; el sistema implantado por la sociedad romana se basaba principalmente en la posesión de la tierra y su explotación; esta disposición será adoptada por las élites indígenas, interesados en colaborar con los conquistadores de manera que pudieran mantener sus privilegios. Sin embargo, habrá zonas y lugares donde este sistema económico apenas suponga cambios, manteniéndose los anteriores esquemas.

Poco a poco vamos conociendo la implantación del poder romano sobre el territorio, podemos intuir que el alcance de su acción no llegara igual a todos los lugares, que no alcanzase de igual modo las zonas montañosas y alejadas de los centros de poder, es decir, marginales, lo que no debemos entender con que se pudiera corresponder con una situación de independencia.

Los análisis realizados sobre el mundo rural durante el período romano han definido dos tipos de marginalidad: en un caso, de carácter externo, podemos relacionarla con la naturaleza de algunos grandes territorios en los que la influencia romana apenas alteró los modelos indígenas sociales y de poblamiento (Ruiz, 2006: 53); mientras que otra, de carácter interno, en la que la marginalidad se percibe, tan sólo, en algunas partes del territorio.

En este análisis podemos encontrar situaciones muy diversas motivadas por la diferente época y situación en la que intervino Roma en cada una de las provincias del Imperio, lo que motivó multitud de diferentes soluciones (Orejas, 1995-96: 64).

Uno de estos espacios, que podemos considerar a menudo como marginal, son las confluencias de las diferentes demarcaciones administrativas, tanto en la antigüedad como en la actualidad. Habitualmente, estos límites o demarcaciones se suelen establecer en lugares que quedan alejados de las ciudades o lugares de poder, donde su influencia apenas se hace patente. Las zonas en las que confluyen los límites de varias de estas ciudades o de provincias a veces si sitúan en zonas montañosas o que tienen escaso interés para el control romano.

De este modo, las zonas montañosas a menudo se han relacionado con una débil presencia de la influencia romana y en los que las pervivencias indígenas pudieran tener mayor presencia. Este tipo de marginalidad, de carácter interno, hay que ponerla en relación con el tipo de estudios realizados sobre el territorio, en los que, con cierto determinismo, se aplica el modelo romano basado en la ciudad y villa; modelo que tiene difícil encaje en ciertos espacios, como los montañosos, donde los sistemas de explotación no se corresponden con la típica explotación romana basada en la agricultura de zonas de vega y fondos de valle, sino que es necesario una combinación de agricultura, ganadería y explotación forestal. De este modo, parece que en las zonas con mayores potencialidades de explotación deben encontrarse mayor número de asentamientos (Ruiz, 2005: 53).

### 2.1.2. Los territorios marginales

El modo en el que fue llevada a cabo la conquista de Hispania por los romanos motivó un primer reparto entre los magistrados romanos encargados de su conquista. Este reparto en «provincias» designaban a groso modo la esfera de acción del general que mandaba el ejército, pero no le asignaban un área geográfica claramente definida. Esto cambió cuando Augusto, tras dar por finalizada la conquista, reorganizó la estructura de las provincias; esta reorganización reconoció la diferencias geográficas y étnicas que se apreciaban en las regiones peninsulares. Las provincias fueron desglosadas en unidades menores *conventus*, que cubrían las necesidades administrativas, judiciales, económicas y religiosas de los ciudadanos englobados en cada territorio (Curchin, 1991: 10-15), convirtiéndose con el paso del tiempo en focos de identidades cívicas para facilitar la interacción con el poder imperial.

El modelo romano de expansión pasó por diferentes etapas, pero siempre aparece un esquema general en el que se puede apreciar un centro y unas zonas periféricas más o menos alejadas. El centro indiscutible sería Roma, lugar desde donde emanaban las decisiones administrativas y principal demandante de todo tipo de recursos; y unas zonas periféricas, a modo de anillos concéntricos que eran los suministradores de esos bienes que reclamaba la metrópoli (Nash, 1987). Las zonas más remotas de esa periferia eran aquellas que habían de suministrar todo tipo de bienes y recursos para el sustento económico del imperio (esclavos, animales, cereales, etc.) pero donde las decisiones políticas y administrativas tomadas en la urbe sufrían un largo proceso de llegada y eran zonas desconocidas o con muy escaso interés para la mayoría de los ciudadanos romanos (Nash,

1987: 89). Una premisa es que siempre ha existido una dialéctica constante entre los lugares centrales y las zonas periféricas referente a la autoridad e identidad.

Este proceso de surgimiento de zonas marginales ya fue bien estudiado en la zona belga en los años ochenta (Haselgrove, 1987), o en la germana (Hedeager, 1987), y nos sirve para apreciar los procesos que se dieron a nivel económico y cultural en las asimilaciones de las élites indígenas y constatar las transformaciones sociales y culturales que emergieron tras el citado proceso de asimilación.

En Moesia superior, el estudio de Bartel (1995) muestra las diversas políticas adoptadas por los romanos ante la diversidad de situaciones que se encontraron a su llegada. En Serbia (Winter y Bankoff, 1995) se puede observar que la llegada de los romanos se produjo en búsqueda de materias primas, sin preocuparse de aquellas producciones que pudieran implicar un desarrollo social.

El modelo de implantación romana sobre el territorio, basado en la ciudad y villa, ha determinado gran parte de los estudios que se han realizado sobre el territorio<sup>1</sup>. Su presencia o ausencia han marcado los diferentes grados de romanización sobre el territorio. En este modelo, la diferencia entre las diferentes provincias del imperio se establece a partir de la continuidad de los modelos indígenas y su transformación frente a las realidades romanas. El éxito de este implica la constante transformación y desarrollo del territorio de ciudades y villas, al menos hasta el siglo III. Sin tener en cuenta la situación previa del territorio a la llegada de los romanos, el medio físico se muestra como un factor determinante, donde los terrenos llanos, más aptos para el desarrollo de la economía romana basada en la agricultura y donde apenas tienen cabida otros territorios, donde la explotación forestal y ganadera sean la base de esa otra economía que ha sido adjudicada a las poblaciones indígenas. Zonas estas, montañosas y marginales donde la tendencia más común ha sido considerar que la romanización apenas profundizó en las estructuras indígenas con lo que estas pudieron mantenerse hasta el momento en el que pierda fuerza el control central imperial y puedan resurgir; planteamiento que ya defendían Barbero y Vigil (1974).

Con el avance de la romanización, la creación de una red de vías que conectaban las ciudades y la aplicación de los sistemas administrativos, se fueron consolidando unos espacios, de escaso interés para el sistema romano, con escasa población, donde la

---

<sup>1</sup> Sobre este modelo y sus críticas, (Sastre, 2001).

influencia romana se percibirá de diferente modo que en otras zonas donde el interés romano es destacable. Estas zonas, en el momento en el que el imperio se desarticula, serán muchos de los lugares donde surjan poderes que busquen afianzar su independencia, al menos nominal, frente a cualquier poder centralizador.

### 2.2. Aproximación a la arqueología de los grupos pastoriles

No resulta infrecuente que la realización de una tesis doctoral pretenda solucionar alguno de los vacíos de conocimiento o actualizar informaciones dispersas bajo la luz de nuevas miradas, nuevas interpretaciones, como pretendemos desde este ensayo.



*Figura 2.2: Rebaño de cabras y ovejas en la década de los años 60 del siglo pasado en las afueras de Solana de Ávila (Ávila).*

Las diferentes escalas en las que está realizado este trabajo, tiene como uno de los objetivos el poner la atención en los grupos sociales que han antropizado el paisaje a lo largo de la cronología de este, aún más allá, llegando casi hasta la actualidad. Uno de estos grupos sociales, que por su escaso impacto o escasos restos arqueológicos que han perdurado apenas entran en las reflexiones sobre la historia y arqueología, son los grupos cuya principal dedicación era la ganadería. En tiempos en los que la estabulación actual no era posible, vivían del desplazamiento temporal de los ganados buscando los mejores pastos en cada una de las temporadas para obtener el mejor rendimiento posible.

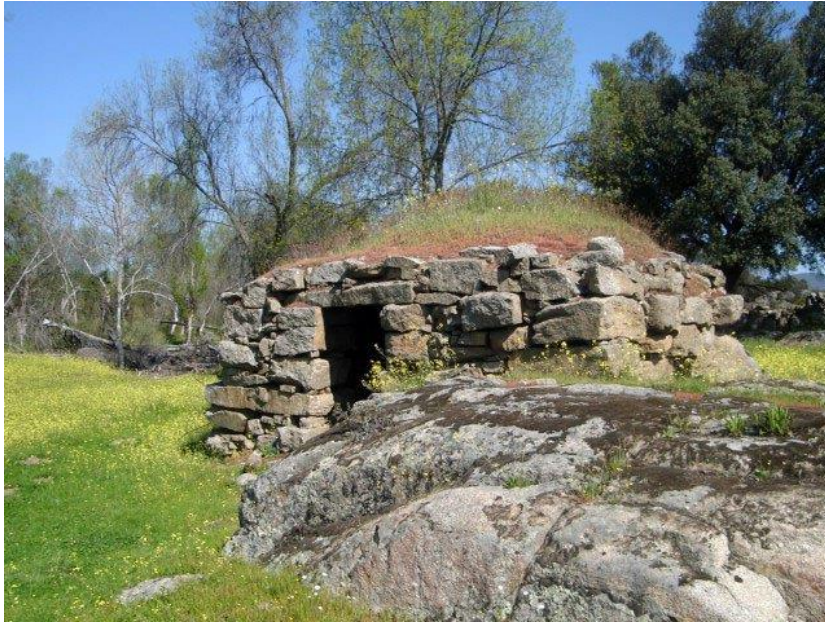


Figura 2.3: A. Aperos de labranza recuperados en intervenciones arqueológicas en la provincia de Ávila. B. Aperos de labranza utilizados a lo largo del siglo XX.

Estos grupos sociales, presentes aún en la actualidad, son grupos que una vez fueron centrales en la constitución de los paisajes, pero que han ido quedando relegados y casi fosilizados en los márgenes de nuestra sociedad; personas que hasta hace pocos años carecían casi de cualquier avance tecnológico, mientras en nuestras casas no hacían sino entrar uno nuevo cada día; personas cuyas pertenencias viajaban con ellos en unos pocos hatillos y que apenas dejaban rastro de su paso. Son grupos que la investigación arqueológica ha dejado un poco de lado, la mayoría de las veces por las dificultades que encontramos para entender esa escasa materialidad. Siempre han sido considerados como grupos marginales, por diferentes motivos, pero casi siempre relacionados con la falta de un lugar fijo de residencia.

La escasa información arqueológica aportada por estos grupos es imprescindible para comprender su funcionamiento (Gómez-Pantoja, 1999: 104). Por un lado, tenemos restos de sus actividades económicas, como restos de queseras o encellas donde posiblemente elaboraban los antecedentes de nuestros afamados quesos; herramientas como tijeras para esquila el ganado, esquilas y cencerros, para denotar su presencia, cuchillos, elementos realizados en materiales cerámicos y metálicos que han perdurado en el registro; muchos de ellos ya se documentan a partir de la Edad del Hierro. Pero también llevaban otros utensilios que realizaban en materiales con mayores dificultades para perdurar, como madera, hueso, cuerno, etc.; estos podían ser entre otros punzones, mangos, estuches, cuernas para beber, vajillas en madera, etc. Al igual que harían uso del mimbre y otras plantas similares con las que elaboraban todo tipo de cestería; tejidos o el recurso de las pieles para zahones, etc.





*Figura 2.4: Restos arqueológicos de actividad pastoril; chozo existente cerca de Puente de Congosto (Salamanca), situado junto a uno de los principales pasos sobre el río Tormes.*

En ocasiones las intervenciones arqueológicas permiten identificar construcciones o estructuras que se pueden relacionarse con esta actividad económica. Chozos, ameales, rediles y corrales, majadas que en su gran mayoría aparecen descontextualizados y que a veces son los únicos indicadores de la presencia de estos grupos, junto a las vías pecuarias, pasos de montaña o cuevas que utilizaban en sus desplazamientos.



*Figura 2.5: Rebaño de vacas avileñas buscando pastos de altura en los agostaderos propios de la sierra de Gredos. La importancia de las actividades pastoriles ha sido de enorme importancia desde la Prehistoria hasta prácticamente la actualidad.*



La metodología y el marco conceptual que brinda la Arqueología del Paisaje posibilitan un perfecto acercamiento para los trabajos que buscan relacionar el poblamiento de una época determinada conectando el medio físico y las vías de comunicación -caminos y vías pecuarias-, junto con datos paleoambientales para tratar de reconstruir el paisaje en una época determinada, lo que posibilita la contextualización de estos grupos cuya principal actividad económica era la ganadería.

Debemos tener en cuenta que el medio natural condiciona y determina la posibilidad de las formas de explotación y por tanto características sociales de los grupos que lo construyen. A ello se debe sumar el contexto histórico que lo rodea sabiendo que influye en las actividades económicas, destacando unas sobre otras. Las comunidades desarrollan una dialéctica constante con el paisaje en el que se desenvuelven y que explotan desde una forma de organización social.

### **2.2.1. Los grupos pastoriles en la península ibérica**

Desde el período Neolítico, con el surgimiento de diferentes dinámicas económicas, vemos como el pastoreo se va consolidando como una de las estrategias de subsistencia de largo recorrido. De este modo, a lo largo de los milenios en nuestra península se fue conformando esta actividad económica y social de la que tenemos referencias que informan de la existencia de grupos itinerantes que recorren y explotan el paisaje en busca de buenos pastos y de otros recursos.



*Figura 2.6: Pastores en un chozo en la Sierra de Gredos, año 1913.*

A principios de nuestra Era, la economía basada en el pastoralismo estaría fuertemente arraigada en nuestra península, otra cosa es que estuviera establecido un sistema trashumante de larga distancia como el que se institucionalizaría a partir del siglo XIII con la creación de la Mesta.

Durante la época romana y previamente tenemos conocimiento de varias téseras de hospitalidad que posibilitaban los desplazamientos de personas y posiblemente ganados en esa época. Parece que los romanos fueron bastante permisivos con esta situación, que no afectaba su sistema económico basado en la recaudación de impuestos. Esta situación debió continuar en vigencia durante todo el período romano y tardorromano.

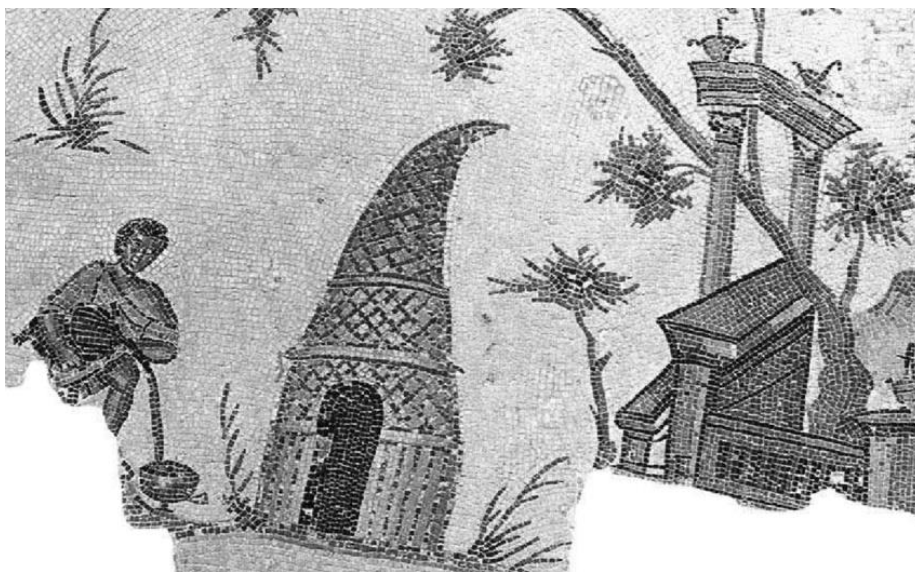


Figura 2.7: Detalle del mosaico de El Alia, donde se encuentra la representación de una cabaña o construcción efímera, de hace alrededor de 2.000 años, muy semejante a las que utilizaban los pastores hasta prácticamente la actualidad.

Para los romanos existían dos formas ejercer al pastoreo, la *villatica* que es aquella en la que el pastoreo comparte espacio con la agricultura, donde los animales pastan o ramonean en las mismas fincas se utilizan para la producción agrícola; y la *agrestis*, en la que los animales se alimentan desplazándose por espacios incultos, alejados de las fincas de explotación agrícola, habitualmente en lugares apartados (Gómez-Pantoja y Sánchez, 2003: 24).

La actividad pastoril estuvo regulada en Italia desde un momento tan temprano como el siglo III a.C. a través de la *lex agraria*, normas que tendrían su continuidad en época ostrogoda. En la península, las primeras legislaciones acerca del pastoreo deben ser las contenidas en la *Lex Visigotorum* en la que se regula la posibilidad de transitar libremente. En ellas se hace referencia indirecta a la tarea pastoril, el desplazamiento temporal de los

ganados en recorridos, posiblemente, de corta distancia, en la que se relacionaban los pastos de verano y los de invierno (Gómez-Pantoja, 2001: 196), es decir, transterminancia.



*Figura 2.8: Recogida del beno en el pueblo abulense de El Losar. (Foto extraída de Museo de Ávila (2009). Así éramos. La mirada de Albert Klemm por Ávila, en 1932, p. 100).*

Estas actividades trashumantes de corto radio que, sin duda, estarían presentes ya desde los últimos momentos de la prehistoria, quedarían en cierto modo reflejadas en el sistema de cañadas que ha llegado hasta nosotros (Galán y Ruiz-Gálvez, 2001: 277), Una modalidad que estaría organizada por las propias comunidades y de la cual se beneficiarían más adelante los poderes feudales (Escalona, 2001:136). Es una actividad económica que, a pesar de las dificultades que se presentaban en momentos de inestabilidad política y social pudo continuar desarrollándose (Gómez-Pantoja, 2001: 185).

Esta actividad ha quedado en parte fosilizada en algunos territorios, donde las circunstancias medioambientales y culturales han permitido que este sistema de explotación, anclado en parte en la antigüedad haya perdurado casi hasta hoy en día.

Esta imagen de movimientos transterminantes, de grupos que mantienen una relación fluida con el territorio, no difieren mucho del tipo de desplazamientos que se siguen haciendo en diversas regiones peninsulares, como ocurre en los viajes entre la cuenca del Duero y Tajo y los pastos estivales del Sistema Central, donde ovejas y vacas utilizando la red de cañadas y veredas, continuaban realizando hasta hace no muchos años.



### 2.3 La despoblación del medio rural

Me gustaría en este punto, y frente al escaso foro que supongo habrá de tener este trabajo, llamar la atención sobre el problema que se vive en muchos de las zonas sobre las que se ha realizado el presente estudio, la despoblación rural.

La situación de muchas de estas zonas es crítica; desde mediados del siglo pasado ha ido disminuyendo su población por diferentes causas, principalmente económicas, que han llevado al abandono de las costumbres y usos tradicionales, el abandono de los pueblos y su repercusión en el medio físico que ha pasado de servir de sustento a las poblaciones rurales a generar importantes problemas por su abandono, llegando en algunos casos a una situación extrema, la desertización.

Los datos son apabullantes, entre el año 2000 y el 2017, han emigrado desde el mundo rural alrededor del 9% de su población. En la actualidad en el 85% del territorio nacional vive sólo el 15% de la población (Palou, 2018).



*Figura 2.9: Imagen de un despoblado actual en la comarca abulense del río Aravalle.*

A través de tres imágenes aéreas obtenidas de la Fototeca Digital del Instituto Geográfico Nacional (<http://fototeca.cnig.es/>), podemos observar la transformación acaecida en este pueblo situado en la Sierra de Béjar a lo largo de los últimos sesenta años. De tener mayoritariamente todas las huertas que rodeaban al pueblo en plena producción, completamente limpias, vamos pasando progresivamente al abandono total que se aprecia en la actualidad.

A.



B.



Figura 2.10: A. Imagen del Vuelo Americano serie B, 1956-57; B. Imagen del PNOA 2014. Mientras que en la primera podemos apreciar como las huertas cultivadas rodean el casco urbano del pueblo, en la segunda el abandono de la siembra de las huertas, y la ausencia de ganado pastando ha llevado al crecimiento de los bosques de ribera en las vegas de los cursos fluviales y al crecimiento indiscriminado de todo tipo de plantas y arbustos que cierran los caminos y hacen prácticamente impracticable muchas de las zonas antes en explotación.





## Capítulo 3. DELIMITACIÓN DEL TERRITORIO DE ESTUDIO

El territorio que ocupa nuestro trabajo tiene como eje medular el Sistema Central, eje vertebrador del interior peninsular (figura 3.1). Esta cadena montañosa, que en la actualidad sirve en parte como límite o frontera entre provincias y comunidades autónomas, no siempre ha tenido ese carácter liminar o de frontera cultural, sino todo lo contrario, un territorio de contacto entre diferentes grupos poblacionales y que no ha sido sino a partir de la edad moderna cuando se constituyó definitivamente en frontera administrativa.

Desde el Sistema Central el territorio delimitado alcanza las zonas de transición hacia dos de los principales ríos peninsulares, Duero y Tago, cuyas aguas beben de las lluvias y nieves caídas en este sistema montañoso.



*Figura 3.1: Imagen del Sistema Central, eje vertebrador del interior peninsular; en este caso de la Sierra de Guadarrama y la Pedrizca.*

La delimitación administrativa actual, establecida definitivamente en 1833 por Javier de Burgos, coincide con las provincias de Ávila y Segovia, integradas dentro de la comunidad autónoma de Castilla y León y la provincia de Madrid, que conforma la Comunidad Autónoma de Madrid. Un territorio muy amplio, de 23.135,1 km<sup>2</sup> de superficie, donde, dado el enorme espacio territorial, se presentan unidades fisiográficas muy diferentes (figura 3.2).



*Figura 3.2: Situación de la zona de estudio en el ámbito peninsular y regional.*

Un territorio con importantes diferencias, tanto en altura, climatología, tipos de suelos, etc., que ha posibilitado su antropización de manera, que gracias al número de yacimientos existente y la amplitud cronológica establecida, se puedan extraer conclusiones que sirvan para establecer un modelo. Un territorio que sabemos delimitado artificialmente para la consecución del presente estudio, cuyos límites deben ser tenidos en cuenta a la hora de cualquier tipo de análisis, ya que, en la realidad, no existió tipo de barrera entre las diferentes comunidades, sino una continuidad en el poblamiento que hoy a la hora de nuestro estudio estamos pasando por alto.

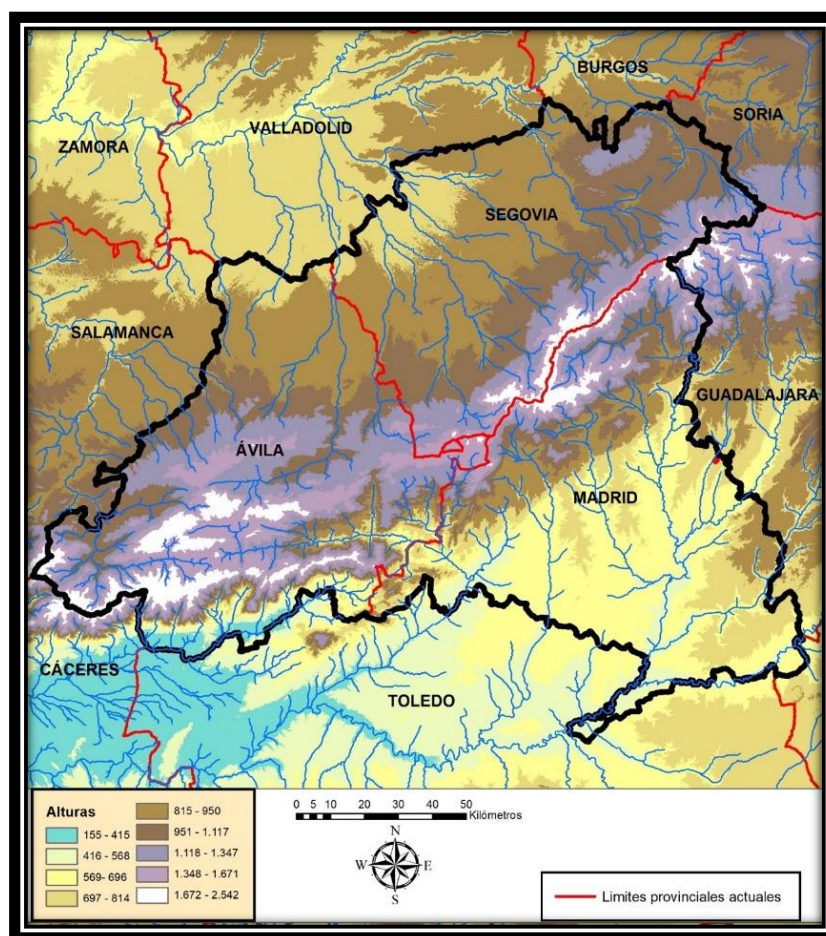
En esta limitación del espacio de estudio, lejos de establecer un marco delimitado por accidentes geográficos como sucede en muchos de los realizados dentro de la Arqueología del Paisaje, hemos tratado de aunar los objetivos establecidos con el estudio con las respuestas a las interrogantes planteadas; en nuestro descargo debemos decir, que también fue por proximidad y conocimiento del medio. Proximidad con el fin de facilitarnos la labor de consulta de los Inventarios y Carta Arqueológica sin tener que hacer grandes desplazamientos y no perjudicar, aún más a la familia. Y por otro, el conocimiento, al ser las tres provincias actuales, Ávila, Madrid y Segovia bien conocidas por diferentes motivos: en el caso de Ávila donde desde la infancia he pasado mucho más tiempo que aquellos simples veraneos de tres meses, la de Madrid residencia habitual y lugar de trabajo y la segoviana de esparcimiento al otro lado de la sierra.



Este amplísimo espacio nos ha permitido establecer diferentes escalas geográficas en su análisis a través de cuales poder llegar a comprender a las diferentes comunidades que se asentaron a lo largo de los siglos dentro del mismo. De este modo, los objetivos buscados en la tesis, un análisis comparativo de sociedades y el marco teórico elegido, la Arqueología del Paisaje me han llevado a establecer tres escalas territoriales para esta aproximación. Este acercamiento permite recurrir a distintas herramientas metodológicas en función de la escala espacial en la que nos movamos, al igual que nos posibilita modelar el relato en función del zoom que estemos aplicando en cada momento de nuestro estudio, lo que va a contribuir a una reflexión más completa de cada una de las hipótesis interpretativas que surgen en nuestro análisis.

### **3.1. El marco general. Primer nivel escala regional**

En la primera escala de nuestro estudio, a nivel macro, es decir de carácter regional, nos vamos a mover a caballo del Sistema Central, lo que englobaría administrativamente las actuales provincias de Ávila, Segovia y Madrid (figura 3.3).



*Figura 3.3: Delimitación administrativa actual de la zona de estudio.*

Este territorio adolece de visiones integradoras en las que se aúnen informaciones de las zonas montañosas, casi siempre olvidadas o dejadas de lado, con las de transición y fondo de valle. Por ello, como área territorial más extensa hemos puesto el foco en una amplia zona desde la que establecer una relación con los trabajos previos disponibles. Este marco tan amplio nos servirá para establecer una visión de conjunto y poder extraer conclusiones a nivel regional.

Un espacio físico en el que se interrelacionan las más altas cotas del centro peninsular, con zonas bajas o deprimidas de dos de las cuencas fluviales más importantes del interior peninsular. Territorio en el que las dos mesetas, norte y sur, se articulan a través de unos pocos pasos serranos, que desde la más remota antigüedad han sido los espacios de relación entre ambos espacios físicos y culturales.

### **3.2. El segundo nivel. Escala meso, nivel comarcal**

Para posibilitar el análisis de este amplio territorio hemos concretado hasta doce zonas diferentes (figura 3.4). Las posibilidades de establecer diferentes zonas para el análisis eran múltiples, pero debíamos escoger una. Hemos atendido principalmente a un criterio físico, tratando de estudiar valles fluviales en toda su extensión cuando nos ha sido posible por la longitud o extensión de estos o bien compartimentándolos, cuando la misma excedía de ciertos límites, haciendo muy dificultoso su análisis; en estos casos hemos tratado de aunar las zonas altas o bajas de dichos cursos fluviales. Por otro lado, nos ha parecido el criterio más natural además de ser el utilizado habitualmente.

De este modo el resultado es el siguiente:

Zona I: Tierra llana-La Moraña

Zona II: Valle del Tormes-Corneja

Zona III: Valle de Amblés

Zona IV: Valles del Tiétar y del Alberche

Zona V: Valles medio y bajo de Eresma y Voltoya

Zona VI: Valles medio y bajo de Duratón y Cega

Zona VII: Cuenca alta del Duratón y Rianza

Zona VIII: Cuenca alta del Eresma

Zona IX: Sierra norte y cuenca alta del Jarama y Manzanares

ZONA X: Sierra oeste y cuenca del Guadarrama

ZONA XI: Cuenca media del Jarama y Manzanares

ZONA XII: Cuenca del Tajuña y Vegas

Unas zonas muy heterogéneas y dispares, tanto en su configuración, posibilidades y evolución histórica, como desarrollaremos en las páginas siguientes.

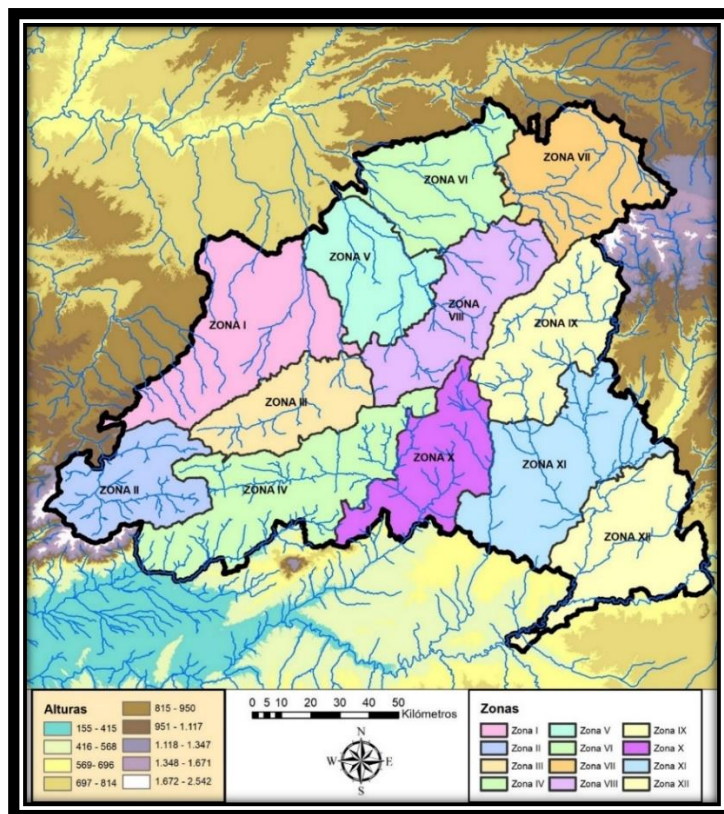


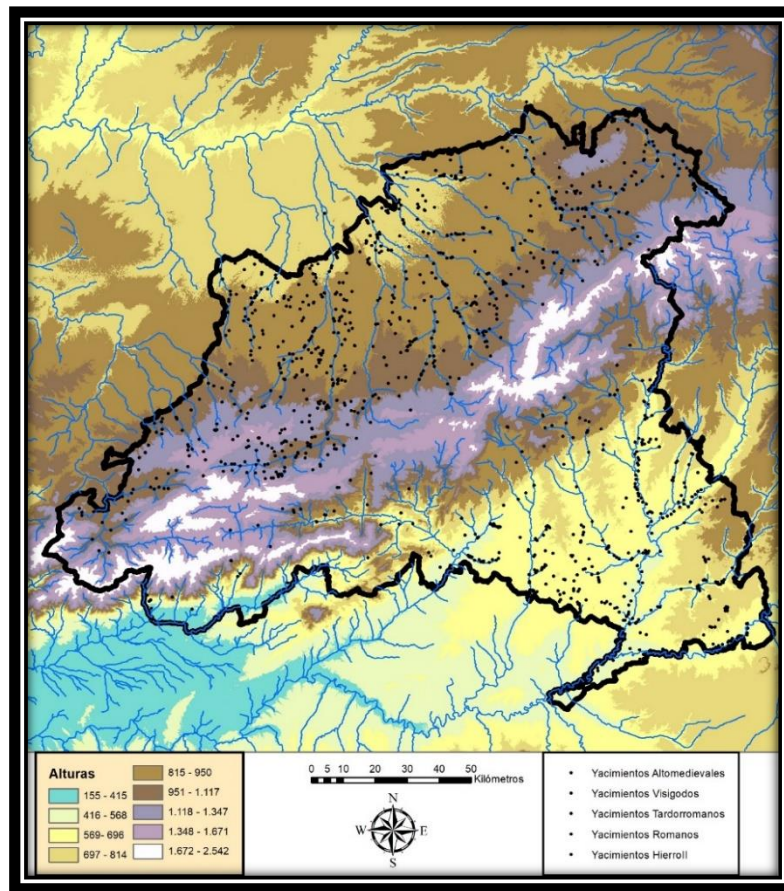
Figura 3.4: Distribución de las diferentes zonas del área de estudio.

### 3.3. El tercer nivel. Escala micro, nivel local o de yacimiento

El tercer nivel de estudio viene representado por los yacimientos (figura 3.5), una miríada de pequeños puntos, asentamientos que representan a las aldeas, granjas, castros, *villae*, *civitates*, etc. que han servido para articular y explotar estos territorios a lo largo de la Historia. Los datos correspondientes a los 950 yacimientos contemplados en este trabajo se encuentran en las correspondientes fichas elaboradas para cada uno de ellos, donde se reflejan las informaciones recogidas en la consulta de las correspondientes fichas de los Inventarios y Carta Arqueológica complementadas con otras informaciones, fotografías y planos.

### CAPÍTULO 3. Delimitación del territorio de estudio

Una imagen que plasma la distribución espacial del poblamiento en las diferentes zonas de estudio. En cuanto a su distribución cronológica será objeto de un análisis más pormenorizado en las siguientes páginas.



*Figura 3.5: Distribución del conjunto de yacimientos que son objeto de estudio en el presente trabajo.*





## Capítulo 4. METODOLOGÍA

Como venimos diciendo, el presente trabajo se enmarca en la Arqueología del Paisaje entendida esta como la propuesta metodológica propicia para el estudio de las sociedades de la antigüedad a través del conocimiento de los paisajes que generaron (Orejas, Ruiz y López, 2002: 287).

Así, entendemos el paisaje como una síntesis de las relaciones humanas, y como tal, se ha convertido en objeto de estudio histórico, en registro arqueológico (Ruiz, 2006: 17). Sin embargo, al convertirlo en el instrumento fundamental de nuestra investigación, surgen los problemas para aprehenderlo, situación que motiva el recurso al apoyo de otras ciencias, la consabida interdisciplinariedad (Escalona, Alfonso y Reyes, 2008: 93-94). De este modo, el recurso a disciplinas dispares como la Arqueología, Historia, Geografía, Ecología, etc., es una de las claves para entender la Arqueología del Paisaje (Orejas, 1995-96).

En la evolución histórica de territorio del estudio, podemos plantear el estudio en tres planos diferentes según nuestra aproximación. Por un lado, existen unos elementos que siguen como constantes en distintos momentos de ocupación y asentamiento antrópico, donde se encuadran los condicionantes físicos del territorio y aquellos culturales relacionados con las formas de explotación del medio. En segundo lugar, una sucesión de etapas históricas que tienen que ver con la plasmación de los lugares y ámbitos de poder sobre el territorio, la jerarquización de las estructuras de poder y su integración mediante las vías de comunicación. Y en tercer lugar los condicionantes culturales y simbólicos de cada grupo étnico (Gómez y Riesco, 2010: 55).

Con este estudio también queremos reforzar la idea de la que la prospección arqueológica no ha de ser una fase previa a la excavación, sino que es un método en sí mismo, imprescindible para la localización de yacimientos; pero también que la excavación no ha de tener como fin el contextualizar los datos obtenidos a través de la prospección. Ambos métodos aportan informaciones diferentes, que debemos utilizar de manera complementaria en nuestro análisis.

### 4.1. El Paisaje

El término paisaje desde sus inicios, ha sido empleado de muy diferentes modos, con diversos significados, siendo un término escurridizo que siempre escapa a los intentos de agotar su definición (Aguiló, 2004:481).

El significado actual del vocablo paisaje tiene su origen en el renacimiento humanista propio de los siglos XV y XVI, en relación con los nuevos conceptos del espacio y el auge de la burguesía urbana. Hasta el siglo XIX, el término estuvo indisolublemente ligado a las representaciones artísticas, en las que era utilizado desde una perspectiva estética. A principios del siglo XX empieza a formar parte del vocabulario de geólogos y geógrafos físicos, quienes comenzaron a hablar del «paisaje cultural». Otto Schlüter (1908) lo utilizó en el sentido de la preponderancia que mantienen los humanos en la transformación de los paisajes (James y Martin, 1981: 177). Su consolidación en la Geografía vino de la mano de Carl O. Sauer con su artículo «*The Morphology of Landscape*» (1925) en el que continuaba con la concepción humana de las transformaciones del medio.

A lo largo de los años, la multitud de aspectos que abarca el concepto ha posibilitado multitud de enfoques y de hecho es una realidad tan amplia que se hace necesario el concurso de diferentes aspectos para completar su análisis (Aguiló, 2004: 482). Además, es un elemento en constante evolución cuyas transformaciones van sumándose a lo largo de tiempo constituyendo un «producto histórico acumulativo» (Blanco y Martín, 2016: 12).



*Figura 4.1: Paisaje de una zona dedicada a la ganadería, en primer plano un potro, ya en desuso, y una tenada dedicada a la estabulación del ganado.*

En 1992 se elevaba al Comité de Patrimonio Mundial de la UNESCO una serie de recomendaciones encaminadas a crear la categoría de «paisajes culturales», que fueron aceptadas ese mismo año, momento desde el que el concepto paisajes culturales ha estado

presente en el ámbito de la gestión del patrimonio (Fowler, 2003). De este modo, se establece que los paisajes culturales son producto de la combinación de factores naturales y antrópicos, y su diversidad es ejemplo de las transformaciones en las sociedades a lo largo de la Historia (UNESCO, 2013: 88).

Así, conceptos como paisaje o paisajes culturales constituyen un marco de análisis de enorme potencial en el que encuadrar los estudios arqueológicos que buscan comprender las interacciones entre el medio físico y las comunidades humanas. Este es precisamente nuestro objetivo, tratar de analizar los procesos de formación y transformación de diversos paisajes, cuyo estudio nos permite conocer y comprender los procesos históricos de cambio social.

En la actualidad las definiciones de paisaje son múltiples, posiblemente tantas como investigadores se acerquen a su estudio. En el diccionario de la Real Academia Española (RAE), en su definición sigue primando esa visión artística, a pesar de que poco a poco se vaya ampliando este concepto con la inclusión de ciertas acepciones como su culturalidad. En nuestro caso, fue la Geografía física quien adoptó su uso y desde ella fue adoptada por la Arqueología (Orejas, 1991).

Podemos entender por paisaje: territorio, naturaleza, medio ambiente, recursos naturales, etc., pero sobre todo debemos entenderlo como el contenedor de los procesos que se han producido en el territorio, bien por acción natural o bien por acción del hombre (Aguiló, 2004: 481; Martín, 2012: 4). Un paisaje entendido como una sucesión de acciones antrópicas al que podemos considerar como elemento arqueológico en sí mismo, y por ello que puede ser objeto de estudio desde la arqueología del paisaje (Ariño y otros, 1994: 189-190)

Todas las sociedades, tanto de la antigüedad como en el presente han dejado sus huellas sobre el paisaje que han habitado, modelándolo a las necesidades de su vida diaria. Sus formas de ocupación, sus estructuras de producción, su red de comunicaciones, se han fosilizado en el mismo, informándonos de sus características: organización social, explotación del territorio, desigualdad social o el acceso diferenciado a ciertos recursos.

De este modo, podemos considerar el territorio perteneciente a un grupo social un documento imprescindible para conocerlo, a través del cual podemos contrastar los datos que nos proporcionan otras fuentes como la epigrafía, toponimia, etc. Su análisis requiere



un constante cambio de escala, desde la macro a la micro, desde la regional al yacimiento, utilizándolas de forma independiente o aunando sus informaciones<sup>2</sup>.

## **4.2. La Arqueología del Paisaje**

Cualquier acercamiento al análisis del paisaje debe ir acompañado de una «reflexión teórica» (Sastre, 2001) sobre las sociedades que los generaron, de forma que su estudio sea representativo de estas.

El paisaje no es algo estático, sino que está en constante evolución y construcción, en respuesta a las transformaciones que suceden en el clima, el medio físico y las antrópicas. Cada paisaje es único, fruto de las diferentes circunstancias que ha intervenido en su conformación (Muir, 1999); dejando su impronta tanto en los restos arqueológicos como los inmateriales (Godelier, 1990).

Por otro lado, el estudio del paisaje necesariamente debe ser diacrónico para poder percibir su evolución a lo largo del tiempo, así como las sociedades que han generado elementos dentro del mismo; pero a la vez no debe quedarse sólo en los datos arqueológicos, que deben ser incorporados junto con otras informaciones procedentes de otras ciencias, es decir interdisciplinariedad. Este análisis, llevándolo hasta la antigüedad (Leveau, 1999; Vincent, 1991), debe plasmarse a través de capas, en los que se reúnen desde los elementos más simples a los más complejos (Orejas, 1991: 212).

Así, la Arqueología del Paisaje es la corriente metodológica en la que se propone una aproximación a las diferentes comunidades a través del estudio de sus relaciones sociales, política y económicas; «no es, por lo tanto, una metodología que pretenda la reconstrucción del paisaje antiguo en un momento dado, sino su estudio histórico» (Orejas, Ruiz y López, 2002: 288).

Esta metodología se halla en constante evolución, y en ella se integran las informaciones recogidas a través de otras técnicas como la prospección arqueológica, la

---

<sup>2</sup> El juego de escalas es esencial para comprender la complejidad de la organización y la explotación de estos territorios. Los datos obtenidos a escala local aportan nuevas perspectivas para el estudio de los procesos que afectan al conjunto de la región. De forma paralela al estudio de las transformaciones producidas en la organización del territorio en época romana y la puesta en explotación de muchos de los recursos del área, futuros trabajos deberían ir encaminados a profundizar en un mejor conocimiento del paisaje, buscando el análisis integral, conocer los diferentes ritmos que marcan las transformaciones acaecidas en las comunidades a lo largo del tiempo y que se muestran en el estudio espacial del conjunto.

excavación, la fotografía aérea, a las que se van sumando otras que van ganando importancia como el LiDAR (Light Detection and Ranging) o la teledetección.

Durante la década de los años 70 del siglo pasado desde la Arqueología anglosajona, vemos la aparición de reflexiones teóricas y metodológicas en el marco de la Arqueología del Paisaje, cuando se convierte en una de las estrategias investigadoras más destacables a nivel europeo. De este modo, la monografía de Aston y Rowley (1974) «*Landscape Archaeology: An Introduction to Fieldwork Techniques on Post-Roman Landscapes*», constituye la primera publicación que utiliza esta denominación.

Durante los primeros años de esta disciplina, desarrollada sobre todo entre los investigadores anglosajones (Darwill, 2008: 62), sus aproximaciones se centraban desde una perspectiva que podemos considerar procesualista, mayoritariamente en comprender las relaciones entre los diferentes grupos humanos y el medio físico que habitaban, lo que hoy denominaríamos *Environmental Archaeology*.

No sería hasta la década de los ochenta cuando conceptos como «Arqueología del Paisaje» y «paisaje» comenzaran a ser comunes en las revistas científicas de Arqueología (David y Thomas, 2008: 27). En los años que se fue formando la disciplina, fue asimilando diversos aspectos de la Arqueología Espacial, como el desarrollo de una metodología rigurosa, procesos analíticos procedentes de la ecología y que hoy en día continúan en los estudios de esta Arqueología, como el recurso de las prospecciones superficiales, el empleo de la fotografía aérea y el uso de los mapas de distribución (Soler, 2007: 49).

A partir de la década de los 80, desde los presupuestos postprocesualistas, se pusieron en cuestión parte de los planteamientos de esta Arqueología, sobre todo en los referidos a la consideración del paisaje como un sujeto en el que podamos estudiar su relación con los humanos (Darwill, 1999: 107-110). A partir de ese momento, la investigación, de la mano de la Arqueología postprocesualista, fijaría su atención en las relaciones de poder, las identidades o las costumbres, abandonando el estudio más cuantitativo del paisaje.

En España la llegada de estos métodos se produce en la década de los años 80. En 1981 se reúnen en Soria diferentes investigadores con la intención de introducir en la Arqueología española los nuevos planteamientos que se estaban produciendo; fueron las *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*. Cabe destacar de esta reunión, que la multidisciplinariedad ya se planteaba como medio de acercamiento al pasado junto con el amplio abanico de metodologías presentadas. Poco tiempo después comenzaron los

*Coloquios sobre Arqueología Espacial*, coordinados, desde el Colegio Universitario de Teruel, por F. Burillo, celebrados entre 1984 y 2010, que marcaron un antes y un después en la Arqueología espacial en nuestro país. Los investigadores allí reunidos, procedentes de toda la península, fomentaron la puesta en práctica de nuevos métodos que en adelante han sido imprescindibles en nuestra disciplina, como las prospecciones arqueológicas, la realización de estudios geomorfológicos o el análisis de captación de recursos (Mederos, 1997). Llama la atención el mantenimiento del nombre de Arqueología Espacial en sus publicaciones, cuando la denominación Arqueología del Paisaje rápidamente la superó y ha sido la más común en estos últimos años (González, 2016: 61)

Burillo en el prólogo de la obra de García Sanjuan (2005: 45-47), habla de la existencia de tres generaciones sucesivas dentro de la investigación arqueológica española. Una primera en la que destacan algunos de los investigadores presentes en la primera reunión turolense como Gonzalo Ruiz Zapatero o Enrique Cerrillo. Una segunda que podemos relacionar con la celebración en Lisboa y Tomar en 1998 del *Seminario sobre Arqueología Espacial*, donde aparecieron jóvenes investigadores como J. Vicent García, F. Criado y F. Nocete Calvo, que se añaden al plantel antes citado, desde diferentes postulados como el estructuralismo y el materialismo histórico; y, una tercera donde, con la consolidación del recurso de las TIG (Tecnologías de Información Geográfica) y la prospección arqueológica, el resultado fue el importante incremento en el número de investigadores.

En la actualidad el paisaje sigue muy presente en la actividad investigadora de la Arqueología; en los últimos años han visto la luz varios libros y manuales que así lo atestiguan<sup>3</sup>; la celebración de congresos con carácter monográfico como los *International Landscape Archaeology Conference* (LAC), sesiones en las reuniones internacionales de carácter periódico, tesis doctorales e infinidad de artículos en revistas españolas e internacionales. También en nuestras universidades, donde a través de asignaturas, titulaciones de postgrado y programas de doctorado se halla incluida en los programas e itinerarios formativos correspondientes.

---

<sup>3</sup> Sin ánimo de ser exhaustivo, entre otros: Ashmore, Wendy y Knapp, A. Bernard (eds.) (1999): *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*. Oxford: Blackwell. Bowden, Mark (ed.) (1999): *Unravelling the Landscape. An Inquisitive Approach to Archaeology*. Stroud: Tempus. García Sanjuán, Leonardo (2005): *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Barcelona: Ariel Prehistoria. David, Bruno y Thomas, Julian (eds.) (2008): *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek: Left Coast Press. Orejas, Almudena, Manttingly, David y Clavel-Lévêque, Monique (eds.) (2009): *From present to past through landscape*. Madrid: CSIC-COST. Chavarría Arnau, Alexandra y Reynolds, Andrew (eds.) (2015): *Detecting and Understanding Historic Landscapes*. Mantova: SAP Società Archeologica.

El estudio del paisaje va contando cada día con mayor recorrido (Orejas, 1991), desde sus inicios hasta hoy en día sus planteamientos se han ido transformando. Hoy en día, tienen cabida las informaciones obtenidas a través de prácticas y disciplinas muy diferentes que han ido conformando una metodología con líneas de trabajo muy diversas (Orejas, 1991; 1995-96; Orejas, Ruiz y López, 2002).

En los últimos años se ha producido un gran desarrollo de esta disciplina a pesar de las limitaciones y obstáculos (Orejas, 1991: 191), mostrándose indispensable para la comprensión de cada una de las sociedades que fueron transformando el paisaje, adecuándolo a sus necesidades. De este modo, el paisaje se convierte en objeto de estudio arqueológico como resumen de las acciones antrópicas acaecidas a lo largo del tiempo (Orejas, Ruiz y López, 2002: 305).

El gran impulso que hay tras el desarrollo de las TIG, donde la aplicación de la fotografía aérea, el LiDAR, la teledetección y otras aplicaciones, han permitido la estandarización de su metodología y han posibilitado su uso en el análisis a escala regional (Ariño y otros, 1994: 9).

La aproximación a su análisis ha de hacerse desde una visión integradora (Ruiz, 2006: 18) como se aprecia en los estudios de Walsh (2013), los aparecidos en el *Coloquio Internacional* (Burillo, 1998), o los referentes a las últimas técnicas y materiales (Guillins, Mattingly, y Van Dalen, 1999; Pasquinucci y Trément, 2000), frente a quienes lo tienen por un elemento inalterable o quienes lo consideran que debe ser el elemento central del mismo.

Debemos tener presente que para realizar un estudio sobre poblamiento es necesario una estrategia compleja en la que se la información que susceptible de ser utilizada puede provenir de diferentes investigaciones: excavaciones y prospecciones arqueológicas, el análisis toponímico y las fuentes escritas, siempre posteriores en el tiempo, todas ellas sometidas a los correspondientes filtros (Barrios y Martín, 2000-2001: 59-60).

Teniendo en cuenta lo anterior, la técnica arqueológica más adecuada para la realización de este estudio será la prospección superficial, ampliamente contrastada, gracias al número de yacimientos que permite estudiar, la posibilidad de realizar estudios de carácter regional y que pueden ser gestionados con herramientas informáticas como bases de datos y los Sistemas de Información Geográfica (SIG) (Ruiz, 1996).

Un análisis del territorio no debe olvidar que se está realizando sobre un paisaje producto de una sociedad que los construyó para vivirlo y explotarlo, dentro de unos parámetros propios de dicha comunidad (Ariño, Gurt y Palet, 2004: 13).

Siguiendo a Barrios y Martín (2000-2001: 60) «el análisis del territorio es quizás el mejor camino para una correcta comprensión de las relaciones entre los sistemas sociales y el espacio donde se inscriben los tipos y las redes de asentamientos».

### **4.3. La prospección arqueológica**

Como de todos es sabido, la prospección arqueológica es el método, no destructivo en el que, a través de la inspección visual del terreno, se busca la detección de las posibles evidencias que pudieran haberse conservado de la presencia de grupos humanos sobre el territorio.

Entendemos este método como una lectura arqueológica del terreno, en la que se analizan la disposición, caracterización y registro de los diversos elementos arqueológicos, las vías de comunicación, asentamientos, inscripciones y todos otros objetos capaces de informarnos de las sociedades que los crearon (Ariño y otros: 191).

Sin embargo, debemos tener en cuenta, que siendo una de las partes con más peso en este análisis puesto que de ella depende la caracterización y adscripción cronológica de los yacimientos<sup>4</sup>, lo que obtenemos es un mapa con indicaciones de lugares que muestran unos restos arqueológicos en superficie, que no tienen por qué tener un refrendo en las capas internas del subsuelo (Ariño y Riera, 2002: 284).

De la mano de la Nueva Arqueología, en la década de los años 60 del siglo pasado, este método arqueológico se convirtió en una técnica de igual categoría que la excavación arqueológica, mostrándose como imprescindible para el análisis de grandes espacios. Desde ese momento, con la incorporación de otras herramientas de interpretación procedentes sobre todo de la Geografía, la prospección intensiva, se ha consolidado como el mejor método para poder conocer el número y disposición de los asentamientos sobre el territorio (Ariño, Gurt y Palet, 2004: 15).

Recientemente, ha sufrido una profunda reflexión metodológica motivada por los avances realizados en la Arqueología del paisaje (Francovich, Patterson y Barker, 2000; Alcock y Cherry, 2004), en los que se sitúa como el eje articulador de los estudios a nivel

---

<sup>4</sup> La catalogación de un lugar como «yacimiento» no indica otra cosa que en este punto se aprecia una concentración significativa de restos.

regional, cuyo análisis no sería posible sin su concurso (Ruiz, 2006: 19). Para su consecución no se trata únicamente de situar los datos obtenidos a través de diferentes disciplinas -prospección, excavación, fotografía aérea, medio físico- unos encima de otros, capa sobre capa, sino de integrarlos todos, a través de diferentes métodos y técnicas, para poder obtener una visión de conjunto, a través de una aproximación interdisciplinar. Teniendo en cuenta, que ningún análisis por sí solo, nos va a permitir un acercamiento completo a la organización del territorio.

A pesar de las diferentes posibilidades que permite la técnica de la prospección (Ruiz y Burillo, 1988: 48; Ruiz y Fernández, 1993: 93; García, 2005: 72), debemos ser conscientes que la visibilidad de los materiales puede variar en diferentes épocas o a lo largo de varios años (Barker, 1986), lo que lleva a plantear la dificultad de establecer una caracterización de algunos asentamientos a través de los materiales documentados en superficie, puesto que su aparición depende de un complejo conjunto de factores. Algunas veces la diferencia entre los materiales documentados en superficie y los posteriormente recuperados en excavaciones lleva a ser muy cuidadoso en la atribución de tipologías y distribuciones de asentamientos (Ruiz, 2006: 24).

En relación con esto, uno de los problemas que se plantea es la posible previa categorización de la tipología de los asentamientos, desde la suposición de una distribución y jerarquización del poblamiento.

No hay dos paisajes iguales, cada uno presenta diferentes matices y formas. En este sentido un análisis sin tener en cuenta todas las posibilidades que nos ofrecen los datos puede hacernos caer en graves errores (Orejas, 1995: 117).

En nuestro caso de estudio, vinculado con el pastoreo, grupos móviles por un extenso territorio, la prospección es la metodología más adecuada para realizar un acercamiento con las mayores garantías (Fabre, 2000).

### 4.4. Los S.I.G. en la Arqueología del Paisaje

Son numerosas las definiciones que podemos encontrar sobre esta tecnología, una de ellas podría ser la ofrecida por el NCGLA, E.E.U.U. (National Center of Geographic Information and Analysis, 1990): *«un sistema de hardware, software y procedimientos diseñados para realizar la captura, almacenamiento, manipulación, análisis, modelización y presentación de datos georreferenciados espacialmente para la resolución de problemas complejos de planificación y gestión»* (Peña,

2006: 4). En la actualidad se muestran como una de las herramientas más poderosas al servicio de la Arqueología (Conolly y Lake, 2009: 27).

El nacimiento de los S.I.G. (Sistemas de Información Geográfica) debemos enmarcarlo dentro de la renovación metodológica y conceptual experimentado en la Geografía con la intención de racionalizar el paisaje y los factores que lo componen (Baena, Blasco y Quesada, 1997). Sus primeros usos se dieron en el ámbito de la administración canadiense quienes, en los años 60, como herramienta de gestión y elaboración de cartografía, buscando mejorar la gestión territorial. En vista de sus bondades, fueron rápidamente usadas en multitud de disciplinas, gracias a sus enormes posibilidades de aplicación. En Arqueología fueron dedicados en primer lugar como herramienta para la gestión del patrimonio cultural, facilitando el tratamiento de grandes cantidades de información acerca de cada uno de los elementos integrados (Pastor, Murrieta y García, 2013: 12).

En los años 90 estas tecnologías ya estaban siendo aplicadas desde la Arqueología en el ámbito estadounidense (Allen, Green y Zubrow, 1990). En Europa su llegada fue a través del ámbito anglosajón (Lock y Stancic, 1995), con su aplicación en la Arqueología Espacial.

Su incorporación a la actividad arqueológica española vino de la mano de investigadores relacionados, en un principio, con los *Coloquios de Arqueología Espacial* de Teruel, donde tuvieron buena acogida puesto que su uso facilitaba enormemente el tratamiento estadístico de los datos espaciales, que ya eran manejados antes desde los años 70 y 80.

En los últimos años su uso en Arqueología ha visto un incremento exponencial, revolucionando infinidad de aspectos y en los próximos años continuará con ese incremento. El empleo de la fotografía aérea para la detección o estudio de diferentes tipos de asentamientos no es ni mucho menos algo novedoso en la península ibérica. En los últimos años, la fotografía por satélite o la reciente irrupción de la tecnología LiDAR se han mostrado especialmente efectivas en la detección de estructuras en áreas boscosas o de tupida vegetación. Sin embargo, su aplicación a nivel peninsular aún se halla en un estadio muy inicial, pese a que estas herramientas suponen un importante avance a la hora de conocer la morfología y entidad de ciertos yacimientos, además de su disposición sobre el territorio (Costa-García y Casal, 2015: 144).

Son numerosos los títulos publicados en los últimos años acerca de la incorporación, evolución y usos de los S.I.G. en Arqueología<sup>5</sup>, tratando en ellos multitud de aspectos diferentes en relación con la consecución de cualquier proyecto, bien desde el tratamiento y sistematización de datos hasta cualquier tipo de análisis.

En el año 2003 se celebró en Córdoba el *Encuentro Internacional. Informática aplicada a la investigación y la gestión arqueológica*, donde se abordaron diferentes temas sobre la aplicación de esta tecnología en nuestra disciplina (Martín y Lucena, 2004). En el año 2004, la Universidad de Alicante organizó unas jornadas en las que tuvieron cabida enfoques de carácter metodológico y práctico (Grau, 2006: 10). Años después el Instituto Arqueológico de Mérida, perteneciente al CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) organizó el bajo el título *Tecnologías de Información Geográfica y Análisis arqueológico* un simposio internacional en el que, el estudio del paisaje fue el denominador común (Mayoral y Celestino, 2011).

### 4.4.1. Los SIG y la interpretación de los datos

Actualmente estos sistemas se han convertido en una herramienta indispensable en la gestión y análisis, en las que los diferentes modelos e hipótesis pueden ser puestos a prueba y corroborados, permitiendo el desarrollo de diferentes teorías e interpretaciones, además de estimular la formulación de nuevos interrogantes (Pastor, Murrieta y García, 2013: 12).

Una vez obtenidas las informaciones, estas son susceptibles de ser trabajadas para la obtención de datos, que podemos extraer bien en forma de mapas o tablas, permitiéndonos la resolución de problemas concretos, o la formulación de nuevas hipótesis (Grau, 2002: 24).

En este trabajo queremos centrarnos en la creación de una base de datos y a partir de ésta elaborar diversos mapas y tablas que puedan reflejar, como podría ser el poblamiento en cada una de las diferentes zonas establecidas para el estudio, además hacer un conjunto de análisis que permita establecer o corroborar los diferentes patrones de poblamiento sobre el territorio y sus transformaciones, realizando mediciones de distancias a los cursos fluviales o las vías de comunicación, además de un análisis de captación de recursos

---

<sup>5</sup> Sin ánimo de ser exhaustivo, como ejemplo: Baena Preysler, J., Blasco Bosqued, C., y Quesada Sanz, F. (eds.) (1997). *Los SIG y el Análisis Espacial en Arqueología*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Martín de la Cruz, J.C., y Lucena Martín, A. M<sup>a</sup>. (Coord.) (2004). *Actas del I Encuentro Internacional. Informática aplicada a la investigación y gestión arqueológicas. 5-7 de mayo de 2003*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Córdoba. Grau Mira, I. (2006) (ed.). *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Serie Arqueología. Publicaciones Universidad de Alicante.



(Davidson y Bailey, 1984), con el que se busca el contrastar hipótesis sobre las transformaciones en los patrones de explotación territorial en cada una de las cronologías analizadas. Estableciendo en este caso una capa de fricción para establecer la posible área de captación de recursos de cada yacimiento individualizado en función de diferentes variables. Esta área, situado en torno a los yacimientos, vendría definida por la relación tiempo-distancia; para su cálculo se ha procedido estableciendo isócronas, que permiten adaptar el tiempo de recorrido en función de la topografía (Fernández y Ruiz, 1984: 60), estableciendo una hora de desplazamiento en los que se podrían alcanzar, hasta 5 km de distancia.

#### **4.5. La fotografía aérea**

La fotografía aérea es capaz de suministrar una perspectiva completa, tridimensional y permanente del suelo; el análisis del paisaje a través de ellas es muy interesante para la determinación de formas del terreno, cuencas visuales, etc. por la gran extensión territorial que abarcan. Un terreno en el que en los últimos años se han producido importantes innovaciones metodológicas referente a las TIG y diversos métodos de detección como LiDAR (Costa, 2015; Didierjean, 2008).

Tres fuentes documentales son básicas en cualquier estudio sobre el territorio: en primer lugar los vuelos fotogramétricos históricos actualmente disponibles tanto en la Fototeca Digital del CNIG-IGN (<http://fototeca.cnig.es/>) como en los repositorios de la Junta de Castilla y León ([http://ftp.itacyl.es/cartografia/03\\_FotogramasAereos/](http://ftp.itacyl.es/cartografia/03_FotogramasAereos/)); las series A (1945-46) y B (1956-57) del vuelo americano<sup>6</sup>, el Vuelo Interministerial (1977-1983) y el Vuelo Nacional (1980-1986)<sup>7</sup> (Costa-García y Casal, 2015: 144).

En segundo lugar, la ortofotografía más reciente del PNOA (2004-2011). Por último, en el Centro de Descargas del CNIG-IGN pueden obtenerse las nubes de puntos LiDAR con diferentes densidades para la totalidad del territorio estatal (Costa-García y Casal, 2015: 145).

---

<sup>6</sup> El Vuelo General de España Serie A cuenta con una escala aproximada de 1/40000-1/450000; el de la serie B (USAF AST6 54-AM-78), tiene una escala de entre 1/32000 y 1/33000. Ambos pueden considerarse estereoscópicos.

<sup>7</sup> El primero, conocido también como vuelo IRYDA (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario), tiene una escala de 1/18000; el segundo cuenta con una escala 1/30000.



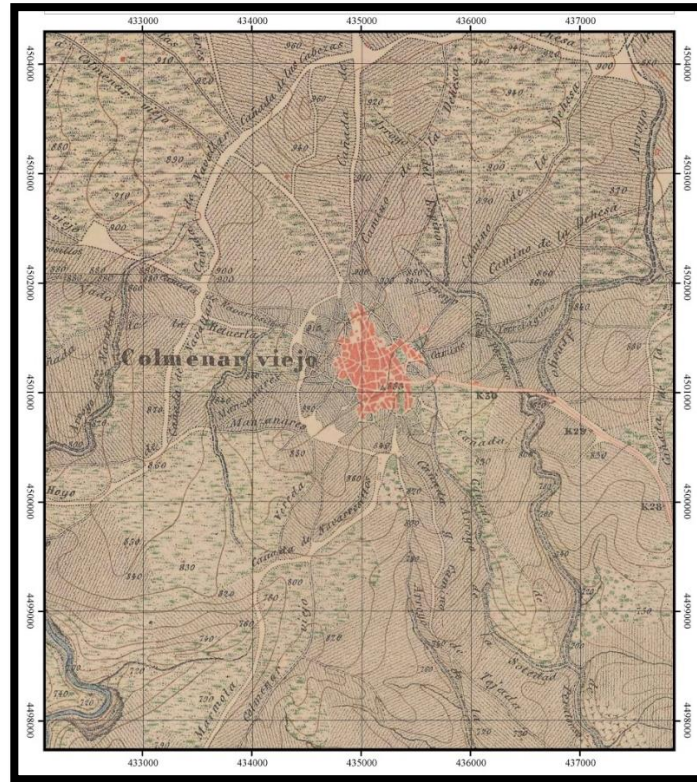
*Figura 4.2: Ortofotografía obtenida de SIGPAC de uno de los yacimientos de estudio (Navalabija, Colmenar Viejo).*

Los mapas topográficos representan la superficie terrestre describiendo su relieve mediante un sistema de planos acotados. La información suministrada en los mismos tiene un enorme valor para los estudios del paisaje (Aguiló, 2004: 60), posibilitando la localización geográfica, estimación de distancias y superficies. Además de describir las principales características del relieve también incorporan otra serie de información adicional sobre los cursos de agua, infraestructuras, toponimia, etc., muchas veces imprescindibles para los estudios territoriales.

Por otro lado, la cartografía histórica es otra fuente de información relevante para acometer un análisis del territorio, puesto que a través de las diferentes ediciones de los mapas topográficos podemos apreciar las transformaciones acaecidas en los últimos años en el territorio y en su toponimia. En los últimos años las administraciones públicas han facilitado el acceso a los datos y recursos de cartografía histórica; también el IGN ha publicado recientemente el Servicio Web de Mapas (WMS) de cartografía histórica donde se recogen las diferentes ediciones que se han realizado, comenzando desde la primea del Mapa Topográfico Nacional 1:50.000.

La fotografía histórica es un recurso interesante de análisis e interpretación histórica. El paisaje, ha sido sin duda uno de los grandes estímulos que ha impulsado el

avance de las técnicas fotográficas a lo largo de su historia. Durante muchos años esta fuente fue considerada como un elemento sin importancia para el análisis del paisaje; sólo en los últimos años ha sido considerada como una herramienta más. En la actualidad son numerosas las aplicaciones de las fotografías históricas en los estudios del paisaje, especialmente en los análisis evolutivos (Álvarez, 2001; Lara, 2003).



*Figura 4.3: Recorte procedente del plano de Colmenar Viejo, escala 1:50.000, 1ª edición, 1878, donde se observa el pueblo y alrededores.*

## **4.6. Desarrollo del trabajo**

El desarrollo fundamental de nuestro trabajo se ha desarrollado en fase de laboratorio, recabando todos los datos posibles, analizándolos y tratando de extraer las conclusiones más acordes con las informaciones recabadas.

El primer paso en la elaboración de este trabajo consistió, tras solicitar los permisos correspondientes, en consultar en las correspondientes delegaciones provinciales de Arqueología de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, correspondientes a las de Ávila y Segovia, y de Madrid las fichas e informes existentes acerca de cada uno de los yacimientos que se encontraran dentro de la cronología definida para el mismo. Pese a que

presentan dudas teóricas y metodológicas para aceptarlas hoy en día como prospecciones (Ruiz, 1996).

Las Cartas e Inventarios arqueológicos han sido una constante en España a lo largo del siglo pasado y del presente (García, 2005: 161-167; Querol y Martínez, 1996); hoy por hoy, son el único método para acercarnos a una percepción del poblamiento a nivel regional, pese a la diversidad o disparidad de criterios adoptados en su consecución (Dávila, 2007: 116). Se trata «prospecciones no sistemáticas» que podemos considerar con una alta fiabilidad, en tanto que sean extensivas, puesto que su no sistematización evita el sesgo ideológico de «buscar» determinados yacimientos, aplicando ciertos parámetros... no siempre sostenibles en una prospección abierta y carente de intereses específicos.

En el momento de interpretar el registro arqueológico podemos percibir varios planos de referencia: un primer nivel en el que el estudio de los datos se centra en la delimitación, tipología y cronología del yacimiento (Ruiz y Fernández, 1993: 95); y un segundo nivel que es el que permite tratar de plantear cuestiones sobre patrones de asentamiento, densidad, transformaciones del paisaje dentro de la dinámica evolutiva de las sociedades del pasado (Orejas, 1995-96: 62; Ruiz y Burillo, 1988: 57).

### 4.7. Toponimia

Se trata de la ciencia que denomina el conjunto de nombres de lugar, analizándolos e interpretándolos para poder comprender su significado, de donde proceden y las posibles actividades los generaron (Folgueira, 2009: 16).

Son numerosos los estudios en los que la toponimia se usa como fuente histórica, remontándose a los trabajos de Menéndez Pidal (1966). En tiempos recientes, se publicaron diversas investigaciones que se han acercado al registro arqueológico desde la perspectiva del paisaje, pero sin duda, fueron los trabajos del Ángel Barrios (1982, 1983, 1985) los que demostraron su validez como método de investigación histórica. En ellos queda patente la pervivencia de ciertos vocablos, a través de los que podemos establecer la presencia y pervivencia de ciertas poblaciones en la zona de estudio. Su etimología informa tanto del significado y procedencia, con cuyo conocimiento, a veces, es posible conocer el grupo humano que lo generó y aproximadamente cuando se produjo (Barrios, 1982: 116).

Los topónimos nos muestran la percepción que tiene una comunidad sobre el espacio que explotan y a su vez sirven como reflejo de los cambios económicos y sociales que acontecen dentro de la misma. Gracias a ellos, podemos intuir los lugares y sistemas de

apropiación y explotación de la tierra, las calidades de los suelos, la vegetación existente, etc. Para su fijación, ha de haber existido inicialmente algún hecho sobresaliente, diferenciador y llamativo, que lo motive (Riesco, 2010: 9).

Desde este planteamiento, el estudio de la toponimia del lugar es imprescindible para llevar a cabo estudios de carácter histórico y arqueológico, y sirve para completar los datos que conocemos gracias a otras fuentes. Al reflejar diferentes estadios históricos pasados, constituye un elemento de singular valor informativo, si somos capaces de desentrañar su significado, por las informaciones que se acumulan en una simple palabra que da nombre a una parte del territorio. Un topónimo puede informarnos de hechos que quizás sigan siendo evidentes como la orografía o la hidrografía, pero también de otros que han podido variar en el tiempo, como saber si esos lugares estuvieron ocupados o fueron explotados en tiempos pasados, aun cuando ya no se conserven evidencias en superficie, porque los nombres de lugar antes fueron nombres comunes, aunque muchas veces su significado se nos escape. Esto es debido a que muchos topónimos se siguen utilizando mucho tiempo después de que este significado primigenio se haya olvidado (Folgueira, 2009: 17). De ahí la utilidad que tiene para conocer mejor, por ejemplo, los antiguos sistemas de población, la expansión agrícola, la existencia de determinadas especies botánicas, la presencia de pueblos antiguos y, por supuesto, la geografía lingüística y la propia historia de la lengua (Morala, 2010: 105).

Su principal limitación es que no proporciona referencias temporales exactas; puesto que la toponimia no es algo estático, sino que estuvo y está en continua transformación dependiendo de los acontecimientos sociales y culturales que vivan los habitantes del lugar (Folgueira, 2009: 21), es decir, un *palimpsesto* del paisaje.

La importancia del paisaje histórico es algo que debemos de tener muy presente, si queremos comprender ciertas etapas de nuestra historia. Este paisaje histórico está formado por pueblos y aldeas, campos, caminos, edificios, bosques y pastos, todo un conjunto de elementos de nuestro entorno que han sido transformados en mayor o menor medida por los hombres que han vivido a lo largo de los siglos y que los han adaptado en función de sus necesidades, que han variado a lo largo del tiempo. Y de un modo lógico, estas comunidades, han utilizado, adaptado y conservado aquellas realidades anteriores que les han parecido útiles, «sólo perdura en el tiempo aquello que tiene una utilidad y que es utilizado a lo largo de los siglos» (Bolós, 2010: 42); aquellos nombres de lugar que no se utilizan, desaparecen.

A la hora de llevar a cabo una investigación sobre un territorio, nos acercaremos a su toponimia desde tres posibles vías: en primer lugar, a través de los documentos diplomáticos existentes, recogiendo los nombres de lugar que aparecen en ellos; en segundo, con la recopilación de los topónimos que aparecen en los mapas que vamos a manejar, que serán más o menos detallados en función de la escala de los mismos; y en tercero, con la encuesta oral a los lugareños durante las labores de prospección; esto último nos permitirá conocer la toponimia menor, y también lo que se sabe o se cree saber sobre las actividades que se desarrollaron en esos lugares.

La toponimia mayor o macrotoponimia, es aquella que se refiere a grandes extensiones de terreno; la mesotoponimia engloba los nombres de ciudades, municipios, aldeas y fincas que aparecen en los inventarios usuales. Es de todos sabido que los macrotopónimos permanecen casi inalterados, los mesotopónimos, con relativa facilidad, mientras que los microtopónimos son los más susceptibles de cambio. Cronológicamente, la macrotoponimia suele ser más antigua, mientras que la toponimia menor, normalmente es de época más reciente.

En nuestro estudio no pretendemos hacer un estudio de toponimia, que por sí mismo sería una tesis doctoral, sin duda completamente necesaria, pero que se excede de nuestras pretensiones. Por ello, nos referiremos a estudios bien conocidos, de los que, sin embargo, se muestran insuficientes o con algunas interpretaciones erróneas que trataremos de matizar para que el estudio arqueológico sea revelador.

De este modo, recogimos los macros y mesotopónimos existentes partiendo de la cartografía actual escala 1:25.000, como modelo de acercamiento al mismo.

El estudio de los nombres de las aldeas medievales en aparecen en la diócesis abulense y segoviana a mediados del siglo XIII, nos ofrece datos acerca de las perduraciones y las transformaciones que pudieron acontecer a lo largo de los siglos anteriores. En el caso madrileño, podemos considerar que la gran mayoría de sus topónimos son posteriores a la conquista cristiana, fruto de la repoblación de los siglos XIII y XIV<sup>8</sup>. Aunque también podemos hallar topónimos que provienen de términos mucho anteriores y que, por su importancia, se han mantenido a lo largo de los siglos.

Para su estudio hemos tratado de englobarlos por su posible cronología:

---

<sup>8</sup> Se trata de topónimos cuya raíz lingüística es fácil de desentrañar, ya que forman se forman a partir de vocablos romances perfectamente reconocibles en el castellano actual y cuyo origen no se remontaría más allá de tiempos plenomedievales.



Prerromanos: hay unos cuantos topónimos de origen prerromano, posiblemente sin transformación posterior cuya antigüedad resulta, muy probable. Tenemos un grupo con una raíz, como *Rámaga* y *Ávila*, que tendrían un origen preindoeuropeo, lo mismos que el grupo de sufijos átonos como *Turégano*, *Duratón*, *Duero* y con sufijo en –on, como *Tamarón* y *Tormeión* (Barrios, 1982: 123). Otro grupo, tal vez de procedencia indoeuropea precéltica serían los que comienzan en «canta-», como *Cantelpino*, *Cantalapiedra*, *Cantaleio* y *Cantyvesos*; también precélticos deben ser aquellos que tienen o tuvieron el grupo –nt- como *Polendos* (Barrios, 1982: 124). Carabaña (amplia relación de nombres con una base o raíz común *\*karav-*, como Carabanchel «*\*karavacello*», emparentada con la raíz *\*ker-/\* karbien* «piedra» (Nieto, 1997: 112). Leganés (A partir de este término *légano*, (lodo, barro) probablemente prerromano y, en todo caso, no latino (Nieto, 1997: 212).

<b>PRERROMANOS</b>	Arévalo, Ávila, Trabancos, Herguijuela, Cardeñosa, Aravalle Barco, Cantyvesos, Fuentyvesos, Tormellas y Tormes. Tamarón, Tormejón; Cantespino, Cantalejo; Polendos; Provancos; Segovia; Sepúlveda, Castroserna; Coca. Buitrago, Complutum, Alcobendas, Aranjuez, Aravaca, Arganda, Berrueco, Carabaña, Leganés, Tajo, Talamanca, Tielmes.
<b>ROMANOS</b>	Constançana, Fuentquilana, Mambles, Servande, Tavernas, Padiernos, Becedas, Piedralaves. Oreiana, Constanzana de Colonges; Villacastín; Neguillán, Sigüero, Sacramenia, Neguera, Sebúlcór. Cobeña, Parla, Loeches, Titulcia
<b>GERMÁNICOS</b>	Ataquines, Palacios de Goda, Agudín, Segeres, Ssegudes, Triscos, Villacotán. Campaspero, Ovilo, Navas (dolfo), Casla, Aldeonte.
<b>ÁRABES Y BERÉBERES</b>	Almenara, Cebolla, Almar, Bebán, Cid, Margañán, Moraleja; Magazos, Moraleja, Adaja, Ajates, Albornos, Moraña, Morañuela, Morenos, Mori, Pardales. Coxiezes, Mexiezes, <i>Facealvaro</i> , Mazagatos. Alcalá, Madrid, Algete, Getafe, Guadalix, Guadarrama.

*Tabla 4.1: Algunos de los diferentes topónimos atribuidos o que hacen referencia a los diferentes grupos que habitaran estas tierras y que pueden servir de ejemplos de persistencia.*

Con posible ascendencia céltica tenemos *Trabancos*, «trab-», casa, a la que se suma una desinencia prerromana; *Arévalo*, resultado de la fusión de «are» y «valon», cuyo significado aproximado sería «cerca de la barrera». Con una raíz céltica tenemos (*Cuevas de*) *Provanco*; *Segovia*, resultado de \*segi, «victoria», y -ovia (Barrios, 1982: 124); o los terminados en -ago, -ach (<acun <céltico \*ako), como *Buitrago* (Llorente, 2003: 32); *Arganda* (Nieto, 1997: 65), *Berrueco* (Nieto, 1997: 88), *Titulcia* (Nieto, 1997: 339).

De posible origen prerromano, aunque desconozcamos su procedencia, sería *Barvo*; el hidrónimo *Tormes*, con la raíz «tor» que se presenta en algunas lenguas paleoeuropeas; o los topónimos de algunos de sus afluentes como *Aravalle* (Barrios, 1998: 209) y *Tormellas* relacionado con Tormo, zona alta, roca eminente y aislada); o Tajo (procede claramente del lat. *Tagu*, adaptación de un vocablo prerromano, sobre cuya lengua de pertenencia y significado nada seguro se puede afirmar) (Nieto, 1997: 334).

Otros topónimos con posible origen indoeuropeo serían *Herguijuela* (*arg-guija* «cantos blancos») (Llorente, 2003: 106); *Cortos* (*cortino* «pequeño cercado dedicado a labor; pastos o huerto, situado generalmente detrás o cerca de la casa») (Llorente, 2003: 112); *Cardenosa* de raíz prerromana al que se añade un sufijo latino con significado de abundancia (-osus, -osa) (Llorente, 2003: 113). *Complutum* es seguramente prerromano indoeuropeo (Nieto, 1997: 16); Aranjuez (Nieto, 1997: 62); Aravaca (Nieto, 1997: 62). *Arganda* (formado a partir del prefijo indoeuropeo bien conocido Arg- en referencia a aguas sobalveas o manantiales. *Berrueco* (término bien conocido y asociado siempre a relieves graníticos de la Meseta sur, tanto castellana como extremeña. *Berrocal* hace referencia a los grandes bolos de granito aislados o en conjunto que dominan el paisaje).

Otros topónimos de origen prerromano son Carpio o Nava, pero que en el caso abulense parece claro su establecimiento en época medieval (Barrios, 1982: 118). De aspecto prerromano, aunque desconozcamos su procedencia tenemos *Sepúlveda*, (*Castro*)-sarna, *Coca* y *Saldeana*. De este modo, es muy difícil comprender la permanencia de estos topónimos si la despoblación de la zona hubiera sido total; pequeños grupos de pobladores debieron permanecer en los momentos más difíciles.

Latinos: hay un conjunto de topónimos que han perdurado, que pudieron ser introducidos durante el período propio de la romanización. Entre ellos podemos destacar aquellos que presentan la terminación femenina -ana, como *Oreiana* (<Aureliana) y *Constanza* (<Constantiana) (Barrios, 1982: 125). Otros con posible origen latinos serían *Servande*, nombre de una aldea junto al Adaja. *Tavernas* (tabernas, «chozas»), transformado



hoy en Baterna; o *Mamblas* (*mammulas*, «altozanos») (Llorente, 2003: 82). Posiblemente sean antropónimos *Negullán* y *Siguero* (Barrios, 1982: 126); *Cobeña* (Del lat. *cónfinia*, «límites, mojones») (Nieto, 1997: 134); *Loeches*. (Al igual que Piedralaves, con origen latino, y posterior influencia mozárabe-árabe, de un lat. *petris albis*, «en las piedras blancas», (Nieto, 1997: 219); *Parla* (que podría ser nombre de hacienda o villa *villa Parila* (Nieto, 1997: 274); también se encuentra *Villacastín* (<villa Castini), sustantivo común determinado por un antropónimo romano en genitivo en «-ini»; *Sacramenia* (<sacra moenia, «ruinas sagradas») y *Sepulcro* (<sepulcrum) (Llorente, 2003: 82). *Bevedas*, parece provenir del latín *vicia* (veza), legumbre similar a la arveja, alimento para el ganado; de ahí (Nieto, 1997: 82). Mientras que *Padierno*, *Padiernos*, son de dudoso origen, podrían tener tanto un origen latino como romance (Llorente, 2003: 121).

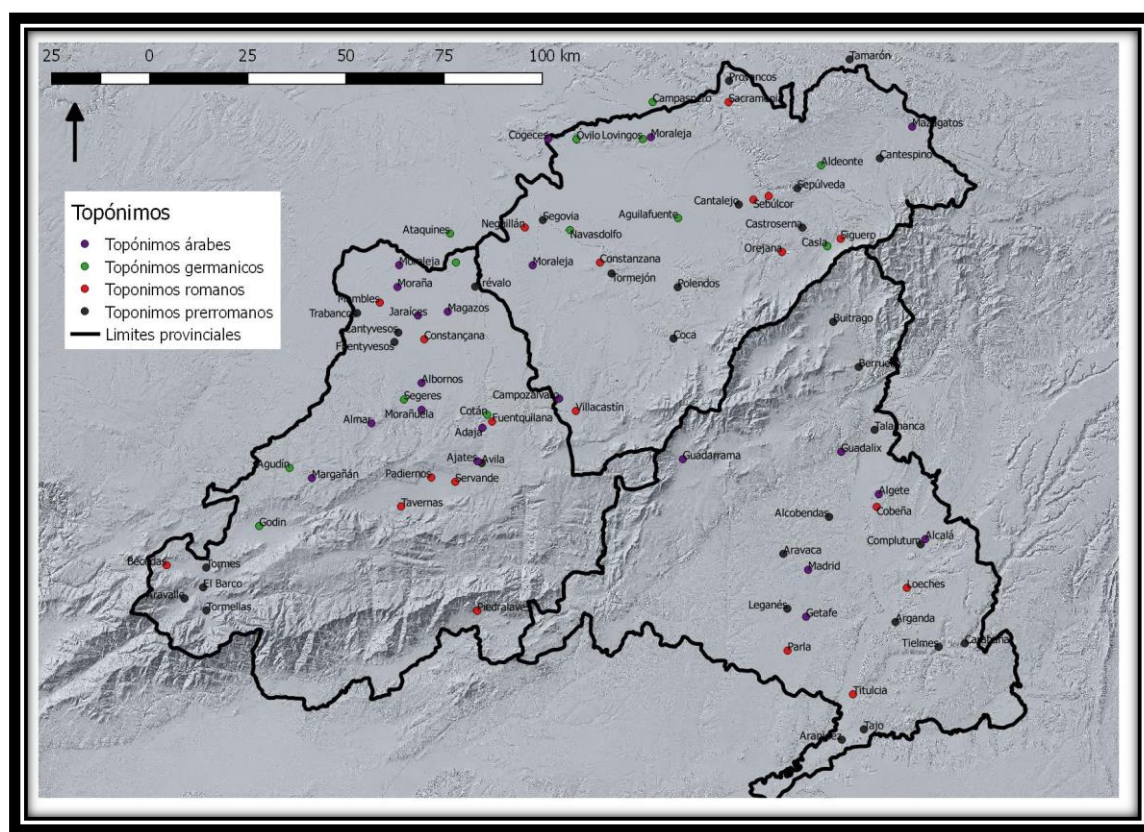


Figura 4.4: Distribución de los diferentes topónimos atribuidos y su posible procedencia.

Germánicos: También encontramos topónimos de procedencia germánica introducidos, con toda probabilidad, durante el período visigodo. Algunos de ellos son nombres propios, como *Sesgudes* y *Segeres*, *Campaspero*, *Navas(Dolfo)*, *Casla*, *Aldeonte* (<Eldeguntia), *Lobingos* y *Baguilafuent* (Barrios, 1982: 126; Llorente, 2003: 39); *Ataquines* (Barrios, 1982: 127), *Palacio de Goda*, *Villacotán*, *Godín* y *Triscos* (Barrios, 1998: 211).

Beréberes: hay un conjunto de topónimos que debieron ser traídos por las tribus beréberes que se asentaron en la cuenca del Duero tras las enfrentamientos ocurridos en la década de los cuarenta del siglo VIII (Oliver, 1973); uno de ellos sería el hidrónimo *Adaja*, probablemente derivado del gentilicio beréber «Azdaya» (Barrios, 1998: 211); otros serían *Ajates*, *Albornos* (al-Burnus) y *Magazos*, todos ellos con terminaciones -os y -es típicas beréberes (Barrios, 1982: 127). A estos grupos beréberes hacen referencia otros nombres originados posteriormente como son *Morenos*, *Mori*, *Pardales*, *Moraña*, *Moraleja*, *Fermoro* y *Morazuela*, con las que los repobladores castellanos nombraron poblaciones donde hubo permanencia de estos grupos. También *Coxiezes* y *Mexiezes* (<Meyâsa).

Árabes: al igual que los grupos anteriores, hay una serie de topónimos que, posiblemente, fueran introducidos por grupos mozárabes como *Alizazes* (<al-isâs, «los cimientos»), *Fexem* (<Hisem), *Zaratán* (<zaratân, «alacrán»), *Azerón* (<al-sâira, «las paneras»), *Turra* (<turra, «límite»), *Mazán* (<mahsân, «fortaleza»), *Alcazarén* (<al-qasrayn, «los dos castillos»), *Habuba* (<habûb, «grano»), *Marguan* (<merwah, «aventador») (Barrios, 1982: 130), *Almar* (<al-marr, «la vereda»), *Almenara* (<al-manara, «la atalaya»), *Bebán* («puerta fortificada»), *Manzera* (<manzara, «terreno frondoso») (Barrios, 1998: 213), o *Facealvaro* (fahs, «campo», hoy Campozálvaro) (Barrios, 1982: 133). Llama la atención que muchos de ellos hagan referencia a elementos para de carácter defensivo o para el control. También árabes son Alcalá (*al-qal'at*, «el castillo») (Nieto, 1997: 16), *Algete* (*al-sal*, «la orilla, la ribera») (Nieto, 1997: 43), *Getafe* (Nieto, 1997: 176), *Guadalix* (del árabe *wâd*, «río») (Nieto, 1997: 180), *Guadarrama* (*wâd-ar-ramla*, «río de arenas») (Nieto, 1997: 181), o Madrid (Nieto, 1997: 219).

La conclusión es que estos nombres existían porque había gente que los utilizaba en su vida diaria. De este modo, la invasión musulmana y las incursiones asturianas en el siglo VIII provocaron grandes transformaciones en la ocupación del territorio, pero no su total despoblación (Barrios, 1998: 211). De los diferentes grupos que se mantuvieron en el territorio tras la llegada de los musulmanes, muchos de ellos, a la larga, se convertirían al islamismo y a ellos hacen referencia algunos topónimos romances que designan a muladíes, como *Tornadizos*, *Torneros* y *Torneruelos* (Barrios, 1998: 212).

Este breve acercamiento a los topónimos sirve para recordar la necesidad urgente de realizar un análisis completo y específico de la toponimia que vaya más allá de estudios parciales o que no sean multidisciplinarios, buscando aunar la lingüística y la geografía.

#### 4.7.1. Macrotoponimia. Los nombres actuales de municipios y accidentes geográficos

Debemos hacer una referencia a los topónimos actuales de los municipios de nuestro estudio. La macrotoponimia de la zona refleja la presencia, actual o en los siglos anteriores, de grandes manchas forestales que debía cubrir grandes extensiones de terreno, tanto en las zonas llanas como en las estribaciones de las sierras; estos nombres se ven corroborados por las múltiples referencias a diferentes clases de árboles y arbustos, lo que nos habla indudablemente de su presencia e importancia en esos momentos. Así conocemos *Carrascal*, *Carrascalejo*, *Pino*, *Alameda*, *Espinosa*, *Manzanares*, *Matiella*, *Olmedo*, *Ortígota*, *Sarça*, etc., de su presencia podemos deducir la presencia a lo largo del territorio de extensas manchas de una formación vegetal climática en la que predominaban las asociaciones de robles, encinas y carrascos, mientras que en las orillas de las corrientes fluviales debía existir una vegetación de ribera. Muchos de estos topónimos referentes a la vegetación surgen a partir del siglo XI-XII, con la repoblación de esta zona por gentes provenientes del norte, principalmente en busca de pastos para su ganado (Martín, 2002: 65).

La toponimia muestra los escasos vestigios de sustratos lingüísticos previos, predominando los nombres romances de carácter descriptivo, formados durante la colonización medieval (Martín, 2002: 67). Estos nombres hacen referencia a fitotopónimos como Manzanares, Cerceda; ganaderos como Becerril, El Boalo; pero también a los diferentes tipos de edificaciones, entre ellas las de pastores: El Colmenar, Chozas (Soto del Real), Porquerizas (Miraflores de la Sierra) y Alcobendas, lo que nos puede sugerir una cierta perduración en algunos de ellos.

#### 4.7.2. Topónimos con referencia arqueológica

Dentro de nuestro estudio hemos querido hacer un apartado especial para reseñar algunos de los topónimos de gran importancia para los estudios de carácter histórico-arqueológicos, que en este caso nos dan una información muy valiosa, por diferentes motivos:

-Fisiografía

- Morfología: El Salobral, El Esteparejo, La Mancha, El Cabezuelo, Las Laderas, La Solana, La Umbría, Barrenoso, Las Navas, Los Barrancos, etc.

- Vegetación: El Encinar, El Sacedón, La Mueda, El Zarzalejo, La Peralera, La Carrascosilla, El Enebrillo, El Nogalejo, etc.

-Actividades Humanas

- Actividades agrícolas: Las Viñas, Era de Montoya, Majuelo Raso, El Prado Siego, Los Pradillos, Los Parrales, El Olivo, etc.
- Actividades productivas: El Toril, La Mina, Tejada, Las Carboneras, Las Majadas, Las Caceras, La Canaleja, Molino del Concejo, La Ollera, Las Calerizas, etc.

-Lugares de habitación

- Hábitats: Las Pueblas, El Campanario, Los Billares, Zahurdón, Chozas, Cerca de los Casares, Mata del Bardal, Palacios, etc.
- Necrópolis: Cordel de Santos, Herrenes de Ánimas del Purgatorio.

La correspondencia de los topónimos a la realidad se aprecia a través de su ubicación. Los que aluden al agua se localizan próximos a la red hídrica o zonas de humedales; los que se refieren a elementos morfológicos coinciden con los resaltes del terreno. El tapiz vegetal queda registrado, y de un modo muy significativo. La vegetación no sólo constituye el primer ornato del paisaje sino también la manifestación de las condiciones climáticas y edáficas. La toponimia actual remite a un paisaje anterior esplendoroso y montaraz; mientras que los de fauna parecen concentrarse en algunos espacios concretos. En gran parte de los casos, los topónimos con interés arqueológico, como «casares», «villares» «zahurdón» y otros similares deben de ser tenidos en cuenta como referentes de elementos existentes en la antigüedad y que pueden haber llegado hasta nosotros.

A modo de resumen, podemos decir que los topónimos recogidos son mayoritariamente de origen romance, es decir, colonizador o repoblador, surgidos en un momento tardío en el tiempo, posiblemente a partir del siglo XI; aparecen algunos topónimos de origen prerromano, latino y árabe que sugieren la pervivencia de ciertos grupos de población. Todo ello nos habla de la marginalidad de la zona hasta bien entrado el segundo milenio; zona principalmente ocupada por una recurrente población de ganaderos transterminantes.



## Capítulo 5. EL MARCO DE ESTUDIO: EL MEDIO FÍSICO

La zona de estudio que proponemos constituye un espacio complejo, cuya morfología dista mucho de ser homogénea pues, por un lado, los contrastes existentes entre las vertientes, la altitud, la orientación y la diversidad de valles y llanuras ofrecen una gama muy amplia de posibilidades para la ocupación humana; por otro, el proceso histórico-cultural de cada una de sus diferentes áreas no siempre han seguido trayectorias semejantes.

La zona de estudio se sitúa en ambas vertientes del Sistema Central, cadena montañosa constituida por una consecución de sierras entre las que aparecen numerosos pasillos que articulan ambas vertientes haciendo posible las comunicaciones desde épocas pre y protohistóricas (Fuentes, 1984). Estas vías tendrán gran importancia, no sólo a nivel cultural y comercial sino en las acciones bélicas de los diferentes ejércitos a lo largo de la historia.

Así pues, el espacio geográfico, es por una parte el más meridional de la cuenca media del Duero y, por otra, el más septentrional de la cuenca media del Tajo; viene definido prioritariamente por un concepto de apertura en cuanto a la disposición general de su medio físico, y de encrucijada de caminos en cuanto la relación establecida entre ambas mesetas. Ambas vertientes se articulan de similar manera: Sierra y Llanura. La una caracterizada por su altura, que condiciona un modo de vida de montaña, y la otra definida por una topografía plana inserta en las cuencas de los ríos Duero y Tajo.

### 5.1. Estudio del Medio Físico

Afrontamos la confección de este capítulo con la idea de convertirlo en un aspecto fundamental dentro de nuestro trabajo de investigación, siendo conscientes de la enorme importancia que tiene el análisis correcto y profundo del medio natural con el fin de realizar la más equilibrada interpretación de los sucesos ocurridos en el marco cronológico en el que insertamos nuestro estudio. Es innegable que la comprensión de muchos de estos aspectos nos facilitará dicha tarea.

Entendemos su estudio como indispensable cuando pretendemos comprender el funcionamiento de comunidades inmersas en una economía agropecuaria e interrelacionadas con el medio físico que viven y explotan, para quienes el territorio, entendido geográficamente, fue muy importante. Medio físico que condiciona y posibilita el

## Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional comparada en el interior de la península ibérica entre finales de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media

propio desarrollo de estas comunidades, pero que a la vez se ve condicionado por las transformaciones que el hombre realiza sobre él: deforestaciones, nuevas roturaciones, cultivos, pastoreo abusivo, etc. Esta relación es de reciprocidad (Burillo, 1980: 247); los grupos humanos se adaptan al medio que les rodea, pero simultáneamente lo transforman en la medida de sus capacidades generando, a lo largo del tiempo, ligeros cambios en dicho medio (Barrio, 2010: 16-17).

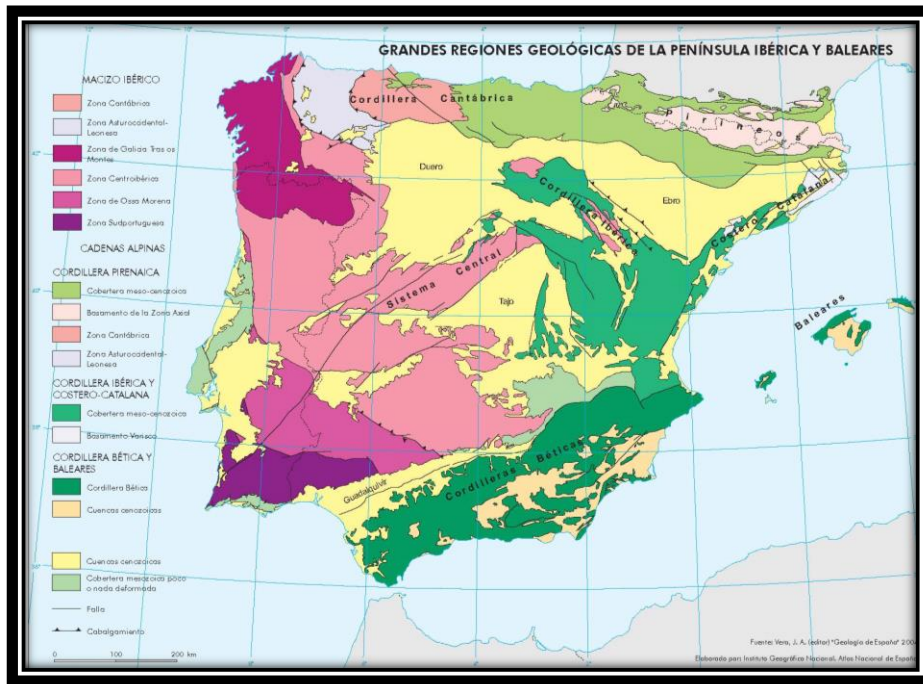


Figura 5.1: Grandes regiones geológicas de la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 76).

Algunos de los factores constituyentes del medio físico, entre ellos el relieve y el clima, poco susceptibles a los cambios, han sufrido escasa variación a lo largo de los siglos; no así otros como la cubierta vegetal, que, si se han transformado profundamente, y que pudiera haber tenido cierta incidencia en el régimen y volumen de precipitaciones (Fuentes, 2000) o en la humedad del suelo.

El paisaje actual, en gran medida herencia del pasado, debe ser explicado teniendo en cuenta todos los períodos históricos que, con mayor o menor intensidad, marcaron los patrones organizativos del territorio, siendo conscientes de la variedad de relaciones hombre-medio derivadas de las diferentes coyunturas socioeconómicas. De este modo, este territorio, ha pasado por diferentes etapas, bien como espacio fronterizo o integrado en un sistema agropastoril, sistema que, con pocas variaciones, llegó hasta mediados del siglo pasado; bien cuando, los modos de vida tradicionales se han ido transformando ante los cambios de la sociedad industrial, transformando la “sierra” en un bien de consumo,



olvidando a menudo que con ello están destruyendo recursos naturales y bienes culturales (Arenillas y otros, 1988: 14).

En consecuencia, con esta exposición de datos, perseguimos intentar recrear el medio natural tal y como debió de ser en el período cronológico analizado. Así, mediante el uso de un método retrospectivo, partiendo de los datos y factores presentes en la actualidad, y tomando informaciones extraídas de las fuentes antiguas<sup>9</sup>, siempre escasas y poco concretas, intentamos atrapar la realidad natural de aquellos momentos.

### 5.2. Geomorfología

Esta ciencia trata del estudio de las formas del relieve terrestre, a la vez que estudia su origen y evolución (figura 5.1). La forma del relieve tiene una particular importancia a la hora de realizar un estudio del medio físico; parece innecesario decir que las configuraciones superficiales han determinado, en gran medida, la distribución de los asentamientos humanos (Aguiló, 2004: 166). Es un elemento que guarda una relación estrecha con otros elementos y procesos, a veces condicionando estos en gran manera; su complejidad hace que su influencia sea muy amplia, modificando la climatología, la edafología, etc.

#### 5.2.1. Las Unidades Estructurales

A nivel estructural, el territorio se articula en dos grandes conjuntos, que parecen dos mundos diferentes, tanto desde el punto de vista físico como humano: el Sistema Central y las Cuencas Sedimentarias situadas al norte y sur de este. El primero es un territorio de fuerte compartimentación, complejo y diversificado, correspondiente a un zócalo rígido y muy arrasado, con unas unidades de relieve que tienen su origen en los plegamientos alpinos. Las Cuencas Sedimentarias forman parte de las depresiones del Duero y Tajo, de gran homogeneidad estructural al tratarse de un zócalo cubierto por materiales sedimentarios terciarios y cuaternarios (Arenillas y otros, 1988: 33).

Las sierras de la Cordillera Central están constituidas por materiales muy antiguos, propios del zócalo paleozoico (fundamentalmente: granito, gneis, pizarras metamórficas y cuarcitas) (figura 5.2). La cobertura mesozoica, que únicamente contó con espesores de escasa profundidad, fue eliminada con mucha facilidad, de manera que solamente se

---

<sup>9</sup> En el relato de las campañas de Lúculo en el año 151 a.C. al territorio de los vacceos (Apiano, *Iber.* III, 54), aparecen informaciones sobre el paisaje vegetal en el entorno de la ciudad de Cauca.



vislumbra su influencia en el relieve actual de Somosierra, en el límite de la provincia de Segovia con las de Soria y Guadalajara.

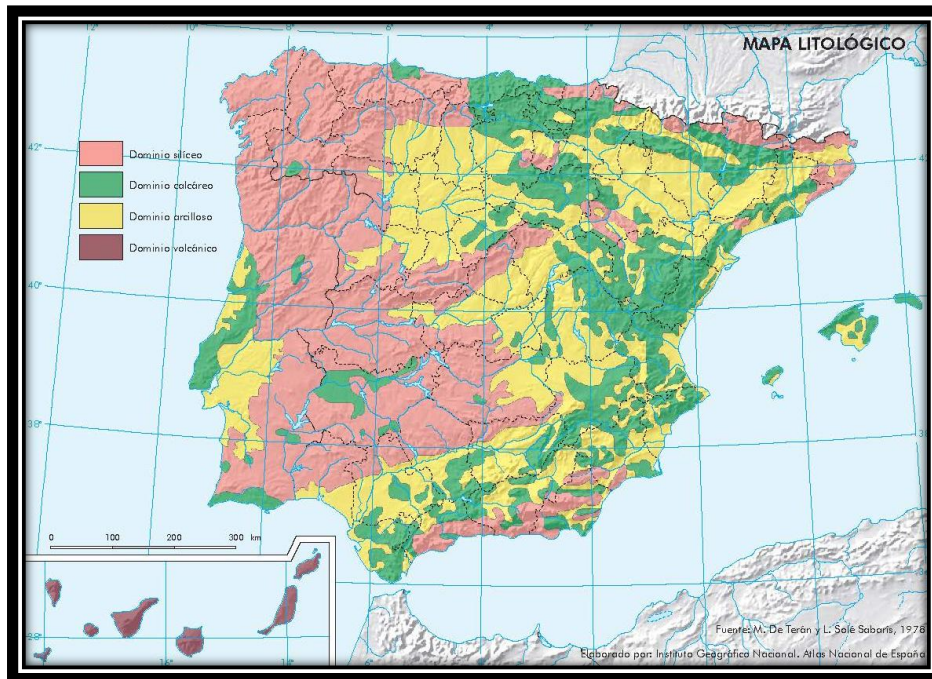


Figura 5.2: Grandes dominios litológicos en la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 135).

Los afloramientos paleozoicos están fundamentalmente constituidos por granito, roca ígnea de estructura granulada dura y al mismo tiempo frágil, que se descompone con facilidad por la acción de los agentes atmosféricos. Esta descomposición está facilitada por las diaclasas (grietas) que aparecen en las rocas graníticas, y provocan su alteración en bloques paralelepípedicos. Los bordes de estos bloques, desgastados por la erosión, dan lugar a formas oblongas o redondeadas, responsables de paisajes característicos, formados por grandes bolas, denominados berrocales, que a veces presentan bloques en equilibrio sobre otros inferiores, las llamadas «piedras caballerías». Los sedimentos terciarios ocupan la zona norte de la provincia de Ávila y Segovia, siendo los más abundantes en estos las rocas blandas: arcillas y arenas.

Finalmente, cabe citar las formaciones geológicas más modernas que corresponden principalmente a los sedimentos aluviales, arcillosos y arenosos presentes en los valles de los ríos.

#### 5.2.2.1. El Sistema Central

El Sistema Central es el sector donde aflora el zócalo paleozoico de la Meseta, levantado y roto por los plegamientos alpinos mediante un sistema de fracturas que han

condicionado las líneas directrices del relieve (figura 5.3). Este sistema se articula por causa de grandes fracturas longitudinales en una serie de bloques paralelos, unos hundidos como las fosas de los diferentes ríos (Tiétar, Tormes, Eresma, Guadarrama, Manzanares, ...), otros levantados que constituyen las sierras (Gredos, Parameras, Guadarrama, Somosierra, ...), y por otra serie de fracturas transversales que rompen su continuidad y compartimentan sectores dentro de ellos. Este sistema de fracturas ha condicionado la evolución morfológica posterior. Su orientación general es de E-NE y W-SW, con aproximadamente 400 km de longitud, alcanzando la máxima cota en el pico Almanzor a 2.592 m. La altitud oscila entre los 1.000 m en las fosas y de los 1.300 a 2.600 m en las sierras.

Tiene litologías muy resistentes, sobre todo de carácter granitoide, que cuando afloran directamente, sin cobertura de suelos y vegetación, conforman una topografía abrupta, de abundantes pedregales. Sus relieves quedan definidos por las fracturas, que limitan los bloques tectónicos, condicionan su altitud y orientación.



*Figura 5.3: Principales unidades estructurales dentro del área de estudio*

Característica destacada del Sistema Central es su disposición transversal dentro de la península, verdadera columna vertebral de la misma. Destaca la asimetría entre las ambas vertientes, particularmente en el sector más occidental, debido a la altitud de la cuenca del Duero con respecto a la depresión del Tajo. Sus relieves montañosos han formado a través

de los tiempos una amplia barrera, a modo de frontera natural, que ha dificultado la comunicación norte-sur, obstaculizando las penetraciones humanas. Pero, si, por una parte, dificulta las comunicaciones, por otra, las canaliza, a través de las escasas fracturas transversales, adquiriendo éstas el carácter de pasos obligados (Fuentes, 1984). En su margen oriental, el reborde de la meseta está formado por la sección meridional de la Cordillera Ibérica. Sierra Ministra establece el contacto con los núcleos ibéricos y de una zona de páramos, de materiales mesozoicos, disecada por los ríos. A continuación, formando un conjunto con la serranía de Guadalajara, los Altos de Barahona, Sierra de la Pela y la Sierra de Ayllón, hasta llegar al puerto de Somosierra, donde empieza el macizo de gneis y granito. Todo este sistema sirve de divisoria entre Soria y Guadalajara, encontrándose la mayor altura en la Sierra de Pela, en el Pico de Grado (1.550 m).

Avanzando hacia el oeste el Sistema Central bordea el sector noroccidental de Madrid, sirviendo las Sierras de Somosierra y Guadarrama de divisoria natural con Ávila y Segovia. Ya en Ávila, los contrastes de altitud son muy pronunciados, pues desde los 400 m de la fosa del Tiétar se asciende hasta los 2.592 m en El Almanzor, lo que determina la dificultad en las comunicaciones y un cierto aislamiento del territorio. Atraviesa la parte sur de Ávila dirección este-oeste, destacando la sierra de Gredos, la de Ávila, la de Ojos Albos y la sierra de la Llana, ésta última determina el paso entre Ávila y Extremadura a través del puerto de Tornavacas.

En definitiva, el Sistema Central es un complejo del zócalo paleozoico fuertemente dislocado por la orogenia alpina con bloques levantados y hundidos (horst y graben) que generan una multiplicidad de sierras y pseudovalles en sentido longitudinal, a los que podemos añadir alguno de orientación transversal a la orientación general este-oeste y cuyo origen suele estar relacionado con la imposición de la red hidrográfica. Este modelo es el causante de la morfología, de la topografía de esta amplia área serrana peninsular.

#### **5.2.2.2. Las Cuencas Sedimentarias**

La Cuenca Sedimentaria es el sector donde el zócalo paleozoico hundido aparece oculto por materiales sedimentarios, dando lugar a una topografía plana de altitud media elevada; forma el borde meridional de la cuenca del Duero y el septentrional de la cuenca del Tajo (figura 5.3).

El borde meridional de la cuenca del Duero constituye, a nivel físico, una unidad homogénea que viene definida por un relieve de topografía plana, inclinado hacia el norte y

ligeramente accidentado por valles fluviales que en algunas zonas aparecen encajadas en arenas. Su topografía plana no impide que sean tierras altas, que se encuentran entre los 800 y 1.000 m.

Las campiñas son uno de los componentes de la cuenca sedimentaria, vastas extensiones de perfil ondulado, que se originan en el relleno la cuenca que siguió a los plegamientos de la era Terciaria, a consecuencia del cual se fue colmatando con grandes espesores de depósitos, principalmente arenas y arcillas.

Se pueden distinguir tres unidades de este a oeste: las campiñas de Tierra de Pinares, las de Arévalo/Madrigal de las Altas Torres y las de La Armuña. Sus altitudes oscilan entre los 700/1.000 m, ya en la transición al Sistema Central. Cuanto más al oeste, más accidentadas se muestran, presentando zonas erosionadas por la red fluvial, conformando pequeñas elevaciones, desgajadas de las areniscas.

En el área abulense, podemos distinguir dos zonas, la oriental drenada por el Adaja y sus afluentes, y la occidental, La Moraña, drenada por cauces poco jerarquizados. El sector oriental se presenta como una sucesión de valles fluviales de cierta amplitud y fondos planos con interfluvios de estructura tabular, sobresaliendo, escasamente, pequeñas lomas que dominan el valle de los ríos, usados constantemente como lugares de asentamiento poblacional. El sector occidental se trata de una llanura suavemente inclinada al norte, donde los cursos fluviales apenas han producido desniveles; en el paisaje sólo sobresalen pequeñas formas alomadas.

Al sur del Sistema Central entre el sistema montañoso y la depresión, encontramos el piedemonte o rampa<sup>10</sup>, situado entre los 600 y los 1.000 m, compuesto por una superficie de erosión labrada sobre una base dura, principalmente granitos o gneis. Morfológicamente se presentan como una llanura discontinua, de topografía suave, donde aparecen relieves tipo «inselberg», como el Cerro de San Pedro, o valles poco profundos. Conforman la transición entre el Sistema Central y la Cuenca del Tajo. En su interior aparecen valles interiores conformados por sucesivas fases de encajamiento, muy condicionadas por los accidentes tectónicos, como sucede en el valle del Manzanares-Guadalix y del Lozoya.

En contacto con la rampa y situada más al mediodía, encontramos la depresión o Cuenca del Tajo. Los materiales que la constituyen son mayoritariamente detríticos

---

<sup>10</sup> <http://www.madrid.org/cs/Satellite?blobcol=urldata&blobheader=application%2Fpdf&blobheadervalue1=ContentDisposition&blobheadervalue1=filename%3DBreve+descripci%C3%B3n+de+la+Geomorfologia+en+la+Comunidad+de+Madrid.pdf&blobkey=id&blobtable=MungoBlobs&blobwhere=1310973486183&ssbinary=true>

pertenecientes al Terciario. Dentro de la misma podemos distinguir cuatro elementos: las superficies elevadas; relieves intermedios; depresiones y valles fluviales.

En las superficies elevadas podemos encontrar páramos –labrados sobre rocas calizas cuya morfología es de amplias mesas limitadas por estrechos valles de vertientes abruptas-; divisorias –superficies largas y estrechas que constituyen los interfluvios entre los ríos Perales, Guadarrama, Manzanares y Jarama; y rañas- altas superficies de erosión/sedimentación, que se basculan ligeramente al SO-.

En los relieves intermedios encontramos cuevas estructurales –relieves conformados sobre materiales calcáreos, como la zona de Torrelaguna-Patones-, plataformas estructurales –conformados por procesos erosivos sobre las llanuras del páramo-, y cerros testigo -se forman en llanuras de transición, donde aparecen capas duras resistentes a la erosión-. Los fondos endorreicos, conformados por zonas de fondo plano y amplio debidas principalmente a la erosión fluvial, como la de Pinto-Arroyo Guaten.

Los valles fluviales son formas de morfología escalonada paralelas generadas por la acción erosiva de un curso fluvial. En ellos aparecen las vertientes o terrazas medias y altas y las vegas o fondos de valle.

Más al oeste, la zona abulense se presenta con una topografía suave y de escasa altitud media; una llanura sin apenas relieves sobresalientes, que cuando aparecen dominan los horizontes hacia el mediodía.

### **5.3. Los Suelos**

Son numerosas las acepciones que este término puede presentar, fundamentadas en la utilización que se quiera dar al mismo. Desde un punto de vista edafológico, son la parte sólida más externa de la corteza terrestre, formada como consecuencia de las relaciones existentes entre litosfera, atmósfera, hidrosfera y biosfera sobre la que actúan los agentes atmosféricos y los seres vivos, sirviendo de soporte a la vegetación, un medio complejo y dinámico.

En primer lugar, es necesario destacar que el suelo constituye un recurso de enorme importancia, que no debemos olvidar cuando tratamos de establecer un estudio sobre las posibilidades económicas de las comunidades en nuestro entorno geográfico, pues su vida depende de ellos (Aguiló, 2004: 211). El conocimiento de sus características juega un importante papel, por ser el soporte de las actividades humanas, sobre todo las dirigidas al

aprovechamiento del potencial productivo: cultivos agrícolas, aprovechamientos forestales, implantación de pastizales, pastoreo, ...

La consideración del suelo en los estudios del medio físico hace que sea necesario recurrir a una de las diferentes clasificaciones posibles. Para nuestro estudio nos fijaremos principalmente en las clasificaciones del suelo basadas en su génesis y sus propiedades intrínsecas (Aguiló, 2004: 280), como la realizada por el U.S.D.A. (Soil Taxonomy), publicada por el Soil Survey Staff del U.S. Department of Agriculture, de muy amplia difusión y utilización; en la misma se clasifican por órdenes, atendiendo al grado de evolución de estos:

*Entisoles*: son los suelos más modernos, los menos evolucionados. Podemos distinguir dos tipos: los de los valles, que conforman las cuencas de los ríos (permeables y profundos), y los de cerros y laderas de fuerte pendiente (poco profundos y pobres).

*Vertisoles*: suelos arcillosos con gran capacidad para dilatarse cuando están húmedos y contraerse cuando se secan.

*Inceptisoles*: con un grado de evolución medio y ocupan posiciones fisiográficas diversas; apareciendo principalmente en llanuras miocenas.

*Aridisoles*: suelos de áreas secas, muy pobres y limitados para los cultivos.

*Alfisoles*: suelos desarrollados por situarse en zonas geomorfológicamente muy estables. Son profundos y con alto contenido en minerales.

Por otro lado, teniendo en cuenta la capacidad agrológica, definida como la adaptación que presentan los suelos a determinados usos específicos, realizado por el Soils Conservation Service de Estados Unidos (Aguiló, 2004: 293-299). Este modelo cualitativo de clasificación agrológica es adecuado para el análisis de sociedades preindustriales, pues está basado en factores estructurales de los suelos, sin atender al recurso de la mecanización agrícola y sin el uso de fertilizantes químicos modernos (Blanco, 2009: 158). Para su mejor comprensión y en aras de la simplificación hemos agrupado las ocho clases agrológicas en tres grupos de suelos, tratando de que sean lo más homogéneos posible, teniendo en cuenta sus potencialidades de explotación:

- Grupo A (Clases I, II y III): En este grupo se engloban los suelos con mayores potencialidades agrícolas, principalmente los fluvisoles y andosoles. Se presentan principalmente en los fondos de los valles, bien drenados, fáciles de trabajar, con



buena capacidad de retención de agua y con gran número de nutrientes. Son suelos aptos para cualquier tipo de explotación agrícola, siendo los únicos en los que puede aparecer la explotación hortícola en zonas concretas.

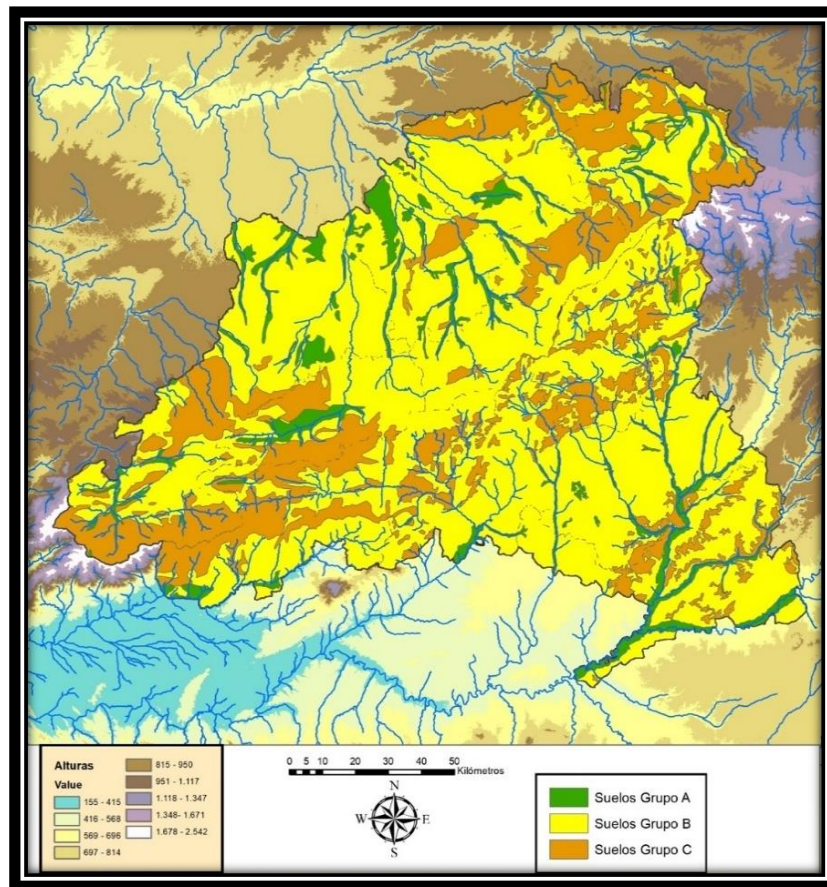


Figura 5.4: Tipos de suelos según la clasificación establecida.

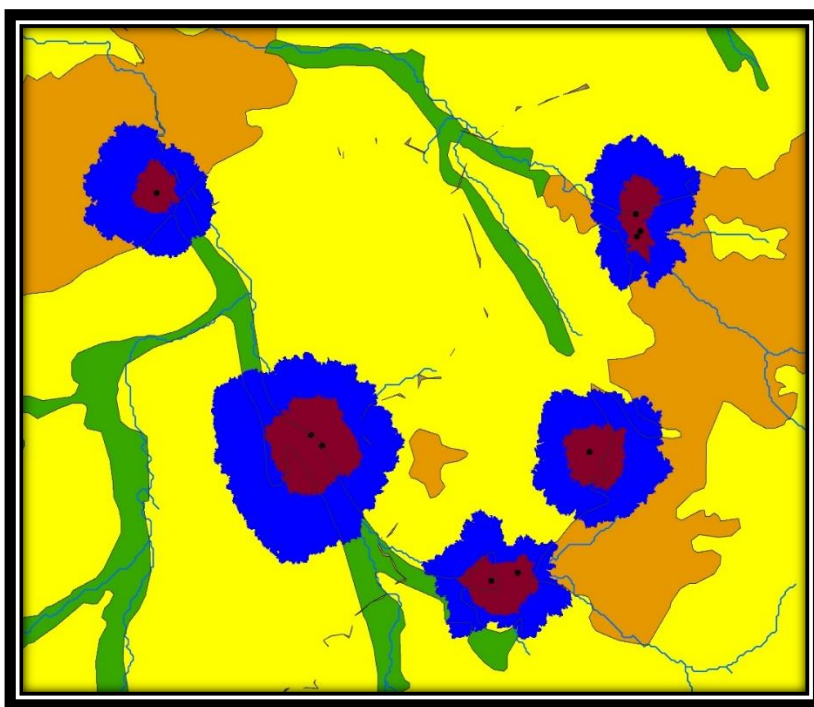
- Grupo B (Clases IV y V): En este grupo se engloban aquellos suelos apropiados para cultivos ocasionales o muy limitados con métodos intensivos, principalmente regosoles, cambisoles y vertisoles, es decir de potencialidades medias. Son suelos pedregosos, poco profundos, con baja capacidad de retención de agua o humedad excesiva, o pendientes muy pronunciadas; en ellos los cultivos requieren del uso de períodos de descanso y abonos. Pueden ser usados para algunos tipos de cultivos, pastos y producción forestal.
- Grupo C (Clases VI, VII y VIII): Formado por aquellos suelos de escasa potencialidad agrícola, sólo adecuados para soportar una vegetación permanente, pudiéndose dedicar a pastos o bosques formados principalmente por leptosoles y arenosoles. No son adecuados para cultivo, y se usan primordialmente para pastoreo o explotación forestal. Son suelos con pendientes muy pronunciadas,

posible erosión severa, excesiva humedad o inundabilidad, baja capacidad de retención de agua, elevada salinidad o alcalinidad o clima desfavorable.

### 5.3.1. El estudio de las isócronas

Para evaluar la potencialidad agrícola del entorno inmediato de los asentamientos hemos recurrido al uso de las posibilidades que nos brindan los SIG, en este caso trabajando en ArcGIS 10.2.1, nos ha permitido establecer isócronas alrededor de los asentamientos estableciendo un tiempo máximo de desplazamiento de una hora dentro de la cual se explotan los suelos adyacentes (Zamora, 2008: 618-619); además hemos procedido a la cuantificación de los tipos de suelos dentro de la isócrona establecida, de manera que podamos tener un criterio comparativo entre diferentes zonas o diferentes épocas cronológicas.

Hay algunas variables que son de gran importancia en la elección de un lugar para establecer un asentamiento, entre ellas podemos hablar de la visibilidad, los tipos de suelos o la proximidad a los cursos fluviales.



*Figura 5.5: Representación de las isócronas de 30 y 60 minutos de desplazamiento entorno a algunos de los asentamientos y como cortan los diferentes tipos de suelos representados por diferentes colores; verdes tipo A, amarillos tipo B y naranja tipo C.*

Hemos establecido un área alrededor de cada asentamiento de una hora de desplazamiento para obtener los recursos necesarios; sin embargo, debemos tener en



cuenta que los terrenos no son llanos, sino que varían en sus pendientes y esas pendientes favorecen u obstaculizan el desplazamiento. Para su cálculo hemos usado un algoritmo que en terreno llano permite que en una hora de desplazamiento se recorran 5 km de distancia, mientras que, en terreno con pendientes, la distancia recorrida en ese mismo tiempo sea menor de esa distancia (Tobler, 1993).

El procedimiento para calcular la isócrona de una hora de distancia en ArcGIS se ha realizado mediante la obtención de una capa de pendientes expresadas en porcentaje basada en un DEM, a dicha capa le hemos aplicado el algoritmo de Tobler ( $6 \text{ Exp}(-3.5 \text{ Abs}([\text{math\_slope}] + 0.05))$ ) para conocer la velocidad de desplazamiento en cada celda; una vez obtenido, mediante la herramienta Cost Weighted calculamos la distancia recorrida en ese intervalo de tiempo en cada uno de los diferentes terrenos. Esta nos sirve para obtener un polígono alrededor de cada asentamiento que nos posibilitará conocer la distribución de los diferentes tipos de suelos en torno a los asentamientos, como la distancia a los cursos fluviales.

## **5.4. La Hidrología**

La importancia del agua es algo indudable, como elemento esencial de nuestro entorno, y un componente vital esencial. Está presente en la mayoría de las actividades humanas, tanto en la explotación como el uso de todo tipo de recursos, convirtiéndose en un factor determinante para la organización del territorio. En torno a los cursos de agua surgen las zonas de mayor riqueza y rendimiento, y, por tanto, los terrenos que permitirán uso más destacado.

El agua, es sin duda, un elemento esencial para describir y catalogar los territorios, al permitir conocer su distribución, los tipos de formas y agrupaciones existentes, su cantidad y calidad. Juega un papel fundamental en el clima a nivel territorial, influyendo en la formación de los suelos y de la vegetación, y, a través del ciclo hidrológico es parte integrante de elementos de la biosfera. La disposición de las masas de aguas y sus cursos, la conformación de las diferentes cuencas hidrográficas y la calidad de sus aguas dependen de la topografía, las pendientes, la disposición, la actividad humana, etc., y éstas, a su vez, se ven fuertemente influidas por aquellas.

En los recursos hídricos de una zona, hay que incluir no sólo la red hidrográfica superficial, tanto constante como estacional, sino también las aguas subterráneas. Es posible que el suministro de algunos de los asentamientos se realizase, en parte o

totalmente, a través de aguas subterráneas, cuando estas afloran a la superficie dando lugar a fuentes, manantiales o pozas. Este tipo de recursos, aunque secundarios frente a los que representan los ríos y arroyos, debieron significar una solución provisional al permitir un más fácil control por el hombre. Teniendo en cuenta que ríos y arroyos no debieron sufrir una clara intervención antrópica hasta la llegada de los romanos (Cabo, 1973: 112).

El territorio meseteño recoge la gran parte de las aguas que participan en los grandes ríos peninsulares; sus corrientes han modelado las cuencas, pero también han influido en la vocación económica y el carácter de sociedades. Debemos decir, que en nuestro marco de estudio la hidrografía tiene un valor primordial; su trazado corta de un modo transversal cada una de las unidades estructurales, constituyendo evidentes ejes de comunicación para las comunidades, verdaderos «corredores naturales», no sólo a nivel local, sino interregional.

No debemos entender los cursos fluviales, que podían ser vadeados por numerosos sectores, como barreras infranqueables en la comunicación entre las diferentes comarcas. No es de extrañar que desde la Antigüedad las aguas y su culto hayan tenido gran importancia y que hayan conformado el modo de ser de las diferentes comunidades que han poblado este territorio.



Figura 5.6: Cuencas hidrográficas de la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 105).

La toponimia recoge multitud de ejemplos de hidrónimos, que se han ido acumulando a nuestro diccionario, procedentes de diferentes épocas, sirven de ejemplo

entre otros muchos: albufera, almajar, badina, bodón, buhedo, caramillar, cilanco, chortal, estero, hontanar, horrura, lamedal, leganal, navajo, ontrón, paúl, trampal, tremedal, etc., lo que permite hacernos una idea de la importancia que ha tenido el agua en la vida diaria de las comunidades humanas.

La primera característica por destacar de la red hidrográfica es su acción transformadora del medio, allanando penillanuras, desmoronando paquetes estratigráficos, ensanchando y rehundiendo valles. Una red hidrográfica en constante evolución, desde los primeros momentos de la orogenia alpina hasta la actualidad; cuya acción percibimos a través de los depósitos de las terrazas modeladas en el Cuaternario. Sin embargo, debemos tener en cuenta que desde el inicio del marco temporal de nuestro estudio hasta la actualidad la red hidrográfica debe haberse transformado ligeramente, modificaciones más notables debidas a la actividad antrópica de los últimos años. Aún hoy sigue modelando el paisaje de forma escasamente perceptible, pero con un carácter permanente. Esta actitud erosiva ha sido la responsable de la construcción de los principales accidentes de la llanura sedimentaria y de los páramos, dando lugar a la creación de vegas y terrazas, como las del Manzanares, Voltoya-Eresma o Pirón-Cega de gran utilidad para la explotación humana, donde es muy común la aparición de yacimientos.

Otro rasgo de la red hidrográfica es su carácter subsidiario de dos de los grandes ríos peninsulares, Duero y Tajo, sumando sus caudales en el curso medio de ambos ríos. La organización de este trazado viene definida por su inclinación hacia la vertiente atlántica; en relación con ello, ambas cuencas, se organizan en una dirección aproximada E-O, conformando trazados paralelos. De este modo, los afluentes de la izquierda del Duero siguen una orientación general S-N, provocada tanto por el nivel de inclinación de la vertiente como por la dirección del eje del Sistema Central, divisoria natural de ambas cuencas y cabecera de muchos de la mayoría de los cursos. Situación similar acontece con los afluentes por la margen derecha del Tajo.

Otro de los aspectos para conocer el régimen y caudal de la red hidrográfica es el referido a la climatología. La cantidad y el modo de producirse las precipitaciones tienen su reflejo en el caudal de los cursos fluviales, mostrando un abundante caudal en primavera y un fuerte descenso en el verano. A ello debemos sumarle la fuerte insolación que provoca en ciertas épocas del año una importante evaporación. Sin duda, unas condiciones similares son las que se vivieron en el marco cronológico de nuestro estudio (Ruiz y otros, 1997:

131-135). El régimen de los ríos sufre variaciones a lo largo de su curso. Únicamente podemos hablar de un «régimen nival» para algunos torrentes que en primavera abastecen la cabecera de la red. Según la clasificación de desarrollada por Otto Pfafstetter (1989), nuestros ríos se encuadrarían en los de regímenes mixtos dependiendo si la aportación mayoritaria es de nieve o lluvia «régimen nivo-pluvial» o régimen «pluvio-nival», característico de los ríos de la meseta. Todos ellos se distinguen por tener una fuerte sequía estival de tres o cuatro meses de duración y un ritmo estacional que sigue a la curva de precipitaciones zonal. Esta pobreza de caudal favorece el vadeo por numerosos lugares, aún en época de su máximo aporte, no constituyendo, en la mayoría de los casos, un obstáculo para las relaciones entre ambas riberas, con la excepción de los grandes cursos, Duero y Tajo, que deberían ser cruzados por lugares preparados.

En la actualidad el caudal de los cursos fluviales está muy marcado por la intervención del hombre, quien con el regadío intensivo de ciertas zonas y la necesidad de embalsar agua para el consumo humano llega a desecar completamente alguna de estas corrientes de agua. Del mismo modo, hay otros elementos que influyen en el caudal de los diferentes cursos como la naturaleza del roquedo y la cobertera vegetal de la cuenca. Así, en los glaciares de la rampa o páramos deforestados la escorrentía es muy elevada, provocando irregularidad en el caudal y, sobre todo, el arrastre de las tierras al fondo de los valles.

### 5.4.1. Cuenca del Duero

Ríos tributarios del Duero en esta zona (figura 5.6), todos ellos por su margen izquierda, son los siguientes: Eresma, Pirón, Cega, Duratón, Riaza, Voltoya, Adaja, Tormes, Zapardiel y Trabancos.

El Riaza y el Duratón nacen en Somosierra, al sur de Riofrío; destacando, por su belleza paisajística la hoces de este último. El Cega procede del puerto de Navafría, mientras que el Pirón nace en el Puerto de Malangosto, y el Eresma, junto al Puerto de Navacerrada.

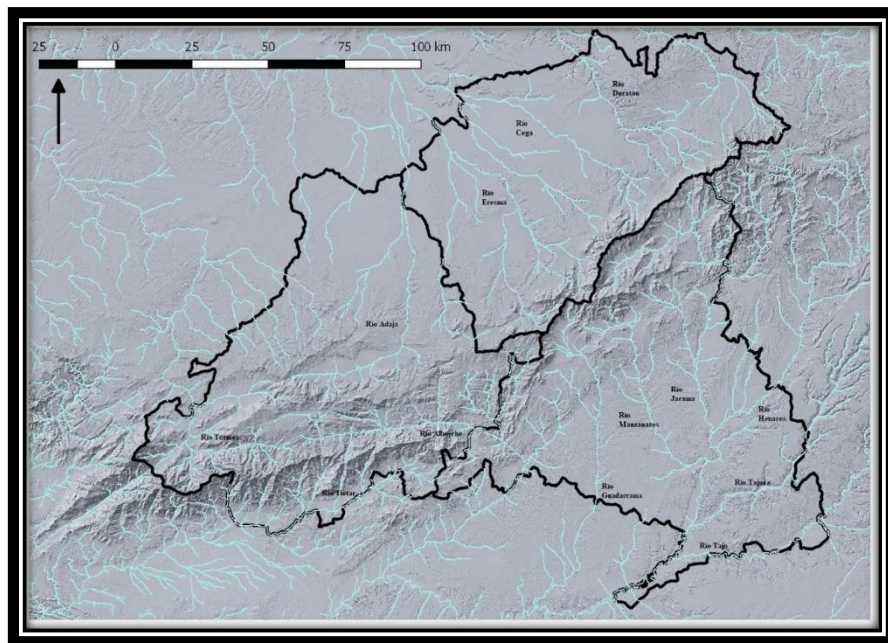
El río Voltoya, nace en las tierras abulenses y discurre a caballo de las segovianas para llevar sus aguas al Eresma, cerca de Coca. El Adaja junto al Puerto de Villatoro, en la sierra de Ávila y penetra en Segovia y se une al Eresma en la provincia de Valladolid, en las proximidades del Duero.

El Tormes nace en Gredos alimentándose de las aguas del Aravalle, Corneja y Almar, penetra en la de Salamanca por Puente de Congosto, atravesando encajonados valles hasta

el embalse y presa de Santa Teresa. En la provincia de Salamanca recibe las aguas del abulense Almar. El río Zapardiel nace en la falda norte de la sierra de Ávila, recorre La Moraña internándose en la provincia de Valladolid. El río Trabancos nace también en la sierra de Ávila, y al igual que el anterior se interna en tierras vallisoletanas.

#### 5.4.2. Cuenca del Tajo

El río Tajo penetra en la provincia de Madrid por Estremera, riega las vegas de Fuentidueña, Villamanrique, Colmenar de Oreja y Aranjuez, sale de Madrid por las proximidades de la Estación de Algodor. La red hidrográfica está compuesta por los ríos Jarama (Lozoya, Henares y Manzanares), Guadarrama (Venta y Aulencia), Alberche (Cofio, Perales) y Tiétar, cada uno de ellos con sus correspondientes afluentes (figura 5.7).



*Figura 5.7: Cursos fluviales de la zona de estudio*

El principal afluente del Tajo en nuestra zona es el Jarama, que nace en Somosierra, drenando parte de la provincia de Guadalajara; recoge las aguas del Lozoya, Guadalix, Manzanares, Henares y Tajuña para desaguarlas en el Tajo. En el punto de confluencia, la aportación del Jarama y la superficie drenada son mayores que la del Tajo, de este modo, podemos decir que es el río que centra la hidrología de la Comunidad de Madrid.

El Guadarrama nace en el Puerto de la Fuenfría, con un caudal muy disminuido por ser retenido en diferentes embalses. El Alberche recoge las aguas de la falda meridional de la sierra de Malagón, de la Paramera y de la falda septentrional de Gredos.



El río Tietar es el principal colector de la vertiente meridional de Gredos; recorre la divisoria entre las provincias de Ávila y Toledo, generando un amplio valle al que da su nombre, y se encamina hacia la provincia de Cáceres en cuya divisoria se ubica el embalse de El Rosarito.

### 5.5. Climatología

Según la definición más ampliamente aceptada, el clima viene definido por las estadísticas a largo plazo de los caracteres que definen el tiempo en cualquier localización, como temperatura, precipitación, viento, etc. Siendo el tiempo el estado de la atmósfera en un lugar y momento determinados (Aguiló, 2004: 95).

La importancia del clima es tan elevada y alcanza a tantos aspectos de la vida humana, que su consideración resulta imprescindible en cualquier estudio del medio físico (Aguiló, 2004: 95). Tan es así, que en época antigua constituía un factor vital.

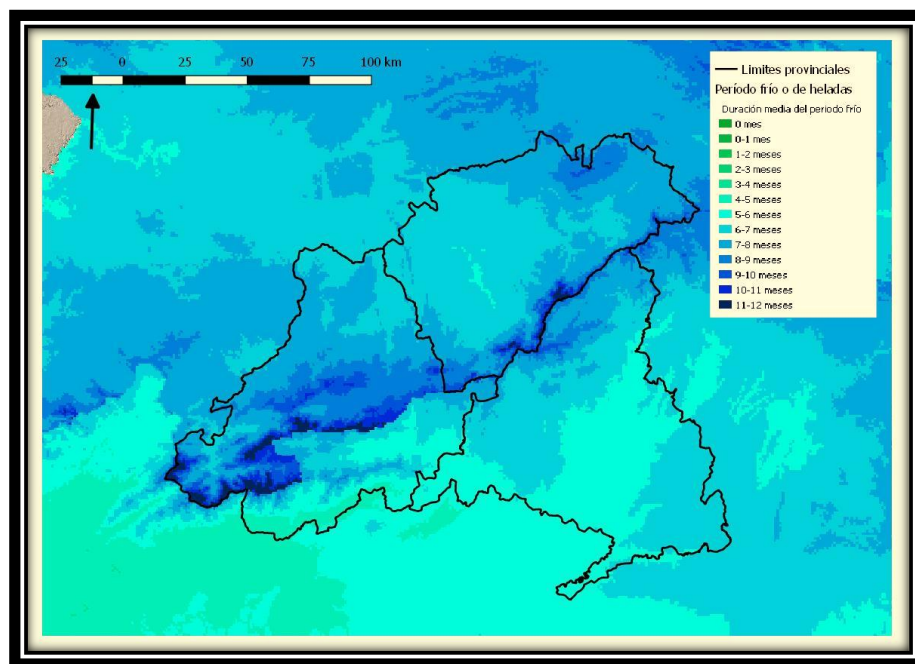
Antes de comenzar este análisis, debemos valorar la incidencia de los diferentes elementos del clima sobre el desarrollo de las sociedades. Aspectos del medio físico como el relieve y, sobre todo, la hidrografía está íntimamente relacionados con el clima; la cantidad y modo de producirse las precipitaciones, su transformación en recursos hídricos y su actuación como agente modelador del relieve dependen del tipo de clima existente dentro del espacio geográfico en estudio.



Figura 5.8: Clasificación climática de Köppen para la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 104).

Las condiciones climáticas son la mayor limitación para el cultivo de la tierra en nuestro espacio de estudio, y más en sociedades con sistema de producción tradicional carentes de la tecnología suficiente para mitigar su influjo. Así, la obtención de los recursos naturales depende del clima: los pastos para los animales, el cultivo de cereales o leguminosas, etc. En definitiva, son elementos de los que dependen los asentamientos humanos y más cuando, como en nuestro caso, la relación con este medio natural es muy directa. Los ritmos del clima marcan la vida de estos grupos y son los que van a obligar a modificaciones, cambios o transformaciones en los usos del medio físico. Más en una zona serrana como esta en la que las manifestaciones climáticas son más extremas, rigurosas e influyentes que en las zonas llanas.

La morfología de la zona de estudio, variada y con altitudes muy dispares, con una media de altitud superior a los 900 m, está en la base de la falta de uniformidad climatológica en sus distintas unidades estructurales. El relieve es, por tanto, el principal responsable del carácter frío de esta zona, ya que la influencia moderadora del mar queda limitada por el extenso y alto cinturón montañoso, dando lugar a un clima continentalizado, cuyas características más evidentes son: temperaturas extremas y pocas precipitaciones (figura 5.8). Por otro lado, la elevada altitud sobre el nivel de mar, que provoca un descenso medio de la temperatura de 0,65°C por cada 100 m de aumento altitudinal, también tiene una elevada incidencia.



*Figura 5.9: Período medio de frío o heladas (elaboración propia).*

Podemos dividir nuestro territorio de estudio en dos grandes zonas climáticas, una situada al norte del Sistema Central y otra al sur.

El clima de la zona septentrional presenta estas características: una de ellas es la presencia de inviernos largos y fríos. La dureza y dilatada duración de la estación invernal son las características más sobresalientes de este clima. El invierno, con medias mensuales inferiores a 7°C, excede con mucho los tres meses de la estación astronómica; en realidad, salvo cortas interrupciones, el invierno climatológico se prolonga durante al menos cinco meses, de noviembre a marzo. En las áreas de mayor altitud, el invierno puede alcanzar hasta los ocho meses.

Uno de los valores más importantes, por el valor agrícola y ecológico que implica, es el riesgo de heladas, pues sólo permanecen libres de ellas cuatro meses: junio, julio, agosto y septiembre, sirva de ejemplo el caso de Segovia que está en torno a los 72 días. Las nieblas persistentes son una de sus características, principalmente en diciembre y enero (figura 5.9).

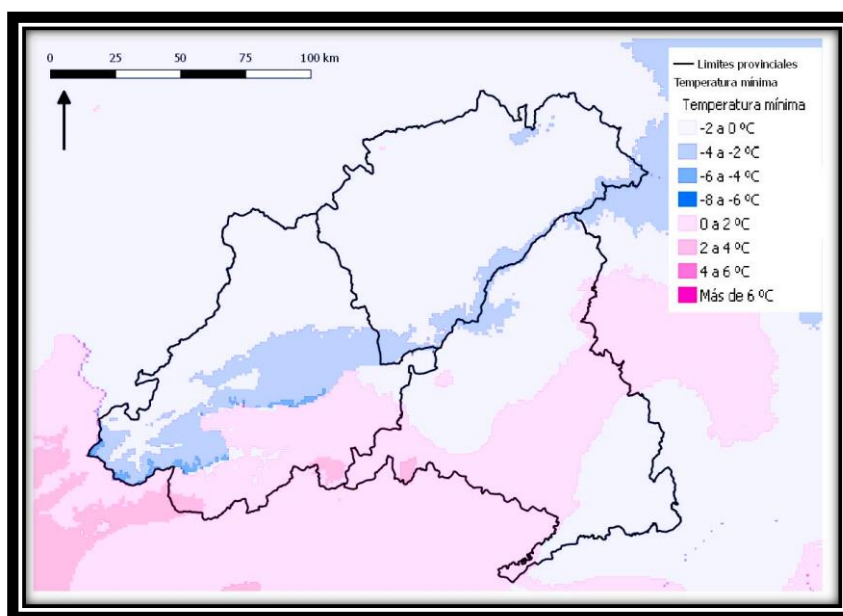


Figura 5.10: Temperatura mínima anual de la zona de estudio (elaboración propia).

La temperatura media registrada en invierno se sitúa en torno a los 3°C, siendo el resultado de unas temperaturas permanentemente bajas, donde destaca el valor medio de las mínimas (-1°C) y, sobre todo, las mínimas absolutas. Las temperaturas negativas son habituales en los meses de invierno (figura 5.10). Frente a un invierno largo y duro, los veranos son cortos, con amplias oscilaciones térmicas, moderadamente cálido durante el día y con un considerable descenso en la temperatura nocturna. El tiempo propio del verano se limita a los meses de julio y agosto, sobre todo, en los momentos de irrupción de



aire sahariano, que aporta temperaturas superiores a los 30°C. Esta situación contrasta con el resto del período veraniego, cuyas temperaturas son mucho más moderadas debido a las bajadas frecuentes de la temperatura. Las medias más altas de 22°C se dan en julio; de este modo el verano más riguroso se reduce a 70-80 días.

Por otro lado, la altitud influye decisivamente en los valores diarios, que, alcanzando temperaturas elevadas durante el día, se ven reducidos a consecuencia de la escasa irradiación solar nocturna, lo que provoca una importante oscilación térmica diaria, que oscila entre los 12 y 20°C. Esta situación provoca que presencia de pastos frescos para la ganadería en las alturas mientras que en las llanuras se han agostado, lo que alienta una transterminancia de corto recorrido. Estos reductos serranos ofrecen unas posibilidades de pastoreo alternante que sin duda no despreciarían estas sociedades.

Durante el verano se registran un escaso número de precipitaciones, con una media casi siempre inferior a 30 mm, presentándose casi siempre como aguaceros breves pero intensos. Por el contrario, la primavera y el otoño son breves transiciones. La primavera a menudo se presenta fresca y lluviosa, centrada principalmente en el mes de mayo. El otoño, aún más breve se deja sentir principalmente en septiembre.

Las precipitaciones aparecen concentradas a finales del otoño y en primavera. En el llano son escasas, aunque bien repartidas, con una acusada escasez estival. La media se sitúa entre los 400/500 mm, que aumentan hasta los 600/900 mm en función de la altitud. Debemos hablar de la irregularidad interanual, a menudo bastante acusada, que puede provocar largos períodos de sequía. Situación que muestra la variabilidad climática regional.

La nieve aparece con frecuencia en la zona montañosa, donde puede sobrepasar el 40% de los días con precipitaciones, situándose por encima de los 20 en la sierra, mientras en las zonas más bajas no suelen sobrepasar los 10. Un factor, a menudo catastrófico para los cultivos, es el granizo, que puede aparecer a finales de primavera e inicios de verano afectando a zonas muy concretas.

Una pequeña zona del territorio también se ve afectada por la aridez; el bajo índice de precipitaciones, principalmente en los momentos finales de la primavera y principios del verano, puede afectar poderosamente a los cultivos de cereal y pastos en los momentos en los que necesitan mayor cantidad de agua. Esta circunstancia hace que se busquen los suelos con mayor capacidad para retener el agua, de modo, que se puedan garantizar las cosechas de los suelos de secano.

## Capítulo 5. EL MARCO DE ESTUDIO: EL MEDIO FÍSICO

El Sistema Central marca una divisoria en cuanto al régimen de vientos dominantes en ambas vertientes; de este modo, en la cara norte los vientos dominantes durante el invierno provienen del NE, vientos que traen nieve y hielo, y rolan el SW en el otoño y primavera, cuando traen lluvias. En la cara sur, los vientos dominantes provienen del SW alternando con el NE, más centrados en los meses estivales

La zona situada al sur del Sistema Central presenta las siguientes características: su clima está claramente influenciado por la orografía, ya que el Sistema Central al actuar de barrera detiene las masas de aire frío provenientes del N y NO. Esta misma orografía provoca el denominado efecto Foehn, cuando se produce una elevación de temperatura y falta de nubes en la vertiente contraria a la trayectoria de las masas de aire, principalmente provenientes del NO. Por el contrario, la influencia del Mediterráneo es casi nula, ya que son muy pocas las ocasiones en las que las borrascas con esa procedencia alcanzan el territorio; cuando lo hacen provocan generalmente nubosidad que en pocas ocasiones se transforma en lluvias.

Un factor de menor importancia es la red hidrográfica; la cuenca del Tago canaliza las masas procedentes del O y SO que ocasionan lluvias sobre todo otoñales. Además, la red hidrográfica zonal canaliza los vientos y los núcleos tormentosos en las zonas serranas.

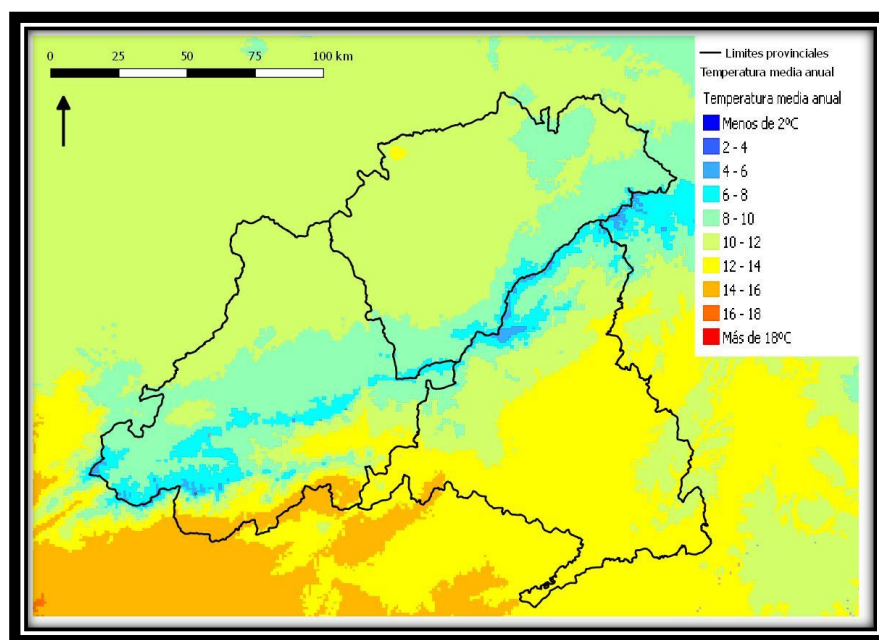


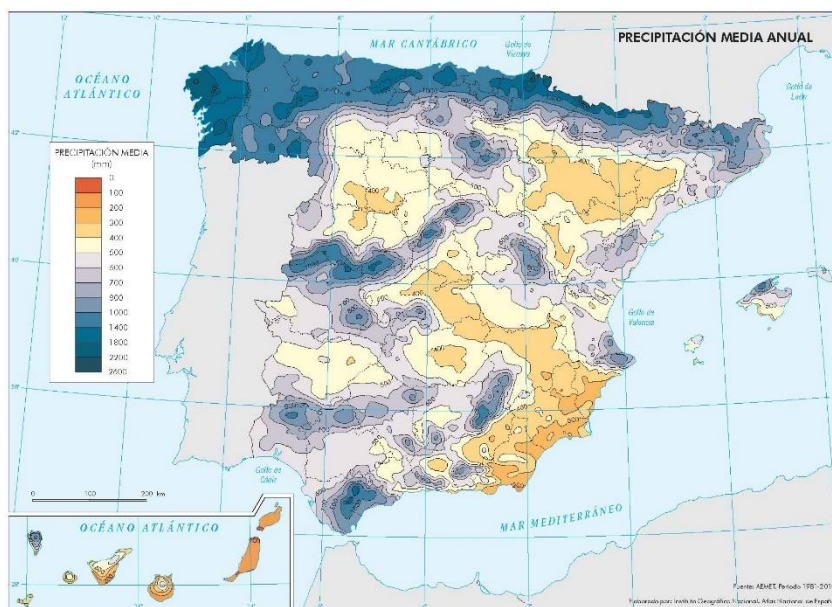
Figura 5.11: Temperatura media anual de la zona de estudio (elaboración propia).

La altitud de las diferentes zonas tiene una influencia muy importante en las condiciones climáticas de cada una de ellas. En las zonas más elevadas las temperaturas medias anuales oscilan entre los 6°/8°C, con un período sin heladas de entre dos y cuatro

meses. En la zona de transición las medias oscilan entre los 11°/13°C, y con cuatro a seis meses libres de heladas. En las zonas más bajas las medias alcanzan los 15°/18°C, con más de seis meses sin riesgo de heladas. Por otro lado, las temperaturas máximas se encuentran entre los 23°C de los meses de julio/agosto, mientras en enero se alcanzan los 3°C. Las mínimas oscilan entre los 18°C de julio y los -3°C de enero.

Una característica relevante, es que gran parte del territorio se encuentra levemente volcada al sudoeste, lo que hace que reciba perpendicularmente los rayos solares tanto en verano como en invierno, provocando, principalmente en las zonas serranas, el aumento de las temperaturas tanto invierno como verano con respecto a las zonas llanas, situación que influye en la vegetación.

Tanto en otoño como en invierno son frecuentes las inversiones térmicas en las capas más bajas de la atmósfera, debidas al elevado enfriamiento nocturno. En las zonas menos elevadas se acumulan las masas de aire frío, cuyas temperaturas pueden descender varios grados por debajo del cero, posibilitando que algunas mañanas las temperaturas de las zonas llanas sean más bajas que las serranas.



*Figura 5.12: Mapa con las precipitaciones medias anuales en la península ibérica (Instituto Geográfico Nacional, 2018: 97).*

Las precipitaciones también se ven influenciadas por la altura, así en las zonas llanas tenemos menos de 500 mm anuales, que aumentan hasta los 800 en la zona de la rampa y hasta los más de 900 mm en la zona serrana (figura 5.12). Estas zonas serranas suelen presentar excedentes de agua durante casi todo el año, en tanto que las zonas de transición acusan escasez de agua en la temporada estival, pese a que durante al menos cinco meses

muestren excedentes de agua, mientras que las más las zonas más meridionales presentan falta de agua casi todo el año, muy acusada durante el verano. Como en la zona septentrional, durante el período primaveral son ocasionales las tormentas con granizo que pueden perjudicar notablemente la agricultura.

Un elemento que no debemos olvidar es la cubierta vegetal que existía en la antigüedad (López, 2014), que mostraría su influencia en la moderación de las temperaturas más elevadas, como en las mínimas invernales al dificultar el movimiento del aire catabático (Fuentes, 2000b: 202).

Debemos tener en cuenta los estudios paleoclimáticos realizados que hablan de un clima peninsular cambiante, en ciclo de larga duración. La Segunda Edad del Hierro en la Sierra de Gredos muestra algunas diferencias respecto a la actualidad, con unas temperaturas medias anuales más bajas que en la actualidad. Mientras que las precipitaciones totales anuales son más elevadas en la antigüedad que en la actualidad (López y otros, 2009: 18). El período romano muestra un cierto incremento en las temperaturas, con valores ligeramente superiores a los documentados al final de la Edad del Hierro, aunque la precipitación total parece descender. A grandes rasgos el clima permanece estable entre los siglos I a.C. y V d.C., concordando con el denominado «período cálido romano» (250 a.C.-450 d.C.) (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71). El período visigodo coincide con un marcado deterioro del clima, correspondiente al «período frío altomedieval» (ca. 450-950) (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71), caracterizado por temperaturas medias más bajas, junto a un régimen irregular de precipitaciones con momentos de intensas sequías (Blanco y otros, 2015: 6). La temperatura media anual es sensiblemente menor que en época romana, alcanzando su cota más baja, en los primeros momentos del siglo VII, coincidente con un aumento de las precipitaciones medias. Esta etapa muestra con claridad una irregularidad climática, donde los inviernos fríos y secos son seguidos de veranos frescos y lluviosos, con una precipitación media muy fluctuante (López y otros, 2009: 24). La época islámica se presenta como un intervalo de bonanza en las temperaturas y precipitaciones. La temperatura media anual comienza a remontar hasta los valores de la época romana, lo mismo que las precipitaciones. La siguiente etapa, coincide con el «período cálido bajomedieval» (950-1400) (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71), caracterizado por un clima cada vez templado y con unas precipitaciones medias constantes. La temperatura media anual continúa elevándose progresivamente, mientras que las medias pluviométricas permanecen en valores similares (López y otros, 2009: 29).





transformaciones realizadas, han sido las que mejor han conservado sus agrupaciones vegetales, tanto autóctonas como alóctonas.

La vegetación climática del Sistema Central vendría de la alianza *quercion pyrenaicae*, compuesta por agrupaciones de rebollos bastante degradadas por la actividad humana, que ha motivado su sustitución en grandes zonas por otras especies, mayoritariamente el pino. Su heterogéneo relieve determina el escalonamiento de la vegetación de acuerdo con la variación altitudinal. En ambas vertientes, en las partes más bajas encontraremos la encina (*Quercus ilex*), como pastos alpinos en las zonas altas (figura 5.13), perdurando en la vertiente sur grupos de alcornoques (*Q. Suber*), recuerdo de su amplia presencia en la antigüedad.

Las mayores diferencias en la vegetación vendrán motivadas por la altitud y la orientación. Por este motivo en la vertiente meridional las mismas especies pueden crecer a mayor altura que en la septentrional.

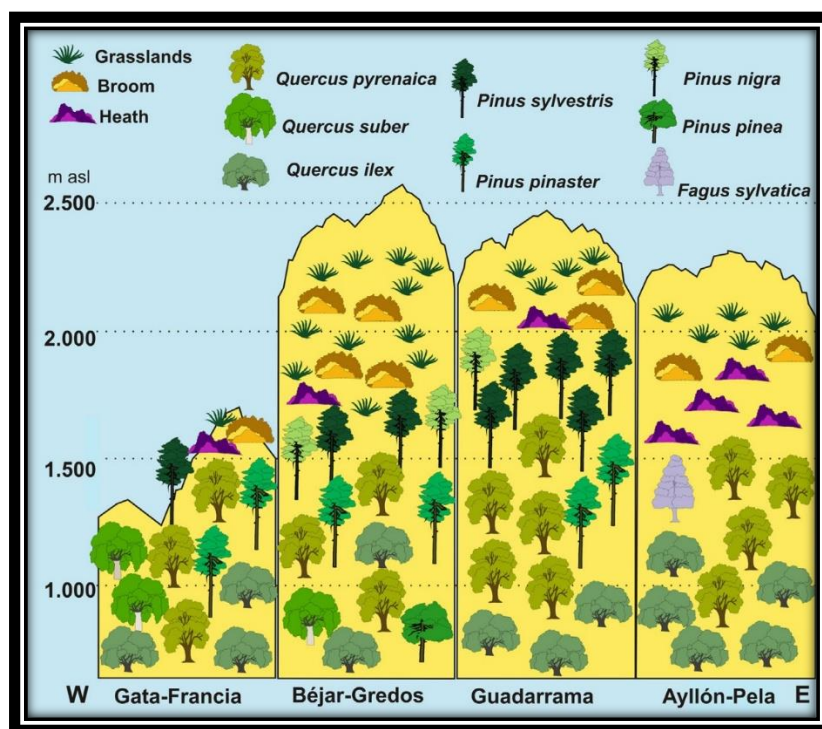


Figura 5.14: Principales tipos de vegetación en el entorno del Sistema Central (López, 2014: 4).

En la vertiente septentrional, debido a recientes repoblaciones, la especie predominante es el pino silvestre (*Pinus sylvestris*), sustrayendo un escalón perteneciente en realidad al bosque caducifolio. En los escalones superiores se sitúa el matorral climático y los prados alpinos. Por el contrario, en la vertiente meridional en la zona más baja aparece la encina (*Quercus ilex*), y el pino piñonero (*Pinus pinea*); a medida que aumenta la altura,

aparece como vegetación predominante el rebollo (*Quercus pirenaica*) y el pino resinero (*Pinus pinaster*); el siguiente estadio es el dominio del pino silvestre, más acostumbrado a las bajas temperaturas. En el último piso aparecen el piorno (*Cytisus purgans*) y los pastos alpinos.

En la Cuenca Sedimentaria destaca la alianza *quercion ilicis*, de carácter mediterráneo, a la que le faltan algunas especies de las especies más típicamente mediterráneas. La zona segoviana aparece predominantemente colonizada por los pinares o coníferas repobladas. El bosque climácico en las zonas llanas es el encinar acompañado por diversas especies como quejigos, sabinas y en suelos con suficiente humedad, olmos, sauces, fresnos, chopos, etc. De este bosque mediterráneo sólo restan algunos pequeños montes y grupos en formación de bosques de galería junto a los cursos fluviales, testigos de la sustitución de especies vegetales debido a una intensa explotación agrícola. Una peculiaridad que aparece en Segovia y Madrid, por su proximidad al Sistema Ibérico, es la pervivencia de los hayedos en algunas zonas con la suficiente humedad (Arenillas, y otros, 1988: 25).

Así pues, la vegetación del área de estudio varía considerablemente desde las cuencas de Duero y Tajo a las cumbres del Sistema Central. Organizada en sucesivos pisos altitudinales, que permiten la formación de un heterogéneo mosaico de especies por efecto de la altura, orientación y la acción antrópica.

La actividad humana que ha provocado la deforestación de territorios que actualmente aparecen cubiertos de matorral o pastizal, la transformación de otros en tierras de labor y la introducción de especies no climácicas. El roble, que por la altitud media del territorio debería ocupar una gran extensión, ha sido desplazado por castaños o pinares, posiblemente alóctonos, con los que a veces aparece.

### **5.6.1. La toponimia vegetal**

En este punto queremos acercarnos a algunos topónimos que pueden ayudarnos al conocimiento de la vegetación existente en el territorio en etapas antiguas. En ocasiones el nombre se refiere a un lugar donde aún quedan restos de la vegetación climácica; sin embargo, en la mayoría de los casos, se refiere a situaciones pretéritas, reflejando una vegetación que ha desaparecido para obtener nuevos suelos agrícolas o por la introducción de especies vegetales alóctonas de mayor productividad.

Son numerosas las obras antiguas donde aparecen referencias a esas agrupaciones vegetales, El Libro de la Montería (Andrés, 2000) o la obra de Pascual Madoz (1849), son

sólo algunas de ellas; topónimos relacionados con lugares en los que en la actualidad la referencia a desaparecido completamente.

Son numerosos los topónimos que hacen referencia a «*encina, roble, rebollo, ...*» presentes en los nombres de algunos municipios: *Rebollo, Fuenterrebollo, Robledo, Encinillas, Encinares, Cerceda, Cereceda...* Algunas veces hacen referencia a las agrupaciones vegetales de esta comunidad como: *Mata de Quintanar, Matabuena, La Matillas...* En otras ocasiones el nombre hace referencia a la vegetación de áreas húmedas o bosques de galería: *Fuente el Olmo, El Olmo, Fuentesoto, Fresneda, Sotosalbos, La Alameda, Fuentesauco...* También pueden hacer referencia a formaciones arbustivas o elementos de porte bajo: *El Espinar, Escobar, La Zarza...*

También son abundantes los topónimos referentes a repoblaciones vegetales: *Pinilla, Pinillos, Zarzuela del Pinar, Pinarnegrillo, ...* cuyo origen, posiblemente, habría que buscarlo en las repoblaciones realizadas desde el medievo.

Por el contrario, hay una serie de topónimos que hacen referencia a las transformaciones de esa cubierta vegetal autóctona: *Los Roturos, Las Suertes, Las Roturas, Las Quemadas, Los Quemadillos, ...*

### 5.6.2. Análisis palinológicos (paleovegetación)

Actualmente los estudios polínicos son imprescindibles en los análisis arqueológicos, pues con ellos, por un lado, podemos recomponer la estructura vegetal imperante en un determinado lugar, así como su evolución; pero, además, puede ayudar a «comprender la funcionalidad y estructuración de los espacios productivos» (Hernández, Burjachs y Iriarte, 2013: 346). Estos análisis permiten conocer si ciertas zonas han sido utilizadas como zonas de explotación agraria o bien si han sido utilizadas como pastoso dehesas para el ganado (Stevenson y Harrison, 1992).

De este modo la paleopalinología se muestra imprescindible para comprender el poblamiento general de una zona del territorio. Además, nos permite analizar las transformaciones ocurridas en los paisajes, es decir, percibir la evolución de la antropización sobre el paisaje (Hernández, Burjachs y Iriarte, 2013: 346).

Durante el período cronológico comprendido en nuestro estudio, gracias a los estudios palinológicos realizados (López, 2014; Hernández, Burjachs y Iriarte, 2013), podemos tratar de reconstruir, aunque siempre sea parcialmente, la vegetación entre la que desarrollaron sus actividades diarias estas sociedades (figura 5.14). La información



proporcionada por los restos vegetales permite, la reconstrucción arqueológica del paisaje, conocer las condiciones físicas medioambientales en las que estas comunidades y las características de su economía (García y Pereira, 2017: 169).

De este modo, durante la Segunda Edad del Hierro, en la zona de la sierra de Gredos y sierra de Béjar, los registros polínicos muestran la presencia de bosques de pino o pino y abedul en las zonas más altas; mientras que las más bajas presentan agrupaciones de roble y avellano en la sierra de Béjar y *Pinus pinaster* en la de Gredos (figura 5.15). Junto a estos restos aparecen pruebas de actividades antrópicas ligadas a la agricultura y pastoreo. Por el contrario, los registros polínicos de los yacimientos arqueológicos de mayor entidad como El Raso, Las Cogotas, Mesa de Miranda y Ulaca documentan en su entorno, una intensa deforestación de carácter antrópico. Están situados en lugares destacados donde los restos de pólenes hablan de la escasez de árboles a su alrededor, apareciendo en sus proximidades grandes extensiones de pastos para el ganado además de restos de pólenes de cereales (López, 2014: 112).

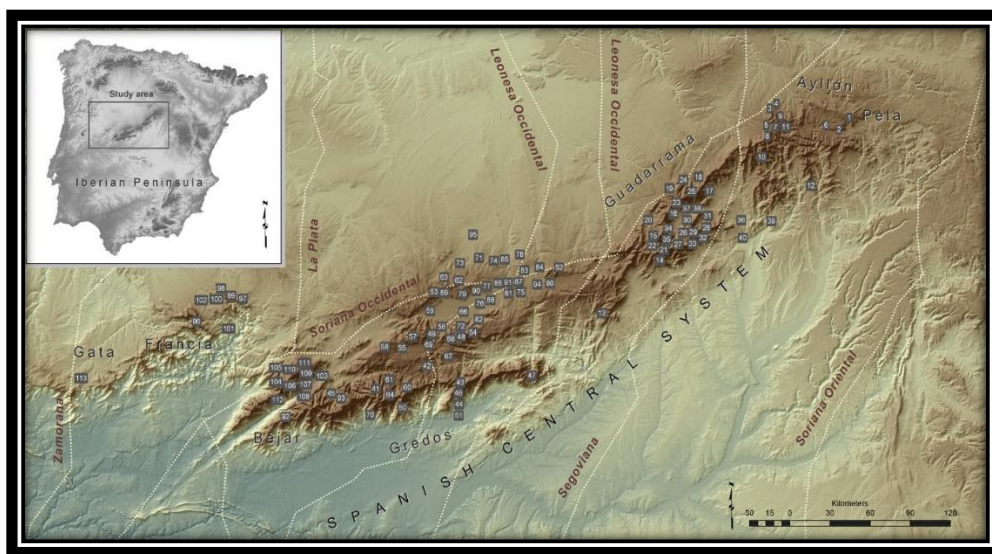


Figura 5.15: Imagen de localizaciones de secuencias polínicas realizadas en el Sistema Central (López, 2014: 3).

En las zonas de las sierras de Guadarrama y Ayllón, los registros muestran un bosque de robles en las cotas bajas, mientras en las altas aparece un bosque de pino o pino y abedul. En el valle del Lozoya, los registros polínicos de Rascafría y el Collado del Berruoco muestran un paisaje relativamente deforestado, con una cubierta arbórea inferior al 20% junto a extensiones de matorrales y pastos (López, 2014: 112).

Los paleopaisajes de época romana nos hablan de la intensificación de la actividad antrópica, con una cierta preeminencia de las actividades agrícolas sobre las ganaderas (Álvarez, 1999) con un mayor impacto en las tierras llanas. La población se concentra en

núcleos de diverso tamaño unidos por una extensa red viaria, parte de la cual es, posiblemente, aprovechada para desplazamientos de ganados a larga distancia (Gómez, 2004). En el período romano se produce un cambio significativo como resultado del incremento del número de asentamientos rurales, lo que implica una mayor intensificación de la agricultura y de la presión antrópica, sobre todo en algunas zonas de montaña (Blanco, López y López, 2009). En algunas zonas concretas, también la actividad minera da muestras de esa presión humana (Ruiz, 2005; Salas, San Clemente y Sebastián, 2017: 352). Hay un claro descenso de la densidad de los bosques en las zonas de Guadarrama y Ayllón fruto de la deforestación de pinares, posiblemente para la utilización de su madera como combustible o para la construcción, puesto que la presión por el pastoreo solo se percibe en algunas zonas, como en las proximidades de la Fuenfría por el paso de la calzada romana.

En la sierra de Béjar, los registros de las zonas altas muestran el retroceso del pino, mientras que los matorrales de brezo y los pastizales se extienden; situación que podemos vincular con un importante aumento de la presión ganadera (López, 2014: 113). Por el contrario, en las mismas alturas de la sierra de Gredos apenas da muestra de transformaciones antrópicas, lo que habla de ésta como una zona de paso, escasamente poblada por su dureza climática.

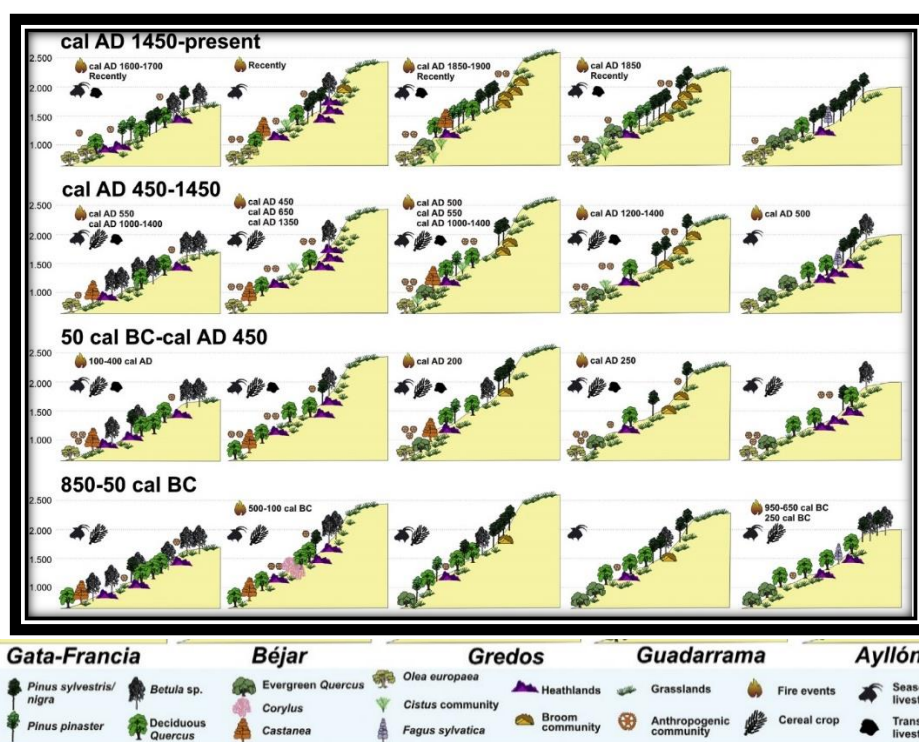


Figura 5.16: Reconstrucción de la paleovegetación en el Sistema Central desde el primer milenio a.C. hasta el presente, adaptado de (López, 2014: 10).

Todos los registros polínicos procedentes de zonas altas muestran un incremento de la agricultura, que se traduce en una mayor presión ganadera y el aumento de los niveles polínicos de diferentes cultivos. El olivo y el castaño amplían su territorio, en el caso del castaño hacia el oeste, mientras que el olivo hacia el este. Los registros polínicos de cereales aumentan; tenemos evidencias de su cultivo en las zonas llanas, como Mata del Castillo, Laguna de los Casares y El Vergel II. Hay que destacar una gran concentración en las zonas orientales del territorio, posiblemente relacionados con la existencia de grandes concentraciones de población como *Complutum* o *Confluenta*, junto a la existencia de numerosas *villae* y comunidades rurales.

Durante la época visigoda asistimos a un notable empeoramiento climático (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), con un importante incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). Hubo grandes deforestaciones en amplias zonas del territorio, especialmente en algunas áreas de montaña, con un patrón claramente ganadero (Blanco y otros, 2015: 6), mientras que otras zonas como la sierra de Béjar y Guadarrama asistimos a una bajada de cota de los bosques de pinos, reflejo de las bajas temperaturas y una gran expansión de estos. Amplias zonas boscosas se talaron, principalmente por acción del fuego, para obtener nuevas tierras para la agricultura y pastos, en una época de aumento del hábitat rural (Blanco, López y López, 2009). Tanto la expansión de la ganadería como el endurecimiento de las condiciones climáticas sirvieron de freno a una mayor extensión de los cultivos en zonas montañosas. Se aprecia la extensión del castaño y el olivo en la vertiente meridional de las cadenas montañosas. La presencia de pólenes de cereales disminuye en las zonas de mayor dureza climática, pero, por el contrario, se aprecia un incremento del centeno, cereal adaptado a temperaturas más bajas (López, 2014: 113).

A partir del siglo X se sucede un período de transición a nivel climático, con una progresiva alza de las temperaturas y regularización de las precipitaciones (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), pese a la existencia de algunos períodos áridos a finales del siglo IX que afectaron principalmente a la vertiente meridional del Sistema Central.

En las zonas elevadas de la sierra de Béjar en los siglos VIII/X se registra una recuperación del bosque como resultado de la menor presión en las actividades de agricultura y ganadería; del mismo modo, los brezales y pastizales disminuyeron lo mismo que las evidencias de olivo y castaño. En las cotas bajas asistimos a una expansión de los pastizales necesarios para mantener a una elevada cabaña ganadera. En las sierras de Ayllón y Gredos en las zonas elevadas los bosques de pinos se recuperan debido al descenso de las

temperaturas. En la ladera sur de Gredos en cotas bajas el pino *pinaster* y la retama aumentan considerablemente al mismo tiempo que los hongos coprófilos, olivo y carbón descienden considerablemente. En las cotas altas de la sierra de Guadarrama hay una reversión del pino y abedul, mientras otros restos polínicos muestran un retroceso por la actividad antrópica evidenciada en un retroceso de la cobertera arbórea.

Estos indicadores corroboran las reseñas históricas de este período, con la existencia de una economía basada mayoritariamente en el pastoreo y una agricultura de subsistencia de pequeños núcleos poblacionales que aportan una baja densidad poblacional, más centrados en altitudes medias, que en las altas o bajas (García-Oliva, 2007). Por el contrario, en la sierra de Guadarrama, los valles de los ríos son los emplazamientos más frecuentados, mientras que en las zonas elevadas son ocupadas por atalayas desde las que se controlan los pasos montañosos (Jiménez y Rollón, 1987). Tras una etapa de recuperación de la masa arbórea, a partir de mediados del siglo X, se observa un repunte en su tala en las cotas altas de las sierras de Guadarrama, Gredos y Béjar, situación que podemos poner en relación con el uso estacional de estas áreas mediante el recurso de la transterminancia. Mientras que en cotas bajas hay una extensión de los pastos para ganados en zonas previamente deforestadas (López, 2014: 117).

### 5.7. Fauna

El estudio de la fauna supone una rica fuente de información tanto ambiental como económica, que puede acercarnos al medio ambiente en que vivían las comunidades de esa época concreta. Además, con la misma podemos contrastar otras informaciones, como las recogidas en las fuentes; de este modo, podemos inferir algunas de las pautas económicas de los asentamientos (Yravedra, 2006: 955).

En este epígrafe debemos hablar de los restos faunísticos recuperados en algunos de los yacimientos intervenidos, que, aunque no pertenezcan propiamente al territorio en estudio sí lo son de la misma comunidad como ocurre con los vacceos (Morales y Liesau, 1995), los vettones (Morales y Liesau, 2008), o carpetanos (Urbina, 2014), donde vemos aparecer una fauna de carácter doméstico y caza. Junto a ello, podemos ver una continuidad en la zona madrileña desde el momento romano (Morales y otros, 2001) al visigodo (Yravedra, 2006).

Entre los de carácter doméstico podemos hablar de asnos, caballos, vacas, ovejas, cabras, cerdo, perro y gato, comunes en la gran parte de los asentamientos, aunque en



diferentes proporciones dependiendo de la dedicación económica de los mismos. En cuanto a los restos de animales cazados podemos hablar de cabra montesa, corzo, ciervo, liebre, conejo, jabalí, lobo, aves, etc.

En este ámbito montaraz el mamífero más espectacular de la zona es la cabra montés, que, si bien se ubica preferentemente en la sierra de Gredos, llega a rebasar este área, extendiéndose por muchos espacios del Sistema Central. Esta especie está perfectamente equipada para la vida en la alta montaña: cuerpo musculoso, vigorosas patas y fuertes y afiladas pezuñas para la escalada. En la sierra también se encuentran jabalíes, corzos y, en menor medida, gamos y ciervos. Aunque desaparecidos, debemos citar la presencia del oso y del asno salvaje (acebre). Entre los carnívoros que habitan esta zona destacan: el zorro común, la comadreja (oculta entre la vegetación herbácea) y la gineta (presente en bosques y matorrales). En los bosques y zonas rocosas abiertas habita la garduña, de mayor tamaño que la comadreja, mientras que el tejón común prefiere las zonas arboladas. Entre los roedores se cuentan especies típicas de los bosques de coníferas, como la ardilla común. El lirón careto también es abundante, sobre todo en el ámbito del encinar. La rata campestre y el ratón de campo son bastante comunes en todas partes.



*Figura 5.17: Detalle del mosaico procedente de la villa de Las Tiendas (Mérida), en el que se representa al señor de la villa practicando la caza del jabalí(<http://ceres.mcu.es/pages/ResultSearch?txtSimpleSearch=Mosaico%20de%20La%20caza%20del%20jabal%C3%AD&simpleSearch=0&hipertextSearch=1&search=simple&MuseumsSearch=&MuseumsRolSearch=1&>)*

Respecto a las aves más significativas, cabe citar, por ejemplo, rapaces como el buitre leonado y el buitre negro, la especie más abundante. El águila real es más escasa. También hay que mencionar el azor, presente en los bosques de coníferas, y el gavián, muy similar, pero de menor tamaño y de alimentación ornitófaga.

La presencia del bosque próximo, nos hace suponer la existencia en la antigüedad de gran cantidad de animales salvajes como osos (*Ursus arctos*), jabalíes (*Sus scrofa*) (figura 5.16), ciervos (*Cervus elephus*), corzos (*Capreolus capreolus*) y conejos (*Oryctolagus cuniculus*), aves rapaces, como el milano real (*Milvus milvus*), el cernícalo (*Falco tinnunculus*), como sabemos que ocurría en el siglo XIV a través de la información aportada por el *Libro de la Montería de Alfonso XI* (Andrés, 2000), además de otros muchos<sup>11</sup>.

### 5.8. Los recursos minerales

Además de los recursos y aprovechamientos forestales, agrícola/ganaderos, o faunísticos analizados anteriormente, el medio físico ofrece otro tipo de posibilidades económicas, en este caso minerales, que sirven para cubrir otras necesidades dentro de la vida cotidiana de estos grupos.

Estas van desde la arcilla para confeccionar cerámicas y otros útiles (pesas de telar, fusayolas, etc.), o los barro arcillosos usados para la obtención de adobes, techumbres y recubrimientos, muros de tapial, etc. La piedra de la zona (granito, calizas, pizarras...) utilizada para la construcción de edificios y murallas defensivas. El granito se utilizó en la fabricación de molinos barquiformes o circulares, mientras que en la arenisca se realizaban las piedras de afilar. Al igual que fueron necesarios minerales para fabricar los diferentes útiles que usaron estas comunidades.

#### 5.8.1. Los recursos minerales de uso metalúrgico

Este conjunto de minerales, por sus características físicas se convierten en materias primas necesarias para fabricar numerosos objetos de usos cotidianos o de adorno. Estas propiedades provocaron, sin duda, una búsqueda y explotación de amplias zonas del territorio.

Esa zona nunca ha sido considerada como un espacio destacable por sus recursos mineros, y los pocos existentes tampoco han tenido gran relevancia a nivel económico;

---

<sup>11</sup> En las Relaciones Topográficas de Felipe II, realizadas en 1579, se declara «.....hay mucha caza de venados y jabalíes que destruyen la tierra y los panes y viñas y prados, y hay conejos, libres y perdices, y mucha cantidad de pájaros de diferentes maneras, críanse lobos y zorras, garduñas y gatos monteses» (Alvar, 1993: 265).

comparten la escasez de yacimientos minerales de la mayoría de las tierras meseteñas, con la excepción de unos pocos y muy bien delimitados lugares en el reborde montañoso (Barrio, 1999: 25).

Uno de los escasos yacimientos explotados ya en época romana, sino con anterioridad será el existente en Otero de Herreros (Salas, San Clemente y Sebastián, 2017), donde además de grandes escoriales, el topónimo –almadenes- nos habla de su explotación (Barrio, 1999: 26). Parece posible la existencia de un asentamiento para su explotación y el paso de una calzada para su traslado en época romana (Zamora, 1987: 40).

Junto a estos datos, conocemos la existencia de otros recursos minerales gracias al Instituto Minero y la cartografía metalogenética: estaño en Arcones, Otero de Herreros, S. Rafael, Pedraza, Hoyo de Manzanares, Molino de la Hoz, Arroyo de las Viñas y Colmenar Viejo; Wolframio en Pedraza; plomo en Espirido; Grafito en Becerril; hierro en Villacorta, Becerril, Hontoria, Segovia y Barco de Ávila; cobre en Otero de Herreros, El Espinar y S. Rafael, Colmenarejo, Colmenar Viejo, Cabeza de los Montes, Barco de Ávila y Cebreros; plata en Cerezo de Arriba, La Acebeda, Robregordo, Prádena del Rincón-Montejo de la Sierra y Bustarviejo; plomo en Gargantilla de Lozoya, Cenicientos, Colmenar del Arroyo y Navalagamella.

Con estos datos podemos conocer una serie de zonas donde podemos localizar estos minerales, principalmente ubicadas en el sector serrano: zona de Guadarrama: engloba sus yacimientos en el curso alto de los ríos Voltoya, Moros y en alguna medida en el Eresma. Zona de Somosierra: en los nacimientos de los ríos Cega, Pirón y Duratón. En la sierra de Ayllón, en las cabeceras de los ríos Aguiñejo y Riaza. Zona de Barco de Ávila y Cebreros. Zona de Cadalso de los Vidrios. Colmenar Viejo y vertiente meridional de Somosierra.

El emplazamiento de estos recursos, muchos de ellos conocidos desde la antigüedad, haría de estos lugares, zonas muy apetecibles para la explotación y el asentamiento de algunas comunidades.

### **5.8.2. Los minerales no metalúrgicos**

El uso por parte de las comunidades preindustriales de estos minerales de carácter no metálico fue algo habitual y primordial para ellos; puesto que eran recursos necesarios para las actividades diarias. Arcillas, materiales pétreos (granitos, piedras de afilar...), el sílex o las piedras duras, fueron los recursos más utilizados. En arcilla se realizaban los diversos materiales cerámicos de uso diario: vasos, cuencos, ollas, fusayolas, pesas, etc. Su

aprovechamiento fue constante durante todo el período de estudio, a pesar de los cambios que se produjeron tanto en la manufactura como en su cocción. Podemos citar algunos núcleos donde existen arcillas de buena calidad, y que tradicionalmente han venido coincidiendo con los núcleos de alfarería más significativa: Tierras de Ayllón, Fresno de Cantespino, Coca, Alcalá de Henares, Torres de la Alameda, Loeches, San Fernando de Henares, Aranjuez, etc.

En cuanto a los materiales pétreos, podemos hablar de dos tipos, los propios del asentamiento, usados primordialmente como material de construcción y trabajo; y otro grupo, que se explotó en busca de una rentabilidad económica, como ocurrió con el granito, presente en al área serrana, pero ausente en la llanura. Desde los poblados serranos se comerció con estas rocas usadas para la construcción y fabricación de molinos. Situación similar se observa con las piedras de afilar, de composición pizarrosa o areniscas duras con lugares de procedencia como Serrezuela, o el área pizarrosa del Eresma.

Esta base de datos ha sido fundamental en el desarrollo del estudio, puesto que ha sido un recurso con el que rápidamente podíamos responder nuestras múltiples preguntas, además nos ha facilitado el trabajo a la hora de volcar todos los datos recabado en la plataforma S.I.G en el desarrollo de nuestra investigación.





## Capítulo 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Hasta hace pocos años, el poblamiento rural de cualquiera de las épocas históricas pocas veces había llamado la atención de los investigadores, posiblemente, la escasez de hallazgos documentados y su escasa relevancia, no había despertado el interés que hoy en día se tiene por él.

En las últimas décadas el análisis de los paisajes antiguos ha puesto en primera plana el estudio de las diferentes formas de hábitat rural. Desde finales de los años 70 del siglo pasado, los estudios centrados en estas zonas de hábitat han ido ganando en volumen e importancia de manera que se han convertido en una de las corrientes historiográficas más pujantes de la actualidad.

Los avances realizados en los últimos años en el panorama arqueológico unido al aumento del número de intervenciones realizadas han motivado que comencemos a vislumbrar un nuevo panorama en lo que se refiere al poblamiento rural. Este gran progreso ha permitido incluir en esta categoría otras formas de ocupación, pese a las dificultades que plantean su diferenciación desde el punto de vista arqueológico (Fernández, Salido y Zarzalejos, 2014: 111-112).

Un problema que encontramos en muchos de los estudios es el intento de contraponer en los diferentes modelos de hábitat o de tipología constructiva, intentándolos caracterizar como indígenas o alóctonos lo que implica el establecer unas relaciones sociales y económicas que pueden ser diferentes.

Asimismo, podemos deducir el éxito del proceso de la romanización en los territorios donde triunfa el modelo urbano, sin reparar que este modelo ya estaba presente anteriormente en la península (Bendala y otros, 1987: 126), frente a este, el indígena, como prueba de la continuidad de estructuras sociales prerromanas, tratando de marcar un menor éxito en el proceso. Estas pervivencias se han querido ver en aquellas zonas donde no se han documentado *villae* o son muy escasas, explicando este fenómeno en clave de ausencia de romanización (Leveau, 1983)<sup>12</sup>.

De este modo, se establece una dicotomía: mientras una parte del territorio se organiza y explota según el modelo romano; esto es a través de una red más o menos densa

---

<sup>12</sup> Para este investigador las *villae* son la manifestación de la romanización del territorio contraria a la «champagne non romaine négativement définie par l'absence de *villae*».

de *villae*, otra parte se mantiene fiel a la tradición indígena. Es esta una lectura realizada sin profundizar en la morfología que impide sondear en una realidad que se muestra mucho más compleja de los que se pensaba hasta hace poco tiempo, en la que lo indígena es fruto de una intensa transformación (Orejas y Sastre, 1999; Mantingly y Orejas, 2009).

El análisis del poblamiento rural debe ser entendido como un testimonio útil para comprender las sociedades de época romana, tardoantigua y altomedieval, en este tipo de realidad quedaría reflejado el nivel de desarrollo alcanzado por cada una de las diferentes comunidades, así como las transformaciones internas (Barrios y Martín, 2000-2001: 57). Este poblamiento, como no podía ser de otro modo, fue evolucionando a lo largo del tiempo, sus mantenimientos o transformaciones, en suma, sus diferentes velocidades, permitirán percibir el modelo de implantación del hombre sobre el paisaje, siendo a la vez el fruto de una cultura conformada por multitud de elementos: costumbres, sucesos, conocimientos, herramientas, etc. (Fuentes, 2006: 182).

En los últimos años su estudio ha experimentado un enorme auge, no en vano es uno de los indicadores más destacados para analizar el «tránsito entre el mundo antiguo y el medieval» (Quirós, 2007: 73). Su análisis contiene fuertes influencias europeas y sobre todo francesas, donde el estudio del nacimiento de las aldeas medievales con el concurso de las fuentes materiales experimentó un importante auge en gran parte debido a la multitud de informaciones registradas a través de las intervenciones realizadas en los paisajes rurales (Vigil y Quirós, 2012b: 84).

## **6.1 El hábitat rural durante la II Edad del Hierro**

Los pueblos meseteños con una economía predominantemente pastoril durante las épocas anteriores al Hierro no necesitarían de grandes asentamientos; a medida que la agricultura comienza a ganar importancia, provocando una creciente sedentarización, surgen los hábitats de mayor envergadura y creciente planificación (Bendala y otros, 1987: 126).

Las diferentes velocidades en las que se fue arraigando este proceso, motivó la dedicación de unos grupos a la economía agraria, mientras otros se mantenían en la pastoril. Esta preeminencia tendrá su reflejo en los diferentes modelos de hábitat que se fueron estableciendo. Mientras que entre los grupos agricultores -vacceos y carpetanos- surgen asentamientos de mayor entidad, entre los grupos dedicados al pastoreo y sobre todo en las áreas serranas se produce un tipo de asentamiento más disperso, incluso en

algunas zonas, se presenta un endemismo, los denominados fondos de cabaña, considerados como lugar de habitación temporal relacionado con el pastoreo (Bendala y otros, 1987:126).

De este modo, el centro peninsular lejos de presentarse homogéneo presenta una importante heterogeneidad en cuanto al nivel de concentración y de urbanización, al mismo tiempo que presenta una jerarquización que nos habla ya de una sistema económico y social de gran desarrollo (Bendala y otros, 1987: 128).

### 6.1.1. Los castros

El poblamiento rural de la Segunda Edad del Hierro puede ser dividido en dos categorías principales, aquellos asentamientos que se encuentran situados en una zona elevada y aquellos que se encuentran en las zonas más llanas.

En cuanto a los primeros, los castros, se encuentran situado en lugares destacados del territorio, habitualmente en cerros amesetados, desde donde pueden controlar amplios espacios a su alrededor, no solo destacan por su elevada altitud, muchas veces condicionada por las características físicas donde se asientan (Hernando, 2003: 283), sino por su altitud relativa y caracterizados por sus grandes posibilidades de defensa natural.



*Figura 6.1: Detalle de las defensas del oppidum de Ulaca, muros en una de las puertas de acceso.*

Entre los vettones, los castros muestran sin lugar a duda, la relación que existía con la ganadería; no en vano, en ellos se encuentran recintos dedicados para su guarda, donde no se suele encontrar restos de edificaciones<sup>13</sup>. Se localizan por lo general, en lugares destacados, a menudo en la confluencia de varios ríos. Podemos hablar de asentamientos de pequeñas dimensiones, donde residirían unas pocas familias, hasta los grandes *oppida*, de entre 25 y 70 has, en los que podrían residir varios cientos de personas (Álvarez y Palomero, 1990: 75). Muchos de ellos poseían potentes murallas realizadas en piedra, con una técnica constructiva bastante uniforme; solían realizarse a base de dos paramentos mediante mampostería en seco, con un relleno entre ambos a base de piedras dispuestas en capas, y posiblemente tuvieran una parte superior realizada en madera. Su trazado suele adaptarse a la morfología del terreno aprovechando, muchas veces rocas o cortados. A veces presentan zonas de refuerzo o bastiones defensivos, como en las entradas, como sucede en Las Cogotas (Cardenosa) y La Mesa de Miranda (Chamartín) (González-Tablas, 2008). En ocasiones antes de las murallas se situaban uno o varios fosos de anchura variable. Más habituales eran los denominados campos de piedras, situados en las zonas que podían ser más vulnerables, las entradas (Esparza, 2011), con el fin de entorpecer la llegada en tromba de atacantes a pie o a caballo.

La vivienda vettona, no tuvo un único modelo, sino que fue evolucionando a lo largo del tiempo y adecuándose a la categoría del propietario (González-Tablas, 2008). Las más sencillas solían ser sencillas cabañas a base de adobe o tapial, de pequeñas dimensiones y distribuidas sin orden aparente; las más complejas y, normalmente, de mayores dimensiones, tenían planta cuadrada o rectangular con distribuciones interiores. Su construcción se realizaba mediante un zócalo de piedra sobre el que se elevaba un alzado de tapial, adobe o ladrillo; sus cubiertas solían hacerse a base de materiales perecederos como la escoba, retama o piorno que se sustentaban sobre un entramado de troncos y sobre el que posiblemente se echaba una capa de barro como impermeabilizante (González-Tablas, 2008). Estos castros serían sedes de instituciones políticas religiosas (Sánchez, 2008: 387), siguiendo una evolución en la que fueron adquiriendo cada vez mayor peso específico a medida que la presión romana fue en aumento (Salinas, 2001: 65).

En el caso de los vacceos se caracterizan por buscar emplazamientos en posiciones de fácil defensa natural en las cercanías de zonas donde los suelos permitan tanto la explotación agrícola como ganadera, desechando las zonas áridas y las zonas de mayor altitud (Barrio, 1999: 63); adecuándose, preferentemente, a las inmediaciones de los cursos

---

<sup>13</sup> Ejemplos no faltan, como Las Cogotas o Salamanca.

fluviales, bordes de páramo o cerros-testigo (Sacristán, 2010: 133). Suelen ser recintos amurallados, en algunos casos dotados con fosos y campos de piedras hincadas como elementos defensivos, en cuyo interior suelen aparecer los restos de los muros de edificaciones de planta cuadrangular, que pueden presentarse sin ningún orden aparente o conformando manzanas (Barrio, 1999: 177). Las casas suelen tener un zócalo de piedra sobre el que se alzaban las paredes y el techo con ramajes y barro.



*Figura 6.2: Restos de los muros de las viviendas del castro de la Debesa de la Oliva (Patones, Madrid).*

Para la construcción de la muralla se usaba la piedra (granito o pizarra) puesta en seco, sin mortero o cemento, generalmente se asentaba sobre la roca madre y se adaptaban a la topografía del terreno. Suelen estar compuestas de dos paramentos de piedra en seco poco trabajada, con rellenos de piedras más pequeñas. Su anchura oscila entre los tres y seis metros, aunque conocemos algunas con mayor grosor. Los puntos más vulnerables de las defensas, sobre todo las zonas próximas a las puertas de las murallas, se defendían además con fosos y con barreras de piedras hincadas.

En el caso de los carpetanos, antes de la llegada de los romanos, ya habían comenzado a aparecer núcleos urbanos de cierta importancia (Salinas, 1986-1987: 30). Conocemos, en el siglo II d.C., por las informaciones de Ptolomeo<sup>14</sup>, una serie de ciudades carpetanas: *Ilourbida*, *Egelesta*, *Ilarcouris*, *Ouárada*, *Thérmida*, *Titoulkia*, *Mántoua*, *Tóleton*,

---

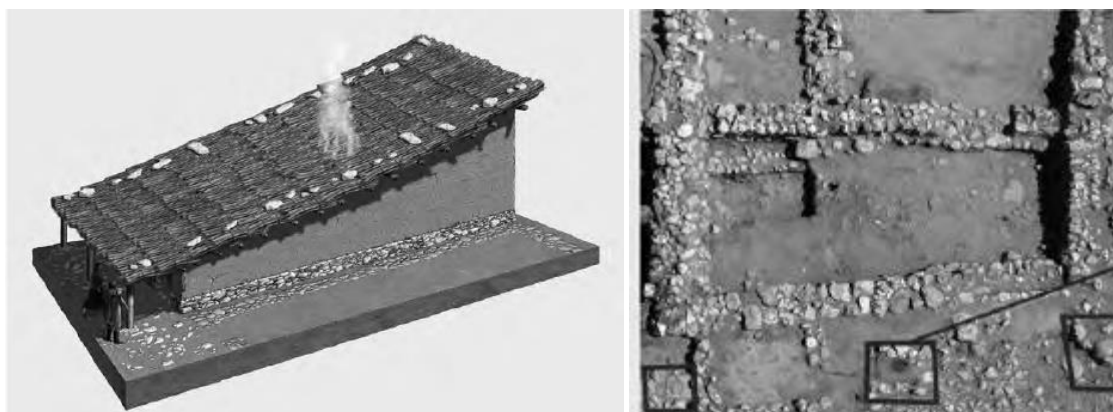
<sup>14</sup> II, 6, 57 ed. Nobbe (G. Olms ed., Hildesheim 1966).



*Cómplouton, Cáracca, Líbora, Ispínon, Metércosa, Barnakís, Alternia, Paterniana, Rígousa y Lamínion*, muchas de ellas, desconocidas con anterioridad a la conquista romana.

Entre los carpetanos suelen aparecer poblados amurallados y con fosos, localizados en lugares destacados o escarpes de las vegas fluviales de los ríos. En el caso de los situados en los escarpes sobre los ríos, se aprovechan las cualidades defensivas de los desniveles situando las defensas en los lugares más desprotegidos, donde se localizarían fosos y murallas. En su interior se documentan construcciones de planta rectangular, con divisiones internas, adosadas entre sí, sobre un pequeño zócalo de piedra, sin fosa de cimentación, sobre los que se alzaban muros de adobe y cubiertas de materiales perecederos (figura 6.2). Sus dimensiones, al igual que entre vettones y vacceos, pueden variar desde pequeñas viviendas que apenas alcanzan los 70 m<sup>2</sup>, hasta aquellas que sobrepasan los 100 m<sup>2</sup> (Contreras y otros, 2014: 122).

Estos asentamientos se localizan en la proximidad a cursos fluviales o manantiales permanentes y en numerosas ocasiones se relacionan con un asentamiento en llano (Vega y otros, 2014: 226). En cuanto a su urbanismo interno y su evolución es poco lo que sabemos (Ruiz, 2009: 191-192; Dávila, 2007: 25).



*Figura 6.3: Reconstrucción ideal de una casa carpetana. Ilustración de Arturo Asensio, extraída de (Märtens, Contreras, Ruiz Zapatero, y Baquedano, 2014: 299).*

Los análisis palinológicos realizados en el entorno de los castros abulenses muestran en conjunto que los vettones transformaron los paisajes de los entornos de los castros. La deforestación continuada de los bosques motivó su transformación en pastos y tierras de cultivo (López, López y Pérez, 2008: 147). En ellos se muestra la primacía de los recursos ganaderos frente a otras actividades económicas, siendo su principal elemento económico (Fernández, 1986, 1998; Álvarez, 1999, 2011; Bonnaud, 2005). Estos restos muestran la indiscutible presencia de los ganados en el interior de los castros, corroborando

las suposiciones de las funciones a las que se habían dedicado las murallas en muchos de los castros (López, López y Pérez, 2008: 148). Castros que servirían de refugio estacional en el modelo transterminante -entre los pastos de altura y los de fondo de valle- que caracterizaba a el cuidado de este ganado (Sánchez, 2000: 205). Su emplazamiento en lugares elevados hacía que la cabaña ganadera adquiriera una mayor importancia, lo que no quiere decir, que, en otros pequeños asentamientos, más próximos a los cursos fluviales primara la actividad agrícola frente a la ganadera (Álvarez, 2005:262). No debemos pensar que su población obtenía los cereales únicamente a través del comercio (Bonnaud, 2005: 248), por el contrario, debían obtenerlos cultivando las zonas próximas, en el fondo de valle, donde se encuentran los mejores suelos. Una agricultura basada fundamentalmente en el cultivo de cereales de secano, trigo y cebada (Álvarez, 2006: 22), a la que habría que sumar la importancia de las bellotas (Fernández, 1986: 910; García y Pereira, 2017: 176).

A pesar de la dificultad para reconocer estos pequeños asentamientos (Álvarez, 1999), son numerosas las evidencias de su explotación, a través de los numerosísimos aperos agrícolas en hierro recuperados (Fernández, 1998: 212-214) como de su tratamiento gracias a las piedras de molino circulares (Fernández, 1986: 917; 1998: 142).

En el caso de los carpetanos, durante la II Edad del Hierro se evidencia, un proceso de deforestación muy importante, que ya había comenzado en momentos anteriores (Urquiano y Ruiz, 2014: 390), una intensificación en la explotación por la abundante cabaña ganadera de las zonas que se habían ido ganando como pastos (Franco, García y Sainz, 1998; López, López, y Pérez, 2008; Ruiz y otros, 1997); en las zonas más bajas, en las llanuras aluviales y fondos de valle se produce una intensificación de la explotación agrícola caracterizada, principalmente, por el cultivo de trigos desnudos (Urquiano y Ruiz, 2014: 402).

Castros y *oppida* funcionan como centros jerárquicos de poblamiento sobre el territorio, tomando una especial importancia como foco administrativo y productivo, en ellos se aglutinaba el control y tratamiento de materias primas, el artesanado, agricultura y ganadería (Fichtl, 2000).

### 6.1.2 El hábitat en llano

En el caso de los vacceos conocemos asentamientos en llano, de pequeñas dimensiones, sin defensas naturales y muy probablemente sin defensas artificiales, que se situarían junto a las tierras de labor. Este tipo de poblamiento, en muchos casos, tendrá continuidad durante la época romana (Barrio, 1999: 166), puesto que reunía las



características principales de las explotaciones en época romana. Las viviendas son principalmente ortogonales, raramente con basamento de piedras, los muros se realizan a base de adobe, con el recurso de postes para sustentar un entramado de materiales perecederos en los techos, con pavimentos a menudo de arcilla endurecida; suelen ser viviendas con divisiones internas, de diferentes tamaños (Sacristán, 2010: 136-137).

Entre los carpetanos también se documentan asentamientos en llano, que parecen ser los mayoritarios (Salgado y Vega, 2014: 77), situados en zonas llanas o en ligeros promontorios que destacan levemente sobre el terreno circundante, a menudo cercanos a cursos fluviales; en estos asentamientos, como en los situados en zonas elevadas, se observa una evolución en la tipología constructiva, pasando de cabañas circulares u ovaladas, realizadas en barro y materiales perecederos, junto a silos dispuesto sin un orden aparente, a construcciones de planta rectangular, con divisiones internas, dispuestas sobre un zócalo pétreo, realizadas en adobe y con cubiertas de materiales perecederos.

### **6.1.3. El hábitat en cuevas**

Las cuevas siempre han sido un recurso utilizado por ciertos grupos sociales como lugar de vivienda. Es más, no sólo ha sido utilizado como residencia, sino también como lugares de culto y enterramiento en diversas épocas.

Desde el punto de vista del hábitat, su uso ha sido algo habitual entre los grupos de pastores en los desplazamientos junto a sus ganados (Mujika, y otros, 2013: 249), en aquellos lugares en los aparecen estas formaciones, principalmente en zonas calcáreas, como sucede en las proximidades de Sepúlveda o la zona sur de Madrid, donde son numerosas las cuevas con indicios de uso en estas cronologías.

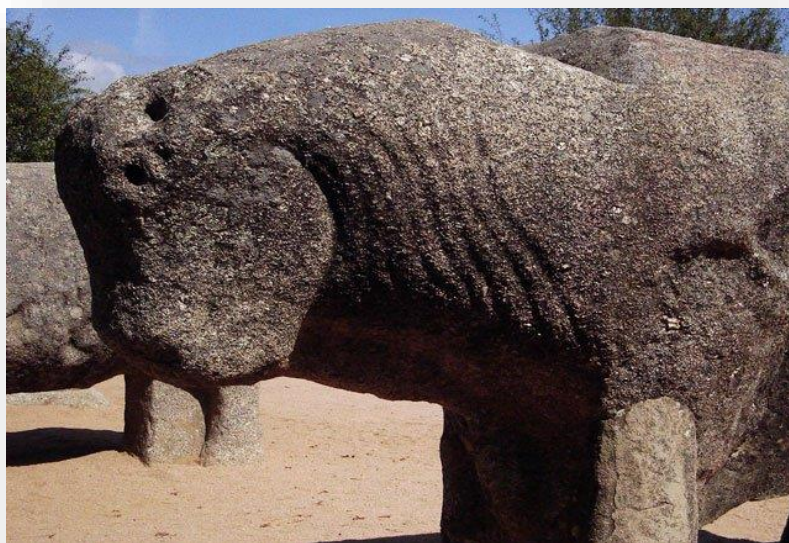
### **6.1.4. Las esculturas zoomorfas. Verracos**

Una de las manifestaciones más propias de los vettones son las conocidas esculturas zoomorfas o verracos. Se trata de esculturas, casi siempre realizadas en granito, que representan mayoritariamente a toros y cerdos, aunque también hay otros animales como jabalíes u otros difícilmente reconocibles (figura 6.4). Una parte muy importante fueron esculpidos entre mediados del siglo IV a.C. y el siglo I a.C. (Álvarez, 1999: 264-272) (tabla 6.1).

Verracos	Número	Toros	Cerdos	Indeterminado
Aldea del Rey Niño	2	2		
Arévalo	4	4		
Ávila	55	45	9	1
Bernuy Salinero	4	3		1
Bernuy Zapardiel	1			1
Bonilla de la Sierra	1			1
Candeleda	6	4		2
Cardeñosa	5	5		
Cebreros	1			1
Chamartín	5	4		1
El Barraco	2	2		
El Bohodón	1	1		
El Fresno	1	1		
El Oso	1		1	
El Tiemblo	4	4		
Gilbuena	1		1	
Martiherrero	10	4		6
Mingorría	2	1	1	
Mirueña de los Infanzones	1	1		
Muñana	1			1
Muñico	1			
Muñochoas	2	2		
Muñogalindo	2	2		
Narrillos de San Leonardo	2	2		
Narrillos del Rebollar	1			1
Padiernos	1	1		
Papatrigo	2	2		
Riofrío	13	7		6
S.Domingo de las Posadas	2	1		1
San Juan de la Nava	1	1		
San Miguel de Serrezuela	2	2		
Santa María del Arroyo	1	1		
Solana de Rioalmar	1	1		
Solosancho	1	1		
Sotalbo	3	3		
Tornadizos	26	23	1	2
Villanueva del Campillo	2	1	1	
Villatoro	4	3	1	
Villaviciosa	2	2		
Coca	3		3	
Segovia	4	1	(1 jabalí)	
Sepúlveda	1	1		
Totales	185	138	22	25

Tabla 6.1: Relación de las figuras zoomorfas existentes en la zona de estudio

En la actualidad conocemos más de 400 esculturas, distribuidas, principalmente por las provincias de Ávila, Cáceres y Salamanca, coincidiendo mayoritariamente con el territorio ocupado por los vettones, aunque también aparecen en Segovia, Toledo, Zamora, Burgos, Orense, Pontevedra y en la zona portuguesa (Ruiz y Álvarez, 2008).



*Figura 6.4: Detalle de la cabeza de uno de los verracos existentes en Guisando.*

Son esculturas en bulto redondo, que representan animales de cuerpo entero, con gran simplicidad de formas y con cierto grado de abstracción, en los que se siguen ciertos convencionalismos anatómicos que permiten distinguir la especie esculpida (figura 6.5).

Algunos ejemplares muestran órganos sexuales, pero siempre masculinos. Su tipometría es bastante amplia, abarcando desde los grandes ejemplares, encabezados por el mayor de los conocidos, el situado en Villanueva del Campillo, que sobrepasa los dos metros y medio, mientras que encontramos otros que apenas sobrepasan el medio metro de longitud.

Son representaciones que sólo pueden ser entendidas dentro de la sociedad y economía vettona (Ruiz, 2007). Su elaboración, debió ser realizada por artesanos dedicados a tiempo completo, y que requeriría en muchos casos, el trabajo conjunto de varios de ellos (Ruiz y Álvarez, 2008: 217).

---

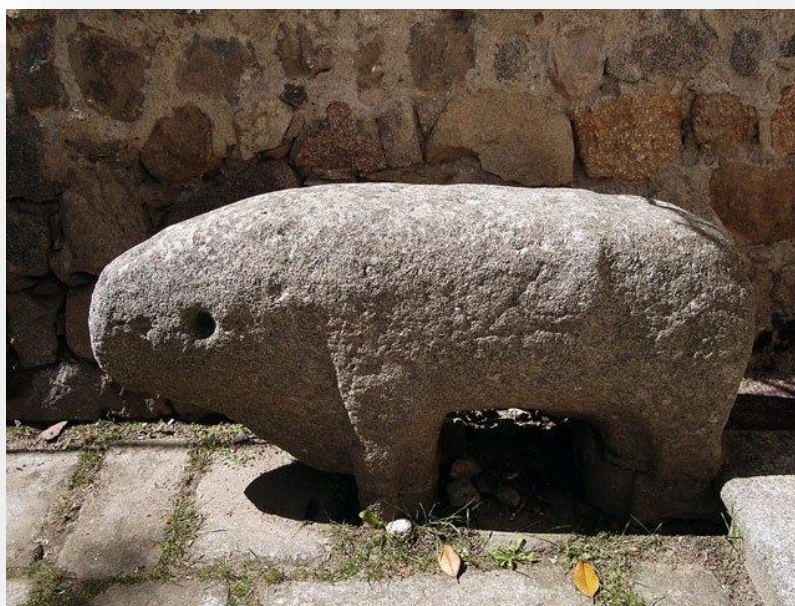
***Página / 101***

La densidad de esculturas es muy diferente de unas zonas a otras; la mayor concentración se produce en el Valle de Amblés, donde documentamos un total de 109 esculturas, más de un 25% del total de las conocidas, lo que nos puede reflejar la gran concentración poblacional que debió existir en esta valle en la Segunda Edad del Hierro (Álvarez, 1999: 282-283), mientras que en las zonas adyacentes, la densidad decae (tabla 6.1).

Las interpretaciones que se han dado a estas esculturas han sido variadas y han ido evolucionando a lo largo del tiempo (Manglano, 2013; Álvarez, 1999). Hoy en día podemos

agrupar estas propuestas en tres categorías: quienes los identifican como marcadores de pastos; aquellos que los interpretan como elementos de protección y propiciación de los ganados y quienes los consideran monumentos sepulcrales.

La línea que los considera como elementos propiciatorios o protectores fue iniciada por Cabré (1930: 39-40) cuando descubrió tres figuras en el interior del castro de Las Cogotas, y fue seguida por otros investigadores como Maluquer (1954: 103). Durante los trabajos realizados en Martiherrero (Martín y Pérez, 1976) surgió otra hipótesis al documentarse cuatro esculturas asociadas a *cupae* romanas de incineración, en la que las figuras servirían de tapa de los restos incinerados. Esta costumbre debemos relacionarla con aquellos otras esculturas que se presentan con inscripciones latinas, lo que demuestra el uso que se hizo de ellas en tiempos ya romanos (Martín, 1974; López, 1989). En estos casos, se trataría de piezas talladas en época prerromana reutilizadas ya durante momentos romanos en los que su significado cambió claramente, bien se tratara de una apropiación de una tradición indígena por parte de las clases romanas o bien una hibridación de la tradición indígena con las costumbres romanas utilizadas por las élites indígenas (Ruiz y Álvarez, 2008: 225).



*Figura 6.5: Escultura zoomorfa situada en el Colegio de Arquitectura de Ávila.*

Una última interpretación es la desarrollada por Álvarez Sanchís (1990) en la que las esculturas se interpretan como marcadores de cierta tipología de pastos.

Los datos conocidos acerca de estas esculturas (Ruiz y Álvarez, 2008: 226) indican que, de los 177 verracos documentados en la zona abulense, en 104 casos conocemos el contexto en el que aparecieron: 86 de ellos se encontraban indicando lugares de pasto, 7 se encontraban dentro o en las cercanías de los castros, otros 7 en las puertas de acceso mientras que 4 se relacionan con enterramientos (tabla 6.2). De todos ellos, conocemos 9 ejemplares en los que se documentan inscripciones latinas.

Con todas las informaciones anteriores podemos afirmar que la principal función para la que fueron erigidos era la indicación de pastos críticos, de ahí que se buscaran emplazamientos destacados, en los que la figura pudiera ser vista fácilmente desde los alrededores, al mismo tiempo que se esculpían de gran tamaño; situándose a cierta distancia de los asentamientos, pero no en sus inmediaciones (Ruiz y Álvarez, 2008: 226). Esta función sería similar a la desempeñada anteriormente por ciertas construcciones funerarias megalíticas (Mujika, y otros, 2013: 247). Otra de las funciones sería la de protección de la comunidad y de los ganados, al estar erigidos en el interior de los castros (La Mesa de Miranda) y junto a las puertas de acceso (Las Cogotas o la Puerta de San Vicente) (Álvarez, 1999: 278-279), y por último la dedicada a la protección de los difuntos, esta sería una adaptación ya en momentos de plena romanización.



*Tabla 6.2: Realizada a partir de los datos de Ruiz y Sanchís, 2008: 226.*

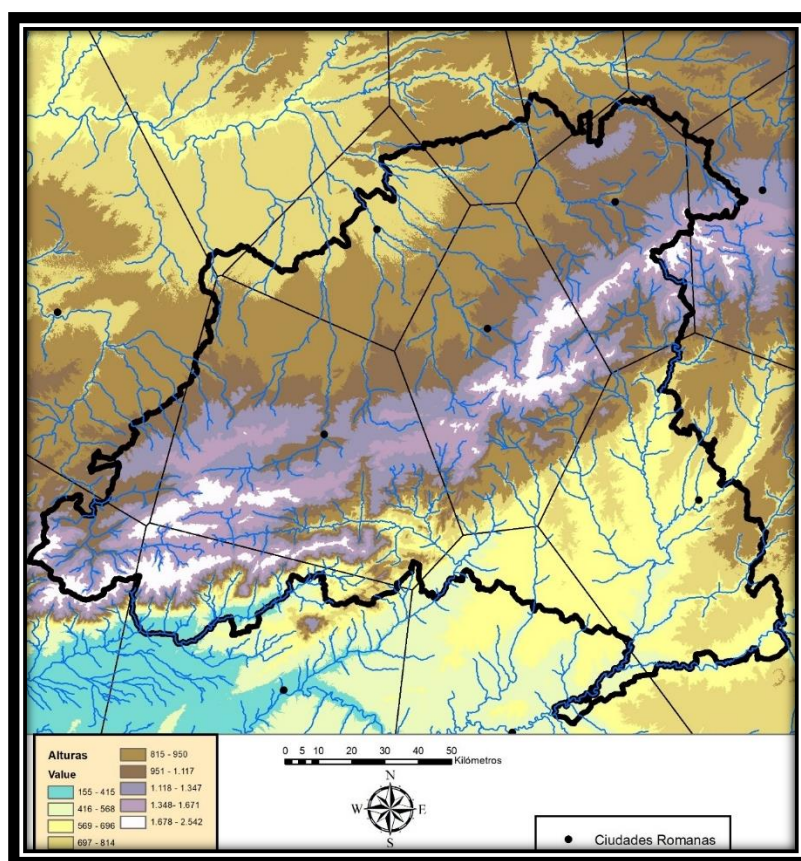
De este modo, en unos casos nos están mostrando donde se encontraban algunos de los asentamientos o sus necrópolis.



## 6.2. El poblamiento en época romana altoimperial

### 6.2.1. Las ciudades

En la meseta, no podemos hablar de la existencia de un urbanismo común en el momento de la conquista romana, puesto que la meseta no constituye un ámbito cultural uniforme a la llegada de los romanos. En ella se pueden destacar dos zonas de mayor concentración y más alto nivel urbano, que serían las correspondientes a los dos grandes valles fluviales, Duero y Tago, lugares donde se concentran asentamientos que en algunos casos podríamos considerar como urbes. Además, se aprecia una clara jerarquización del hábitat, característico de un sistema económico y social urbano (Bendala, y otros, 1987: 128).



prerromanos potenciados por la acción romana, como sucede con *Cauca*, Segovia o *Complutum* (Bendala, y otros, 1987: 129); No sucede lo mismo con Ávila o Duratón, en el caso de la primera, de nueva creación a mediados del siglo I a.C., con los habitantes de los castros cercanos (Quintana, Centeno, y Ruiz, 2003-2004); o el nacimiento de la ciudad existente en el yacimiento de Los Mercados (Duratón) durante el siglo I a.C. (Martínez, Prieto, y Orejas, 2004; Martínez y Mangas, 2014).

Estas ciudades trataron de semejarse a las existentes en otras regiones donde la impronta romana era de mayor calado, buscando una política de prestigio con la construcción de ciertos edificios de carácter público unido a con una gestión organizada del *territorium* (Abásolo, 1993: 203); alrededor de las mismas se organizaría una periferia que alcanzaría su máximo desarrollo a lo largo del siglo II (Romero, 2018: 711).

Estos núcleos se hallaban separados unos de otros a unas distancias en las que pudieran dar servicio a las poblaciones que se encontraban en su *territorium* y que no hubieran de desplazarse a unas grandes distancias (figura 6.6). Es difícil establecer una distancia común a todas ellas, sin embargo, se han hecho propuestas en las que se piensa que debían separarse unas de otras entre 28 y 33 km, una distancia semejante a la que separaba a las *mansiones* de las vías de comunicación, teniendo en cuenta que sería una distancia que podría recorrerse en un día con los medios de la época (Mangas, 2014: 420). Este modelo se ha mostrado inadecuado para la etapa antigua en la que el territorio de los emplazamientos humanos y su jerarquización dependen sobre todo de los recursos y menos del espacio.

### **6.2.2. Las villas**

En estos últimos años son muchos los trabajos que se han acercado al estudio del poblamiento en época romana en el centro peninsular, sin embargo, estos estudios se han centrado mayoritariamente, en el tipo rural más característico de este momento, la villa, dejando de lado los otros tipos de hábitat que sabemos que existieron. Dentro de estos edificios se ha prestado principal atención a la excavación y análisis de la *pars urbana* de la misma, los espacios residenciales y de representación, donde se concentran sus elementos más destacados. En este sentido, la *pars rustica* ha permanecido normalmente ausente de los mismos, hasta hace pocos años cuando se ha tomado conciencia de su importancia (Ariño, Palet, y Gurt, 2004; Quirós, 2007; Vigil-Escalera, 2009).

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Debemos tener en mente, que la explotación del agro y sus recursos eran la base económica en la antigüedad, destacando las riquezas que provenían de la explotación agrícola y ganadera (Fuentes, 2006, p. 121). En este sentido, las villas buscaban situarse en lugares con un ecosistema rico y variado.

Sabemos que el comienzo de las villas en terreno hispano hay que buscarlo ya en época republicana para algunas zonas, principalmente en el arco mediterráneo; pero su expansión al resto de la península se produjo a lo largo del siglo I d.C. Estos primeros establecimientos en la zona del interior son poco conocidos, tratándose mayoritariamente de instalaciones con una vocación rústica y dotados de sectores residenciales modestos. A partir del siglo III y sobre todo durante el IV estas construcciones experimentan importantes reformas buscando su monumentalización (Chavarría, 2007: 92); se pretende crear en los sectores residenciales unos espacios de representación especialmente destacados, en los no deben faltar los programas decorativos y de estructuras termas (Chavarría, 2006: 19).

No vamos a entrar aquí en su complejidad ni en su evolución y transformación, tan sólo decir que eran centros relacionados con la explotación del territorio a gran escala dentro del sistema económico romano, constaba de un número indeterminado de edificios destinados tanto a uso doméstico como a tareas productivas. Sí debemos separar aquellas villas que podemos considerar suburbanas por encontrarse a una distancia prudencial de la ciudad (Romero, 2018: 713), que permitiera un cómodo desplazamiento desde la misma, y aquellas que más alejadas estuvieran en zona rural.



*Figura 6.7: Detalle de los restos de la villa romana de El Vergel (San Pedro del Arroyo, Ávila).*



Uno de los retos con los que se enfrenta la arqueología de época romana es el poder relacionar los asentamientos conocidos con las diversas categorías que se conocen desde antiguo. Cuando nos enfrentamos a la definición de uno de estos asentamientos rurales del que se desconoce su posible carácter, siempre surge la clasificación como villa, interpretando que cualquier construcción es un centro de producción y habitación (Curchin, 2004: 100), aun cuando no responde a las características propias de esta tipología.

Junto a este tipo de edificaciones, existían otros tipos de hábitats rurales no asociados a ella, poco estudiados, como *vicus*, *cabannae*, *tugurium*, etc., que se han tratado de definir de diversas maneras: en Francia los trabajos de Gros (1998: 20) los denomina “agrupamiento o aglomeración secundaria”, ya separado del genérico villa; siguiendo sus pasos Leveau y Garmy (Leveau, 2002; Leveau y Garmy, 2002) desarrollan este concepto incluyendo en el mismo otros como *mansiones*, *vici*, *oppida*, *fora*, talleres, ... En Portugal diferentes estudios (Alarcão, 1998: 94-95; García, Albelda, y Fernández, 2008), establecieron una categorización en la que tenían presencia las aldeas, villas, granjas y caseríos, tras el análisis de la extensión del asentamiento y de los materiales identificados en prospección superficial; esta línea investigadora tuvo su continuidad en otros trabajos (Costeira, Alegria, y Carvalho, 2002). En el caso español, también a través del registro material en superficie, se habla de la posible presencia de aglomeraciones rurales, villas, granjas, asentamientos indeterminados, zonas industriales y necrópolis (García, Camacho, y Oria, 2002: 315; García, y Fernandez, 2008: 263). Otra clasificación, basada más en la función del asentamiento es la establecida por Rodríguez (2010: 238-239), en la que se habla de poblados, asentamientos agropecuarios, mineros y extractivos y necrópolis. Un artículo de reciente publicación (Fernández, Salido, y Zarzalejos, 2014) trata de sistematizar la terminología empleada en la definición del poblamiento rural. Una interesante aportación es la de Fuentes y Uscatescu (2017), en la que se profundiza en la definición de los *vici*, con la definición de uno de ellos en el centro peninsular.

El siglo III marca un punto de inflexión, donde la grave crisis política que sufre el imperio y la amenaza de los pueblos bárbaros en las fronteras, suponen en algunos aspectos, incluso una ruptura, cuyo impacto será la transformación de los sistemas económico, social y cultural que había caracterizado a la etapa altoimperial. Estos problemas son superados o al menos dejados de lado a lo largo del siglo IV, momento de gran esplendor de resurgir en muchos aspectos, políticos, económicos, militares, incluso arquitectónicos, como vemos en las residencias suburbanas y rurales sobre todo en la parte occidental del imperio (Chavarría, 2006: 17; 2007: 92).

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Esta situación se percibe nítidamente en el interior meseteño (Fuentes, 2006: 186), con un claro predominio de las villas que ejercen como referentes en lo económico y muchas veces en lo administrativo en el medio rural, en las que se aprecia el desarrollo de un importante aparato constructivo y propagandístico como ocurre en la villa de Valdetorres (Arce, Caballero, y Elvira, 1997) o la Torrecilla (Blasco y Lucas, 2000), en una época que podría ser considerada como la segunda edad de oro en la romanización (Fuentes, 2006: 187).

Desde las primeras décadas del siglo V en la zona del centro peninsular se producen una serie de transformaciones que afectaron profundamente al modelo económico y social de las *villae*, que afectarán a algunas de sus funciones: reutilización de espacios como lugares productivos (El Ruedo, Almedinilla, Córdoba; etc.); reutilización de espacios como lugar de habitación (Tinto Juan de la Cruz, Pinto, Madrid; La Torrecilla, Getafe, Madrid; etc.); uso de espacios como lugares de enterramiento (Aguilafuente, Santa Lucía, Segovia) o su transformación como edificio de culto (Chavarría, 2006: 25-35).



*Figura 6.8: En la parte superior derecha del mosaico del Dominus Iulius (Museo de El Bardo, Túnez), se observa la representación de una construcción efímera.*

En este momento el cristianismo es adoptado como religión oficial del Imperio, lo que motivará importantes transformaciones a nivel social, que implicará el surgimiento de un nuevo modelo que abre las puertas a la época medieval (Fuentes, 2006: 208).

El ocaso del poder romano en Hispania y su sustitución por el visigodo, hubo de tener importantes consecuencias, principalmente en la administración, composición de las

elites y propiedad rural. En este marco, el fin de estas estructuras debió ser lento, y debemos analizarlo en un proceso de transformación, sin una única causa, aunque la desintegración de las estructuras económicas y administrativas del imperio jugaron un papel muy destacado (Chavarría, 2006: 35). A partir de esos cambios, es difícil detectar la presencia de una aristocracia en el ámbito rural; los materiales cerámicos de calidad son bastantes escasos, reduciéndose a cerámicas de producción local. En este sentido, debieron producirse importantes cambios en las formas de explotación del medio a consecuencia de la desarticulación de la red comercial de larga distancia, con una clara regresión del comercio a nivel comarcal y a una reducción del volumen de intercambios (Wickham, 2002: 19). Estas transformaciones en la explotación motivaron la intensificación de la deforestación y una cierta degradación del medio natural (Ariño, Riera, y Rodríguez, 2002: 291-29; Lopez, y otros, 2010) con una intensificación de la ganadería extensiva.

Como hemos dicho anteriormente, existían otros tipos de hábitat rurales, constituidos por estructuras más humildes habitados por pequeñas unidades familiares dedicadas a la explotación del territorio. Es poco lo que podemos decir de estas realidades: el *vicus*, poblado de arranque indígena (Barrios y Martín, 2000-2001: 66), algunos posteriormente romanizados, se presentan como complemento de la propiedad vilicaria, continuando, en muchos casos, con su actividad tradicional, como sucede en Britania o la Galia (Fuentes, 2006: 129).

En ciertas zonas peninsulares, donde la ganadería era una tradición y necesidad, se produce una relación entre villas y pastoreo transterminante (Fuentes, 2000: 200), delatado por los “fondos de cabaña”, frecuentados ininterrumpidamente por pastores estacionales, que se detectan en los terrenos de algunas grandes villas (Fuentes, 2000: 389; Redondo, y otros, 2006), aunque no sepamos apenas nada de su modelo de convivencia. Este tipo de estructuras hubieron de ser habituales en el paisaje rural de época romana, siendo representadas en algunos de los mosaicos de las grandes villas (figura 6.8).

### **6.2.3. Epigrafía**

Dentro de nuestro estudio, uno de los elementos analizados son los documentos epigráficos latinos que han llegado a nuestros días. Somos conscientes de que tan sólo conocemos una pequeña parte de la cantidad que debió producirse en su día, pero gracias a ellos, podemos intuir y sopesar la intensidad, velocidad y alcance de la romanización del territorio.

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Hoy por hoy, la relación de estos materiales está inconclusa; es decir, cada poco tiempo se están documentando nuevos epígrafes que complementan aquellos ya conocidos, pero, es más, muchos de ellos, se están documentando en zonas donde eran escasos o nulos, con lo que dichas aportaciones se vienen a sumar a otros pequeños indicios que nos aportan nuevos datos sobre esa transformación cultural.

Uno de los primeros rasgos que se advierten en el conjunto epigráfico del área de estudio, es la elevada concentración geográfica de los materiales que se da en algunas zonas, como la abulense, no ocurriendo lo mismo en el área madrileña y segoviana, donde los hallazgos se reparten por gran parte del territorio. Sí que se observa una gran concentración de ejemplares en algunas de las *civitates* o sus proximidades, como sucede en la provincia madrileña, donde por encima de cualquier otro lugar destaca la gran concentración de materiales en *Complutum* (tabla 6.4). Una situación similar ocurre en la provincia abulense, donde la capital con 146 documentos un 67,9% y el municipio de Candeleda con 24, un 11,4%, acaparan más de un 80% del total provincial (tabla 6.3). El resto de los epígrafes se presenta en pequeñas agrupaciones o incluso individualmente.

LUGAR	NÚMERO	PORCENTAJE
Adrada	3	1,44%
Aldeavieja	1	0,48%
Arenas de San Pedro	1	0,48%
Arévalo	4	1,91%
Ávila	142	67,94%
Barco de Ávila	1	0,48%
Candeleda	24	11,48%
El Fresno	1	0,48%
El Tiemblo	8	3,83%
Gilbuena	1	0,48%
La Torre	1	0,48%
Martiherrero	1	0,48%
Narros del Puerto	11	5,26%
Niharra	1	0,48%
San Bartolomé de Béjar	1	0,48%
San Pedro del Arroyo	3	1,44%
Solosancho	1	0,48%
Tornadizos	3	1,44%
Villatoro	1	0,48%
Totales	209	100%

Tabla 6.3: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Ávila.

**Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional comparada en el interior de la península ibérica entre finales de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media**

En Madrid, sobre un total de 293 epígrafes, 181 se presentan en Alcalá de Henares, lo que representa un 64,8%, seguido de 21 del área de Madrid<sup>15</sup> capital con un 7,5 % y 13 de Aranjuez 4,6%. En Segovia sobre un total de 320 inscripciones, aparecen 108 en Segovia capital 33,7%, 107 en Pedraza con 33,7%, Coca 20 un 6,25%, 28 en Duratón con un 8,75% y Sepúlveda 16 un 5%, muestran por un lado un mayor número de inscripciones y por otro un mayor número de núcleos que vertebran el territorio (tabla 6.5). Fuera de estos núcleos donde se agrupan las inscripciones, el territorio aparece con escasos documentos.

LUGAR	NÚMERO	PORCENTAJE	LUGAR	NÚMERO	PORCENTAJE
Alalpardo	1	0,36%	Morata de Tajuña	2	0,72%
Alcalá de Henares	181	64,87%	Móstoles	1	0,36%
Aranjuez	13	4,66%	Parla	1	0,36%
Arganda del Rey	3	1,08%	Pinto	7	2,51%
Árroyomolinos	1	0,36%	Rascafría	1	0,36%
Barajas	2	0,72%	Rivas Vaciamadrid	1	0,36%
Brunete	1	0,36%	San Fernando de Henares	2	0,72%
Carabaña	2	0,72%	San Lorenzo del Escorial	1	0,36%
Cenicientos	1	0,36%	Soto del Real	1	0,36%
Chinchón	1	0,36%	Talamanca del Jarama	3	1,08%
Ciempozuelos	1	0,36%	Titulcia	3	1,08%
Collado Villalba	2	0,72%	Torrejón de Ardoz	1	0,36%
Colmenar Viejo	1	0,36%	Torrejón de Velasco	1	0,36%
Daganzo	1	0,36%	Torrelaguna	1	0,36%
Fuentidueña del Tajo	1	0,36%	Torres de la Alameda	3	1,08%
Galapagar	1	0,36%	Valdeavero	1	0,36%
Getafe	1	0,36%	Valdeolmos	1	0,36%
La Cabrera	1	0,36%	Valdetorres del Jarama	1	0,36%
Madrid	21	7,53%	Villalbilla	1	0,36%
Manzanares el Real	2	0,72%	Villamanta	1	0,36%
Meco	4	1,43%	Villanueva de Perales	2	0,72%
Mejorada del Campo	1	0,36%	Totales	279	100%

Tabla 6.4: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Madrid.

<sup>15</sup> Algunas de ellas plantean ciertas dudas.

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Por otro lado, debemos decir que en los últimos años se ha ido ampliando, poco a poco, el mapa de hallazgos, lo que permite percibir la progresión del hábito epigráfico por gran parte del territorio, apareciendo en zonas donde anteriormente era nula su presencia como Barco de Ávila, San Bartolomé de Béjar o Gilbuena; núcleos de pequeña entidad donde hasta el momento no se habían documentado restos epigráficos pero sí arqueológicos que complementan esas informaciones.

LUGAR	NÚMERO	PORCENTAJE
Aguilafuente	2	0,64%
Aldeonte	4	1,28%
Armuña	1	0,32%
Barbolla	1	0,32%
Bernados	1	0,32%
Cantalejo	1	0,32%
Castiltierra	1	0,32%
Coca	20	6,39%
Donhierro	1	0,32%
Duratón	29	9,27%
Duruelo de la Sierra	1	0,32%
Espirido	3	0,96%
Fresneda de Cuéllar	1	0,32%
Fuente el Olmo de Iscar	2	0,64%
Garcillán	1	0,32%
Montejo de la Vega de la Serrezuela	1	0,32%
Pedraza	107	34,19%
Riaguas de San Bartolomé	1	0,32%
Roda de Eresma	2	0,64%
Saldaña de Ayllón	2	0,64%
San Miguel de Bernuy	3	0,96%
Segovia	108	34,5%
Sepúlveda	16	5,11%
Valdevacas y Guijar	1	0,32%
Ventosilla y Tejadilla	3	0,96%
Totales	313	100%

*Tabla 6.5: Relación de inscripciones latinas en los municipios en la provincia de Segovia.*

En cuanto al marco cronológico, las inscripciones parecen arrancar ya en la época republicana, como muestran dos grafitos abulenses procedentes del Castro de El Raso de

Candeleda<sup>16,17</sup> y la primera mitad del siglo V d.C., momento en el que se fecha el texto cristiano hallado en Ramacastañas grabado sobre un objeto de plomo<sup>18</sup>; o incluso la fechada entre los siglos V-VII hallada en Villatoro<sup>19</sup>. Propias del siglo IV tenemos varias inscripciones, entre las que llama la atención que no tienen carácter funerario, sino se trata de mosaicos, piezas de barro o sellos; como los mosaicos de Aguilafuente<sup>20</sup> o San Pedro del Arroyo<sup>21</sup>; piezas en barro cocido como la de Alcalá de Henares<sup>22</sup> o Getafe<sup>23</sup>, ambas relacionadas con las actividades comerciales o fabriles de la época; o el sello de oculista de Coca<sup>24</sup>. En Aldeonte<sup>25</sup> aparece un ara dedicada a *Mater Deorum*, realizada posiblemente a finales del siglo IV, en la que además de aparecer un gentilicio indígena *-[A]mmani-*, comunidad romanizada, tras haber transcurrido más de un siglo de haber sido otorgada la *Constitutio Antoniniana* para todo el Imperio, ofrecen un ara a una divinidad oriental, que sin duda ha sufrido una *interpretatio* romana, y encubren divinidades indígenas de características similares, un sincretismo (Hoyo, 1998)<sup>26</sup>, hoy tenida por falsa.

Hay que mencionar la desaparecida inscripción de *Bokatus*<sup>27</sup>, datada en época visigoda (s. VII), usada por unos como prueba del origen premusulmán de la ciudad de Madrid, mientras que es considerada como falsa por sus detractores.

Los datos existentes hablan de una explosión del hábito epigráfico desde mediados/finales del siglo I d.C. coincidiendo con la aplicación de las medidas de municipalización de época Flavia que repercutieron especialmente en esta zona. Su uso se prolonga hasta principios del siglo III, momento en el que, como sucede en muchas otras zonas peninsulares y del Imperio, decae el uso de la epigrafía con el carácter que hasta ese momento se había utilizado.

En el panorama epigráfico predominan las inscripciones de carácter funerario (si exceptuamos las recogidas en materiales cerámicos), cuyo contenido está relacionado con el culto a la muerte, tan frecuente en las sociedades del mundo antiguo. Esta situación se corresponde con la del resto de las provincias romanas. En segundo lugar, las inscripciones

<sup>16</sup>ERAv 166; HEp 5, 1995, 41a; HEp 9, 1999, 84.

<sup>17</sup>ERAv 165; HEp 5, 1995, 41b; HEp 9, 1999, 84.

<sup>18</sup>AE 1991, 1066; HEp 3, 1993, 25a, 25b; AuCCL 1; ERAv 167; Velázquez, 1989: 269-275.

<sup>19</sup>AVRO 72; AVRO II 72.

<sup>20</sup>HEp 4, 1994, 596.

<sup>21</sup>Cabrero, 2009: 193-203.

<sup>22</sup>Rascón y López, 1994: 250 y 253.

<sup>23</sup>ILMadrID 0072.

<sup>24</sup>HEp 1, 1989, 523; AE 1976, 342.

<sup>25</sup>Hoyo, 1998: 345-382; HEp 8, 1998, 389; AE 1999, 930.

<sup>26</sup>Debemos tener en cuenta que hay otro epígrafe, aún más tardío, 399 d.C., dedicada a un dios indígena (Barbero y Vigil, 1974)

<sup>27</sup>ICERV 514b. ILMadrID 80.



votivas y honoríficas, que pese a presentarse en menor medida, no por ello nos proporcionan menor información. En cuanto a las inscripciones en relación con infraestructuras y redes viarias, se referencian 10 miliarios, que aportan importante información acerca de las redes viarias, como la cronología de su construcción y conservación; la mayoría de éstos son de época imperial, principalmente de época trajanea. En el área madrileña contamos con 7 miliarios que dibujan dos vías principales de comunicación; por un lado, la Vía XXIV del Itinerario de Antonino que nos deja 2 miliarios en Cercedilla<sup>28</sup>, uno fechado en el año 238 y el otro posiblemente del siglo IV, 1 en Collado Villalba (Blázquez, 1962: 142-147), y 1 en Galapagar (Ruiz, 2001: 225), estos últimos desaparecidos. Dos más en Alcalá de Henares<sup>29</sup>, ambos de época trajanea, y desaparecidos; otro en Arganda<sup>30</sup>, también perteneciente a Trajano. En la zona abulense, son dos los miliarios conocidos hasta el momento, ambos recuperados recientemente, se sitúan en Narrillos del Álamo (Hernando, 2006), de los que se desconoce su cronología. Y uno en la segoviana junto a Sepúlveda<sup>31</sup>, perteneciente al reinado de Tiberio, años 33-34.

A través del uso de la epigrafía, el «hábito epigráfico» en territorios y yacimientos podemos percibir la permeabilidad de cada sociedad a su uso, como expresión de las diversas relaciones -jurídicas, religiosas, sociales, culturales...-, como indicio de la intensa romanización. Estos testimonios deberían mostrarnos como a partir de un «núcleo» de poder, su uso se va diluyendo, lo que podría mostrarnos la vascularización de la vida pública dentro de un territorio organizado. Cuanto más lejos, menos vascularizado, menos intensidad e importancia en los testimonios documentados. Sin embargo, debemos ser cautos, podemos llegar a confundir el hábito epigráfico de ciertos grupos sociales con la del territorio en su totalidad. Hay grupos tanto en la ciudad como en el campo que emplean la epigrafía junto con otros materiales arqueológicos -de prestigio, importados, etc.- pero no implica que estén más alejados; al igual que existen grupos de población que no tienen el acceso a ninguno de estos recursos. A través de su estudio, se percibe que a fines del siglo I d.C. se generaliza el empleo de la epigrafía relacionada con la ciudadanía, documentándose tanto en la ciudad como en el campo. Por tanto, debemos ser cautos en nuestras interpretaciones arqueológicas y tener en cuenta estas cuestiones sociales.

---

<sup>28</sup> HEP 5, 1995, 550. HEP 5, 1995, 551.

<sup>29</sup> CIL II 4912. CIL 4913.

<sup>30</sup> CIL 4914.

<sup>31</sup> CIL II 4899 (p 997, 1045); HEP 5, 1995, 736

### 6.2.3.1. Divinidades

Conviene recordar que la política romana en cuanto a la religión fue la de no suprimir los dioses o cultos de las poblaciones conquistadas, salvo en los casos en los fueran contra los intereses romanos. En la mayoría de las ocasiones, resultó fácil el establecer una asimilación entre la deidad indígena y un dios romano -sincretismo-; aunque algunos no lo hicieran. Esto posibilitó que, a pesar de la simbiosis entre ambas culturas, se pudieran seguir manteniendo algunas creencias y prácticas religiosas indígenas.

El estudio de conjunto de epígrafes nos permite una aproximación al mundo religioso de la población hispanorromana de este territorio, y especialmente al conocimiento de las divinidades a las que procesaban su devoción. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la mayoría de estas informaciones son propias de momentos en los que la romanización religiosa ya había comenzado (Marco, 2008: 276) y que, por tanto, los dioses y creencias indígenas a parecen, en cierto modo, tamizadas con el filtro romano.

Debemos fijarnos sobre todo en el ámbito rural, que se muestra como el espacio donde las pervivencias de la religiosidad indígena se muestran con más intensidad, dado que su población siempre se ve afectada con cierto retraso en las transformaciones.

Las deidades (tabla 6.6) que más inscripciones recaban son las dedicadas a los Manes, habituales en las dedicatorias funerarias; seguidos de Vaelicus/Velicus y Marte. Son varias las inscripciones que hacen referencia a *Deae*, que pueden estar dedicada a ella o hacer referencia a otras deidades (Ruiz, 2001,40). También aparecen las dedicaciones a Diana, diosa protectora de la caza y bosques que es una de las divinidades que más devociones recaba tan sólo por detrás de Júpiter. La referencia a los Manes (DM/DMS) es la expresión más habitual en la epigrafía de carácter funerario, hacen referencia a los “buenos dioses” y al alma del difunto. Comienza a ser utilizada a finales del siglo I d.C., alcanzando su mayor desarrollo entre los siglos II y III (Ruiz, 2001: 45).

---

Página / 115

Endovellico/Vaelicus/Velicus sería un dios ctónico e infernal (Blázquez, 1991: 72), al cual están dedicadas un buen número de las aparecidas en el Santuario de Postoloboso. Marte, no es sólo dios de guerra, sino también de paz y prosperidad, aunque en este caso en menor medida. Su culto romano al trasladarse a las provincias hizo que las divinidades guerreras indígenas fuesen asimiladas al culto de Marte con mucha frecuencia (Ruiz, 2001: 42). Son numerosas las inscripciones en las que se puede identificar con algún dios indígena, siguiendo la costumbre de la *interpretatio* (Blázquez, 1991: 71). El culto a las *Matres*

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

es destacado en el *conventus cluniensis*, debemos relacionarlas con deidades protectoras de la fertilidad, prosperidad y negocios, a veces asimiladas a las Ninfas (Blázquez, 1991: 80).

DIVINIDADES		
Madrid	Segovia	Ávila
Deae: 1	Arco: 2	Ilúrbeda: 1
Diana: 2	Diana: 1	Iuppiter: 1
Dii Manes: 32	Deus Moclevus:1	Lares: 1
Fortuna: 1	Deva: 1	Manes: 1
Hercules: 1	Bonus Eventus. 1	Nimphae: 1
Jupiter Optimus Maximus: 1	Divinidad desconocida: 1	Mars: 1
Lares: 1	¿Eburianus?: 1	Selicens: 1
Marte Magno: 1	Hercules: 2	Vaelicus: 5
Ninfas Vercelianas: 1	I(ovi) O(ptimo) M(amimo): 1	Togo: 1
Ninfas: 1	Iuppiter Sempiternus: 1	Velicus: 4
Numen (Caesaris): 2	Mater animarum: 1	
Pantheus Augusto: 1	Mater deum: 1	
Roma y Augusto: 1	Mater terrae: 1	
Tutela: 1	Matres: 2	
	Minerva: 3	
	Mon+dus (¿): 1	
	Nemedus: 1	
	Nem[e]dus Augustus: 1	
	¿Vancucuan?: 1	

Tabla 6.6: Relación de divinidades que aparecen en el territorio en estudio.

*Jupiter Optimo Máximo*, divinidad suprema del panteón romano, considerada como el protector del estado romano, en las provincias suele prestar su nombre a la divinidad suprema del panteón indígena. Cabe destacar que el elenco de divinidades representadas no es muy nutrido, sin embargo, debemos decir que en un porcentaje mayoritario se trata de dioses relacionados con los espacios naturales, bosques, fontanas, ríos, actividades en la naturaleza, etc.; en fin, nos encontramos mayoritariamente con divinidades rurales.

### 6.2.3.2. Grupos de Parentesco y organización político-administrativa romana

Una parte mayoritaria de los epígrafes representan a individuos de condición peregrina cuya onomástica está compuesta por el nombre, que puede ser latino o indígena, algunas veces seguido por un patronímico en genitivo y, también, un genitivo plural (figura 6.9). El uso de este tipo de antroponimia no siempre se realizó de modo correcto, de modo

que podemos encontrar tanto *cognomina* como *praenomina* y *nomina* usados como nombre único (Salinas, 1994: 295-296).

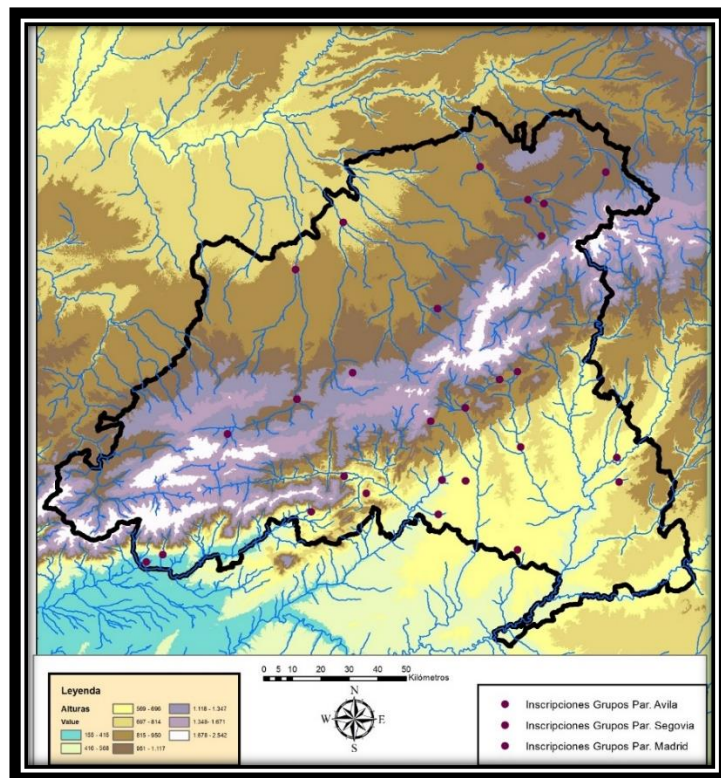


Figura 6.9: Distribución de los Grupos de Parentesco Indígenas en la zona de estudio.

Este concepto hace referencia al clan o grupo suprafamiliar en el que se integra el individuo; presencia nos informa de la continuidad de ciertos aspectos sociales indígenas en las comunidades hispanorromanas (tabla 6.7). Su representación epigráfica son los genitivos de plural en *-um* / *-un* y *-on*.

No sabemos el motivo por el que estos individuos reflejaban su pertenencia al mismo, pero esto no entraba en competencia con la posesión de la ciudadanía romana, habiéndose integrado en el marco político y jurídico romano (Santos, 2000: 147). Como decimos, es difícil conocer su función, para algunos sería el *nomen gentilicium* de época imperial, simulando la onomástica romana (Beltrán, 1988: 228); mientras que para otros muestran orgullos localistas (Salinas, 1994: 295) del grupo a través del cual se integran en la *civitas* (Santos, Hoces, y Hoyo, 2005: 32) destacando, en algunos casos, a los primeros miembros de la aristocracia indígena en alcanzar el estatuto de ciudadano romano (Hernando, 2005: 242); o que la administración romana, a través de su uso, significando la pertenencia a un territorio, facilitara la organización de ciudades no privilegiadas (Mangas y Vidal, 1989: 145-146).

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

GRUPOS DE PARENTESCO INDÍGENAS		
Madrid	Segovia	Ávila
Aelarium: 1	Abinicum: 1	Aelciocum: 1
Aelarium: 1	Abinicum: 1	Ael[cio]cum: 1
Arquiocum: 1	Abliqu(m): 1	Ae+urorum: 1
Aucalium: 1	Acciq(um): 1	Ambaticum- Ambaticorum: 2
Bocourium: 1	A[.]eticum: 1	Arauium: 1
Dagenicum: 1	Am[aonicu]m; Amaonicum: 2	Areinicum: 1
Elguimium: 1	[A]mmani: 1	Bedacium: 1
Eturicus: 1	Babicun: 1	Caburateium: 2
Malugenicum: 1	Caecanq(un): 1	Caburonicum: 2
Manucium: 2	Callecum: 1	Calaetium- Calaeticum: 3
Matturicum: 1	Cantabr<e>cum: 1	Caraecium- Caraecicum: 2
Uloqu: 1	Cariq(n): 1	Coironium: 1
Vacequ: 1	Ca[...]licu(m): 1	Crastunicum: 1
	Comenesciq(um): 1	Cutamium: 1
	[C]oronicum; Quoronicum (=Coronicum): 2	Dobitericum: 1
	Couneidoq(um): 1	Letondium: 1
	Leranium: 1	Matugenicum: 1
	Matticum: 1	Mentoviequ: 1
	Meducenicum: 1	M[.]+e+quium: 1
	Moveq(um): 1	Pintolanqu: 1
	Quiraum: 1	[---]culanqu: 1
	Tamanicum: 1	[---]onium: 1
	Ucitericum: 1	
	Vianneti(um): 1	
	[---]eticum: 1	
	[---]ocancum: 1	
	[---]otaliq[um]: 1	
	[---]rioq(um): 1	
	[---]taniq(um): 1	

Tabla 6.7: Grupos de parentesco indígenas que aparecen en el área de estudio.

Se aprecia una escasa representación de estas organizaciones al sur del Sistema Central, al contrario de lo que sucede al norte de este, pero las que aparecen se concentran en zonas muy próximas al mismo como la actual provincia de Madrid. Decir que los gentilicios no son un fenómeno exclusivo de la meseta y que existían por toda la península desde época de la conquista; su aparición claramente tiende a disminuir a lo largo del siglo I d.C., como señal de la amalgama social que se produce en el Imperio romano que implica la creación de nuevos grupos sociales y no por el origen personal. La demora en el mantenimiento y frecuencia de estos modelos arcaizantes, sí parece demostrar un cierto retraso en el desarrollo de estos territorios.

Muchos de los nombres que aparecen en la onomástica son de origen latino, bastante frecuentes en Hispania y sobre todo en el ámbito meseteño; se trata de *nomina* relacionados con personajes de cierta importancia (generales, gobernadores, legados,...), en relación con las primeras fases de conquista y reorganización del territorio o los que hacen referencia a emperadores o sus familias de los siglos I y II d.C. Teniendo en cuenta el sistema de transmisión de nombres entre los romanos son los dos las posibles vías de transmisión, una por concesión de la ciudadanía romana por parte de importantes personajes de época republicana o los emperadores, o bien por la manumisión de personas con condición servil. En cuanto a los *cognomina* latinos existe una mayor variedad, entre los que suelen aparecer los tomados por adopción, los formados sobre el nombre del padre o abuelo y los de esclavos liberados.

Los testimonios referentes a individuos con procedencia foránea que tenemos documentados hablan de la movilidad de la población durante la época romana (tabla 6.8). Conocemos varios epígrafes de este tipo que pueden tener varias explicaciones: como ocurre con el emeritense encontrado en Ávila: La mayoría nos remiten al territorio cluniense, individuos procedentes de *Uxama*, *Termes*, *Rauda*, o la propia *Clunia*. Junto a ellos el individuo procedente de *Cauca* y dos procedentes de *Interamnium*<sup>32</sup>. El movimiento de gentes del *conventus cluniensis* ya es conocido desde hace mucho tiempo, y se ha tratado de explicar de diversas formas<sup>33</sup>, destacando la relacionada con el pastoreo a larga distancia (Hernando, 2008; Gómez-Pantoja, 1999).

En *Complutum* aparecen algunas inscripciones de gentes provenientes de la meseta norte, quizás atraídos por la prosperidad de la urbe; de Segovia provenía *Caecilio Ambino*

---

<sup>32</sup> Situada en la zona norte de Portugal o de Bembibre.

<sup>33</sup> Para ver algunas de ellas (Hernando, 2005: 242).

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

(*segoviensis*)<sup>34</sup>, de *Uxama* procedían *Licinio Juliano* y su madre *Julia*<sup>35</sup>, de Sigüenza procedía *Valerio Valeriano*<sup>36</sup>, y de *Clunia Gayo Annio* y *Magia Atia*<sup>37</sup>.

PROCEDENCIAS		
Madrid	Segovia	Ávila
<i>Cluniensis</i> : 1	<i>Interamicus</i> : 1	<i>Ilúrbeda</i> : 1
<i>Interamicus</i> : 1	<i>Vxamensis</i> : 3	<i>Cauca</i> : 1
<i>Segontinus</i> : 1		<i>Emerite(n)si</i> : 1
<i>Segoviensis</i> : 1		<i>Rau(densi?)</i> : 1
<i>Uxamensis</i> : 1		<i>Nimphae</i> : 1
		<i>Te[r]mestin(us)</i> : 1
		<i>Vx(amensi)</i> : 1

Tabla 6.8: Relación de procedencia de algunos de los individuos inhumados en el territorio de estudio según la distribución administrativa actual.

En relación con las vías, debemos destacar la posible existencia de varios santuarios en nuestro territorio. En la tierra abulense hemos de destacar dos de ellos, el primero en la vertiente norte del Sistema Central, el de Narros del Puerto (Hernando y Gamallo, 2004) y el otro en la cara sur, el de Postoloboso en Candeleda, tal vez al aire libre (Hernando, 2005: 238). Ambos se encuentran en vías de comunicación usadas por los ganados en sus desplazamientos; entre ambos también existe una conexión a través de la epigrafía: en el santuario de Narros, aparecen dedicatorias a diversos dioses indígenas, *Atta Lugna Caraecicum*, esposa de *Ebureinius* dedica un ara, posiblemente a los Lares Viales<sup>38</sup>, mientras que en Postoloboso es *Ebureinius Caraecicum*, hijo de *Curundus* quien se la dedica a *Vaelicus*<sup>39</sup>. Este santuario recoge varias inscripciones dedicadas a dioses indígenas *Vaelicus* (2)<sup>40</sup>, *Velicus* (9)<sup>41</sup>, y a dioses romanos Júpiter<sup>42</sup>, Júpiter Optimo Máximo<sup>43</sup>. Las dedicadas a *Vaelicus* son

<sup>34</sup> Caecilio / Ambino / Segovien(s)i / an(norum) · LX / Caecilius / - - - -

<sup>35</sup> Licinius Iulia/nus Uxsame(n)/sis(!) an(norum) XX h(ic) s(itus) est / Iulia mater / f(aciendum) c(uravit) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)

<sup>36</sup> - - - - - / [-c.1-2-]erius L [f.?] Va/[l]erianus / Segontinus / annor(um) XXIX / h(ic) s(itus) e(st) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)

<sup>37</sup> Herculi / sacrum / G(aius) Annus et / Magia Atia / Clun(ienses) ex vot(o)

<sup>38</sup> HEp 13, 2003/2004, 71.

<sup>39</sup> ILER 776; AVRO 75; LICS 109; ERAv 164; HEp 13, 2003/2004, 65

<sup>40</sup> AE 1976, 343; AVRO 82; ERAv 144. ILER 776; AVRO 75; LICS 109; ERAv 164; HEp 13, 2003/2004, 65.

<sup>41</sup> AE 1976, 345; AVRO, 77; LICS, 99; ERAv 146. AE 1976, 346; AVRO, 83; LICS, 100; ERAv 147. AE 1976, 348; AVRO, 78; LICS, 102; ERAv 149. AE 1976, 349; AVRO, 86; LICS, 106; ERAv 152. LICS 96; HEp 4, 1994, 127; AVRO 81; ERAv 153. AE 1976, 344; AVRO, 84; LICS, 101; HEp 4, 1994, 129; ERAv 145. AE 1976, 347; AVRO, 84; LICS, 101; HEp 4, 1994, 129; ERAv 148. AVRO 79; LICS 103; ERAv 150. AVRO 80; LICS 105; ERAv 151.

<sup>42</sup> HEp 10, 2000, 8; AVRO II, 144; ERAv 142.

<sup>43</sup> HEp 4, 1994, 87; HEp 10, 2000, 6; AE 1982, 596; HEp 13, 2003/2004, 49.



mayoritariamente realizadas por indígenas, como se aprecia en el gentilicio de los dedicantes (Marco, 2008: 280).

Hay otros posibles santuarios rurales, en relación con elementos naturales, como ríos o cuevas, habitualmente sin estructuras; sus cultos a menudo solían estar relacionados con la fertilidad de la tierra, personas o ganado, o su protección. Sus celebraciones solían congrega grandes grupos a la vez que se celebraban actividades económicas. Uno de ellos pudo estar situado en el Puente de Talcano, próximo a Sepúlveda, dedicado a *Bonus Eventus*<sup>44</sup>, deidad de posible origen prerromano, de tipo agrario, de la fertilidad y abundancia. Otro sería el situado en Cueva Labrada, dedicado a Diana<sup>45</sup>, también cercano a Sepúlveda, en una cueva natural, alrededor de otras muchas usadas para el ganado, donde se han encontrado inscripciones rupestres<sup>46</sup>. Otro posible, también cerca de Sepúlveda, este dedicado a *Eburianus* podría haber existido en Fuente Giriego. También el de Cueva de la Griega, en Pedraza, donde se encontrado un grupo de grabados rupestres realizados desde el Paleolítico Superior, junto a más de cien inscripciones latinas grabadas en techos y paredes, fechadas entre el siglo I d.C. y la época tardoantigua (Santos y Hoces, 2010: 347-352).

Otro posible santuario debió existir cerca de *Complutum*, donde se documentan varias inscripciones carácter votivo, que hacen referencia a diversos dioses latinos<sup>47</sup>, fechadas entre el siglo I y II d.C.; cerca de Collado Villalba, donde aparecen dos aras, una dedicada a los Lares y otra a Marte Magno, fechadas entre los siglos I y II d.C., relacionadas con la vía que atravesaba por la Fuenfría, y en Cenicientos aparece la dedicación a Diana, relacionada con los límites provinciales (Canto, 1994).

Con los datos expuestos anteriormente podemos extraer algunas conclusiones. La composición de la sociedad de estos territorios estuvo formada por una amplia mayoría de ciudadanos latinos, algunos de ellos libertos, y una minoría de ciudadanos romanos, junto a pequeños grupos de siervos o esclavos, que se concentrar principalmente en las urbes como *Complutum* o *Segovia*. Estas dos ciudades, junto con Duratón, Coca y Ávila fueron los enclaves más romanizados de este territorio, como muestran la gran concentración de inscripciones que se concentran en ellas. Es en ellas donde conviven grupos de diversa

<sup>44</sup> CIL II 3089; CIL II 5095; AE 1986, 391; HEp 1, 1989, 524; LICS 312; AE 1994, 1014; HEp 4, 1994, 639; HEp 5, 1995, 688; HEp 14, 2005, 308.

<sup>45</sup> HEp 10, 2000, 530; AE 2000, 768; HEp 14, 2005, 307; ERSg 231-232, 156.

<sup>46</sup> HEp 4, 1994, 640

<sup>47</sup> 3 hacen referencia a Marte, 1 a Marte Augusto, 1 a Deae, 1 a Diana, 1 a Fortuna, 1 a Hércules, 1 a las Nifas, 1 al Numen Caesaris, 1 a Tutela y otra a Pantheus Augusto.

extracción social, desde ciudadanos romanos que ostentaban las magistraturas ciudadanas hasta esclavos.

Parece que a la mayor parte de los individuos que poblaron los núcleos rurales les alcanzó la romanización con una velocidad diferente que en las urbes, dejando constancia de su arraigo en las *gentilitates* que aparecen citadas en sus menciones onomásticas (Royo, 2010: 392), la cita de deidades indígenas, así como el recurso a las decoraciones propias.

Una peculiaridad de una parte importante del territorio es la existencia de gran número de representaciones de carácter esquemático, más concretamente retratos, sin duda representaciones de los difuntos honrados y cuyo taller de fabricación pudo estar en la misma ciudad de Ávila (Hernando, 2005: 244). Estas representaciones se han interpretado desde diversas perspectivas, por un lado, se han presentado como una muestra clara del indigenismo de la población, mientras que por el otro se ha tratado de presentar su expresión por las condiciones del material sobre el que fueron realizadas, el granito; sin embargo, parecen ser la interpretación de los modelos romanos difundidos desde la capital Lusitana, y podrían interpretarse como síntoma de la hibridación desde la perspectiva indígena.

Otros elementos que suelen aparecer son las representaciones de carácter astral, crecientes lunares, estrellas, hojas de hiedra, discos solares, que remiten a elementos religiosos indígenas.

### 6.3. El poblamiento de época tardoantigua y altomedieval

La decadencia urbana en los últimos momentos del imperio motivó que muchos de los grandes propietarios cambiarán su residencia al campo, además de las transformaciones en la gestión de las propiedades, nuevos modelos de relaciones y de comunidades, con el surgimiento de granjas y aldeas que se constituirán en el elemento básico del poblamiento rural (Vigil-Escalera, 2007; 2009). Esta época está caracterizada por la enorme diversidad constructiva, la “heterogeneidad y complejidad en las formas de ocupación rural” (López y Benito, 2008), que son reflejo de la gran diversidad cultural de las sociedades de este momento, pero también la presencia de estándares que subyacen en la construcción de muchas de estas edificaciones.

El análisis de este nuevo marco surgido tras la desintegración imperial debe tener presente el «cambio de escala» acaecido (Wickham, 2009), en el que debemos centrarnos en perspectivas más localistas (Escalona, 2006: 166). Pese a ello, es posible encontrar una

serie de rasgos comunes: simplificación de la cultura material, las transformaciones en las elites y la contracción del comercio (Wickham, 2009; Martín, 2007).

Existían diversas categorías de hábitats rurales (Isla, 2001) que podemos agrupar principalmente en aldeas, castros y granjas (Vigil-Escalera, 2007). Estos elementos serían los protagonistas de la colonización del agro, en el que tuvieron un papel destacado las comunidades campesinas (Barrios y Martín, 2000-2001: 67). Entre ellas destaca la aldea que surge en este momento, por iniciativa campesina y que se configurará a lo largo del segundo milenio, como la aldea de plena Edad Media. Se trata de asentamientos generalmente en llano y sin defensas, fruto de las comunidades campesinas, normalmente, sin la intervención de grupos de poder (Barrios y Martín, 2000-2001: 66).

### **6.3.1. Las ciudades o *civitates***

La percepción que hemos tenido de las ciudades en esta época ha sido durante mucho tiempo de crisis o decadencia, pero en la actualidad matizamos su contenido hablando de transformación (Kulikowski, 2004). Frente a esa visión decadente la ciudad tardoantigua sería una ciudad en cambio como consecuencia de las reformas económicas y administrativas tardoimperiales (Arce, 2009; Fuentes, 1997). En ellas se vive un proceso de acomodación funcional de espacios públicos y domésticos, tanto a nivel hispano (Gurt y Sánchez, 2008) como del occidente europeo (Hallsall, 1996; Ward-Perkins, 1996).

Las ciudades de la zona meseteña acusarán estas circunstancias, aunque con desiguales ritmos e intensidades (Abásolo, 1999; Martínez, Prieto, y Orejas, 2004; Blanco, 2002; Fabián, 2007).

### **6.3.2. Asentamientos en altura**

Dentro de este apartado tiene cabido un dispar elenco de asentamientos, con o sin muralla, que fueron erigidos a lo largo de la tardoantigüedad o en algunos casos, reutilizados de momentos anteriores. Presentan un grado de conocimiento muy diferente, además de problemas en la terminología, definición, tipologías, así como su contextualización, adscripción social y atribución (Gutiérrez, 2014: 192; Vigil-Escalera y Tejerizo, 2014: 230).

En la periferia montañosa de la meseta norte se levantan algunos de estos asentamientos, normalmente en emplazamientos elevados, sobre los que los investigadores

no se ponen de acuerdo en cuanto las explicaciones sobre origen, adscripción o funcionalidad.

Ya desde los primeros momentos de la tardoantigüedad (siglos III-V) se fueron levantando, por diferentes motivos una serie de asentamientos fortificados, bien para dar protección o en respuesta a la conflictividad social el momento (Gutiérrez, 2014: 191); estas construcciones se fueron complementando a lo largo de este período con otras, con diferentes características y que respondían a los intereses de diferentes agentes.

Las explicaciones a estos asentamientos han sido muy diferentes, como la heterogeneidad que presentan, y que sin duda responden a diferentes iniciativas y momentos. Este fenómeno ha tratado de sustentarse, algunas veces, de manera forzada, tratando de encuadrarlo dentro de los modelos o paradigmas al uso y frecuentemente, con una generalización excesiva (Chavarría, 2013).

En los primeros momentos, siglos III-V, podemos hablar de la construcción de un conjunto de lugares amurallados, que responden a la iniciativa estatal. Estos lugares responderían a los cambios urbanísticos, de simbólicos y/o económicos (Fernández y Morillo, 1991; 1992; 2002); entre los que podemos destacar, en nuestro ámbito las *civitates* de *Cauca* y *Abula*; junto a ellos se levantarán otros centros también amurallados por todo el territorio peninsular. Por su parte, el estado visigodo promovió la fundación de nuevas ciudades como el Tolmo de Minateda (*Eio*) (Gutiérrez y Abad, 2002) o *Recópolis* (Olmo, 2008) o la reparación de las murallas en algunas otras (Olmo, 2010; García y Rascón, 1999).

A lo largo del siglo V y con posterioridad vemos surgir una serie de recintos amurallados de muy diferentes tamaños y tipologías<sup>48</sup>, que parecen responden a diferentes impulsos.

Algunos de ellos pueden ser considerados como «núcleos urbanos intermedios» (Gutiérrez, 2014: 201), con los que el estado trata de alcanzar algunas de las zonas en las que su fuerza no alcanza. Algunos cuentan con murallas y materiales constructivos semejantes a las urbes. Estos asentamientos parecen distribuirse en zonas periféricas con escasa presencia urbana, formando parte del «sistema de articulación territorial» como cabeceras de estos, adquiriendo algunas de las funciones propias de las *civitates* (Gutiérrez, 2014: 202). Algunos de estos pueden ser *Bergium*, Cildá, Tedeja o Bernardos (figura 6.10).

---

<sup>48</sup> Recientemente Quirós (2002), los ha clasificado en tres categorías según sus dimensiones tratando de establecer una categorización por su tamaño.



Figura 6.10: Detalle del amurallamiento en el asentamiento fortificado de Bernardos (Segovia).

Con una gran heterogeneidad en el tamaño, pero con características de asentamiento y constructivas similares aparecen otra serie de lugares, con diferentes denominaciones - *oppida*, *castra*, *castella*-, en ellos suelen aparecer una serie de materiales característicos tanto cerámicos como metálicos que nos pueden indicar la presencia de unas élites esquivas. Comienzan a levantarse, posiblemente, a principios del siglo V, aunque alguno pudiera tener precedentes anteriores, entre ellos podemos destacar Muelas del Pan, Las Merchanas o Cabeza de Navasangil; por su emplazamiento con respecto a las vías de comunicación, materiales y otros elementos indicativos, algunos de ellos han sido considerados como pequeños asentamientos militares (Gutiérrez, 2014: 204). En otros, la presencia de silos, herramientas artesanales, pizarras escritas e incluso monetaria se ha relacionado con establecimientos fiscales, bien a nivel estatal o local (Díaz y Martín, 2011), en los que pudiera realizar alguna acción de tipo recaudatorio. Son lugares donde los poderes locales establecen una dialéctica con el poder central (Castellanos y Martín, 2005); espacios desde donde se articulará el poder, en sus diferentes escalones, desde arriba, el estado, hasta abajo, el campesino, de ahí la necesaria jerarquía que habría de existir entre ellos (Vigil-Escalera, 2015: 86).

Otro ejemplo es la reutilización de algunos de los castros de época protohistórica, en los que pueden llegarse a erigir murallas de nueva planta, como sucede en otras áreas mediterráneas próximas (Brogiolo y Gelichi, 1996; Brogiolo y Chavarría, 2005; Schneider, 2004); algunas de estas reocupaciones se han puesto en relación con grupos campesinos

que buscan zonas de explotación, preferentemente para la ganadería de carácter extensivo y los bosques (Ariño, 2006).



*Figura 6.11: Detalle de algunas de las edificaciones del asentamiento de Cabeza de Navasangil (Ávila).*

Otros lugares también en altura, se sitúan en las sierras medias y desde ellos se puede controlar visualmente el espacio circundante, normalmente áreas más llanas, a menudo carecen de defensas artificiales, basan su posible condición defensiva en su propia localización (Grañeda y otros, 1996: 254); responderían a una estructuración y jerarquización del territorio muy vinculada a las propias comunidades campesinas (Martín, 2000; Escalona, 2002), independientemente de si fueron objeto de reocupación o si hubo una continuidad en su uso y el papel desempeñado en el diseño del territorio (Barrios y Martín, 2000-2001: 63).

Debemos pensar que estos tipos de asentamientos jugaron un papel destacado en la articulación del poblamiento a escala local (Barrios y Martín, 2000-2001: 72), aunque este papel no fuera similar en todas las zonas. Esta situación pudo mantenerse hasta los siglos IX-X, cuando se aprecian transformaciones, pero también mantenimientos que permanecen a lo largo de toda la alta edad media, aunque ya con otras connotaciones.

### **6.3.3. Estructuras de fondo rehundido**

En estos siglos de la tardoantigüedad, se produce un importante incremento en el número del hábitat de carácter rural, llegando a zonas en las que anteriormente no se había



detectado, apreciándose una cierta variabilidad a nivel regional en su distribución y densidad, en las que influyen diferentes causas (Wickham, 2002: 12).

En general, las estructuras domésticas de esta época documentadas pueden reducirse a tres tipos principales (Tejerizo, 2011): estructuras de fondo rehundido, construcciones elevadas sobre zócalo y estructuras auxiliares.

Un primer grupo amplio y heterogéneo de construcciones ligeras, construidas fundamentalmente de materia vegetal y tierra, de las que solamente suele conservarse la parte rehundida de las mismas, y por ello reciben habitualmente el nombre de «cabañas de suelo rehundido» (Vigil-Escalera, 2000), o «estructuras de fondo rehundido» (Tejerizo, 2014), identificadas por regla general con estructuras auxiliares a la vivienda, con muy variada funcionalidad y formatos; y herederas de las técnicas autóctonas (Fuentes, 2000b: 200). Son una de las estructuras domésticas más abundantes en los asentamientos rurales de época tardoantigua y altomedieval, su funcionalidad puede ser muy diversa; se caracterizan están por estar excavados en el sustrato geológico, sobre la que se levanta la parte elevada del conjunto, normalmente realizada con materiales perecederos sustentados mediante diversos elementos (Chapelot y Fossier, 1980; Tipper, 2004; Vigil-Escalera, 2000; Tejerizo, 2011: 263). Algunos autores sugieren la realización de sus alzados en tapial a base de encofrados de madera y posteriormente revocados de barro (Sánchez, 1999: 169), a diferencia del resto europeo donde la preferencia es el uso de construcciones en madera con revoco de barro (Donat, 1980; Peytremann, 2012: 275; Hamerow, 2012). Los tejados estarían realizados con materiales perecederos, lo que no evita que algunas pudieran presentar tejas (Vigil-Escalera, 2013: 105; Sánchez y Galindo, 2006) o pizarras.

Pese a que presentan una enorme diversidad constructiva, mantienen unos patrones comunes (Tejerizo, 2014: 216). En lo que hoy percibimos, pueden presentar diferentes formatos, desde el ovalado a aquellos que presentan una tendencia a la regularidad. No son un elemento exclusivo de la península, sino que son una constante en el occidente europeo (Chapelot, 1980; Donat, 1980; Tipper, 2004; Fronza, 2009; Peytremann É. , 2012).

En los últimos años y motivado principalmente por la enorme expansión urbanística de las últimas décadas, se han detectado un importante número de este tipo de estructuras, preferentemente en aquellos lugares donde se han realizado intervenciones arqueológicas de gran extensión (Vigil-Escalera, 2000).

Hoy en día, no se han relacionado este tipo de estructuras con ciudades, ni con asentamientos en altura, principalmente, porque los suelos en los que se sitúan estos



últimos son poco aptos para este tipo de construcciones (Tejerizo, 2014: 227); si parece que en algunos casos se pueden relacionar con villas tardoimperiales como sucede en Las Pizarras (Coca, Segovia) (Pérez y Reyes, 2012-13). Estas estructuras tienen una cronología, en parte, contemporánea con otros tipos de edificaciones levantadas sin el recurso de excavar el suelo como ocurre en numerosos asentamientos en el sur de Madrid, como El Pelicano o Gózquez (Tejerizo, 2012).

Estructuras similares a estas, aunque con ciertas diferencias, aparecen en gran parte de la península principalmente durante el Calcolítico, Bronce y al menos Hierro I si no después. Sabemos que en Inglaterra, este tipo de estructuras están documentadas entre los siglos II y IV (Tipper, 2004: 9), lo mismo sucede en Francia (Peytremann, 2003). Aquí tras los escasos registros que pueden ser atribuidos al período romano (Fuentes, 2000), este tipo resurge sobre todo a mediados del siglo V y permanece hasta mediados del siglo VIII, con alguna pervivencia posterior, cuando la llegada islámica tranforme muchos de los contextos en los que se producían (Vigil-Escalera, 2007).

De este modo, creemos este sistema constructivo, versátil y sin una necesaria especialización en su construcción, no fue abandonado durante el período romano, cuando sufrió una importante contracción, debido a los modos productivos romanos, y vuelve a resurgir con fuerza, tras la desarticulación del citado entramado económico. Debemos decir que su ausencia, hoy por hoy, en otras zonas peninsulares o la aparición de un mayor número de elementos allí donde ya han sido documentados, hemos de relacionarlo, principalmente, con la falta de excavaciones en extensión, el sustrato geológico donde se producen y el socioeconómico que las produce.

### 6.3.4. Construcciones elevadas con zócalo

Un segundo grupo, integrado por las construcciones consideradas como viviendas o talleres constituidos por un zócalo perimetral de piedra trabada con arcilla, ya sean cantos rodados o mampostería (Gutiérrez, Díaz, y Maluquer, 1958), sin zanja de cimentación; sus alzados son de adobe y la cubierta de teja curva (Hernández, 2016), en algunos de ellos se encuentran los restos de postes sustentadores de la cubierta (Vigil-Escalera, 2003); en los considerados talleres, algunos de los muros perimetrales no existen (Abad, 2006). La proliferación de este tipo de construcciones anexas se ha puesto en relación con la intensificación de las actividades agrarias (Hamerow, 2002: 139)

En algunos casos se ha planteado que estas estos tipos de edificios fueran los sustitutos de las estructuras de fondo rehundido (Azkárate y Quirós, 2001). Los almacenes pueden ser construcciones más especializadas (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998: 128-129).

### **6.3.5. Estructuras auxiliares**

Junto a las dos anteriores un conjunto heterogéneo de estructuras auxiliares entre las que podemos citar hornos, silos, piletas, muros y un largo etcétera de elementos constructivos que complementaban las estructuras domésticas de estos grupos. Al igual que los fondos de cabaña, estas estructuras han multiplicado su número en los últimos años relacionadas con el incremento de intervenciones arqueológicas realizadas.

Todos los grupos anteriores suelen aparecer en asentamientos de pequeñas y medianas dimensiones -granjas o aldeas- (Vigil-Escalera, 2007, 2009). Estas se caracterizan por ser espacios domésticos/productivos, en los que raramente se pueden identificar espacios públicos (Quirós, 2007: 78). La unidad esencial es la doméstica, cuyo objetivo primordial es el autoabastecimiento (Vigil-Escalera, 2013: 1); su constitución no consiste en un único edificio, sino que está compuesta por un conjunto de diferentes estructuras que se relacionan con las actividades diarias del grupo (Vigil-Escalera, 2012: 178).

### **6.3.6. Las pizarras de época visigoda**

Las pizarras de época visigoda son documentos grabados sobre un soporte pétreo entre los que podemos encontrar tres tipos diferentes.

Un primer grupo formado por las piezas que presentan textos en letra cursiva latina, a las que suele denominarse tipo «Diego Álvaro», por ser este yacimiento abulense donde se ha encontrado el grupo más importante de piezas, cuyo contenido puede ser muy variado (Velázquez, 2000). Se conocen al menos 164 piezas, muchas de ellas pequeños fragmentos de piezas mayores.

El segundo grupo es el formado por las piezas que presentan inscripciones de carácter numérico, tipo «Lerilla», en las que aparecen agrupamientos de cifras latinas; es el grupo más numeroso, por encima de las 2.000 (Cordero y Martín, 2012: 253). Por último, el conjunto de pizarras que presentan dibujos, cuya interpretación presenta serias dificultades (Martín, 2015: 286). Hay algunas que combinan dos tipos de representación: bien textos y

números, o números y dibujos, lo que nos habla de la diversidad de funciones de estas pizarras (Díaz y Martín, 2011: 223).



*Figura 6.12: Pizarras de época visigoda con texto grabado procedentes del yacimiento de Diego Álvaro, expuestas en el Museo de Ávila.*

Estos tipos de documentos se han hallado fundamentalmente en el suroeste de la meseta del Duero (provincias de Salamanca y Ávila), aunque también aparecen, en menor número, en ambas mesetas. En los últimos años se han documentado en la zona madrileña (Caballero y Megías, 1977), en el entorno emeritense, en Braga, en el Baixo Alentejo portugués y en Andorra (Martín, 2015: 287).

En nuestro territorio aparecen diseminadas por diferentes lugares, que se van incrementando a medida que se producen intervenciones arqueológicas en yacimientos con cronologías entre los siglos V-VIII; así aparecen importantes lotes en Diego Álvaro, en Chamartín de la Sierra, la Cabeza de Navasangil, en Coca todos ellos con más de 10 ejemplares; con menos de este número aparecen en Cardenosa, en Manzanares el Real, en Bernardos, Ávila, Hontoria, Valdelaiglesia, Arroyomolinos, Martínez y Narrillos del Álamo (Cordero y Martín, 2012: 260).

Este tipo de pizarras, aparecen en diferentes contextos, algunos de ellos de carácter fiscal, dominical o quizás asociados a lugares de control de ganados (Cordero y Martín, 2012: 262); hasta hace pocos años no se relacionaban con lugares campesinos, pero, poco a

poco, comienzan a aparecer también en estos contextos (Urbina, 2006) (Vigil-Escalera, 2013: 101-116).

Hay una clara tendencia a relacionarlos con espacios de poder controlados por elites locales que controlan indirectamente espacios campesinos (Martín, 2015: 285). Entre estos espacios destacados se encuentran las *civitates*, escasamente representadas, donde tan sólo Coca (Blanco, 2002) (Pérez y Reyes, 2009) y Ávila documentan su presencia. Otros lugares son los asentamientos en altura o *castella*, situados en zonas de la periferia del territorio de las *civitates*; lugares de residencia de las nuevas elites rurales (Martín, 2015: 288-289), como Cabeza de Navasangil (Solosancho, Ávila), el Cancho del Confesionario (Manzanares el Real, Madrid) o en Virgen del Castillo (Bernardos, Segovia). Los hallazgos en estos contextos se suelen caracterizar por ser abundantes en número y mayoritariamente numéricas (Martín, 2015: 292). Otros lugares son las vinculados con importantes actividades productivas, entre estos destaca la Dehesa del Castillo (Diego Álvaro, Ávila), y el cercano yacimiento de Lancha del Trigo, de donde procede un importante conjunto tanto escritas como numerales. La aparición entre ellas de textos religiosos hace pensar que podría tratarse de un centro de carácter eclesiástico en el que hubiera una especie de archivo de estos materiales (Martín, 2015: 294; Díaz y Martín, 2011: 239).

En el caso de asentamientos campesinos podemos citar El Pelicano (Arroyomolinos)<sup>49</sup> (Urbina, 2006), La Cárcava de la Peladera (Hontoria, Segovia)<sup>50</sup> (Vigil-Escalera, 2013: 101-116) y Las Henrrenes (Cillán, Ávila)<sup>51</sup> (Díaz, Bores, Caballero y Cabrera, 2009); su aparición se ha puesto en relación con los métodos de contabilidad y extracción de excedentes por parte de ciertas elites (Martín, 2015: 306).

El uso de la pizarra, como soporte para caracteres escritos, puede retrotraerse al período tardorromano; a falta de otro tipo de soportes se hallaba relativamente extendido por el interior peninsular, donde su aparición remite a una diversidad de escenarios. Cronológicamente, las primeras pizarras numéricas aparecen relacionadas con la gestión de algunas *villae* (Martín, 2015: 297). Más adelante, y como venimos comentando, deben relacionarse, principalmente con “lugares centrales”, desde los que de alguna manera se controla algún tipo de detracción o excedentes (Martín, 2015: 299).

---

<sup>49</sup> Es un poblado rural abierto que se extiende a lo largo de un arroyo, con una cronología entre mediados del siglo V y mediados del siglo VIII. En uno de sus sectores en un contexto fechable hacia finales del siglo V o primera mitad del VI, se encontró un fragmento de pizarra con texto escrito.

<sup>50</sup> Situado en las proximidades de Segovia; los restos recuperados hablan de producciones domésticas con una cronología entre los siglos V y VII, donde se recuperaron dos fragmentos de pizarras numéricas.

<sup>51</sup> Se halla en la zona de la Sierra de Ávila, cruzado por la Cañada Real Soriana occidental, que divide el lugar en dos sectores.

Estos elementos no pueden ser utilizados sin más elementos como fósil director o como único elemento de datación de un contexto sin la presencia de otros que sirvan para contextualizar (Cordero y Martín, 2012: 263).

### 6.4. Las necrópolis

Las manifestaciones funerarias constituyen sin duda uno de elementos más interesantes para los arqueólogos; su análisis posibilita el acercamiento desde diferentes puntos de vista a la sociedad que las produjo (Bendala, 2002: 137). Son tres las realidades que podemos percibir: los muertos y sus restos; los ajuares y elementos personales que los acompañaban en el momento de la deposición o incineración y el mundo de las creencias religiosas que les rodeaban (Morín y Barroso, 2008), además son un indicativo de gran importancia a la hora de caracterizar el poblamiento sobre todo en el ámbito rural. Los enterramientos nos informan sobre aspectos sociales y culturales de los allí inhumados o incinerados y su disposición habitual es en la de proximidad al hábitat que los generó.

Habitualmente, tumbas y necrópolis continúan, en muchos casos, analizándose sin integrarlas en su contexto social y territorial, como elementos aislados de los contextos a los que se corresponden; su emplazamiento es el resultado deliberado del grupo, detrás del que hay una clara intención (Martín, 2012: 4-6).

#### 6.4.1. Las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro

Entre los pueblos prerromanos la incineración de los muertos fue el rito funerario característico, con la excepción del área de influencia púnica, donde la inhumación tuvo una mayor importancia.

Una de sus características más destacadas es la de estar situadas próximas a los asentamientos, en una posición en la que son visibles desde el asentamiento, a menudo frente a las puertas de estos (Barrio, 1999: 187); están conformadas por varios conjuntos, quizás reflejando agrupaciones de tipo familiar (Fernández, 1998: 179). En las correspondientes a los grandes castros se han documentado, en algunos casos, miles de tumbas.

La mayoría están realizados a base de incineración en hoyo, cubiertas con lajas de granito, o mediante estructuras de piedras que protegen la urna cineraria (Barrio, 1999: 187). Hay otras posibilidades, como en La Osera (Cabré, 1932), donde aparecen túmulos en los que se depositaban los restos de varias incineraciones. En el caso de las carpetanas, las

que pertenecen a asentamientos en llano, buscan establecerse en una pequeña elevación del terreno, siempre visibles desde sus asentamientos (Pereira y Torres, 2014: 321).

En las urnas cinerarias se depositaban los restos de la cremación del difunto y pequeñas piezas de ajuar personal, acompañadas habitualmente de otros vasos cerámicos en los que podrían contenerse alimentos, bebidas, perfumes, etc. En el caso de guerreros, se solían acompañar de sus armas.

Algunas veces aparecen tumbas sin restos humanos, que hasta el momento no hemos sabido interpretar plenamente (Fernández, 1998: 180).

Un caso especial era el de los niños de corta edad que solían ser enterrados dentro del espacio familiar, muchas de las veces bajo los aleros de tejados o muros. Los niños con edades entre 2 y 3 años podían ser inhumados en las necrópolis, siendo depositados en contenedores tipo *dolia* o ánforas (Vaquerizo, 2008: 79).

#### **6.4.2. Las necrópolis de época romana**

En el mundo romano, a pesar de su variabilidad, el rito funerario predominante fue la incineración del cadáver hasta, al menos, mediados del siglo II d.C. cuando la inhumación fue restándole importancia hasta convertirse en mayoritaria. En la península la inhumación se convirtió en exclusiva a partir del siglo III d.C. (Vaquerizo, 2008: 65).

Las necrópolis romanas se caracterizan por estar situadas fuera de los asentamientos, normalmente en las vías de comunicación junto a las puertas de acceso al núcleo<sup>52</sup>, que en muchos de casos aparecen indicadas por la aparición de inscripciones funerarias (Contreras, 2017: 230).

Todos aquellos que podían permitírselo erigían un monumento funerario para honrar su memoria (Bendala, 1972: 232). Se erigían diferentes tipologías -estelas, aras, pequeñas construcciones a modo de edificios o lápidas-, que se usaban como marcadores exteriores de los enterramientos allí donde eran depositados los cuerpos o las cenizas del difunto para su recuerdo.

La urna cineraria era el contenedor en el que se depositaban las cenizas de difunto una vez quemados sus restos; son muy comunes en la necrópolis de incineración entre los siglos I a.C. y II d.C. (Rodríguez, 2001: 259). Se realizaban sobre diferentes materiales,

---

<sup>52</sup> En este sentido de expresa la Leyes de las XII Tablas: “*Que ningún muerto sea inhumado ni incinerado en el interior de la ciudad*”.

predominando la cerámica y se ajustaban al gusto del comprador; en ellas se perciben, sobre todo en los primeros momentos influencias indígenas, que se irán transformando, a medida que la influencia romana vaya haciendo que se generalice, a partir del cambio de era, el uso de las urnas de cerámica pintada (López, 2010: 161).

Uno de los monumentos funerarios son las *cupae*<sup>53</sup>, en algún caso en relación con los verracos vettones. Las *cupae* romanas, así denominadas por su aspecto de tonel o cuba (figura 6.13), son la cubrición o tapadera de la tumba en la que se han depositado las cenizas o cuerpo del difunto -mucho menos frecuente en el caso hispano- (Andreu, 2012: 481), conformada en la parte inferior de la misma o a modo de caja independiente. Es una tipología sepulcral que se documentan en el Mediterráneo occidental, Italia, África e Hispania, fechadas mayoritariamente entre los siglos II y primera parte del III d.C. (Beltrán y Rodá, 2012: 79). En algunos casos sería el sustituto más económico del sarcófago, puesto que el tiempo y trabajo utilizado en su materialización eran mucho menores (Bacchielli, 1986: 311) y para muchos, sobre todo ámbito rural meseteño hispano, debió significar un monumento que marcaba una cierta diferencia (Andreu, 2012: 483). Su superficie puede aparecer lisa, grabada tratando de imitar un tonel o con inscripciones sobre ella. En Hispania parece ser usado preferiblemente por las clases serviles y los libertos, pero también militares y comerciantes (Beltrán y Rodá, 2012: 82).



Figura 6.13: Verraco y *cupae* en Solana de Rioalmar obtenida [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Verracos\\_de\\_Oribuelos\\_en\\_Solana.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Verracos_de_Oribuelos_en_Solana.jpg)

---

<sup>53</sup> Acerca de la situación y orígenes de las *cupae* en Hispania las Actas de la reunión celebrada en Tudela en 2010.



### 6.4.3. Las necrópolis de época tardoantigua y altomedieval

Finalmente será el cristianismo quien acabe por decantar definitivamente los gustos de la población por adoptar la inhumación, aunque las causas iniciales fueron otras diferentes, entre las cuales destacan las económicas y el simple cambio ideológico en relación con la muerte (orientalismo funerario). Así, la consolidación de la inhumación del cadáver, en muchos casos con sus ajuares y pertenencias, nos aportarán información muy precisa sobre múltiples aspectos sociales de las diversas comunidades.

Las tipologías asociadas a estos primeros siglos de la época tardoantigua, es bastante variada. La inclusión de la inhumación como ritual permite que el número de variantes tipológicas en el registro funerario aumente. Las realizadas directamente en la tierra constituyen el tipo de sepultura más común, tanto individuales como colectivas (López, 2010: 25); además podemos encontrar diversas soluciones, desde tumbas protegidas con tejas, sarcófagos, etc. Las inhumaciones infantiles continuaron con un ritual semejante al usado anteriormente, es decir en ánforas o *dolia*, bajo los aleros de los tejados o en el interior de las casas.

A lo largo del siglo V los enterramientos comienzan a realizarse en el interior de las ciudades (Azkarate, 2002: 121; Azkárate y Quirós, 2001); un hecho destacado serán los enterramientos *ad sanctos*, surgido desde los primeros momentos del cristianismo, como acumulación de enterramientos en torno a un «mártir» o sus reliquias, sepultado en un *martyrium*, basílica o *ecclesia*.

#### 6.4.3.1. Las necrópolis tipo Duero o postimperiales

Un problema interpretativo son las denominadas «necrópolis tipo Duero», recientemente denominadas como postimperiales (Vigil-Escalera, 2015), responden a un fenómeno común a la meseta y extendido en gran parte de la geografía peninsular (Fuentes, 1992), con una personalidad propia.

Estas inhumaciones se relacionan, mayoritariamente, con las comunidades rurales relacionadas en mayor o menor medida con el final de las *villae*, bien como transformación de las funciones de esta o en relación con los asentamientos fortificados. En la gran mayoría de los casos se trata de inhumaciones individuales, son escasas la reutilizaciones, y suelen estar realizadas a base de un simple fosa, donde suelo, paredes y cubierta pueden presentarse en diferentes materiales (tégula, teja, ladrillo, madera...), pudiendo presentar

ataúd de madera; suele depositarse un ajuar conformado a base de cerámicas, vasos de vidrio junto con elementos de adorno como anillos, collares o brazaletes, materiales que no remiten a la última fase de la tardorromanidad, con una cronología propia de los siglos IV y V (Vigil-Escalera, 2015: 155-223).

Otro problema interpretativo es el planteado con las denominadas necrópolis «visigodas» -aquellas que tienen materiales germanos- (Morín y Barroso, 2008: 154), propias de los siglos V y VI, en las que en algún caso se han relacionado con enterramientos centroeuropeos. Por el contrario, en las peninsulares, rige una organización de tipo familiar, en las que se produce la reutilización de sepulturas, y que hoy en día no deben ser interpretadas en clave étnica (Jepure, 2015; Ebel-Zepzauer, 2000; Sasse, 1997).

Junto a las anteriores aparecen otros registros funerarios relacionables con las diferentes comunidades y su organización social. Las inhumaciones pueden aparecer agrupadas en diferentes conjuntos: sepulturas dispersas (de una a cinco sepulturas), grupo funerario (de seis a cuarenta sepulturas) y necrópolis (más de cuarenta tumbas) (Vigil-Escalera, 2013a: 6; 2013b: 274-280); y pueden aparecer o no asociados con algún tipo de hábitat.

En las inhumaciones propias de los siglos VI-VIII, encontramos tres tipologías principales: los sarcófagos, las tumbas de lajas y las excavadas en la roca, aunque sabemos de la existencia de otros tipos.



*Figura 6.14: Tumba individual de lajas documentada en la necrópolis de Nuestra Señora de Remedios (Colmenar Viejo, Madrid).*

Las tumbas de lajas, realizadas mediante la excavación de una fosa y el recubrimiento de sus alzados con piedras más o menos trabajadas y cubiertas con una o varias losas de

grandes dimensiones (figura 6.14); normalmente de carácter individual, aunque habitualmente aparezcan reutilizadas (Colmenarejo y otros, 2010: 50). A menudo presentan ajuares, tanto metálicos como cerámicos.



*Figura 6.15: Sarcófago monolítico procedente del yacimiento de la Ermita del Rebollar.*

Otro de los tipos utilizados es el sarcófago, uno de los sistemas más recurrentes utilizados desde la protohistoria hasta nuestros días. En la época romana su uso fue continuo entre las familias aristocráticas, como los Escipiones que llevaban a gala este hábito. En el siglo II serán los grupos emergentes de la época flavia los que empiezan a preferir los sarcófagos por las posibilidades que presentaba este modelo para ostentar economía e ideología. El sarcófago puede estar realizado en múltiples materiales, desde los más caros y exclusivos como el mármol con elegantes y refinadas decoraciones, hasta materiales locales como madera, arenisca o granito. Pueden aparecer lisos sin decoración o con diferentes iconografías desde mitologías, musas hasta cacerías. Suelen aparecer en las zonas de necrópolis de las grandes *villae* pero también en las urbes. Su uso en época hispanovisigoda está documentado (figura 6.15), principalmente en relación con un ámbito urbano y eclesiástico (Fuentes, 2006: 265), no suelen ser habituales en necrópolis del ámbito rural, pero sí pueden aparecer; realizados en piedra, con o sin tapa, hay que relacionarlos con los elementos más destacados socialmente dentro de la comunidad.

#### **6.4.3.2. Las tumbas excavadas en la roca**

Esta tipología es una más de las diferentes manifestaciones funerarias propias de la península ibérica en los períodos tardoantiguo y altomedieval (López y García, 2013). Sin duda son elemento hoy por hoy imprescindible en algunas zonas, sobre todo serranas, como indicativo de la presencia de poblamiento rural (Hernández, 2016). Son frecuentes en

ambas laderas del Sistema Central (González, 1998; Fabian, y otros, 1985; Morere, 1985; Golvano, 1975), relacionadas preferentemente con poblaciones dedicadas a la ganadería y a la explotación silvícola, aunque se carezca de una explicación global.

La gran mayoría carece de restos humanos, puesto que la acidez de los suelos graníticos no ha permitido su conservación, escasos ajuares y contextos arqueológicos claros, lo que dificulta enormemente el poder establecer una cronología exacta<sup>54</sup>.

Hoy en día, sabemos que las diferentes tipologías que presentan no responden a una sucesión cronológica (Castillo, 1970) sino que se deben más a modas o la propia elección del difunto. Su estudio debe servirnos para caracterizar el poblamiento rural a nivel regional (Padilla y Álvaro, 2010), relacionándolas con los hábitats que las generaron, y de este modo poder analizar los paisajes en los que se realizaron (Martín, 2012, 2016). Por el trabajo y coste que implicaba su materialización solo los individuos más destacados de la comunidad hubieron de poder costearlas. A menudo se han relacionado con comunidades donde la presencia eclesiástica era poco consistente (Martín 2002: 57).



*Figura 6.16: Tumba excavada en la roca, existente en el yacimiento de La Cama de los Moros (Sotalbo, Ávila).*

Muchas veces se han tratado de englobar en un mismo conjunto todos los yacimientos en los que aparecen estos elementos, cuando la realidad es que se trata de una forma de inhumación que responde a diferentes estímulos.

Martín Viso (2012: 13-14; 2016: 866-867) establece tres categorías: un primer grupo, el más frecuente, compuesto por tumbas aisladas o en pequeñas agrupaciones pudiendo

---

<sup>54</sup> A este respecto en una de las sepulturas documentadas en La Coba (San Juan del Olmo, Ávila) se documentó un ajuar que nos remite al siglo VII (Mariné, 1995: 65; Martín, 2016; Blanco y Martín Viso, 2016).



funcionar como elementos utilizados en la reclamación de propiedad sobre el terreno (Martín, 2016: 866). Un segundo grupo, en el que se agrupan aquellos conjuntos con un número más elevado de sepulturas que el anterior, agrupadas aleatoriamente desde una única a varias formando pequeños núcleos; responderían a grupos que eligen un espacio como espacio comunitario, pese a que se establezcan agrupaciones familiares. Por último, aquellas agrupaciones con un elevado número de tumbas, agrupadas o alineadas; este es el grupo menos numeroso, con una cronología propia de los siglos IX-XII (Martín, 2016: 885), y en relación con la existencia de lugares centrales.



*Figura 6.17: Enterramiento infantil sobre tejas, procedente de la necrópolis de Remedios (Colmenar Viejo).*

Su interpretación, además de lugar de enterramiento, buscaría el establecer una relación con los ancestros, allí enterrados, que funcionarían como garantes de la propiedad sobre un territorio (Martín, 2016; Hernández, 2016; Blanco y Martín Viso, 2016: 20, Laliena, 2009). Debe aceptarse que hubo modos muy diversos de organizar y percibir el territorio, con cronologías y tipologías distintas, que usaron las tumbas excavadas en la roca como una herramienta.

Además, en la tardoantigüedad proliferan otro tipo de inhumaciones, que parecen ser bastante habituales (Roig y Coll, 2011), realizadas en estructuras que no estaban dedicadas a ellas, como silos, pozos, trincheras, etc., pero siempre utilizando estructuras que ya existían previamente donde se depositan los muertos, a veces mezclados con animales o residuos, por lo que a veces se han interpretado como basureros.

De este modo, las necrópolis rurales pueden aparecer en diferentes emplazamientos, no siempre relacionados con un lugar de culto; pueden aparecer en relación con una propiedad fundiaria o con un núcleo de hábitat, incluso en muchos casos, no se pueden asociar a un asentamiento concreto, sino que se localizan en las cercanías o en cruces de caminos (Morín y Barroso, 2008: 160).

A partir del siglo VIII aparecen rituales funerarios de tipo islámico en consonancia con la presencia de estas poblaciones en la península. Los cementerios musulmanes (*makebara*) no difieren básicamente de los ya conocidos (López, 2010: 281-289), salvo en el ritual funerario, donde el inhumado, es depositado directamente en la fosa, sin ataúd, envuelto en un sudario, colocado en decúbito lateral derecho (Vigil-Escalera, 2007b: 264).

### 6.5. RUTAS Y VÍAS DE COMUNICACIÓN

Uno de los hechos propios del poblamiento y explotación del territorio el surgimiento de una serie de caminos y vías que permitirán la comunicación entre diferentes puntos de este y a la vez propiciando el surgimiento de nuevos asentamientos que se benefician de su situación (Beltrán, 1990: 45).

Ya desde el Paleolítico las rutas naturales fueron empleadas por los animales en sus desplazamientos; estos eran perseguidos por los cazadores en busca de alimento. Tiempo después, los pastores junto a sus ganados transitarían las mismas rutas, conformando de este modo las cañadas y vías ganaderas usadas en la trashumancia y transterminancia que aún perduran en nuestros días. Son pocos los restos de estas, salvo en zonas puntuales como pasos montañosos o ríos, otras veces en las vías pecuarias y otros en las vías romanas que las fosilizaron (Criado, 2011: 20)

La red viaria de época romana aprovechará, siempre que sea posible otros caminos anteriores, permaneciendo a lo largo del medievo y épocas posteriores hasta que la transformación del sistema viario en el siglo XVIII (Beltrán, 1990: 47).

Dentro de nuestro estudio tienen cabida diferentes tipos de vías:

- Los ejes naturales de comunicación
- Los caminos ganaderos
- Las rutas de la conquista romana
- Las vías romanas, con alusión a rutas medievales y modernas

#### 6.5.1. Los ejes naturales de comunicación

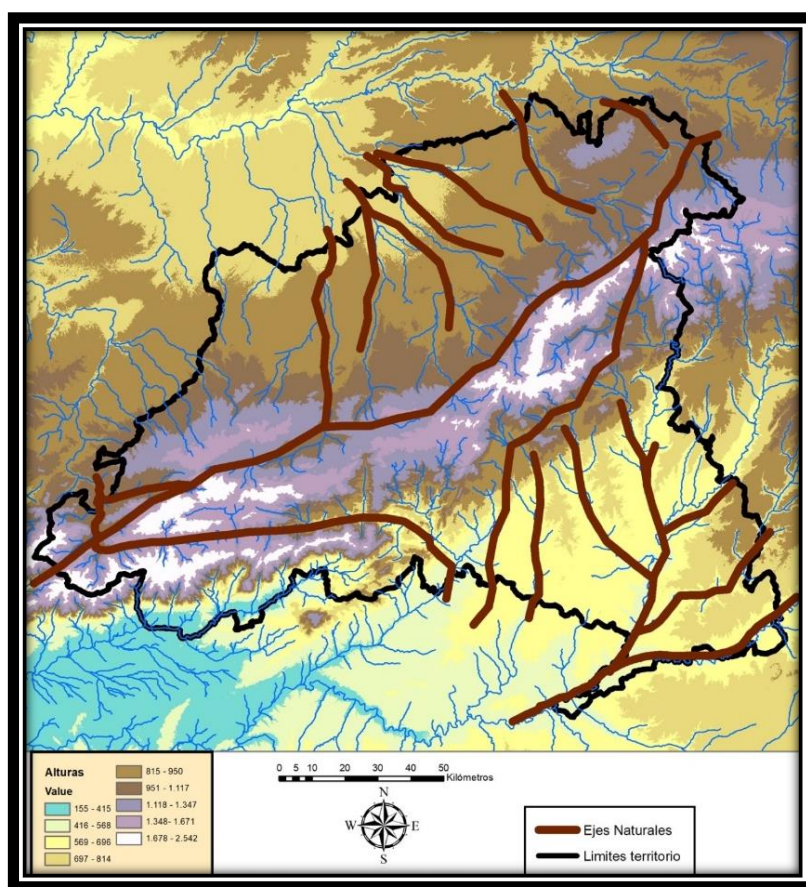
En la conformación de estos ejes influyen variados factores, principalmente los geográficos -orografía e hidrografía-, pero también las necesidades del hombre (Roldán, 1975).

Son varios los corredores naturales definidos en la península, con un trazado basado principalmente en los condicionantes geográficos (Cabo, 1973: 31-34). Podemos destacar tres ejes que atravesaban nuestro territorio y lo unían con otros espacios: una es Vía Heraclea, posteriormente denominada Augusta, que unía los Pirineos con Cádiz; otra es la «vía de los celtas» que desde los Pirineos se dirigía al piedemonte septentrional del Sistema Central para alcanzar el puerto de Tornavacas (Álvarez y Gil, 1988: 309); y la tercera es la vía de la Plata que enlazaba la Andalucía Occidental con Asturias articulando la meseta occidental (Criado, 2011: 21).

Más concretamente estos ejes buscaron discurrir por:

- Las fosas longitudinales con dirección E-O: que conectan los sectores extremos de ambas mesetas, definidos por los valles de Duero y Tago; y los piedemontes de ambas caras del Sistema Central (Álvarez y Gil, 1988).

- Los ejes transversales conformados por los valles de los cauces fluviales que nacen en la dorsal y buscan llevar sus aguas a Duero y Tago; estos ejes atraviesan diferentes sectores morfoestructurales del territorio comunicándolos entre sí, permitiendo la comunicación a través de pasos de montaña, entre ambas mesetas.



*Figura 6.18: Hipotéticos ejes naturales que articulaban el territorio.*



### 6.5.2. Las vías pecuarias (caminos ganaderos)

En este sentido, nuestro territorio de estudio ofrece un amplio panorama en la búsqueda este tipo de rutas, encontrándose recorrido por las principales cañadas mesteñas. Hoy en día, son numerosos los estudiosos que se han preocupado de ellas: Aitken (1947), Alfaro Giner (2001), Cabo Alonso (1991), Elías Pastor (1991), García Martín (1991) o Gómez-Pantoja (2001), y otros muchos, que desde puntos de vista muy dispares han intentado reconstruir su trazado y el momento en el que estaban en uso.

Tanto clima como orografía fueron dos de los principales motivos para el desplazamiento estacional de los animales. Estos movimientos están atestiguados en muchos de los países mediterráneos (Gómez-Pantoja y Sánchez-Moreno, 2003). Algo que ya debemos desechar es la anticuada visión de los cazadores prehistóricos persiguiendo a estos animales los que fueron construyendo los primeros caminos (Aitken, 1986).

Aunque el origen de la trashumancia sigue siendo un tema controvertido entre los pueblos protohistóricos meseteños, el movimiento de ganados fue una importante actividad económica (Alfaro, 2001; García, 1991; Salinas, 1999; Álvarez, 1990; Sierra y San Miguel, 1995). De todos ellos los más conocidos son los de largo recorrido, identificados con las cañadas históricas; sin embargo, son también de gran importancia, los de menor alcance, los transterminantes que comunican valles con montañas, pastos de invierno con los de verano (Gómez y Sánchez, 2003: 23).



*Figura 6.19: Vacas raza avileña en pastos de altura.*

El desarrollo de la actividad pastoril necesita de unas rutas definidas y seguras, y de unos elementos complementarios que faciliten el paso y el pasto: el agua y el descanso, el abrigo y la seguridad (García, 1991: 23).

Las vías pecuarias no son un fenómeno únicamente peninsular, se encuentran caminos con características similares en otros territorios, como el francés, el italiano o el balcánico. Aunque sea esta su denominación más conocida, existen otros términos que se refieren a ellas en diferentes contextos regionales (cabañeras en Aragón; carreras, *carreratjes* en Cataluña; azadores en Levante; galianas, cordeles, veredas, enlaces, en Castilla, etc.).

Debemos tener en cuenta que los trazados que nos han llegado son fruto de caminos de diversas épocas, predominando los de época tardía (Rodríguez-Picavea, 2003: 48). En cambio, en el acervo popular su recorrido ha quedado plasmado en la tradición oral y en la toponimia (García y Grande, 2003: 228), indicando, no un camino exacto por el que discurrían los ganados, sino un amplio corredor por el que podían desplazarse. Las cañadas tienen un ancho variable según su entidad y según una métrica tradicional, la vara castellana (Antón, 2003: 204).

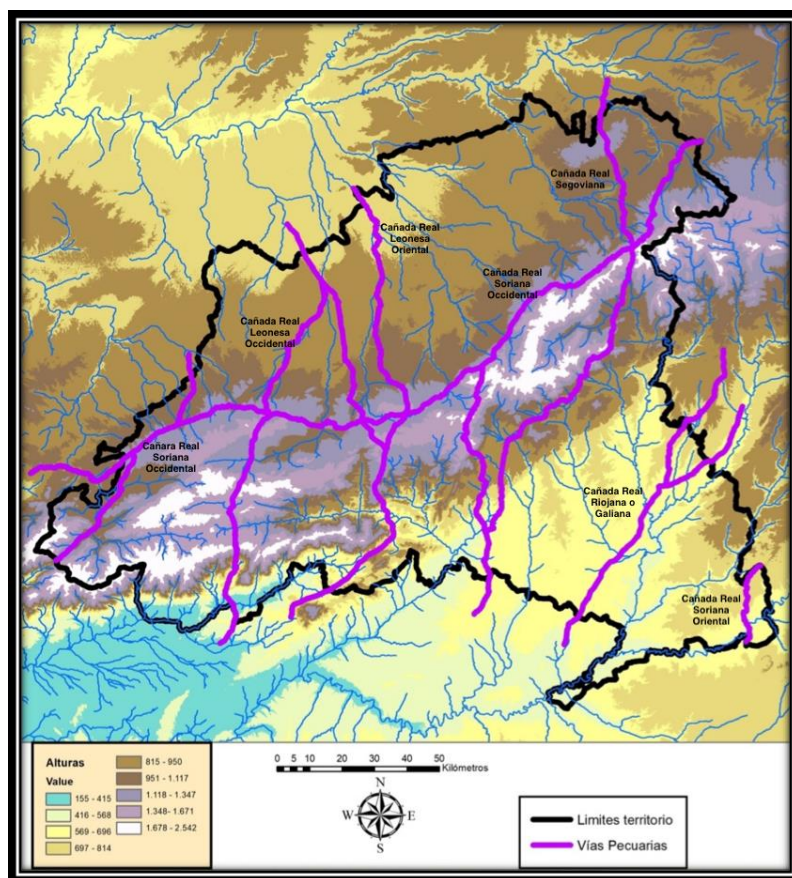


Figura 6.20: Restitución hipotética de los recorridos de las vías pecuarias.

## CAPÍTULO 6. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL POBLAMIENTO RURAL

Son varias las Cañadas Reales que discurren por la zona de agostada, cuatro de ellas de norte a sur (Segoviana, Leonesa Oriental, Leonesa Occidental y de La Plata o Vizana) y una de este a oeste (Soriana Occidental).

La Cañada Real Segoviana procede de las montañas de Burgos y Soria, y discurre por la provincia de Segovia durante 46 km, muy próxima a las de Soria y Guadalajara<sup>55</sup>.

La Cañada Real Leonesa Oriental proviene de las montañas de León y se interna en la provincia de Segovia recorriéndola de norte a sur, muy cerca de su límite occidental<sup>56</sup>. Tiene una longitud de 72 km en su tramo segoviano y de 70 km en el abulense (Gil y otros, 1991:46).

La Cañada Leonesa Occidental entra en la provincia de Ávila por Arévalo y recorre por la misma unos 120 km en dirección norte-sur<sup>57</sup>.

La Cañada Soriana Occidental discurre de este a oeste por las provincias de Segovia y de Ávila<sup>58</sup>. Por su trazado va enlazando, en su desplazamiento nordeste-suroeste, con las

---

<sup>55</sup> La cañada entra en la provincia de Segovia por Honrubia de la Cuesta, con dirección sur; aguas abajo del río Serrano y del Duratón penetra en tierras de páramos, junto a las Hoces de este río, próxima a Sepúlveda. Más adelante se cruza con la Cañada Real Soriana Occidental que continúa por el piedemonte de la Sierra de Guadarrama, mientras ésta continúa rumbo sur a través de Somosierra. La cañada discurre hasta llegar a Buitrago de Lozoya, desde aquí se encamina a Valdemanco, Bustarviejo, Miraflores, Soto del Real, dirección a Galapagar y Valdemorillo, paralela al río Guadarrama, de nuevo dirección sur hasta el municipio de Villamanta camino de Valmojado ya en tierras toledanas.

<sup>56</sup> Desde su entrada en la provincia toma rumbo a Coca donde atraviesa el río Eresma; desde este punto, la cañada busca el límite con la abulense y sigue hasta Villacastín. Desde aquí entra en El Espinar, para alcanzar el Campo Azálvaro, donde se produce el cruce con la Cañada Soriana Occidental, continuando la Leonesa recta hacia el sur. Desde allí se iniciaba la fuerte subida al Sistema Central. La cañada entra en Ávila por Navalperal de Pinares prosigue desde allí hacia el sur, hasta entrar en Cebreros. Desde allí se dirige hacia el puente romano de Valsordo, sobre el río Alberche. Continúa hasta la antigua Venta de Tablada; se interna durante un corto trecho por el término de Las Rozas de Puerto Real, en la provincia madrileña. Más adelante se asciende al puerto de la Venta del Cojo, que fue antiguamente *Puerto Real* y contadero de merinas, donde se cobraba el impuesto real del *servicio y montazgo*. Entra de nuevo en la provincia abulense y discurre junto a Sotillo de la Adrada, para posteriormente abandonar la provincia de Ávila (García, 1992:144).

<sup>57</sup> penetra en la comarca de la Moraña, continúa por los lugares de Pedro Rodríguez, Cabizuela y Papatrigo y junto a diversos lavajos en los que los rebaños trashumantes disponían de fácil abrevadero. Abandona la cuenca sedimentaria y se adentra en el bloque granítico del Sistema Central; discurre junto a San Pedro del Arroyo, y cerca de Sanchorreja se cruza con la Cañada Soriana. Desde allí, continúa con dirección sur hacia el puerto de Menga. Cruza el Alberche por el Puente Mocho, pasa por las Ventas del Obispo y de Rasquilla y llega al puerto del Pico donde recibe por la derecha como afluente al Cordel de Piedrahita. El descenso se realiza por la Calzada Romana, pasando junto a Cuevas del Valle y se dirige hacia la provincia de Toledo, abandonando la de Ávila por Ramacastañas.

<sup>58</sup> La Cañada proviene de la provincia de Soria para entrar en la de Segovia por Ayllón. Discurre junto a Santa María de Riáza, Maderuelo, pasa el puente medieval, para entrar en Campo de San Pedro. Continúa en búsqueda de la falda septentrional de la Sierra de Guadarrama. Atraviesa el término de Prádena y se dirige hasta Navafría. Después de pasar por el término de Turégano, la cañada entra en el Corredor de la Sierra, a los esquileo de Segovia, al Campo Azálvaro. En este amplio espacio confluye también la Cañada leonesa que, junto a la Segoviana, dará lugar a la mayor concentración de ranchos de esquileo y lavaderos de lana en la Castilla del siglo XVIII. La cañada después de sortear la Sierra de Guadarrama hará lo mismo con la de Gredos. Atraviesa en dirección a Ávila cruza por Zapardiel de la Cañada, pasando a Gallegos de Solmirón y entra en la provincia de Salamanca por Navamorales. Después pasa el río Tormes por Puente del Congosto y lo remonta hasta Guijo de Ávila, paso utilizado de antiguo en el camino de Piedrahita a Béjar; atraviesa el Sangusín. A partir de Béjar la Cañada Occidental Soriana inevitablemente tiene que cortar a la Vizana o de la

Cañadas Segoviana, Leonesa Oriental y Occidental, y con la Vizana o de la Plata (Ruiz, 1991: 185).

Esta vía a pesar de quedar fuera de nuestro territorio es muy influyente dentro del mismo, La Cañada de la Plata, o de la Vizana, procede de las montañas de León se dirige hacia el sur buscando la ciudad de Salamanca para salir de ella cruzando el Tormes por el puente romano. Continúa hacia el sur enlazando con otras vías ganaderas. En Valdefuente de Sangusín se une a la Cañada Soriana Occidental, abandonando la provincia salmantina por Montemayor del Río.

Otra vía pecuaria de primer orden y conocida en toda la zona es el llamado Cordel de Merinas, prolongación del denominado Cordel del Valle, que nace de la Cañada Vizana en Plasencia. Entra en la provincia de Ávila por el puerto de Tornavacas, hasta llegar a Barco de Ávila. Continúa hacia el Norte por Encinares y Horcajada, para posteriormente cruzar el río Corneja. Discurre por Villar de Corneja y El Mirón, atraviesa la sierra de Villanueva y Cabezas del Villar, desde donde abandona la provincia para internarse en la de Salamanca por el término de Salmoral. Su longitud aproximada es de 100 km, de los que 70 discurren por la provincia de Ávila y los otros 30 por la de Salamanca.

La Cañada Real Riojana o Galiana, como otras de las anteriores, parten del área del Sistema Ibérico, importante núcleo de movimientos ganaderos, tanto hacia el sur de la península como hacia el norte (Elías, 1991: 236). Esta cañada procedente de la provincia de Guadalajara entra en la Comunidad de Madrid por Ribatejada, siguiendo hacia el sur hasta llegar a Daganzo de Arriba. En el término de Ajalvir se produce otra reunión de cañadas, ya que se incorpora el Cordel de la Galiana. A partir de Ajalvir, Coslada, continúa por Vallecas, y Getafe atravesando el río Manzanares. Entra en Pinto continuando hasta Torrejón de Velasco hasta entrar en la provincia de Toledo por el término de Yeles.

Estamos ante un verdadero entramado de vías, muchas de ellas usadas para todo tipo de desplazamientos (Ruiz, 1991: 191).

### **6.5.3. Rutas de comunicación de las comunidades prerromanas**

A través de estos ejes se realizaban las comunicaciones a corta y larga distancia, y organizan la explotación del territorio. Estos caminos también fueron los utilizados por los

---

Plata para tomar una trayectoria norte-sur, hasta llegar a Plasencia. La longitud de esta vía es de 145 km. en la provincia de Segovia y de 90 km. en la de Ávila.

colonizadores y conquistadores, en este caso, cartagineses y posteriormente romanos; su intento de acercamientos siempre tiene algo de hipotético (Barrio, 2010: 27-28).

Los parámetros más destacados para tratar de localizarlos son la existencia de los ejes naturales y la ubicación de los principales asentamientos, necesitados de articular su territorio próximo y las comunicaciones con otros asentamientos.

Algunos de ellos, quedarían fosilizados en caminos posteriores, mientras que otros, motivados por el abandono de ciertos lugares de hábitat tras la llegada de los romanos, fueron abandonados.

### 6.5.4. Vías romanas

Una de las principales herencias de la época romana es la red viaria, parte de la cual ha permanecido hasta nuestros días. Fueron, sin duda, un elemento imprescindible en la romanización peninsular; en su nacimiento hay que destacar el papel que debieron jugar los caminos prerromanos, rutas usadas habitualmente que nunca llegaron a alcanzar la calidad de las romanas y de las que sólo unas pocas se convertirían en auténticas calzadas (Alfaro, 2001: 218).

En los últimos años se han realizado numerosos estudios dedicados a descubrir y completar esta red, por lo que hoy en día, es posible hacerse una idea aproximada de su extensión<sup>59</sup>; algunos de ellos imprescindibles para analizar estos caminos en la zona mesteña como los de Mañanes y Solana (1985), Roldán (1990), Arias (1987), Mariné (1980; 1988; 1990), Palomero y Álvarez (1990), o Barraca (2002).

Para su conocimiento son varias las fuentes de las que disponemos, una de las principales son los miliarios, que nos indican el trazado aproximado de las vías y sus distancias. Junto a ellos, contamos con otras informaciones como: el Itinerario de Antonino, el Itinerario marítimo, la *Tabula Peutingeriana*<sup>60</sup>, el *Anónimo de Ravena*<sup>61</sup>, los vasos de *Vicarelló*, la *tegula* de Valencia y las tablas de barro de Astorga (Roldán, 1975).

---

<sup>59</sup> Entre otros: J. M. Roldán, *Iter ab Emerita Asturicam. El Camino de la Plata*, Salamanca, 1971; Varios Autores, *Símpoio. La red Viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza, 1990; G. Arias, *Repertorio de caminos de la Hispania romana*, Cádiz, 1987.

<sup>60</sup> Es un documento sobre la red viaria del Imperio. Su autor, desconocido, realizó esta obra alrededor del año 670 y la atribuyó al cosmógrafo romano Castorio. Falta la primera página que comprendía las vías de Britania, Hispania y Norte de África. De Hispania solo se conserva la cabecera de una calzada que llegaba de la Galia. La pérdida de la parte referente a Hispania se compensa con el *Anónimo de Rávena* que copia de la *Tabula* (Roldán, 1975: 106).

<sup>61</sup> Se trata de un catálogo cosmográfico dividido en cinco volúmenes, realizado en Rávena en el siglo VII (Roldán, 1975: 111). Su fuente es un mapa de rutas, posiblemente del siglo III. Destaca porque gracias a él se han conservado nombres de urbes que de otra manera se hubieran perdido. Es una fuente importante para las

En nuestro caso, ni los vasos de *Vicarello* (Roldán, 1975: 149), ni las tablas de Astorga (Roldán, 1975: 163-175) aportan información sobre nuestra zona de estudio.

No sucede lo mismo con el Itinerario de Antonino, descripción de las vías del imperio, donde aparecen los nombres de las *mansiones* y la distancia que las separa. Roldán lo fecha durante los primeros años del gobierno de Diocleciano, finales del siglo III (Roldán, 1975: 21), viéndolo como un documento de carácter privado, cuyas fuentes no están claras. No se trata de un catálogo general de todas las calzadas romanas, sino la recopilación de una serie de rutas que debemos completar mediante otros recursos, como pueden ser los miliarios, el estudio del poblamiento o el uso de las TIG. Faltan del mismo algunas calzadas importantes, puesto que se representa un esquema en el que convergen los caminos que recorren la península en todas direcciones, uniendo los centros principales de administración. En el mismo las distancias aparecen en millas romanas.

Este sistema, perfeccionado por los romanos, permitía la comunicación entre los principales núcleos, permitiendo los traslados con rapidez, a la vez que por ellos discurrían ideas, ejércitos y mercancías. Muchas de ellas, tanto en Hispania como en el resto del imperio, fueron obra del ejército (Palao, 2012: 99). La consolidación del sistema viario se produjo a lo largo de la primera mitad del siglo I d.C. continuando hasta al menos el siglo III, como nos muestra la información de algunos miliarios.

La zona que une las dos mesetas ofrece geográficamente unas características muy acusadas, con unos pasos muy concretos, que, aunque con ciertas dificultades, permitieron desde la antigüedad una importante conexión (Fuentes, 1984).

Es por todos conocido, que el trazado de las principales vías de comunicación peninsular de época romana deja de lado a la provincia abulense; sin embargo, este territorio estaría recorrido por varias vías romanas, de carácter secundario, construidas *ex novo* o manteniendo rutas anteriores. De estas vías nos restan algunos retazos como restos de enlosado, puentes con posible origen romano (Fernández, 2008) o la presencia de miliarios (Hernando y Gamallo, 2006). En este sentido también nos pueden servir de ayuda la documentación de uso en momentos posteriores y finalmente por la presencia de topónimos viarios. Si la escasez de datos ya dificulta su trazado, menos aún podemos decir de su cronología o evolución histórica.



Al igual que sucede en Ávila y Madrid, son numerosos los estudios dedicados a la delimitación de las vías en la provincia segoviana, su trazado y evolución todavía plantean interrogantes. Sí conocemos con bastante exactitud el trazado de la vía XXIV a su paso por este territorio<sup>62</sup>. Hasta el momento tan sólo se conoce un único miliario en tierras segovianas, situado junto a Sepúlveda<sup>63</sup>, perteneciente al reinado de Tiberio, años 33-34. Es posible que gran parte del sistema viario segoviano estuviera bien articulado ya en época julio-claudia, al igual que ocurre en la zona del alto y medio Duero, cuando se generalicen las vías para articular las comunicaciones de *Confluenta* (Duratón). Esta red de caminos sería objeto de atención en el siglo III d.C. (Ruiz, 2001: 125 y 126).

Sobre el territorio madrileño durante muchos años ha pesado la idea de ser un “territorio de paso”, que no ha sido desechada hasta hace pocos años. Las dificultades planteadas en la provincia de Madrid en referencia a las vías romanas no permiten aún conocer el trazado exacto del entramado viario. Son tres los puntos repetidos en las fuentes antiguas con relación a Madrid: *Complutum*, *Miaccum* y *Titultia*<sup>64</sup>, estos dos últimos no localizados con certeza todavía. El problema aún sin resolver de su localización definitiva lastra las investigaciones sobre el viario. Tanto *Titultia* como *Complutum*, debieron ser importantes cruces de caminos en la región central, en las vías que unían Mérida con Zaragoza por un lado y con las vías de la Bética y Levante, por otro. Desde nuestra modesta opinión creemos que encontrar *Titulcia*<sup>65</sup> o *Miaccum*, es un problema secundario que se solucionará con el tiempo. Creo que es más importante en el estado actual de nuestros conocimientos haber podido definir una red importante de vías principales y secundarias que surcaron el territorio de la Comunidad de Madrid.

Este territorio se halla recorrido por algunas de las grandes vías peninsulares, la Vía 24 (*Item ab Emerita Caesaraugusta*, 632 m.p.) y la Vía 25 (*Alio itinere ab Emerita Caesarea Augusta*, 348 m.p.).

La vía XXIV del Itinerario de Antonino (435. 4-6, *Iter ab Emerita Caesaraugusta*) unía, a través de tierras segovianas y madrileñas *Septimanca* con *Complutum*. Esta vía proveniente de *Nivaria*, recorrería la margen izquierda del río Eresma hasta llegar a *Cauca*. Desde aquí,

<sup>62</sup> Entre ellos podemos destacar los trabajos de S. Fernández, C. Jiménez, A. Martín y C. Caballero.

<sup>63</sup> CIL II 4899 (p 997, 1045); HEp 5, 1995, 736

<sup>64</sup> En el caso de *Titultia* son varios los lugares donde se ha querido ver su emplazamiento bien cerca de Aranjuez (Roldán, 1975: 271-272), entre Villanueva de la Cañada y Majadahonda (Arias, 1987: 384), o en Carranque (Toledo) (Fernández-Galiano, 1989:21). Lo mismo sucede con *Miaccum* que ha querido verse en diferentes emplazamientos: en el despoblado de Meaques, en la casa de Campo (Blázquez), Collado-Villalba (Fernández Galiano), Guadarrama (Arias), o Monesterio (Rodríguez, 2007: 20).

<sup>65</sup> Las últimas investigaciones llevadas a cabo, parece probable que la antigua *Titultia* se encuentre en la en la población del mismo nombre (Polo y Valenciano, 2014).



siguiendo aproximadamente el cauce del Eresma llegaría a Segovia. Las propuestas acerca de su posible trazado son numerosas<sup>66</sup>, puesto que los restos conservados son muy escasos, -una alcantarilla en Santa María la Real de Nieva y otra existente en Lobones-. Creemos que la más posible es la que defiende Blanco (2002), desde *Canca* se dirigiría hacia Matabuey llegando al Cerro de Tormejón, y desde este, por la margen izquierda del Eresma llegar a la capital. Desde aquí, por el Cordel de Santillana buscaría atravesar la sierra a través del paso de la Fuenfría y continuar por la vertiente madrileña<sup>67</sup>.

La identificación de esta vía en la zona madrileña siempre ha planteado problemas; en la década de los 80 Mariné (1980, 1988, 1990) comenzó su estudio arqueológico, a los que siguieron las dudas de Fernández Troyano (1990). Posteriormente, los trabajos de Rodríguez Morales (2008, 2009, 2012), aclararon su recorrido en su descenso por el piedemonte madrileño.

Esta vía atraviesa la comunidad madrileña aproximadamente de norte a sur, procedente de Segovia atraviesa la sierra de Guadarrama a través del puerto de la Fuenfría. Desde aquí descendía por el Camino Viejo de Segovia hacia Collado Mediano (Rodríguez, 2009), donde poco antes de llegar saldría un posible ramal con dirección este, a través de Becerril, Manzanares y Soto del Real se dirigiría a *Complutum* (Fernández, Zarzalejos, y Rodríguez, 2017: 229), en este tramo se han recuperado varios miliarios, tres en Cercedilla<sup>68</sup> y uno, más al sur, en Galapagar<sup>69</sup>. Antes de cruzar la vía férrea se deja ligeramente hacia el este, la zona de *El Beneficio* (Jiménez, 2006), unida a la vía con un camino secundario; más abajo se sobrepasa el río Guadarrama y las vías ferroviarias donde se encontraron dos epígrafes funerarios, uno de ellos dedicado a los Lares (Hernández, 2013), donde podría evitar el paso a través de Galapagar discurriendo por la Cañada Real Segoviana hasta las inmediaciones de Valdemorillo, donde al alcanzar el asentamiento de Castillejo, la Cañada Real continuaría hacia Quijorna y Villamanta<sup>70</sup>, mientras que la vía parece dirigirse hacia Villanueva de la Cañada hasta la confluencia del río Aulencia y Guadarrama desde donde, continúa por la margen derecha del río, junto al rosario de yacimientos de cronología romano altoimperial que marcan su recorrido en dirección a Carranque Viejo (Fernández,

<sup>66</sup> Ceán, 1832; Saavedra, 1862; Blázquez, 1892, 1898, 1916; Taracena, 1934; Wattenberg, 1959; Fernández, 1962; Roldán, 1973; Mañanes y Solana, 1985; Arias, 1987, 1995, 2000; Fernández y otros, 1998, 2000; Blanco, 2002; Guerra, 2004.

<sup>67</sup> Ceán, 1832; Saavedra, 1862; Blázquez, 1892; 1898, 1911, 1912; Fuidio, 1934; Arias, 1963; Caballero, 1970; Roldán, 1973; Mariné, 1980, 1988; Mañanes y Solana, 1985; Fernández Galiano, 1989; Álvarez, 1990; Fernández Troyano, 1990; Arias, 1993; Caballero, 1996, 1997; Fernández y otros, 1998, 2000; Rodríguez, 2001, 2007; Caballero y otros, 2003, 2004; Jiménez, 2006.

<sup>68</sup> ILMadriD 0126; HEp 5, 1995, 551; ILMadriD 0125; HEp 5, 1995, 550; AE 1994, 105.

<sup>69</sup> HEp 11, 2001, 325

<sup>70</sup> Lugares estos donde se documentan numerosos restos arqueológicos e inscripciones.

Zarzalejos, y Rodríguez, 2017: 239; Fernández-Galiano, 1989). En este punto, la vía se divide, una hacia el este, en dirección Titulcia y otra dirección Toledo (Fernández-Galiano, 1989). O, también es posible que, antes de alcanzar Villanueva del Pardillo partiera un camino, con dirección suroeste que, tras pasar por las cercanías de Perales de Milla hacia Aldea del Fresno, donde posiblemente enlazaría con caminos provenientes de Villamanta y San Martín de Valdeiglesias, saldría de la provincia madrileña buscando la ciudad de *Caesarobriga* o la ruta que la unía con Toledo.

La otra vía destacada es la vía XXV del Itinerario de Antonino, en su recorrido por nuestra zona de estudio, unía *Toletum* con *Tituliam* y *Complutum con Arriaca*, enlazando la meseta sur con el valle del Ebro.

La vía, tras abandonar la ciudad toledana, debía discurrir por las proximidades del cauce del río Tajo, posiblemente hasta las proximidades de Aranjuez donde tomaría rumbo norte por el cauce del Jarama, discurriendo junto a Titulcia o *Tituliam*-empalme (Álvarez y Palomero, 1990: 53), siguiendo el rastro de los numerosos yacimientos con cronología romana existentes; pasando posiblemente cerca de Arganda del Rey<sup>71</sup>, a tomar la vega del Henares (Bermúdez, 2017: 256) hacia *Complutum*. Desde allí, siguiendo el mismo cauce dirección a *Arriaca* en Guadalajara.

Si ya es complicado conocer el recorrido de estas vías principales por el territorio madrileño y en extensión al resto, más lo es establecer el recorrido de las secundarias que eran realmente las que hacía posibles las comunicaciones a nivel local. Lo que sí podemos afirmar es que los tentáculos de las diferentes vías romanas llegaban hasta las zonas más recónditas, permitiendo la articulación de todo el territorio.

En este sentido, las *civitas* existentes en el territorio se conforman como nodos principales donde convergen algunas vías, de este modo nos sirven de aproximación a las mismas:

Eje este-oeste: esta vía, comunicaba los territorios y *civitates* principales situados en la cara septentrional del Sistema Central, enlazando el alto Duero con las tierras extremeñas. Este eje puede ser rastreado por el rosario de asentamientos documentados y algunos pequeños restos de su paso. De este modo, por el valle del Jerte, el puerto de Tornavacas, valle del Tormes, puerto de Villatoro<sup>72</sup>, valle del Adaja hasta alcanzar Ávila, continuando hacia Villacastín. En la actualidad, aparece sepultada bajo la carretera Ávila-Plasencia N-110. En la Antigüedad debió conectar, mediante ramales, con la Vía de la Plata, y con la vía

<sup>71</sup> CIL II 4914; ILER 1945; ILMadriD 124

<sup>72</sup> De aquí parte de su nombre “Calzadilla de Villatoro” o “Cordel de Tornavacas”.

XXIV del Itinerario de Antonino, en algún lugar entre Coca y Segovia, o más al sur en algún punto al pie del puerto de la Fuenfría (Mariné, 1995: 306). El rastro de su paso se aprecia en el alto de Tornavacas, donde se pueden documentar varios kilómetros (Rodríguez, 1981: 70); su paso sobre el Tormes en Barco de Ávila es controvertido, mientras unos creen ver en su puente vestigios romanos (Fuente, 1925: 37) otros no (Rodríguez, 1981: 71). Desde este punto hasta el puerto de Villatoro, en el valle del Corneja, se aprecian importantes restos de época romana. Tras sobrepasar el puerto buscaría el cauce del Adaja, por el que alcanzaría la ciudad abulense tras sobrepasar el puente romano. Desde Ávila continuaría hacia Segovia, discurriendo junto continúa a Mediana<sup>73</sup>, donde queda en pie el puente sobre el río Voltoya<sup>74</sup>, y hacia Villacastín. Desde aquí, parece que a través de varios asentamientos situados entre el río Moros y el Milanillos, continuaría hacia Navas de Riofrío<sup>75</sup>, donde existen restos de empedrado y enlaza con la ciudad segoviana. Desde ésta, se dirigiría la de Duratón por las proximidades de alguno de los asentamientos de época altoimperial conocidos; recorriendo, posiblemente, el piedemonte serrano, en paralelo a la Cañada Real Soriana Occidental<sup>76</sup>, buscaría la localidad de Riaza<sup>77</sup>. Desde aquí cruzaría el río Aguijesejo continuando hacia Santibáñez de Ayllón, y por la cara oriental de la sierra de las Cabras alcanzar el territorio y *civitas* de *Termes*.

- Otra posible vía, con dirección NW-SE, sería la que discurriendo próxima a Madrigal de las Altas Torres a través de la «Calzada de Cardeñosa» alcanzaría la ciudad abulense, enlazando el ramal 17 de Roldán (Roldán, 1971: 159) con la meseta sur discurriendo cercana a San Martín de Valdeiglesias. Este camino, hoy oculto en parte por la carretera, discurriría, antes de llegar a Ávila próximo a los yacimientos documentados en Cisla, Fontiveros, Crespos, San Pedro del Arroyo y Cardeñosa. En algunos lugares se pueden observar evidencias de su paso como algunos arceles, cortes en zonas rocosas, etc. Es posible que a partir de Cardeñosa se bifurcara en dos ramales, uno hacia Salamanca y otro hacia Arévalo (Rodríguez, 1981: 69).

Son varias las vías que pasarían o nacerían en *Confluentia* (Duratón), siendo esta *civitas* un importante nudo de comunicaciones a nivel regional: una vía permite enlazar las

---

<sup>73</sup> Hoja K-30 del TIR de 1931.

<sup>74</sup> Sobre la carretera el río Voltoya tiene un puente de un sólo arco, por el que debía discurrir una calzada (Rodríguez, 1981: 69).

<sup>75</sup> Fernández y otros, 1998: 33-34, 2000; Rodríguez, 2003; Barraca, 2006: 666.

<sup>76</sup> Tramo Duratón-Segovia: Molinero, 1954, p. 13; Zamora, 1987: 49; Martín et alii, 1990: 16-20; Fernández et alii, 1998, pp. 33-34; Barrio, p. 57; López Martínez Caballero, 2008, p. 199; 2010.

<sup>77</sup> Tramo *Termes*-Duratón: Taracena, 1934: 19, 1941: 22; Molinero, 1954: 13; Zamora, 1987: 49; Martín y otros, 1990: 16-20; Fernández y otros, 1998: 33-34; López, 2008; Martínez, 2008: 199, 2010.

ciudades de Segovia, *Confluentia* y *Rauda*<sup>78</sup>. Su recorrido entre *Confluentia* a *Rauda* parece discurrir por el valle del Bercimuel; coincidiendo con el tramo final de la vía que enlaza *Termes* con *Confluentia*, se bifurcaría en la zona de Grajera o de Sequero de Fresno para alcanzar el piedemonte oriental de La Serrezuela, donde en la zona de Montejo de la Vega de la Serrezuela, se conservan parte de los tajamares del puente del Vallejo del Charco. La vía continuaría dirección norte hacia *Rauda*.

Otra posible vía, en parte coincidente con la anterior enlazaría *Confluentia* con *Segontia Lanca*; desde la primera se dirigiría hacia la zona de Campo de San Pedro, dirección a Riaguas de San Bartolomé, cruzando el río Riaza en las proximidades de Valdeserracín, hacia el cauce del río Valdanzo buscando *Segontia Lanca*.

Una vía enlazaría *Confluentia* y la zona de salinas de *Segontia*<sup>79</sup>. Partiendo desde esta última con dirección a *Termes*, la vía de *Termes* a *Uxama* se bifurcaba en las proximidades de Romanillos (Guadalajara) para trazar una vía, cuyo topónimo actual es «Camino Salinero», que se dirigía por el sur de las Sierras de Pela y de las Cabras hacia la parte alta del valle del Aguijoso y la Sierra de Ayllón. Esta vía se unía a la de *Termes-Confluentia* en las proximidades de Santibáñez de Ayllón.

Una vía enlazaría dos de las grandes *civitas* de la zona, *Confluentia* y *Cauca*, aunque tan sólo podamos intuir parte de su trazado hasta alcanzar la zona de Cantalejo, bien discurriendo por Sepúlveda y Sebúlcor<sup>80</sup>; o bien discurriendo más al sur sin alcanzar Sepúlveda<sup>81</sup>. Desde aquí, la alineación de los asentamientos parecer marcar el camino hasta *Cauca*. Desde esta vía partiría un ramal en el área de Cantalejo para con dirección norte por la zona de San Miguel de Bernuy, donde en paralelo al Duratón, y pasando cerca de Los Sampedros, se dirigiría a *Pintia*<sup>82</sup>.

Un eje con trazado norte-sur debía atravesar las actuales provincias de Segovia y Madrid, uniendo *Complutum* con *Clunia* pasando por *Confluentia*, uniendo de esta manera, la meseta norte con la sur a través de los valles del Duratón y Jarama<sup>83</sup>. En este sentido el discurrir de la Cañada Real Segoviana pueden aportar indicios para su reconstrucción; desde *Confluentia* el camino buscaría Castillejo de Mesleón para girar posteriormente al sur y atravesar el puerto de Somosierra. Desde allí, con discurriría por el valle del Lozoya para alcanzar la zona de Torrelaguna y Talamanca del Jarama donde aparecen los restos de un

<sup>78</sup> Martínez, 2008, 2010.

<sup>79</sup> Martínez, 2008, 2010.

<sup>80</sup> Conte y Fernández, 1993: 143-145.

<sup>81</sup> Martínez, 2008: 200.

<sup>82</sup> Martínez, 2008.

<sup>83</sup> Abascal, 1982: 102-103; Jiménez, 1992: 21-22; Morín y otros, 2003: 181; Martínez, 2008: 668.

puente romano que sobrepasaba el Jarama, desde aquí se dirigiría hacia *Complutum*. En las proximidades de Torrelaguna se uniría con la vía que provenía del asentamiento de La Dehesa de la Oliva.

Desde la *civitas* de *Cauca* partirían varias vías, entre ellas la que la uniría con *Pintia*, cuyo trazado tan sólo podemos intuir<sup>84</sup>, que discurriría pasando por la zona de Cuéllar por el Camino de Valladolid.

Otra vía, posiblemente enlazaría la *civitas* de *Cauca* con la vía que recorre el valle de Amblés, partiendo de las proximidades de La Torre tras cruzar la sierra de Ávila, discurriendo por las proximidades de Sanchorreja y San Pedro del Arroyo continuaría en dirección a Arévalo atravesando junto a Cabizuela y Tiñosillos (Barraca, 2002: 668).

Esta posible vía enlazaría *Cauca* por Adanero, Mingorría para llegar a *Abula*, donde se encamina hacia el Puerto del Boquerón siguiendo el valle del Gaznata hasta El Tiemblo (Rodríguez, 1981: 74) desde donde se dirige a San Martín de Valdeiglesias (Mariné, 1995: 307).

Otra, que uniría *Cauca* con *Abula* por las proximidades de Adanero y Mingorría<sup>85</sup>.

Vía *Termes-Rauda*: en la zona de Saldaña de Ayllón-Ayllón la vía que une *Termes* y *Confluentia* se bifurcaría en un camino que enlazaría con *Rauda* discurriendo por el curso del Riaza, hasta adentrarse en tierras burgalesas<sup>86</sup>.

Otras vías tendrían un carácter más local, para articular el territorio:

Vía norte-sur (Calzada del Puerto de Mengamuñoz y del Pico): recorre, de norte a sur, la actual provincia abulense por su parte central. Debía arrancar desde la vía que discurría entre Simancas y Segovia, más concretamente a la altura de Coca u Olmedo buscando unirse por el sur con la vía que enlazaba Mérida y Zaragoza, tal vez dirigiéndose a *Caesaróbriga*.

La vía, desde Arévalo o sus proximidades discurre por la Moraña y valle Amblés (Mariné, 1995: 304), donde quedan algunos indicios de su paso, el lugar cerca de Arévalo donde posiblemente se sobrepasaba el Arevalillo; en las cercanías de San Pedro del Arroyo donde se delata su paso; entre Baterna y Blacha donde se sobrepasa el río Adaja o su paso por el municipio de La Torre. Tras sobrepasar este lugar se uniría a la vía que provenía de Ávila; esta tras abandonar la ciudad por el puente romano sobre el Adaja continúa bajo la

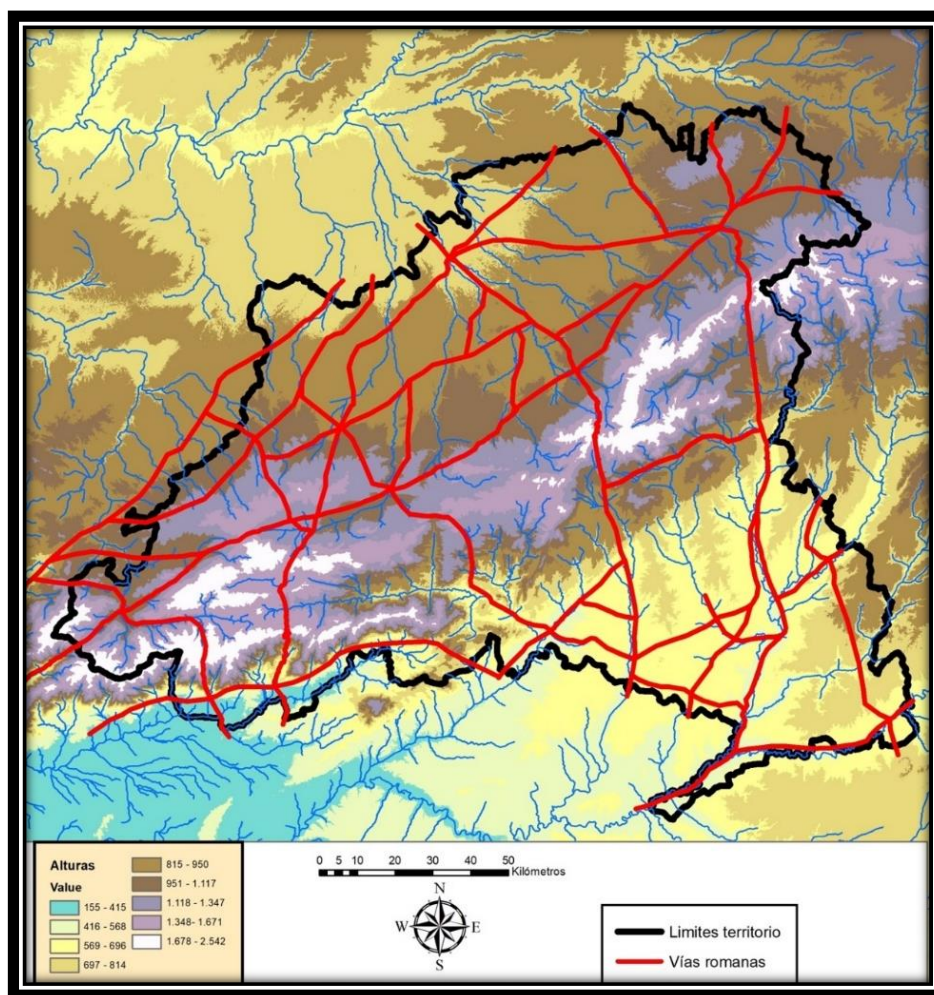
---

<sup>84</sup> Blanco, 2002.

<sup>85</sup> Barraca, 2002: 668.

<sup>86</sup> Martínez, 2008, 2010.

actual carretera a Arenas de San Pedro, en paralelo al río, pasa cerca de Gemuño; y prosigue hasta el Puente de los Cobos (Rodríguez, 1981: 72) después de atravesar Niharra y próxima a los restos romanos de «Pared de los Moros». La vía discurre muy cerca del santuario romano de Narros del Puerto, donde confluyen tres vías: Cruz de Hierro-Peñaranda de Bracamonte, Cruz de Hierro-Arévalo y Cruz de Hierro-Ávila (Hernando y Gamallo, 2004: 336). Tras coronar el puerto del Pico (Martínez Lillo, y otros, 1996: 172), ya en la ladera sur, se presenta la conocida Calzada del Puerto, donde se encuentran algunos de sus restos, pese a que hay investigadores que no consideran como romana parte de esta vía (Barraca, 2002, pág. 664). Al sureste de Arenas, entre este pueblo y Ramacastañas, existe un fragmento de calzada (Rodríguez, 1981: 73), a los que hay que sumar los puentes con un posible origen romano (Sánchez, y otros, 1993: 347).



*Figura 6.21: Reconstitución hipotética de las vías de comunicación en la zona de estudio.*

Otro eje norte-sur, comunicaría el valle Amblés con el del Tiétar, pasando por el del Alberche, salvando el Sistema Central a través de pasos, el Puerto de Menga (Martínez Lillo, y otros, 1996: 172);

Otra posible vía es la que desde la Vía de la Plata (Barraca, 2002: 666) a la altura de Béjar o poco después (Roldán, 1971: 159) recorre por las cercanías del Cerro del Berrueco hacia San Miguel de Corneja. Discurre por el valle este río, detectándose varios yacimientos en su recorrido. En San Bartolomé de Corneja aparecen restos de un camino empedrado con un paso de piedra sobre el Corneja hacia Piedrahita (Roldán, 1971: 159). Es posible que continuara por Villafranca de la Sierra donde se existe un tramo de calzada para salvar el Puerto de Chía (Barraca, 2002: 667).

Otra vía, con el mismo inicio que la anterior, pero continúa a partir de Puente del Congosto en dirección NE, hacia Narrillos del Álamo, donde se han localizado dos miliarios (Hernando y Gamallo, 2006), y Diego Álvaro, destacado núcleo urbano tardorromano y visigodo, desde donde debía partir un ramal hacia Pelayos (Salamanca). Continúa hacia San Miguel de Serrezuela, Cabezas del Villar y Blascomillán, donde posiblemente se bifurcase. Después avanza hacia Fontiveros para llegar finalmente a Palacios de Goda, donde se detectan diferentes yacimientos catalogados como villas de cronología altoimperial y tardía.

Otro posible camino enlazaría Peñaranda de Bracamonte con el puerto de Menga (Ferrándiz, Soba, Pinedo, y Martínez, 1990: 192); partiendo del ramal 17 de Roldán, por Peñaranda se dirige a la sierra de Ávila pasando por Blascomillán y Mirueña, para llegar a San Juan del Olmo. Cruza la sierra por el puerto de las Fuentes y posiblemente conectara con la vía del Jerte en Muñana (Barraca, 2002: 668) o Amavida (Mariné, 1995: 307). El camino continuaría hasta el Puerto de Menga tras sobrepasar Narros del Puerto (Hernando y Gamallo, 2004: 336).

Otra vía, con dirección SW-NE atravesaría la parte norte de la provincia, proveniente, posiblemente de las proximidades de Santa María la Real de Nieva, discurre cerca de Adanero, hacia El Oso para llegar a San Pedro del Arroyo (Barraca, 2002: 668).

Otro posible camino secundario recorrería la comarca de la Vera transversalmente, en paralelo al río Tiétar (Sánchez, y otros, 1993: 348), enlazando la Vía de la Plata y la calzada del Puerto del Pico, continuando hacia el este. La misma se puede rastrear a través de los restos de algunos puentes que conservan su origen romano (Martínez, y otros, 1996: 175)

Es posible que existiera un camino que aprovechara el paso del puerto de Candeleda hacia la zona septentrional de Gredos. Esta ruta, de carácter local, enlazaría las tierras del



alto Tormes con las tierras de Oropesa a través del puerto de Candeleda, enlazaría con la de unía *Emerita* con *Caesaraugusta* (Martínez, y otros, 1996: 176).

Otra posible vía sería el tramo de calzada conocido como el Camino de la Dehesa de Pedrezuela, al noroeste de Colmenar Viejo, en relación con una calzada transversal que enlazaría la vía XXIV del Itinerario de Antonino con Talamanca del Jarama, y de ahí con la vía *Emerita Augusta-Caesaraugusta* en *Complutum*<sup>87</sup>. Se trataría de una vía que discurriría junto al pico de San Pedro y Sierra de Hoyo de Manzanares, que pondría en comunicación el área de *mansio* de *Miacum* con la zona de La Dehesa de la Oliva. En relación con su trazado, algunos autores consideran un origen romano para los puentes de Alcanzorla (Torrelodones) y del Grajal (Colmenar Viejo)<sup>88</sup>.

Otra vía enlazaría la parte alta del río Jarama, desde las proximidades de la Dehesa de la Oliva con la vía XXIV a la altura de Collado Mediano, discurriendo por Guadalix, Soto del Real, Manzanares, Becerril, ... (Bermúdez, 2017: 249)

Junto a las anteriores, existían un destacado número de pequeños caminos, de carácter local, que servían para articular el territorio uniendo entre sí todas las citadas anteriormente, y cuyo rastro percibimos en algunos pequeños tramos.

Se ha planteado la existencia de una vía *Septimanca-Titulcia* a través de El Escorial, denominada Vía de la Machota (Arias, 1987: 376-379), que, partiendo del área de Cercedilla, desde la vía XXIV del Itinerario de Antonino dirigirse a El Escorial, Torre de Esteban Hambrán y llegar luego a Puebla de Montalbán<sup>89</sup>.

Finalmente se ha propuesto un camino integrado en la denominada «Vía del Esparto», procedente de *Carthago Nova* (Cartagena), con dirección a Salmantica por tierras abulenses<sup>90</sup> y madrileñas<sup>91</sup>.

### 6.5.5. Las comunicaciones en época tardoantigua (siglos V-VIII)

Parece fuera de toda duda que durante la tardoantigüedad continuaron en uso las vías de comunicación que se habían construido en la época anterior (Caballero, 2006), posiblemente con algunas transformaciones y adecuaciones a las necesidades de cada

---

<sup>87</sup> Domínguez, 2004.

<sup>88</sup> Fernández, 1994: 71-76.

<sup>89</sup> Arias, 1987: 376-379; Fernández y otros, 1998: 36.

<sup>90</sup> Arias, 1987:376-379; Fernández y otros, 1998: 36.

<sup>91</sup> Es la denominada por Arias como «vía del Esparto», que continuaría en dirección a Salamanca. Este autor supone el surgimiento de la ciudad de Madrid en el cruce de dos vías de comunicación; vías XXV y del Esparto que se cruzarían y quedarían fosilizadas en el viario y en la toponimia madrileña (Arias, 1987).

momento (Álvarez y Palomero, 1990: 57). Son numerosas las informaciones referentes al mantenimiento de gran parte de las vías de siglos anteriores durante la antigüedad tardía. Son varias las leyes incorporadas al *Liber Iudicum*, en las que se aprecia el interés mostrado por los monarcas visigodos por el mantenimiento de vías<sup>92</sup>.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que la situación de decadencia socioeconómica y los sucesos bélicos acontecidos durante los siglos posteriores a su construcción, hubieron de tener su impacto en vías y caminos, no afrontándose nuevas construcciones ni reparaciones de gran envergadura.

El mantenimiento de una red viaria como la existente sólo podía hacerse desde un estado unificado y capaz, que no habría de ser el visigodo (Álvarez y Palomero, 1990: 57); el resultado fue el deterioro general de los caminos y el abandono de muchos de ellos.

#### **6.5.6. Las comunicaciones a partir del siglo VIII**

La llegada de los musulmanes a la península se produce cuando aún estaban en uso una parte importante de las vías. En un principio, los musulmanes utilizaron las antiguas vías romanas para la conquista y ello explicaría, en parte, la rapidez de ésta. Una vez concluida, las necesidades de los recién llegados por controlar, administrar y poblar el territorio hicieron que se potenciaran aquellas que les fueron útiles, crearan las que necesitaban y otras fueran abandonadas.

Como conclusión del análisis de todas estas vías, pone de relieve la existencia de una serie de rutas de preferente utilización por los que la romanización se extendió, fueron el medio material imprescindible para el acercamiento del mundo romano al indígena y de éste entre sí. Las rutas, primero naturales, luego, al compás del tiempo, trazadas por la mano del hombre, determinan en buena parte el desarrollo de la conquista y, tras ella, el de la administración y poblamiento de los nuevos territorios. A lo largo de las mismas surgen los asentamientos en los que tendrá lugar la hibridación de ambos mundos; los caminos, de toda clase, fueron el vehículo imprescindible para la difusión de las ideas políticas y religiosas, por ellas se distribuyen los bienes y la cultura, haciendo que poco a poco el territorio y sus habitantes sufran una homogeneización, lo que habitualmente conocemos como romanización.

---

<sup>92</sup> *L.V.*, VIII, 4, 25 de Leovigildo (D'Ors, 1960: 172); *L.V.*, VII, 2, 17 de Leovigildo (D'Ors, 1960: 101 y 190); VIII,1,12 de Eurico, *L.V.*, VI, 4, 4 de Leovigildo (D'Ors: 1960: 119).



## Capítulo 7. LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA

Dentro de este capítulo iremos desgranando las informaciones arqueológicas recabadas en las diferentes áreas anteriormente delimitadas (figura 3.4).

### 7.1. ZONA I TIERRA LLANA-LA MORAÑA

Esta zona pertenece a la actual provincia de Ávila, situándose en la parte más septentrional de la misma, con una superficie de 2.607,6 km<sup>2</sup>. Este territorio queda enmarcado en la parte sur por las elevaciones de la sierra de Ávila, sin tener unas delimitaciones claras en el resto de las direcciones cardinales. Está surcada de sur a norte por los ríos Adaja y Voltoya, y un conjunto de ríos y arroyos que drenan las aguas de la sierra para llevarlas, como afluentes al Duero. Tiene una altitud media de 900 m sobre el nivel del mar; se trata de una tierra predominantemente llana, de suelos sedimentarios donde también aparecen pequeños oteros y colinas de suaves pendientes junto a algunos valles.



*Figura 7.1: Paisajes de las tierras llanas de Ávila.*

Presenta un clima continentalizado de inviernos fríos, donde las temperaturas mínimas pueden llegar a sobrepasar los -10C°, con veranos cortos y templados, con unas temperaturas máximas que suelen sobrepasar los 30C°. Las precipitaciones anuales se sitúan entre los 650 y 450 mm, presentándose principalmente en otoño y primavera, con un

período seco de entre 2 y 3 meses de duración. Unas tierras cuya dedicación tradicional ha sido el cultivo del cereal alternado con legumbres junto a los característicos rebaños de ovejas. Se encuentran regadas por las aguas del río Adaja que aporta las recogidas en el valle de Amblés y sus afluentes; su presencia favorece la existencia de zonas húmedas con algunos bosques de ribera junto a algunos pequeños bosques aislados y pinares. Durante el siglo pasado, el tradicional paisaje cerealista se vio transformado por la presencia de cultivos de regadío, que obtenían aguas de manantiales subterráneos. Estos cultivos, principalmente la remolacha azucarera invirtió la economía de la comarca.

### 7.1.1. La II Edad del Hierro

#### 7.1.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En estos momentos conocemos únicamente dos yacimientos, que podemos englobar dentro de la tipología de castros; uno *La Tejada* (Orbita), situado en una horquilla fluvial junto al río Adaja, cuyo encajamiento posibilita la existencia de importantes defensas naturales, teniendo una única posibilidad de acceso.

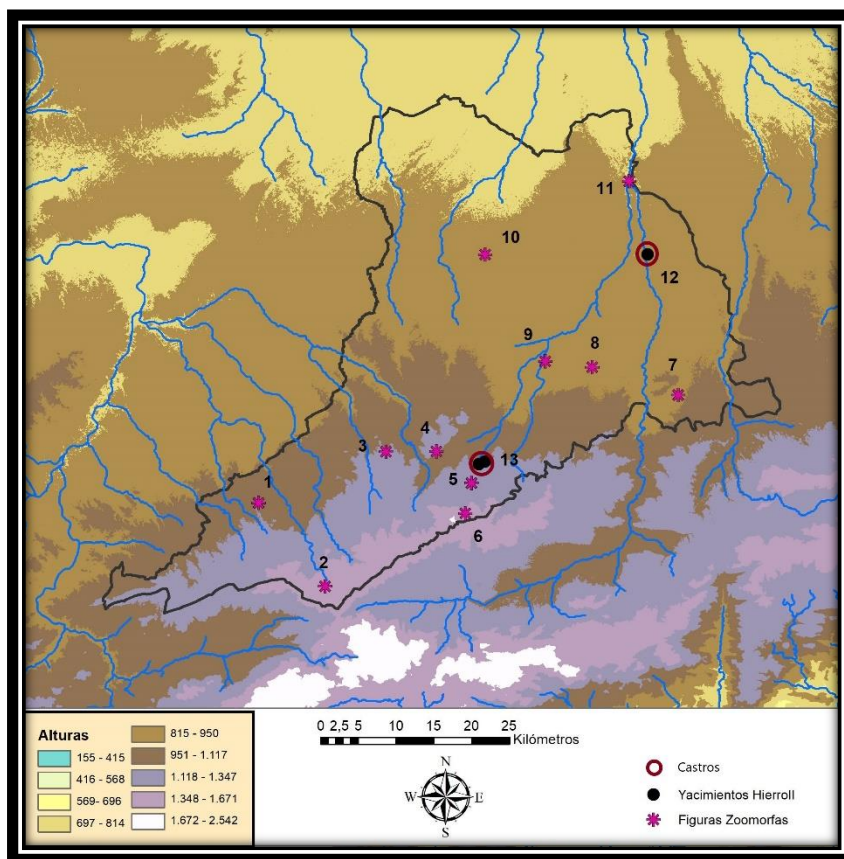


*Figura 7.2: Detalle del campo de piedras hincadas establecido con fines defensivos existente en el castro de la Mesa de Miranda.*

El otro es el castro de la *Mesa de Miranda* (Chamartín), situado sobre una zona amesetada, también en una horquilla fluvial en el piedemonte septentrional de la sierra de Ávila, con más de 30 Has de superficie. El emplazamiento, al igual que el anterior, cuenta con un único acceso posible. Está compuesto por tres recintos amurallados en el interior de los que se encuentran importantes restos arqueológicos y una necrópolis compuesta por cinco zonas de uso consecutivo. Esta necrópolis fue completamente excavada (Cabré,



Cabré, y Molinero, 1950) en la década de los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Su cronología fue establecida sobre finales del siglo III y principios del II a.C., sin embargo, la construcción de parte de la muralla del tercer sector sobre parte de la necrópolis puede sugerir un abandono más dentro del siglo II a.C. (Fernández, 1998: 149). Relacionadas con el castro se conocen varias esculturas zoomorfas, todas ellas bóvidos.



*Figura 7.3: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Esculturas zoomorfas: 1. S. Miguel de Serrezuela (2), 2. Villanueva del Campillo (2); 3. Mirueña de los Infanzones (1); 4. Solana de Rioalmar (1); 5. Chamartín de la Sierra (5); 6. Narrillos del Rebollar (1); 7. Sto. Domingo de las Posadas (2); 8. El Oso (1); 9. Papatrigo (1); 10. Bernuy-Zapardiel (1); Arévalo (4). Yacimientos: 12. La Tejada (Órbita)(Seguro); 13 La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra) (Posible).*

En ambos asentamientos se han documentado materiales cerámicos de similares características: cerámicas a mano peinadas del grupo Cogotas II y cerámicas a torno pintadas con ondulaciones y semicírculos o segmentos concéntricos. Los asentamientos se encuentran separados entre sí unos 35 km; las distancias con otros asentamientos oscilan entre los 9 km entre el castro de Miranda y *Los Castillejos* o los 38 km existentes entre *La Tejada* y esta último. En cuanto a las distancias con respecto a los recursos hídricos, ambos asentamientos los tenían relativamente cercanos, en el caso de la Mesa, se encuentra a unos 700 m, mientras que *La Tejada* se encontraba más próximo, alrededor de 400 m.

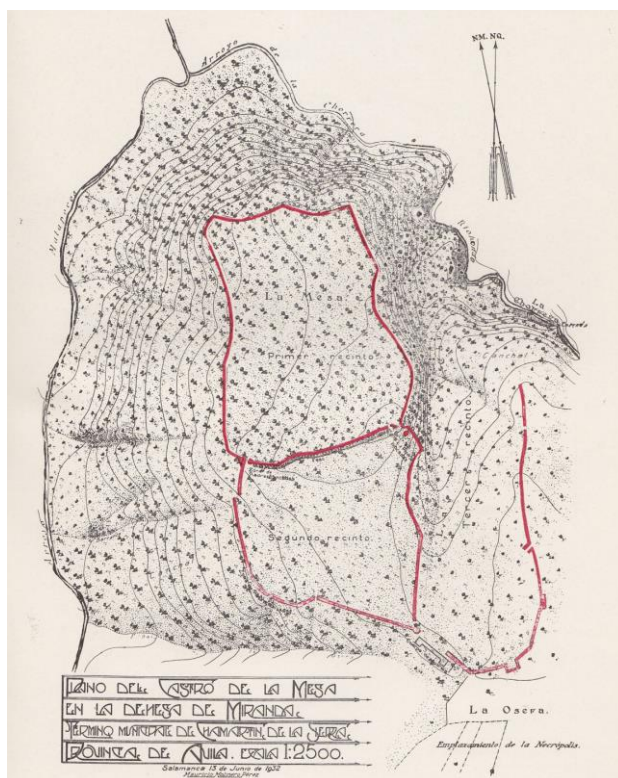


Figura 7.4: Croquis del oppidum de la Mesa de Miranda (A. Molinero, 1958).

### 7.1.1.2. Las esculturas zoomorfas

En esta zona se conocen hasta 11 lugares donde se han documentado figuras zoomorfas (figura 7.3, tabla 7.2). En Arévalo se documentaron cuatro figuras, todas ellas toros (Manglano, 2013)<sup>93</sup>; en Bernuy Zapardiel una figura de carácter indeterminado (Álvarez-Sanchís, 1999: 349)<sup>94</sup>; en Santo Domingo de las Posadas dos, un toro y una indeterminada<sup>95</sup>; en El Oso un cerdo<sup>96</sup>; en Papatrigo dos, ambos correspondientes a toros<sup>97</sup>; en Chamartín aparecen cinco, cuatro de ellas correspondientes a toros y una indeterminada<sup>98</sup>, una de ellas fechadas entre los siglos IV-II a.C.; en Narrillos del Rebollar una figura indeterminada<sup>99</sup>; en Solana de Rioalmar una correspondiente a un toro<sup>100</sup>; en Mirueña de los Infanzones cuatro figuras de toro<sup>101</sup>; en San Miguel de Serrezuela dos

<sup>93</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 176, 190, 215, y 275-277. Manglano, 2013: 17-20.

<sup>94</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 215; 236. Manglano, 2013: 84.

<sup>95</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 353. Manglano, 2013: 275-276.

<sup>96</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 351. Manglano, 2013: 137.

<sup>97</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 352. Manglano, 2013: 240-241.

<sup>98</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 350. Manglano, 2013: 121-125.

<sup>99</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 351. Manglano, 2013: 236.

<sup>100</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 353. Manglano, 2013: 285.

<sup>101</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 351. Manglano, 2013: 197-200.



figuras pertenecientes a toros<sup>102</sup> y en Villanueva del Campillo dos figuras, una de un toro y otra de cerdo<sup>103</sup>.

Verracos	Número	Toros	Cerdos	Indeterminado
Arévalo	4	4		
Bernuy Zapardiel	1			1
S. Domingo de las Posadas	2	1		1
El Oso	1		1	
Papatrigo	2	2		
Chamartín	5	4		1
Narrillos del Rebollar	1			1
Solana de Rioalmar	1	1		
Mirueña de los Infanzones	4	4		
San Miguel de Serrezuela	2	2		
Villanueva del Campillo	2	1	1	
<b>Totales</b>	<b>25</b>	<b>19</b>	<b>2</b>	<b>4</b>

Tabla 7.1: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.

La mayoría de ellos son de pequeñas dimensiones, pero entre ellos destacan dos, una de las localizadas en Chamartín en el lugar denominado «El Palomar»<sup>104</sup>, muy próximo al castro de *La Mesa de Chamartín*, y que en la actualidad se localiza en la plaza del pueblo y la otra se encuentra en Villanueva del Campillo, encontrada en el lugar del «Campo del Toro»<sup>105</sup>, siendo la mayor escultura de este tipo realizada por los vettones (figura 7.5).



Figura 7.5: Figura zoomorfa (verraco) de Villanueva del Campillo.

<sup>102</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 352 y 353. Manglano, 2013: 269-270.

<sup>103</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 355 y 356. Manglano, 2013: 353-354.

<sup>104</sup> Cabré y otros, 1932: 21; Molinero 1933: 434; López, 1989: 63.

<sup>105</sup> Hernández 1982: 223; Arias y otros, 1986: 125; López, 1989: 79; Larrén 1990: 249.

Dentro de esta clasificación destaca la relación entre las clasificadas como toros y las de cerdos, mantenido aproximadamente la relación existente en otras zonas entre las diferentes especies.

### 7.1.2. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.1.2.1. Los asentamientos

De esta etapa cronológica tenemos documentados 35 yacimientos, de los que 13 se consideran como seguros mientras que 22 se consideran como posibles.

Los yacimientos de esta época pueden ser clasificados de diferentes tipologías. Aquellos asentamientos que pueden ser considerados como villas, son las situadas en *Los Secadales* (Arévalo), *Las Torrecillas I* (Blascomillán), *El Tesoro* (Crespos) y *Las Vegas* (Solana de Rioalmar). Hay otros asentamientos que posiblemente sean villas como *La Guirala* (Bercial de Zapardiel), *La Ermita* (Fuentes de Año), *Las Claveranas* (Mancera de Arriba), *El Torreón* (Nava de Arévalo), *Navapalacios* (S. Juan del Olmo), *Orejuela* (Mirueña de los Infanzones) y *El Vergel II* (S. Pedro del Arroyo). Estas villas, o al menos la parte más destacada de la misma, parecen surgir durante el período tardorromano, aunque, posiblemente, algunas de ellas tuvieran un origen en la época bajoimperial.

Las cuatro *villae*, consideradas como seguras, se distribuyen por la zona central de la zona de estudio, en terrenos no demasiado elevados salvo *Las Vegas* (Solana de Rioalmar), situada sobre los 1.080 m, prefiriendo por tanto las zonas de transición entre las zonas más bajas y los pastos de altura. Las tres primeras parecen situarse en una diagonal noreste-suroeste que sugiere el discurrir por sus inmediaciones de la vía de comunicación que en la zona de Narrillos del Álamo está marcada por la presencia de sendos miliarios. *Las Vegas* se sitúa algo más alejada de una vía de comunicación, junto al río Almar, controlando en cierto modo el acceso a las zonas altas de la sierra de Ávila por el cauce de este río. En todas ellas se documentan la presencia de numerosos materiales constructivos, abundante cantidad de tégula, numerosos fragmentos de materiales cerámicos que se pueden englobar en dos tipos de producciones: de almacenamiento y cocina, destacando la presencia de *Terra Sigillata* (TS)<sup>106</sup> y *Terra Sigillata Hispánica* (TSH)<sup>107</sup>. Cabe destacar *Las Torrecillas I*

<sup>106</sup> Bien Sudgálica: cerámicas de mesa recubierta con un barniz rojo; que suele aparecer en contextos fechados entre la segunda mitad del s. I a.C. y primera mitad del I d.C., extendiéndose su producción desde la zona del Arezzo. En Hispania viene a sustituir a la campaniense que se vincula en el interior peninsular, preferentemente, a momentos republicanos. Su presencia se vincula en el interior peninsular a los movimientos de tropas romanas. En este caso, se han relacionado con el incremento de los intercambios

(Blascomillán) donde se han identificado restos de estructuras realizadas en *opus caementicium* que podrían corresponder con sendos extremos absidiales o poligonales de una construcción destacada.

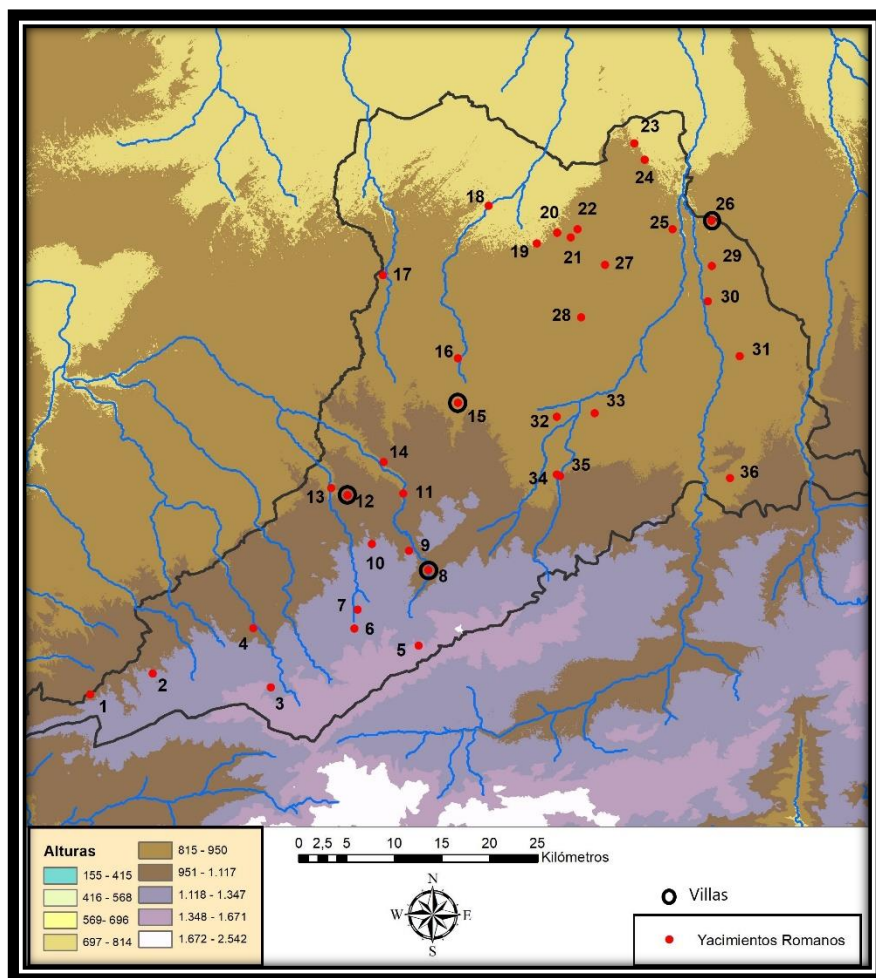


Figura 7.6: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Quintanas (Narrillos del Álamo) (Seguro); 2. Calzadilla (Zapardiel de la Cañada) (Posible); 3. Pascual Blasco (Villanueva del Campillo) (P); 4. Cercado de la Nava (Cabeza del Villar) (P); 5. La Lámpara (Martínez) (P); 6. Navapalacios (S. Juan del Olmo) (P); 7. La Casera (Hurtumpascual) (P); 8. Las Vegas (Solana de Ríoalmar) (S); 9. Orejuela (Mirueña de los Infanzones) (P); 10. El Herral (Mirueña de los Infanzones) (S); 11. Las Torrecillas II (Blascomillán) (S); 12. Las Torrecillas I (Blascomillán) (S); 13. Las Claraveranas (Mancera de Arriba) (P); 14. Tras el Puente (Blascomillán) (S); 15. El Tesoro (Crespos) (S); 16. Fuente de Jaraíces (Rivilla de Barajas) (P); 17. Alto del Milano (Rasueros) (P); 18. La Guirala (Bercial de Zapardiel) (P); 19. La Ermita (Fuentes de Año) (P); 20. Reboyo (Villanueva del Aceral) (P); 21. La Malena (Villanueva del Aceral) (P); 22. Alto del Moro (Villanueva del Aceral) (P); 23. Santa María (Palacios de Goda) (P); 24. La Olmedilla (Palacios de Goda) (P); 25. Lugarejo (Arévalo) (S); 26. Los Secadales (Arévalo) (S); 27. El Torreón

comerciales (Centeno, 2006: 100). O bien Itálica: cerámica fina de mesa, fabricada en el sur de la Galia; se caracteriza por su pasta rosácea con un barniz rojo oscuro muy denso y brillante; se fechan comúnmente hacia el final de la primera mitad del siglo I d.C. (Centeno, 2006, pág. 101).

<sup>107</sup> Se trata de cerámicas caracterizadas por el color rosáceo de sus pastas y rojizo de sus barnices. Su producción ocupa desde la segunda mitad del siglo I d.C. hasta el III. Entre los alfares donde se fabricaron destacan Tricio y Andújar, además de aquellos otros alfares que las suministraban con un nivel más local.

(Nava de Arévalo)(P); 28. *El Villar (Donjimeno)*(S); 29. *El Pinarillo (Espinosa de los Caballeros)* (S); 30. *La Tejada (Gutierre Muñoz)*(P); 31. *La Carramata (Pajares de Adaja)* (S); 32. *La Ermita del Campo (Narros de Salduña)*(P); 33. *El Senderillo (Papatrigo)*(S); 34. *El Vergel II (S. Pedro del Arroyo)*(P); 35. *El Vergel I (S. Pedro del Arroyo)* (P); 36. *Prado Carretero (Pozanco)* (P).

El resto de los asentamientos clasificados como posibles villas pueden haber surgido en esta época como simples asentamientos y haberse ido transformando o monumentalizado en momentos posteriores.

Se han documentado restos cerámicos de tradición indígena, con decoración pintada a base de bandas en *La Olmedilla I* (Palacios de Goda), *Santa María* (Palacios de Goda) y *El Vergel I*, que podrían mostrar algunos de los asentamientos donde se documenta la transición entre la época indígena y la romana altoimperial. En *El Herral* (Mirueña de los Infanzones) se documentan los conocidos como «platos legionarios» que también servirían de elemento transicional (Centeno y Quintana, 2005: 227). *Santa María* y *La Olmedilla* se emplazan en los terrenos más bajos de la zona, junto al discurrir de la Cañada Real Leonesa Occidental.

En *El Vergel I* se documentan fondos de cabaña, vinculados a la actividad pastoril, que, aunque se han fechado, probablemente, en época tardorromana, pudieran corresponder a esta época o anterior. Este yacimiento, junto a *El Vergel II*, villa tardorromana, se sitúan junto al paso de la Cañada Real Leonesa Occidental, con la que sin duda estarían relacionados y el discurrir de una de las vías de comunicación romanas. El yacimiento de *Pascual Blasco* (Villanueva del Campillo), se sitúa en un lugar elevado, a una altura de 1.295 m, donde se localizan fragmentos de TS, fragmentos cerámicos a torno de aspecto tosco, junto a restos de tégula, ímbrices y ladrillos macizos; su disposición revela una dedicación más que posible a la explotación ganadera.

### 7.1.2.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos en la actualidad un conjunto de nueve documentos de época romana (figura 7.7). Dos de ellos son miliarios, ambos localizados en Narrillos del Álamo (Hernando, 2006), uno con la indicación de 52 millas y el otro sin texto; su leyenda y descripción general no permiten establecer una cronología precisa, pero sí delatan la existencia del paso una vía.

En San Pedro de Arroyo se han localizado tres documentos, dos de carácter funerario y otra un mosaico dedicado a Meleagro, este datado en época tardorromana (ss. IV-V), en la villa de esta población. Las de carácter funerario se tratan de dos estelas

fragmentadas, una de ellas, con el texto muy deteriorado, con la representación de dos retratos esquemáticos<sup>108</sup>, mientras que la otra parece pertenecer a un siervo<sup>109</sup>; en cuanto al mosaico<sup>110</sup>, presenta la inscripción *Storia Meleagri*, y aparece la escena cinegética que representa el tema de Meleagro y el jabalí de Calidonia.

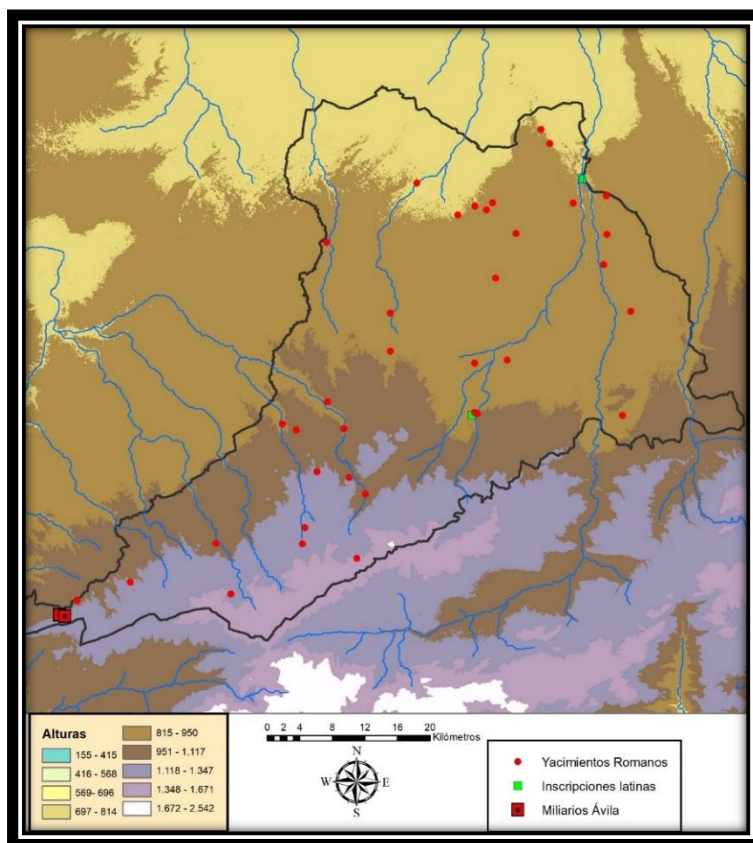


Figura 7.7: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En cuanto a las localizadas en Arévalo se trata de cuatro inscripciones de carácter funerario: el primero, es un monumento fragmentado, realizado en granito, que hace referencia a una de los grupos de parentesco, posiblemente *[Cor]oniq(um)*<sup>111</sup>, fechada en el siglo II d.C.; en el segundo aparece el grupo *Letondiquom*<sup>112</sup>, con similar cronología que el anterior; los dos siguientes son dos estelas en granito, una dedicada a *Munatia*<sup>113</sup>, que presenta decoración con motivos indígenas, y una cronología establecida en el siglo I d.C.;

<sup>108</sup> Mariné, 2008, 19; HEp 17, 2008, 3.

<sup>109</sup> Mariné, 2008, 20; HEp 17, 2008, 4.

<sup>110</sup> Cabrero, 2009: 193-203.

<sup>111</sup> HEp 4, 1994, 107; ERAv 55.

<sup>112</sup> HEp 4, 1994, 110.

<sup>113</sup> La estela tiene forma rectangular con la cabecera rematada en semicírculo, decorada con diversos símbolos: bajo una especie de arco se aprecia un creciente lunar rebajado sobre cuyos cuernos se dibujaron dos pequeñas estrellas; HEp 4, 1994, 113; ERAv 47.



mientras que la última está dedicada a *Mustaro, liberto de Crispiano*<sup>114</sup>, donde de nuevo aparecen dos retratos esquemáticos en su parte inferior, fechada en el siglo II d.C.

### 7.1.3. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)

#### 7.1.3.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)

En esta época tenemos documentados un total de 80 yacimientos, de los que 49 son considerados como seguros mientras que 31 son posibles. Se caracteriza por una generalización del poblamiento, buscando poner en explotación los diversos ecosistemas presentes en el territorio.

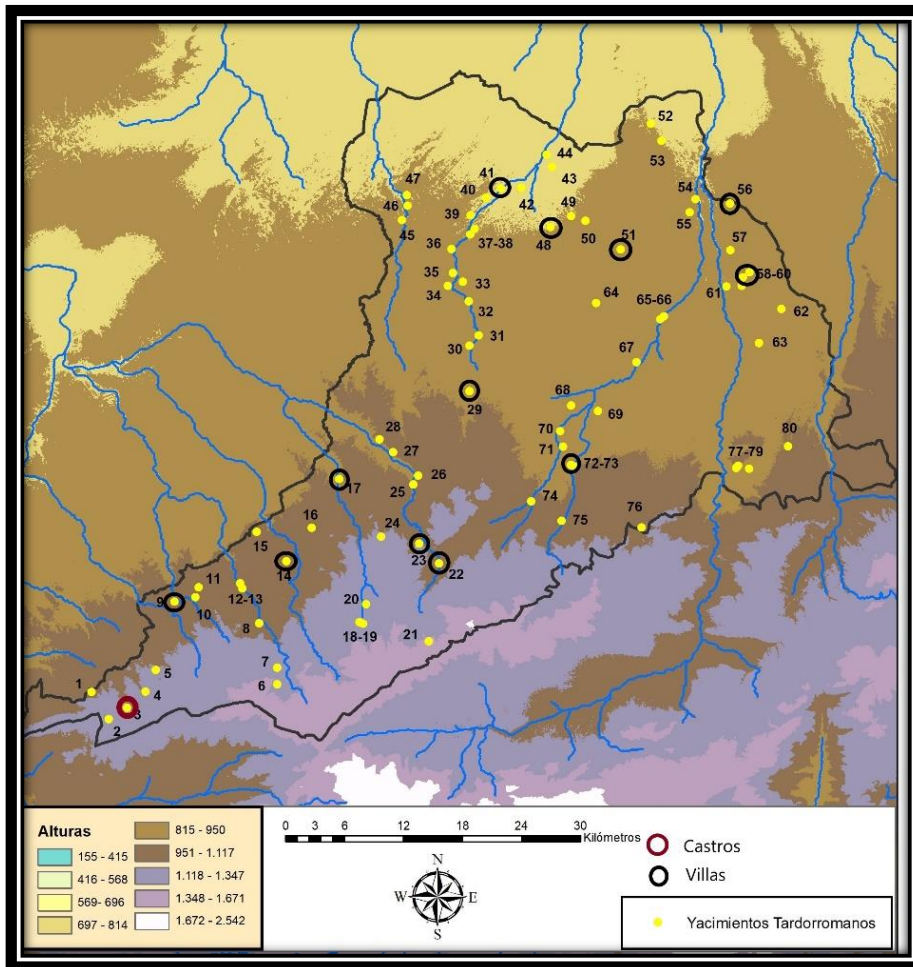


Figura 7.8: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Quintanas (Narrillos del Álamo) (Posible); 2. Narra (El Mirón) (P); 3. Las Tres Cruces (El Mirón) (Seguro); 4. Valleiglesias (Arevalillo) (P); 5. Calzadilla (Zapardiel de la Cañada) (P); 6. Pascual Blasco (Villanueva del Campillo) (P); 7. Navagamellas (Villanueva del Campillo) (P); 8. Cervado de la Nava (Cabezas del Villar) (P); 9. El Chorrillo (Diego Álvaro) (S); 10. Prado Hollera (Diego Álvaro) (P); 11. La Romarina (S. Miguel de la Serrezuela) (S); 12. La Vera (S. Miguel de la Serrezuela) (P); 13. Las Charcas (S.

<sup>114</sup> HEp 4, 1994, 114; ERAv 48.

*Miguel de la Serrezuela* (P); 14. *El Ferial* (Cabezas del Villar) (S); 15. *Fuente de la Zorra* (Cabezas del Villar) (S); 16. *Fuente de Sta. María* (Cabezas del Villar) (P); 17. *Las Claveranas* (Mancera de Arriba) (S); 18. *El Horno del Moro* (Hurtumpascual) (P); 19. *Navapalacios* (S. Juan del Olmo) (S); 20. *La Casera* (Hurtumpascual) (P); 21. *La Lámpara* (Martínez) (S); 22. *Las Vegas* (Solana de Rioalmar) (S); 23. *Orejuela* (Mirueña de los Infanzones) (S); 24. *El Herral* (Mirueña de los Infanzones) (S); 25. *Las Torrecillas II* (Blascomillán) (S); 26. *Los Entierros* (Blascomillán) (S); 27. *Tras el Puente* (Blascomillán) (S); 28. *Los Barrancos I* (Blascomillán) (P); 29. *El Tesoro* (Crespos) (S); 30. *Fuente de Jaraíces* (Rivilla de Barajas) (P); 31. *Cantos Blancos* (Fontiveros) (S); 32. *Valdeborcajos* (Cantiveros) (P); 33. *La Horca* (Cisla) (S); 34. *Valdelosantos* (Cisla) (S); 35. *La Iglesia II* (Cisla) (S); 36. *Río Lobos* (Mamblas) (S); 37. *La Gallega* (Mamblas) (S); 38. *Los Tejares* (Mamblas) (S); 39. *El Alto del Tesoro* (Bercial de Zapardiel) (S); 40. *San Martín* (Bercial de Zapardiel) (S); 41. *La Guirala* (Bercial de Zapardiel) (P); 42. *La Campanera* (Barromán) (S); 43. *Las Malenas* (Castellanos de Zapardiel) (P); 44. *Las Vegas* (Castellanos de Zapardiel) (S); 45. *El Naval* (Rasueros) (S); 46. *El Rengao* (Rasueros) (S); 47. *La Lamparilla* (Rasueros) (S); 48. *La Ermita* (Fuentes de Año) (S); 49. *Rehoyo* (Villanueva del Aceral) (P); 50. *La Malena* (Villanueva del Aceral) (S); 51. *El Torreón* (Nava de Arévalo) (S); 52. *Santa María* (Palacios de Goda) (P); 53. *La Olmedilla I* (Palacios de Goda) (S); 54. *El Cubo* (Arévalo) (S); 55. *Lugarejo* (Arévalo) (S); 56. *Los Secadales* (Arévalo) (S); 57. *El Pinarillo* (Espinosa de los Caballeros) (S); 58. *Las Hilejas* (Órbita) (S); 59. *Las Rejas* (Órbita) (S); 60. *La Solanilla* (Gutierre Muñoz) (P); 61. *La Tejada* (Gutierre Muñoz) (P); 62. *Prado S. Antón* (Adanero) (P); 63. *La Carramata* (Pajares de Adaja) (S); 64. *El Villar* (Donjimeno) (S); 65. *Molino de la Manotera* (Pedro Rodríguez) (P); 66. *El Chorrillo* (Pedro Rodríguez) (P); 67. *Los Villares* (Cabizuela) (S); 68. *La Ermita del Campo* (Narros de Salduña) (S); 69. *Las Pulgas* (Papatrigo) (P); 70. *Calzada Vieja* (Albornos) (S); 71. *Ortigosa* (Albornos) (P); 72. *El Vergel II* (S. Pedro del Arroyo) (S); 73. *El Vergel I* (S. Pedro del Arroyo) (S); 74. *Las Corralizas* (Brabos) (S); 75. *Romanillos* (Villaflor) (P); 76. *Los Molinillos* (Monsalúpe) (P); 77. *Las Lanchares* (Pozaanco) (S); 78. *La Regalíz* (Pozaanco) (P); 79. *Prado Carretero* (Pozaanco) (S); 80. *Maluco* (Velayos) (S).

Los asentamientos buscan, preferentemente, las proximidades de los cursos fluviales, continuos o temporales, situándose a menos de 1.000 m de estos. Hay algunos que se encuentran alejados de cursos fluviales importantes, pero que se sitúan junto al discurrir de las vías de comunicación.

En cuanto a aquellos asentamientos considerados como villas, tenemos documentadas un total de doce yacimientos: *Los Secadales* (Arévalo), *La Guirala* (Bercial de Zapardiel), *El Ferial* (Cabezas del Villar), *El Tesoro* (Crespos), *La Ermita* (Fuentes de Año), *Las Claveranas* (Mancera de Arriba), *Orejuela* (Mirueña de los Infanzones), *El Torreón* (Nava de Arévalo), *Las Hilejas* (Órbita), *Las Rejas* (Órbita)<sup>115</sup>, *El Vergel II* (S. Pedro del Arroyo), *Las Vegas* (Solana de Rioalmar), *El Chorrillo* (Diego del Carpio). Unas pocas, presentan restos de mosaicos: *La Ermita* (Fuentes de Año), *Las Claveranas* (Mancera de Arriba)<sup>116</sup>, *El Torreón* (Nava de Arévalo)<sup>117</sup> y *El Vergel II* (S. Pedro del Arroyo). Estas villas rurales, alejadas de las grandes urbes, acogerían a los elementos más importantes de la sociedad romana del momento, donde se rodeaban de grandes lujos y podían disfrutar de algunos de sus

<sup>115</sup> Estos dos yacimientos situados en Órbita, dadas su cercanía posiblemente formaran parte del mismo asentamiento.

<sup>116</sup> En esta *villae* se han documentado numerosas estancias, en varias de ellas aparecen sus suelos recubiertos con mosaicos, en este caso con el destacado mosaico de Meleagro y el jabalí de Calidón, descubierto en 2006, datado en el siglo IV d.C.

<sup>117</sup> El mosaico de esta villa fue recuperado y se encuentra expuesto en el Museo de Ávila junto con la escultura de Tritón de allí recuperada.



entretenimientos principales, como la caza. En ellas aparecen numerosos restos constructivos y cerámicos. Se trata de asentamientos dotados de buenos recursos económicos en un momento de gran éxito de este tipo de asentamientos rurales que funcionan como células económicas autosuficientes.



**Página / 170** *Figura 7.9: Grupo escultórico en mármol de Tritón y Nereida, conservado en el Museo de Ávila, recuperados junto al mosaico geométrico de la villa de El Torreón, también en el mismo museo. Este tipo de iconografía se relaciona con las fuentes o las zonas de baños.*

*Los Tejares* (Mamblas) parece ser un yacimiento destacado, en él se han recuperado fragmentos de estuco pintado, algunos presentaban bandas decoradas, monedas romanas (una de Constantino), una máscara en mármol, además de numerosos fragmentos de TSHt lisa y decorada.

Hay otros asentamientos que podemos considerar instalaciones agropecurias o industriales, como *Las Torrecillas II* (Blascomillán) posiblemente un centro de transformación de materias primas en relación con la cercana villa de *Las Torrecillas I*. En *El Alto del Tesoro* (Bercial de Zapardiel) se documentó la existencia de restos de un horno hoy desaparecido, posiblemente dedicado a la fabricación de vidrio. En otros yacimientos se documenta la presencia de escorias de hierro, fruto de las actividades industriales de estas comunidades, como en *La Campanera* (Barromán), *La Ermita del Campo* (Narros de Saldueña), *La Carramata* (Pajares de Adaja), *Las Pulgas* (Papatrigo) y *Ribera de los Moros* (El

Fresno). En relación con la *villae* de *El Chorrillo* (Diego del Carpio) se documenta una zona de alfar y horno; y en *Horno del Moro* (Hurtumpascual) se documenta un afloramiento granítico del que se extraían materiales para su transformación.

En un momento avanzado de esta época, surgen algunos lugares situados en altura como en el *Cerro del Castillo* (El Mirón) donde se recuperó un conjunto de 21 monedas de finales del siglo IV junto con TSHt; se trata de un lugar con control visual sobre la vega del río Corneja.

En cuanto a los lugares de enterramiento, las necrópolis, son varias las referenciadas. Conocemos necrópolis de inhumación en *Los Entierros* (Blascomillán) que debemos poner en relación con la villa de *Las Torrecillas I*; *El Ferial*, se trata de una villa donde se ha documentado una sepultura de inhumación a base de téglas con ajuar de elementos metálicos (lanza, puñal, crátera...); y próximas a ella se documentaron otras tres, también a base de téglas. En *La Lámpara* (Martínez) se localizó un sarcófago monolítico en granito atribuido, en principio a esta época. En *El Vergel I* (S. Pedro del Arroyo) en relación con la villa de *El Vergel II*, se recuperaron un total de 23 inhumados procedentes de 19 estructuras funerarias, con una cronología entre los siglos IV-VI. En *El Chorrillo*, donde junto a la villa se documentaron 10 inhumaciones realizadas a base de lajas y téglas. En *Valdeborcayo* (Cantiveros), se excavó parte de una necrópolis en la que se documentaron 13 tumbas en fosa sin estructura, buena parte de ellas con reducciones acompañando al cadáver y en dos de ellas se documentó la presencia de monedas.

Además de los anteriores, se documenta una pléyade de asentamientos de diferentes tamaños, que se distribuyen por casi todo el territorio. En la gran mayoría aparecen restos de material constructivo, algunos restos de muros y sobre todo tejas curvas o planas, algunas de las cuales se presentan con digitaciones; fragmentos cerámicos de TSH, TSHt de pastas muy diferentes, pero sobre todo cerámicas comunes de pastas poco decantadas, normalmente a torno, de cocciones preferentemente oxidantes, entre las que aparecen tanto de mesa, cocina como almacenamiento.

En *El Vergel I* (S. Pedro del Arroyo), como ya indicamos anteriormente, se documentó un fondo de cabaña delimitado por postes realizado sobre el nivel geológico, relacionado con la actividad pastoril.

### 7.1.3.2. La época visigoda (ss. VI-VIII d.C.)

En esta zona tenemos un total de 62 yacimientos con esta cronología, de los que 14 son seguros y 48 posibles. La gran mayoría son asentamientos en los que se caracterizados por la presencia de cerámicas toscas, realizadas a torno o torneta, con pastas poco decantadas con desgrasantes cuarcíticos y micáceos, y algunas decoraciones en zig-zag. En cuanto a los lugares que denotan transformaciones de materias primas, son varios en los que se documenta la presencia de escorias de hierro (*San Martín*, o *Molino de Imposible II*).

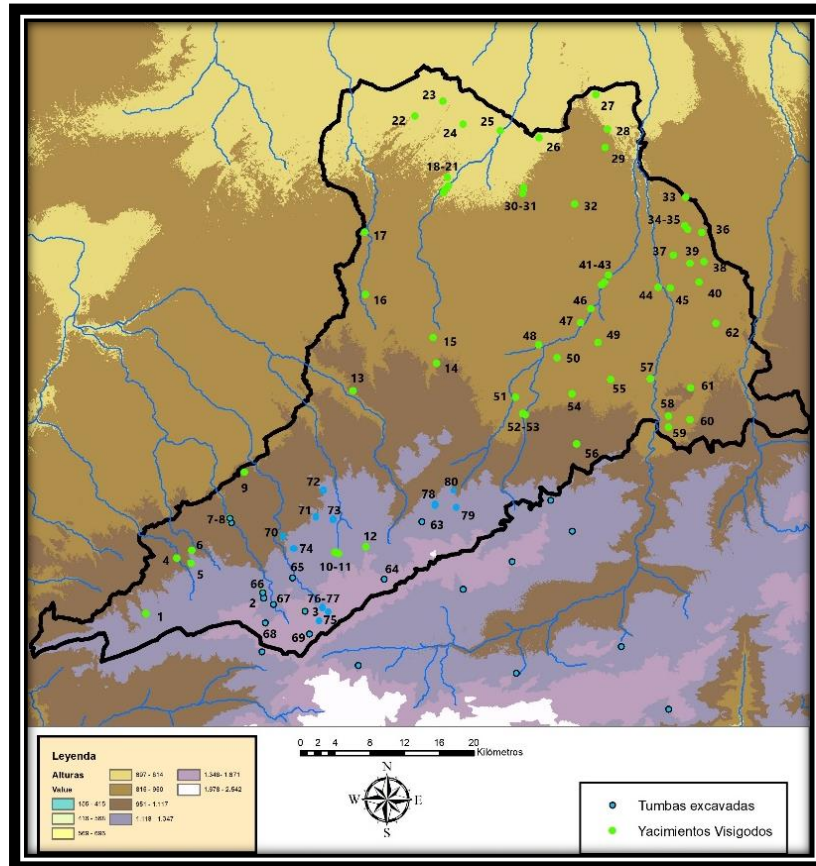


Figura 7.10: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VIII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Valleiglesia (Arevalillo) (Posible); 2. Navagamellas (Villanueva del Campillo) (Seguro); 3. Prado Roble (Vadillo de la Sierra) (P); 4. Lancha del Trigo (Diego Álvaro) (P); 5. Los Corralillos (Diego Álvaro) (S); 6. Cerro del Castillo (Diego Álvaro) (P); 7. La Vera (S. Miguel de la Serrezuela) (P); 8. Las Charcas (S. Miguel de la Serrezuela) (P); 9. Fuente de la Zorra (Cabezas del Villar) (S); 10. El Horno del Moro (Hurtumpascual) (P); 11. Navapalacios (S. Juan del Olmo) (P); 12. El Rebollar (Manjabálago) (P); 13. Los Barrancos I (Blascomillán) (P); 14. Galanes de Mariviuda (Crespos) (S); 15. Viña Grande (Crespos) (P); 16. Sepulcro (Flores de Ávila) (S); 17. Alto del Moro (Rasueros) (S); 18. La Obispalía (Bercial de Zapardiel) (P); 19. El Tomillar (Bercial de Zapardiel) (S); 20. El Caño (Bercial de Zapardiel) (P); 21. San Martín (Bercial de Zapardiel) (S); 22. Cuesta Mayor (Madrigal de las Altas Torres) (P); 23. Laguna Pesquera I (Blasconuño de Matacabras) (P); 24. Los Milagros (Moraleja de Matacabras) (P); El Pontón (S. Esteban de Zapardiel) (P); 27. Marivacas (Palacios de Goda) (P); 28. La Olmedilla II (Palacios de Goda) (P); 29. El Cenicero (Palacios de Goda) (S); 30. La Cabrilla (Villanueva del Arenal) (P); 31. Reboyo (Villanueva del Arenal) (P); 32. Prado de la Torca (Aldeaseca) (P); 33. Las Granjas (Espinosa de los Caballeros) (P); 34. Las Eras (Órbita) (P); 35. Los Carramales (Órbita) (P); 36. Madre Buena (Órbita) (S); 37. La Solanilla (Gutierre Muñoz) (S); 38. Mamblas (Adanero) (P); 40. Las Cruces (Adanero) (P); 41. El Cristo (S. Vicente de Arévalo) (P); 42. Molino de la Manotera (Pedro Rodríguez) (P); 43. El Chorrillo (Pedro Rodríguez) (P); 44. El Bobodoncillo (Tiñosillos) (P); 45. La Mesilla (Pajares de Adaja) (P);

46. *Molino del Imposible II (El Bobodón) (S)*; 47. *Los Villares (Cabizuela) (S)*; 48. *La Solana (Papatrigo) (P)*; 49. *Los Prados (San Pascual) (P)*; 50. *El Senderillo (Papatrigo) (P)*; 51. *Ortigosa (Albornos) (P)*; 52. *El Vergel II (S. Pedro del Arroyo) (P)*; 53. *El Vergel I (S. Pedro del Arroyo) (S)*; 54. *La Mula (Riocabado) (P)*; 55. *La Herradura (El Oso) (P)*; 56. *El Egido (Monsalupe) (P)*; 57. *La Ermita (Hernansancho) (P)*; 58. *Los Lanchares (Pozanco) (S)*; 59. *Vajondo (Pozanco) (P)*; 60. *Los Diezgos (Sto. Domingo de las Posadas) (P)*; 61. *El Palacio (Vega de Sta. María) (P)*; 62. *La Dehesa (Sanchidrián) (P)*; 63. *Dehesa de Brieva (Cillán) (S)*; 64. *La Coba (S. Juan del Olmo) (S)*; 65. *Navaestrellar (Cabezas de Villar) (P)*; 66. *Canto de la Sepultura (Villanueva del Campillo) (S)*; 67. *Prado de la Casa (Villanueva del Campillo) (S)*; 68. *Fuente de la Madera (Villanueva del Campillo) (S)*; 69. *Cocina de los Moros (Villanueva del Campillo) (S)*; 70. *Cornejuelos (Cabezas del Villar)*; 71. *Cercado Morales (Gallegos de Sobrinos)*; 72. *San Benito (Gallegos de Sobrinos)*; 73. *La Cañadilla (Hurtumpascual)*; 74. *Serranos de Avianos (Cabezas del Villar)*; 75. *Carrilejos (Vadillo de la Sierra)*; 76. *Lancha del Trigo (Vadillo de la Sierra)*; 77. *Lancha de la Lana (Vadillo de la Sierra)*; 78. *Las Henrrenes/ San Cristóbal (Cillán)*; 79. *Los Tejadillos (Chamartín de la Sierra)*; 80. *Casares (Chamartín de la Sierra)*.

Un conjunto destacado de asentamientos son los localizados en la zona de Diego Álvaro, entre ellos *Lancha del Trigo* donde en intervención arqueológica se documentaron restos de hasta siete estructuras de planta rectangular de diferentes dimensiones con muros de doble cara y relleno de cascajo y con cubiertas de tejas, junto con escaso material cerámico y un importante conjunto de pizarras escritas y numerales de época visigoda y el *Cerro del Castillo*, donde junto a las ruinas del torreón del castillo, se documentan restos cerámicos y constructivos de difícil interpretación. Estos lugares, dado el elevado número de pizarras documentadas, se han interpretado como los restos de un centro de administrativo o archivo, aunque se desconozca su carácter si monástico o aristocrático.

En esta época se documenta la existencia de aldeas o granjas con una necrópolis vinculada; entre éstas se documentan dos variantes principales: las realizadas en fosa a base de lajas, y las realizadas sobre afloramientos graníticos. A veces, se documenta la necrópolis, que no se ha podido relacionar con ningún asentamiento.

Se documentan necrópolis de inhumación con tumbas a base de lajas en *El Tomillar* (Bercial de Zapardiel), situada en una loma donde se documentaron 31 estructuras negativas y una posible cabaña oval; en *San Martín* (Bercial de Zapardiel), en los años 90 Martín Carbajo excavó un lugar de culto con posible origen en una basílica paleocristiana. En *El Egido* (Monsalupe), junto al asentamiento, se documenta una necrópolis. En el *Cerro del Castillo* (Diego del Carpio) se documentaron cuatro tumbas realizadas con grandes lanchas graníticas con fondos de laja de pizarra. En *Navagamellas* (Villanueva del Campillo) junto a los restos de cerámica, se documentan cinco tumbas excavadas en la roca y un posible edificio de culto junto a las mismas. En *Fuente de la Zorra* (Cabezas del Villar) se documentan tumbas de lajas junto a tumbas excavadas en la roca. En *El Rebollar* (Manjabálago) se documenta una tumba antropomorfa exenta labrada en un bloque

granítico, similar al documentado en *La Vera* (S. Miguel de Serrezuela) en este caso sin llegar a ser exenta.

Como ya hemos comentado anteriormente las tumbas excavadas en la roca tienen cronologías que se mueven entre la tardoantigüedad y la época altomedieval; en esta zona se presentan en un número destacado de yacimientos: *Fuentes de la Zorra* 4 (Cabezas del Villar), *Cornejuelos* 1 (Cabezas del Villar), *Cercado de Morales* 1 (Gallegos de Sobrinos), *San Benito* 2 (Gallegos de Sobrinos), *La Cañadilla* 2 (Hurtumpascual), *Serranos de Avianos* 35 (Cabezas del Villar), *Navaestrellar* 4 (Cabezas del Villar), *Navagamellas* 7 (Villanueva del Campillo), *El Canto de la Sepultura* 4 (Villanueva del Campillo), *Fuente de la Madera* 2 (Villanueva del Campillo), *Prado Roble* 1 (Vadillo de la Sierra), *Cocina de los Moros* 1 (Villanueva del Campillo), *Carrilejos* 5 (Vadillo de la Sierra), *Lancha del Trigo* 11 (Vadillo de la Sierra), *Lancha de la Lana* 11 (Vadillo de la Sierra), *La Coba* 81 (San Juan del Olmo), *El Rebollar* 1 (Manjábalago), *Debesa de Brieva* 17 (Cillán), *Las Henrrenes de San Cristóbal* 3 (Cillán), *Los Tejadillos* 4 (Chamartín) y *Casares* 1 (Chamartín de la Sierra).

Estos yacimientos podemos organizarlos en necrópolis rurales desordenadas (7) y tumbas aisladas (14). Mientras que las necrópolis de tumbas aisladas se documentan en las zonas de menor altitud, cerca de los cauces fluviales ya en las zonas de transición entre la zona serrana y la cuenca sedimentaria, las que podemos considerar necrópolis desordenadas, por su número de inhumaciones, tienen una disposición más meridional y una mayor altitud que las anteriores. Estás se presentan dispersamente en el territorio, dejando espacios vacíos entre ellas, de ahí que se perciban como espacios difusos. Entre ellas destaca *La Coba*, situada a unos 1.400 m de altura, donde se localizan hasta 81 tumbas, de las que 9 son tumbas de lajas (Martín, Caballero, y Cabrera, 2012); las tumbas se distribuyen en diferentes focos, separados entre sí por espacios abiertos. En este caso en una de las tumbas, se documentó un pequeño ajuar que se ha datado en el siglo VII (Larrén, 1989: 65). En sus proximidades se documentan cinco estructuras que por el momento se desconoce su funcionalidad. Este yacimiento ha llegado a considerarse como un posible lugar central donde se inhumaban los muertos de diferentes grupos y se reunieran de forma cíclica los grupos ganaderos de la zona (Blanco y Martín, 2016: 21).

En cuanto a los asentamientos dedicados a las transformaciones de materias primas, hay varios en los que se documentan la presencia de escorias de hierro (*San Martín, Molino de Imposible II*). En la zona de la cuenca sedimentaria, en algunos asentamientos se documentan fragmentos de molinos de granito, piedra alóctona, y que habla del intercambio de materiales entre la zona serrana y la sedimentaria. Materiales provenientes

de lugares como *El Horno del Moro* (Hurtumpascual), lugar de transformación de materiales graníticos.

Como vemos en esta época comienzan a aparecer decididamente los asentamientos, aldeas o granjas, el lugar de los vivos, junto a la necrópolis, el de los muertos. En las necrópolis se documentan dos variantes, las realizadas en fosa a base de lajas, y las realizadas sobre afloramientos graníticos, que posiblemente, comenzaran a utilizarse en esta época.

#### **7.1.4. ¿Y después del siglo VIII?**

Los datos con los que contamos más allá del siglo VIII son escasos, para su interpretación nos podemos apoyar en las excavaciones realizadas en *Las Henrrenes de San Cristóbal* (Cillán), las cuales hablan de la pervivencia de algunos asentamientos en los denominados siglos oscuros, en aquellos en los que se hablaba de despoblación total de la zona. Este y otros asentamientos son el resultado de la iniciativa campesina que busca la explotación del territorio (Díaz y otros, 2009). También el asentamiento de *Lancha del Trigo* (Diego Álvaro) podría entrar en los fundados en los momentos anteriores y que perduran en cierto modo en estos, así lo parecen demostrar los fragmentos de pizarras escritas reutilizadas como material constructivo (Gutierrez, Díaz y Maluquer, 1958) en alguna de las edificaciones existentes.

#### **7.1.5 Interpretación de los datos**

El total de los yacimientos conocidos en esta zona se distribuyen cronológicamente de manera muy desigual (Tabla 7.2). Muchos de ellos presentan ocupaciones continuadas en el tiempo, mientras que otros sólo cuentan con un único momento de ocupación, destacando en este caso en la época tardorromana.

Partiendo de una Segunda Edad del Hierro con un poblamiento muy escaso, con dos únicos asentamientos y que no tendrán continuidad en época romana; se ve incrementado notablemente, tras la llegada de los romanos; situación que se percibe en la tabla 7.3.



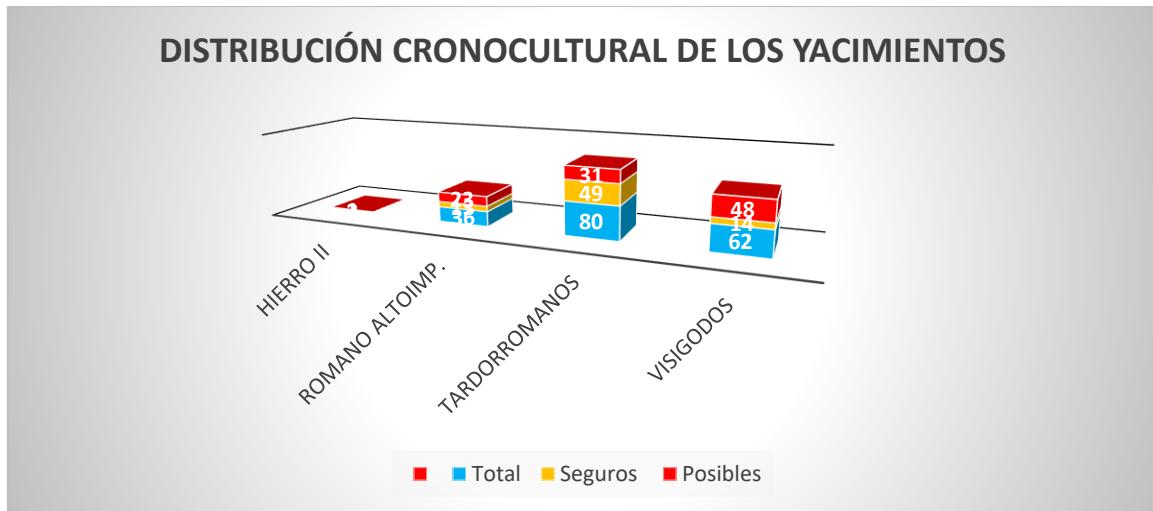


Tabla 7.2: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.

Este incremento se percibe de nuevo en la transición entre la época romano altoimperial y la tardorromana, cuando se generaliza la ocupación del territorio; en este momento, cerca del 90% de los asentamientos anteriores continúan en uso, a pesar de cual el crecimiento del poblamiento es mayoritariamente por asentamientos que surgen nuevos. El paso de la época tardorromana a la visigoda, supone un cambio, en primer lugar, se percibe una reducción del número de asentamientos, a lo que se suma la escasa pervivencia de los asentamientos, rondándose el 20% de los mismos.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	2	2.607,60	0,00076699
Romano Altoimp.	36	2.607,60	0,0138058
Tardorromanos	80	2.607,60	0,03067955
Época Visigoda	62	2.607,60	0,02377665

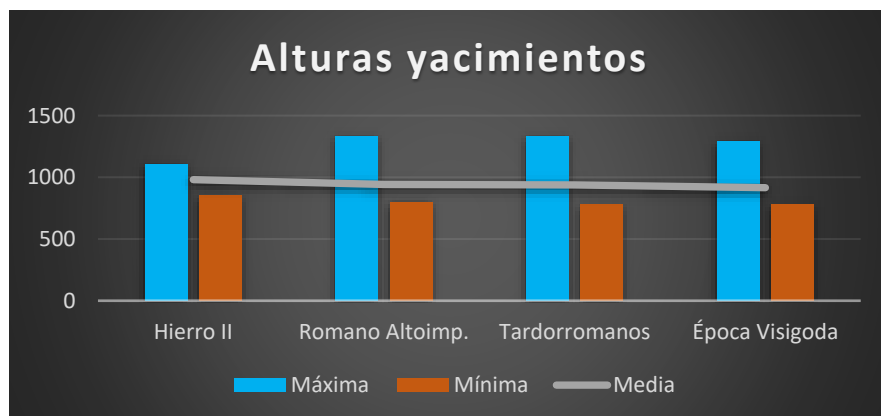
Tabla 7.3: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En cuanto a las alturas medias a las que se emplazan los asentamientos (tabla 7.4), se percibe una constante disminución de la altura media desde la Segunda Edad del Hierro hasta la visigoda, que enmascara que en todas las etapas analizadas se encuentran asentamientos que buscan situarse en cotas elevadas cercanas a los pastos serranos, que se ven contrarrestadas por los situados en las cotas bajas junto a las vegas de los cursos fluviales.

En la primera etapa partimos de escasos asentamientos situados en lugares muy destacados; en la etapa romana, pese a esa pequeña disminución, se constata la presencia de asentamientos situados por encima de los 1.300 m de altitud, cuya dedicación debemos



considerar a la explotación ganadera o de los bosques, pero al mismo tiempo se generaliza el poblamiento en las zonas más bajas, cercanas a los cursos fluviales. La tendencia general continúa en la época tardorromana y visigoda; en ambas los asentamientos emplazados por encima de los 1.200 m permanecen en uso, mientras que son abandonados los situados en cotas medias y bajas.



*Tabla 7.4: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*

El estudio de los suelos en esta zona revela la evolución en la disposición de los asentamientos por etapas (tabla 7.5 y 7.6). En general, tanto en los desplazamientos desde los asentamientos en 30 minutos o 60 minutos, se observa una progresiva disminución de los suelos de capacidades intermedias (tipo B), sobre todo en los más próximos, no así en los desplazamientos de mayor distancia, que tras un retroceso en las etapas tardorromanas y visigodas prácticamente se mantiene. Al mismo tiempo se observa, en los suelos tipo A de mayor potencialidad, un incremento progresivo durante la época romana y tardorromana en los desplazamientos más próximos indicando la clara búsqueda de este tipo de suelos buscando su productividad; estos mismos suelos (tipo A) en los desplazamientos más lejanos, presenta un fuerte incremento en la época romana para luego disminuir progresivamente durante la tardoantigüedad. En cuanto a los suelos de menor potencialidad (tipo C), tanto en los más cercanos como más lejanos se observa un incremento progresivo.

Pese a que los datos vienen muy condicionados por las potencialidades de suelos, en los que alrededor de un 67% corresponden a la tipología B, podemos concluir que durante la época Hierro II los condicionantes defensivos primaban sobre cualquier otra necesidad; durante la época romana se buscan emplazamientos en los que los suelos de mayor potencialidad se encuentran próximos tanto en los cercanos como lejanos.

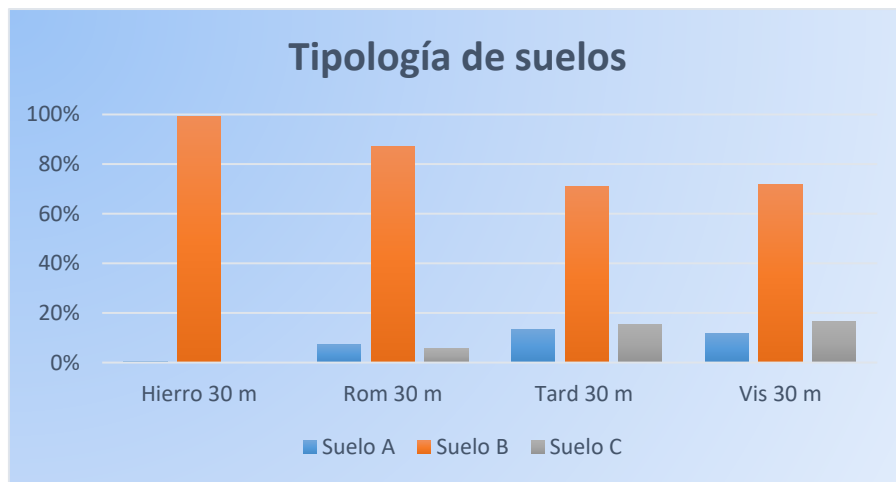


Tabla 7.5: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En la época tardorromana, se aprecia mejor esta situación, en la que se incrementan los suelos de mayor potencialidad en los situados más próximos a los asentamientos, utilizados para la producción agrícola. El incremento progresivo de los suelos tipo C de menor potencialidad muestra en principio la mayor diversificación de la productividad en las épocas romana y tardorromana, con un mayor incremento en la visigoda, con la mayor dependencia de la ganadería, quien usa mayoritariamente estos suelos.

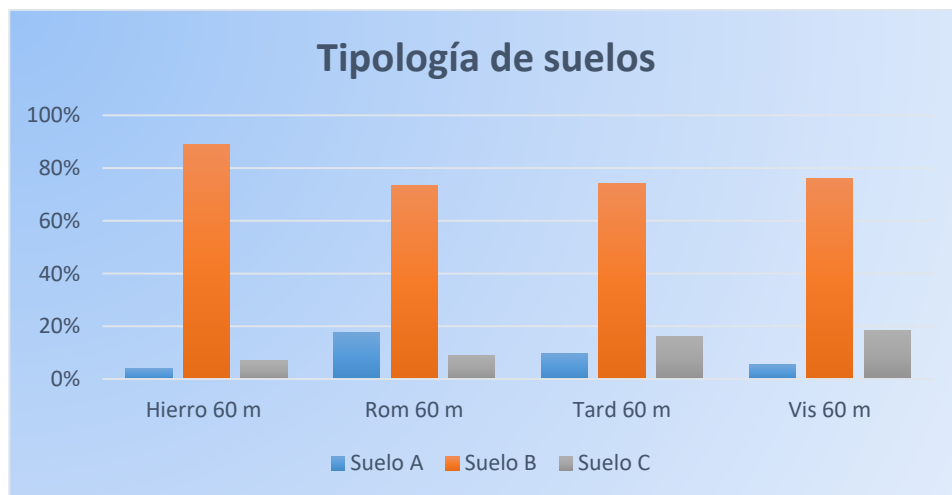


Tabla 7.6: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

En la Segunda Edad del Hierro partimos de un escaso poblamiento situado en dos castros uno situado en la falda de la sierra de Ávila mientras que el otro se sitúa en la vega del río Adaja; ambos controlarían un importante territorio con recursos diversificados, tanto cerealísticos como el acceso a los pastos serranos. En el caso de *La Mesa de Miranda*,

los castros más próximos se sitúan al otro lado de la sierra, ya en el valle de Amblés. Ambos se sitúan próximos al discurrir de las vías pecuarias que articulan la zona, mientras que sólo *La Tejada* lo hace cerca de alguno de los principales ejes naturales. Ambos debieron ser abandonados entre finales del siglo III y a lo largo del II, posiblemente en relación con la conquista de la meseta.

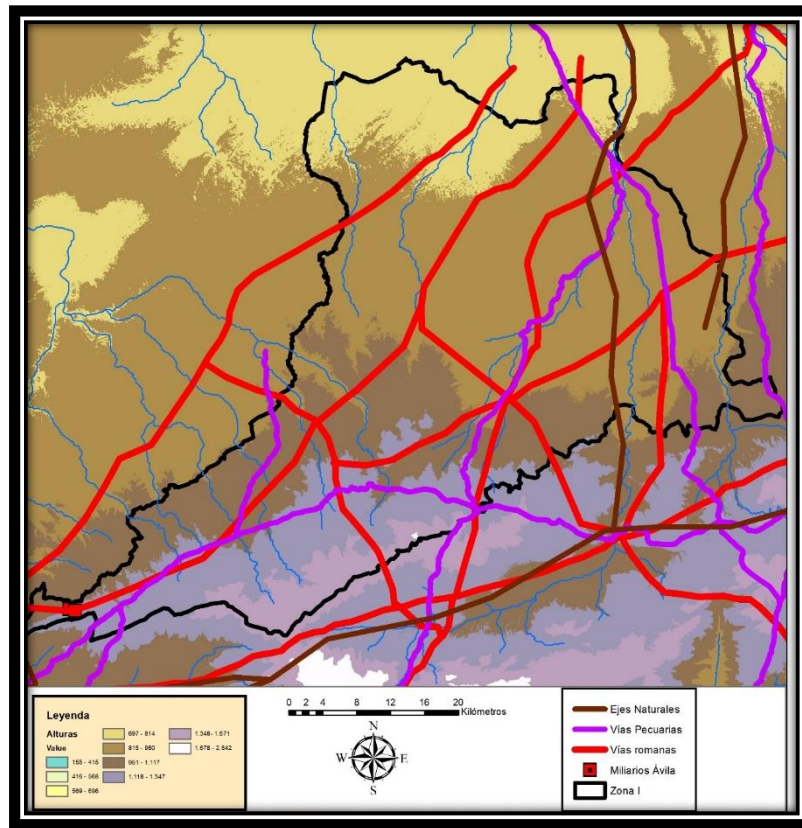
Sin embargo, tenemos indicativos que permiten hablar de una cierta pervivencia del poblamiento; de otro modo, la toponimia prerromana no hubiera perdurado hasta nuestros días, topónimos como Arévalo, Cardenosa, Cantiveros o Trabancos, sugerirían esta posibilidad.

Por todo el territorio se documenta la presencia de esculturas zoomorfas; buena parte de ellas sin una relación clara con asentamientos conocidos hasta el momento. Algunos se encuentran situados en lugares destacados de la sierra de Ávila y podrían estar indicando espacios o pastos reservados para ciertos momentos críticos; otros aparecen en el piedemonte o accesos a estos lugares mientras que el resto, situados en zonas más llanas, podrían ser indicativos de asentamientos bien permanentes o recurrentes utilizados en los desplazamientos.

Los análisis polínicos realizados en *La Mesa de Miranda* (López, López y Pérez, 2008: 146-147) hablan de la antropización del paisaje, una reducción de la cobertura arbórea, que indica una mayor presencia de elementos propios de zonas sometidas al pastoreo. También se han documentado pólenes de cereales, que indican la existencia de cultivos en el entorno próximo.

En cuanto a las vías de comunicación, los ejes naturales que recorren la zona lo hacen por las proximidades de los principales cursos fluviales, sobre todo por las cercanías del Adaja, es decir norte sur hacia el valle de Amblés. En cuanto a las vías pecuarias por el norte accede la Cañada Real Leonesa Occidental que se divide en dos ramales, uno que discurre próximo al Adaja, pasa cerca de la ciudad abulense y se une con la Cañada Real Leonesa Oriental, mientras que el otro supera la sierra de Ávila donde se cruza con la Cañada Real Soriana Occidental que discurre por el valle de Amblés y articula la parte más suroccidental de esta zona para cruzar el río Tormes.

Las vías de época romana, de segundo y tercer orden, articulan el territorio comunicándolo con la vía que discurre por el valle de Amblés y con la que discurre en diagonal noreste/suroeste de la que tenemos constancia por los miliarios documentados.



*Figura 7.11: Propuesta de vías en la zona de estudio.*

Sabemos que la conquista efectiva de la Meseta y de esta zona en concreto, se iniciará con las guerras lusitanas y celtibéricas, entre los años 154 y 133 a.C., los castros de esta zona parecen haberse abandonado sobre estas fechas, aunque desconozcamos donde se trasladó la población, puesto que no tenemos materiales que muestren la transición entre este momento y el que observamos a partir de mediados del siglo I d.C., cuando parece surgir el nuevo patrón de poblamiento. Podríamos suponer que parte de la población fuera trasladada a la incipiente ciudad abulense, cuyo inicio, como veremos más adelante, se establece alrededor de mediados del siglo I a.C.

Este nuevo poblamiento coloniza todos los diferentes ecosistemas existentes, desde las vegas de los ríos, hasta las zonas serranas. Preferentemente se buscan las zonas de menor altura y próximas a los cauces de los cursos fluviales para explotar sus suelos.

A lo largo de la conquista, y de acuerdo con las tesis de Albertini (1923) celtiberos, carpetanos, oretanos, arévacos y vacceos quedaron encuadrados en la Citerior, mientras que vettones, lusitanos y galaicos lo fueron en la Ulterior, división que perduró hasta las reformas de Augusto; sin embargo, en lo que a nosotros respecta, se establecía que la frontera que separaba ambas provincias discurría al oeste de la ciudad abulense, quedando su territorio dentro de la Citerior.

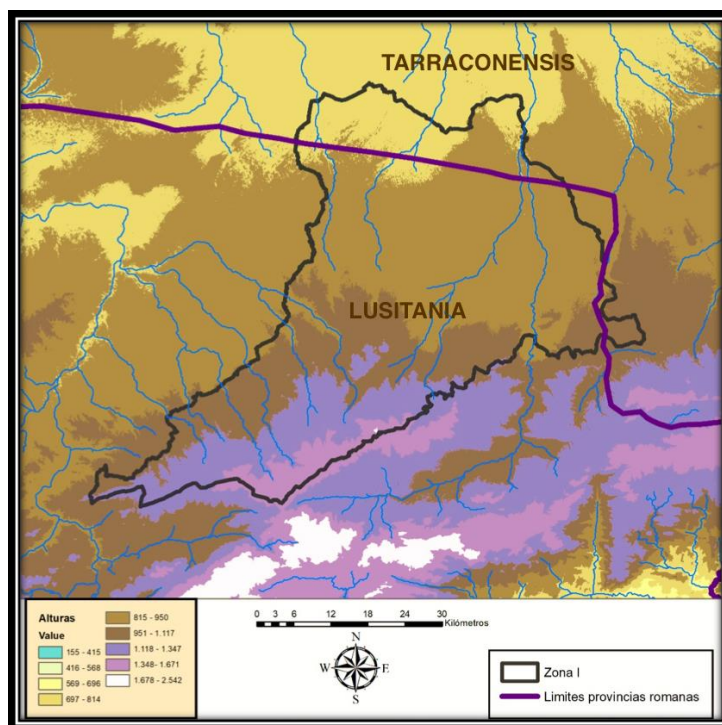


Figura 7.12: Límites provinciales en época romana.

Tras las reformas llevadas a cabo por Augusto tras dar por concluida la conquista peninsular (Ozcáriz, 2013: 71), se crearon tres provincias *Tarraconensis*, *Baetica* y *Lusitania*, cada una de ellas a la vez subdivididas en *conventus* o divisiones jurídicas, aunque también con funciones de carácter religioso y administrativo (Dopico, 1986: 265-284). Este territorio se vio afectado por la división, quedando su zona más septentrional dentro de la provincia *Tarraconensis*, dentro del *conventus Cluniensis*, con capital en *Clunia*, mientras que la zona situada al sur quedaba englobada en la provincia de *Lusitania*, en el *conventus Emeritensis* (Rodríguez, 1981: 15-19; Knapp, 1992: 6-7), con capital en *Augusta Emerita*. Desconocemos como se repartían el territorio las *civitates* existentes, posiblemente la zona norte estuviera bajo la dependencia de *Cauca*, mientras que la sur estaría repartida, posiblemente entre *Salmantica* y *Abula*, lo que nos indica que nos encontramos en una zona limítrofe entre dos provincias, dos *conventus* y posiblemente entre dos o tres *civitates*, lo que debió tener su repercusión al hallarse alejados de los focos de poder en la región. Esta organización se mantuvo vigente durante todo el período altoimperial, y las reformas político-administrativas llevadas a cabo a finales del siglo III (Lomas, 2002), no debieron afectar a esta zona.

Así, entre los asentamientos que vemos surgir en el siglo I d.C., destacan los que podemos considerar como organizadores del territorio, las villas, en estos momentos todavía pequeños asentamientos, que en algunos casos se empiezan a monumentalizar a

finales de este período, y que se distribuyen por el territorio, situándose en las diferentes vegas de los ríos, manteniendo amplios espacios entre ellas. Mientras que algunas buscan explotar los recursos de las zonas llanas, mayormente cerealistas, otras, se sitúan en los piedemontes serranos desde donde su situación les permite explotar las zonas altas serranas, bosques y pastos veraniegos. Alrededor de las villas se documentan pequeños asentamientos, de menores dimensiones y con materiales más escasos que posiblemente dependieran de las mismas. También en las zonas serranas se documentan algunos de estos asentamientos, en menor número que en las zonas llanas, aunque desconozcamos si esta visión es real, puesto que estas zonas son las que tradicionalmente siempre han sido relegadas en los estudios.

Las inscripciones latinas conocidas se concentran en los lugares donde se documentan dos de las principales villas: Arévalo y San Pedro del Arroyo. En el primer caso, hay que destacar la presencia de la onomástica y grupos de parentesco indígenas, presentes en Arévalo, junto con motivos decorativos y la presencia de retratos esquemáticos, todavía presentes en el siglo II d.C.; en el segundo caso, se atestigua la presencia de los retratos esquemáticos, y ya en un momento más tardío, siglo IV, la presencia de un mosaico con inscripciones.

En cuanto a las necrópolis que conocemos en este momento, únicamente reseñar la *cupae* de Solana de Rioalmar, única en la zona, pero no en la provincia, y que sugiere el uso indistinto de estos elementos y los verracos de pequeñas dimensiones como monumentos funerarios, y que no parecen mostrar una distinción social ni de ciudadanía en su uso (Mariné, 2012: 71).

Todos estos documentos muestran la hibridación de la sociedad de los siglos I, II y III en los que ambos grupos sociales han integrado elementos culturales que no les eran propios, pero a la vez muestran que ciertos elementos culturales propios indígenas todavía se mantienen en uso y con un claro significado para un importante grupo de la población.

En época tardorromana, como habíamos comentado anteriormente, las ciudades pierden su fuerza, y en estas zonas en las que su control no había llegado con intensidad, ahora dejará de sentirse; a esta situación debemos añadir las dificultades de comunicaciones y del comercio lo que hará que algunos de los asentamientos se convierten en los organizadores del territorio.

El aumento de asentamientos en esta época, más del doble que en la anterior, ha permitido una generalización en la explotación de todos sus recursos, siguiendo los mismos

patrones que en la etapa anterior. Las villas continúan siendo los referentes organizadores del territorio; su número ha aumentado con respecto a la etapa anterior y entre ellas parece percibirse una categorización, en tamaño y entidad. Entre las documentadas sólo algunas de ellas se monumentalizan, en los últimos momentos de la etapa anterior y durante esta (siglos III y IV). La situación anteriormente descrita de la existencia de asentamientos próximos a las villas y que creemos dependientes de ellas se percibe mejor en este momento. Las vegas de los cursos fluviales están en plena explotación, también algunos de sus interfluvios. Los registros polínicos de cereales aumentan; tenemos evidencias de su cultivo en las zonas llanas, como El Vergel II. Igualmente, que en la anterior etapa se explotan los recursos de las zonas más altas de las sierras, documentándose en ellas un mayor número de asentamientos.

Son pocas las necrópolis de esta etapa, la mayoría en relación con algunas de las villas documentadas, lugares donde se inhumaba personal que debía estar relacionado con el funcionamiento de estas, realizadas a base de lajas o tegulas y algunas con ajuares donde aparecen elementos metálicos incluso armas.

En un momento entre finales del siglo IV y principios del V, gran parte de estos establecimientos desaparecen, sobre todo debido a las transformaciones económicas y sociales que se producen en este momento, pero no su población que continuó en el territorio. A la vez surge un asentamiento en un lugar destacado, *El Mirón*, que podemos interpretar como un refugio en un momento de dificultad, pero también puede ser uno de los lugares que organicen el territorio después de la desarticulación del sistema de villas.

Son pocos los topónimos que nos han llegado de esta época, en este sentido podemos citar *Mamblas* y *Constanzana*, que muestran la pervivencia de poblaciones que mantuvieron su uso; se distribuyen principalmente en la parte central, donde fue más denso el poblamiento de esta época romana.

El poblamiento de la etapa tardorromana se transforma en la siguiente, no hay una clara continuidad; las vegas de los cursos fluviales ya no son el claro referente donde se instalan los asentamientos. Las necesidades o preferencias son otras. A pesar de que haya algunos asentamientos que exploten las vegas de los cursos fluviales se priman los interfluvios, lugares con acceso a recursos mixtos, diversificando sus capacidades.

Un núcleo que puede en este momento considerarse como organizador es el conjunto existente en Diego Álvaro, donde las pizarras de época visigoda recuperadas hablan de un lugar desde el que se gestiona o almacenaba la información sobre la



producción tanto agrícola como ganadera del territorio próximo. A través de estas sabemos que se producía trigo, cebada, viñas, pero también se citan caballos, vacas, corderos, ovejas y cerdos. Informaciones que hablan de la importancia de la explotación ganadera y agrícola en la zona, se trataría de pequeños ganaderos y agricultores, con una economía casi de subsistencia.

Como ya hemos comentado anteriormente las tumbas excavadas en la roca tienen cronologías que se mueven entre la tardoantigüedad y la época altomedieval; en esta zona se presentan en uno de los conjuntos más destacados de la meseta. Su presencia además de delatar el poblamiento de estas épocas (Hernández, 2016), muestra una clara preferencia por ciertos espacios, los serranos, con alturas por encima de los 1.000 m y con una clara dedicación por zonas aptas para la cría del ganado. La alta concentración de estos elementos en un espacio reducido habla de la presión que debió existir en esa época por un territorio con pastos críticos para ciertos momentos anuales; debemos decir, que en estos lugares prácticamente un milenio antes, los vettones habían dejado constancia de estos mismos recursos mediante el uso de las esculturas zoomorfas.

El cristianismo se extendió lentamente por las zonas rurales, son escasas las evidencias que nos han llegado en esta zona, entre ellas un jarrito de bronce importado (Balmaseda, 1998: 368), relacionado con la consagración, recuperado en Adanero.

**Página / 184** Durante la época visigoda asistimos a un notable empeoramiento climático (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71), con un importante incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). Hubo grandes deforestaciones en amplias zonas del territorio, especialmente en algunas áreas de montaña, fruto del incremento de la actividad pastoril y una mayor presión antrópica sobre las masas boscosas, que transformaron en zonas de pasto (Atienza, Dorado y Ruiz-Zapata, 1991, 1994; Hernández, Burjachs y Iriarte, 2013).

Nos han llegado algunos topónimos de que hacen referencia al paso de los germanos por este territorio: *Palacios de Goda*, *Gudín* o *Agudín*, que se distribuyen por todo el territorio, pero más claramente en la parte cercana a la sierra de Ávila, donde el poblamiento de época visigoda fue más denso.

A modo de conclusión es esta una zona que muestra un escaso poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro, muy concentrado, que se ve trastocado por la llegada de los romanos, que imponen un nuevo patrón económico basado en la explotación de los cereales, pero que no desechan la continuidad del aprovechamiento ganadero que prosigue

con su curso. A día de hoy desconocemos como se integraban ambas producciones, pero los lugares que debían servir de conexión debían ser las villas. Una zona donde las perduraciones de los elementos indígenas se perciben hasta momentos bastante avanzados, siglo III, a partir del cual desaparecen los elementos en los que podemos rastrearlas. La desintegración del sistema económico romano hace que desaparezcan las villas organizadoras del territorio que son relevadas por asentamientos destacados con diferentes tipologías. La ganadería, que había continuado explotando los recursos que los rebordes serranos le facilitaban se aprovechó de esta situación convirtiéndose en el recurso económicos más destacado de este momento sin olvidar la explotación agrícola de las zonas más aptas. Una zona a caballo de dos provincias en época romana y en los márgenes de los territorios de dos ciudades, en la que los influjos de la romanización se perciben con una intensidad y velocidad diferentes a otros territorios cercanos.

## 7.2. ZONA II VALLE DEL TORMES-CORNEJA

Esta zona se localiza en la ladera septentrional del Sistema Central, más concretamente en la zona en la que interrelacionan los valles del alto Tormes y del Corneja, situados al sudoeste de la provincia de Ávila, con una superficie de 1.441 km<sup>2</sup>.

En esta zona comparten espacio la alta montaña gredense con la transición a la zona sedimentaria, en la que han sido tradicionales la explotación ganadera en complementariedad con la explotación agrícola y silvícola (Monsalvo, 2009: 453-470; Tomé, 1996: 319-411). Queda delimitada por todos sus confines por rebordes montañosos de diversas alturas, excepto por el noroeste donde se ha conformado un corredor por el que desagua el río Tormes. Por la zona oriental son las sierras de Ávila y Villanueva, la Serrota por el este, la de Béjar por el oeste y por el sur la de Gredos. La altitud general oscila entre los 1.000 m en los valles y de 1.500- 2.600 m en las sierras.

Las fallas adquieren gran importancia en esta zona, sobre las de dirección NW discurren las vías de comunicación y el resto son ocupadas por los cursos fluviales que drenan las aguas de las zonas serranas (Troitiño, 2000: 94-108).



*Figura 7.6: Detalle del río Tormes antes de su llegada al Barco de Ávila donde recibe las aguas del río Aravalle.*

En cuanto a la climatología se encuentra muy condicionada por la altura y emplazamientos de los diferentes valles, puesto que unos se hallan más abiertos que otros a los vientos del norte. De este modo, los niveles pluviométricos se mueven entre los 600-2.000 mm/año, con unas temperaturas medias anuales que apenas sobrepasan los 3°C. La zona intermedia del Aravalle y Tormes se caracteriza por una elevada pluviometría, entre

600-1.500 mm/año, con al menos 20 días de nieve al año, lo que determina unos inviernos rigurosos, algo más suaves a medida que disminuye la altura, con un período seco que oscila de 2 a 3 meses. En cuanto a las temperaturas, se elevan a la vez que nos alejamos de las altas cumbres, las medias oscilan entre los 3°C y los 10°C. Las heladas sólo desaparecen tres meses: junio, julio y agosto, el resto del año pueden ser muy abundantes, dependiendo de la altitud y la orientación (Troitiño, 2000: 70-79).

La vegetación zonal está compuesta por matorral de piorno, al que se asocian otras especies, según la altitud, propia de ambientes de montaña oromediterráneos, con grupos aislados de robles en las cotas inferiores, y enebros comunes y robledales en las superiores. Hacia las cumbres aparecen pastizales alpinizados de festuca y cervunales en las zonas de mayor humedad. En las de menor pendiente, y limitadas por rocas, pueden aparecer trampales y turberas. A medida que nos acercamos a las zonas de transición a la penillanura, la vegetación se caracteriza por la presencia de encinares adhesados, que alternan con matorrales de jaras y retamas (Troitiño, 2000: 84-91).

## **7.2.1. La II Edad del Hierro**

### **7.2.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II**

El poblamiento en esta zona durante la última etapa de la Edad del Hierro está caracterizado por la presencia de dos yacimientos: *Era de los Moros* (Navatejares) y *Las Paredejas* (Medinilla), que se sitúan en la parte más occidental de esta.

**Página / 187**

El asentamiento de *Las Paredejas*, que obtiene su nombre de las paredes con restos arqueológicos que se observaban en el lugar, se encuentra en el pie del Cerro del Berrueco, del lado abulense, puesto que este cerro se encuentra en el límite provincial entre Salamanca y Ávila. En el mismo se documenta una amplia ocupación humana desde al menos la Edad del Bronce (Fabián, 1986-1987: 273-287), distribuido en diferentes asentamientos dependiendo de su cronología.

En el mismo cerro se encuentra el yacimiento de *Los Tejares*, situado en este caso del lado salmantino, y en ambos casos parece que no presentan ningún tipo de elemento defensivo. Los materiales arqueológicos<sup>118</sup> documentados en *Las Paredejas* presentan una cronología semejante a los de los grandes castros abulenses (*El Raso*, *Sanchorreja* o *Las Cogotas*) (Fabián, 1986-1987:285), sin embargo, parece que fue abandonado a lo largo del

---

<sup>118</sup> Cerámicas a mano y a torno propias de esta etapa, materiales metálicos entre los que destacan diferentes tipos de fibulas y un prótomo de caballo, además de un colgante amorcillado y vítreos como cuentas de collar y fragmentos de *aryballoi*.

siglo III a.C. o algo posteriormente (Fernández, 1998: 135). Tras este abandono, su población debió trasladarse al cercano de *Los Tejares*<sup>119</sup>.



*Figura 7.7: Detalle del castro de la Era de Los Moros (Navatejares).*

Por su parte el asentamiento de *La Era de los Moros* se sitúa en un cerro desde el que se controla visualmente una amplia zona en la vega del río Tormes (figura 7.14); a su alrededor se encuentran los restos de su posible cerramiento. Los materiales documentados muestran una cronología que no sobrepasa el siglo I a.C.

**Página / 188**

La distancia que los separa ronda los 18 km, y no existe una relación visual entre ambos, situándose entre ambos la sierra de Béjar. En cuanto a las distancias a los cursos fluviales, *Las Paredejas* se sitúa alrededor de 3.000 m mientras que la *Era de los Moros* se encuentra a unos 750 m.; en cuanto a las distancias a las posibles vías de comunicación debían ser similares puesto que estas discurrirían junto a la vega de los principales cursos fluviales (Tormes, Aravalle, etc.). Ambos se emplazan sobre suelos cuya principal dedicación es la explotación forestal y silvopastoril de carácter extensivo.

Ambos cuentan con una dilatada secuencia de ocupación que comienza al menos en la I Edad del Hierro y perdura hasta un momento indeterminado, pero siempre anterior al cambio de Era. Su abandono debió ser motivado por los cambios tanto sociales como económicos acaecidos tras la llegada de los romanos; en ninguno de ellos se documenta un abandono que se pueda relacionar con un enfrentamiento bélico. Debían ser pequeños

---

<sup>119</sup> La cronología de este asentamiento se centra entre los siglos I a.C y III d.C.



asentamientos de explotación de las tierras circundantes, con escasa población a tenor de las dimensiones que conocemos.

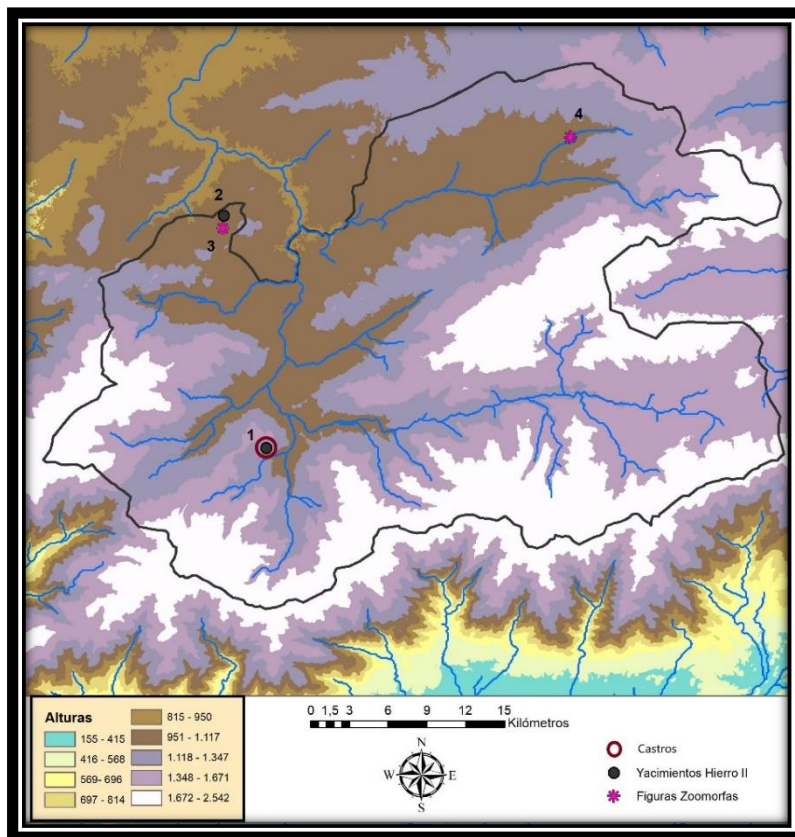


Figura 7.8: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. Era de los Moros (Navatejares) (P); 2. Las Paredejas (Medinilla) (S). Esculturas zoomorfas: 3. Gilbuena (1); 4. Bonilla de la Sierra (1).

#### 7.2.1.2. Las esculturas zoomorfas

En esta zona son dos las figuras zoomorfas conocidas hasta el momento. Una se localizó junto al yacimiento de *Las Paredejas*: se trata de un suido realizado en granito que actualmente se encuentra en el municipio de Puente de Congosto (Salamanca)<sup>120</sup>. También en relación con el cerro del Berrueco, pero en este caso dentro de la provincia de Salamanca, se documentan cuatro figuras, en este caso de bóvidos, en el municipio de El Tejado<sup>121</sup> y otra, perteneciente a un suido, en Santibáñez de Béjar<sup>122</sup>. De nuevo en territorio abulense, en Bonilla de la Sierra, se documenta otra figura, de la que se desconoce su paradero actual<sup>123</sup>.

<sup>120</sup> Álvarez Sanchís, 1999: 251.

<sup>121</sup> Manglano, 2013: 141-145.

<sup>122</sup> Álvarez Sanchís, 1999: 251. Manglano, 2013: 273.

<sup>123</sup> Arias 1986: 141; Álvarez Sanchís, 1999: 349, n. 55; Manglano, 2013: 84, 215, 248, 367, 370, 373 y 569; Manglano, 2013: 88.

Verracos	Número	Toros	Cerdos	Indeterminado
Gilbuena	1		1	
Bonilla de la Sierra	1			1
Total	2	0	1	1

Tabla 7.7: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.

Llama la atención la escultura localizada en Bonilla de la Sierra, que en principio no parece guardar relación con ningún asentamiento propio de la Segunda Edad del Hierro, como tampoco se han documentado asentamientos de la etapa inmediatamente posterior; pero, por el contrario, en sus proximidades sí aparecen yacimientos de época tardorromana y visigoda.

### 7.2.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.2.3.1. Los asentamientos

Contamos con un total de nueve yacimientos en este período cronológico, de los cuales tres están considerados como seguros, mientras que seis son posibles. El único yacimiento en esta zona, en el que se ha producido alguna intervención arqueológica, es la *Ermita de Santa María de la Vega* (Piedrahita), en la vega del río Corneja, donde, buscando su explotación, se situará una villa que quizás arranque en los últimos momentos de esta época (Mariné, 1995: 325).

El resto de los yacimientos (figura 7.16), todos ellos pequeños asentamientos de carácter rural, se sitúan en las proximidades de los principales cursos fluviales: Becedillas, Corneja, Aravalle y Tormes, no superando los 1.000 m de separación, respetando en algunos casos únicamente la zona de posible inundación, buscando la explotación de los suelos con mayores capacidades productivas. Estos asentamientos se sitúan en las zonas de menor cota, en el fondo de los valles, encontrándose separados entre ellos entre 3.500 y los 6.700 m.

Estos asentamientos se interconectarían mediante caminos de carácter local, que apenas conocemos dado el escaso nivel de investigación sobre esta zona, aunque nuestra percepción actual muestra que se situaban muy próximos a las vías de comunicación (figura 7.17).



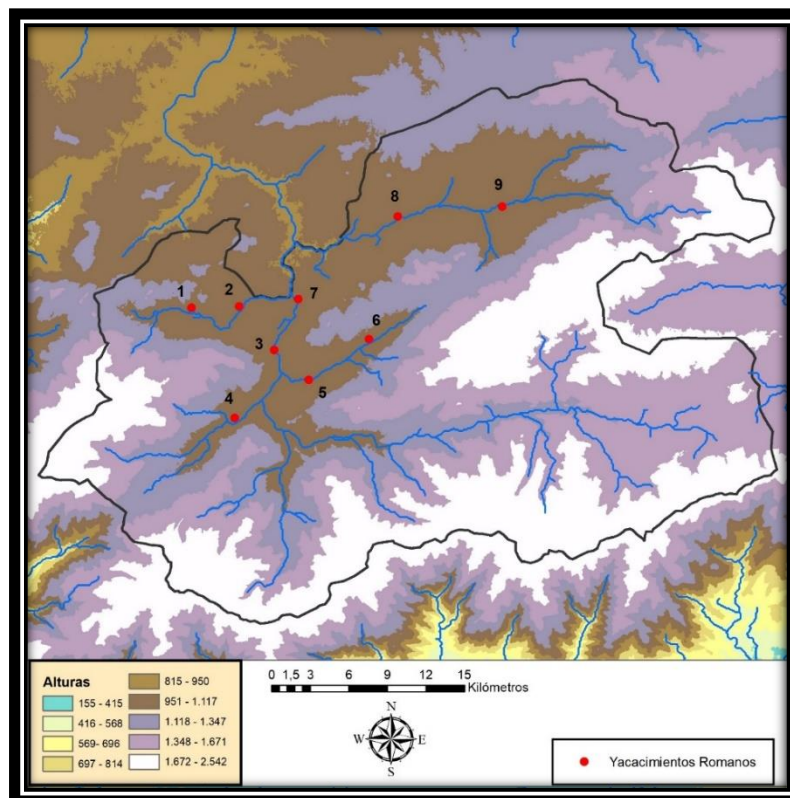


Figura 7.9: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Campo de Fútbol (Gilbuena) (Seguro); 2. Los Villares III (Junciana) (Posible); 3. La Dehesa (El Losar) (S); 4. Huerta Rigales (La Carrera) (P); 5. Las Barreras (S. Lorenzo de Tormes) (P); 6. Las Hazuelas (Sta. María de los Caballeros); 7. El Corral de los Moros (La Horcajada) (P); 8. Los Codríos (Villar de Corneja) (S); 9. Los Villares (Piedrahíta) (P).

Los materiales documentados hablan de la sencillez constructiva de las construcciones levantadas en estos asentamientos, de pequeñas dimensiones a base de mampuestos de granito trabados en seco, con cubiertas base de tégulas e ímbrices, lo que no descarta que algunos estuvieran cubiertos a base de materiales perecederos. En un único caso, *El Corral de los Moros* (La Horcajada), se documenta el uso de un material como es la pizarra, utilizado como elemento de cubrición.

Los materiales cerámicos documentados se corresponden con los grupos principales: almacenamiento, cocina y mesa. En los de almacenamiento destacan los fragmentos de vasos de grandes dimensiones, tipo dolia, documentados en *Las Hazuelas* (Sta. María de los Caballeros) y *Los Villares* (Piedrahita). En cuanto a las cerámicas más finas, se documentan fragmentos de TSH en *Las Hazuelas* (Sta. María de los Caballeros), *Campo de Fútbol* (Gilbuena), *Los Villares* (Piedrahita), *Los Codríos* (Villar de Corneja) y *La Dehesa* (El Losar), estos se concentran principalmente en el valle del Corneja y en el cauce del Becedillas donde muy próxima se sitúa una villa localizada en Puente de Congosto ya en la provincia salmantina.

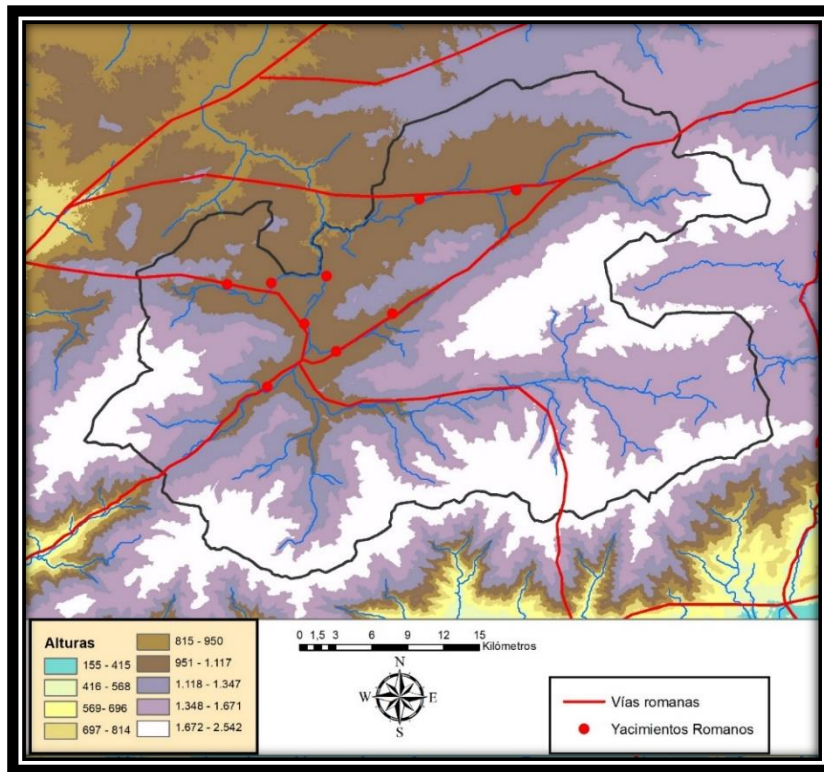


Figura 7.10: Distribución de las vías de comunicación y su relación con los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.).

En algunos de estos asentamientos, como *Las Barreras* y *Las Hazuelas* se ha documentado la presencia de posibles cerámicas sudgálicas o itálicas, lo que nos remite a fechas anteriores a mediados del siglo I d.C., momento en el que comienzan a documentarse las TSH en otros asentamientos. Ambos asentamientos, posiblemente en relación con las vías de comunicación, muestran la transición entre los momentos en los que se abandonan los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro y se está produciendo el traslado de la población al llano.

### 7.1.3.2. Las inscripciones latinas

Son escasas las evidencias de este tipo en la zona. En la actualidad se conocen tres inscripciones, todas ellas de carácter funerario, dos de ellas situadas en la zona del Becedillas, más concretamente en San Bartolomé de Béjar y Gilbuena (figura 7.18), y la tercera en El Barco de Ávila (Gómez-Pantoja y Martino, 2017). Esta última, dedicada a *Antonius Talavus*, presenta restos de dos bustos grabados y podría ser fechada en la segunda mitad del siglo II d.C. En cuanto a las otras dos, reutilizadas como elementos constructivos en las iglesias de las dos poblaciones citadas, aparecen, por el momento, inéditas.

Todas ellas muestran rasgos de indigenismo, bien por la presencia de los conocidos bustos esquemáticos grabados propios de la zona abulense, o bien grabados de hexapétalas que recuerdan la imaginería propia de los cultos dedicados a las deidades indígenas. En el caso de la existente en San Bartolomé de Béjar llama la atención por el material en el que está realizada, mármol, que podría sugerir la existencia de algún asentamiento de cierta relevancia, dado el carácter alóctono de este material.



*Figura 7.11: Detalle de la estela funeraria situada en el interior de la iglesia de Gilbuena.*

La situación de estas inscripciones, junto con los yacimientos conocidos, delata, por un lado, la posible existencia de un asentamiento existente en El Barco, importante vado sobre el río Tormes, hoy desconocido, y la cada vez mayor importancia del poblamiento en la zona del río Becedas (figura 7.19).

### **7.2.3. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)**

#### **7.2.3.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)**

En esta etapa cronológica son 16 los yacimientos conocidos hasta el momento, 7 de ellos calificados como seguros, mientras que 9 lo son como posibles (figura 7.20).

La única villa documentada por el momento en esta zona es el asentamiento de *Ermita de Nuestra Señora de la Vega* (Piedrahita), una villa de época tardía, que podría haber

surgido anteriormente, y en la que en intervención arqueológica, se documentaron fragmentos de ladrillos, cerámicas, vidrio, así como columnas, mármoles y restos de mosaicos (Hernández y Guitart, 1927: 50-55; Rupidera, 2012). Se sitúa en la vega del río Corneja, y desde allí podría ejercer de núcleo organizador de parte de estos asentamientos situados en la vega del Corneja.

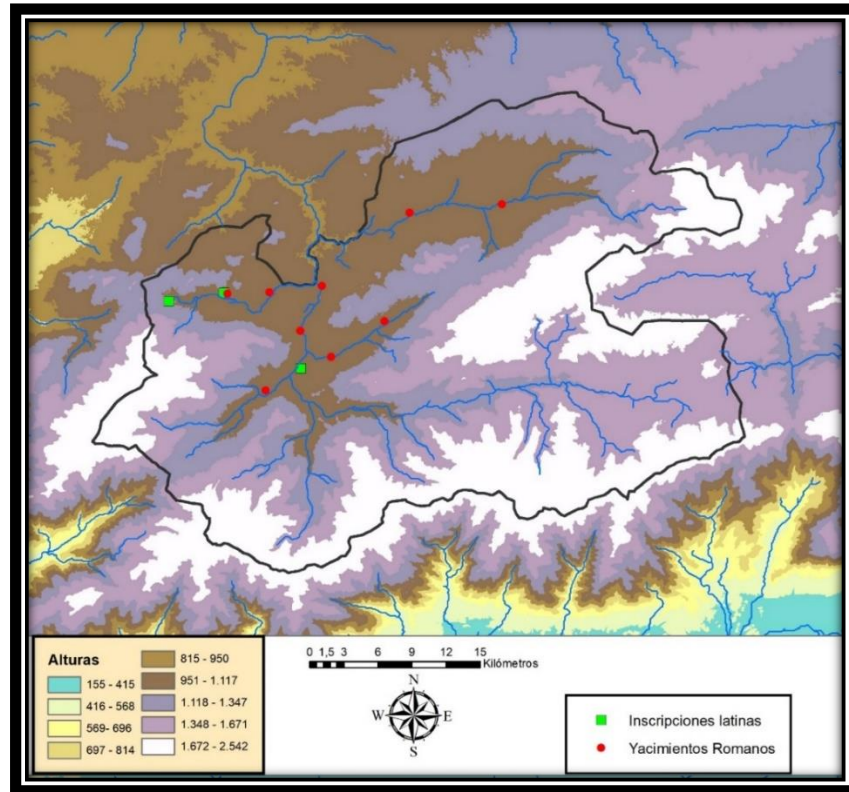


Figura 7.12: Situación de los documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

Se documenta un yacimiento situado en altura, *La Teta II* en Gilbuena, situado en el Cerro del Berrueco. Se trata de un asentamiento situado en un lugar con excelente visibilidad, donde no se han documentado restos de estructuras en superficie, pero, por el contrario, se han documentado numerosos restos de tégulas; además se recuperó un conjunto de monedas romanas fechadas en el siglo IV y una aguja para el pelo realizada en bronce con una decoración en zig-zag. Otro asentamiento situado en un lugar elevado es *El Corral de los Moros* (La Horcajada), situado en una loma, donde parece documentarse la existencia de una estructura dedicada al cerramiento del ganado.

El resto de los asentamientos carecen de una definición concreta en cuanto a su tipología, dado la escasez de materiales conocidos. Principalmente se concentran en la zona del río Corneja y Becedillas, es decir, en la parte más septentrional, donde las cotas son más bajas y se encuentran los suelos de mayores capacidades para la explotación agrícola.



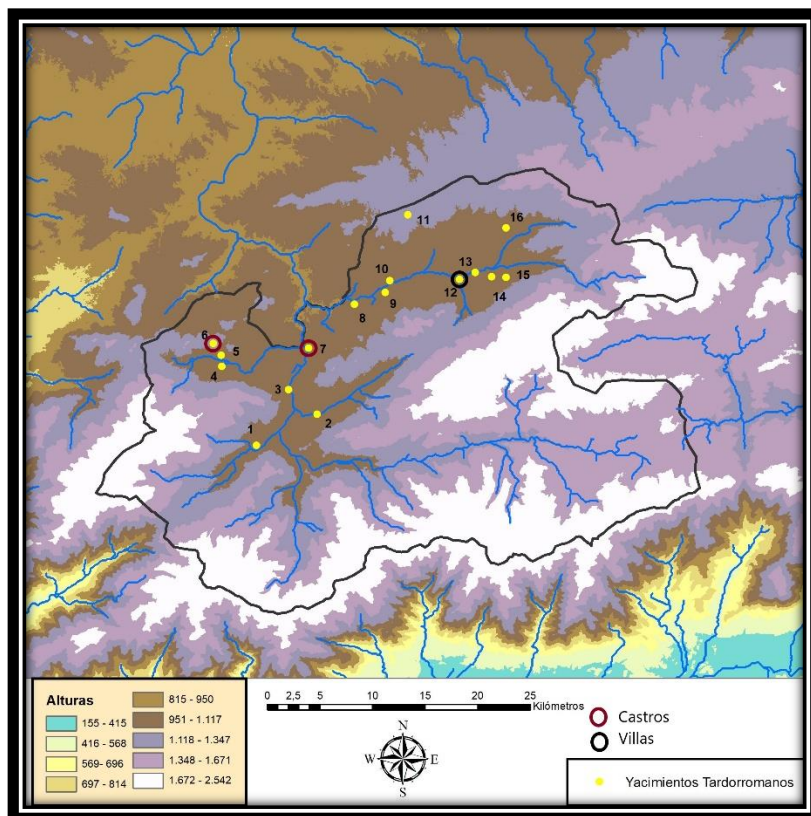


Figura 7.13: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Huerta Rigales (La Carrera) (Posible); 2. Las Barreras (S. Lorenzo de Tormes) (Seguro); 3. La Dehesa (El Losar) (P); 4. Huertas de Sta. Ana (Gilbuena) (P); 5. Campo de Fútbol (Gilbuena) (S); 6. La Teta II (Gilbuena) (S); 7. El Corral de los Moros (La Horcajada) (P); 8. Los Villares (La Horcajada) (P); 9. Los Buzonales (Hoyorredondo) (S); 10. Los Codríos (Villar de Corneja) (S); 11. Las Curricasas (El Mirón) (P); 12. Ermita de Nuestra Señora de la Vega (Piedrahita) (S); 13. Los Villares (Piedrahita) (P); 14. Horcas Viejas (S. Miguel de Corneja) (P); 15. Iglesia Vieja (S. Miguel de Corneja) (P); 16. Huerta de la Dehesa (Bonilla de la Sierra) (S).

Próximo al anteriormente citado de *La Teta II*, y también en el municipio de Gilbuena se encuentra *Campo de Fútbol* donde se localizan materiales constructivos junto a TSH, TS clara y numerosos fragmentos de cerámica común basta. Muy cerca también aparece *Huertas de Santa Ana*, donde se documentan una serie de estructuras en relación con el río Becedillas y que podría tratarse de restos de canalizaciones y elementos destinados al control del cauce del río.

El único asentamiento en el que se documenta algún tipo de transformación de materias primas es *Las Curricasas* (El Mirón), donde junto a los restos de varias edificaciones se documenta un posible horno cerámico.

Tan sólo en algunos de los asentamientos aparecen cerámicas de mayor calidad como TSH o TSHt (*Los Codríos*, *Campo de Fútbol*, *Huerta de la Dehesa*, *La Dehesa*, *Los Buzonales*, *Los Villares* (Piedrahita) y *Las Barreras*. Junto a estos materiales aparecen cerámicas de pastas

poco trabajadas, generalmente a torno, aunque no escasean las realizadas a mano, entre las que destacan las realizadas en pastas grises con superficies alisadas.

Los asentamientos que surgen de nueva planta en esta época, como los que permanecen ocupados de la anterior, se sitúan próximos a las vías de comunicación y a los cursos fluviales, salvo los casos que comentaremos más adelante. Estos asentamientos se sitúan a una altura media más elevada con respecto a los del período anterior. Igualmente, buscan los lugares en los que los suelos puedan tener mayores capacidades productivas, es decir, en la vega de los ríos. Por el contrario, se documentan otros asentamientos como *La Teta II*, *Las Curricasas* y *El Corral de los Moros* situados en lugares elevados. Entre los dos primeros puede existir una relación visual, situándose a ambos lados del corredor por el que discurre el río Tormes y donde recibe las aguas del Becedillas y Corneja. Estos asentamientos, dado su emplazamiento, se encuentran más alejados de los cauces fluviales, en el caso de *La Teta II* a unos 1.800 m, mientras que *Las Curricasas* se encuentra aún más alejado, unos 5.500 m.

En cuanto a las vías de comunicación, todos se encuentran muy próximos a las mismas salvo *Huerta de la Dehesa*, que se encuentra a 3.500 m de la vía más próxima, y *Las Curricasas* alrededor de 5.500 m.

### 7.2.3.2. La época visigoda (ss. VI-VIII d.C.)

Los yacimientos documentados propios de esta época son escasos; únicamente se han identificado tres, todos ellos clasificados como posibles. Aparentemente hay un abandono general de toda la zona, únicamente parece poblada la vega del Corneja en la parte más septentrional. Sin embargo llama la atención que sí se documentan algunos restos constructivos o funerarios que podrían delatar la existencia de algún asentamiento en zonas que aparentemente no muestran ningún yacimiento; así ocurre en El Barco de Ávila (González, 2011) o en Santibáñez de Béjar (Barroso y Morín, 1994), donde podrían haber existido algún tipo de edificación de carácter religioso o en Solana de Ávila donde se conoce la existencia de un sarcófago monolítico en granito que podría encuadrarse en esta etapa cronológica.

Los asentamientos se disponen cerca de las vías de comunicación salvo *El Cervón* que se encuentra a unos 3.500 m de la más próxima; igualmente se sitúan en lugares en los que los cursos fluviales se hallan muy próximos, siempre a distancias menores de 1.000 m.

En cuanto a los materiales documentados, en *El Cercón* se trata de cerámicas a torno lento, con cocción reductora pastas poco decantadas en las que aparecen desgrasantes micáceos y calizos, sus superficies están muy cuidadas, con un acabado bruñido. En el yacimiento de *Iglesia Vieja* se han documentado pizarras numerales que habría que poner en relación con el cercano asentamiento de *Lancha de Trigo* (Gutiérrez y otros, 1958: 59-78) y *El Cortinal de San Juan* (Ariño, 2011: 251-270). En este yacimiento se recuperaron varios sarcófagos monolíticos realizados en granito junto a una necrópolis de tumbas de lajas.

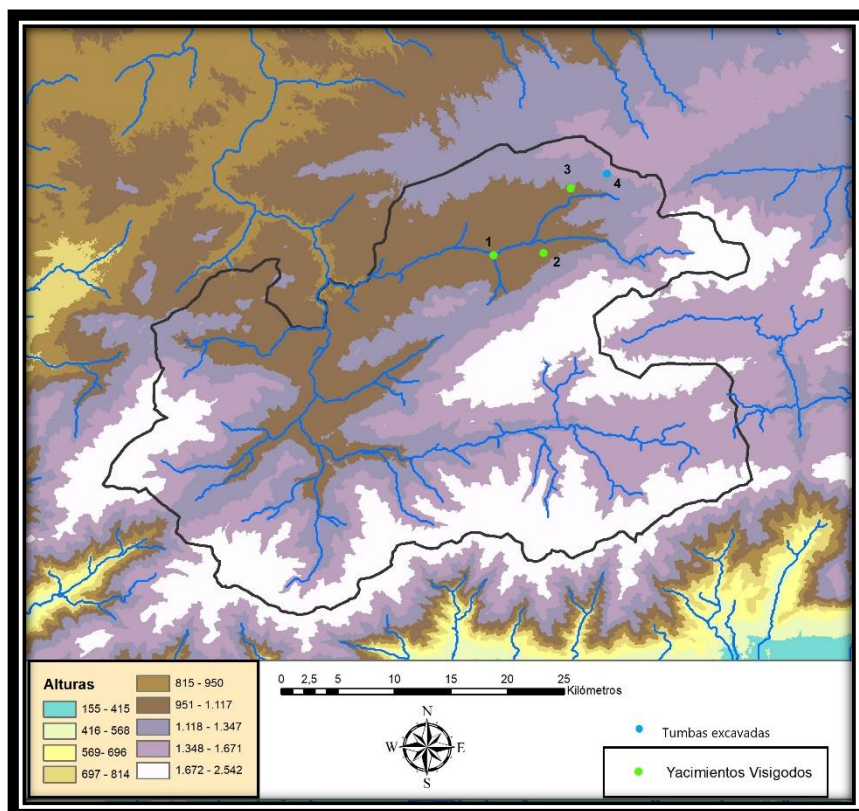


Figura 7.14: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Ermita de Nuestra Señora de la Vega (Piedrabita) (P); 2. Iglesia Vieja (S. Miguel de Corneja) (P); 3. El Cercón (Bonilla de la Sierra) (P); 4. El Cerro de San Benito (Bonilla de la Sierra) (P).

Además de estos asentamientos tenemos constancia de otros, caracterizados por la presencia de tumbas excavadas en la roca, cuyo inicio podría encontrarse en este período con continuidad en el siguiente (Hernández, 2016). Sus correspondientes fichas en el IAA les atribuyen una cronología altomedieval. Entre estos se encuentra *El Cerro de San Benito* (Bonilla de la Sierra) situado en la cima de una colina, donde aparece una tumba excavada en la roca, numerosos restos constructivos y cerámicos. Este asentamiento habría que ponerlo en relación con los otros existentes en las cercanías, pero pertenecientes a la Zona I Tierra Llana-La Moraña, situados en las vertientes de la sierra de Ávila, como *Prado de la*



*Casa, Fuente de la Madera, Cocina de los Moros o Canto de la Sepultura* con los que comparte numerosas similitudes.

#### 7.2.4. ¿Y después del siglo VIII?

Por los datos que conocemos hasta ahora, esta zona parece haber quedado prácticamente despoblada; los únicos asentamientos que parecen documentarse se sitúan en las laderas de la sierra de Ávila en clara relación con la explotación silvícola y pastoril de la misma. También se han localizado algunos asentamientos con tumbas excavadas en la roca en la ladera septentrional de la Sierra de Béjar, dentro de la provincia de Salamanca, que podrían mostrar una cierta continuidad en la explotación de esta zona como se percibe en los análisis polínicos realizados en la misma (Abel-Schaad, 2013).

#### 7.2.5. Interpretación de los datos

La distribución espacial de los asentamientos en esta zona viene muy marcada por la altura y condiciones geográficas. Los asentamientos se sitúan, preferentemente en las zonas de menor altitud, buscando los suelos más próximos a los cursos fluviales, en este caso el Aravalle, Corneja y Tormes en su curso medio. En cuanto a la distribución cronocultural, observamos un incremento del número de asentamientos desde la Segunda Edad del Hierro hasta la época tardorromana, apreciándose un importante retroceso en su número a partir del siglo V (tabla 7.8).

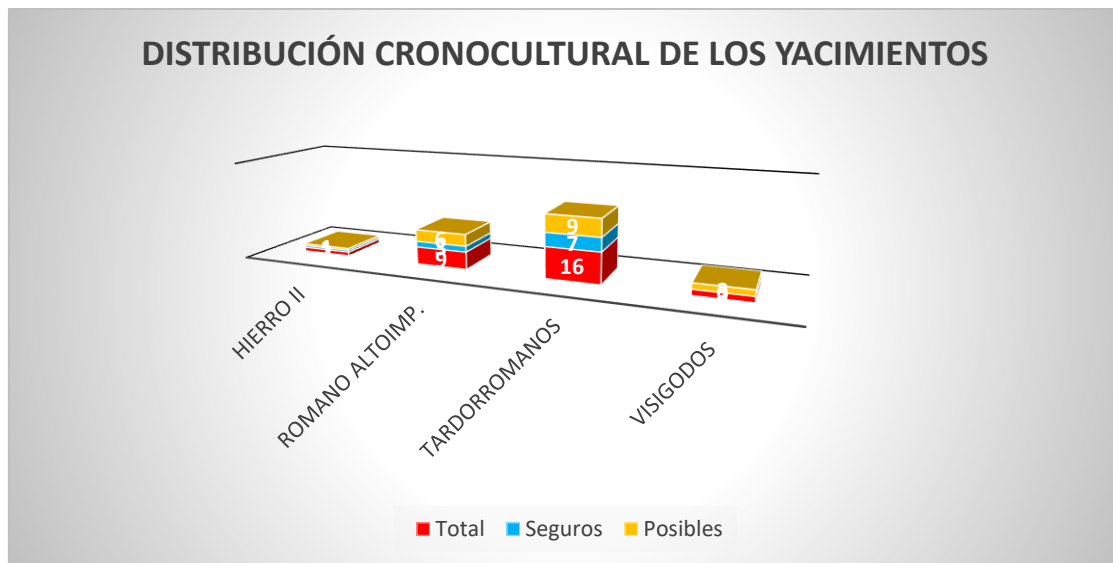


Tabla 7.8: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.

Esta situación tiene su reflejo en la densidad de yacimientos por cada una de las etapas culturales, reflejando la escasez de asentamientos (tabla 7.9). Situación que puede estar reflejando una zona con escasos atractivos para el poblamiento o denotar la escasez de intervenciones arqueológicas realizadas. Sin embargo, debemos ser cautos con las interpretaciones cronológicas; no debemos pensar que los yacimientos con materiales tardorromanos debieron desaparecer, sino que se debieron mantener en uso durante la época visigoda e incluso más allá, puesto que en estos lugares y otros se documentan escasos materiales visigodos y ningún material de época andalusí. La interpretación podría ir estableciendo un continuo poblacional, sin una delimitación clara de los materiales mostrando un panorama más rico y distinto, una explotación intensa en la tardoantigüedad, mantenida probablemente e incluso con nuevos yacimientos hacia su época final, muchos de ellos denominados como visigodos por no documentarse en ellos cerámicas de origen romano.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	2	1.441,06	0,00138787
Romano Altoimp.	9	1.441,06	0,0062454
Tardorromanos	16	1.441,06	0,01110294
Visigodos	1	1.441,06	0,00069393

*Tabla 7.9: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.*

En cuanto a las alturas en las que se emplazan los lugares elegidos (tabla 7.10), muy condicionadas por la altura media de la zona de estudio, para asentarse se puede observar una disminución en la media entre la Segunda Edad del Hierro y la etapa romano altoimperial, reflejo del abandono de esos emplazamientos por unos nuevos en zonas más bajas, pese a que la altura total se haya visto incrementada en época romana; a partir de ese momento, las alturas medias en la etapa tardorromana y visigoda se van elevando lentamente, fruto en primer lugar de una generalización de los espacios ocupados y posteriormente, en época visigoda, de la permanencia de asentamientos en lugares más elevados con posibilidades de explotación ganadera.

En cuanto a la continuidad de uso de los asentamientos, podemos decir que entre la Segunda Edad del Hierro y la romana altoimperial se produce un corte total, siendo abandonados todos los asentamientos por nuevos emplazamientos; esto no ocurre entre la época romano alto/bajo imperial y la tardorromana cuando un 80% de los asentamientos continúan en uso; la tendencia continúa en época visigoda, pese al escaso número de asentamientos que se aprecian en esta época, un 66% de los mismos continúan ocupados.

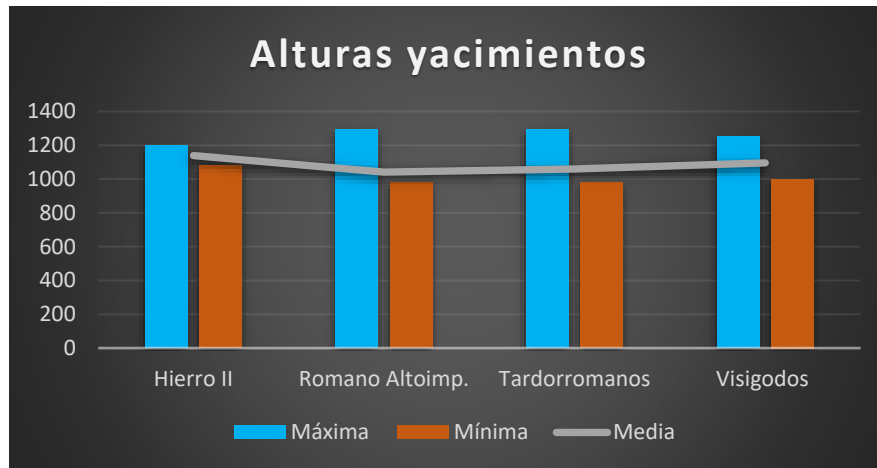


Tabla 7.10: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a la tipología de los suelos de los lugares elegidos (tablas 7.11 y 7.12), podemos decir que reflejan en un primer momento el emplazamiento de los asentamientos en lugares destacados, donde los suelos son, predominantemente, de menores potencialidades (tipo C) tanto los más cercanos como los lejanos, fruto de la búsqueda de sitios con fácil defensa. El cambio en el modelo de poblamiento que documentamos en época romana tiene su reflejo en las tipologías de suelos, apreciándose un incremento en los de mayores potencialidades (tipo A), tanto los situados más próximos, como en los más alejados, y un fuerte descenso en el porcentaje de los suelos de menores capacidades (tipo C) sustituidos por los de capacidades medias (tipo B).

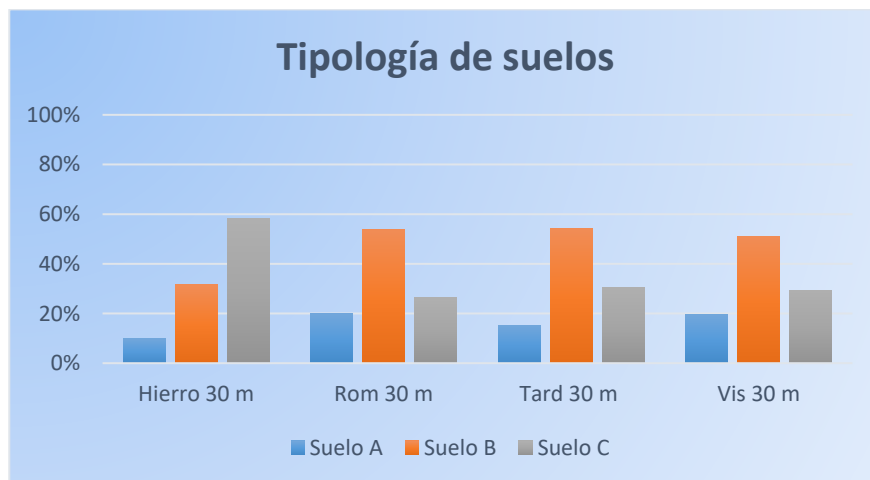


Tabla 7.11: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En época tardorromana, fruto de la generalización en la ocupación de diferentes espacios, disminuyen porcentualmente los suelos de mayores capacidades apreciándose un pequeño incremento en los de menores. Esta tendencia se mantiene en la época visigoda en

los suelos más próximos a los asentamientos, no así en los más alejados donde se aprecia una disminución de los de mayores capacidades incrementándose los de menores, fruto de la selección de los emplazamientos buscando mejores condiciones para el uso ganadero.

En la Segunda Edad del Hierro conocemos dos únicos asentamientos, situados en la parte más occidental, ambos en el reborde montañoso de las sierras de Gredos y de Béjar, en el cauce del Tormes, por encima de los 1.200 m. Son asentamientos con un elevado grado de autosuficiencia (Hernando, 2003: 296), centrada preferentemente en la ganadería, con pastos de altura, complementada con la explotación forestal y agricultura de subsistencia (Esparza, 1999: 91).

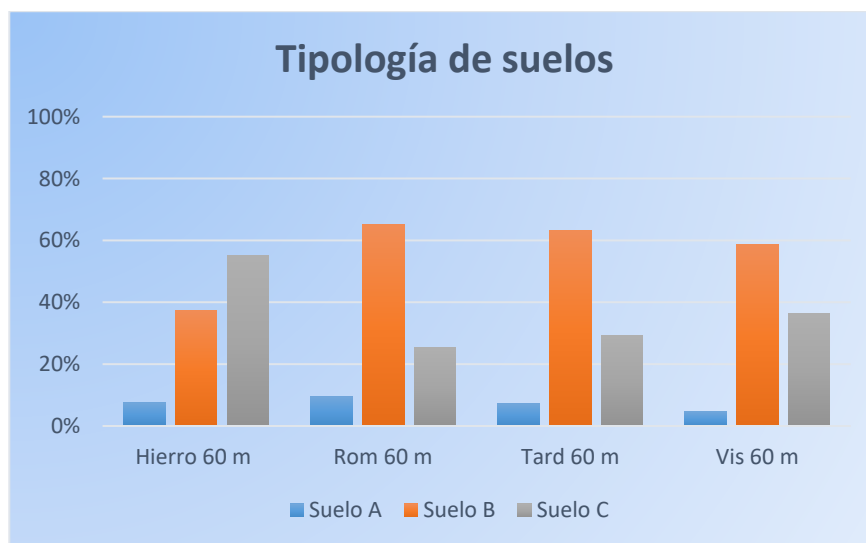


Tabla 7.12: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Como decíamos anteriormente, tras la conquista efectiva de la meseta a partir de la guerras lusitanas y celtibéricas la población de estos castros debió abandonarlos; en el caso de *Las Paredejas* su población se trasladaría a *Los Tejares*. Esta situación se repite en muchos de los castros meseteños, cuando la conquista romana y la revuelta sertoriana (Martín y Esparza, 1992: 274-275; Álvarez-Sanchís y otros, 2008: 347) pongan fin a la organización política y económica indígenas (Salinas, 2001); sus poblaciones se trasladan a zonas más llanas bien obligadas o por iniciativa propia (González-Tablas, 2008: 146).

Al igual que sucede en otros castros próximos (López y otros, 2009: 42-51), alrededor de estos, el espacio debía estar bastante clareado y con pastizales explotados por el ganado (Blanco, 2009: 162), junto a una agricultura de escasos rendimientos. En la zona de la sierra de Gredos y sierra de Béjar, se documenta la presencia de bosques de pino o pino y abedul en las zonas más altas; mientras que las más bajas presentan agrupaciones de roble y avellano en la sierra de Béjar y *Pinus pinaster* en la de Gredos (López, 2014).

En cuanto a las figuras zoomorfas, sabemos que una de ellas proviene del yacimiento de *Las Paredejas* o su alrededor, pero en el otro caso sucede como anteriormente, o sucederá a continuación, que no se relaciona con ningún asentamiento conocido y posiblemente, a pesar de haber sido desplazada, podría indicar un lugar de pastos críticos o de acceso a los mismos.

Como en otras zonas cercanas, tras el abandono de los castros el modelo de poblamiento se transformó, vemos como surgen nuevos asentamientos, mayoritariamente a partir de la mitad del siglo I d.C., en nuevos emplazamientos, junto a la vega de los cursos fluviales, más favorables para la explotación agrícola, pese a las limitaciones que imponen los suelos de esta zona. Únicamente en dos casos, se documentan materiales cerámicos anteriores a la segunda mitad del siglo I d.C., que muestran la implantación de los nuevos establecimientos, en este caso en relación con las vías de comunicación que articulan el territorio.

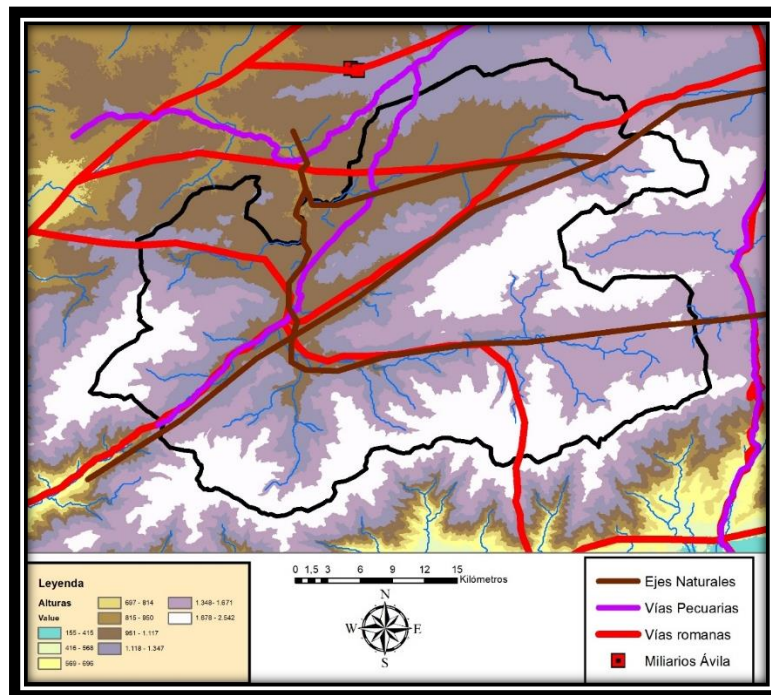


Figura 7.15: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

Desconocemos, hasta el momento a que *civitas* podía pertenecer administrativamente este territorio; las ciudades más próximas conocidas son Ávila, Cápara y Salamanca, todas ellas bastante alejadas. La más cercana de las tres era Cápara, aunque contaba con mayores dificultades de comunicación que las otras dos. Por tanto, debió pertenecer a la ciudad abulense, puesto que, tras la repoblación medieval, el alfoz abulense ocupó toda esta zona alcanzando más allá de las sierras (Fuentes, 2000: 205; Rodríguez, 2005: 117).

Esta zona quedó incluida, tras las reformas administrativas de Augusto, dentro de la provincia de Lusitania, junto con la mayoría del territorio vettón, en el *conventus Emeritensis* (Rodríguez, 1991: 15-19; Knapp, 1992: 6-7). Esta organización se mantuvo vigente durante todo el período altoimperial; tampoco parece que las reformas administrativas llevadas a cabo por Diocleciano afectaran a esta zona.

En cuanto a las vías de comunicación (figura 7.22), ya tratadas anteriormente, debemos decir que este territorio destaca por la existencia de numerosas cañadas y vías pecuarias, que recuerdan la importancia que ha tenido la ganadería en las zonas montañosas ya desde la prehistoria reciente. Los ejes naturales discurren en paralelo a los principales cursos fluviales, el Tormes y Corneja, además de la falla de Plasencia que propicia la conexión entre la meseta norte y la zona extremeña (Álvarez y Gil, 1988). Las vías pecuarias que recorren este territorio son escasas; la única documentada sobrepasa el río Tormes y discurre por la falla de Plasencia con el mismo recorrido que el eje natural anterior. En cuanto a la vías romanas, articulan el territorio siguiendo los dos cursos fluviales, Corneja y Tormes y la vía que proveniente del valle de Amblés la atraviesa de este a oeste hasta la zona extremeña.

Al igual que en otras zonas próximas, son varios los topónimos prerromanos que permanecen en esta, topónimos como Aravalle, Barco (Barrios, 1988: 209) o Berrueco sugieren la permanencia de grupos de población que los perpetúen y los transmitan en el tiempo, estos se concentran en la parte más occidental, donde se encontraban los asentamientos propios de la Segunda Edad del Hierro.

Las inscripciones latinas conocidas en la zona redundan en el mismo sentido, la pervivencia de ciertos rasgos indígenas (Barrios, 1985: 103; Mariné, 1995: 290) como son la representación de los bustos esquemáticos o la decoración; pero a la vez se percibe la transformación en la onomástica con el uso de nombres latinos.

La época tardorromana es en cierto modo una continuidad de la anterior, a pesar de los cambios en los asentamientos; continuidad en el sentido que pese a varios asentamientos son abandonados, los de nueva creación continúan con la explotación de los mismos recursos, simplemente se han trasladado de emplazamiento. En este momento la villa de la *Ermita de Nuestra Señora de la Vega* (Piedrahita) puede ser el asentamiento organizador de parte de este territorio, al menos de todos los asentamientos que se encuentran en la vega del Corneja. Debemos tener en cuenta la presencia de otra villa, de similares características en Puente del Congosto, ya en la provincia salmantina, que puede haber ejercido la misma función sobre los asentamientos que se encuentran en la vega del



Becedillas. Ambos cursos fluviales han sido objeto de una fuerte antropización, reuniendo en sus vegas y las del Tormes los mejores suelos para explotar en una zona con una clara preferencia por la explotación ganadera y forestal. En la zona del Becedillas se recuperaron un conjunto de monedas que se fechan entre el siglo I y IV d.C. (Mayoral y Ortiz, 2016), que junto con las recuperadas en *El Mirón* (Zona I) hablan de la implantación del sistema económico y monetario romano posiblemente a partir de mediados del siglo I d.C. y su continuidad.

Este modelo debió perdurar hasta el siglo IV, cuando comienzan las transformaciones en el mismo. Las villas comienzan a perder su fuerza como elementos organizadores del territorio a finales del siglo IV o principios del V, como sucede en otros territorios próximos (Ariño y otros, 2012: 123), momento en el que comienzan a surgir otros asentamientos, como son los situados en altura, entre ellos *La Teta II* (Gilbuena) y el *cerro del Castillo* (El Mirón), este situado en la Zona I contigua a esta. Son estos asentamientos, de pequeñas dimensiones, que pudieron servir de refugio para momentos de dificultad, pero también convertirse en esos elementos que sustituyeron a las villas tras el declive de estas.

También hay nuevos asentamientos que buscan la mejor explotación de los recursos de las zonas serranas, pastos y bosques, situados en las laderas de La Serrota o de la sierra de Ávila; se trata de pequeños asentamientos, granjas, en los que los materiales documentados son similares a los encontrados en las zonas de ribera. En la época romana los registros polínicos muestran que, en la sierra de Béjar, en las zonas altas se produce un retroceso del pino, mientras que los matorrales de brezo y los pastizales se extienden; situación que podemos vincular con un importante aumento de la presión ganadera (López, 2014: 113). Por el contrario, en las mismas alturas de la sierra de Gredos apenas se perciben transformaciones antrópicas, lo que habla de esta como una zona de paso, escasamente poblada por su dureza climática.

La toponimia de origen romano o tardorromano también ha llegado hasta nuestros días, nombres como Cereceda, Los Loros, La Horcajada, Cabezas, Cabezuelo, Palacios, Villar (Barrios, 1985: 43) y un largo etcétera, son los restos de los nombres de origen latino que debieron existir y que muestran la presencia y pervivencia de poblaciones que los conocieron y usaron.

En época visigoda el modelo de ocupación y explotación tardorromana parece desaparecer. Son escasos los asentamientos detectados que permanecen sobre el territorio,

y los que permanecen se sitúan en la vega del Corneja y laderas de la Serrota y sierra de Ávila. Pese a la escasez de datos, parece existir una transformación en los modelos productivos de momentos anteriores, basados, principalmente, en la actividad agrícola, hacia un modelo en el que la actividad ganadera cobra importancia, si es que anteriormente la había perdido.

Parece claro que en este momento el territorio está articulado desde asentamientos situados fuera de este área, bien pudiera ser desde el conjunto de asentamientos situados en las proximidades del pantano de Santa Teresa, donde *El Cortinal de San Juan* (Salvatierra de Tormes, Salamanca) (Ariño, 2011: 251-270), o *Diego Álvaro* con el que sin duda está en relación (Ariño, 2011: 267); o *La Cabeza de Navasangil* (Solosancho) (Barrios y Martín, 2000-2001: 71-72), lugares desde los que los grupos de poder gestionarían los asentamientos campesinos que se distribuían por el territorio. Ciertos restos escultóricos sugieren la presencia de algún lugar de culto, como sucede en Santibáñez de Béjar (Barroso y Morín, 1992: 41-73; 1994: 369-374) o un edificio religioso en El Barco (Fuente, 1925: 196).

Son escasos sin embargo los yacimientos con tumbas excavadas en la roca, creemos que se debe la cercanía del conjunto existente en la sierra de Ávila atrajo la concentración de la población en esa zona, como parece ocurrir en la cara norte de la sierra de Béjar, fuera del área de análisis.

Durante la época visigoda asistimos a un notable empeoramiento climático (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71), con un incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). En la sierra de Gredos se aprecia una profunda deforestación fruto del recurso al fuego en busca de buenos pastos para la cabaña ganadera (Franco, García, y Sainz, 1997); sin embargo, en la de Béjar asistimos a una bajada de cota de los bosques de pinos, reflejo de las bajas temperaturas y una gran expansión de estos.

En esta zona la economía del pastoreo trashumante estacional que se practicaba desde la prehistoria continuó a pesar de la implantación del modelo económico romano, seguramente perdiendo algo de importancia que recuperaría, en el momento en el que el imperio desapareciera.

A pesar de los escasos asentamientos conocidos, hay otros indicios, como los palinológicos (López y otros, 2009: 9-38; López-Merino y otros, 2009: 42-51) que documentan la continuidad de actividades agrícolas y ganaderas, durante todo el período analizado y más allá del mismo.

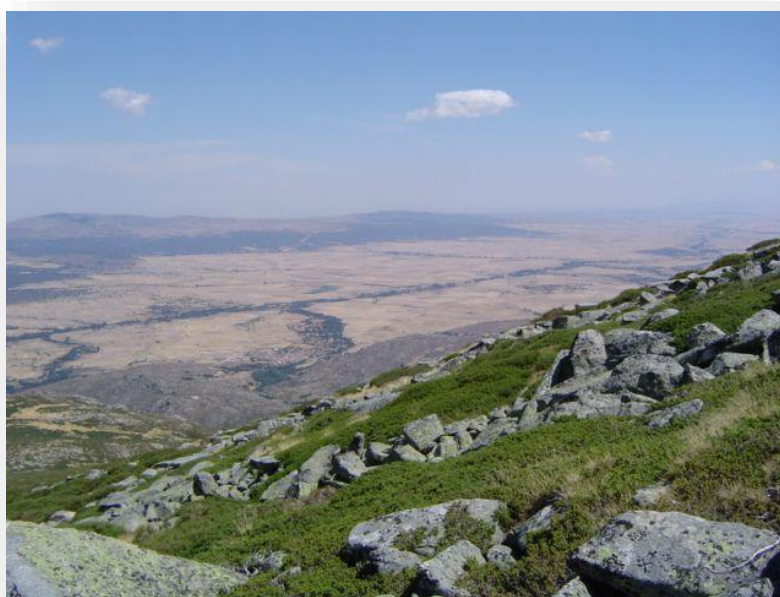
Nos encontramos en una zona con escaso poblamiento durante la II Edad del Hierro, distribuido muy desigualmente sobre el territorio, transformado con la implantación de un nuevo modelo, impulsado tras la conquista romana, en la que se potenció el establecimiento y explotación de las zonas bajas de los valles con suelos más productivos. Sistema que debió coexistir con el viejo modelo de explotación ganadera, de pequeños grupos móviles por el territorio. Los valles altos del Tormes y del Alberche, parecen ser espacios donde el impulso romano tuvo poca presencia; en ellos estos grupos de pastores que frecuentan chozos y majadas, que explotan el medio mediante el uso del fuego, para obtener buenos pastos para el ganado (Barrios, 1998: 220).

Durante el momento visigodo, se vive una nueva transformación, en la que a la vez que desaparecen algunos asentamientos, sobre todo los de mayor dedicación agrícola, se potencia, de nuevo, la explotación forestal y de los pastos de altura, que, aunque nunca se habían abandonado, sí habían sufrido menor presión antrópica en los siglos anteriores. A pesar de la llegada de los musulmanes, pequeños grupos debieron permanecer explotando el territorio, y a ellos se atribuye la conservación del acervo de tradiciones orales y de la toponimia menor previa a la repoblación (Barrios, 1983: 113-148).

Es esta una zona donde se ha documentado escaso poblamiento prerromano y que desde época romana ha sido marginal, como otras, situada en el límite de varias ciudades, alejada de cualquier foco central, tuvo sus propios tiempos e impulsos. Claramente olvidada en los análisis y que requiere nuevos estudios que permitan corroborar arqueológicamente algunos de los indicios que se conocen.

### 7.3. ZONA III EL VALLE DE AMBLÉS

Esta zona se encuentra en la parte central de la actual provincia de Ávila, con una superficie de 1.328,6 km<sup>2</sup>. El valle de Amblés (figura 7.23), se sitúa entre las sierras de Ávila por la zona norte y por el sur las sierras la Paramera y la Serrota. Es una de las zonas con mayor personalidad geográfica, donde los depósitos terciarios y cuaternarios alcanzan gran desarrollo y profundidad. En la zona más oriental se sitúa el macizo de Ojos Albos, situado sobre el Campo Azálvaro, mostrando un paisaje de pastizales de alta montaña, cervunales y tremedales (Troitiño, 2000: 94-108).



*Figura 7.16: Vista del Valle de Amblés desde La Serrota.*

El río Adaja, perteneciente a la cuenca hidrográfica del Duero, discurre con dirección oeste-este, recogiendo las aguas de las vertientes circundantes. Esta zona tiene una altitud media entorno a los 1.100 m, manteniendo gran horizontalidad en su parte central. Tiene un clima continentalizado, con temperaturas que en el estío alcanzan los 35°C mientras que en invierno pueden sobrepasar los -5°C. La temperatura media anual oscila entre los 10 y 14°C, con un período frío con una duración de 5 a 7 meses en los que la temperatura media se mueve en el rango de 2 a 6°C; en el período cálido la temperatura media oscila entre los 20 a 26°C. En cuanto a las precipitaciones, la media se mueve entre los 400 y los 1.200 mm anuales, con un período seco de 2 a 4 meses (Troitiño, 2000: 79-80).

En la actualidad, en él se concentran gran parte de los recursos económicos de la región, destacan la industria alimentaria con un número creciente de granjas y mataderos, mayoritariamente de cerdos, junto a una tradicional agricultura de secano en regresión, que se enfrenta al crecimiento de la de regadío.

### 7.3.1. Los asentamientos durante la Segunda Edad del Hierro

En esta zona y con la cronología atribuible a la Segunda Edad del Hierro conocemos un total de nueve yacimientos, de los cuales, cuatro considerados como seguros, mientras cinco son como posibles (figura 7.24).

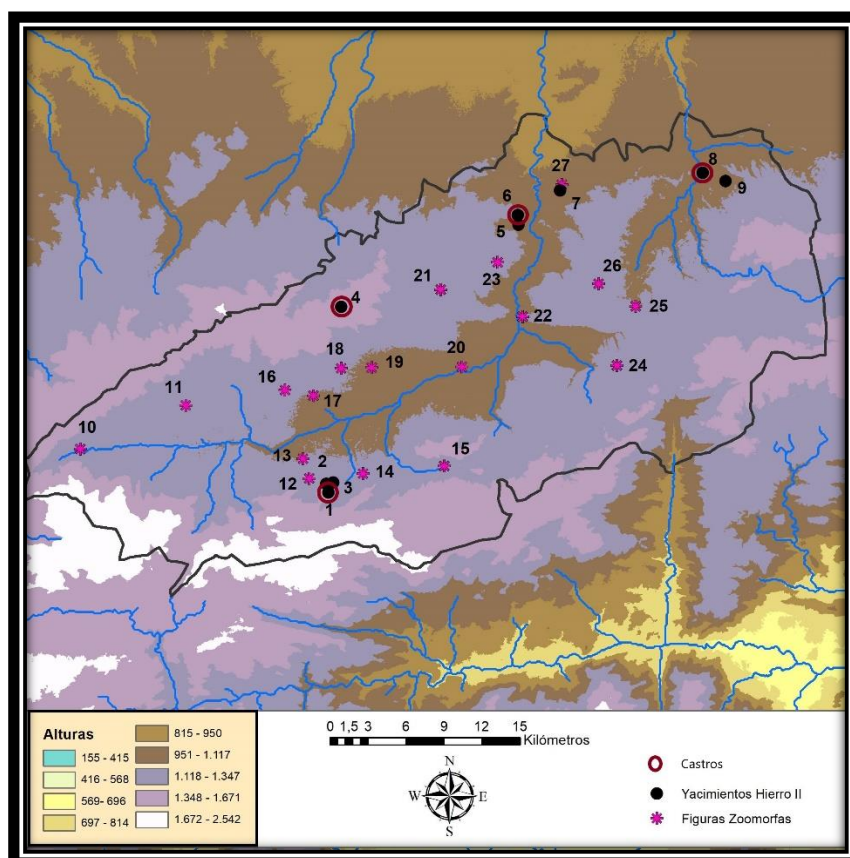
El castro de *Los Castillejos* (Sanchorreja) fue excavado por Maluquer en la década de los 50, documentando materiales cerámicos propios de la Segunda Edad del Hierro. Fueron escasos los materiales metálicos localizados, entre otros algunas puntas de lanza y flecha, algunas fibulas en bronce perduraciones del momento anterior junto con algunos objetos considerados como exóticos (cuentas en pasta vítrea o colgante en forma de loto). En cuanto a su cronología, la ausencia de cerámicas a torno con decoración estampillada propias de otros yacimientos de Cogotas II, cuyos inicios están fechados a comienzos del siglo III a.C. hacen pensar que el momento álgido de *Los Castillejos* no alcanza dicho siglo (Maluquer, 1958); es muy posible que fuera lentamente abandonado, y que se registraran reutilizaciones posteriores.

Página / 208

El castro de *Las Cogotas* (Cardeñosa), situado sobre una pequeña elevación granítica junto al río Adaja, consta de dos recintos amurallados y un tercero, también amurallado de escasa entidad. Según Cabré, sus defensas fueron demolidas y arrasadas; estaban realizadas en mampostería en seco, con diferentes grosores que oscilaban entre los 2,50 y 10,7 m, documentándose una especie de cubos salientes junto a las entradas (Cabré, 1930), y con un campo de piedras hincadas al exterior.

En el interior se documentaron restos de edificaciones de planta rectangular con zócalos realizados en mampostería trabada en seco, repartidas principalmente en los dos recintos superiores; en el inferior también se han documentado restos de algunas edificaciones junto a los de un taller de alfarería (Ruiz y Álvarez-Sanchís, 1995). Se recuperaron abundantes materiales cerámicos a mano y a torno, con decoración típicamente indígena. Los objetos en hierro son numerosos y muy variados, desde armas hasta herramientas de trabajo. Desconocemos con exactitud el momento de su abandono, pues mientras Cabré (1930) lo sitúa a finales del siglo III a.C. en relación con la incursión

de Aníbal hacia Salamanca, Fernández los sitúa dentro del II a.C. (Fernández, 1998: 143). En cuanto a la necrópolis, también excavada por Cabré (1932), muy próxima al asentamiento, está compuesta por cuatro zonas, donde se documentaron más de 3.000 enterramientos, constituidos por sepulturas individuales de incineración, con vasos cerámicos agrupados alrededor de estelas de granito, y ajuares compuestos mayoritariamente por vasos cerámicos.



*Figura 7.17: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. El Castillo de Ulaca (Solosancho) (P); 2. La Mata I (Solosancho) (P); 3. Fuente del Oso (Solosancho) (S); 4. Los Castillejos (Sanchorreja) (S); 5. Finca de Pedro Cojo (Cardenosa) (P); 6. Las Cogotas (Cardenosa) (S); 7. San Cristóbal (Mingorría) (P); 8. San Juan (Ojos Albos) (S); 9. Cerro Somillo (Ojos Albos) (P). Esculturas zoomorfas: 10. Villatoro (3); 11. Muñana (1); 12. Villaviciosa (2); 13. Solosancho (1); 14. Sotalbo (1); 15. Riofrío (12); 16. Sta. María del Arroyo (1); 17. Muñogalindo (2); 18. Muñochas (1); 19. Padiernos (1); 20. El Fresno (1); 21. Martiberrero (10); 22. Ávila (41); 23. Narrillos de San Leonardo (2); 24. Tornadizos (25); 25. Bernuy-Salinero (4); Vicolozano (1); 27. Mingorría (1).*

El castro de *Ulaca* (Solosancho), situado sobre la cumbre amesetada de una colina entre dos cursos fluviales, tiene un excelente control visual sobre el valle; se halla protegido por un potente sistema defensivo, con una muralla de más de 3.000 m de longitud, a base de grandes bloques de piedra en seco; en algunos lugares parece reforzarse con otros paramentos que también pudieran servir como encerraderos de ganado. En su interior se documentan las cimentaciones de hasta 250 edificaciones de planta cuadrada o rectangular



con compartimentación interna; con similares características se han documentado también fuera de la muralla (Álvarez-Sanchís, Marín, Falquina, y Ruiz, 2008: 343). Destacan en su interior algunas edificaciones como «el santuario» y «la sauna»; el primero, posiblemente un altar dedicado a la realización de sacrificios, similar al existente en Panoias (Rodríguez, 1999) o Peñalba de Villastar (Teruel), lugares donde se realizaban ritos normalmente de carácter cruento. Mientras que el segundo parece estar dedicado a ritos de purificación (Hernando, 2003: 309). El castro estuvo habitado aproximadamente entre el 300 y 50 a.C., cuando su población paulatinamente se trasladó al llano, muy posiblemente al naciente asentamiento de Ávila, con posibles frecuentaciones posteriores (Álvarez-Sanchís, Marín, Falquina, y Ruiz, 2008: 346-347). En la ladera de la zona norte se ha documentado un área dedicada a las labores artesanales. En cuanto a la necrópolis, situada al norte del castro, en una zona ligeramente más baja, se realizaron varios sondeos, en los que se documentaron materiales de la época que en su conjunto hablan de un cementerio similar a otros de los conocidos en el ámbito vettón (Álvarez-Sanchís y otros, 2008: 355).

En *San Juan* (Ojos-Albos), se localiza un asentamiento en un lugar destacado, un espigón fluvial sobre el río Voltoya, con defensas naturales y pequeños muros que las complementan, de pequeñas dimensiones, en su interior se localizan varios túmulos posiblemente pertenecientes a enterramientos.

Junto a estos asentamientos se documentan otros, de pequeñas dimensiones que habría que poner en relación con los anteriores; lugares que se dedicarían a la explotación de recursos complementarios.

### 7.3.2. Las esculturas zoomorfas

En esta zona se documentan un total de 124 figuras zoomorfas (Álvarez-Sanchís, 1999), presentando la mayor concentración de todas las zonas de estudio; estas esculturas se clasifican como: 86 figuras de bóvidos, 16 de suidos y 22 indeterminadas (tabla 7.13).

La presencia de tan elevado número de este tipo de esculturas habla de la densidad de poblamiento que debió existir en esta época en esta zona (Álvarez-Sanchís, 1999: 282-283), a pesar de la importante concentración de esculturas que se documentan en la ciudad de Ávila<sup>124</sup> de las que algunas, que se desconoce su procedencia, fueron sin duda traídas de otros lugares. Además de Ávila, hay otros importantes núcleos como Riofrío<sup>125</sup>,

<sup>124</sup> Manglano, 2013: 23-77.

<sup>125</sup> Manglano, 2013: 251-263.

Martiherrero<sup>126</sup> y Tornadizos<sup>127</sup>. Las documentadas en Riofrío se encuentran en la finca de Gemigel, reutilizadas, junto con otros bloques prismáticos de granito, en una construcción moderna. En estos tres casos se trata de figuras recuperadas en las cercanías de donde hoy se encuentran y que debieron tener un significado que hoy se nos escapa. Otro conjunto de esculturas fue localizado en los castros antes reseñados, como en *Ulaca* de donde proceden al menos tres ejemplares (Álvarez-Sanchís, Marín, Falquina, y Ruiz, 2008: 342).

Sin embargo, mientras los principales asentamientos en esta época se sitúan en los rebordes montañosos del valle, no ocurre lo mismo con las esculturas, que se distribuyen por casi todo el valle (figura 7.24).

Hay que destacar la recuperación de un conjunto importante de esculturas recuperadas en la necrópolis de Martiherrero, en intervención arqueológica, donde se documentaron varias *cupae* en las que se depositaban las cenizas del difunto, y junto a ellas, los verracos que servirían de tapadera. La presencia de un lote de monedas del siglo III muestra la pervivencia de ciertos ritos indígenas en un momento tan avanzado (Ruiz y Álvarez-Sanchís, 2008: 225).

Verracos	Número	Toros	Cerdos	Indeterminado
<b>Villatoro</b>	3	2	1	
<b>Muñana</b>	1			1
<b>Santa María del Arroyo</b>	1	1		
<b>Solosancho</b>	1	1		
<b>Villaviciosa</b>	2	2		
<b>Sotalbo</b>	1	1		
<b>Riofrío</b>	13	9		4
<b>Muñogalindo</b>	2	2		
<b>Muñochas</b>	1	1		
<b>Padiernos</b>	1	1		
<b>El Fresno</b>	1	1		
<b>Ávila</b>	55	34	13	8
<b>Martiherrero</b>	10	4		6
<b>Bernuy Salinero</b>	4	3		1
<b>Tornadizos</b>	25	22	1	2
<b>Narrillos de San Leonardo</b>	2	2		
<b>Mingorría</b>	1		1	
	<b>124</b>	<b>86</b>	<b>16</b>	<b>22</b>

*Tabla 7.13: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.*

<sup>126</sup> Manglano, 2013: 181-191.

<sup>127</sup> Manglano: 2013: 305-329.

Otro conjunto importante es el localizado en Tornadizos, que fueron recuperadas en el interior de un recinto rectangular, que podría tratarse de algún tipo de santuario (Hernando, 2003: 309), tal vez relacionado con el culto a Marte/Mercurio (López, 1982: 17-21), cuyo culto, como dijimos anteriormente, podría asimilarse a ciertas divinidades guerreras indígenas (Ruiz, 2001: 42).

### 7.3.2. La época romana alto/bajoimperial (siglos I-III d.C.)

De esta época tenemos documentados un total de 10 yacimientos, de los que siete son calificados con seguros, mientras tres lo son posibles.

Los tres grandes castros de la etapa anterior parecen haber estado ocupados hasta un momento indeterminado a lo largo del siglo I a.C., muy posiblemente tras la finalización de la revuelta sertoriana, como indicarían algunos de sus materiales (Álvarez-Sanchís y otros, 2008: 347; Álvarez-Sanchís, 2006: 93), cuando sus ocupantes habrían sido obligados a abandonarlos y emplazarse en un núcleo *ex novo*, Ávila.

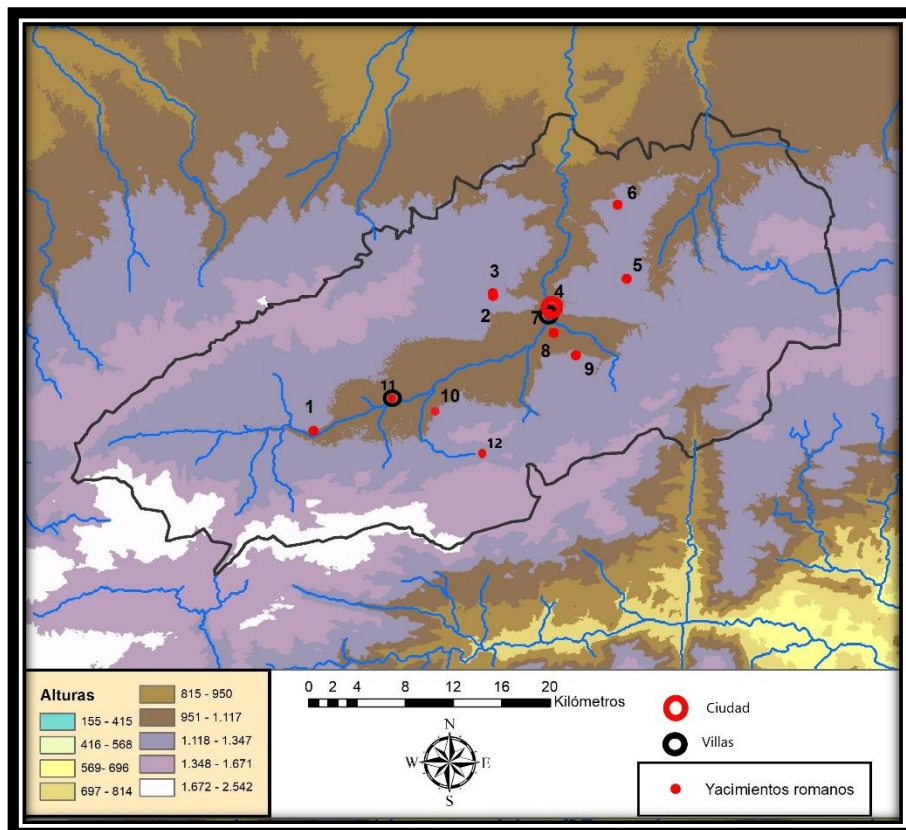


Figura 7.18: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Tracogote (Solosancho) (Posible); 2. El Palomar (Martiberrero) (Seguro); 3. El Rincón (Martiberrero) (P); 4. Casco urbano de Ávila (Ávila) (S); 5. Laguna de los Casares (Ávila) (S); 6. Tierras Negras (S. Esteban de los Patos) (S); 7. San Nicolás (Ávila) (S); 8. Las Charcas (Ávila) (P); 9. Debesa de Gail (Ávila) (S); 10. Debesa de Riofortes (Mironcillo) (S); 11. La Pared de los Moros (Niharra) (S); 11. La Debesa de Gemigel (Riofrío) (P).

En la ciudad de *Ávila* en cronologías propias de este período, se documentan restos de estructuras de habitación, realizadas mediante muros de mampostería granítica, que conforman estructuras de planta rectangular similares a las existentes en los castros próximos. Se trata de un asentamiento relativamente extenso, aunque desconozcamos la densidad de su poblamiento (Quintana, 2006: 85). En ella se localizan cerámicas de tradición indígena que pueden fecharse entre mediados del siglo I a.C. y mediados del I d.C., momento en el que los alfareros locales comienzan a imitar las producciones de *terra sigillata*. La población indígena mantendría sus producciones cerámicas hasta que el empuje romanizador las fuera relegando, aunque sin desaparecer del todo, pues es bien conocida su perduración hasta al menos los momentos finales del imperio (Quintana, 2006: 87).

De época altoimperial se documentan, en la parte alta de la actual ciudad, en el entorno de la catedral, fragmentos de sigillata, tanto importada como hispánica junto a cerámica pintada de tradición indígena. Los materiales recuperados hablan de la progresiva romanización de la población abulense a lo largo del siglo I d.C. (Centeno y Quintana, 2005). Será sobre todo a partir de la época Flavia y durante el siglo II, cuando se puede hablar del inicio del auge del asentamiento. Se documenta la presencia de TSI, TSS, junto a las primeras producciones de TSH, cuya irrupción, a mediados del siglo I d.C., marca el fin de las importaciones de Italia o la Galia. Junto a éstas se documentan las cerámicas pintadas de tradición indígena, presentes desde la mitad del siglo I a.C. (Centeno, 2006: 106) y que ahora pierde peso frente a las cerámicas de influencia romana. También se documentan fragmentos de producciones grises bruñidas propias del área vetona o cerámica de paredes finas, cuyas apariciones son anecdóticas, y, sobre todo, cerámica común que sin duda es la más representada.

Las villas periurbanas que se sitúan en las proximidades de la ciudad muestran materiales propios de esta época, como en *San Nicolás* (Ávila), fechada entre mediados del siglo I d.C. y principios del II (Maqueda, 2004). Se trata de lugares donde las élites buscan su esparcimiento, cerca de la ciudad, pero fuera, donde son posibles grandes espacios de ocio como jardines y termas. Otra es la villa de *La Pared de los Moros* (Niharra) con una cronología fechada entre mediados del siglo I a.C. y mediados del siglo III, con una reocupación fechada ya en el siglo IV (Martínez, 2003). Un asentamiento en el que se documentan instalaciones agropecuarias es *La Laguna de los Casares* (Ávila).

Como hemos comentado anteriormente, en Martiherrero, en el yacimiento de *El Palomar*, se documenta una necrópolis de incineración, dispuesta en una zona llana, situada en el reborde serrano a pocos kilómetros de la ciudad abulense, donde se descubrieron

cuatro figuras zoomorfas que servirían de tapadera en alguna de las *cupae* que se recuperaron. Junto a ellas se documentó un sestercio perteneciente al emperador Clodio Albino 193-195. En relación con esta necrópolis se documenta un asentamiento *El Rincón*, en este caso situado en una loma destacada sobre el entorno y donde se han identificado restos constructivos. Ambos yacimientos se encuentran muy próximos al discurrir de la Cañada Real Soriana Occidental. Otro sitio de estas características es el *Caserío de Gemigel* (Riofrío), catalogado como tardorromano, pero donde se documenta una edificación en cuyas paredes, reutilizadas con varios verracos, que formarían parte de una necrópolis de incineración como tapaderas de *cupae*.

Además, se documenta un conjunto de pequeños yacimientos situados muy próximos al fondo de valle, buscando los mejores suelos en la vega del Adaja, con una fuerte vocación agraria y muy próximos a las vías de comunicación. Como *Tracogote* (Solosancho), situado en una ladera donde se documentaron materiales cerámicos muy rodados, donde se encontraron dos esculturas zoomorfas junto a una urna cineraria. Otros se localizan algo más alejados de la vega del río buscando lugares con un cierto control visual como ocurre con *Laguna de los Casares* (Brieva) o *Tierras Negras* (S. Esteban de los Patos).

### 7.3.2.2. Las inscripciones latinas

En esta zona son ocho los diferentes lugares donde conocemos documentos epigráficos latinos: Narros del Puerto 11; La Torre 1; Niharra 1; El Fresno 1; Ávila 143; Tornadizos 3; Martiherrero 1; Aldeavieja 1 (figura 7.26).

En primer lugar, destaca el importante conjunto de inscripciones que se documentan en la *civitas*; gran parte de estas aparecidas como elementos reutilizados en las murallas de la ciudad. En ellas se documenta la pervivencia de los grupos indígenas, su cultura y religiosidad junto al avance de la cultura y religiosidad latina.

En Aldeavieja, se presenta una estela funeraria en la que aparecen referencias a uno de los grupos de parentesco indígenas, *Ambatiquim*<sup>128</sup>, dedicada a uno de sus miembros, *Acca*, tras su fallecimiento, se fecha en la segunda mitad del siglo I d.C. En el municipio de La Torre<sup>129</sup>, se documenta una estela, erigida en memoria de *Alionus* y *Anna*, en la que, en la

<sup>128</sup> Polo 2015: 299-301.

<sup>129</sup> HEP 8, 1998, 7; AVRO2 155; ERAv 129; HEP 13, 2003/2004, 82.

cabecera, ambos aparecen retratados con los típicos rasgos de la iconografía indígena abulense, está fechada en el siglo II.

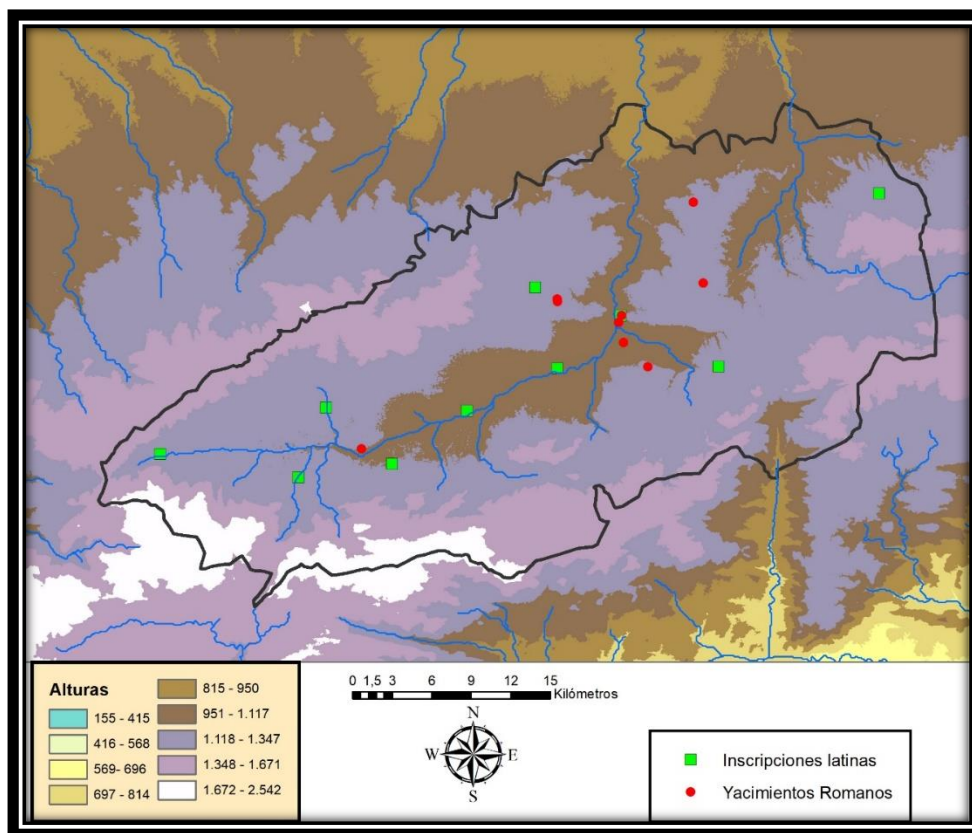


Figura 7.19: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En El Fresno<sup>130</sup> y Martiherrero<sup>131</sup> aparecen dos inscripciones realizadas sobre sendos verracos, que debemos suponer reutilizados, ninguna de ellas presenta referencias indígenas, pero tampoco onomástica plenamente romana. La documentada en El Fresno se ha fechado en torno al siglo II, mientras que la de Martiherrero lo ha sido en el siglo III. También en Tornadizos<sup>132</sup> aparecen tres figuras zoomorfas con inscripción, similares a las anteriores; dos son de pequeñas dimensiones, mientras que el tercero lo es de grandes; todos están fechados a lo largo del siglo II.

Por otra parte, en Niharra<sup>133</sup>, se documenta un fragmento de una inscripción funeraria, dedicada al hijo de *Celtio*, que posiblemente formara parte de un friso monumental hoy desaparecido; se ha fechado a lo largo del siglo II o principios del III.

<sup>130</sup> HEp 9, 1999, 85; AVRO2 147; ERAv 127; HEp 13, 2003/2004, 66.

<sup>131</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 350; Blanco, 1984: 20-21; Díez, 1994: 17-18; Blázquez, 1994: 197; ERAv 123; LICS 94; López, 1989: 129-130; Martín y Pérez, 1976: 70-71; Marín, 2008, 16; AVRO 73; AVRO II 73.

<sup>132</sup> HEp 3, 1993, 93; ERAv 124. HEp 4, 1994, 134; ERAv 126. HEp 4, 1994, 135; ERAv 125.

<sup>133</sup> HEp 10, 2000, 51; AVRO2 148; ERAv 128; HEp 13, 2003/2004, 79.



En Narros del Puerto son once los elementos documentados, se trata de un conjunto de aras dedicadas a los dioses. Seis de éstas se presentan sin textos<sup>134</sup>, anepígrafas, mientras que las cinco restantes están dedicadas tanto a dioses romanos como indígenas. Una está dedicada a *Ilurbeda*<sup>135</sup>, y está fechada a lo largo del siglo I d.C.; otra se dedica a la misma diosa indígena y a los *Lares Viales*, erigida por *Reburus Bedacium*<sup>136</sup>, y al igual que la anterior, fechada en el primer siglo de nuestra Era. Otras dos se consagran a los *Lares Viales*, una de ellas dedicada por *Atta Lugna*<sup>137</sup>, de los *Caraécicos*, esposa de *Eburenio*, mientras que la otra lo es por *Julio Gaiano*<sup>138</sup>, ambas fechadas entre finales del siglo II y el III. La última se encuentra dedicada por *Iulius a Deo Iovi*<sup>139</sup>, fechada a lo largo de los siglos II y III. Todas ellas debían encontrarse en un santuario o lugar de culto junto a una de las vías que atravesaba el Sistema Central, donde los fieles, antes o después de atravesarlo mostraban sus parabienes a los dioses.

Llama la atención en su distribución que con la excepción de las localizadas en Ávila y Martiherrero, el resto de las inscripciones no parecen relacionarse con ninguno de los asentamientos documentados para esta época (figura 7.26); algunas se encuentran en el fondo del valle, pero otro conjunto se distribuye por los rebordes serranos. En el caso de la estela de *Acca* (Aldeavieja) que además hace referencia a uno de los grupos de parentesco, se sitúa en una zona donde no se ha documentado poblamiento para esta época, pero sí en las proximidades para la etapa anterior.

### 7.3.3. La época tardoantigua (s. IV-VIII)

#### 7.3.3.1. La época tardorromana (ss. IV-V)

Para este momento cronológico conocemos un total de 34 yacimientos, de los que 16 son calificados con seguros, mientras 18 lo son como posibles (figura 7.27).

En esta época la urbe abulense sufre las transformaciones propias del momento, como sucede en otras tantas ciudades meseteñas; tenemos constancia de su configuración

<sup>134</sup> Hernando y Gamallo, 2004, nº 344; HEp 13, 2003/2004, 78; ERAv 139; HEp 13, 2003/2004, 77; ERAv 138; HEp 13, 2003/2004, 76; ERAv 137; HEp 13, 2003/2004, 75; ERAv 136; HEp 13, 2003/2004, 74; ERAv 135.

<sup>135</sup> FE 337; ERÁvila 130; HEp 13, 2003/2004, 70b; AE 2004, 730; HEp 14, 2005, 31; AE 2004, 730; AE 2005, 771; Hernando 2005: 153–164.

<sup>136</sup> FE 338; ERÁvila 133; HEp 13, 2003/2004, 72b; AE 2004, 731; HEp 14, 2005, 31.

<sup>137</sup> FE 340; ERÁvila 134; HEp 13, 2003/2004, 71; AE 2004, 733.

<sup>138</sup> FE 339; ERÁvila 132; HEp 13, 2003/2004, 69; AE 2004, 732.

<sup>139</sup> FE 336; ERÁvila 131; HEp 13, 2003/2004, 73; AE 2004, 729.



como sede episcopal al menos desde el año 381, cuando es propuesto como obispo Prisciliano y hasta el momento de la irrupción musulmana cuando sabemos que Juan se encuentra al frente del obispado abulense. Son pocos los restos materiales documentados propios de este momento; destacar el horno para la fabricación de vidrio en el solar de los Padres Paúles (Marcos, 2006), con una cronología del siglo IV, amortizado en la siguiente centuria por la construcción de algunos edificios de cierta importancia por los muros conservados (Centeno, 2006: 120). Fuera del recinto amurallado se han localizados los restos de una zona industrial compuesta por dos hornos, uno dedicado a la fabricación cerámica y otro de vidrio. Su localización habla de la fabricación de elementos vítreos en la ciudad, en un momento en el que ya no era un elemento de lujo, y debía abastecer a amplios sectores de la población<sup>140</sup>.

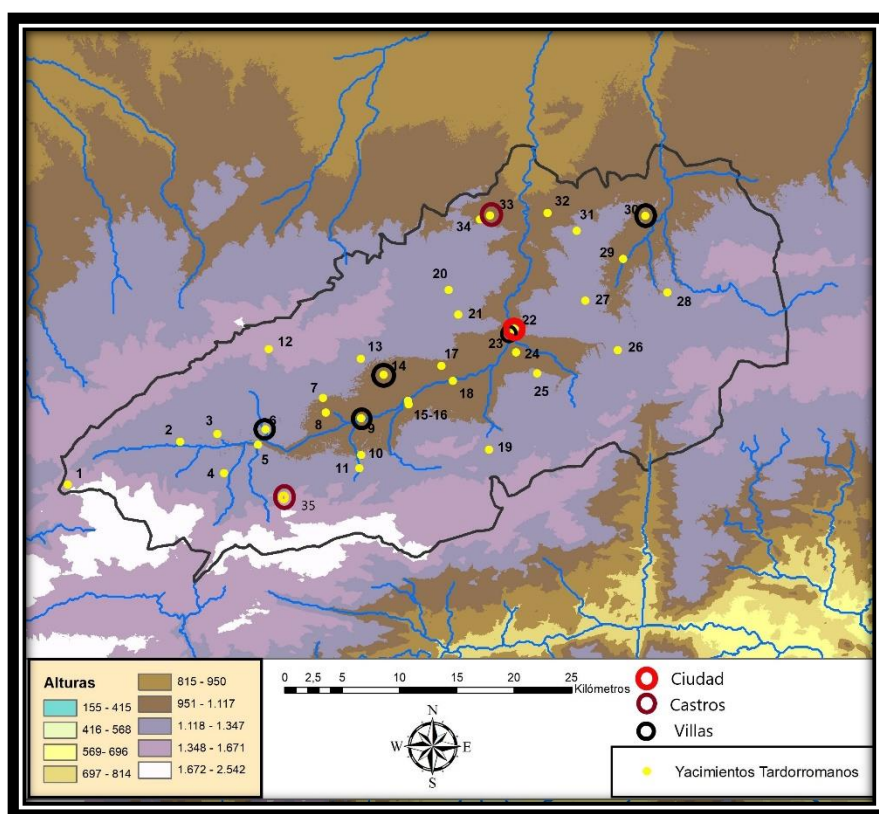


Figura 7.20: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Ortigal (Villatoro) (Seguro); 2. Cerro de S. Pedro (Amavida) (Posible); 3. El Ormazar (Muñana) (S); 4. El Tesoro (Narros del Puerto) (P); 5. El Espinarejo (La Torre) (P); 6. Riberas Blancas (La Torre) (S); 7. Las Fronteras (Muñogalindo) (P); 8. Las Fraguas (Muñogalindo) (P); 9. La Pared de los Moros (Niharra) (S); 10. Prado del Toro (Sotalbo) (S); 11. Mermejál (Sotalbo) (S); 12. Las Ciributas (La Torre) (S); 13. Las Pasaderas (Padiernos) (P); 14. Cinco Villas (Padiernos) (P); 15. El Llanillo (Sotalbo) (P); 16. La Junquera (Sotalbo) (S); 17. Los Palomares (La Serrada) (P); 18. Ribera de los Moros (El Fresno) (P); 19. Caserío de Gemigel (Riofrío) (S); 20. Flor de Rosa (Martiherrero) (P); 21. El Rincón (Martiherrero) (P); 22. Casco Urbano de Ávila (Ávila) (S); 23. San Nicolás (Ávila) (S); 24. Las Charcas (Ávila) (P); 25. Debesa de Gail (Ávila) (S); 26. La Sernilla (Ávila) (S); 27. Laguna de los Casares (Ávila) (S); 28. Fuente del Vecino (Mediana de Voltoya) (P);

<sup>140</sup> El vidrio durante la época romana evolucionó desde ser un elemento destacado entre las clases más altas de la sociedad, a ser uno más entre los elementos cotidianos en la época tardorromana (Marcos, 2006: 144).

29. *Culebrero (Tolbaños) (S)*; 30. *Los Tejones (Tolbaños) (P)*; 31. *Tierras Negras (S. Esteban de los Patos) (S)*; 32. *Alto de S. Blas (Mingorría) (P)*; 33. *El Castillo (Cardenosa) (P)*; 34. *El Cementerio (Cardenosa) (P)*; 35. *Cabeza de Navasangil (Solosancho)*.

También, fuera del recinto de la muralla, en el entorno de la iglesia de Santa María, se han localizado restos de muros correspondientes a un posible edificio de culto fechado entre los siglos III y V, además, dos sarcófagos monolíticos en granito, que se han fechado entre los siglos V y VII (Centeno, 2006: 121-122). También extramuros, en el área de San Vicente, se encontraría la necrópolis en la que se habrían depositado los cuerpos de los mártires Vicente, Sabina y Cristeta en el s. IV, sobre los que se levantaría una primitiva basílica paleocristiana (Rodríguez, 2003). Junto a ésta se encontraría la necrópolis de época alto/bajoimperial cuyos materiales se encuentran reutilizados en la muralla.

Otra necrópolis, esta de inhumación, se encontraría al sur de la ciudad, en una zona llana alejada de la muralla, de gran pobreza material. En ella, una única tumba realizada mediante baldosas con decoraciones digitales muestra un ajuar con un cuenco de vidrio y una fuente de TSHt y dos ollitas de cerámica común, todo fechado en el siglo IV. También se documenta la producción, a nivel local, de cerámica pintada de tradición indígena, aunque con menor presencia e importancia que en momentos anteriores, junto a las cerámicas comunes.



*Figura 7.21: Tumba de tegulae recuperada en el yacimiento de Pared de los Moros (Nibarra), situado como parte de la exposición permanente del Museo de Ávila.*

En cuanto a las villas de carácter rural, las excavaciones realizadas en *La Pared de los Moros* (Niharra), junto al río Adaja y la vía de comunicación que recorre el valle, hablan de un establecimiento que parece comenzar a mediados del siglo I y perdurando hasta mediados del III, momento en el que se produjo su abandono, aunque algunas de sus estancias fueran reutilizadas en el siglo IV (Martínez, 2003). En ella se recuperó una tumba a base de téglulas propia de este momento, y cuyas características podría encuadrarla en las denominadas «tipo Duero» (figura 7.28). Otra posible sería *Cinco Villas* (Padiernos), también en la vega del Adaja, donde se ha documentado abundante material cerámico y constructivo y restos de escorias metálicas.

Un lugar que presenta materiales que sugieren la existencia de una villa es *Los Tejones* (Tolbaños) donde se recuperaron restos de estuco pintado con decoración a bandas, restos de muros y numerosos restos constructivos, pesas de telar, una máscara de mármol y algunas monedas del siglo IV. Otro lugar destacado es *Riberas Blancas* (La Torre) un yacimiento de gran extensión con diferentes focos, donde se han recuperado numerosos restos constructivos, TSH, TSHt y molinos circulares.

En cuanto a los lugares en altura, la *Cabeza de Navasangil* (Solosancho) (Caballero, 2001; Caballero y Peñas, 2012), se encuentra situado en una posición elevada sobre el valle, en la zona contraria al emplazamiento de la ciudad abulense. Sus zonas más desprotegidas se reforzaron con una rudimentaria muralla, a base de mampostería granito, englobando alrededor de 1,8 has. Al interior se reconocen alrededor de unas 35 estructuras, la mayoría de ellas de carácter residencial, de formas cuadrangulares y con divisiones internas, con cubiertas a base de teja y en algunos casos con entramados vegetales (Caballero y Peñas, 2012: 222). Su urbanismo vendría condicionado por la existencia de afloramientos graníticos y la existencia de una calle de entrada. Los materiales documentados han mostrado una secuencia que se iniciaría a finales del siglo IV o principios de V, permaneciendo en uso durante todo el siglo, que sería el momento de mayor apogeo del enclave (Caballero y Peñas, 2012: 220), al final del cual hay evidencia de ser destruido por el fuego y posiblemente abandonado<sup>141</sup> hasta que, durante la época visigoda, entre el siglo VII y principios del VIII, vuelva a ser reocupado.

Otro yacimiento similar es *El Castillo* (Cardenosa), también situado en los rebordes montañosos del valle, de donde procede un conjunto de elementos que indican una ocupación posiblemente del siglo V. Es un lugar destacado sobre un promontorio rocoso

---

<sup>141</sup> Los materiales recuperados muestran la destrucción por fuego de las viviendas excavadas, donde se recuperan materiales, que muchas veces aparecen completos (Caballero, 2001).

que domina desde el piedemonte serrano un amplio valle de pastos; junto al mismo se ha documentado la presencia de bancales, fragmentos cerámicos y restos de elementos propios de la vida pastoril como coladores o queseras.

Junto a los anteriores un conjunto de pequeños asentamientos que se distribuyen por todo el valle; algunos se disponen junto a la vega del Adaja o afluentes mientras que otros se sitúan en los rebordes montañosos en lugares de mayor altura que buscan el poder explotar los recursos propios de las zonas serranas, pastos y bosques como *Las Ciributas* (La Torre), *La Sernilla* (Bernuy-Saliner), *Fuente del Vecino* (Mediana de Voltoya) o *Mermejál* (Sotalbo). En muchos de ellos se localizan restos constructivos, destacando tejas y ladrillos con digitaciones, cerámicas comunes, y en algunos restos escorias metálicas, denotando transformaciones de materias primas. Entre estos merece la pena destacar *El Ortigal* (Villatoro) situado en la cabecera del río Adaja cerca de la vía que articula esta zona con la adyacente Zona II.

### 7.3.3.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)

Correspondientes a esta época tenemos documentados un total de 34 yacimientos, de los que 12 son calificados con seguros, mientras 22 lo son como posibles (figura 7.29).

En la ciudad abulense, los materiales cerámicos documentados en esta época son menos abundantes que en el anterior período. Se han recuperado en la zona de Los Paúles, fechados entre los siglos VI-VII, con una clara herencia romana, destacando dos tipos de producciones, una fina de mesa y otra, más tosca, de cocina o almacenamiento<sup>142</sup>, materiales similares a los documentados en *La Cabeza de Navasangil*. Junto a estos materiales se han recuperado media docena de pizarras de época visigoda con numerales «tipo Lerilla». Fuera del recinto murario, en la iglesia de Santa María, se ha localizado un enterramiento, realizado en fosa, sobre el nivel geológico, en el que se documenta un cinturón de hierro con forma de anillo ovalado.

En *San Juan* (Ojos-Albos), un asentamiento en un lugar destacado, con defensas naturales, que ya estuvo ocupado en la Segunda Edad del Hierro, se documentan restos de edificaciones y materiales cerámicos propios de esta época.

---

<sup>142</sup> La cerámica fina, heredera de la sigillata tardía gris, en la que se ha sustituido el barniz por un bruñido postcocción que aporta un aspecto metálico. Junto a ollas cerámicas comunes donde destacan las ollas de perfil en «S» y recipientes globulares de gran tamaño, con frecuentes decoraciones en líneas onduladas a base de peine.

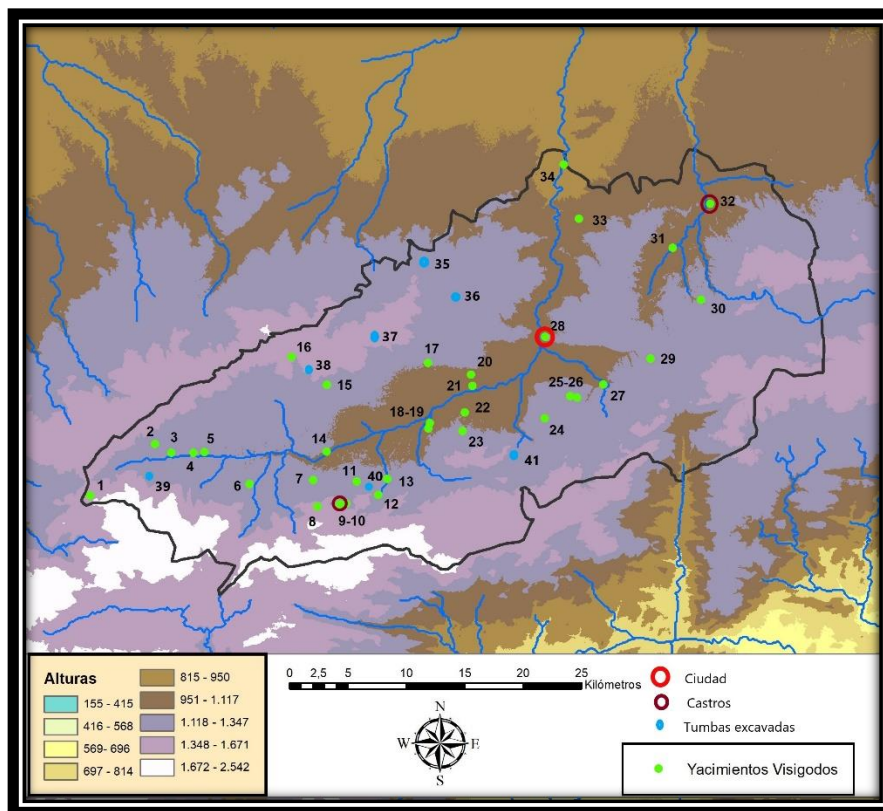


Figura 7.22: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Ortigal (Villatoro) (S); 2. La Escalera (Villatoro) (S); 3. El Peazo (Poveda) (P); 4. Las Tierras Largas (Amavida) (S); 5. Cerro de S. Pedro (Amavida) (P); 6. El Tesoro (Narros del Puerto) (P); 7. Prado Cimero (Solosancho) (P); 8. Cueva de los Moros (Solosancho) (P); 9. Cabeza de Navasangil (Solosancho) (P); 10. Fuente de los Piojos (Solosancho) (S); 11. Pozuelo (Solosancho) (P); 12. Los Molinos (Sotalbo) (S); 13. Mermejal (Sotalbo) (S); 14. Las Cuestas (Solosancho) (P); 15. San Muñoz I (Muñogalindo) (P); 16. La Reguera (La Torre) (S); 17. La Fraguilla (Muñopepe) (S); 18. Los Barrillos (Sotalbo) (S); 19. La Cruz de Rioforte (Mironcillo) (P); 20. Los Palomares (La Serrada) (P); 21. Canto las Vegas (El Fresno) (P); 22. Las Hoyas (Gemuño) (P); 23. Las Longueras (Gemuño) (S); 24. Piedrahita (Ávila) (P); 25. Prado del Colmenar (Ávila) (P); 26. Debesa de la Zapatera I (Ávila) (P); 27. El Picón del Cerezo (Ávila) (P); 28. Casco urbano de Ávila (Ávila) (S); 29. La Sernilla (Ávila) (P); 30. Fuente del Vecino (Mediana de Voltoya) (P); 31. Fuente de los Villares (Tolbaños) (P); 32. San Juan (Ojos Albos) (S); 33. Alto de S. Blas (Mingorría) (P); 34. La Mochuela (Mingorría) (P); 35. Iglesia Vieja (Marlín) (P); 36. Pedro Serrano (Martiberrero) (P); 37. Debesa de Montefrío (Padiernos) (P); 38. San Simones (La Torre) (P); 39. El Rozo (Pradosegar) (P); 40. Las Camas de los Moros (Sotalbo) (P); 41. Los Rodeos (Riofrío) (P).

En la *Cabeza de Navasangil* tras el abandono acaecido en el período anterior, se documenta una reutilización; se desconoce el momento en el que se inicia, permaneciendo en uso hasta finales del siglo VII o principios del VIII en el que parece ser abandonado definitivamente. En la última fase de ocupación se levantó un edificio, posiblemente público o religioso, del que se recuperaron fustes de columnas estriadas, dinteles y fragmentos de capiteles decorados en bajorrelieve. En relación con este asentamiento debemos poner varios que se sitúan en sus proximidades, como *Fuente de los Piojos* (Solosancho), una posible necrópolis donde se localiza un sarcófago monolítico desplazado de su emplazamiento original y numerosas lajas de granito que pudieran corresponder a

posibles enterramientos; *Los Molinos* (Sotalbo), *Villaviciosa*, *Cueva de los Moros*, *Prado Cimero* o *Las Cuestas* todos ellos en Solosancho, en los que aparecen materiales cerámicos de similares características.

Un lugar destacado en cuanto a la transformación de materias primas es *La Fragiilla* (Muñopepe), donde se documenta un taller de extracción de sílex junto con abundante material cerámico propio de esta época y molinos circulares en granito. En *Las Tierras Largas* (Amavida) situado junto al río Adaja, próximo a su cabecera, se documenta abundante material cerámico; quizás se trate de un asentamiento destacado en la vía que atraviesa el valle y próximo al inicio del puerto de Villatoro, donde se asienta un conjunto de establecimientos.

Por su parte en *Piedrabitilla* (Ávila) se documentan restos de más de 20 de edificaciones, de formas rectangulares o cuadrangulares, cuyos muros están realizados a base de mampuesto granítico, con cascajo al interior, que nos habla de una posible aldea en las cercanías de la ciudad, pero buscando los rebordes serranos.

En esta zona se documentan varios los lugares con tumbas excavadas en la roca, que como dijimos anteriormente, dadas las dificultades para establecer una cronología segura (Hernández, 2016), pueden comenzar su uso en esta época y continuar en la siguiente. Algunas de estas necrópolis hay que ponerlas en relación con las documentadas en las Zonas I y II, puesto que se encuentran en las laderas de la sierra de Ávila, aunque esta vez, se encuentra en las laderas que vierten sus aguas al valle Amblés. Como decimos son tres las necrópolis: *Canto de los Pilones* (La Torre), donde se documentan 14 tumbas, *San Simones* (La Torre) con 18 tumbas, y la *Debesa de Montefrío* (Padiernos) con 24. Estos yacimientos podemos considerarlos en necrópolis rurales desordenadas dado el número tumbas en ellos localizados. Todas ellas se sitúan en las zonas de altura media (1.000-1.200 m), adolecen de ajuares y restos óseos. Otras necrópolis también de esta tipología se documentan en *Pedro Serrano* (Martiherrero) situado en una ladera donde se presentan cuatro conjuntos de tumbas realizadas en varios afloramientos graníticos conformando un total de 13 tumbas más una incompleta; junto a alguno de los conjuntos se han documentado fragmentos cerámicos a torno o torneta, con cocciones tanto oxidantes como reductoras de pastas poco decantadas. *Los Rodeos* (Riofrío), donde junto a los restos de una posible aldea, desconocemos si con la misma cronología, se documentan tres tumbas excavadas en la roca. En *Las Camas de los Moros* (Sotalbo) en la ladera que se sitúa junto al asentamiento de *El Castillo*, se documentan dos tumbas excavadas con forma



antropomorfa ligeramente separadas entre sí, junto a ellas, también se documentan materiales cerámicos y fragmentos de hierro.

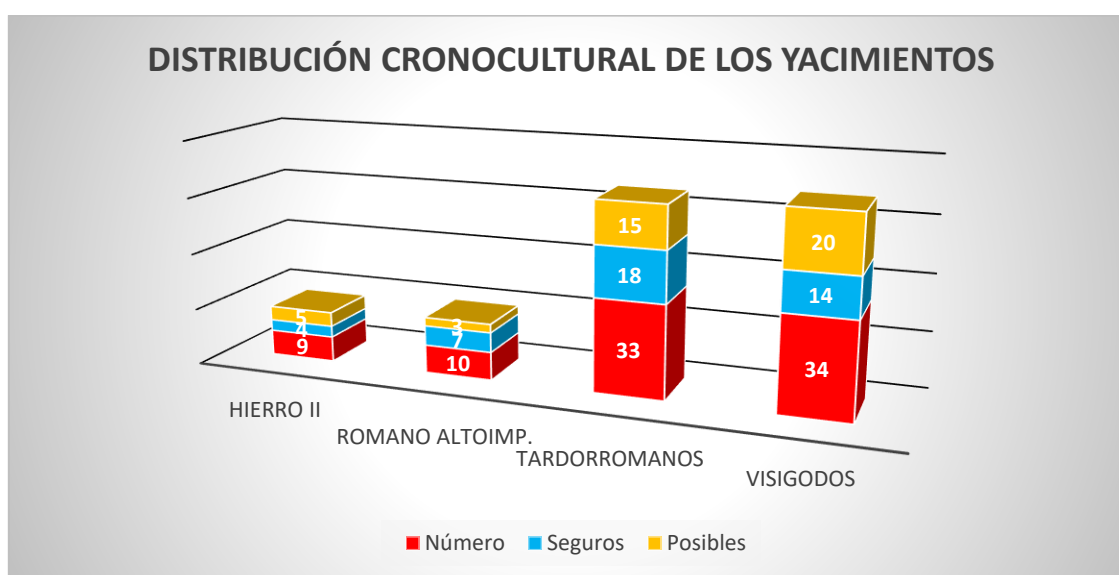
Tenemos constancia de la presencia otro tipo de inhumaciones, esta vez realizadas en sarcófagos monolíticos, realizados en granito, de forma trapezoidal con columnillas o molduras adosadas a las esquinas interiores documentados en la *Cabeza de Navasagil* (Solosancho) y Santa María la Antigua (Ávila) (Balmaseda, 1998: 356).

Siguen en uso algunos de los pequeños asentamientos situados en el reborde serrano del valle como *La Sernilla* (Bernuy-Salineró), *Fuente del Vecino* (Mediana de Voltoya) y otros que surgen nuevos como *Las Longueras* (Gemuño) o *La Escalera* (Villatoro) que buscan explotar los recursos de las tierras altas, pastos y bosques.

### 7.3.5 ¿Y después del siglo VIII?

La irrupción árabe hubo de tener importantes consecuencias en esta zona. En la ciudad debió continuar la decadencia que se observaba ya claramente en época visigoda, lo cual no significa que el enclave quedara despoblado. De hecho, en el entorno de la iglesia de Santa María, extramuros de Ávila, se localizan una serie de muretes y tumbas excavadas en la roca que podrían corresponder a esta época, a las que quizás podemos sumar algunos de los lugares con tumbas excavadas en la roca que hemos referenciado anteriormente.

### 7.3.6. Interpretación de los datos



*Tabla 7.14: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.*



Como ya hemos comentado, en esta zona contamos en total con 86 yacimientos distribuidos cronológicamente según muestra la tabla 7.14.

En esta zona, a diferencia de otras, podemos apreciar, un intenso poblamiento durante todas las épocas analizadas. Se observa un leve incremento entre el número de asentamientos existentes en la Segunda Edad del Hierro y la época romano altoimperial; sin embargo, este dato es engañoso, puesto que cuando analizamos la continuidad en los asentamientos observamos que ninguno de los de la etapa previa continúan ocupados en la posterior, marcando una clara ruptura entre un momento y el otro a nivel de emplazamientos. No sucede lo mismo entre la etapa romana y tardorromana, cuando un 70% de los asentamientos continúan ocupados, mientras que entre la tardorromana y la visigoda, tan solo continúan en uso alrededor del 30% de los asentamientos.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	9	1.328,60	0,00677405
Romano Altoimp.	10	1.328,60	0,00752672
Tardorromanos	33	1.328,60	0,02483818
Visigodos	34	1.328,60	0,02559085

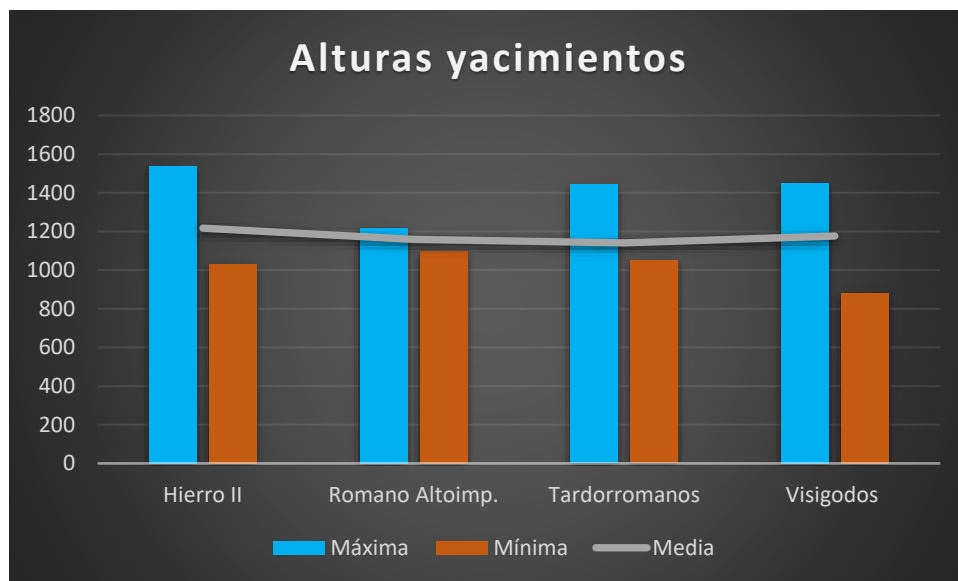
Tabla 7.15: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

Esta situación se refleja en la densidad de yacimientos por km<sup>2</sup> existente en la zona (figura 7.15).

La relación de las alturas en la zona muestra esta evolución: en la Segunda Edad del Hierro se parte de una altura media elevada por la disposición de los asentamientos en lugares destacados; en el siguiente período se aprecia un descenso en las alturas medias que refleja una búsqueda de las zonas más bajas cercanas a los cursos fluviales, que disminuye levemente en la época tardorromana y asciende levemente en época visigoda superando levemente altura de época romana, a pesar de que en estas dos últimas las alturas máximas se incrementa notablemente respecto de la época romana y casi alcanzando la de la Segunda Edad del Hierro.

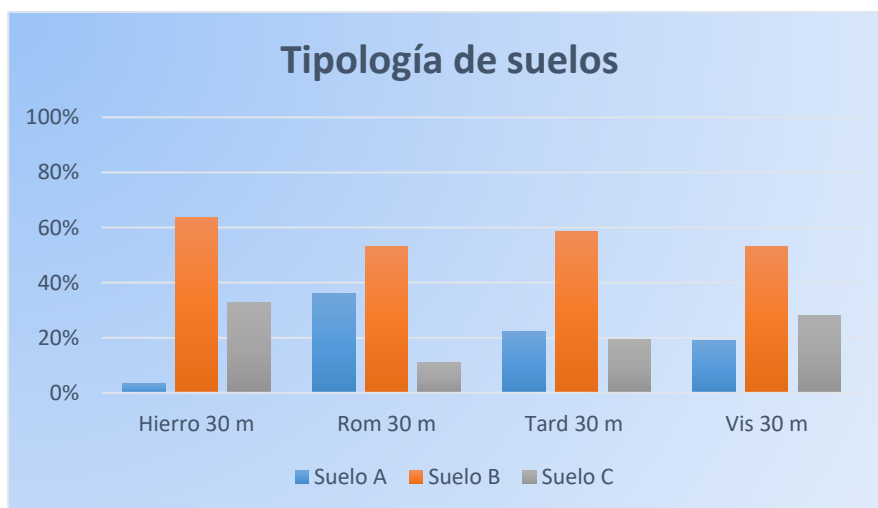
En cuanto a las tipologías de los suelos, durante la Segunda Edad del Hierro se aprecia que los suelos de mayor potencialidad agrícola (tipo A), se encuentran poco representados, tanto en los suelos más cercanos como en los más alejados, mientras que los suelos con potencialidad media (tipo B) son los más destacados, todo ello fruto de los lugares de emplazamiento de los asentamientos de esta época. En la etapa romana, se percibe un importante incremento en los suelos de mayor potencialidad sobre todo entre los más próximos a los asentamientos, no tanto en los que se encuentran más alejados. Del

mismo modo se percibe una disminución en los suelos potencialidad media (tipo B) y menor (tipo C) que se percibe mayormente en los suelos más próximos.



*Tabla 7.16: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*

En las etapas tardorromana y visigoda, se aprecia una disminución progresiva de los suelos de mayores capacidades tanto entre los suelos más cercanos como en los más alejados, mientras que en los de potencialidades media y menor se aprecian oscilaciones dependiendo de la época y el radio de desplazamiento (tablas 7.17 y 7.18).



*Tabla 7.17: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.*

Los castros de la Segunda Edad del Hierro dotados de potentes elementos defensivos, además de encontrarse en lugares fácilmente defendibles, murallas, fosos y campos de piedras hincadas muestran las dificultades con las que hubieron de enfrentarse sus pobladores.

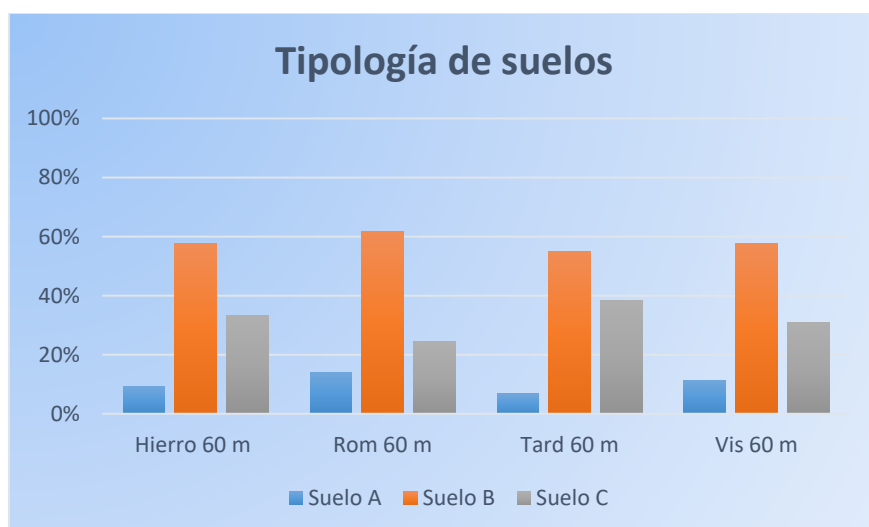


Tabla 7.18: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Estos asentamientos se sitúan en los rebordes montañosos del valle de Amblés desde donde parecen controlar el mismo. La distancia entre ellos se sitúa entre los 13 y 15 km, lo que permitiría que cada uno gozase de un territorio donde poder abastecerse de diferentes tipos de recursos; todos ellos tenían acceso tanto al centro del valle con suelos con mayores potencialidades agrícolas y a las zonas altas serranas. Estos centros estarían dedicados a una explotación preferentemente ganadera, complementada con la explotación cerealística y de los bosques cercanos, como ya lo hacían los grupos prerromanos (Blanco, 2009: 161). Hoy parecen ser los únicos asentamientos documentados en el valle (Ariño y Rodríguez, 1997: 287; Ariño, Riera, y Rodríguez, 2002: 305) aunque pensamos que hubo de haberlos de otro tipo (Fernández, 1998: 113; Álvarez-Sanchís, 1999: 115-120; Sánchez, 2000: 80). En este sentido se pueden interpretar, a pesar de los traslados a los que han podido ser sometidas las esculturas zoomorfas, los lugares en los que estas se documentan, muchas de ellas alejadas de los asentamientos conocidos, tanto en el fondo del valle como las situadas en los rebordes montañosos sin alcanzar las zonas más elevadas. Algunas de ellas, de pequeñas dimensiones y que son utilizadas como tapas de *cupae*, ya en época romana por tanto con cronología más moderna.

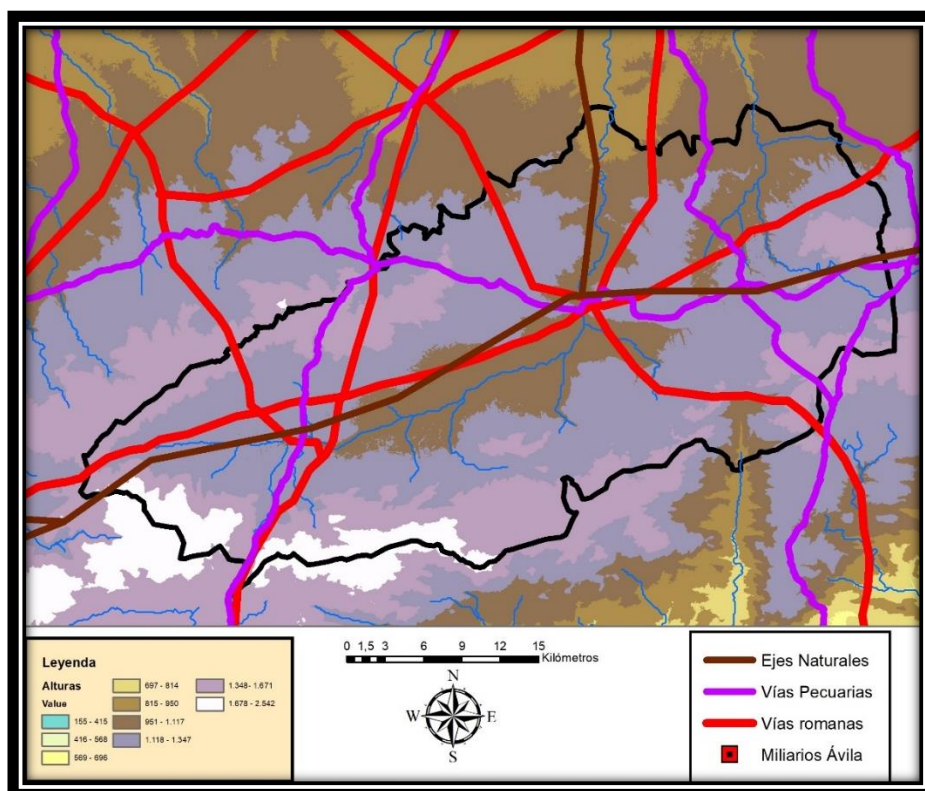
Son escasos los topónimos prerromanos que nos han llegado de esta zona, podemos citar Ávila, que posiblemente cuente con raíz prerromana.

Los estudios palinológicos realizados en los entornos de los castros (*Las Cogotas* y *Ulaca*) (López Sáez, López Merino, y Pérez, 2008: 143-146), hablan de la elevada antropización del paisaje, con un gran retroceso de los elementos arbóreos, con la presencia de arbustos y pastos, que en el caso de *Las Cogotas*, muestran la presencia *in situ* de una

importante cabaña ganadera. En ambos casos se documenta la presencia de pólenes de cereales que muestra la existencia de cultivos agrícolas en los entornos de estos.

En esta zona tenemos constancia de la existencia de un eje natural que recorre la zona de norte a sur que debe discurrir en las cercanías del río Adaja hasta el importantísimo nudo donde actualmente se sitúa la ciudad de Ávila. Lugar donde se debe encontrar con el otro importante eje que recorre el centro de la provincia de este a oeste, que discurre bordeando el piedemonte septentrional del Sistema Central continuando en esta zona por el valle de Amblés, hacia el puerto de Villatoro.

En cuanto a las vías pecuarias, encontramos de norte a sur la continuación de las que recorren la Zona I, así, la Cañada Real Leonesa Occidental, tras cruzarse con la Cañada Real Soriana Occidental entra en la zona, con dirección sur buscando el paso a través del Sistema Central por el puerto de Menga. Por otro lado, la Cañada de los Maragatos, que discurre por la zona este hasta cruzarse con la Cañada Real Leonesa Oriental en el margen de la zona, en el Espinar, ya en la zona segoviana.



*Figura 7.23: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.*

La Cañada Real Soriana Occidental, que recorre parte de la zona por el central de la zona, de este a oeste, bordeando el Sistema Central cruzándose con todas las vías pecuarias

anteriores; viene de la zona de Campo Azálvaro, buscando la ciudad abulense, Cillán y más adelante Hurtumpascual.

En cuanto a las vías romanas, una de sus principales características es la distribución radial desde la ciudad abulense, lo que permite su comunicación con los otras *civitates* meseteñas, con la zona extremeña y con la cuenca del Alberche. Además, se constata la existencia de otra vía que atraviesa el valle de norte a sur para a través del puerto del Pico sobrepasar el Sistema Central.

La creación de la ciudad de Ávila, posiblemente como consecuencia de la política adoptada por los romanos de desplazar la población castreña al llano (Martín y Esparza, 1992) tras la finalización de las guerras sertorianas, supuso el abandono de los grandes castros vettones, *La Mesa de Miranda*, *Las Cogotas* o *Ulaca*<sup>143</sup>. No parece que existiera un anterior castro prerromano (Quintana, Centeno, y Ruiz, 2005), puesto que no se documentan materiales anteriores al siglo I a.C.; posiblemente surge un asentamiento de carácter indígena, como puede entenderse el verraco de la Puerta de San Vicente (Martínez y Murillo, 2003), en época romana republicana; en este lugar también se documentan restos de *opus quadratum*, que podrían corresponder a una de las jambas de la puerta de acceso a la urbe. Su emplazamiento parece responder a la existencia de un cruce de caminos o vías pecuarias (Hernando, 2008). Dotada de una muralla de época altoimperial (Rodríguez, 1981; Mariné, 1995)<sup>144</sup>, fue levantada como centro administrativo y rector en una zona donde tras los traslados poblacionales no había quedado ningún asentamiento capaz de ejercer dicha función.

Su organización, en principio, no parece copiar los modelos tantas veces repetidos de la ciudad romana, quizás condicionada por el lugar de asentamiento (Barraca, 1999: 182), y donde los clásicos edificios romanos son escasos (Centeno, 2006). Una romanización muy condicionada por el alto grado de indigenismo de la población asentada, y cuya pervivencia se percibe tanto en la presencia de los verracos y las inscripciones que aparecen en elevado número como elementos reutilizados en la muralla.

Se han documentado numerosas esculturas zoomorfas en la ciudad, de pequeño y gran tamaño. Las de pequeño, embutidas en murallas, hay que ponerlas en relación con la necrópolis de incineración que debió existir en la zona oriental, entre el Mercado Grande y San Vicente. Las de grandes dimensiones, muchas fueron desplazadas a lo largo de los

<sup>143</sup> El abandono de Las Cogotas se fecha entre los siglos II y I a.C., mientras que Ulaca se fecha a mediados del siglo I a.C. (Álvarez-Sanchís, y otros, 2008: 346), mientras que La Mesa de Miranda se ha puesto en relación con el inicio de las guerras celtibéricas (González-Tablas, 2008: 213).

<sup>144</sup> Barraca (1999: 181), defiende un origen posterior, tardorromano.

siglos, con la excepción de la existente en la puerta de San Vicente (Martínez y Murillo, 2003: 54) para ser reutilizadas en el solar abulense.

Posiblemente obtuviera el status municipal en época Flavia, (Mangas, 1996: 62-63; Hernando, 2005: 240), cuando la ciudad, como otras meseteñas, asista a un crecimiento de su núcleo urbano que viene corroborado por la inscripción dedicada por la municipalidad de Ávila a *Cybeles Idaea*<sup>145</sup>.

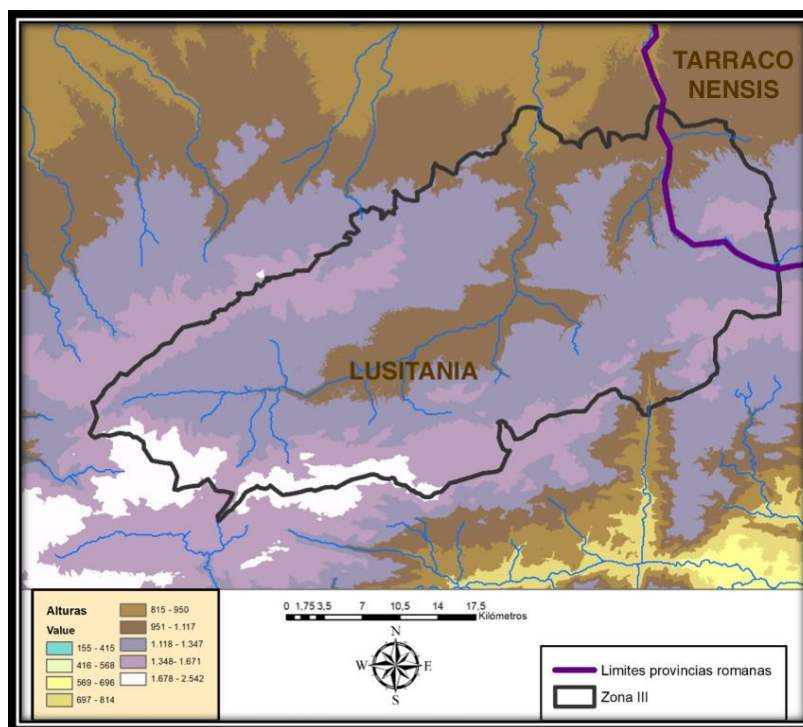


Figura 7.24: Límites provinciales en época romana.

Al mismo tiempo que se documenta el crecimiento de la *civitas*, se percibe un incremento en el poblamiento rural, de carácter disperso que va ocupando la mayor parte del valle, predominantemente las zonas más bajas del fondo. Esta ocupación significa un nuevo modelo de explotación del territorio; en el mismo las *villae* de carácter periurbano y de pequeñas dimensiones servirían de lugares de recreo y esparcimiento, lejos de ser centros rectores y organizadores de estos espacios (Barrios y Martín, 2000-2001; Martín, 2006: 270). Lo cierto es que las villas existentes no poseen la monumentalidad que las existentes en la zona más septentrional (Mariné, 1995: 315-318; Fabián, 2007: 103). Junto a ellas también se documentan asentamientos desde los que se pueden explotar los recursos de los rebordes montañosos, tanto de la sierra de Ávila como el macizo de Ojos-Albos.

Este territorio administrativamente quedó englobado dentro de la provincia de Lusitania, junto con la mayoría del territorio vettón, en el *conventus Emeritensis* (Rodríguez,

<sup>145</sup> HEp 13, 2003/2004, 27; HEp 14, 2005, 30; Hernández y Jiménez, 2005: 78-79. ERAv 2.

1991: 15-19; Knapp, 1992: 6-7), con la excepción de la zona más occidental que quedaría englobada en la *Tarraconensis* y englobada en el *conventus cluniensis*. Esta organización se mantuvo vigente durante todo el período altoimperial; tampoco parece que las reformas administrativas llevadas a cabo por Diocleciano afectaran a esta zona. Desconocemos los límites que alcanzaba el territorio de la ciudad abulense; por el este alcanzaría el cauce del río Voltoya, al igual que lo hizo el mundo vettón, entrando en contacto con el territorio segoviano; por el sur y este pudo rebasar las cumbres del Sistema Central entrando en contacto con el territorio de Toledo y de *Caesarobriga*; por el oeste y noroeste las ciudades más próximas eran Cápara y Salamanca. A pesar de que el territorio abulense pudo ser de grandes dimensiones creemos que su influencia no llegó a alcanzar plenamente el mismo.

Dejando de lado las inscripciones latinas que se documentan en la ciudad abulense, el resto de las conocidas se distribuyen por todo el valle, muestran la importancia que tuvo el sustrato indígena en toda la zona, documentándose varios grupos de parentesco (Ávila, Aldeavieja y Narros del Puerto), y onomástica, motivos decorativos y dioses indígenas, que estuvieron en uso hasta el siglo III cuando se documentan las últimas de estas; también, pero en menor medida aparecen los nombres de dioses latinos y onomástica romana.

La época tardorromana presenta un importante aumento del poblamiento en el valle. A la vez que se densifican las zonas más próximas a la capital y el fondo del valle, se localizan numerosos asentamientos que se disponen en las laderas de las sierras que lo bordean.

En los primeros momentos de la tardoantigüedad, la antigua muralla de la ciudad es reparada o reconstruida; su estructura imita las fortificaciones bajoimperiales, con torres de planta cuadrada o rectangular, construida con bloques de granito, muchos de ellos recuperados de la necrópolis romana que se extendía por la parte oriental junto a San Vicente. Entre los motivos para su levantamiento debemos tener en cuenta la necesidad de asegurar el funcionamiento de la *annona militaris* (Morillo, 1991: 181), o las motivaciones político-administrativas (Fuentes, 1997: 479). La ciudad da muestras de un crecimiento sostenido en estos momentos; así se desprende de los restos documentados. Alrededor de la misma se documentan varios asentamientos dependientes de ella, entre los que hay algunas villas, suburbanas donde los elementos más destacados disfrutarían de sus posesiones; entre ellos *Pared de los Moros* (Niharra). Todos estos establecimientos se sitúan muy cerca del curso del Adaja explotando sus riberas, pero siempre aguas arriba de la ciudad abulense. En un único caso se sitúa en el cauce del Voltoya (*Los Tejones*). Dependientes de estas se documentan varios yacimientos desde los que se explotan los



diversos recursos que permite el territorio, cereales y productos hortícolas en las vegas complementado con los silvícolas y ganadería, desde aquellos que se sitúan en las zonas más altas.

El siglo IV presenta dos caras, por una parte, es el momento en el que tenemos alguna referencia escrita de la ciudad<sup>146</sup>, y sabemos que a finales de siglo aparece como sede episcopal dependiente de *Emerita Augusta* (Barraca, 1999: 183; Hernando, 2003: 341-342), de la que dependería un amplio territorio, al menos, eclesiásticamente, porque pensamos que su poder político había ido mermando tras los ecos de la crisis del siglo III. Durante estos siglos, se fue consolidando una creciente comunidad cristiana, con una fuerte devoción a los mártires<sup>147</sup> allí enterrados, y donde se fueron levantando o reutilizando edificios públicos o templos para la consolidación de la nueva religión además de necrópolis (Barraca, 1990: 330). En su *territorium* tuvo lugar el desarrollo del priscilianismo, corriente con tintes heréticos, con mezcla de ascetismo, aislamiento que aún hoy en día, resulta difícil de calificar; condenado en el concilio de Zaragoza de 386, tuvo su principal desarrollo en esta zona lusitana, Prisciliano fue condenado a morir en Tréveris. La corta duración de su obispado en esta ciudad impidió un mayor arraigo, que, si acaeció en *Gallaecia*, convertido con el tiempo en un movimiento social dirigido contra las jerarquías.

En este siglo las villas asisten a su momento de máximo esplendor, dentro de la poca monumentalización que parece caracterizarlas, para desde finales de siglo o principios del siguiente ser abandonadas, sucesos que debemos poner en relación con la disolución de las estructuras económicas del imperio romano, pero también con una progresiva decadencia de la vitalidad ciudadana, en parte debida al retraimiento del comercio de larga distancia y la dificultad en las comunicaciones (Balmaseda, 1998: 350).

Al mismo tiempo, se aprecian una serie de cambios; en el valle surgen, o se reactivan, lugares elevados, algunos de ellos verdaderos centros de control sobre el territorio y lugares de refugio en el momento en que se abandonan las *villae*. Uno es *Cabeza de Navasangil* (Solosancho), situado en la cabecera del valle en la parte contraria al emplazamiento de Ávila, que para estos momentos ha perdido toda su influencia sobre el territorio, salvo el estrictamente cercano. Durante este siglo V adquiere gran importancia heredando el carácter rector que había tenido la ciudad abulense, aunque desconozcamos

<sup>146</sup> Idacio en el *Chronicon* la cita como *Abula*; mientras que en *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. VIII, p. 76, San Jerónimo, la cita como *Abela*.

<sup>147</sup> En el mismo lugar donde se había alzado la necrópolis romana altoimperial, se levantaría posteriormente la Basílica de San Vicente, lugar donde la tradición relata que fueron enterrados a principios del siglo IV los mártires Vicente, Sabina y Cristeta.

hasta donde alcanzaba el mismo. Otro lugar es *El Castillo* (Cardeñosa), que no alcanza la importancia del anterior a nivel regional, pero sí local.

Es en los momentos finales del siglo V o inicios del VI cuando se aprecian niveles de incendio en los jardines del Palacio de los Águila en el interior de la ciudad, lugar en el que pudo existir un edificio destacado, bien administrativo, bien de culto, por los fragmentos de columnas de arenisca y de granito allí recuperadas; es el mismo momento en el que el castro de Navasangil es quemado y abandonado momentáneamente.

Al mismo tiempo, el análisis de los restos polínicos del yacimiento de Ojos Albos (Ávila), hablan de la presencia de pólenes de centeno a partir del siglo V, a la vez que disminuye notablemente la presencia de olivo con respecto al momento anterior (Blanco, 2009); todo esto parece confirmar que esta zona siempre ha estado dedicada principalmente a la explotación ganadera. En ella se aprecia una importante deforestación, a partir de mediados del siglo VI, buscando mayores espacios para el ganado (Hernandez, Burjachs y Iriarte, 2013: 351). En época visigoda y altomedieval se percibe un incremento de los indicadores de actividad pastoril y de presión antrópica sobre las masas boscosas, transformando los pinares y robledales en zonas de pasto (Atienza, Dorado, y Ruiz-Zapata, 1991; Andrade, Dorado, y Ruiz-Zapata, 1994).

Son varios los topónimos de época romana que han pervivido, mostrándonos cierta continuidad en el poblamiento y su uso: *Tavernas*, *Padiernos*, *Servande* y *Fuentquilana*, centrados en la vega del Adaja, lugares donde el poblamiento de estas época tuvo presencia.

**Página / 232** Por el contrario los de raíz germánica serán escasos, pudiendo citar *Cotán*.



Figura 7.25: Detalle de uno de los lienzos de la muralla junto a la Puerta de San Vicente. Se aprecia la reutilización de piezas procedentes de la necrópolis que debía encontrarse muy próxima y de bloques de granito.

En época visigoda Ávila continúa siendo sede episcopal, conocemos los nombres de varios obispos que ocupan la sede durante el siglo VII. Junto a estos datos se documentan restos cerámicos, monedas y pizarras con inscripciones, que muestra la continuidad en el poblamiento de la ciudad, aunque con una clara pérdida de la personalidad que había tenido anteriormente. En este sentido se han localizado en el Episcopio, pizarras con escritura y un fragmento de piedra caliza con decoración perteneciente a un cancel, procedente del Palacio del rey Niño (Barraca, 1996).

El poblamiento en el valle se distribuye de diferente manera que en el período anterior. Los asentamientos que buscan el fondo del valle ahora son la minoría, distribuyéndose mayoritariamente por las laderas de las sierras que lo delimitan. En su mayoría se trata de pequeñas aldeas o granjas con una dedicación preferente por la explotación ganadera.

En esta época el asentamiento de *Cabeza de Navasangil* ha sido reocupado, recuperando su antigua hegemonía dentro del valle y posiblemente más allá de él; de esto dan cuenta las pizarras escritas y numerales, además del edificio destacado que se documenta en su interior. Este parece ser, junto a los restos documentados en la cripta de San Vicente, y los de Nuestra Señora de la Antigua, los tres únicos posibles templos documentados en la provincia abulense en esta época. Aunque también en Cardenosa se recuperó un patena en bronce, con una inscripción «*ELLANI AQUAMANUS*» o «*EL(¿)LLANI AQUAM D(¿)NUS*», que era usada para la celebración de la eucaristía.

En esta época se reocupa el castro de *San Juan* (Ojos Albos), desde el que sin duda se explotan los terrenos circundantes como muestran los restos polínicos comentados anteriormente.

En esta zona se documentan varios los lugares con tumbas excavadas en la roca, que pueden comenzar su uso en esta época y continuar en la siguiente (Hernández, 2016). Algunas de estas necrópolis hay que ponerlas en relación con las documentadas en las Zonas I y II, puesto que se encuentran en las laderas meridionales de la sierra de Ávila, pero otras se documentan en las laderas septentrionales de la sierra de Gredos. Todas ellas se sitúan en zonas con alturas medias, entre los 1.000 y 1.200 m. Las que se emplazan en la sierra de Ávila podemos considerarlas como necrópolis desordenadas dado el número de inhumaciones existentes, siempre superior a la decena; mientras que el resto de las inhumaciones se presentan en conjuntos con números menores, casi siempre por debajo de cinco. Sus emplazamientos sugieren una relación con la explotación ganadera en un

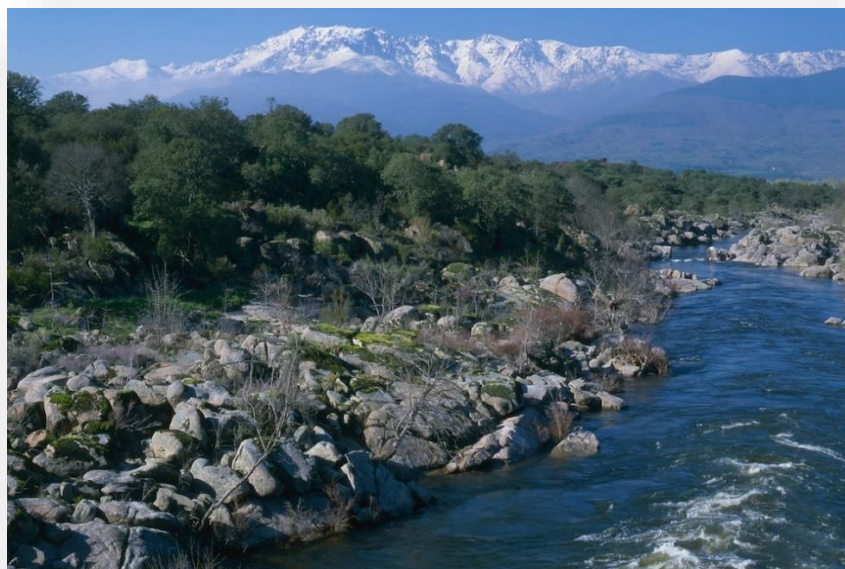
momento en el que por diversas razones debió existir una mayor presión en estas áreas y fueron utilizadas como elementos marcadores de posesión.

Es esta una zona de gran importancia en el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro, con una intensa explotación, en la que se percibe claramente la transformación acaecida tras la implantación del modelo romano de explotación y la creación de una ciudad de nuevo cuño para articular un importante territorio alrededor suyo. Alrededor de ella veremos cómo se establecen villas y necrópolis y como la población indígena va, poco a poco, asimilando la cultura y religiosidad latina, pero sin abandonar completamente la suya propia. La desarticulación del sistema económico romano hace que la fuerza que pudiera tener la ciudad se diluya, en principio a favor de las villas rurales, para posteriormente y tras la liquidación de estas ver surgir otros asentamientos, en alto, que heredarán sus capacidades organizadoras y cuál es la respuesta del mundo rural en todo este proceso.

## 7.4. ZONA IV. VALLE DEL TIÉTAR Y ALBERCHE

Esta comarca, que engloba las actuales tierras abulenses situadas al sur del Sistema Central cuenta con una superficie de 2.682 km<sup>2</sup>, donde se recogen las aguas de los valles del Tiétar y Alberche. Es la zona más meridional de la provincia, en contacto con las provincias de Cáceres, Toledo y Madrid.

En general presenta un relieve bastante pronunciado, poniendo en contacto la zona serrana donde se encuentran altitudes por encima de los 2.000 m con el fondo del valle, que se sitúa por debajo de los 400 m. Como decimos, esta zona se encuentra regada por los cursos de los ríos Alberche y Tiétar, pertenecientes a la cuenca del Tajo. Su altitud media, aunque como decimos hay gran disparidad, se situaría entorno a los 1.000 m (Troitiño, 2000: 105-113).



*Figura 7.26: Valle del Tiétar con la Sierra de Gredos al fondo.*

Esta situación al sur de la sierra motiva los rangos de temperatura existentes, muy agradables durante todo el año, un microclima que hacen que parte de esta zona sea conocida como «la Andalucía de Ávila». En ella los veranos son cálidos sobrepasando los 30°C de temperatura mientras que, los inviernos son suaves, moderándose el número de días con heladas, así como las temperaturas medias, que se encuentra entre los 14 a 18°C, con un período frío de 4 a 5 meses de duración, con una temperatura media en los meses más fríos de 6 a 8°C, mientras en los meses más cálidos oscilan entre los 26 y 28°C. En cuanto a la pluviometría, la media anual se sitúa entre los 850 y 1.200 mm, con una

duración del período seco de 3 a 4 meses (Troitiño, 2000: 76). Por el contrario, en la zona más al este, encontramos un clima frío y seco de largos inviernos, con veranos secos con altas temperaturas mientras que los otoños son la estación más agradable. Gran parte de su suelo está cubierto de monte, entre los que destacan los pinares, robles y encinas, acompañados de monte bajo.

Es prácticamente la única zona abulense en la que se cultiva el viñedo con satisfacción. En ella es importante la producción ganadera, destacando la ovicaprina, principalmente dedicada a la producción láctea, aunque también existen explotaciones de carne bovina destinadas para la obtención de carne.

### 7.4.1. La II Edad del Hierro

#### 7.4.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En esta zona y con la cronología propia a la Segunda Edad del Hierro conocemos un total de 4 yacimientos; todos ellos considerados como seguros (figura 7.34).

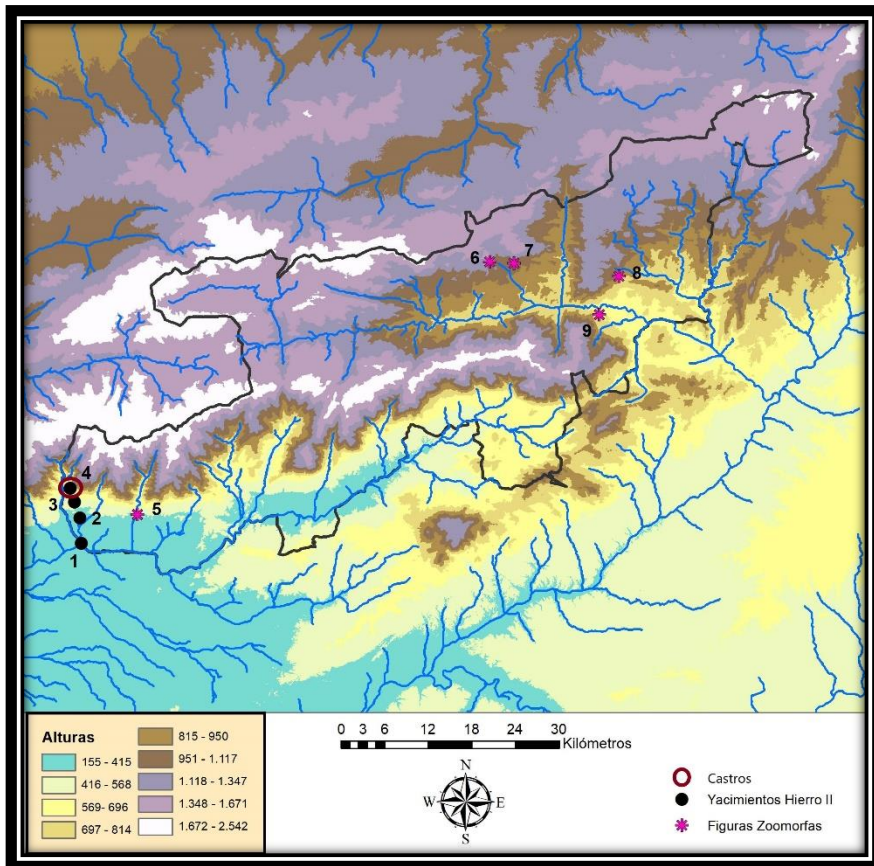


Figura 7.27: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. Santuario de Postoloboso (Candeleda) (Seguro); 2. El Horco (Candeleda) (S); 3.



*Las Guijas/El Castañar (Candeleda) (S); 4. El Raso (Candeleda) (S). Esculturas zoomorfas; 5. Candeleda (6); 6. San Juan de la Nava (1); 7. El Barraco (2); 8. Cebreros (1); 9. El Tiemblo (4).*

Los yacimientos se concentran en la parte más occidental de la zona de estudio, dispuestos a lo largo de lo que parece conformar una vía de comunicación zonal. Fueron estudiados por Fernando Fernández (1986), caracterizándose por ser de diferentes tipologías. En uno de los casos se trata de un santuario o lugar de culto, el *Santuario de Postoloboso*, de posible origen indígena, dedicado al dios *Vaelico*. Muy próxima se encuentra la necrópolis de incineración de *El Horco*, situada en una terraza, donde se localizaron restos cerámicos y metálicos procedentes de tumbas de incineración correspondientes a esta época; otra necrópolis de incineración es la de *Las Guijas*, donde se documentaron hasta 65 urnas cinerarias bajo encancho de piedra, que debían pertenecer a la población del asentamiento que se documenta en su proximidad. Éste no presenta elementos defensivos, y en él se localizaron restos de los zócalos de piedra pertenecientes a viviendas de planta indeterminada. En su interior se localizaron restos cerámicos propios de esta época.

El otro importante lugar de hábitat es el castro de *El Raso*, que se sitúa en la parte más elevada de un cerro, donde se aprecia un imponente sistema defensivo compuesto por una muralla perimetral con bastiones cuadrangulares al exterior y un posible foso que la rodea. Inmediatamente, otro espacio, de difícil interpretación, que también cuenta con muralla y foso defensivo. En el interior de ambos, se detectan restos de estructuras que permiten sospechar un urbanismo complejo. El único nivel de ocupación documentado está fechado entre los siglos III-I a.C.; momento en el que, tras ser derrotados por los romanos, los residentes fueron obligados a demoler las murallas y a desplazarse de nuevo al llano.

#### **7.4.1.2. Las esculturas zoomorfas**

En esta zona se tienen documentados hasta el momento un total de 14 figuras zoomorfas, 11 de las cuales pertenecen a bóvidos y 3 figuras son indeterminadas (tabla 7.19).

Destacan dos lugares donde se concentran las esculturas; por un lado, Candeleda donde se han documentado 6 ejemplares<sup>148</sup> y El Tiemblo donde se han documentado 4<sup>149</sup>, los famosos Toros de Guisando, fechados en II d.C. por las inscripciones latinas que hay

<sup>148</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 340 y 349; Manglano, 2013: 102-107.

<sup>149</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 353-354; Manglano, 2013: 142-145.



sobre ellos. En San Juan de la Nava<sup>150</sup>, se documenta una única escultura, representando un toro. Otros dos se encuentran en El Barraco<sup>151</sup> y uno en Cebreros<sup>152</sup>.

Verracos	Número	Toros	Cerdos	Indeterminado
Candeleda	6	4		2
San Juan de la Nava	1	1		
El Barraco	2	2		
Cebreros	1			1
El Tiemblo	4	4		
	<b>14</b>	<b>11</b>	<b>0</b>	<b>3</b>

Tabla 7.19: Localización de las figuras zoomorfas y su caracterización.

En el caso de los documentados en Candeleda no es sorprendente su disposición, ya que es en esta zona se han documentado varios asentamientos con esta cronología; por el contrario, no ocurre lo mismo con el resto de los hallazgos, localizados en lugares donde no se conocen hasta el momento yacimientos con cronologías propias de la Segunda Edad del Hierro ni de época romana. A pesar de que muchas esculturas han sido desplazadas de su posición original, salvo los casos de Candeleda, documentados en las proximidades de los castros, el resto debemos pensar que, por su disposición y tamaño, podrían estar indicando lugares destacados o pastos críticos (figura 7.34).

## 7.4.2. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

### 7.4.2.1. Los asentamientos

Son únicamente tres los yacimientos documentados para esta época cronológica, de los que uno, el *Santuario de Postoloboso* está considerado como seguro, mientras que el resto lo son como posibles (figura 7.35).

Como decíamos el *Santuario de Postoloboso* (Candeleda), de origen y culto indígena, que en época romana seguirá en uso por las gentes de esta zona, como refleja el importante número de inscripciones latinas, que se documentan en este lugar y que analizamos más adelante.

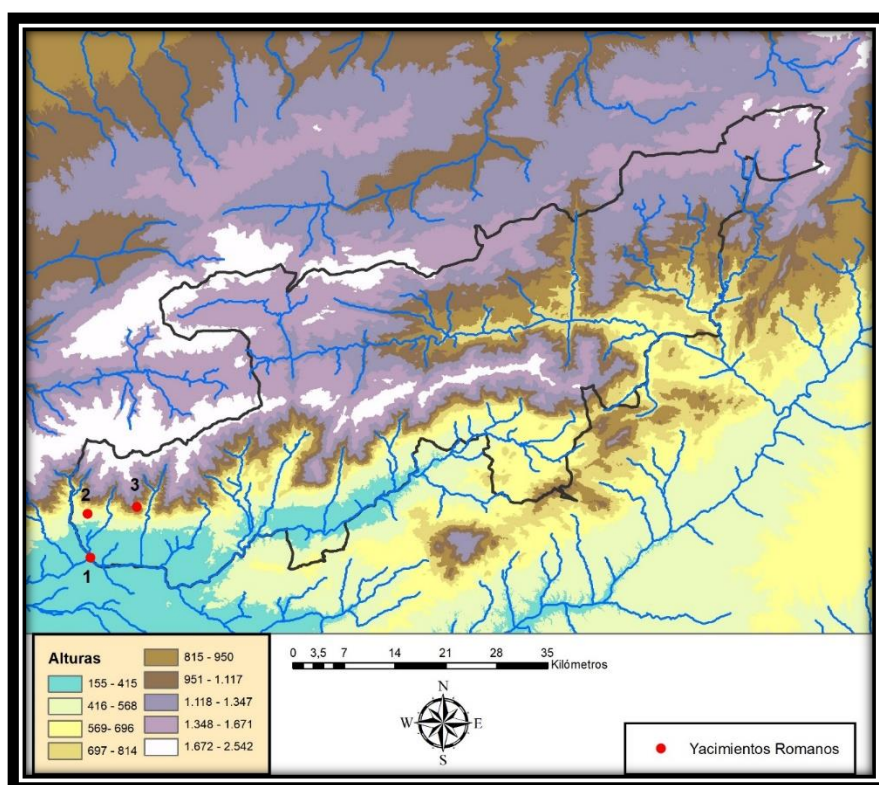
Los otros dos asentamientos, *Cuerda de la Mogorra* y *Antiguo Camino Verdugales*, ambos en Candeleda, se documentan restos de estructuras construidas, a base de muros de mampostería en granito trabada con mortero de cal y arena; junto a ellos fragmentos de

<sup>150</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 352; Manglano, 2013: 267.

<sup>151</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 348; Manglano, 2013: 132-133.

<sup>152</sup> Álvarez-Sanchís, 1999: 350; Manglano, 2013: 119.

cerámica común a torno. En *Cuerda de la Mogorra* se documenta la existencia de una construcción semejante a las anteriores, pero en este caso circular, de unos 4 m de diámetro, que bien podría corresponder a los restos de una cabaña. Ambos asentamientos se encuentran próximos a las vías de comunicación que recorren la zona y a los cursos fluviales; se encuentran a media ladera a pesar de lo cual mientras *Antiguo Camino Verdugales* se encuentra alrededor de 500 m de altura mientras que *Cuerda de la Mogorra* se sitúan algo por encima de los 1.000 m. En ellos recalaría la población de los antiguos castros abandonados.



*Figura 7.28: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Santuario de Postoloboso (Candeleda) (Seguro); 2. Antiguo Camino de los Verdugales (Candeleda) (Posible); 3. Cuerda de la Mogorra del Nogal (Candeleda) (P).*

#### **7.4.2.2. Las inscripciones latinas**

En esta zona tenemos un total de siete lugares con inscripciones latinas: el Santuario de Postoloboso 11; El Raso de Candeleda 2; Candeleda 12; Arenas de San Pedro 1; La Adrada 3; El Tiemblo 8 y Las Navas del Marqués 1 (figura 7.36).

En dos emplazamientos se localizan un importante número de inscripciones, uno de ellos el Santuario de Postoloboso<sup>153</sup>, donde se han recuperado un total de once, de las cuales ocho están dedicadas al dios indígena *Velico* o *Vaelico*. Dos son anepígrafas y en una no aparece la deidad a la que se dedica. En otras dos se citan dos grupos indígenas, en una los *Pintolancum*, y en otra los *M[-]nequiquum*. Todas ellas tienen una cronología establecida a lo largo del siglo II, algunas llegando incluso al III.

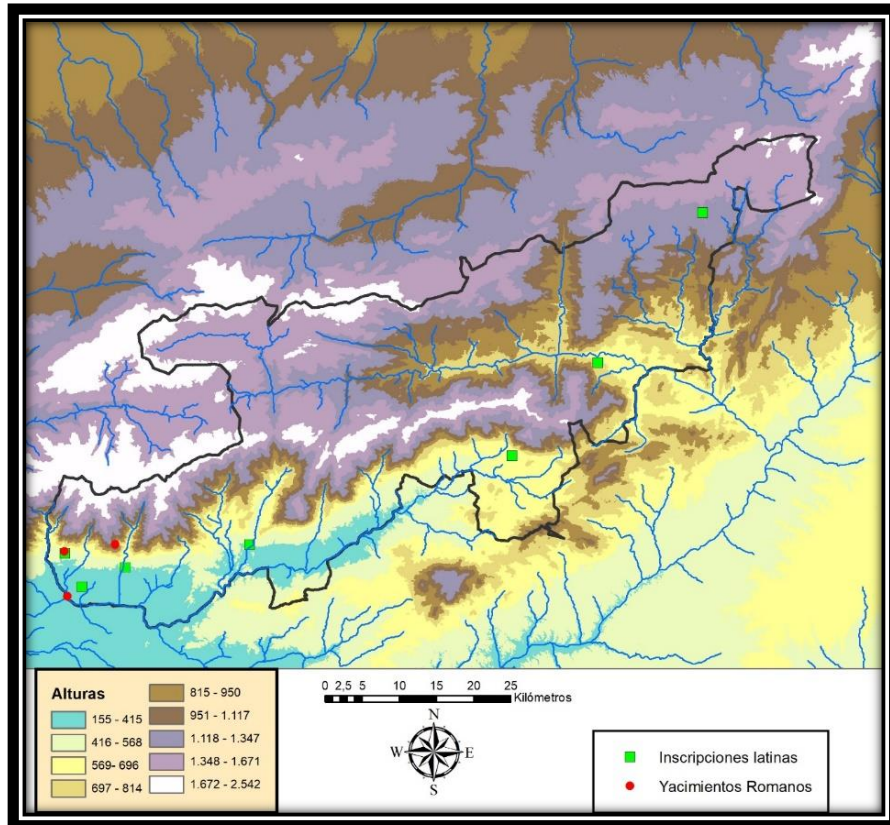


Figura 7.29: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En Candeleda, en una de las paredes de la iglesia parroquial se encontró una estela funeraria reutilizada, dedicada por *Vernaculus*<sup>154</sup>, perteneciente al grupo de los *Ambatic(um)*; otras dos están dedicadas a la divinidad *V(a)elicus*<sup>155</sup>, una de ellas dedicada por *Curundi* de los *Caraeciq(um)*, y la otra se trata de un ara reutilizada en una casa como material

<sup>153</sup> AE 1976, 343; AVRO 82; ERAv 144. AE 1976, 345; AVRO 77; LICS 99; ERAv 146. AE 1976, 346; AVRO 83; LICS 100; ERAv 147. AE 1976, 348; AVRO 78; LICS 102; ERAv 149. AE 1976, 349; AVRO 86; LICS 106; ERAv 152. AE 1976, 344; AVRO 76; LICS 98 (HEp 4, 1994, 128); ERAv 145. AE 1976, 347; AVRO 84; LICS 101 (HEp 4, 1994, 129); ERAv 148. AVRO 79; LICS 103; ERAv 150. AVRO 80; LICS 105; ERAv 151; ERAv 156; AVRO 88; AVRO II 88; LICS 108.1.

<sup>154</sup> HEp 1, 1989, 79; LICS 95; HEp 9, 1999, 83; AVRO II, 145 y ERAv 143.

<sup>155</sup> LICS 96 (HEp 4, 1994, 127); AVRO 81; ERAv 153; ILER 776; AVRO 75; LICS 109; ERAv 164; HEp 13, 2003/2004, 65.

constructivo, dedicada a *Júpiter* por *Atta* de los *Ambáticos*, hija de *Hirno*<sup>156</sup>; y un altar dedicado a *Júpiter Máximo*<sup>157</sup>. Todas ellas con cronologías entre el siglo II y mediados del III.

También en Candeleda, pero esta vez en la ermita de San Bernardo<sup>158</sup> se documentan siete aras votivas, la mayoría anepígrafas, recuperadas en las excavaciones allí realizadas. Otro conjunto de inscripciones son las procedentes de La Adrada, donde aparecen tres estelas<sup>159</sup> fechadas entre los siglos I-III; dos de ellas no presentan texto, sin embargo, presentan cada una de ellas, sendos grupos de tres individuos representados esquemáticamente; en la tercera se documenta una referencia a los *Ae+urorum*, otro de los grupos de parentesco documentados en esta zona.

Una pieza de plomo<sup>160</sup>, de época tardía, fechada entre los años 375 y 450, procede de Arenas de San Pedro, donde aparece una referencia a *Chr(isto)*. Otro importante conjunto son las inscripciones documentadas sobre los zoomorfos existentes en El Tiemblo (los Toros de Guisando)<sup>161</sup>, donde se puede apreciar la transformación en los modos de enterramiento, hibridación entre indigenismo y romanización; en una de ellas *Longino Prisco* de los *Calaetiquum*, se la dedica a su padre. Por último, una estela anepígrafa procedente de las Navas del Marqués<sup>162</sup>, realizada en mármol, como la documentada en la San Bartolomé (Zona II).

Este conjunto de inscripciones está fechado entre los siglos I y III de nuestra Era, principalmente entre los años 150 y 250 d.C.; en ellas aparecen nombres de divinidades indígenas y romanas procedentes de un posible lugar de culto o santuario en época romana; también aparecen nombres indígenas en proceso de latinización, además de la pervivencia de varios grupos indígenas como los *Ambaticum* o *Calaetiquum*.

Hay que decir, que del mismo modo que sucedía con las esculturas zoomorfas, hay varias inscripciones que se documentan en lugares en los que por el momento no se ha

<sup>156</sup> HEp 10, 2000, 8; AVRO II, 144; ERAv 142.

<sup>157</sup> HEp 4, 1994, 87; HEp 10, 2000, 6; AE 1982, 596; HEp 13, 2003/2004, 49; Schattner, Mariné, Koch, y Geldmacher, 2007 :75-100; Mariné, 2008; HEp 17, 2008, 2.

<sup>158</sup> ERAv 154; AVRO 87-90; LICS 104-108; ERAv 155; AVRO 85; AVRO II 146; LICS 107; ERAv 159; AVRO 91; AVRO II 91; LICS 108.4; ERAv 160; AVRO 92; AVRO II 92; LICS 108.5; ERAv 161; AVRO 93; AVRO II 93; LICS 108.6; ERAv 162; AVRO 94; AVRO II 94; LICS 108.7; ERAv 163; AVRO 95; AVRO II 95; LICS 108.8.

<sup>159</sup> HEp 12, 2002, 7; AvRo II 142; ERAv 168; Rodríguez-Aragón, Pérez, Hernando, Moreda y Martín, 2002: 117-138; HEp 12, 2002, 8; AvRo II 140; ERAv 169; HEp 12, 2002, 9; AvRo II 141; ERAv 170.

<sup>160</sup> AE 1991, 1066; HEp 3, 1993, 25a, 25b; ERAv 167; Velázquez, 1989, 269-275.

<sup>161</sup> CIL II 3052 (p LXXX, 710); LICS 89; ERAv 172; CIL II 3053; LICS 87; HEp 4, 1994, 130; ILCAM 94; AVRO2 154; ERAv 171; HEp 13, 2003/2004, 81; HEp 3, 1993, 90; ERAv 173; HEp 3, 1993, 90; HEp 4, 1994, 131; HEp 3, 1993, 91; HEp 3, 1993, 92; HEp 4, 1994, 132; ERAv 175. LICS 91; HEp 4, 1994, 133; AVRO 2 151; ERAv 174; HEp 13, 2003/2004, 80.

<sup>162</sup> Almagro, 1940: 31..



documentado ningún asentamiento propio de esta época, pero que sugieren su existencia (figura 7.36); esto ocurre en El Tiemblo, La Adrada o las Navas del Marqués, documentándose en este caso su realización sobre mármol, material utilizado muy raramente en estas zonas.

### 7.4.3. La época tardoantigüa (siglos IV-VIII)

#### 7.4.3.1. La época tardorromana (ss. IV-V)

En cuanto a la época tardorromana, continúa en funcionamiento el *Santuario de Postoloboso*, del que ya hemos hablado anteriormente. Del mismo modo *Antiguo Camino Verdugales* (Candeleda) y *Cuerda de la Mogorra* (Candeleda), también debieron continuar ocupados en esta época, al menos en los primeros momentos, en los que se documentan cerámicas comunes y TSht, propias de esta época.

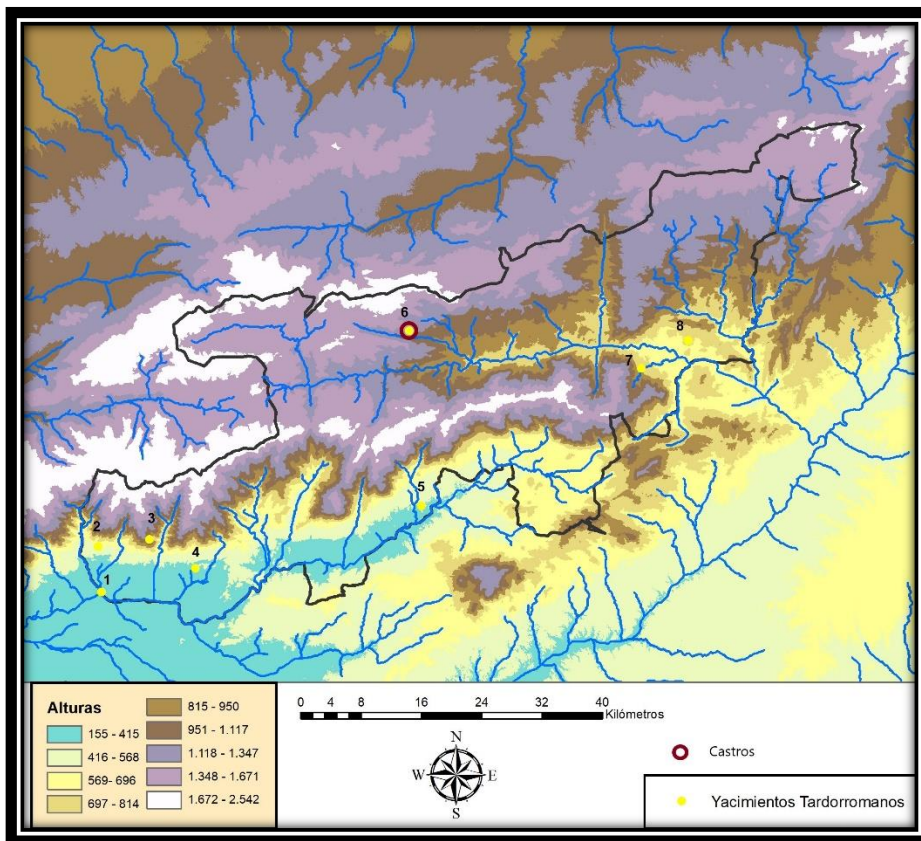


Figura 7.30: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Santuario de Postoloboso (Candeleda) (Seguro); 2. Antiguo Camino de Verdugales (Candeleda) (Posible); 3. Cuerda de la Mogorra del Nogal (Candeleda) (P); 4. El Gorrónal (Arenas de S. Pedro) (P); 5. La Mina (Gavilanes) (P); 6. San Miguel (Navarredondilla) (P); 7. El Aserradero (EL Tiemblo) (P); 8. La Hinojosa (Cebreros) (P).

En *El Gorrónal* (Arenas de S. Pedro), *La Hinojosa* (Cebreros) y *La Mina* (Gavilanes) se documentan asentamientos donde, además de fragmentos cerámicos de TSht, cerámicas comunes y grandes concentraciones de téglulas y ladrillos, se aprecian importantes restos de fundiciones de escorias, que delatan que nos encontramos ante lugares de transformación de materias primas. También en las proximidades del *Santuario de Postoloboso*, se han documentado importantes concentraciones de escorias.

En *El Aserradero* (El Tiemblo), situado en llano, junto a los materiales constructivos y cerámicos, se aprecia la existencia de bancales alrededor del asentamiento, que, posiblemente, fueran utilizados en la época como lugares de cultivo.

Por otra parte, el asentamiento de *San Miguel* (Navarredondilla), se encuentra situado en un cerro granítico bien destacado, rodeado de un relieve de valles y cárcavas, donde se ha documentado un conjunto de 19 monedas fechadas a finales del siglo IV, junto a abundantes restos de escorias y materiales cerámicos de muy diversas calidades; posiblemente se trataría de un lugar de refugio, para los difíciles momentos que pudieron vivirse a principios del siglo V, como podemos interpretar del escondite de monetario documentado.

#### **7.4.3.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)**

Como decíamos anteriormente, el *Santuario de Postoloboso*, de larga tradición, continuó en uso (figura 7.38); en su entorno F. Fernández recuperó varios fragmentos de cruces caladas, capiteles, cimacios, basas, placas con decoración, fragmentos de cancel, etc., procedentes de un posible templo de época visigoda que se levantaría en el solar de la actual ermita de San Bernardo. Este parece ser, junto a los restos documentados en la cripta de San Vicente, los de Nuestra Señora de la Antigua, ambos en Ávila, los tres únicos posibles templos documentados en la provincia abulense en esta época. También en el mismo lugar se documentaron sarcófagos monolíticos en granito, de forma trapezoidal, decorados mediante columnillas o molduras adosadas a las esquinas interiores (Balmaseda, 1998: 356).

Son varios los asentamientos junto con sus correspondientes necrópolis que conocemos en esta zona. En *Cerro de San Marcos* (Navaluenga), situado en una cima, tenemos constancia de material constructivo y cerámico, y una tumba a base de lajas de granito, junto a la que se aprecian los posibles restos de otras. Otro lugar similar es *Las*

*Cunas-Camas de los Moros* (Sta. Cruz de Pinares), donde documentamos restos de edificaciones a base de mampuestos de granito, tejas y fragmentos cerámicos, junto a una necrópolis, situada en la zona inferior de la ladera, conformada por 12 tumbas de lajas.

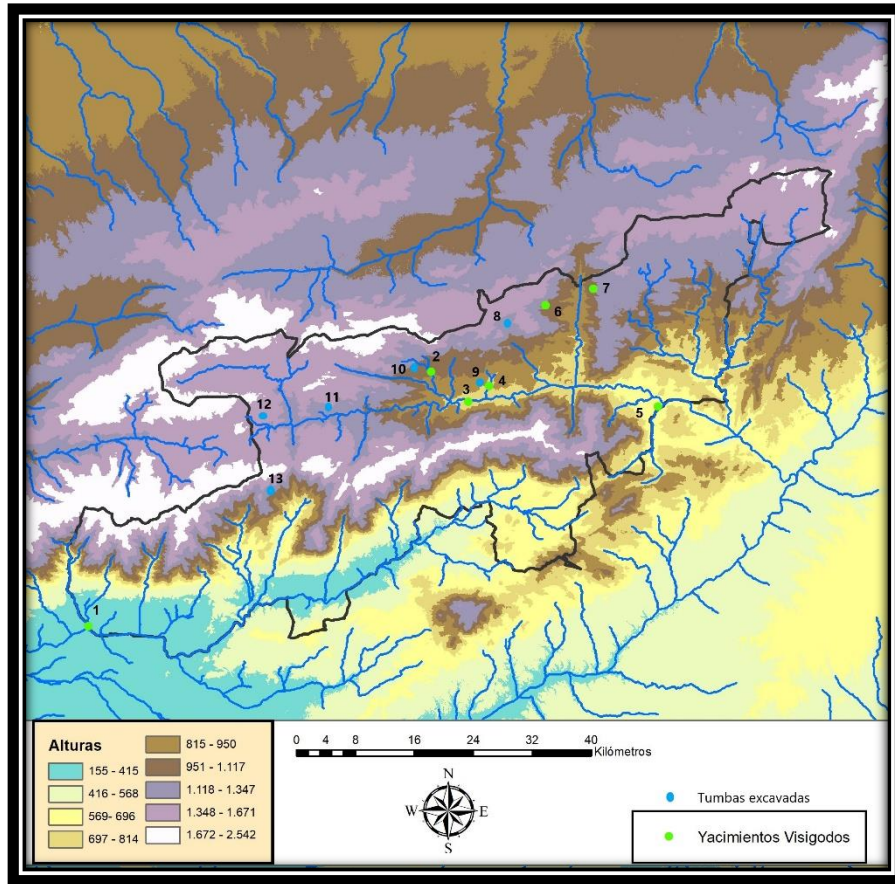


Figura 7.31: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Santuario de Postoloboso (Candeleda) (S); 2. El Cogote (Navarredondilla) (P); 3. Cerro de S. Marcos (Navaluenga) (P); 4. El Pimpollar (Navaluenga) (P); 5. Valdesanmartín (El Tiemblo) (S); 6. Las Cunas-Camas de los Moros (Sta. Cruz de Pinares) (S); 7. Necrópolis (S. Bartolomé de Pinares) (S); 8. Cuna de los Moros (El Barraco) (P); 9. Fuente Ávila (Navaluenga) (P); 10. El Boquerón (Navarredondilla) (P); 11. Ermita de los Santos (Hoyocaseiro) (P); 12. Las Erillas (San Martín del Pimpollar) (P); 13. Prado Pinchilla (Cuevas del Valles) (P).

En *Valdesanmartín* (El Tiemblo) documentamos, igual que en el anterior, un asentamiento junto con su necrópolis (figura 7.39), de la que procede un conjunto de elementos de ajuar y broches de cinturón de época visigoda, similares a los documentados en San Bartolomé de Pinares, en la *Cuesta del Verdugo* y en *El Raso*, la mayoría de ellos, de tipo liriforme, que alcanzaron gran difusión durante la segunda mitad del siglo VII.

En el casco urbano de San Bartolomé de Pinares (*Necrópolis*), se documenta una tumba de lajas en la que se recuperó una jarrita cerámica y el broche antes citado; es posible que existiera un mayor número de inhumaciones.





Figura 7.32: Elementos de ajuar recuperados en la necrópolis de Valdesanmartín (El Tiemblo) situados en la exposición permanente en el Museo de Ávila.

En *El Pimpollar* (Navaluenga), se documenta una necrópolis de inhumación mediante tumbas a base de lajas de granito; estas podrían pertenecer al asentamiento de *Fuente Ávila*, que se encuentra al otro lado del arroyo, donde se documentan varias estructuras a base de mampuestos de granito, una de ellas de forma circular, de unos 10 m de diámetro que podría tratarse de un encerradero para el ganado, y una necrópolis a base de tumbas excavadas en la roca, con un total de 14, distribuidas en diferentes núcleos, junto a las que se han documentado restos cerámicos y escorias. Estos fragmentos cerámicos parecen remitir a un momento entre los siglos VIII y X.

Además, en *El Raso* (Candeleda), a pesar de no documentarse un asentamiento en esta época se ha recuperado un triente del reinado de Recaredo, acuñado en Évora y un fragmento de patera utilizada para la celebración de la eucaristía.

#### 7.4.4. ¿Y después del siglo VIII?

Como sugeríamos anteriormente, en la necrópolis de tumbas excavadas en la roca de *Fuente Ávila*, se documentan materiales cerámicos fechados entre los siglos VIII y X, que nos hablan de su posible ocupación en estas fechas.

Otras necrópolis en las que se documentan tumbas excavadas en la roca, y que podrían estar a caballo de estos siglos, son las de *Cuna de los Moros* (El Barraco), donde se localiza una tumba antropomorfa y lajas que podrían remitir a la existencia de otras; *Prado*

*Pinchilla* (Cuevas del Valle) donde se localiza una tumba excavada de forma trapezoidal, en este caso junto a una necrópolis de tumbas de lajas, numerosos fragmentos cerámicos y restos de edificaciones. *Ermita de los Santos* (Hoyocasero), situadas en un cerrete, se localizan tres tumbas, una trapezoidal y dos en forma de bañera; en *El Boquerón* (Navarredondilla), sobre una plataforma de granito sobre el valle, aparecen agrupadas tres tumbas antropomorfas, y en *Las Erillas* (Sta. Cruz de Pinares) en un afloramiento granítico se documenta una única tumba de forma trapezoidal.

Todos estos asentamientos donde las inhumaciones son escasas, en muchos casos individuales quizás en referencia a una persona destacada del grupo o que sirve como el ancestro sobre el que poder basar los derechos de posesión de ciertos territorios, en momentos en los que la presión sobre los mismos se incrementa. Todos estos asentamientos se localizan en lugares con una clara dedicación a la explotación ganadera y silvícola.

#### 7.4.5. Interpretación de los datos

Según podemos observar en la tabla 7.20, a diferencia de las otras zonas estudiadas, en esta, a pesar del escaso número de asentamientos documentados, se produce una disminución en su número entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana, donde un único asentamiento continúa ocupado.



Tabla 7.20: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAA.

Entre la época romana alto/bojoimperial y la tardorromana se percibe un claro incremento en el número y distribución de los asentamientos, continuando ocupados un tercio de ellos. En la época visigoda se percibe un ligero descenso en su número y tan sólo en uno de ellos se constata la continuidad en uso.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	4	2.682	0,00149142
Romano Altoimp.	3	2.682	0,00111857
Tardorromanos	9	2.682	0,0033557
Visigodos	7	2.682	0,00260999

Tabla 7.21: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En la tabla 7.21 vemos la densidad establecida para esta zona, que muestra las oscilaciones en el número de asentamientos, una zona que parece escasamente poblada.

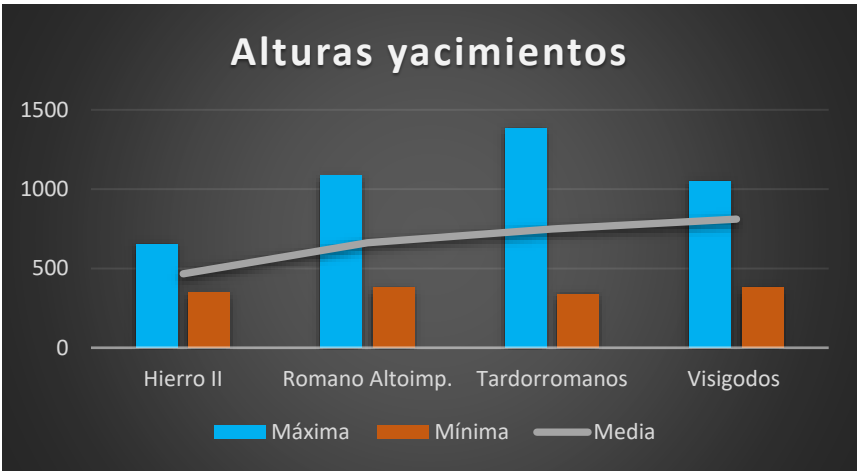


Tabla 7.22: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a las alturas medias a las que se establecen los asentamientos (tabla 7.22), muestran, a diferencia de otras zonas, un constante, aunque ligero incremento en sus valores, siendo la de menor valor la Segunda Edad del Hierro e incrementándose posteriormente, reflejando una generalización de los espacios poblados.

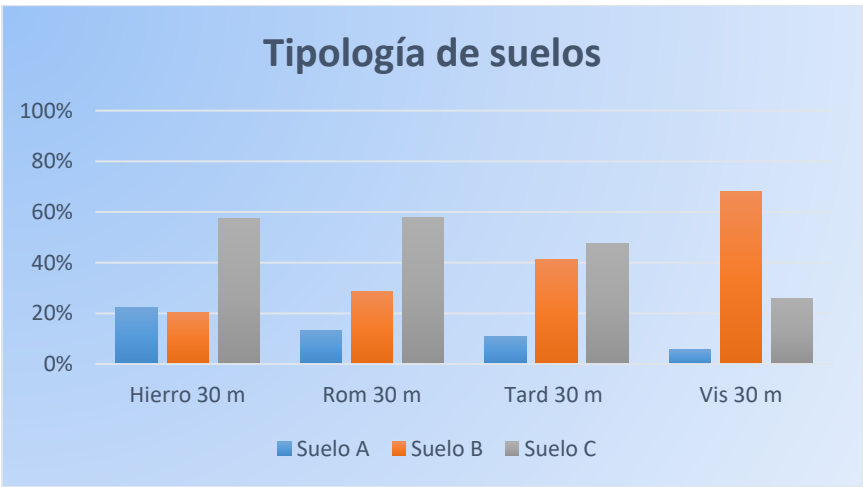


Tabla 7.23: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En cuanto a las tipologías de los suelos (tablas 7.23 y 7.24), durante la Segunda Edad del Hierro, por la situación de sus asentamientos, los suelos de mayor potencialidad agrícola (tipo A), presentan un porcentaje bastante elevado tanto en los más cercanos como en los alejados; mientras que los de menor potencialidad (tipo C) representan la otra gran opción. Durante la época romana vemos una clara disminución del porcentaje de este tipo de suelos, a la vez que se aprecia un incremento en los de potencialidad intermedia (tipo B). Esta tendencia será la que continúe en las épocas posteriores, durante toda la tardoantigüedad.

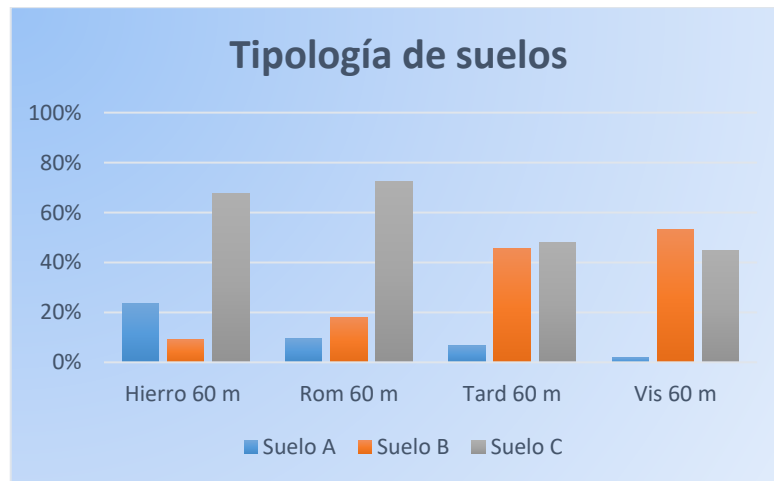


Tabla 7.24: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

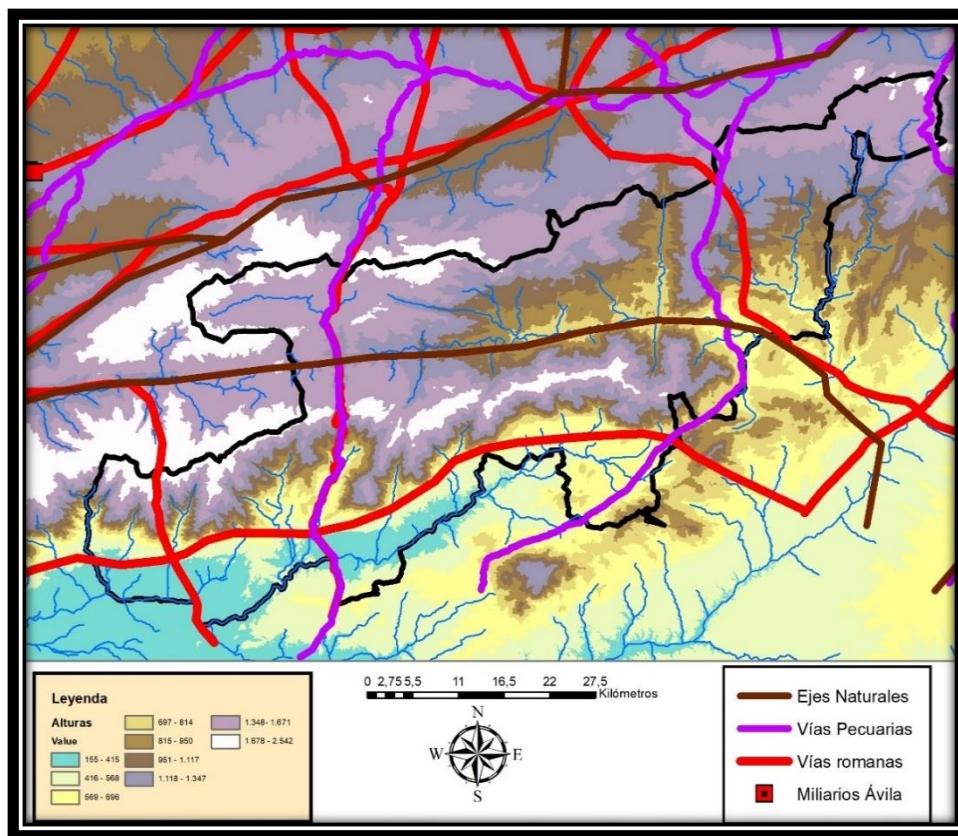
En esta zona durante la Segunda Edad del Hierro se documenta un único asentamiento, el castro de *El Raso*, en el que podemos analizar el paso entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana, y que puede servirnos como ejemplo de lo acaecido en muchos de los asentamientos en cronologías similares. En su cercanía se localizan dos necrópolis *Las Guijas* y *El Horco*, y un santuario de origen indígena que debió recoger las dedicatorias de numerosos asentamientos próximos.

En *El Raso* podemos constatar los enfrentamientos acaecidos entre los indígenas y los romanos a principios del siglo II a.C., y como a partir de ese momento y hasta la primera mitad del siglo I a.C. las relaciones entra ambos se multiplican sobre todo coincidiendo con la etapa sertoriana, tras la cual se produce el abandono del castro hacia mediados del siglo I a.C. (Fernández, 1986: 445); este abandono fue pacífico y paulatino, seguramente motivado por la implantación del modelo de explotación del territorio introducido por Roma, en el que se prima la agricultura sobre la ganadería. Los análisis palinológicos realizados alrededor del castro muestran el avance en su antropización, haciendo desaparecer progresivamente el bosque climácico, el melojar, mientras avanzan

los pastos y los helechales y en las zonas más altas permanecen los pinos (López, López y Pérez, 2008: 143), de igual modo que se documenta en la mayoría de los castros vettones. El traslado de la mayoría de la población al llano no significó el abandono su abandono, sino que se continuó habitando de manera continua o intermitente, como sucede en otras zonas meseteñas (Bendala, y otros, 1987: 130).

Anteriormente ya hemos hablado de la presencia de varias esculturas zoomorfas en zonas del piedemonte serrano donde no se conocen otros indicios de poblamiento (figura 7.34).

Como vías de comunicación en esta zona, podemos hablar de la existencia de un eje natural que la recorre de este a oeste dividiéndola en dos. Es el eje natural que discurre por las cercanías del río Alberche, comunicando los pastos de altura con la zona baja del valle; en su parte más alta, tendría continuidad en el eje que discurre junto al río Tormes.



*Figura 7.33: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.*

En cuanto a las vías pecuarias, la Cañada Real Leonesa Oriental por Guadarrama, con dirección norte-sur, que, tras sobrepasar el Sistema Central, discurre por la parte más oriental de la zona. Paralela a la anterior discurre la Cañada Real Leonesa Oriental, por San Bartolomé de Pinares, atraviesa Cebreros y pasa cerca de El Tiemblo. Debemos decir que

esta cañada pasa muy cerca de dos de los emplazamientos de las figuras zoomorfas que parecían estar aisladas. También en paralelo, pero más al oeste discurre la Cañada Real Leonesa Occidental, que tras ascender las laderas del valle de Amblés sobrepasa la sierra de Gredos por el puerto del Pico y discurre hacia Arenas de San Pedro.

En cuanto a las vías de comunicación en esta zona situada en la ladera meridional de Gredos, en primer lugar, la vía del Puerto del Pico, que conectaba ambas mesetas a través de la sierra de Gredos hasta conectar con la vía XXV que enlazaba *Emerita Augusta* con *Emerita Caesar Augusta*<sup>163</sup> a la altura de *Caesarobriga* o algo más al oeste. Otro posible camino secundario recorrería la comarca de la Vera transversalmente y que podría ser continuación de la vía del Valle del Tiétar y del Jerte (Sánchez y otros, 1993: 348). Por el este discurriría la vía que enlazaría la XXIV de Antonino con la ciudad abulense.

En el valle del Tiétar son escasos los datos arqueológicos que hablen del desplazamiento de la población al llano, tan sólo el yacimiento de *Antiguo Camino de los Verdugales* da muestra del mismo; hay otro asentamiento en alto, de época romana como es *Cuerda de la Mogorra del Nogal*, ambos de pequeñas dimensiones y con un carácter agropecuario, el resto parece haber sido un vacío poblacional, o eso podríamos pensar; pero existen otros indicios, como la presencia de inscripciones latinas o estelas funerarias. Estas inscripciones están fechadas entre los siglos I y III de nuestra era, principalmente entre los años 150 y 250 d.C.; en ellas aparecen nombres de divinidades indígenas y romanas procedentes de un posible lugar de culto o santuario en época romana, así como nombres indígenas en proceso de latinización, con la pervivencia de algún indígena como *Ambaticum*, y la presencia de grupos de parentesco en diversos lugares (Candeleda, La Adrada y El Tiemblo). También los materiales cerámicos fechados entre los siglos II y V d.C. muestran la pervivencia del poblamiento en esta zona, individuos que paulatinamente abandonarían los castros y se asentarían en las zonas más bajas y productivas.

Al igual que ocurre con las esculturas zoomorfas, hay inscripciones que se documentan en lugares donde no se conoce poblamiento, pero que está próximos a los lugares donde se documentaban los verracos.

El poblamiento de época romana de esta zona, que pertenecía a la Lusitania y al *conventus Emeritensis* (figura 7.41), estaría muy condicionado por la existencia de la *civitas* de *Caesarobriga*, a la que pertenecería gran parte de este territorio; situada más al sur y que articularía estos territorios de grandes potencialidades agrícolas, pero también con acceso a

<sup>163</sup> *Alio Itinere ab Emerita Caesarea Augusta.*



los pastos serranos que sin duda explotaron. Posiblemente parte del territorio, sobre todo el situado más al norte pudiera depender de la ciudad de Ávila, como ocurrirá más tarde en la Edad Media.

En época tardorromana el poblamiento aumenta ligeramente, pero continúa siendo en una zona escasamente poblada. La parte más suroeste sigue siendo donde más asentamientos se documentan, con la continuidad de algunos y sobre todo la presencia del *Santuario de Postoloboso* que continúa siendo un referente a nivel regional. Por otro lado, se documentan asentamientos en la vega del Alberche, tanto en sus cotas más bajas como en la cabecera; asentamientos que tienen una clara dedicación ganadera. Un asentamiento, en la parte más alta del Alberche (*San Miguel*), situado en un cerro elevado, con restos de muros de mampuesto y con un conjunto de monedas documentadas podría haber servido de refugio en momento de dificultad como sucede en otros territorios por estas mismas fechas.

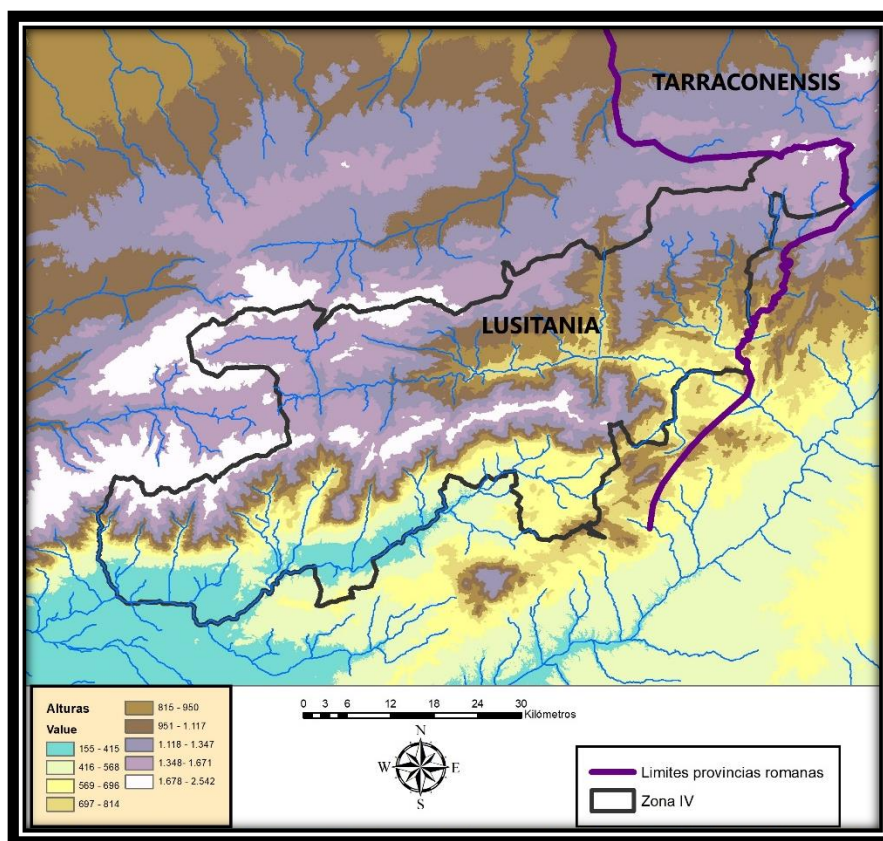


Figura 7.34: Límites provinciales en época romana.

La época visigoda muestra una clara ruptura con la anterior; con la excepción de *Postoloboso* que continúa como referente religioso, la margen derecha del río Tíetar aparece completamente despoblada, los asentamientos se concentran en la del Alberche,



adentrándose hacia el nacimiento de este. Se trata de granjas y sobre todo de necrópolis que muestran un poblamiento disperso que explota las laderas meridionales de la sierra de Gredos.

También se documentan una serie de lugares con tumbas excavadas en la roca, con las dificultades que las caracterizan (Hernández, 2016), y que por su emplazamiento y distribución en pequeños conjuntos siguen el mismo patrón que las situadas en las laderas norte de la sierra de Gredos sobre el valle de Amblés. En este caso sobre el valle del Alberche, salvo un caso que se encuentra sobre el del Tiétar, en alturas superiores a los 1.000 m en lugares con una clara dedicación ganadera.

Las transformaciones en el clima acaecidas dentro de la época visigoda (Desprat, Sánchez, y Loutre, 2003: 71), motivaron un importante incremento de la aridez. Los restos polínicos analizados de esta zona al sur de la sierra de Gredos, que abarcan una cronología entre los siglos III y VIII hablan de un paisaje dominado por el pino, que sufrirá una importante deforestación relacionada con claros a base de fuego, en paralelo a la aparición y aumento del olivo (López y otros, 2010).

Es esta una zona de análisis muy condicionada por la geografía, por un lado, la rápida transición entre las cotas altas gredenses y las bajas del Tiétar hubo de marcar su poblamiento, escaso, y mediatizado por la estrechez del territorio abulense en esta zona que ha sido el analizado. Durante la Segunda Edad del Hierro se transforma el modelo poblacional tras la llegada de los romanos, aunque se perciben claras pervivencias en el mismo, como ocurre con el *Santuario de Postoloboso*, cuyas reminiscencias llegan hasta nuestros días. En época romana, su poblamiento estuvo muy condicionado por la presencia, fuera de la zona de análisis, de la ciudad de *Caesarobriga* y por la existencia de la zona más llana y apta para la explotación agrícola que se encuentra inmediatamente fuera del área de estudio. La época tardorromana y sobre todo visigoda pone de manifiesto la recuperación de la actividad ganadera, que nunca se habría abandonado, y que tomará el relevo, en cierto modo, de la agricultura en la que se percibe un cierto retroceso.

Un territorio en el margen de dos ciudades romanas, *Abula* y *Caesarobriga*, donde su influencia quedaría bastante limitada. Una zona que al igual que otras cercanas muestra claros indicios de un poblamiento más denso de lo que conocemos, en la que faltan estudios que permitan conocer su mayor entidad.

## 7.5. ZONA V VALLE MEDIO Y BAJO DEL ERESMA Y VOLTOYA

Esta zona engloba los valles medios y bajo de los ríos Eresma y Voltoya; tiene una clara inclinación hacia el noroeste, cuenta con una superficie de 1.510,1 km<sup>2</sup>. Su altitud media se encuentra alrededor de los 800 m, buscando el centro de la cuenca del Duero.

Su superficie se encuentra cubierta de finas arenas cuaternarias poco consolidadas, esto motiva que muchos de sus suelos sean poco productivos. Los mejores suelos se encuentran en zonas endorreicas donde aparecen charcas de escasa profundidad alrededor de las que se forman abundantes pastizales naturales.

Los principales cursos fluviales son el Eresma y el Voltoya. El primero recoge las aguas de la Sierra de Guadarrama en su vertiente septentrional, buscando en su recorrido la vega del Duero. Por su margen izquierda, a la altura de Coca, se le suman las aguas del Voltoya, procedente de la provincia abulense. Ambos ya en tierras vallisoletanas tendrán el aporte del Adaja.

Esta zona se ve afectada por un característico clima continental, con inviernos largos y rigurosos, con veranos cortos, relativamente suaves y grandes oscilaciones térmicas. La temperatura media anual se sitúa en torno a los 13°C, donde la temperatura media del mes más frío suele descender por debajo de 3°C y la temperatura media del mes más cálido se encuentra alrededor de los 22°C, con alrededor de 5 meses sin heladas. Su pluviometría se encuentra por entre los 500/600 mm anuales en la zona con mayores elevaciones y 400 en la zona de menos altitud; las precipitaciones tienen carácter estacional, con un predominio durante la época primaveral y un acusado estiaje.

Una de sus características principales es la presencia de grandes masas forestales de pinar, que hacen que su explotación sea una importante actividad económica a nivel comarcal. Una parte importante de sus suelos se dedican a la producción de cereales de grano, destacando la cebada y el trigo; también destaca la producción de tubérculos, cultivos industriales como el girasol, remolacha azucarera y la colza, junto a algo de viñedo. En la actualidad cuenta con una importante cabaña ganadera, principalmente constituida por la explotación del porcino y de las aves (Nafría y otros, 2013).

Nos encontramos con un total de 126 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

## 7.5.1. La II Edad del Hierro

### 7.5.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En esta zona se documentan 5 yacimientos de la Segunda Edad del Hierro todos ellos considerados como seguros (figura 7.42).

El *Cerro del Tormejón* (Armuña), de gran importancia en la explotación de las llanuras miocénicas que se encuentran al borde del piedemonte serrano. Se trata de un asentamiento situado en un lugar destacado, entre el río Eresma y el arroyo Tormejón, en el que se documentan numerosos materiales constructivos, abundantes restos cerámicos de tipología celtibérica, tanto lisos como decorados, estos a base de bandas, mediante círculos concéntricos, dientes de lobos, etc.

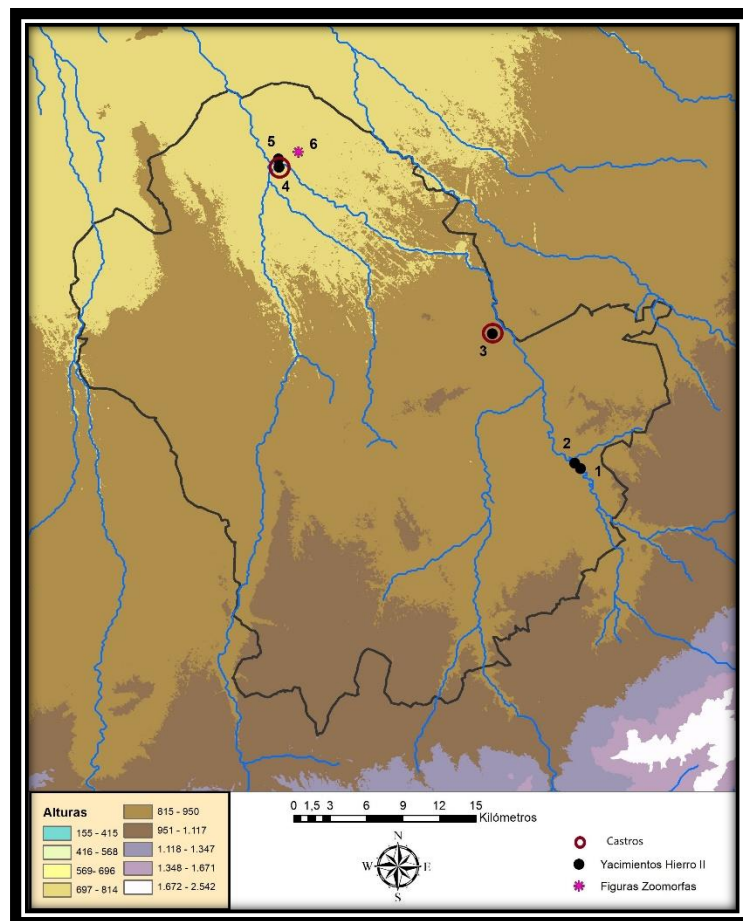


Figura 7.35: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. Prado del Redondillo (Los Huertos) (S); 2. Rinconada de la Vega II (Los Huertos) (S); 3. Cerro del Tormejón (Armuña)(S); 4. Casco urbano de Coca (Coca)(S); 5. La Tierra de las Pizarras (Coca)(S). Esculturas zoomorfas: 6. Coca (1).

*La Tierra de las Pizarras* (Coca), se trata, al igual que el anterior, de un lugar destacado, de gran superficie, situado en una zona amesetada junto al río Eresma. Junto al mismo, se documenta una necrópolis de incineración en una zona ligeramente más elevada, al norte de la actual ciudad de Coca, donde tan sólo se documentan piedras y lajas.

El emplazamiento del *oppidum* de *Cauca*, destaca sobre lo que parece una amplia zona con escaso poblamiento y la ausencia de buenos suelos para la agricultura. Se ubica en un espigón estratégico en la confluencia de los ríos Eresma y Voltoya. Los primeros restos hallados hablan de su fundación alrededor del siglo IX a.C.; irá creciendo paulatinamente, pasando de ser una aldea de modestas dimensiones a *oppidum* a lo largo del siglo III-II a.C. Apiano relata la existencia de una muralla defensiva, posiblemente a base de madera, piedra y adobes, protegiendo el área más vulnerable de su perímetro.

Su urbanismo interno, no debió estar muy concentrado, con calles entre construcciones rectangulares o cuadrangulares a base de adobe, tapial y madera, con cubiertas de materiales perecederos; junto a ellas se presentan pequeños espacios adosados dedicados al almacenaje. En la actualidad desconocemos los enterramientos propios de los siglos II-I a.C., no así los de siglos anteriores. Muy próxima se encontraba una aldea o barrio, el castro *Cuesta de Mercado*, situado sobre un cerro amesetado, con un foso defensivo; fue abandonado a partir de mediados del siglo I a.C. (Blanco 2010: 225) aunque desconozcamos los motivos.

Por el contrario, los asentamientos de *Prado del Redondillo* y *Rinconada de la Vega* ambos situados en el municipio de Los Huertos se sitúan en la margen izquierda del río Eresma, en una zona llana, en los que no se aprecian estructuras, pero sí restos constructivos, además de numerosos fragmentos de cerámica celtibérica, tanto lisa como decorada, similares a los documentados en *Cerro del Tormejón* o *Coca*. Estos asentamientos se sitúan bastante próximos entre sí, buscando explotar los suelos de la vega del río; se encuentran a algo más de 10 km del *Cerro del Tormejón*, del que posiblemente dependerían. Entre los dos castros (Coca y Tormejón) había una distancia de unos 22 km, suficiente para que cada uno de ellos tuviera un amplio espacio con el que cubrir sus necesidades de subsistencia.

### 7.5.1.2. Las esculturas zoomorfas

Son tres las figuras, tres soidos, las que se documentan en la ciudad de Coca<sup>164</sup>. Dos de ellas se sitúan en la parte exterior de la muralla, mientras que la tercera se encuentra en uno de los muros del recinto exterior del castillo. Al igual que los de otras zonas, están labrados en granito y son de grandes dimensiones; uno de ellos tenía una inscripción latina prácticamente desaparecida<sup>165</sup>. La presencia de esta inscripción, que posiblemente se dataría en el siglo I o II d.C., muestra su posible reutilización. Los tres son de similares características. Su presencia en el castro vendría a corroborar la expansión de la cultura vettona y las relaciones que existían entre ambas.

### 7.5.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.5.3.1. Los asentamientos

En esta zona tenemos un total de 40 yacimientos de los que 27 son calificados como seguros, mientras 13 lo son como posibles (figura 7.43).

El *oppidum* caucense, se mantuvo ocupado, transformándose en *civitas*, aunque, conocemos poco acerca de su posible arquitectura pública, llegando a plantearse su escasa monumentalización y que algunos de sus espectáculos públicos se realizaran en espacios naturales y con materiales reutilizables (Blanco, 2010: 231-233). En cuanto a las viviendas domésticas de época altoimperial se han recuperados restos correspondientes a zócalos y cimientos, restos de muros cuyas paredes estaban estucadas y pintadas con motivos animales, vegetales y geométricos. Podemos suponer que la posible muralla externa fuera demolida, tratándose de una ciudad abierta, como seguirá estando en época tardorromana.

El asentamiento de *La Tierra de las Pizarras* (Coca) también continuó con su anterior ocupación; en su solar se documentan restos constructivos: molduras, baldosas, tégulas, pizarras, alguna tesela y fragmentos de mármol; en cuanto a los materiales cerámicos se documenta TSH altoimperial. Podría tratarse de una villa o residencia de cierta importancia de carácter suburbano.

Un edificio singular, construido en un momento avanzado del siglo I o ya en el II es la residencia de *Los Cinco Caños*, situada muy próxima al casco urbano, pero en la margen

<sup>164</sup> Álvarez-Sanchís, 1.999: 363, n° 253, 254 y 255. Manglano, 2016: n° 127, 128 y 129.

<sup>165</sup> López, 1989: 135, propone la siguiente lectura: *T[...]* *tu [...]* *ic/ P(onemdum) c(uravit)*

contraria del río Eresma; debió ser una residencia de grandes dimensiones, de las que se conservan dos ábsides y un peristilo columnado. Pudo ser la residencia de un alto cargo de la administración local durante el siglo III.

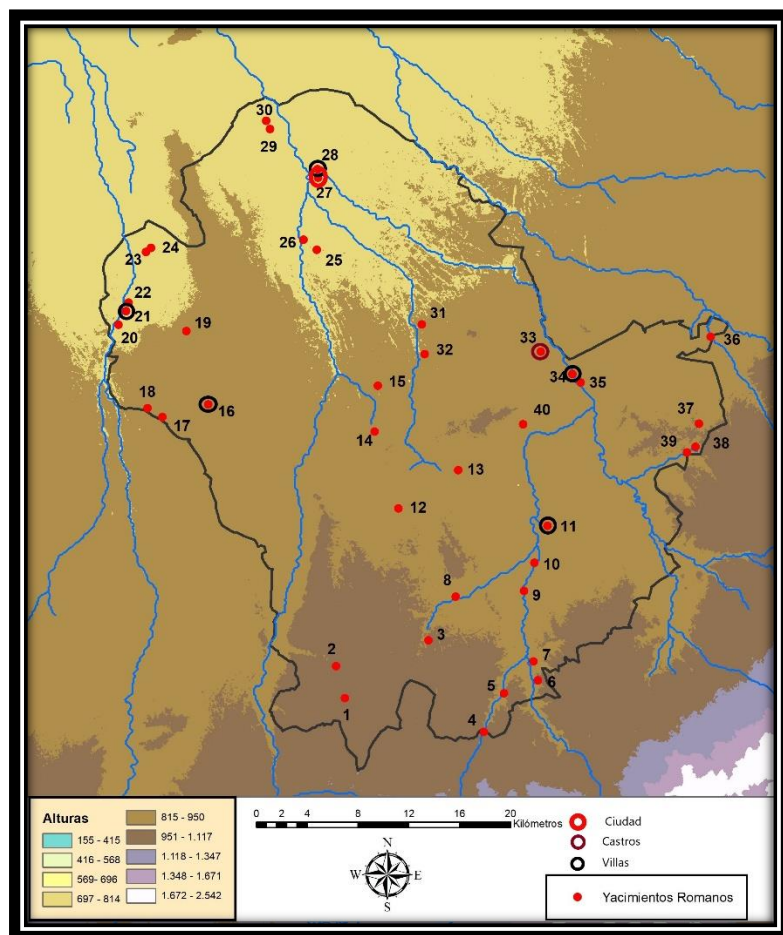


Figura 7.36: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Muñicos (Muñopedro) (Posible); 2. Fuente del Cristo (Labajos) (Seguro); 3. El Montecillo (Bercial) (P); 5. Los Huertos (Monterrubio) (S); 6. El Encinar (Lastras del Pozo) (S); 7. Las Cárcavas (Lastras del Pozo) (S); 8. El Tesorillo (Marugán) (S); 9. Los Arenales (Abades) (P); 10. Virgen del Pollo (Juarros de Riomoros) (S); 11. La Magdalena (Anaya) (S); 12. Las Garnachas (Sta. María la Real de Nieva) (S); 13. Villa Romana (Sta. María la Real de Nieva) (P); 14. Los Tejares (Melque de Cercos) (S); 15. Laguna Turra (Nieva) (P); 16. Grano de Oro (Codorniz) (S); 17. El Pajuelo (Juarros de Voltoya) (S); 18. Palazuelos (Martín Muñoz de la Dehesa) (S); 19. Las Navas (S. Cristóbal de la Vega) (S); 20. La Muela (Donhierro) (S); 21. La Puente (Donhierro) (S); 22. Los Majuelos (Donhierro) (S); 23. 40-129-0001-16 (Montejo de Arévalo) (P); 24. 40-129-0001-30 (Montejo de Arévalo) (P); 25. Necrópolis (Coca) (S); 26. 40-057-0002-10 (Coca) (S); 27. Casco urbano Coca (Coca) (S); 28. La Tierra de las Pizarras (Coca) (S); 29. Los Hoyos (Villeguillo) (P); 30. Cañadilla (Villeguillo) (P); 31. Navajuelo (Domingo García) (S); 32. La Mata del Palomar (Nieva) (P); 33. Cerro del Tormejón (Armuña) (S); 34. Los Praos (Armuña) (P); 35. Valdemoros (Armuña) (S); 36. Los Pradejones (Escarabajosa de Cabezas) (P); 37. La Moraleja (Roda de Eresma) (S); 38. San Medel (Roda de Eresma) (S); 39. Las Adoveras (Roda de Eresma) (S); 40. Las Charcas (Sta. María la Real de Nieva) (S).

Por su parte el Cerro del Tormejón (Armuña), situado en un lugar destacado, perdió gran parte de la población anterior y sobre todo su influencia, a pesar de no ser abandonado completamente; aparecen materiales de esta época, cerámicas celtibéricas y restos constructivos: ímbrices, tégulas, fragmentos de mármol y pizarra. La Magdalena



(Anaya), situado sobre dos espigones junto al río Moros; es uno de los centros de explotación agropecuario, en el que se documentan numerosos restos constructivos y cerámicos. Su uso se inicia a lo largo de esta época y con posterioridad, ya en época tardorromana ganará cierta importancia.

*Los Praos* (Armuña), con una cronología tanto alto imperial como tardorromana, se sitúa sobre una pequeña elevación sobre el río Eresma, donde los abundantes restos constructivos -estucos, *opus signinum*-, además de los numerosos restos cerámicos hablan de una posible villa. Similar es el caso de *Grano de Oro* (Codorniz), en este caso situada en una zona llana. En el caso de *La Puente* (Donhierro) se sitúa en la vega del Adaja, donde se documenta cerámica común romana a torno y cerámicas de tradición indígena. En la *Villa Romana* (Sta. María la Real de Nieva), situada junto al arroyo de los Caces, se documentan fragmentos cerámicos de cierta importancia, junto a los restos de un mosaico con decoración geométrica, localizado actualmente en el interior de la iglesia de Paradinas.

En *Laguna Turra* (Nieva) los restos documentados hablan de unas instalaciones dedicadas a la fabricación de material cerámico. En algunos de los asentamientos se detectan escorias de hierro, como sucede en el asentamiento de Montejo de Arévalo (40-129-0001-16) y *Los Hoyos* (Villeguillo).

En otros asentamientos se documentan materiales constructivos y cerámicos repartidos irregularmente por el territorio. En ellos, los restos constructivos suelen ser de escasa entidad, mayoritariamente, tejas y fragmentos de muros; entre los cerámicos, destaca la cerámica común romana, cerámicas de tradición indígena, TSH y otras que informan de su temprana romanización como sucede en *Las Adoveras* (Roda de Eresma), donde se documenta cerámica campaniense tipo C; *Valdemoros* (Armuña) donde se documenta TS subgálica y en *Muñicos* (Muñopedro) donde se ha recuperado TSH con un sello impreso «*ASLAT*», fechado alrededor del año 50 d.C.; en *El Tesorillo* (Marugán) y *Las Navas* (S. Cristóbal de la Vega), tenemos restos de TSH con decoraciones que nos remiten a los alfares de *Tritium Magallum*.

### 7.5.3.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos 6 lugares donde se documentan inscripciones latinas: Donhierro 1; Bernardos 1; Armuña 1; Garcillán 1; Roda de Eresma 2 y Coca 21 (figura 7.44).

Salvo en el caso de las documentadas en Coca, el resto, aparecen en lugares como registros únicos salvo en Roda de Eresma, donde son dos las documentadas. En Armuña nos encontramos ante un epitafio sepulcral realizado en caliza, ordenado por *Alla*<sup>166</sup>; en Bernardos<sup>167</sup>, encontramos otro epitafio, en este caso dedicado a los *Manes*; también con carácter funerario es el documentado en Donhierro<sup>168</sup>. En Garcillán<sup>169</sup>, se documenta el epitafio erigido por *Valeria Ematia*, dedicado a «su piadoso esposo *Puleco*», fechado en el siglo II o inicios del III. En Roda de Eresma, encontramos un ara anepígrafa<sup>170</sup>, junto a un epitafio dedicado a los *Manes*, erigido por el marido de *Sabina*<sup>171</sup>, estas dos últimas fechadas en el siglo III.

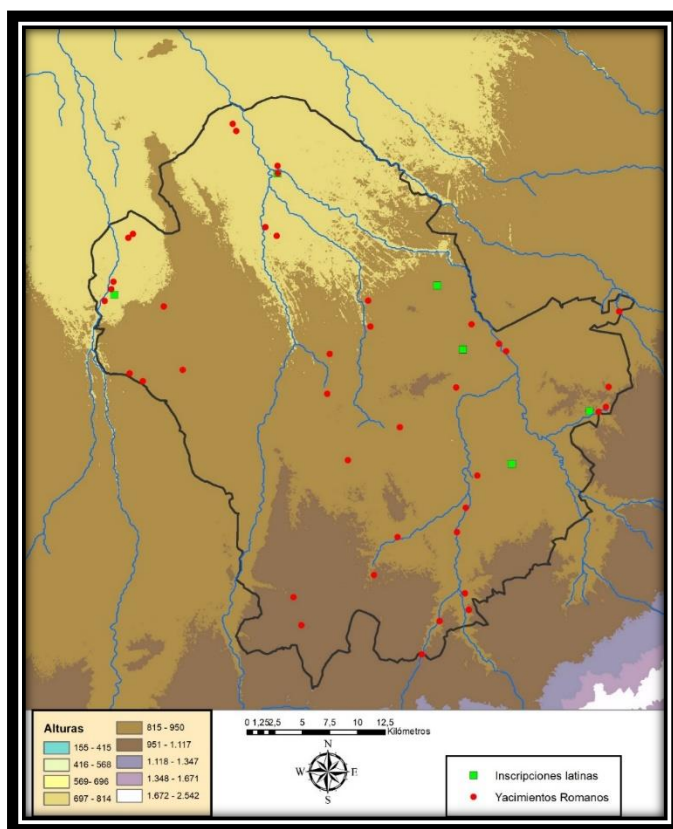


Figura 7.37: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

Las documentadas en Coca están fechadas entre los siglos I-III, y aparecen reutilizadas en muros de época medieval y moderna. Una excepción es la dedicada a

<sup>166</sup> HEp 19, 2010, 276; Santos y Hoces, 2010: 323-325.

<sup>167</sup> Schlunk y Hauschild, 1978: 196-197.

<sup>168</sup> HEp 5, 1995, 683.

<sup>169</sup> HEp 4, 1994, 611; HEp 14, 2005, 257; ERSg 53.

<sup>170</sup> Knapp, 1992, 289; Santos, Hoces y Del Hoyo, 2005: 126-127, 57.

<sup>171</sup> Abascal, 2000-2001: 288-289; Knapp, 1992, 288; Marco, 1978: 173; Molinero, 1971: 67; Santos, Hoces y Del Hoyo, 2005: 125-126.

*Sempronia Reburina*<sup>172</sup>, fechada en el siglo II, procedente de las inmediaciones de la ermita de Santa Rosalía, y que junto a algunas informaciones acerca de la destrucción de algunas cistas en ese lugar, sugieren la existencia de una necrópolis altoimperial en esta área.

Este conjunto de inscripciones habla la cierta importancia dentro del conjunto de la ciudad caucense, de la pervivencia de los nombres y onomástica indígena hasta al menos el siglo II, la presencia de los grupos de parentesco y las dedicatorias a cultos latinos y otros importados por los romanos, en un proceso de asimilación, simbiosis, de ambas culturas religiosas. No es una zona proclive a la existencia de grupos de parentesco, únicamente tenemos uno documentado *Cariqo(m)*, pero debieron ser bastante más numerosos.

#### 7.5.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)

##### 7.5.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)

En esta zona tenemos un total de 66 yacimientos de los que 46 son calificados como seguros, mientras que 20 lo son como posibles (figura 7.45).

Los escasos vestigios arqueológicos documentados en *Coca* en estos momentos aportan escasa información; pero sabemos que en el siglo VI fue adscrita al obispado segoviano, lo que por una parte nos indica su continuidad durante esta época, pero por otra, podría ser un dato sobre su posible decadencia y, por tanto, dependencia de la ciudad segoviana. En el casco urbano se han localizado restos de muros de una importante construcción fechada a finales del siglo III o principios del IV; también en la zona de *Los Azafrañales* se documentan varios muros de diferentes viviendas además de un pozo de agua con materiales del siglo IV o inicios del V. En las proximidades de la ciudad se levanta el complejo suburbano de *La Tierra de las Pizarras*, en la que se en estos momentos se desarrolla un importante complejo residencial (Pérez y Reyes, 2012-2013; Blanco, 2008), desde donde se podrían explotar los territorios próximos, pese a su cercanía a Coca. Allí se han encontrado materiales -mármoles y granitos- procedentes de diferentes canteras situadas por todo el Mediterráneo. Este complejo debió ser abandonado a lo largo del siglo V, transformando alguno de sus espacios en necrópolis.

También se documentan otros posibles centros de explotación agropecuaria, a veces sin gran monumentalización, también suburbanos, dada su proximidad a Coca, como *Bodonredondo* (Villeguillo), *Matabuey* (Nava de la Asunción), *La Oreganilla* (Santiuste de S.

<sup>172</sup> HEP 2, 1990, 619.

Juan Bautista) o *Pinar Nuevo* (Coca), junto a otros de pequeñas dimensiones en los que se documentan cerámicas toscas, fragmentos de molinos circulares de granito y en los que destaca la falta de *sigillatas*.

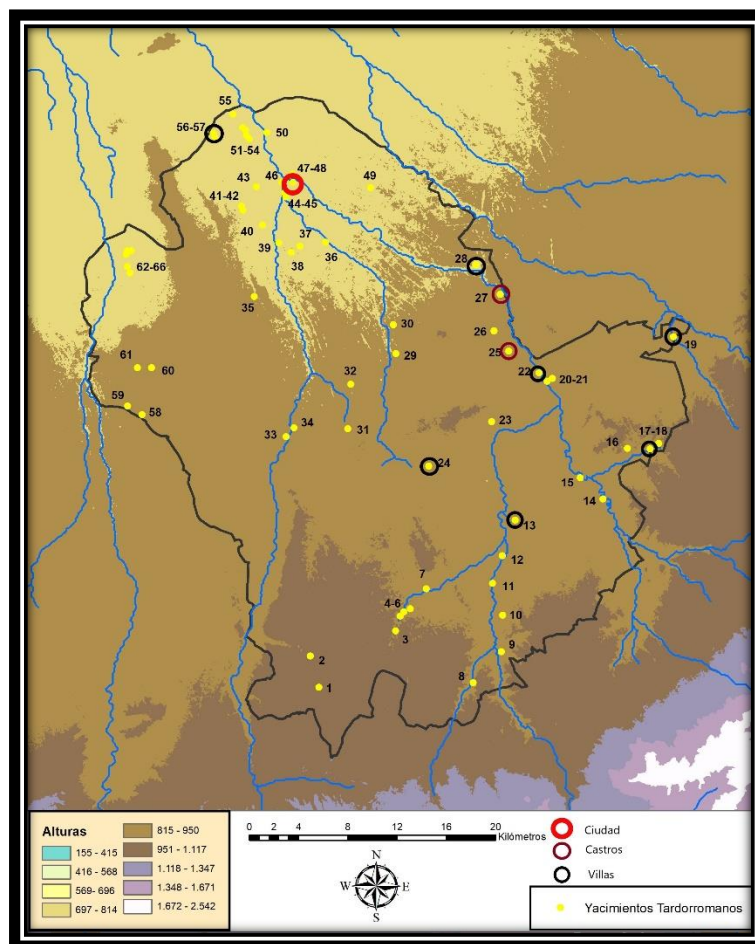


Figura 7.38: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Muñicos (Muñopedro) (Posible); 2. Fuente del Cristo (Labajos) (S); 3. Camino del Muerto (Bercial) (S); 4. Caserío de Párraces (Bercial) (S); 5. Zorita (Bercial) (S); 6. Camino de Castañeros (Marugán) (S); 7. El Tesorillo (Marugán) (P); 8. Los Huertos (Monterrubio) (S); 9. Las Cárcavas (Lastras del Pozo) (S); 10. Barranco Hondo (Abades) (S); 11. Los Arenales (Abades) (S); 12. Virgen del Pollo (Juarros de Riomoro) (S); 13. La Magdalena (Anaya) (P); 14. Prao Cercas (Los Huertos) (S); 15. El Villar (Los Huertos) (S); 16. La Balsa (Roda de Eresma) (S); 17. Las Adoveras (Roda de Eresma) (S); 18. S. Medel (Roda de Eresma) (S); 19. Los Pradejones (Escarabajosa de Cabezas) (S); 20. Valdemoros (Armuña) (P); 21. S. Pedro de las Caldas (Yanguas de Eresma) (S); 22. Los Casares (Armuña) (S); 23. Las Charcas (Sta. María la Real de Nieva) (S); 24. Villa romana (Sta. María la Real de Nieva) (S); 25. Cerro del Tormejón (Armuña) (S); 26. Santa Inés (Bernardos) (S); 27. Cerro del Castillo (Bernardos) (P); 28. Constançana I (Bernardos) (P); 29. La Mata del Palomar (Nieva) (S); 30. Navajuelo (Domingo García) (S); 31. Los Tejares (Melque de Cercos) (S); 32. Laguna Turra (Nieva) (S); 33. Charco de los Peces (Juarros de Voltoya) (S); 34. Las Adoveras (Juarros de Voltoya) (P); 35. El Hornillo (Santiuste de S. Juan Bautista) (S); 36. Matabuey (Nava de la Asunción) (S); 37. Pinar Nuevo (Coca) (S); 38. Necrópolis (Coca) (S); 39. 40-057-0002-10 (Coca) (S); 40. La Oreganilla (Santiuste de S. Juan Bautista) (S); 41. Vaca II (Coca) (P); 42. Vaca I (Coca) (S); 43. 40-057-0003-11 (Coca) (P); 44. 40-057-0002-06 (Coca) (P); 45. El Tinto (Coca) (P); 46. Cantosal (Coca) (P); 47. Casco urbano de Coca (Coca) (S); 48. La Tierra de las Pizarras (Coca) (S); 49. Laguna de la Magdalena (Navas de Oro) (S); 50. Tierra del Guiche (Coca) (S); 51. Bodonredondo (Villeguillo) (P); 52. Los Hoyos (Villeguillo) (S); 53. Olmedo (Villeguillo) (P); 54. Cañadilla (Villeguillo) (S); 55. Cañadillas (Villeguillo) (S); 56. El Hoyo de Meregil (Villeguillo) (P); 57. 40-

230-0001-15 (S); 58. *El Pajuelo* (*Juarros de Voltoya*) (S); 59. *Palazuelos* (*Martín Muñoz de la Dehesa*) (S); 60. *Fuente Roma* (*Rapariegos*) (S); 61. *Prado Bajo* (*Rapariegos*) (S); 62. 40-129-0001-15 (*Montejo de Arévalo*) (P); 63. 40-129-0001-14 (*Montejo de Arévalo*) (P); 64. 40-129-0001-16 (*Montejo de Arévalo*) (P); 65. 40-129-0001-20 (*Montejo de Arévalo*) (P); 66. 40-129-0001-30 (*Montejo de Arévalo*) (P).

Sabemos de la existencia de varias villas, entre las que sobresale la de *Los Casares* (Armuña) (Storch, 2010) y la de *Constanzana* (Bernardos). En la primera, a través de la fotografía aérea, se aprecian diversas estructuras (figura 7.46), corroboradas en las diversas intervenciones arqueológicas realizadas, que hablan de su importancia: una gran villa de peristilo, con estancias adosadas de grandes dimensiones (Regueras, 2010: 300-302). En superficie se han recogido mármoles de revestimiento y algunos fragmentos cerámicos, TS y TSHt.

Los complejos de *Los Casares* y *Las Pizarras* han querido relacionarse, con la familia de Teodosio, a quien se le atribuyen la posesión de importantes *fundi* en esta zona.

*La Magdalena* (Anaya), junto al río Moros, ya estaba en uso en la etapa anterior, aunque desconozcamos su entidad, tiene su mayor apogeo en este momento. En similares circunstancias se encuentra *Los Praos* (Armuña), sobre una elevación junto al río Eresma. La *Villa Romana* de (Sta. María la Real de Nieva), ocupada en este momento y al que pertenece el mosaico existente en la iglesia de Paradinas.



Figura 7.39: Detalle de las edificaciones de la villa de Los Casares (Armuña). Fotografía aérea, realizada por Julio del Olmo en 1996. Escala 1/30.000.

*El Hoyo de Meregil* (Villeguillo) situado sobre un altozano donde no se observan estructuras, pero sí abundantes restos constructivos y cerámicos, entre los que destaca la presencia de cerámica pintada de tradición indígena y escorias de hierro. A su alrededor se documentan varios yacimientos, que posiblemente dependieran de esta villa, en los que



aparecen cerámicas a torno, grises, con cocciones reductoras, tratamientos a base de bruñidos, molinos barquiformes y circulares en granito.

Otros restos que hablan de la existencia de una posible villa son los documentados en *Los Pradejones* (Escarabajosa de Cabezas), donde se recuperaron fragmentos de un mosaico con geométricos, junto con fragmentos cerámicos de época altoimperial y tardorromana, además de restos constructivos, que posiblemente estuviera en uso desde el siglo II en adelante.

En *Las Adoberas* (Roda de Eresma), se localizan los restos de una posible villa y su necrópolis, *La Balsa*, muy próximos. En la villa se han documentado restos constructivos, cerámicos (TS, TSht), restos de escorias y vidrios. Se conoce parcialmente su planta por las imágenes aéreas (figura 7.46) en las que se aprecian varias estancias pertenecientes a la *pars urbana* de la misma. En la necrópolis, Molinero (1971: 22), excavó varias tumbas en las que recuperó varios vasos de vidrio datados en el siglo IV.

Otras necrópolis documentadas son las de *Constanzana* (Bernardos), junto al río Eresma, donde se documentaron varias tumbas cubiertas de lajas de pizarra; próxima a ellas en los años 50 se localizó una piedra con dos aves grabadas y una moneda romana. Muy cercana se encuentra la necrópolis y el asentamiento de *Santa Inés* (Bernardos), situada en la ladera sobre un arroyo, donde se documentan varios nichos con restos óseos sin ajuar.

Otra necrópolis, de gran extensión, es *El Cantosal* (Coca) (Lucas, 1971, 1973), situada en una terraza sobre el Voltoya, en la que intervinieron en unas pocas decenas de tumbas, donde se supone la existencia de más de un centenar de estas; se trata de cistas a base de lajas y algunas inhumaciones con ladrillos y tégulas. Otra necrópolis es *El Tinto* (Coca), de la que apenas se tienen datos, donde se exhumaron restos óseos y varias lajas de piedra. También en Coca, se encuentra el yacimiento de *Necrópolis*, situado en una ladera en la que se observan varias lajas y restos de una tumba violada. En *San Pedro de las Caldas* (Yanguas de Eresma), junto al río Eresma, se localizó un sarcófago en mármol.

También parece haber algunos asentamientos en los que se sigue documentando cerámica de tradición indígena, que irá en franco retroceso, asentamientos con una ocupación que arranca en la época anterior, como *El Pajuelo* (Juarros de Voltoya) y *Las Cárcavas* (Lastra del Pozo), y en el caso de *El Hoyo de Meregil* (Villeguillo) con una única ocupación en este momento.

A partir del siglo V vemos como surgen necrópolis en algunos espacios de las villas, que en algunos casos se mantendrán en épocas posteriores, como ocurre en *El Cantosal*, *El*



*Tinto*, *Los Cinco Caños* y *Las Pizarras*. Junto al edificio de *Los Cinco Caños* se han recuperado una docena de sepulturas, fosas simples excavadas en el suelo, ordenadas en hilera, muy pobres y fechadas en época visigoda; próximas a estas, pero en la villa de *Las Pizarras*, se documenta un importante número de inhumaciones, fechadas entre los siglos V a VII y posteriores, con diversas las tipologías -fosas simples, cistas-, encontrándose en ellas ajuares metálicos: fíbulas en bronce, anillos, etc.

En relación con la villa de *Pinar Nuevo*, se localizó una inscripción dedicada a *Quintiliano y Flaminilla* (Santos, Hoyo y Hoces, 2005: 70-71) realizada sobre una laja de pizarra que se utilizó como tapadera de la cista.

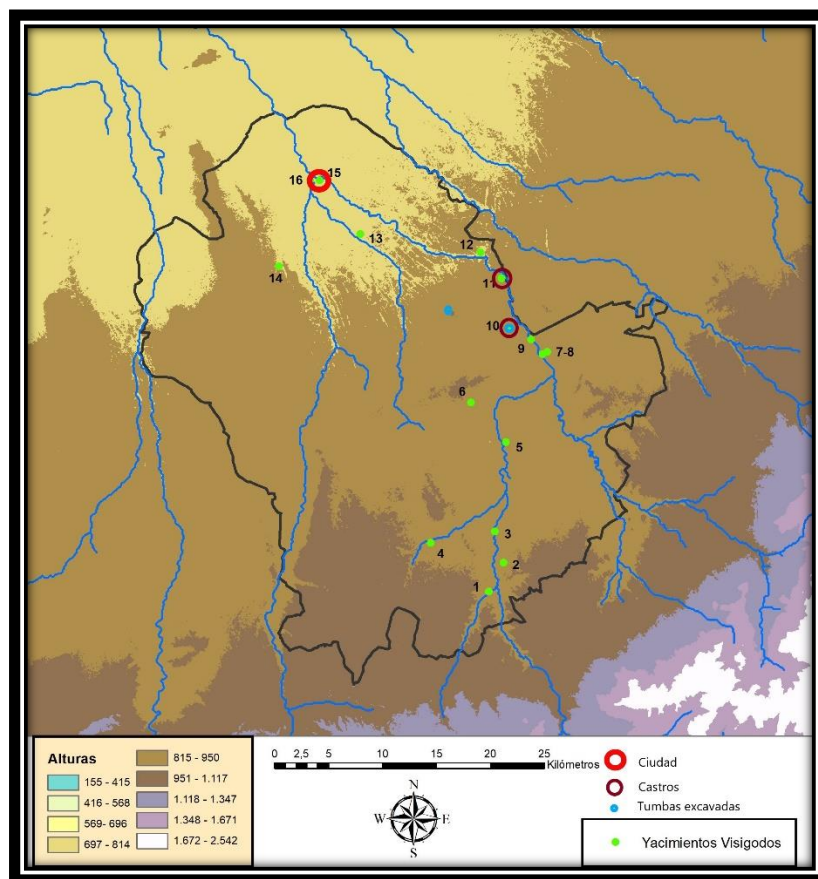
En esta época parece levantarse el asentamiento fortificado de la *Virgen del Castillo de Bernardos* (Fuentes y Barrio, 1999; Gonzalo, 2006), situado entre Coca y Segovia; con una extensión de unas 5 ha, cuyos materiales arqueológicos hablan de un momento situado entre finales del siglo IV y principios del V (Gonzalo, 2006: 103). Los materiales y técnica constructiva hablan de una iniciativa de carácter estatal, en la que se emplean materiales recuperados de las villas próximas. Tiene por tres de sus lados los restos de una imponente muralla, adaptada a la topografía a base de doble paramento con relleno de cascajo; presenta torres semicirculares al exterior distribuidas bastante regularmente. Al interior se documenta un posible recinto que delimitaría la zona central del cerro, junto con restos de construcciones, de similar factura a la muralla entre las que se intuye la presencia de calles. Por su parte, el *Cerro del Tormejón*, a una distancia de unos 6.5 km, parece sufrir una reactivación en estos mismos momentos. Ambos enclaves se sitúan en una zona en la que la fase más monumental de las villas rurales puede ser situada en el período entre el último cuarto del siglo IV y principios del siglo V, como parecen indicar los restos de la villa cercana de *Los Casares* (Storch, 2010); y parece que su levantamiento está en relación con el abandono de estas *villae*.

Bernardos es uno de los ejemplos de asentamiento fortificado erigido en esta etapa, junto a otros centros menores, que ocupan posiciones destacadas, que tendrán su continuación y pleno desarrollo en la posterior.

### 7.5.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)

En esta época, ciudad de *Coca*, había perdido gran parte de la importancia que había tenido en etapas anteriores. El espacio urbano ocupado parece haberse contraído. La zona de *La Tierra de las Pizarras* continuó en uso entre los siglos V-VII, con importantes

transformaciones en su uso; cuando se fue abandonando paulatinamente aparece un espacio dedicado a enterramientos donde se han recuperado ajuares, que pudieron pertenecer a personas de cierta calidad. En las cercanías de este continuó en uso el espacio cementerial de *El Cantosal*, donde se documentan más de 10 inhumaciones, con cubrimientos a base de lajas de pizarra. En *Constanzana* (Bernardos), la necrópolis ya en uso en la etapa anterior parece continuar.



*Figura 7.40: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Meloneras (Lastras del Pozo) (Posible); 2. Barranco (Abades) (P); 3. Los Arenales (Abades) (P); 4. Bernuy de Montejo (Marugán) (Seguro); 5. Oñez (Anaya) (S); 6. Mata del Palomar (Nieva) (P); 7. Valdemoros (Armuña) (P); 8. S. Pedro de las Caldas (Yanguas de Eresma) (P); 9. Logaritos (Armuña) (P); 10. Cerro Tormejón (Armuña) (S); 11. Cerro del Castillo (Bernardos) (P); 12. Constanzana I (Bernardos) (P); 13. Trinidad (Nava de Asunción) (P); 14. La Fuentecilla (Santiuste de S. Juan Bautista) (P); 15. Casco urbano de Coca (Coca) (S); 16. Cantosal (Coca) (S); 17. Cerro de San Isidro (Domingo García) (P).*

Los asentamientos del *Cerro del Castillo* (Bernardos) y del *Cerro del Tormejón* (Armuña), ya ocupados en la etapa anterior, continúan ocupados en este, flanqueando una de las vías de comunicación que hubo de tener gran importancia en esta época, la que discurría junto al cauce del Eresma, donde a pesar del abandono de las villas próximas, sus vegas debieron continuar en producción. En el caso de este último, se documenta la presencia de una tumba excavada en la roca, aparentemente aislada sin materiales

asociados. En Bernardos, se documenta la presencia de un hábitat, con estructuras de planta rectangular junto a las que aparece un conjunto de pizarras escritas tipo «Lerilla» y una necrópolis de inhumación con tumbas de lajas cuarcíticas.

Gran parte del territorio ha sido abandonado a lo largo del siglo V, tan sólo se mantiene la ocupación en unos pocos asentamientos como *Los Arenales* o *Barranco Hondo*, ambos en Abades. El asentamiento de *Mata del Palomar* (Nieva), surge *ex novo*, con una cronología establecida entre los siglos VI y VIII, se documenta un asentamiento rural, de carácter disperso, sin restos de urbanismo, en el que se documentan un total de 32 estructuras domésticas de diferente tipología, entre las que destacan las estructuras de fondo rehundido, junto a cerámica, metales y vidrios.

### 7.5.5. ¿Y después del siglo VIII?

Son muy escasos los lugares en los que se puede sospechar una cierta continuidad en el poblamiento a partir de este momento como pueden ser el *Cerro del Castillo* (Bernardos) y el casco urbano de *Coca*. Además, hay dos asentamientos en los que documentamos la presencia de tumbas excavadas en la roca, el ya citado *Cerro del Tormejón* (Armuña) y el *Cerro de San Isidro* (Domingo García), situado en una elevación entre el Eresma y Voltoya, donde se aparecen una docena de tipo antropomorfo junto a los restos de un posible edificio de culto de cronología posterior; estas parecen tener una cronología posterior, que podría englobarse a partir de los siglos IX-X.

### 7.5.6. Interpretación de los datos

Según se observa en la tabla 7.25, entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana hay un crecimiento espectacular del número de asentamientos en esta zona, pasando de 5 a 40, entre ellos continúan ocupados alrededor de un 60%.

Un incremento muy significativo se repite en la siguiente etapa, la tardorromana, y al igual que en la anterior muchos de los asentamientos, más del 75% continúan ocupados. Por el contrario, en la etapa visigoda, se observa un fuerte retraimiento del poblamiento en toda la zona, pero al igual que ocurre en las etapas anteriores alrededor de un 60% de los mismos continúan ocupados. En general se aprecia que, pese a las oscilaciones en el

número de asentamientos, en cada una de las etapas analizadas, estos tienen una continuidad en el tiempo.

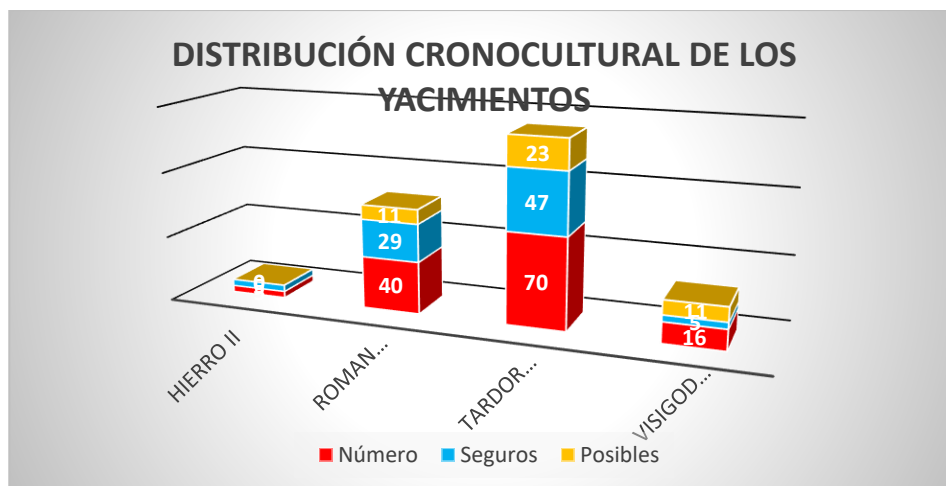


Tabla 7.25: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.

Estas variaciones en el número de asentamientos tienen su claro reflejo en la densidad del poblamiento en esta zona; ésta se muestra como una de las más densamente pobladas de las situadas al norte del Sistema Central.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	5	1.510	0,00331126
Romano Altoimp.	40	1.510	0,02649007
Tardorromanos	70	1.510	0,04635762
Visigodos	16	1.510	0,01059603

Tabla 7.26: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En cuanto a las alturas medias a las que se emplazan los asentamientos, apenas hay una ligera oscilación (figura 7.27).

Partiendo desde la Segunda Edad del Hierro se percibe un ligero incremento en la época romana, que decrece ligeramente en la tardorromana, para volver a incrementarse, también ligeramente en la visigoda. Cuando analizamos las alturas relativas en cada uno de los períodos, vemos una similitud entre las etapas romana y tardorromana, lo mismo que sucede entre la visigoda y la Segunda Edad del Hierro.

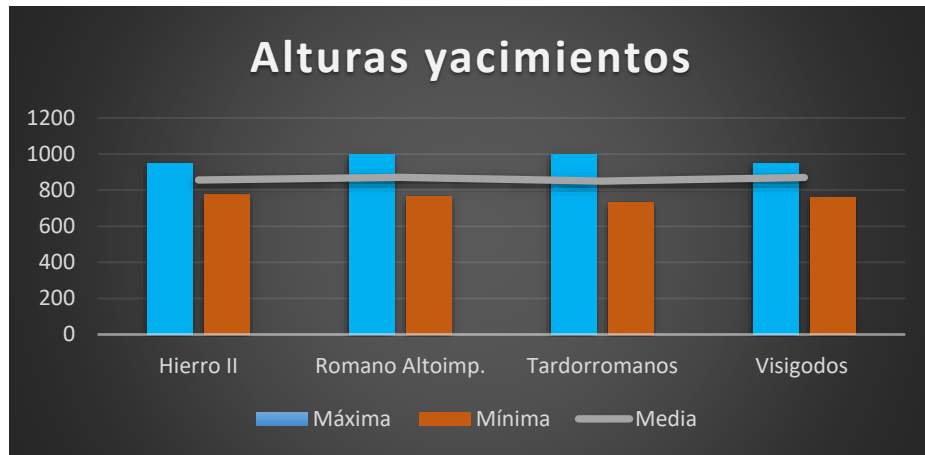


Tabla 7.27: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a las tipologías de los suelos elegidos, se percibe desde la Segunda Edad del Hierro un constante incremento en la categoría de mayor potencialidad (tipo A) tanto en los situados más próximos como en los más alejados. Mientras que, en los suelos de menor potencialidad (tipo C), tras percibirse una importante contracción entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana en ambas categorías de desplazamiento, en las siguientes etapas se percibe un ligero incremento en su porcentaje.

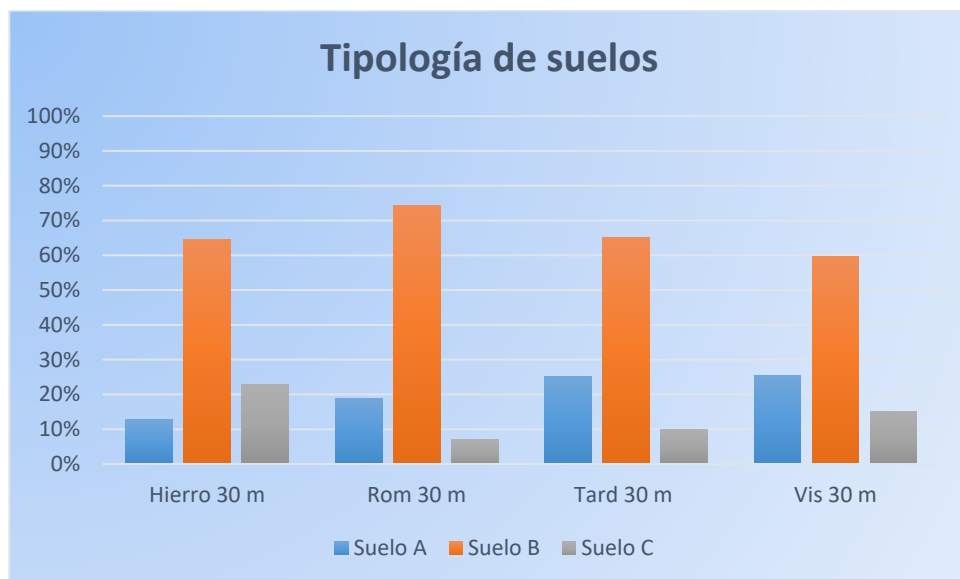
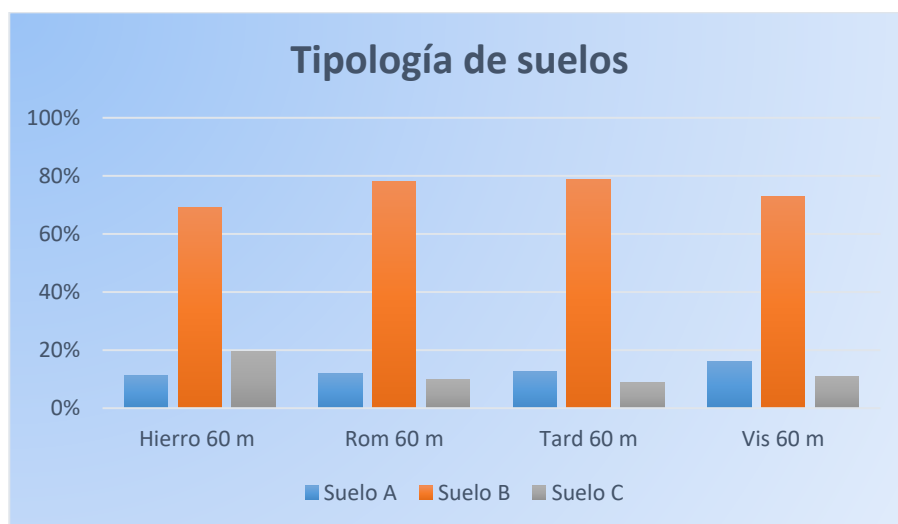


Tabla 7.28: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En época prerromana observamos como las distancias entre las ciudades vacceas son importantes, siendo en general escasos los pequeños núcleos entre ellas; estas ciudades disponían de unos territorios sin claras delimitaciones, situándose entre las mismas una zona de nadie.

En el momento de la conquista romana, *Cauca* ya estaba plenamente organizada como una *civitas/pólis* vaccea, contaba con sus propias autoridades y senado local, organizando alrededor de ella un importante territorio. Sus principales recursos económicos consistían en una agricultura cerealística, ganadería de ovicaprinos y bóvidos, y artesanía. Debía mantener relaciones culturales y comerciales con los castros vettones, como se pudo desprender de la presencia de las esculturas zoomorfas en su solar.

Desconocemos el territorio sobre el que ejercería su influencia, pero únicamente se documentan unos pocos restos en sus proximidades. No se documenta ningún asentamiento de importancia en menos de 20 km alrededor, siendo el más cercano, posiblemente, el *Cerro del Tormejón*. Ambos tienen continuidad en la etapa romana, pero con muy desigual importancia. Son escasos los topónimos prerromanos que nos han llegado de esta zona, entre ellos destacar sin duda el de la ciudad, Coca, que permite establecer una continuidad en su poblamiento desde el momento de su constitución durante la Edad del Hierro.



*Tabla 7.29: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.*

Los ejes naturales que recorren la zona tienen orientación sur-noroeste, partiendo desde el Sistema Central continúan por la proximidad de los cursos fluviales buscando la vega del río Duero. El principal sería el que discurre por las proximidades del río Eresma, junto al que se sitúan los asentamientos en la Segunda Edad del Hierro; de similares características recorren las vegas del Voltoya y Adaja situados más al oeste del anterior.

En cuanto a las vías pecuarias, la Cañada Real Leonesa Oriental, la recorre de norte a sur; entra en la zona buscando la ciudad de Coca, discurriendo en paralelo al río Voltoya discurre por Campo Azálvaro hacia Villacastín.



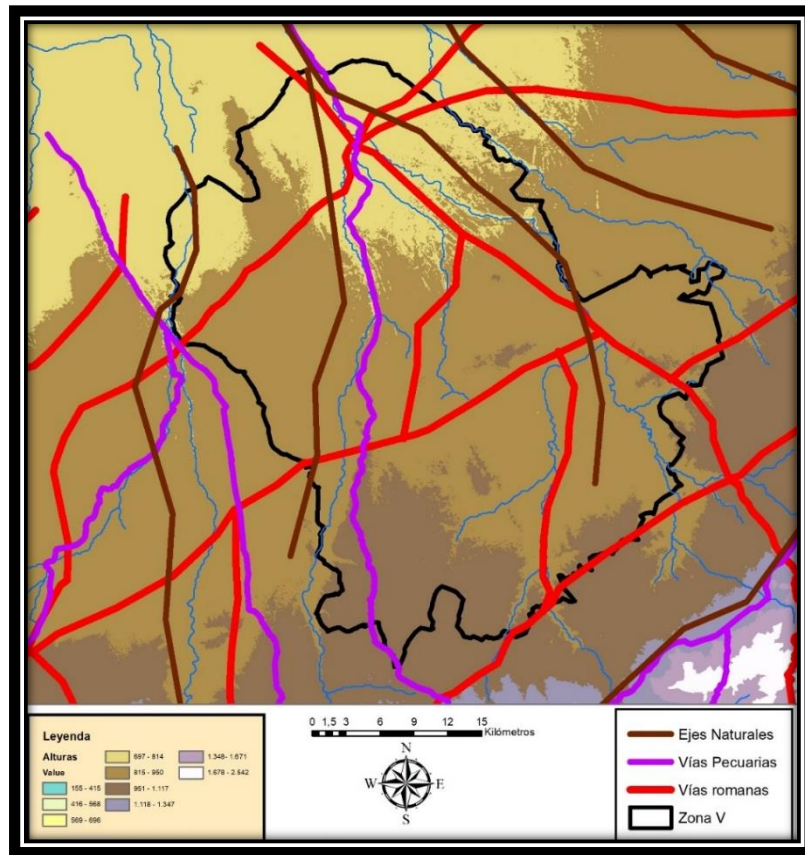


Figura 7.41: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

Las vías romanas articulan la comunicación entre las *civitas* de Segovia y Coca, discurriendo por las cercanías del Cerro del Tormeión. Desde esta vía partirían otras, secundarias que permitirían la comunicación de los diferentes asentamientos. Desde Coca partirían otras vías que la comunicarían con la otras *civitas* próximas, como *Confluenta* o *Septimanca*.

Coca es un importante nudo de comunicaciones, puesto que junto a ella discurren tanto ejes naturales, vías pecuarias como vías romanas, lo mismo que ocurre con Ávila.

Las transformaciones de época romana hicieron de la antigua ciudad vaccea un núcleo, de menor importancia que en la etapa anterior, pero capaz de organizar y gestionar un amplio territorio en la meseta. Desde la primera mitad del siglo I d.C. y a lo largo del siglo II d.C. los datos permiten intuir un proceso de crecimiento urbanístico en la ciudad de Coca, similar al documentado en Segovia, Ávila o *Confluenta*. Este crecimiento motivó que alrededor suyo fue surgiendo un conjunto de asentamientos suburbanos dependientes de ella, que a medida que fue discurriendo la época romana y tardorromana fueron incrementándose en número.

La ciudad se encontraba a unos 64 km de Ávila, 45 de Segovia y 71 de *Confluenta*, que serían las más próximas dentro de esta área. Desconocemos hasta donde llegaría su territorio en época romana; se aproximaría al Cerro del Tormejón a mitad de camino hacia Segovia, hacia *Confluenta* podemos suponer el río Cega como límite, mientras que frente a Ávila se encontraría en un lugar indeterminado entre ambas. Obtuvo el estatuto privilegiado durante el periodo altoimperial, bien en época flavia (Andreu, 2004; Mangas, 1996: 231), o, por el contrario, en el año 134, cuando se fecha la tabla de Montealegre de Campos<sup>173</sup> (Santos, Hoyo y Hoces, 2005:63-64). El proceso de romanización de la ciudad fue lento, si tenemos en cuenta que los primeros materiales de origen itálico aparecen en la primera mitad del siglo II a.C., no será hasta bien entrado el siglo I o mejor el II d.C., cuando la ciudad aparezca plenamente romanizada, a pesar de la pervivencia de algunos elementos indígenas. Se perciben los cambios en la arquitectura urbana, ya en el siglo I d.C., cuando la piedra y las tejas van sustituyendo progresivamente al adobe y tapial, y junto a ello la práctica desaparición de la cerámica tradicional sustituida por las producciones romanas (Blanco, 2010: 226-227).

A partir del fin del siglo I d.C. y mitad del siglo II el nuevo modelo de poblamiento se afianza. Se aprecia una expansión de este, mediante las gentes que han abandonado los antiguos *oppida*, y que se distribuyen por todo el territorio, ocupando espacios anteriormente deshabitados. Los materiales muestran que son escasos los asentamientos anteriores a mediados del siglo I d.C.

Los nuevos centros rurales debieron surgir de forma lenta y progresiva, sin una planificación previa, para finalmente ocupar las áreas más aptas para la explotación agrícola. Algunos de ellos podrían considerarse como villas, distribuyéndose sobre el territorio de manera desordenada, dejando entre ellas distancias suficientes para que cada una contara con un territorio propio, situándose en las vegas de los ríos o sus proximidades. En esta disposición parece primarse las vegas del Eresma, donde las proximidades del Cerro del Tormejón serán un lugar destacado durante la época romana. Otra zona privilegiada es la vega del Adaja, donde se sitúan varios yacimientos que pueden depender de la villa *Grano de Oro* (Codorniz), tanto en esta zona como en la contigua perteneciente a Ávila. Lo mismo sucede en la vega del río Moros, donde *La Magdalena* (Anaya) debe ejercer de asentamiento organizador. Además, continúa ocupado el *Cerro de Tormejón* (Armuña), que, aunque no fue completamente abandonado, perdió sus funciones centralizadoras, transformándose en un

---

<sup>173</sup> *HEp* 1, 1989, 645; *HEp* 3, 1993, 412; 1994, 944; *HEp* 5, 1995, 866; *HEp* 6, 1996, 987; *AE* 1985, 581; *AE* 1985, 581; *AE* 1987, 614; *AE* 1988, 764; *AE* 1991, 1047; *AE* 1992, 1032; *AE* 1993, 1037; *AE* 1994, 1005.

asentamiento rural posiblemente bajo las directrices de la *civitas* segoviana (Barrio, 1999: 106-110).

Los asentamientos suelen situarse muy próximos al discurrir de las vías de comunicación, principalmente a las romanas, cuando no es así se sitúan muy próximos a las pecuarias.



Figura 7.42: Límites provinciales en época romana.

La organización administrativa augustea hizo que esta zona cayera mayoritariamente dentro de la provincia Citerior o *Tarraconensis*, e incluida en el *conventus Cluniensis*. Esta organización se mantuvo vigente durante todo el período altoimperial; y las reformas administrativas llevadas a cabo en el siglo III, con Diocleciano debieron afectar a esta zona, que quedaría repartida en dos diferentes provincias, *Carthaginensis* y *Gallaecia*.

Las inscripciones latinas conocidas se concentran principalmente en Coca, en ellas se percibe la pervivencia de los nombres y onomástica indígenas hasta bien avanzado el siglo II. Una única referencia a los grupos de parentesco aparece en Coca. El resto de las inscripciones parecen relacionarse con los asentamientos considerados como villas, y a través de estas se percibe como la sociedad indígena ha asimilado los usos y costumbres latinos.

Se documenta la presencia de algunos topónimos de origen latino, como Negillán o Constanzana, que perduran en zonas donde en época romana y tardorromana la presencia de asentamientos fue destacada; estos nombres hablan de la persistencia de pobladores en estas zonas en épocas posteriores capaces de hacer que perduren.

En época tardorromana es poco lo que conocemos de la ciudad, pero en los alrededores de Coca han surgido nuevos asentamientos suburbanos que debemos relacionar con el crecimiento de esta; son asentamientos que se encuentran en un radio inferior a los 8 km. Entre los que hay que destacar *La Tierra de las Pizarras*, un importante complejo residencial muy próximo a Coca, a pesar de lo cual parece controlar un amplio espacio productivo, no en vano se le ha querido relacionar con la familia de Teodosio.

Se aprecia una densificación en el poblamiento de aquellas zonas que en época romana altoimperial ya habían destacado, como sucede principalmente con el área del río Eresma, donde en el entorno de los cerros de Castillo (Bernados) y Tormejón (Armuña) se aprecian varias villas que debían explotar las vegas de este río.

El número de asentamientos clasificados como *villae* aumenta respecto del momento anterior, bien distribuidas por el territorio, permitiendo entre ellas amplios territorios donde poder conseguir los recursos necesarios para su funcionamiento. Al igual que ocurre en otras zonas, no todas las villas poseen las mismas dimensiones ni se articulan del mismo modo; algunas han sufrido una importante monumentalización que las hace destacar entre las demás, como *Los Casares* o *Las Pizarras*, pero en general en todas se puede hablar de la existencia de salas con mosaicos y otros elementos destacados.

A partir del siglo V, como en otras zonas, se aprecian claramente ciertos cambios que han venido gestándose desde finales del siglo IV. Podemos ver el surgimiento de necrópolis en zonas abandonadas de algunas de estas villas, como *Los Cinco Caños*, *Las Pizarras*. En este momento también surge el asentamiento fortificado del cerro del Castillo en Bernardos a escasa distancia del Cerro del Tormejón, utilizado recurrentemente; ambos se erigirán en los centros rectores de esta parte del territorio, cuando las villas sean abandonadas. El primero de ellos es uno de los castros o centros más destacados del centro peninsular en este momento, junto a Cabeza de Navasangil y Dehesa de la Oliva. Posiblemente las poblaciones de muchos de estos asentamientos terminaran recalando en estos dos asentamientos.

En la etapa visigoda la contracción a nivel poblacional es de gran calado. Entre los escasos asentamientos cabe destacar la ciudad de Coca, que, pese a haber perdido gran

parte de las capacidades que tenía anteriormente, continúa siendo un asentamiento importante, alrededor del cual se encuentran varias necrópolis y pequeños asentamientos dependientes de ella. Los otros dos asentamientos destacados son los dos castros fortificados ocupados en la anterior etapa, en Bernardos y Tormejón, ambos situados junto a una importante vía de comunicación que sin duda controlarían, junto a los asentamientos, escasos que se mantiene en uso en las vegas del Eresma. El castro de Bernardos y Coca son los únicos asentamientos en este territorio en los que se documentan pizarras de época visigoda, todas numerales, que reiteran ese carácter destacado de estos asentamientos.

En cuanto a las tumbas excavadas en la roca, son escasas las conocidas en esta zona; en el *Cerro del Tormejón* se documenta una única inhumación que se podría considerar dentro de esta cronología; también se conoce otro conjunto en el Cerro de San Isidro, excavadas junto a un edificio de culto y que, posiblemente, por sus características al estar alineadas y agrupadas, pudieran corresponder a una cronología posterior.

Los topónimos de época visigoda que han pervivido son escasos, entre ellos podemos destacar Navasdolfos, pero del mismo modo que los latinos y prerromanos permiten hablar de la pervivencia de grupos sobre el territorio que los han usado y han permitido su transmisión.

Los registros polínicos muestran un incremento de la agricultura durante la época romana, sobre todo de los cereales de los que tenemos evidencias de su cultivo en las zonas llanas. Durante la época tardoantigua sabemos de la presencia de un bosque compuesto principalmente por encinas, pinos, robles y enebros, acompañado de un sotobosque a base de brezales y jarales, junto con un estrato de gramíneas, el principal de los tres, lo que remite a un paisaje abierto, muy antropizado, en el que predominan los prados de pastos para la explotación ganadera, junto a los que aparecerían espacios reservados para el cultivo de cereales, leguminosas y gramíneas (Hernandez, Burjachs y Iriarte, 2013: 352).

Es esta una zona de suelos de escasos rendimientos agrícolas, salvo en aquellas zonas de mayor humedad que se dedicaron al cultivo de cereales y leguminosas; donde la práctica ganadera fue una de las dedicaciones económicas destacadas entre estas gentes. Es un territorio a caballo entre dos ciudades de cierta importancia en época romana, Coca y Segovia, ambos dos castros prerromanos que se romanizarán, ejerciendo su influencia sobre un amplio territorio. Entre ambas, ya en época prerromana se levantaba un castro de importancia, que se mostrará como un lugar recurrente durante la época romana, el Cerro del Tormejón, hasta que a finales de la tardorromana retome su influencia, junto al Cerro

de Bernardos, y vuelva a recuperar la importancia que tuvo en la prerromana a costa de la pérdida de importancia de las dos ciudades romanas y de las villas que habían organizado el territorio sustrayendo capacidades a estas.



## 7.6. ZONA VI. VALLE MEDIO Y BAJO DEL DURATÓN Y CEGA

Esta zona, de 1.783,3 km<sup>2</sup> de superficie, presenta una topografía ondulada, alternando zonas llanas con zonas donde la erosión ha cumplido su labor, modelando el terreno y dejando como testigos cerros calizos, cuyas cimas han sido utilizadas desde la prehistoria como lugares de asentamiento. En gran parte, es continuación de la zona anterior, destacando a causa de su mayor elevación, con unos 900 m de altura media. También se denomina zonas de campiñas, compuestas por llanuras integradas por una litología poco consolidada.

Los principales cursos fluviales son el Duratón y el Cega. El primero, recoge las aguas de las zonas altas serranas mostrando un curso muy sinuoso y repleto de meandros fruto de la erosión. El segundo, también afluente del Duero, tiene como principal afluente el Pirón; tras pasar por villa de Cuéllar se encajona en una serie de barrancos con importantes desniveles. En ciertos tramos las anchas vegas de ambos ríos acumulan sedimentos de origen cuaternario siendo estos los mejores suelos para el desarrollo agrícola.

Se caracteriza por un clima continental, con una temperatura media anual que se sitúa alrededor de los 12°C; la temperatura media del mes más frío suele descender por debajo de 3°C y la temperatura media del mes más cálido se encuentra alrededor de los 21°C; tiene alrededor de 4 meses al año sin heladas. Su pluviometría se encuentra entre los 600/700 mm en la zona con mayores elevaciones y 500 en la zona de menos altitud; las precipitaciones tienen carácter estacional, con un predominio en la época otoñal y primaveral y un acusado estiaje. A pesar de la escasa lluvia, una parte importante de sus suelos se dedican a la producción hortícola, destacando la producción de zanahoria y cebolla; también destaca la siembra de tubérculos, el girasol, la remolacha azucarera y la colza. En la actualidad cuenta con una importante cabaña ganadera, principalmente constituida por la explotación del porcino (Nafría y otros, 2013).

Nos encontramos con un total de 95 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

### 7.6.1. La II Edad del Hierro

#### 7.6.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

Esta zona como la anterior, se caracteriza por no tener lugares de emplazamiento defensivo significativos, lo que junto con unos suelos poco aptos para la explotación

agrícola motiva lo que parece escaso poblamiento; sin embargo, ciertos lugares sí que fueron explotados, como la zona de San Miguel de Bernuy o Cuéllar, donde los pastos de temporada y la explotación de los recursos de bosque y caza atrajeron a estas gentes (figura 7.50).

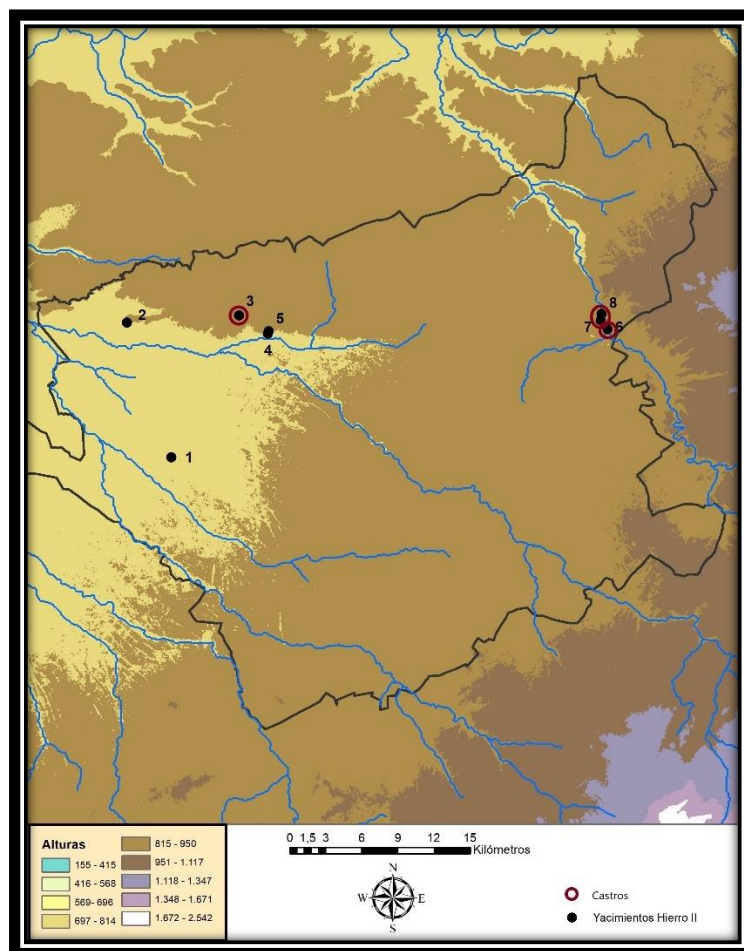


Figura 7.50: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II. Yacimientos: 1. El Fresnal (Cuéllar); 2. Pico Torre (Vallelado); 3. Casco Urbano de Cuéllar (Cuéllar); 4. Las Hontanillas I (Cuéllar); 5. Las Hontanillas II (Cuéllar); 6. Algarrobales (S. Miguel de Bernuy); 7. Valdecarros (S. Miguel de Bernuy); 8. Los Sampedros (S. Miguel de Bernuy).

Destaca el asentamiento del *casco urbano de Cuéllar*, que ocuparía toda la zona elevada, donde se fueron desarrollando diferentes asentamientos desde el siglo VI a.C. hasta el último *oppidum* vacceo, arrasado entre los siglos II y I a.C. Muy próxima al mismo se sitúa la necrópolis de incineración de *Las Erijuelas*, donde se ha documentado abundante cerámica de tipo celtibérico, de cocción oxidante, pastas bien decantadas, con acabados alisados o bruñidos.

Próximos a los anteriores se sitúan *Pico Torre (Vallelado)*, situado en un cerro destacado sobre el río Cega, en el extremo de una lengua del páramo, donde se documentan abundantes restos cerámicos, destacando los de tipo celtibérico; y *Las*

*Hontanillas I y II* (Cuéllar) o *El Fresnal* (Cuéllar) situados en la confluencia de dos arroyos, donde aparecen cerámicas similares al anterior. Estos asentamientos aprovechan algunos escarpes, pero también son zonas aptas para el cultivo del cereal, junto a las vegas aluviales de los cursos fluviales, beneficiándose de esta complementariedad económica junto a excelentes pastizales de verano.

El otro grupo de asentamientos está constituido por *Los Algarrobales*, *Valdecarros* y *Los Sampedros* todos ellos situado en S. Miguel de Bernuy. *Los Algarrobales* situado entre la vega del río Duratón y el inicio del páramo; *Valdecarros* sobre un otero de cima plana en la margen izquierda del Duratón y *Los Sampedros* sobre un espolón calizo en un meandro del mismo río; en este asentamiento se aprecian los restos del derrumbe de un posible muro y foso defensivo.

### 7.6.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.6.3.1. Los asentamientos

Llama la atención la escasez de asentamiento documentados en esta época, con importantes áreas que parecen estar despobladas, que comienzan a poblarse en este momento. Debemos tener en cuenta que la parte situada al norte, de páramos calizos, también aparecía despoblada en la época anterior, posiblemente como consecuencia de ser un terreno de frontera cultural entre los grupos celtibéricos y vacceos, y que en este momento podría plantearse el límite entre las ciudades de *Pintia* y *Confluenta* (Martínez, 2010: 206), pero donde sin duda también debieron influir las cercanas Coca y Segovia.

Como decimos, van surgiendo pequeños asentamientos muy distanciados entre sí; algunos como *Las Malenas* (Fuente el Olmo de Fuentidueña) o *Los Sampedros* (S. Miguel de Bernuy) seguramente en relación con la vía que unía *Pintia* y *Confluenta*, y buscando asentarse sobre suelos con cierta potencialidad agrícola, y que a la vez tuvieran buen acceso a los pastos de la Serrezuela (figura 7.51).

El yacimiento de *Santa Lucía* (Aguilafuente) en este momento un pequeño asentamiento de carácter rural que se monumentalizará en época tardorromana. De similares características son *Samboal* y *Antillelma* (Fuente el Olmo de Iscar) situados en una zona deprimida. Y *Las Quintanas* (Carbonero el Mayor) situado en la vega del río Pirón, donde se documentan cerámicas sudgálicas, que parecen referir a los primeros momentos de la romanización en estos territorios.

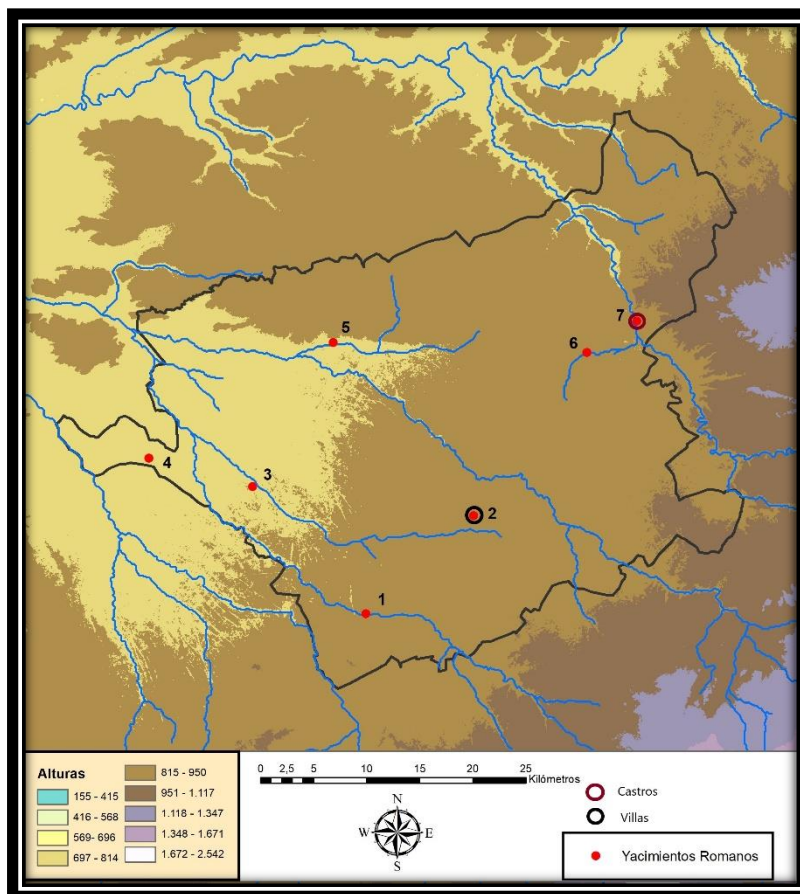


Figura 7.51: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Quintanas (Carbonero el Mayor) (Posible); 2. Santa Lucía (Aguilafuente) (P); 3. 40-176-0002-08 (Samboal) (P); 4. Antillelma (Fuente el Olmo de Iscar) (Seguro); 5. La Serna (Cuéllar) (P); 6. Las Malenas (Fuente el Olmo de Fuentidueña) (S); 7. Los Sampedros (S. Miguel de Bernuy) (P).

### 7.6.3.2. Las inscripciones latinas

Son 5 los lugares donde se documentan inscripciones latinas: San Miguel de Bernuy 3; Cantalejo 1; Aguilafuente 2; Fuente el Olmo de Iscar 2 y Fresneda de Cuéllar 1.

En Aguilafuente, con una cronología tardorromana, se documenta un mosaico en la villa de *Santa Lucía*<sup>174</sup>, en el que se representan cuatro caballos atados por parejas, donde se observa el nombre de dos de ellos, *Tagus* y *Enfrata*, fechado en el siglo IV, momento de mayor esplendor de la villa (figura 7.53). También en Aguilafuente se encuentra un epitafio<sup>175</sup> en el que aparecen el nombre de los padres *Magia* y *Sucario* y su hija *Ecónome*, de diecinueve años, y que se encuentra fechado a partir de mediados del siglo II o durante el III.

<sup>174</sup> HEp 4, 1994, 596.

<sup>175</sup> Santos, Hoces y Bermejo, 2005: 59-60.

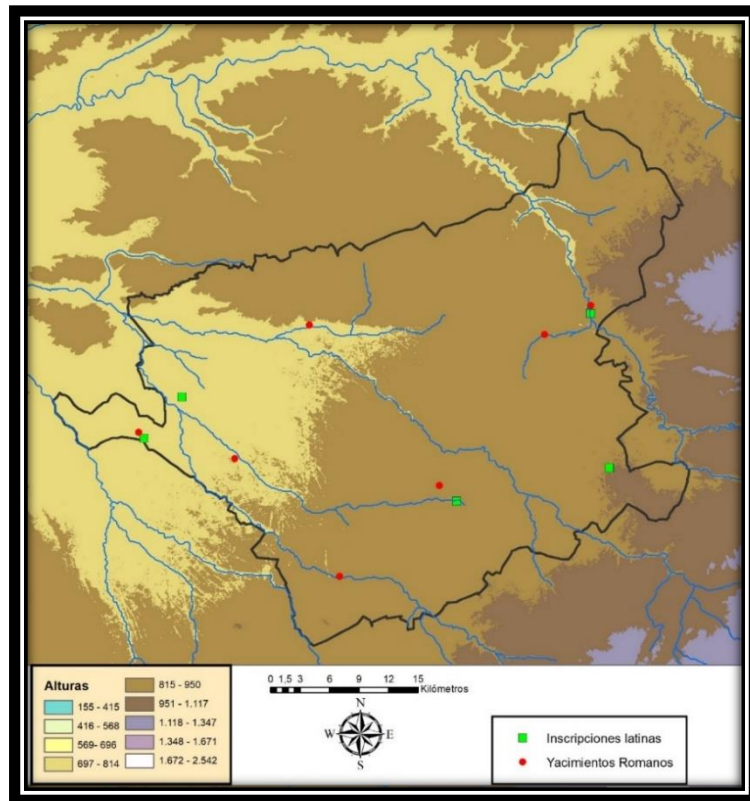


Figura 7.52: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En el municipio de Cantalejo<sup>176</sup> se documenta un fragmento de inscripción, en caliza. En Fuente el Olmo de Iscar<sup>177</sup> se documentan dos fragmentos de TS con inscripciones muy fragmentadas, y en Fresneda de Cuéllar aparece la inscripción de

**Página / 280** *Leopardes*<sup>178</sup>.

En San Miguel de Bernuy aparecen tres inscripciones, dos de ellas muy fragmentadas, una realizada en un bloque de caliza recortado por sus cuatro caras<sup>179</sup>; otra, en este caso realizada en arenisca y también recortada en sus cuatro caras, con un grabado representando una esvástica<sup>180</sup>, y por último, una estela<sup>181</sup> en arenisca, con una cartela en forma de *tabula ansata*, con una representación de un cérvido y un árbol, otra representación con otro árbol con frutos junto a una figura humana. Está dedicada por *Acca Deocena*, hija de *Cadano*, de los *Corónicos*, fechada en el siglo II, siendo la única inscripción en la que aparece documentado el nombre de un grupo indígena; esta estela se documenta en la única

<sup>176</sup> AE 2010, 711; HEp 19, 2010, 279; Santos y Hoces, 2010: 325-326; Santos, Hoces y Bermejo, 2005: 316-317.

<sup>177</sup> HEp. 16, 2007, 518 y 519; Mañanes, 2002: 122.

<sup>178</sup> HEp 4, 1994, 610

<sup>179</sup> CIL II 2751; ERSg 93.

<sup>180</sup> CIL II 2753

<sup>181</sup> CIL II 2754. ERSg 88.



zona, en la que el asentamiento de *Los Sampedros* mantiene el poblamiento desde la Segunda Edad del Hierro (figuras 7.50, 7.51 y 7.52).



*Figura 7.53: Detalle del mosaico recuperado de la villa de Santa Lucía (Aguilafuente).*

#### **7.6.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)**

*Página / 281*

##### **7.6.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)**

En esta época se aprecia un crecimiento importante en el número de asentamientos respecto del momento anterior. Los asentamientos buscan por lo general establecerse en las vegas de los cursos fluviales, siendo escasos los asentamientos que no se atienen a esta norma, como *Fuentes Claras* (Navalilla) o *Cotarro Terreña* (Fuenterrebollo); en estos dos asentamientos se documenta la presencia de escoria de fundición. El primero de ellos tal vez tuviera carácter de villa, desde donde se gestionarían los territorios que la rodeaban.

De este modo, en la vega del Duratón son varios los núcleos *ex novo*, como *Vega del Olmo* (Fuentidueña) o *Laderas de Revenga* (Laguna de Contreras), que desaparecerán en la época posterior sustituidos por otros centros de nueva creación. En este último se documenta una gran concentración de adobes quemados que podrían pertenecer a un horno. En el caso de *Vega del Olmo* encontramos los restos de una villa situada sobre un alomamiento del terreno, en la que se conservan restos de una posible *natatio*, junto a



numerosos fragmentos constructivos y cerámicos. *Los Sampedros* (S. Miguel de Bernuy) continuará en ocupación desde la Segunda Edad del Hierro.

También el territorio del alto Cega sufre una importante colonización, frente al momento anterior, en el que estaba escasamente poblado. Asentamientos como *Carrapinar* o *Carramolinos* ambos en Veganzones, *La Barranca* o *La Pradera* en Cabezuela y *Los Guerreros* (Cantalejo), todos ellos pequeños asentamientos que buscan explotar la vega del río y el piedemonte serrano; la mayoría de ellos desaparecerán y tan sólo *La Pradera* (Cabezuela) se mantendrá ocupado en épocas posteriores.

Cauce abajo del Cega, por su margen derecha, la vega del arroyo Cerquilla también se puebla, asentamientos como *El Salmoral* (Frumales), *Las Parrillas* (Cuéllar), *Callejas* (Cuéllar), *Contodo I* (Cuéllar) y *Malriega* (Cuéllar) explotan sus suelos.

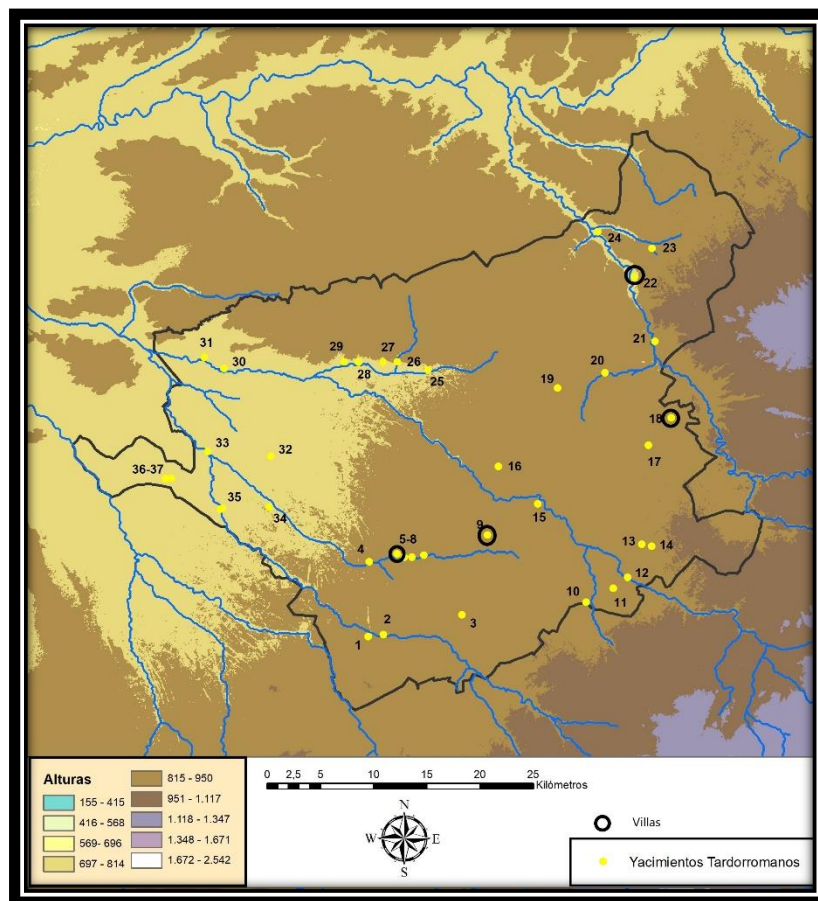


Figura 7.54: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. El Bustar (Carbonero el Mayor) (Posible); 2. Las Quintanas (Carbonero el Mayor) (Seguro); 3. La Debesa (Aldea Real) (P); 4. Carratejera (Navalmanzano) (S); 5. El Cardedal (Navalmanzano) (S); 6. El Redondal (Navalmanzano) (P); 7. El Soto (Navalmanzano) (S); 8. El Prado (Fuentepelayo) (S); 9. Santa Lucía (Aguilafuente) (S); 10. Carrapinar (Veganzones) (P); 11. Carramolinos (Veganzones) (P); 12. La Barranca (Cabezuela) (S); 13. Guerreros (Cantalejo) (P); 14. La Pradera (Cabezuela) (S); 15. San Roque (Espirido) (P); 16. Tierra de los Moros (Lastra de Cuéllar) (P); 17. Cotarro Terreña (Fuenterrebollo) (P); 18. Fuentes Claras (Navalilla) (S); 19. Las Paladinas (Torrecilla del Pinar) (S); 20. Las Malenas (Fuente el Olmo de Fuentidueña)

(S); 21. *Los Sampedros* (S. Miguel de Bernuy) (P); 22. *Vega del Olmo* (Fuentidueña) (P); 23. *Cárdaba* (Valtiendas) (P); 24. *Laderas de Revenga* (Laguna de Contreras) (S); 25. *El Salmoral* (Frumales) (S); 26. *Las Parrillas* (Cuéllar) (S); 27. *Callejas* (Cuéllar) (S); 28. *Contodo I* (Cuéllar) (P); 29. *Malriega* (Cuéllar) (S); 30. *Longueras* (Valladolid) (P); 31. *Chorroborro* (Mata de Cuéllar) (P); 32. *Prado de las Lagunas* (Cuéllar) (P); 33. *Los Corrales* (Fresneda de Cuéllar) (S); 34. 40-176-0002-08 (*Samboal*) (P); 35. 40-176-0002-06 (*Samboal*) (P); 36. *La Debesa* (Fuente el Olmo de Iscar) (P); 37. *Antillelma* (Fuente el Olmo de Iscar) (S).

De igual modo, los cauces del Malucas y del Pirón también ven como sus riberas acogen pequeños asentamientos, intensificando la escasa población de la etapa anterior. Entre ellos cabe destacar por la importancia de sus restos constructivos el yacimiento de *Carratejera* (Navalmanzano), donde con una cronología entre inicios y mediados del siglo V se ha documentado un horno con *praeurnium*, numerosos silos y varios fondos rehundidos, junto a una posible estructura funeraria a base de tejas, además de un importante repertorio de objetos metálicos, lo que nos hace pensar en un posible asentamiento tipo villa.



*Figura 7.55: Detalle del mosaico geométrico recuperado de la villa de Santa Lucía (Aguilafuente), situado en el Aula Arqueológica de Aguilafuente.*

En este momento la villa de *Santa Lucía* (Aguilafuente) es la cabeza de un amplio territorio en el que gestionaba diferentes tipologías de asentamientos. Situada en una extensa llanura cerealística, junto a la vía que la unía con *Cauca*. Este asentamiento, en el siglo IV (Esteban, 2007), sufrirá una importante monumentalización, de la que nos restan algunos mosaicos con geométricos (figura 7.55) o que testimonian la dedicación del dueño por las carreras de caballos (figura 7.53) (Lucas y Viñas, 1977; Regueras, 2010). La mayoría de los asentamientos alrededor de la misma, se mantendrán mientras dure su esplendor, desapareciendo en el momento de su ocaso.

Otro asentamiento destacado por sus restos es *Las Paladinas* (Torrecilla del Pinar), que busca explotar los suelos de la cabecera del arroyo Redondas.

#### 7.6.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII d.C.)

En esta época, lejos de percibir un despoblamiento como en algunas de las colindantes, se aprecia un ligero incremento en el número de asentamientos. Muchos de ellos son de nuevo cuño, algunos se mantienen desde la época anterior y únicamente en dos casos, *Las Quintanas* (Carbonero el Mayor) y *Los Sampedros* (S. Miguel de Bernuy) se mantienen ocupados desde la época altimperial.

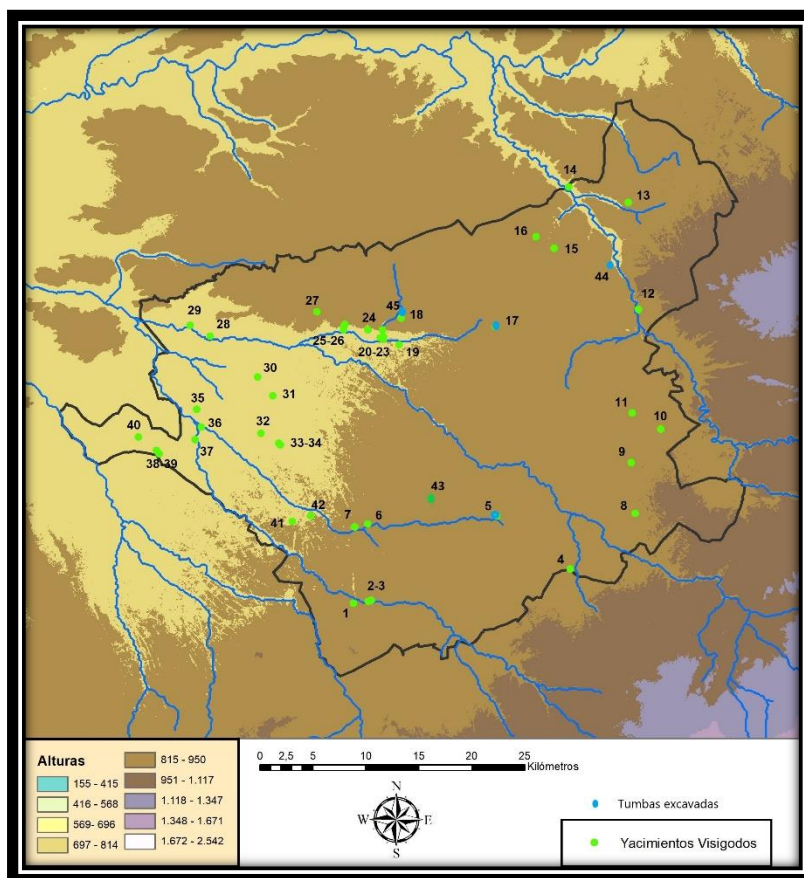


Figura 7.56: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. El Bustar (Carbonero el Mayor) (P); 2. Las Quintanas (Carbonero el Mayor) (P); El Juncar (Carbonero el Mayor) (P); 4. Carrapinar (Veganzones) (P); 5. Sarcófago (Aguilafuente) (P); 6. CarraCuéllar (Navalmanzano) (P); 7. Carrasanmartín (Navalmanzano) (P); 8. La Pradera (Cabezuela) (P); 9. Nuestra Señora del Pinar (Cantalejo) (P); 10. El Soto (Fuenterrebollo) (P); 11. Cotarro Terreña (Fuenterrebollo) (P); 12. Los Sampedros (S. Miguel de Bernuy) (P); 13. San Miguel (Sacramenia) (P); 14. Santa María (Laguna de Contreras) (S); 15. Las Quintanas (Fuentesauco) (P); 16. Las Fuentes (Aldeasoña) (P); 17. Cotarro Valvis (Cozuels de Fuentidueña) (P); 18. Carrapinar (Cuéllar) (P); 19. Molinillo (Frumales) (S); 20. Gamonal I (Cuéllar) (S); 21. Los Rompidos (Cuéllar) (S); 22. Las Lavanderas (Cuéllar) (S); 23. Las Parrillas (Cuéllar) (P); 24. Callejas (Cuéllar) (S); 25. Contodo I (Cuéllar) (S); 26. Las Hontanillas I y II (Cuéllar) (S); 27. Casco urbano Cuéllar (Cuéllar) (S); 28. Longueras (Valledado) (P); 29. Chorroborro (Mata de Cuéllar) (P); 30. Pesquera (Cuéllar) (P); 31. Cabituerto (Cuéllar) (P); 32. El Fresnal (Cuéllar) (S); 33. Camino de Narros (Cuéllar) (S); 34. Caz de los Corrales II (Cuéllar) (P); 35. Ermita de la Visitación (Fresneda de Cuéllar) (S); 36. La Olivera (Fresneda de

*Cuéllar* (S); 37. *La Pesquera* (Fresneda de Cuéllar) (S); 38. *Cuesta de la Iglesia* (Fuente el Olmo de Iscar) (P); 39. *El Moralejo* (Fuente el Olmo de Iscar) (P); 40. *Cuesta de las Retamas* (Villanueva de Iscar) (S); 41. *El Sotillo* (San Martín y Mudrian) (P); 42. *La Cuesta* (San Martín y Mudrian) (S); 43. *Santa Lucía* (Aguilafuente) (S); 44. *San Martín* (Fuentidueña) (P); 45. *Santa María* (Cuéllar) (P);

En la villa de *Santa Lucía* (Aguilafuente) se documenta la presencia de una importante necrópolis, que se instala sobre el solar de la antigua villa, posiblemente tras un período de abandono de esta a lo largo del siglo V; junto a esta necrópolis, desconocemos si mientras estaba en uso o tras su abandono, se construyó un edificio de culto al que podría pertenecer un capitel fechado en el siglo VII (Lucas y Viñas, 1977: 249-251). Muy próximo a ella, en *Sarcófago* (Aguilafuente) se localiza un sarcófago monolítico en granito.

Otra necrópolis de este momento se encuentra en *Nuestra Señora del Pinar* (Cantalejo) donde se documentan una serie de tumbas de inhumación en las que se encontraron restos óseos con ajuares metálicos. Algunas, que podemos considerar como posibles, se encuentran en *Las Fuentes* (Aldeasoña), situada en una zona llana, donde se extrajeron numerosos restos óseos acompañados de cerámicas de época visigoda; *La Pesquera* (Fresneda de Cuéllar), donde se localizó una tumba de lajas junto con abundante material constructivo y cerámico; la *Ermita de la Visitación* (Fresneda de Cuéllar), situada en la parte alta de una loma se localizaron varias tumbas con lajas de pizarra junto con materiales cerámicos y metálicos de época visigoda. En la *Cuesta de la Iglesia* (Fuente el Olmo de Iscar), también en una loma, junto a restos constructivos y cerámicos, se localiza una tumba de lajas y restos de otra. En *San Miguel* (Sacramenia), en la cima ladera de una loma, se localizan varias tumbas con ajuares de época visigoda tanto dentro como fuera de la ermita. En *Cotarro Valvís* (Cozuelos) se documenta una tumba excavada en la roca, donde se encontraron restos óseos sin ajuar junto con abundante material cerámico de época visigoda.

Junto a los anteriores se detecta un conjunto de yacimientos, de pequeñas dimensiones, en los que se documentan escasos restos constructivos, y, en mayor medida, cerámicos típicos de esta época, distribuidos por gran parte del territorio buscando explotar sus recursos.

En el interfluvio de los ríos Duratón y Cega se sitúa un conjunto de asentamientos, de pequeñas dimensiones que buscan la diversificación en sus capacidades, *Cotarro Terreña* (Fuenterrebollo), *El Soto* (Fuenterrebollo), *Nuestra Señora del Pinar* (Cantalejo) y *La Pradera* (Cabezuela). Otros asentamientos con estas mismas características, pero más cerca de las vegas de los ríos serían *Carrapinar* (Veganzones), *Los Sampedros* (S. Miguel de Bernuy) y *San*



*Miguel* (Sacramenia). Por su parte las vegas del arroyo Cerquilla continúan siendo un lugar muy apropiado para su explotación, y son numerosos los asentamientos que allí se concentran: *Cotarro Valvís* (Cozuelos), *Molinillo* (Frumales), *Carrapinar* (Cuéllar), *Gamonal I* (Cuéllar), *Los Rompidos* (Cuéllar), *Las Lavanderas* (Cuéllar), *Las Parrillas* (Cuéllar), *Callejas* (Cuéllar), *Contodo I* (Cuéllar), *Las Hontanillas I y II* (Cuéllar) y Cuéllar.

Igualmente, en el interfluvio entre el río Cega y el arroyo Malucas se sitúan varios asentamientos buscando explotar las zonas llanas como *Pesquera* (Cuéllar), *Cabituerto* (Cuéllar), *El Fresnal* (Cuéllar), *Camino de Narros* (Cuéllar) y *Caz de los Corrales II* (Cuéllar). Situándose el resto en las vegas del Pirón y Malucas.

### 7.6.5. ¿Y después del siglo VIII?

Se documentan dos lugares con tumbas excavadas en la roca, *Santa María* (Cuéllar) y *San Martín* (*Fuentidueña*), en ambos casos, situados en la cima de una loma, junto con restos de sendos lugares de culto -ermitas-, se documentan, en el primer caso entre 8 y 10 tumbas y en el segundo 30, antropomorfas, que podrían fecharse en momentos más avanzados, quizás en el siglo IX o después.

### 7.6.6. Interpretación de los datos

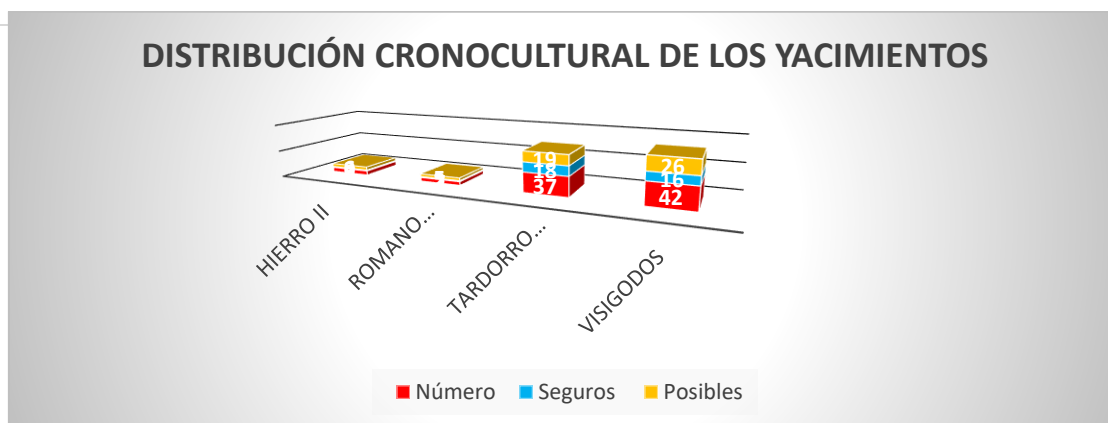


Tabla 7.30: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.

Como podemos apreciar en la tabla 7.30 y como ocurre en la zona inmediatamente anterior, se percibe un ligero retraimiento entre el número de asentamientos existentes entre la Segunda Edad del Hierro y la etapa romana. En cuanto a la posible continuidad de los asentamientos, tan sólo en un único caso, se puede afirmar este hecho. Entre la época romana alto/bajoimperial y la tardorromana, se percibe un fuerte incremento del número

**Áreas marginales. Estudios de dinámica poblacional comparada en el interior de la península ibérica entre finales de la Edad del Hierro y comienzos de la Edad Media**

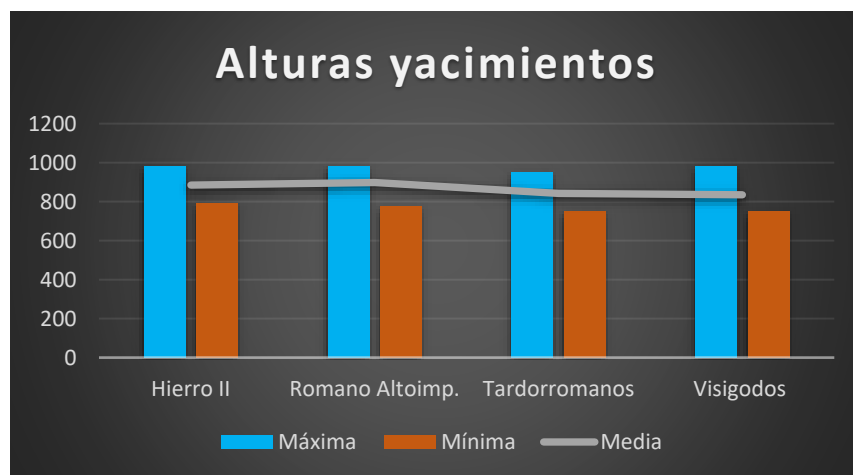
de asentamientos, aumentando la densidad de la zona tal y como se ve en la tabla 7.31; entre ambas etapas son bastantes los asentamientos que se mantienen ocupados, rondando el 75% de los casos.

En esta zona, a diferencia de otras, se percibe un incremento en el número de asentamientos en época visigoda, manteniéndose ocupados de la época anterior alrededor de un tercio de estos.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	8	1.783,30	0,00448607
Romano Altoimp.	7	1.783,30	0,00392531
Tardorromanos	37	1.783,30	0,02074805
Visigodos	42	1.783,30	0,02355184

*Tabla 7.31: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.*

En cuanto a las alturas a la que se emplazan los asentamientos (tabla 7.32), se percibe un ligero incremento entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana, para a continuación comenzar una ligera pero constante disminución en la misma.



*Tabla 7.32: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*

Las alturas relativas en cada una de las etapas se mantienen prácticamente constantes, variando únicamente el número de asentamientos en cada una de las etapas lo que motiva estas ligeras oscilaciones.

En cuanto a la tipología de los suelos (tabla 7.33 y 7.34), los emplazamientos elegidos durante la Segunda Edad del Hierro muestran poca preocupación por tener suelos con mayor potencialidad (tipo A), tanto en los desplazamientos de corto radio como de largo, debiendo primar otros conceptos en su elección. Por el contrario, en la época



romana se buscan este tipo de suelos (tipo A) en las proximidades de los asentamientos, tanto en los recorridos de corto como de largo alcance, para a partir de ese momento ir en constante disminución en cuanto a su porcentaje.

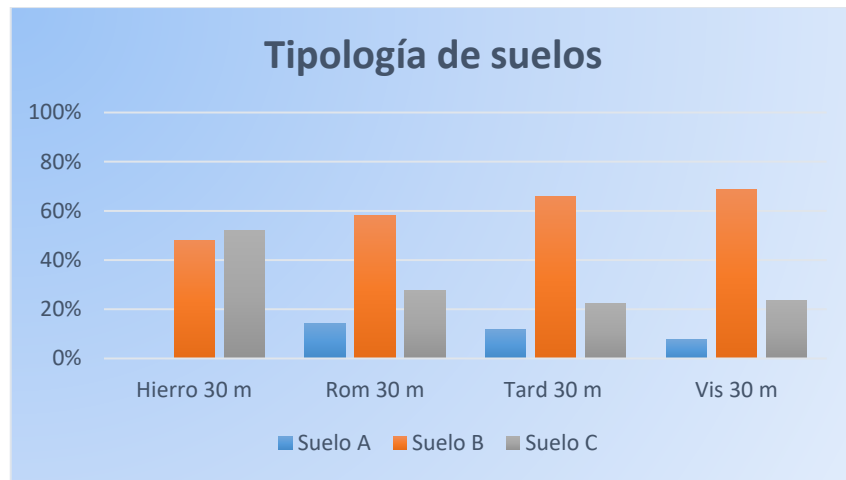


Tabla 7.33: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En cuanto a los suelos de potencialidad media (tipo B) en todo el rango cronológico analizado, se percibe un constante aumento en su porcentaje, tanto en los más próximos como en los más alejados de los asentamientos. Mientras tanto los de menor potencialidad agrícola (tipo C), desde época romana van en clara recesión hasta alcanzar la época visigoda, en la que se aprecia un pequeño repunte.

Como hemos visto anteriormente, gran parte de este territorio en la durante la Segunda Edad del Hierro se encuentra despoblado. Únicamente se documenta un conjunto de asentamientos en las vegas del río Duratón y otros en la vega del Cega situada más al oeste. Esta zona del territorio y sus escasos asentamientos pudieron estar organizados desde el castro de Cuéllar. Los asentamientos situados en la vega sobre el Duratón se emplazan muy próximos entre sí, y situado sobre espolones calcáreos con defensas, no pareciendo destacar ninguna entre ellos. Su emplazamiento permite una alternancia de recursos: los propios del páramo, pero también los pastos de la Serrezuela. Parte del territorio, el situado más al sur dependería del *Cerro de la Sota* (Zona VIII), emplazado junto al río Pirón. Los yacimientos de época del Hierro se situaban muy próximos a los ejes naturales y los cursos fluviales. Los topónimos de origen prerromano conocidos son Cantalejo y Provancos ambos documentados en lugares donde no se ha documentado poblamiento propio de esta etapa.

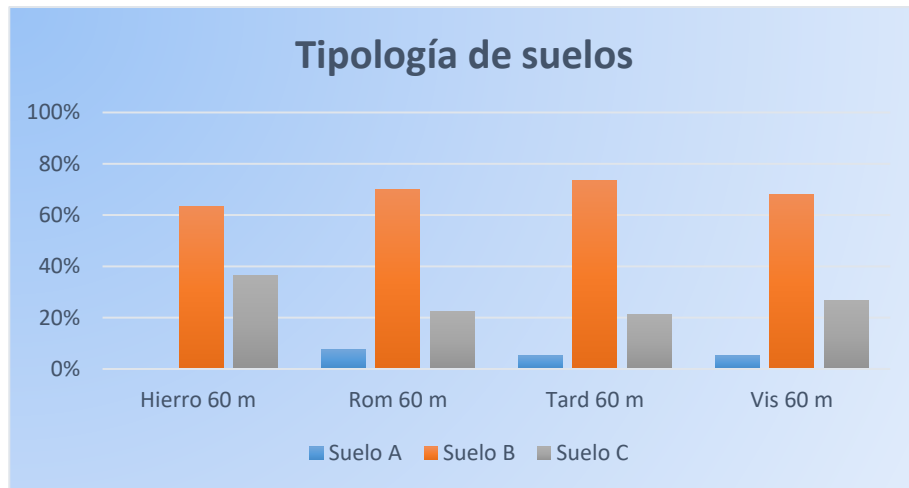


Tabla 7.34: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

En esta zona tenemos constancia de la existencia de varios ejes naturales que debían recorrerla siguiendo los cursos fluviales que drenan la zona. Uno de ellos seguiría aproximadamente el curso del Pirón, otro discurriría junto al del Cega y otro el del Duratón, articulando las comunicaciones desde la zona serrana con las zonas más bajas.

A pesar de la importancia de hubo de tener la ganadería en este territorio, no parece que ninguna de las grandes vías pecuarias atravesara la zona, pero sin duda habría pequeñas vías que comunicarían con las principales que se encontraban tanto a este, oeste como al sur.

En cuanto a las vías romanas que articulan el territorio, podemos considerar que no son propias de esta zona, sino que sirven para comunicar las *civitas* de las zonas adyacentes entre sí. De este modo, la vía que unía *Cauca* con *Pintia* discurría en parte por este territorio, discurriendo por el mismo con dirección noreste suroeste. Otra vía es la que unía *Cauca* con *Confluenta*, que discurría con este/oeste; posiblemente desde esta vía y cerca de esta última *civitas* saldría un ramal que en paralelo al Duratón llegara a *Pintia*.

El arrasamiento del *oppidum* de Cuéllar entre finales del siglo II y siglo I a.C. motivó la dispersión de su población que se distribuiría por el resto del territorio. Sin embargo, será una zona con escasa población, sobre todo en época romana, quizás motivada por la pobreza de sus suelos. Los centros rurales que van surgiendo lo harán a partir de mediados del siglo I d.C., únicamente podemos documentar un asentamiento en la vega del Pirón (*Las Quintanas*), donde aparecen cerámicas que podrían adscribirse a un momento anterior, durante la primera mitad del siglo I d.C. Estos buscaban ocupar las áreas más aptas para la explotación agrícola, pero también en zonas de acceso directo a los pastizales de las zonas serranas, como ocurre con la Serrezuela.

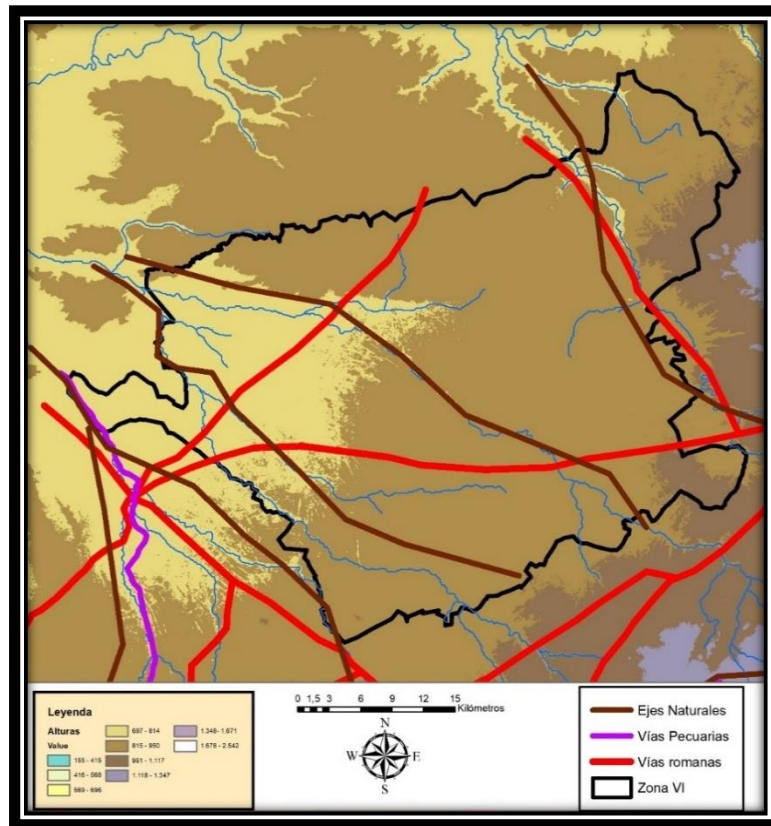


Figura 7.57: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

En esta época, por el momento, no conocemos ningún asentamiento tipo villa, aunque *Santa Lucía*, situado en la vega del arroyo Malucas, que en época tardorromana es una destacada villa, ya tuviera la suficiente entidad a lo largo del siglo II d.C.

Las inscripciones latinas conocidas son escasas y aparecen muy dispersas; en ellas se documenta onomástica indígena y un único ejemplo de grupo de parentesco *Quoronicum*, documentado en S. Miguel de Bernuy, en un lugar desde donde se tiene acceso a los pastos de la Serrezuela; junto a esta se documentan otras inscripciones en las que se mantienen las decoraciones propias indígenas. No en vano en esta zona se encuentra el único asentamiento que parece tener continuidad desde la Segunda Edad del Hierro.

Esta zona, durante la época altoimperial quedó integrada en la provincia *Hispania Citerior Tarraconensis* y dentro de la misma en el *conventus Cluniensis*. Su territorio quedó integrado dentro de cuatro diferentes *civitas*: Segovia, Coca, Los Mercados y *Pintia*, todas ellas fuera del mismo. Posiblemente el río Cega sirviera en parte como límite al menos entre las de *Cauca*, *Pintia* y *Confluenta*; alcanzando el territorio segoviano hasta la altura del Cerro del Tormeión, donde limitaría con el de *Cauca*. De igual modo, el territorio de *Pintia* podría alcanzar hasta el cauce del arroyo Adjuntos, donde limitaría con el de Los Mercados.

Los cambios administrativos realizados en época bajoimperial debieron afectarla, posiblemente quedó integrada en la *Gallaecia* como las zonas situadas más al norte.

Entre los escasos topónimos latinos podríamos anotar la perduración de Sacramenia, próximo al cual conocemos algunos asentamientos en época tardorromana, cuya población pudo transmitir el nombre.

En la época tardorromana se produce un incremento importante del poblamiento, aunque se mantiene por debajo de la media que se observa en otras zonas. Como comentamos anteriormente, los asentamientos buscan claramente las vegas de los cursos fluviales, posiblemente debido a que junto a ellos se encuentran los mejores suelos dentro de la pobreza general. Junto a la vega del Malucas se asienta un conjunto de yacimientos dependientes de la villa *Carratejera*, un poco al este se encuentra la de *Santa Lucía*, que en este momento se monumentaliza y bajo la cual queda un número de asentamientos que le permiten diversificar su producción. De igual modo sucede con las dos que se encuentran junto al Duratón, que explotarán las llanuras cerealísticas, desde donde se tenía acceso a los recursos de la Serrezuela.

Si durante la época altoimperial el poblamiento ha aparecido disperso, en la época tardorromana parece agruparse, en cierto modo en las cercanías de las *civitas*, mayormente Cauca y en menor medida Pintia, quizás la más lejana de todas.

Los registros polínicos conocidos muestran un incremento de la actividad agrícola sobre todo en los inicios de la tardoantigüedad, con el aumento de los niveles polínicos de diferentes cultivos, mayormente los cereales.

Llama la atención en esta zona tras el declive de las villas que han servido de elementos ordenadores de la producción y poblamiento no aparece ningún asentamiento que parezca recoger el testigo, no en vano es una zona donde no existen lugares defensivos destacados. El poblamiento que documentamos en este momento se compone principalmente de pequeños asentamientos que evitan el cauce medio del Cega, concentrándose en el territorio que se encuentra junto al arroyo Malucas y su interfluvio con el Cega. Otro conjunto es el que explota las vegas del Duratón densamente poblados, tanto en esta zona como en la situada más al este, con los que sin duda están relacionados.

Son varias las necrópolis documentadas en la zona, pero sobre todo será la de Aguilafuente, levantada sobre parte de la anterior villa de *Santa Lucía* la que tenga gran importancia documentándose un importante número de inhumaciones, que hablan de la importancia que hubo de tener el poblamiento situado alrededor de la misma.

La densidad del poblamiento en esta época, en cierto modo diferente a otras cercanas, se refleja en los topónimos de esta época que han perdurado hasta nuestros días, como Óvilo, Aguilafuente o Lovingos.

Como decíamos anteriormente son escasos los lugares en los que se constata la presencia de tumbas excavadas en la roca, y donde aparecen, en pequeñas lomas y generalmente alineados y junto a un edificio de culto, aunque sea posterior, parecen remitir a momentos cronológicamente posteriores

Un hecho a destacar en esta zona en referencia a la toponimia es la presencia de varios topónimos cuya raíz es Carra- que podría hacer referencia a la existencia de vías de comunicación en sus proximidades, alguna de ellas sin duda de época romana. Sería el caso de los que no estuvieran asociados a pequeños cursos de agua, cuya procedencia sería el topónimo céltico Carr-.

El deterioro en las condiciones climáticas documentado en la época visigoda (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), hubo de tener sus consecuencias. Aunque esta fuera una de las zonas con menor densidad de población, pero en la que sin duda se realizaron talas y quemas buscando nuevos pastos para la cabaña ganadera.

Es esta una zona condicionada por la escasa productividad de sus suelos, lo que en principio hace poco atractivo su poblamiento, pero, además, situada entre tres zonas cada una de ellas con una ciudad romana, Segovia, Coca y *Confluenta*, y una cuarta que se encuentra fuera de la misma, *Pintia*. Esta situación en los márgenes de estas hubo de tener sus consecuencias, tanto durante época romana como posterior; no en vano, se ha planteado que en ellas se situaba en época prerromana el límite cultural entre los grupos celtibéricos y vacceos (Martínez, 2010: 206), Esta influencia cultural se dejó sentir, en el aspecto que son escasas las referencias a los grupos de parentesco. Esta escasez general en el poblamiento se percibe durante todas las épocas salvo en la visigoda, en la que en líneas generales destaca frente a otras.

## 7.7. ZONA VII CUENCA ALTA DEL DURATÓN Y RIAZA

Esta zona de 1.813,2 km<sup>2</sup> de superficie, se unen las depresiones de época terciaria con los relieves plegados y las zonas serranas. Sus tierras están drenadas con los cursos del Duratón y Rianza. El primero, tras su nacimiento en la Comunidad de Madrid, toma rumbo noreste buscando su zona intermedia y baja donde se han modulado numerosos espigones que han servido como lugar de asentamiento en diversas épocas históricas. El segundo, el Rianza, también erosionó los materiales que permitieron conformar una serie de hoces que hoy conforman el pantano de Linares.

Esta zona se ve afectada por un clima continentalizado, de inviernos largos y rigurosos; la temperatura media anual se encuentra en los 11°C, donde la temperatura media del mes más frío suele descender por debajo de 2°C, y la temperatura media del mes más cálido se encuentra alrededor de los 19°C, con alrededor de 4 meses anuales sin heladas. Su pluviometría se encuentra alrededor de los 700/600 mm anuales, descendiendo por hasta los 400 mm en algunas de las zonas; las precipitaciones muestran un claro carácter estacional, con un predominio durante la época otoñal y primaveral, y un acusado estiaje.

Una de sus principales dedicaciones en la actualidad es la producción de carne, tanto ovina como caprina, con algunos núcleos dedicados a la producción láctea (Nafría y otros, 2013).

Nos encontramos con un total de 118 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

### 7.7.1. La II Edad del Hierro

#### 7.7.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

Los asentamientos que documentamos en esta zona y en este momento cronológico se sitúan en las vegas de los dos principales cursos que la articulan, el Duratón y el Rianza.

En la zona del Duratón conocemos varios asentamientos, *La Mesilla* (Carrascal del Río), *Pico los Lirios* (Carrascal del Río) y *San Frutos* (Carrascal del Río); se trata de castros situados en los espolones calizos sobre el río. En los dos primeros casos, se detectan restos de defensas, fosos y posibles restos de muros de edificaciones al interior; en los tres se



documentan fragmentos cerámicos de similares características, que nos remiten al tipo celtibérico.

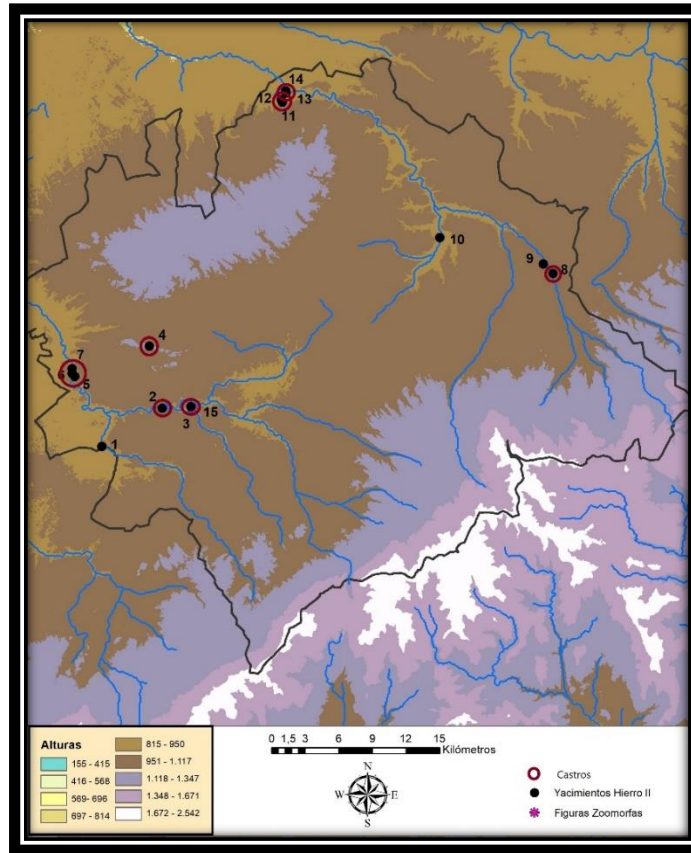


Figura 7.58: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Empozaderas (Sepúlveda); 2. San Julián (Sepúlveda); 3. Somosierra (Sepúlveda); 4. El Otero (Sepúlveda); 5. Pico de los Lirios (Carrascal del Río); 6. San Frutos (Carrascal del Río); 7. La Mesilla (Carrascal del Río); 8. Cerro del Castillo (Ayllón); 9. Necrópolis celtibérica de la Dehesa (Ayllón); 10. Briongos (Riaguas de S. Bartolomé); 11. La Antipared (Montejo de la Vega de la Serrezuela); 12. Prado (Montejo de la Vega de la Serrezuela); 13. Castillo (Montejo de la Vega de la Serrezuela); 14. Tras las Torres (Montejo de la Vega de la Serrezuela). Esculturas zoomorfas: 15. Sepúlveda (1).

Otro conjunto de asentamientos, aunque más disperso, lo formarían *Las Empozaderas* (Sepúlveda), *San Julián* (Sepúlveda) y *Somosierra* (Sepúlveda). En el primer caso, nos encontramos ante una cueva utilizada en diferentes épocas históricas y un asentamiento junto a la misma. En los otros dos casos, se trata de sendos asentamientos sobre espolones calizos, con defensas naturales dotados de un amplio control visual sobre el entorno y donde aparece un importante conjunto de fragmentos cerámicos de tipo celtibérico. Es posible que *Somosierra* fuera el enclave de mayor importancia del conjunto, todos ellos buscando aprovechar los suelos de la vega. Por su parte *El Otero* (Sepúlveda) se sitúa sobre un cerro dotado de un importante control estratégico y visual sobre el entorno; en él se documenta abundante material cerámico a torno tipo celtibérico.

En las márgenes del Riaza se sitúa otro conjunto compuesto por *La Antipared*, *Prado*, *Castillo* y *Tras las Torres*, todos en Montejo de la Vega de la Serrezuela, son asentamientos muy próximos entre sí, dedicados a la explotación de los recursos ganaderos en una comarca caracterizada por su abrupto relieve. *La Antipared* es un castro situado en un espolón del páramo, rodeado de cortados en los que la erosión ha creado cuevas y abrigos; en algunos de ellos se documentan fragmentos cerámicos con las mismas características que los documentados en el castro -cerámica a torno típica celtibérica-. El asentamiento de *Castillo* se sitúa sobre un espigón calizo y al igual que el anterior, en sus laderas se localizan numerosos abrigos y cuevas. En su parte alta se documentan restos de muros de una construcción trapezoidal realizados en mampostería de caliza y cantos trabados con argamasa y barro, junto a numerosos fragmentos cerámicos de tipología celtibérica.

Algo más al sur, en la vega del Aguijejo se sitúa el grupo de asentamientos de Ayllón, *Rosa Blas* y *Necrópolis celtibérica*. El primero de ellos es un pequeño asentamiento en el que se documenta un posible recinto, tal vez para el ganado y restos cerámicos bastante toscos; muy próximo se sitúa un abrigo con fragmentos cerámicos muy semejantes. En cuanto al segundo, junto al poblado, y visible desde el mismo, se trata de una necrópolis en el borde del Aguijejo que fue excavada en los años 70 donde se documentó un importante conjunto de urnas de incineración.

Por su parte el *Cerro del Castillo* en Ayllón, algo separado del resto, en un destacado emplazamiento defensivo, rodeado de buenos suelos en la vega de los ríos Riaza y Aguijejo, su importancia y los restos hallados, han llevado a algún autor a plantear que fuera la ciudad de *Colenda* (López, 2010: 255-257), tomada por Tito Didio como nos informa Apiano (*Iber*, 99).

Desconocemos los momentos de abandono de estos asentamientos, pero en ninguno de ellos los materiales van más allá de la época sertoriana por lo que dicho abandono hubo de ocurrir entre finales del siglo II y durante el primer tercio del siglo I a.C.

#### **7.7.1.2. Las esculturas zoomorfas**

En esta zona sabemos de la presencia de una escultura zoomorfa, concretamente en Sepúlveda, hoy desaparecida cuyos fragmentos fueron localizados cerca de la población<sup>182</sup>.

---

<sup>182</sup> Álvarez-Sanchís, 1.999: 363, nº 259. Manglano, 2016, nº 284.

### 7.7.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.7.3.1. Los asentamientos

Los asentamientos en esta zona muestran una clara preeminencia por ocupar las zonas más próximas a las vegas fluviales, así las márgenes del Duratón y otros cauces principales son los lugares elegidos para su disposición y la explotación agrícola, y sólo unos pocos buscan el piedemonte para tener acceso a los pastos veraniegos y la explotación silvícola.

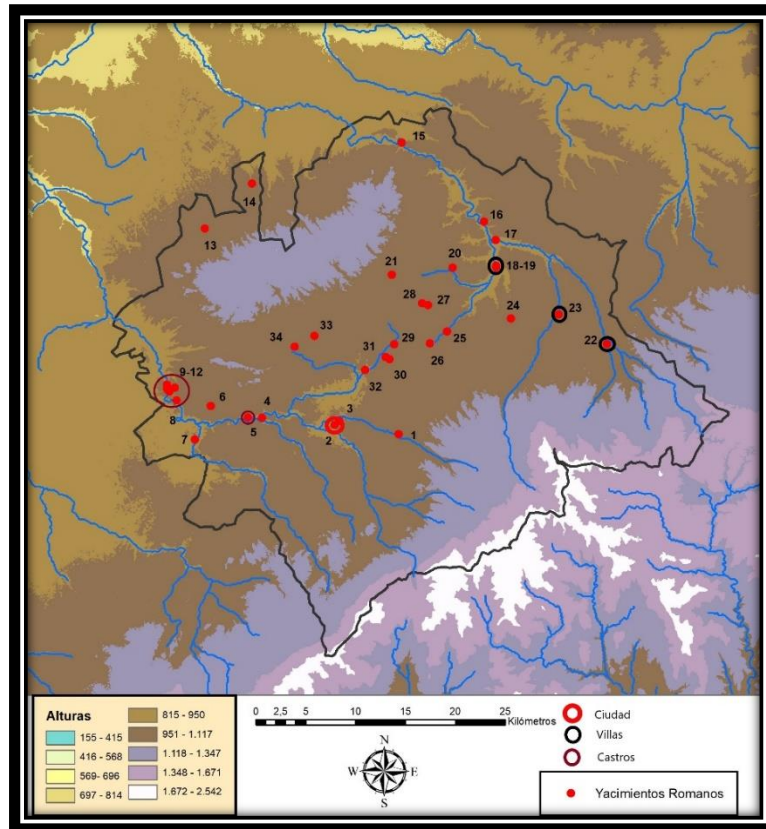


Figura 7.59: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. 40-046-0001-04 (Castillejo de Mesleón) (Seguro); 2. Los Mercados (Sepúlveda) (S); 3. Los Claverones (Barbolla) (Posible); 4. Castrogoda (Sepúlveda) (S); 5. San Julián (Sepúlveda) (P); 6. 40-195-0011-39 (Sepúlveda) (P); 7. Aldeacueva (Sebúcor) (S); 8. Cueva de la Nogalera (Sepúlveda) (P); 9. Pico los Lirios (Carrascal del Río) (S); 10. San Frutos (Carrascal del Río) (S); 11. La Pillera (Carrascal del Río) (S); 12. La Mesilla (Carrascal del Río) (S); 13. La Presa (Torreadrada) (P); 14. Poza de la Ermita (Aldeborro) (S); 15. Puente del Casuar (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (P); 16. 40-115-0001-01 (Maderuelo) (S); 18. Briongos (Riaguas de S. Bartolomé) (P); 19. 40-005-0001-01 (Alconada de Maderuelo) (S); 20. 40-039-0001-01 (Campo de S. Pedro) (S); 21. Los Villares (Cedillo de la Torre); 22. Las Casillas (Estebanvela) (S); 23. Las Vegas (Saldaña de Ayllón) (S); 24. 40-061-0001-01 (Corral de Ayllón) (S); 25. 40-196-0001-01 (Sequera de Fresno) (S); 26. 40-196-0001-02 (Sequera de Fresno) (S); 27. 40-029-0001-02 (Bercimuel) (P); 28. El Calvario (Bercimuel) (S); 29. 40-097-0001-01 (Grajera) (P); 30. La Zacea (Boceguillas) (S); 31. La Estacada (Boceguillas) (P); 32. 40-032-0002-01 (Boceguillas) (S); 33. Villapolaina (Navares de Ayuso) (S); 34. La Dehesa de Bálsamo (Urueñas) (P).

En la curso medio del Duratón aparece un conjunto de asentamientos: *Pico los Lirios*, *San Frutos*, *La Pillera* y *La Mesilla* todos ellos en Carrascal del Río, *Cueva de la Nogalera* y 40-195-0011-39 en Sepúlveda y *Aldeacueva* en Sebúlcor. Los asentamientos de Carrascal, salvo *La Pillera*, muestran ocupación proveniente de la época anterior y que no perdurará mucho en el tiempo. En cuanto a *La Pillera* con un único momento de ocupación se trata de un pequeño asentamiento en ladera para explotar la vega del río. Estos asentamientos hay que relacionarlos con la explotación de los pastos para la ganadería.

Aguas arriba del Duratón, se localiza el asentamiento de *Los Mercados* (Sepúlveda), lugar donde se realizaron varios trabajos arqueológicos (Martínez y Mangas, 2002), mostrándose como un importante núcleo en el que se descubrieron numerosas viviendas de época romana, calles con un trazado ortogonal, además de murallas.

En este lugar se levantó una *civitas* de nueva planta a lo largo del siglo I a.C., que se extiende por una superficie de 50 a 60 Has, situada en una zona junto a la vega del río y desde donde se pudiera ejercer un control sobre un territorio con suelos de gran potencialidad agrícola, pero también sobre los pastizales de las áreas serranas próximas. Se encontraba muy cerca del discurrir de varios ejes de comunicación que unían ambas mesetas y la que discurría en paralelo por la cara septentrional del Sistema Central desde el alto Duero hasta tierras extremeñas. También las vías pecuarias, que con posterioridad conformarían la Cañada Real Soriana Occidental y la Cañada Real Segoviana. Este emplazamiento servía para impulsar el desarrollo económico, la nueva ordenación del territorio y a la vez el control sobre una población reubicada de los castros abandonados (Martínez, 2010: 185). Entre los materiales recuperados, se documentan numerosos restos de mármoles, mosaicos, esculturas, etc., procedentes de edificios públicos. A uno de los espacios intervenidos se le ha atribuido la función de *campus* y *forum pecuarium*, lugar destinado a mercado de ganados y la celebración de fiestas religiosas con relación al calendario agrícola y ganadero (Martínez, 2010: 200-201). Desconocemos la situación de su necrópolis, aunque conocemos algunos epígrafes funerarios sin duda procedentes de ella (Santos, Hoyo y Hoces, 2005).

En las orillas de los arroyos Vegas y Seco se sitúan varios pequeños asentamientos explotando sus suelos, destacando *El Calvario* (Bercimuel) en el que se localiza cerámica campaniense, cerámica de tipología celtibérica, abundante material constructivo, vidrios y escorias metálicas.

En el curso medio del Riaza se sitúa el yacimiento de *Briongos* (Riaguas de San Bartolomé), situado en una loma se aprecian restos de muros de *opus caementicium*, mosaicos y abundantes restos constructivos, además del fragmento de una inscripción (Santos, Hoyo y Hoces, 2005: 123-125), lo que sugiere la existencia de una villa que organizara estos territorios. En *Las Vegas* (Saldaña de Ayllón), un poco más al sur, pero también en la vega del Riaza, se encontraría otra villa; son numerosos los materiales allí documentados (Juberías, 1952: 223) además de varios epígrafes, fechados en el siglo I (Santos, Hoyo y Hoces, 2005: 127-129). Todavía más al sur, en la cabecera del Aguijejo se encuentra el yacimiento de *Las Casillas* (Estebanvela) con abundantes restos constructivos, entre ellos teselas y pinturas murales que podrían hablarnos de una villa que buscara explotar el piedemonte serrano y sus pastos.

En esta zona se documenta la explotación minera de recursos férricos y de plata procedentes de la sierra de Ayllón; posiblemente estuvieron bajo el control de la *civitas* de *Termes*.

Hay que destacar el yacimiento de *Puente de Casuar* (Montejo de la Vega de la Serrezuela) donde se documentan restos romanos en las pilastras junto a unas inscripciones, atribuibles a finales del siglo I o principios del II (Santos, Hoyo y Hoces, 2005: 122-123).

Una serie de pequeños asentamientos se emplazan en el piedemonte de la Serrezuela, tanto por su cara sur (*Los Villares* (Cedillo de la Torre), *Villapolaina* (Navares de Ayuso), *La Dehesa de Bálsamo* (Urueñas) o norte (*La Presa* (Torreadrada) o *Poza de la Ermita* (Aldehorno) pudiendo aprovechar los suelos próximos para la agricultura, pero a la vez el acceso a los pastos. En el mismo sentido, explotación ganadera y silvícola, podemos hablar de *Castillejo de Mesleón* en el piedemonte de la sierra de Ayllón.

La mayoría de los asentamientos se circunscriben a las zonas más aptas para la explotación agrícola, lo que no evita que se hayan localizado algunos indicios de explotación en zonas más aptas para la ganadería.

### 7.7.3.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos 9 lugares donde se documentan inscripciones latinas: Montejo de la Vega de la Serrezuela 1; Riaguas de San Bartolomé 1; Saldaña de Ayllón 2; Aldeonte 4; Barbolla 1; Duratón 30; Sepúlveda 18; San Frutos 1 y Ventosilla y Tejadilla 3.



En esta zona la presencia de la *civitas* existente en Duratón influye notablemente en la epigrafía, así tenemos 30 inscripciones documentadas en Duratón y 18 en Sepúlveda, algunas de estas últimas en relación con la *civitas*, mientras que otras aparecen en lugares de habitación como cuevas.

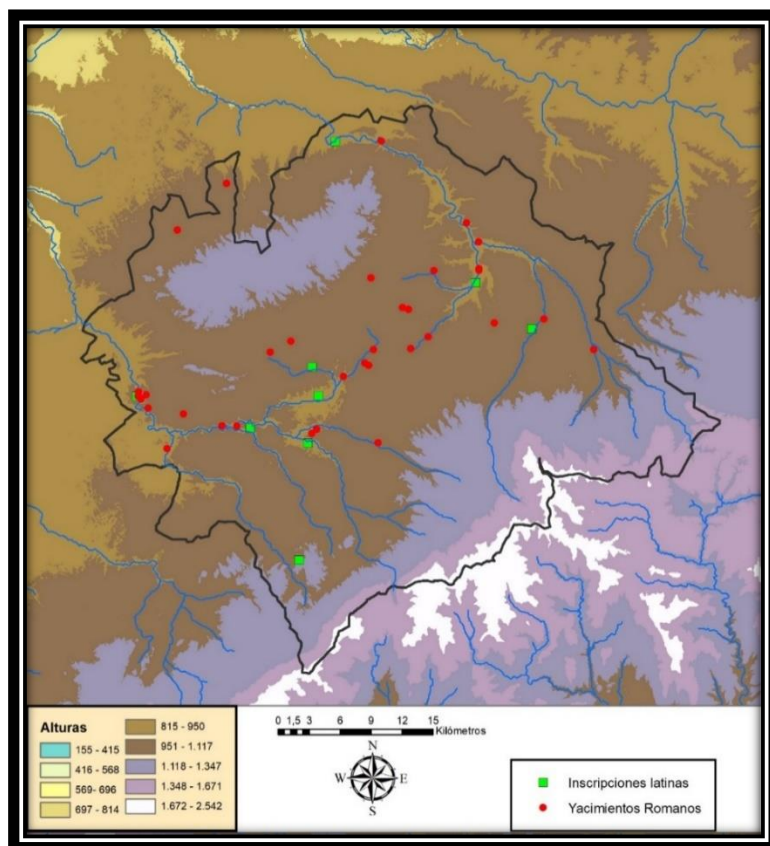


Figura 7.60: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En Aldeonte tenemos cuatro inscripciones, todas realizadas en arenisca roja; en tres<sup>183</sup> de ellas podemos apreciar, aunque muy fragmentadas, inscripciones que parecen corresponder a grupos de numerales, fechadas entre los siglos II y III. En cuanto a la cuarta se trata de una dedicación a *Mater Deorum* erigida por los *Ammani*<sup>184</sup>, fechada a finales del siglo IV (posiblemente falsa).

En Barbolla<sup>185</sup>, se documenta una inscripción, de carácter funerario, que *Terencia Faustina* dedica a su hijo *Tito Emilio Emiliano*, fechada en la segunda mitad del siglo II. En

<sup>183</sup> HEp 8, 1998, 390; HEp 10, 2000, 523; AE 2000, 767. HEp 8, 1998, 390; HEp 10, 2000, 524; ERSg 50b; HEp 8, 1998, 390; HEp 10, 2000, 525; ERSg 50c.

<sup>184</sup> *La Gran Madre de las ánimas, de todos los dioses, Madre de todos los dioses, ordenó que se pusieran ahora y que se pongan más adelante (?) en honor a Júpiter Sempiterno, en honor de Júpiter a partir de un voto. Los Ammani (colocaron) esta ara de la Madre tierra en virtud de un voto hecho a la Madre Tierra*, Hoyo 1998: 345-382; HEp 8, 1998, 389; AE 1999, 930.

<sup>185</sup> HEp 14, 2005, 252; ERSg 51; Hoyo, Hoces y Santos, 2007: 730-731.



Montejo de la Vega<sup>186</sup> aparece una inscripción rupestre dedicada a *Hércules*, por *Caius Iulius*, grabada sobre un panel de caliza situada junto a la vía que unía Segovia y Clunia; en la que se evidencia un culto vinculado a la protección de caminantes y la naturaleza; está fechada entre finales del siglo I y principios del II. En Riaguas de S. Bartolomé<sup>187</sup> se documenta un ara en caliza dedicada a *Júpiter Óptimo Máximo*; en Saldaña de Ayllón se ha documentado un altar dedicado al dios indígena *Arvo*<sup>188</sup>, levantado por *Pompeyo Plácido*, de los *Meducénicos*, realizado en caliza, fechado en el siglo I d.C.<sup>189</sup>; en el mismo lugar se documenta otro altar dedicado al mismo dios indígena, en este caso dedicado por *Lucio Pompeyo Paterno*<sup>190</sup>, con onomástica romana, fechada en el siglo II. En este lugar se ha sugerido, por la presencia de las inscripciones y la aparición de algunas columnas cilíndricas, la existencia de un santuario rural de época romana, al aire libre, que podría heredar la sacralidad de la etapa indígena (Martínez, 2010).

En la ermita de San Frutos<sup>191</sup> se documenta el conocido epitafio de *Flavo y Aspro*, realizado en caliza, reutilizado en el ábside de la ermita, fechada entre finales del siglo I y comienzos del II.

En Sepúlveda, como anteriormente comentábamos, se encuentran varios epígrafes votivos, rupestres o en cuevas como la dedicada a *Bonus Eventus*<sup>192</sup>, situada junto al puente de Talcano, fechada en el año 128; la dedicada a *Diana*<sup>193</sup>, en este caso rupestre, situada en la entrada de la Cueva Labrada, junto a otra situada en el mismo lugar<sup>194</sup>. La inscripción rupestre de *Eburianus*<sup>195</sup> situada en la Fuente de Giriago o la también rupestre situada en la zona de «Cuevas Lóbregas» en la margen derecha del río Caslilla<sup>196</sup>. En base a las documentadas junto al Puente Talcano y Cueva Labrada se ha planteado la existencia de sendos santuarios rurales.

<sup>186</sup> HEp 10, 2000, 526; AE 1985, 583; HEp 14, 2005, 258; ERSg 54.

<sup>187</sup> HEp 9, 1999, 502.

<sup>188</sup> Albertos, 1952: 50; AE 1955, 232; HAE 394; Blázquez, 1962: 103-104; Blázquez, 1972: 138; Albertos, 1975: 16, n° 131; Abascal, 1983: 90-91, n° 34; Salinas, 1984-1985: 95-96; AE 1987, 653; Abascal, 1988: 135, n° 15; HEp 2, 1990, 425; AE 1989, 466; Blázquez, 1992: 194; Marco, 1993: 41; Gómez-Pantoja, 2004: 256; HEp 13, 2003/2004, 575; AE 2004, 784; ERSg 58.

<sup>189</sup> Es posible que el *nomen Pompeius* que aparece en esta inscripción se pueda relacionar con las existentes en la *civitas* de *Termes*, donde se documenta un importante conjunto.

<sup>190</sup> Gómez-Pantoja, 2004: 261-262; ERSg 59; HEp 13, 2003/2004, 574; AE 2004 785.

<sup>191</sup> CIL II 2750; HEp 4, 1994, 627.

<sup>192</sup> CIL II 2750; HEp 4, 1994, 627.

<sup>193</sup> ERSg 163.

<sup>194</sup> HEp 11, 2001, 439; ERSg 162.

<sup>195</sup> HEp 11, 2001, 439; ERSg 162.

<sup>196</sup> HEp 3, 1993, 322; HEp 14, 2005, 306; ERSg 157; LICS 307b.

En Ventosilla y Tejadilla se documentan tres inscripciones funerarias; en la primera, *Próculo* y *Emilio*<sup>197</sup>, de los *Abínicos* se la dedican a su padre también *Próculo*, una estela en caliza en la que aparece representado un astro de doce radios levógiros y en cada enjuta una escuadra, en cada una de ellas aparece una roseta inscrita en dos círculos concéntricos, bajo la anterior, separada de él por un friso de aspas biseladas, fechada en el siglo II. Otra inscripción se presenta en una estela bísoma dedicada a *Licinio Antílico* y *Licina*<sup>198</sup>, donde se observa la representación de dos animales, uno de ellos un jabalí, se fecha en el siglo II o comienzos del III. La tercera se trata de una estela doble dedicada a *Marcelo* hijo de *Tito* de los *Bábicos*<sup>199</sup>, en la misma se encuentran como decoración dos ruedas con varios rayos curvos, enmarcados en un arco de medio punto y, entre ellos, un creciente lunar sobre peana; en las enjutas de la cabecera hay dos escuadras y, bajo ésta, una franja de aspas biseladas; fechada en el siglo II.

Las informaciones que nos aportan estas inscripciones hablan de la progresiva romanización de la población; mientras se conserva la onomástica de origen indígena, se van sumando, lentamente, algunos nombres de origen latino, que provocarán la creación de mixtos. A pesar de ello, los nombres y las formas de organización indígena perduraron en el tiempo. Las inscripciones dedicadas a los dioses romanos se localizan junto a los asentamientos catalogados como villas.

#### **7.7.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII)**

##### **7.7.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V)**

Las informaciones que tenemos sobre *Los Mercados* hablan de su pérdida de importancia durante esta época. Pese a todo, se mantuvo ocupada hasta al menos el siglo VII. Para esta época son pocos los elementos conocidos en el núcleo urbano: se documentan TSHt, cerámicas de cocina y algunas imitaciones de sigillata.

Lo limitado de las investigaciones realizadas en esta zona tan sólo permite conocer algunos de los asentamientos que han ido surgiendo, pero no

---

<sup>197</sup> AE 1985, 582; LICS 323; ERSg 166.

<sup>198</sup> HEp 4, 1994, 645; ERSg. 169.

<sup>199</sup> HAE 1029; LICS 320; HEp 4, 1994, 646; HEp 14, 2005, 311; ERSg 241-242, n° 167.

su evolución. Los asentamientos próximos a la *civitas* desaparecen, mostrándonos una ciudad sin, aparentemente, asentamientos suburbanos.

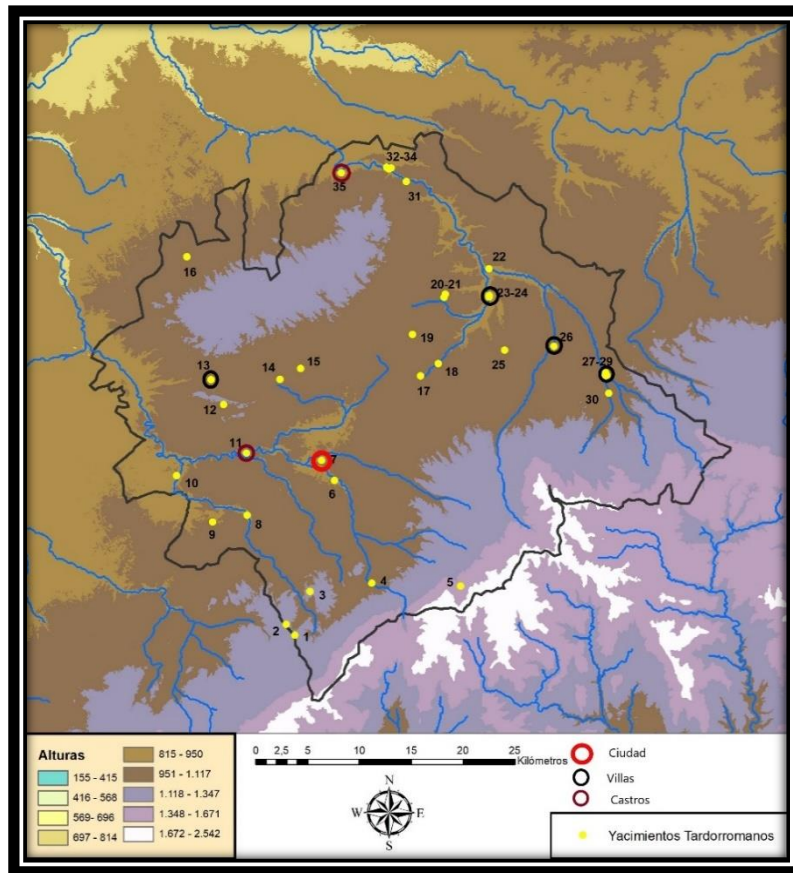


Figura 7.61: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Cerro Pelao (Prádena) (Posible); 2. Las Rozas (Prádena) (P); 3. Cerro Casillas (Ventosilla y Tejadilla) (S); 4. Los Villares (St. Tomé del Puerto) (S); 5. La Carretera (Sto. Tomé del Puerto) (P); 6. Prádena de S. Andrés (Sepúlveda) (P); 7. Los Mercados (Sepúlveda) (S); 8. Las Verguillas (Condado de Castilnovo) (P); 9. El Pozo de Aldearraso (S. Pedro de Gaillos) (P); 10. Aldeacueva (Sebúlcor) (S); 11. Castrogoda (Sepúlveda) (S); 12. Camino Turubuelo (Riaza) (S); 13. Los Cimientos (Riaza) (S); 14. La Dehesa de Bálsamo (Urueñas) (S); 15. Villapolaina (Navares de Ayuso) (S); 16. La Presa (Torreadrada) (P); 17. 40-196-0001-02 (Sequera de Fresno) (P); 18. 40-196-0001-01 (Sequera de Fresno) (P); 19. El Calvario (Bercimuel) (S); 20. 40-039-0001-01 (Campo de S. Pedro) (P); 21. Valdecaras (Campo de S. Pedro) (P); 22. 40-008-0001-04 (Aldealengua de Sta. María) (S); 23. Briongs (Riaguas de S. Bartolomé) (S); 24. 40-005-0001-01 (Alconada de Maderuelo) (S); 25. 40-061-0001-01 (Corral de Ayllón) (S); 26. Las Vegas (Saldaña de Ayllón) (S); 27. Las Casillas (Estebanvela) (S); 28. Cañamares (Estebanvela) (S); 29. Pedrixa Francos (Francos) (S); 30. Morenales (Estebanvela) (S); 31. Valugar (Maderuelo) (S); 32. Puente del Casuar (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (P); 33. Peñarrubia (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (S); 34. La Hocesilla (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (S); 35. La Antipared (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (S).

En este momento se produce el establecimiento de nuevos centros rurales en la zona de piedemonte, anteriormente despoblada, en relación con la *civitas* de *Confluenta*, Cerro Pelao (Prádena), Las Rozas (Prádena), Cerro Casillas (Ventosilla y Tejadilla), Los Villares (Sto. Tomé del Puerto) y La Carretera (Sto. Tomé del Puerto), con una clara vocación ganadera y de explotación de los bosques cercanos. En Cerro Pelao se documenta la existencia de una

cueva cercana con evidencias de uso en esta época y en *Cerro Casillas* aparecen escorias de fundición.

Las márgenes del cauce del Prádena se pueblan con algunos asentamientos, como *Las Verguillas* (Condado de Castilnovo), *El Pozo de Aldearraso* (S. Pedro de Gaillos) o *Aldeacueva* (Sebúlcor) buscando la explotación de sus suelos.

Los asentamientos que en la etapa anterior clasificábamos como villas continúan ocupadas, y a falta de mayores informaciones desconocemos si sufren algún tipo de mejoras o transformaciones en esta época o lo que percibimos en ella es fruto de este momento cronológico. Entre estas se encuentran las de *Las Casillas* (Estebanvela), *Las Vegas* (Saldaña de Ayllón), *Briongos* (Riaguas de S. Bartolomé) a las que se suma la de *Los Cimientos* (Riaza), situada al suroeste de la Serrezuela, donde se documenta abundante material constructivo, teselas de gran tamaño y material cerámico, TSHt, este establecimiento, en llano, buscaría explotar los recursos del piedemonte serrano.

Los alrededores de la Serrezuela, que ya estaban siendo explotados en la etapa anterior continúan siéndolo, aunque desaparezcan unos asentamientos y surjan otros. Uno de los que se mantiene es *La Presa* (Torreadrada) en relación con los pastos del piedemonte. Surgen nuevos sobre todo en la zona cercana al río Riaza, como *Valugar* (Maderuelo), *Peñarrubia*, *La Hocecilla* y *La Antipared* los tres en Montejo de la Vega de la Serrezuela, buscando una explotación diversificada. Este último es un castro de la Segunda Edad del Hierro reutilizado, donde se documentan fragmentos cerámicos de TSHt. El resto de los asentamientos, buscan la ocupación de los espolones calizos sobre el río, posiblemente con un interés defensivo como pueden atestiguar los restos derrumbados de muros existentes en *Valugar* o *La Hocecilla*, aunque también pudieran servir como encerraderos de ganado.

También las laderas de la Sierra de Ayllón ven un incremento en su poblamiento, alrededor de la villa de *Las Casillas* (Estebanvela), aparecen nuevos asentamientos como *Cañamares* (Estebanvela), *Pedriza Francos* (Francos) o *Morenales* (Estebanvela) buscando explotar sus pastos y posiblemente la explotación de minerales como el hierro y la plata.

Hay que destacar el asentamiento de *Castrogoda* (Sepúlveda), un castro, situado en un espolón calizo sobre el Duratón, con continuas reutilizaciones, donde además de materiales, algunos tardorromanos, se documenta la existencia de una cerca realizada en caliza de difícil datación, desconocemos si defensiva o para el ganado, y en el centro del asentamiento una estructura interpretada como un chozo de pastor, junto al mismo cerámicas a torno de pastas grises y desgrasantes micáceos junto a téglulas, ímbrices y

Una necrópolis que podemos que podemos adscribir a este momento o posterior es la de *Valdecaras* (Campo de San Pedro), los materiales allí documentados, cerámicas a torno y restos de vidrio no son lo suficientemente explícitos.

#### 7.7.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)

[illegible]

Figura 7.62: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Cerro Casillas (Ventosilla y Tejadilla) (S); 2. Camino de la Ermita de la Virgen (Sto. Tomé del Puerto) (P); 3. Los Mercados (Sepúlveda) (S); 4. Las Verguillas (Condados de Castilnovo) (P); 5. Prado Segar (Aldeacorro) (P);

6. *El Pozo de Aldearraso* (S. Pedro de Gaillos) (P); 7. *Barranco de la Presa* (Sebúlcor) (S); 8. *Somosierra* (Sepúlveda) (S); 9. *Castrogoda* (Sepúlveda) (S); 10. *San Julián* (Sepúlveda) (S); 11. 40-195-0010-5 (Sepúlveda) (P); 12. *Cueva de los Siete Altares* (Sepúlveda) (S); 13. *Cueva del Santero* (Sepúlveda) (P); 14. *Cueva de San Valentín* (Carrascal del Río) (S); 15. 40-044-0001-37 (Carrascal del Río) (S); 16. *Las Cocinillas* (Sepúlveda) (P); 17. *Sta. María del Bálsamo* (Urueñas) (S); 18. *Cerro Moro* (Fresno de Cantespino) (S); 19. *Villacortilla I* (Estebanvela) (P); 20. *La Francesa* (Estebanvela) (P); 21. *Las Requijadas* (Ayllón) (P); 22. *Los Pradillos* (Ayllón) (S); 23. *Cuesta de la Vega* (Sta. María de Riaza) (P); 24. *San Cristóbal* (Languilla) (P); 25. *La Zarzóna I* (Languilla) (P); 26. *Valdecaras* (Campo de S. Pedro) (P); 27. 40-115-0001-07 (Maderuelo) (S); 28. *Valugar* (Maderuelo) (S); 29. *Vega del Casuar* (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (S); 30. *Entrambasaguas* (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (P); 31. *La Parada* (Montejo de la Vega de la Serrezuela) (P); 32. *La Vega* (Carrascal del Río) (P); 33. 40-046-0001-04 (Castillejo de Mesleón) (P); 34. *Las Casillas* (Santa María del Cerro) (P); 35. *Casco urbano* (Sepúlveda) (S); 36. *Ermita de San Vicente* (Sepúlveda) (P); 37. 40-044-0001-49 (Carrascal del Río) (P); 38. *San Frutos* (Carrascal del Río) (S).

En la zona de las Hoces del Duratón donde en época anterior habían desaparecido varios núcleos, ahora sufren una reactivación como ocurre con *San Julián* o *Somosierra*.

En esta época sabemos que la ciudad de Duratón mantuvo una cierta ocupación a tenor de los datos que nos proporciona la necrópolis existente junto a la ermita románica. Desconocemos donde se fue trasladando su población. Esta necrópolis, donde se localizan una serie de tumbas antropomorfas, se sitúa en las proximidades de la vía que unía la ciudad con Segovia. Los materiales documentados hablan de su uso entre los siglos V y VII, con un abandono que se debió prolongar hasta el siglo XII cuando comenzó la construcción de la ermita. En el núcleo urbano se documentan algunas cerámicas, escasas, propias de este momento. La ausencia de materiales más allá del siglo VII habla de su abandono, que debemos suponer progresivo.

En el curso medio del Duratón se asientan varios yacimientos, *Somosierra* (Sepúlveda), *Castrogoda* (Sepúlveda), *San Julián* (Sepúlveda), 40-195-0010-5 (Sepúlveda), *Cueva de los Siete Altares* (Sepúlveda), *Cueva del Santero* (Sepúlveda), *Cueva de San Valentín* (Carrascal del Río) y 40-044-0001-37 (Carrascal del Río) y *La Vega* (Carrascal del Río). Algunos de ellos se sitúan en cuevas, utilizadas como santuarios donde se han realizado elementos para acondicionarlas para estos menesteres y junto a ellas se documenta material cerámico propio de esta época. Otros son castros o lugares destacados, que ya habían estado en uso en anteriores etapas bien históricas o prehistóricas donde se documentan materiales cerámicos similares a los anteriormente referidos; y otros asentamientos como *La Vega* que parecen pequeñas aldeas que buscan explotar la vega del río. En la vega del Prádena se encuentra *Barranco de la Presa* (Sebúlcor), una necrópolis en la que se documentan 10 inhumaciones a base de lajas calizas o fosas simples con materiales cerámicos y metálicos como ajuar. Otra necrópolis de similares características fue excavada



por Molinero en los años 30 en *Camino de la Ermita de la Virgen* (Sto. Tomé del Puerto), con tumbas a base de lajas calizas. Más alejados de la vega se sitúan otros yacimientos como *Las Cocinillas* (Sepúlveda), *Sta. María del Bálsamo* (Urueñas) o *Cerro Moro* (Fresno de Cantespino). En este último caso una gran necrópolis, situada en una ladera, con amplia visibilidad y materiales propios de esta época. Los otros dos, pequeños asentamientos que buscan explotar los pastos del piedemonte.

Una situación especular es la que se aprecia en la vega del Riaza. En su parte más alta, los yacimientos de *Villacortilla* y *La Francesa* ambos en Estebanvela; se trata de un pequeño asentamiento, desde el que busca la explotación de los recursos serranos y una necrópolis excavada por el Marqués de Cerralbo y Juberías en la que se recuperaron numerosos materiales metálicos y jarritas de cerámica gris. Aguas abajo se documenta la presencia varios pequeños asentamientos, posiblemente granjas para la explotación del territorio.

En la zona de Maderuelo, se localiza el asentamiento de *Valugar* en un espolón calizo y otro asentamiento (40-115-0001-07) localizado en un abrigo, ambos relacionados con la explotación ganadera. En *Cerro Casillas* (Ventosilla) se localizaron los restos de un edificio de tres naves, donde se recuperaron varias estelas y un sarcófago reaprovechados en época visigoda.

En cuanto a los lugares en los que se detectan tumbas excavadas en la roca, que como decimos pueden moverse a caballo de esta época o la inmediatamente posterior, encontramos la *Ermita de San Frutos* (Carrascal del Río), donde se documentan 8 tumbas antropomorfas muy erosionadas junto a la ermita medieval. También en Carrascal en el yacimiento 40-044-0001-049, en el borde del páramo se documenta una tumba antropomorfa excavada en un saliente calizo. En *San Julián* (Sepúlveda) en un espolón calizo, junto a la ermita se documentan varias tumbas antropomorfas junto con material cerámico. También en Sepúlveda, junto a la *Ermita de S. Vicente* se documentan varias tumbas, al igual que en el casco urbano donde se han exhumaron hasta 19 sepulturas tipo antropomorfo o bañera.

En *Santa Lucía* (Castro de Fuentidueña), en un antiguo castro calcolítico reutilizado, se documentan dos tumbas antropomorfas. En *Las Casillas* (Sta. María del Cerro) junto a los restos de una ermita se documenta una necrópolis de 14 tumbas excavadas, agrupadas por edades, adultos/infantes junto a las que se documentan otras inhumaciones a base de lajas.

### 7.7.5. ¿Y después del siglo VIII?

Son varios los asentamientos de época visigoda que se emplazan sobre espigones calizos o cuevas que tienen una ocupación en época altomedieval, aunque desconozcamos si tienen una continuidad o fueron abandonados y posteriormente reutilizados. Decir que son lugares de habitación recurrentes y cuya dedicación es la explotación ganadera.

También el cerro de *Castrogoda* parece mantenerse ocupado, aunque desconozcamos la importancia que jugó en ese momento y la relación que mantuvo con la reutilización del cerro donde se asentaba Sepúlveda, en un momento indeterminado entre los siglos VIII y IX, por el momento sin presencia de materiales de época visigoda.

### 7.7.6. Interpretación de los datos

En esta zona, en cuanto a la distribución cronológica de los asentamientos (tabla 7.35), asistimos a un importante incremento en su número en época romana pasando de los 14 conocidos de la Segunda Edad del Hierro a los 34 de la época romana, a pesar de lo cual, tan sólo en 5 de los casos se documenta su continuidad en uso.

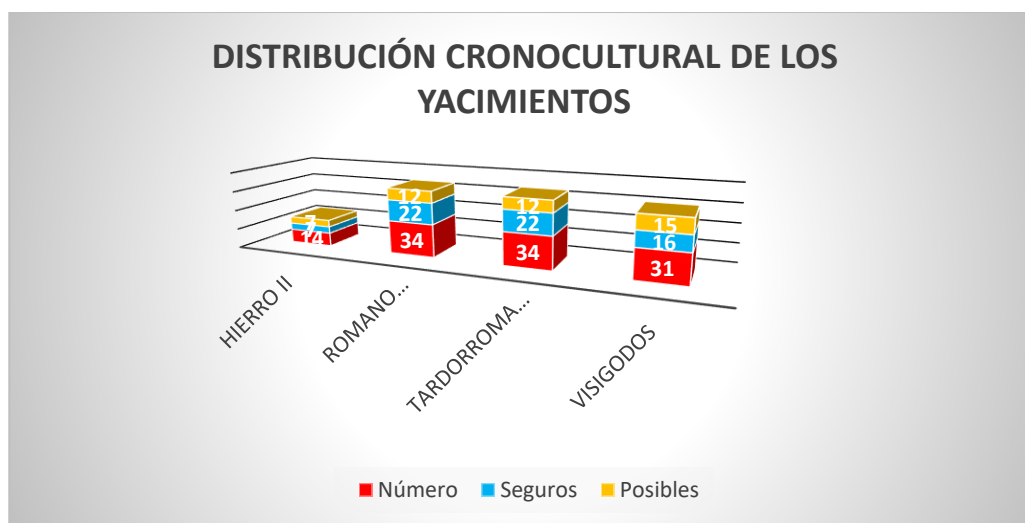


Tabla 7.35: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el LAS.

El número de asentamientos entre la época romana y tardorromana se mantiene constante, pero no así la ocupación, ya que el 50% de los mismos son de nueva creación. En la época visigoda, se aprecia un ligero descenso en el número de sitios ocupados, entre los que únicamente un 20% de la época anterior continúan en uso.

Las diferentes densidades de yacimientos por épocas se aprecian en la tabla 7.36, en la que se percibe ese incremento de lugares ocupados, haciendo de esta zona una de las de mayor densidad.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	14	1.813,20	0,00772116
Romano Altoimp.	34	1.813,20	0,01875138
Tardorromanos	34	1.813,20	0,01875138
Visigodos	31	1.813,20	0,01709685

Tabla 7.36: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En cuanto a las alturas a las que se sitúan los asentamientos en las diferentes etapas (tabla 7.37) se aprecia un ligero incremento en la altura media, que comienza en la Segunda Edad del Hierro y continúa hasta época tardorromana, a partir de la que cuando se percibe un ligero descenso. Cuando analizamos las alturas relativas en las que se sitúan los asentamientos, llama la atención que entre la época romana y tardorromana, el incremento en las alturas debemos buscarlo en esos asentamientos *ex novo* que buscan cotas más elevadas buscando la explotación de otro tipo de recursos. Situación que se tiene su continuidad en época visigoda.

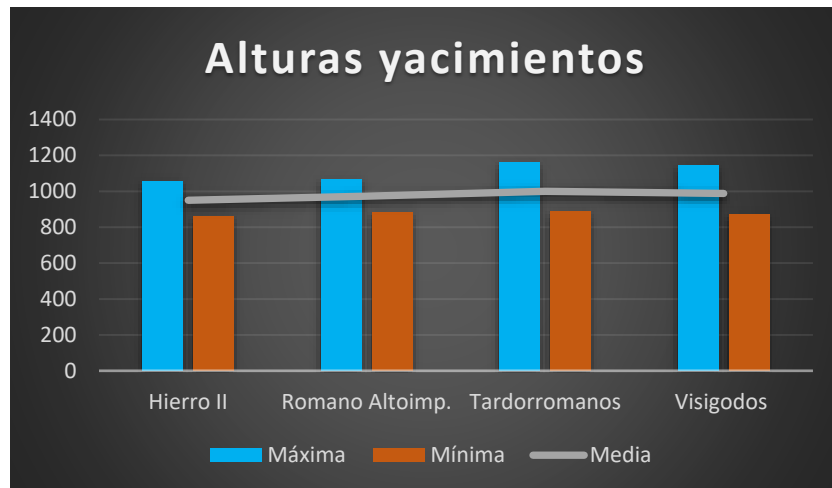


Tabla 7.37: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a los suelos (tabla 7.38 y 7.39), durante la Segunda Edad del Hierro, percibimos una distribución bastante similar entre los situados próximos a los asentamientos como en los situados más alejados. En cuanto a los de mayor potencialidad (tipo A), se percibe su incremento en época romana en los más próximos, y un ligero descenso en los más alejados; mientras que los de potencialidad media (tipo B) descienden

entre los más cercanos mientras que los más lejanos se mantienen. En época tardorromana y visigoda la situación que se percibe es similar a pesar de los cambios de asentamiento, un ligero descenso de los de mayor potencialidad (tipo A) en los localizados cerca de los asentamientos como en los más alejados y un cierto equilibrio entre los de mediana y menor potencialidad; estos últimos sufren un importante incremento durante la época tardorromana, sobre todo en los más cercanos.

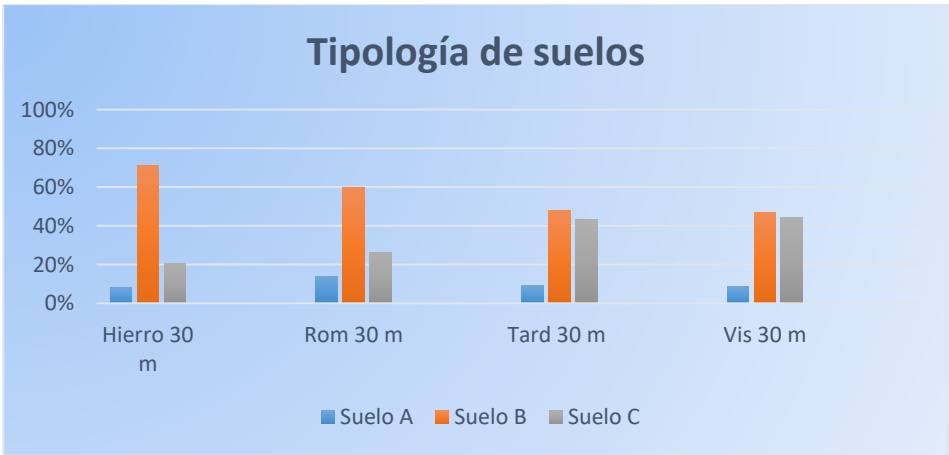


Tabla 7.38: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

La pobreza de los suelos de esta zona hizo que las condiciones de vida en estos asentamientos no hubieran de ser sencillas, siendo pocos los suelos capaces de producir un buen rendimiento, pero posibilitando la existencia de buenos pastos para el sostenimiento de buenos rebaños de ganado. Estos pastos, sobre todo en el área de la Serrezuela serían imprescindibles en épocas de agostada, cuando los situados en el centro de la cuenca del Duero escasearan.

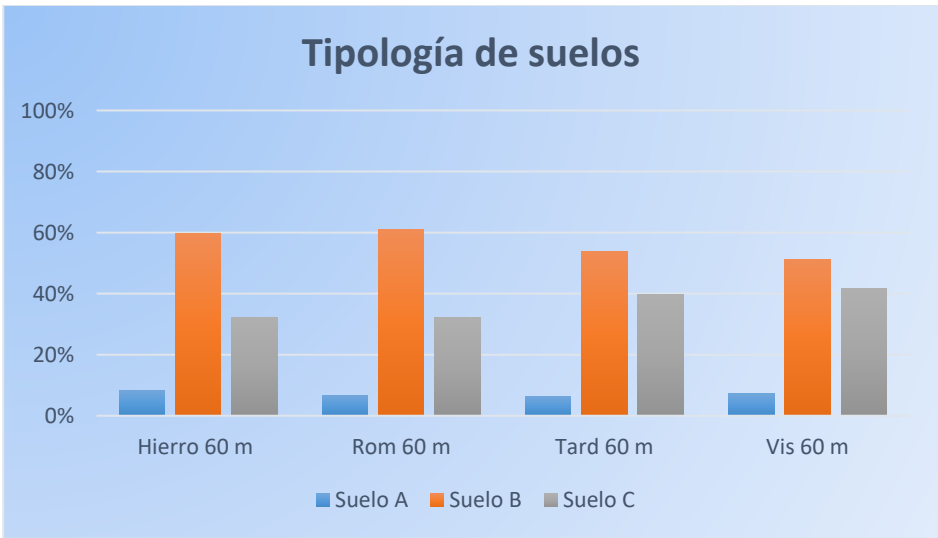


Tabla 7.39: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Como decíamos anteriormente durante la Segunda Edad del Hierro son varios los asentamientos documentados en la zona, situados en las vegas de los dos principales cursos fluviales dejando entre ambos un territorio que parece deshabitado. Estos asentamientos se sitúan junto a los cursos fluviales, aprovechando sus espolones calizos como recursos defensivos y próximos a los ejes naturales que articulan el territorio.

Un grupo se concentra sobre las vegas del Duratón donde tendrían importancia el castro de *Somosierra* y que organizaría este curso fluvial, mientras que, en las vegas del Riaza en el cauce alto, el yacimiento de *Rosa Blas* ejercería esta función. Un poco que más al norte, se repite la situación del Duratón, localizándose pequeños asentamientos aprovechando los rebordes calizos, que se dotan de defensas artificiales.

Sabemos de una única figura zoomorfa que se documentó en Sepúlveda, hoy desaparecida, que sirve como posible referencia de la influencia cultural vettona, posiblemente en referencia al trasiego de ganado.

Son pocos los topónimos de época perromana que nos han llegado, entre ellos podemos citar: Cantespino y Castroserna; su pervivencia posibilita el poder afirmar la permanencia de grupos de población en estos territorios durante toda la época de análisis.

Tenemos constancia de la existencia de varios ejes que debían recorrer esta zona (figura 7.63); unos siguiendo aproximadamente los recorridos de los principales cursos fluviales que la drenan. Uno de ellos seguiría aproximadamente el curso del Duratón, mientras que otro seguiría el río Riaza, articulando las comunicaciones desde la zona serrana con las zonas más bajas de la cuenca del Duero.

Además, debía existir otro eje importante, que proveniente de las tierras sorianas se bifurcaría a su vez en dos, uno que recorrería el piedemonte septentrional del Sistema Central, mientras que otra rama conectaría la meseta norte con la sur a través del puerto de Somosierra. Este último eje perduraría en el recorrido de la Cañada Real Segoviana y el de la Cañada Real Soriana Occidental. Los yacimientos de época del Hierro se situaban muy próximos a estos ejes y los cursos fluviales, que les servirían para articular sus comunicaciones a escala regional.

Dos son las vías pecuarias que recorren esta zona, una, la Cañada Real Segoviana, que la recorre de norte a sur, procedente de la zona burgalesa, buscando atravesar el Sistema Central por el puerto de Somosierra donde enlaza con la Cañada Real Soriana occidental, que procedente de la zona soriana, discurre por el piedemonte septentrional del

Sistema Central, entrando en la zona por Ayllón, hacia Maderuelo y Santo Tomé del Puerto.

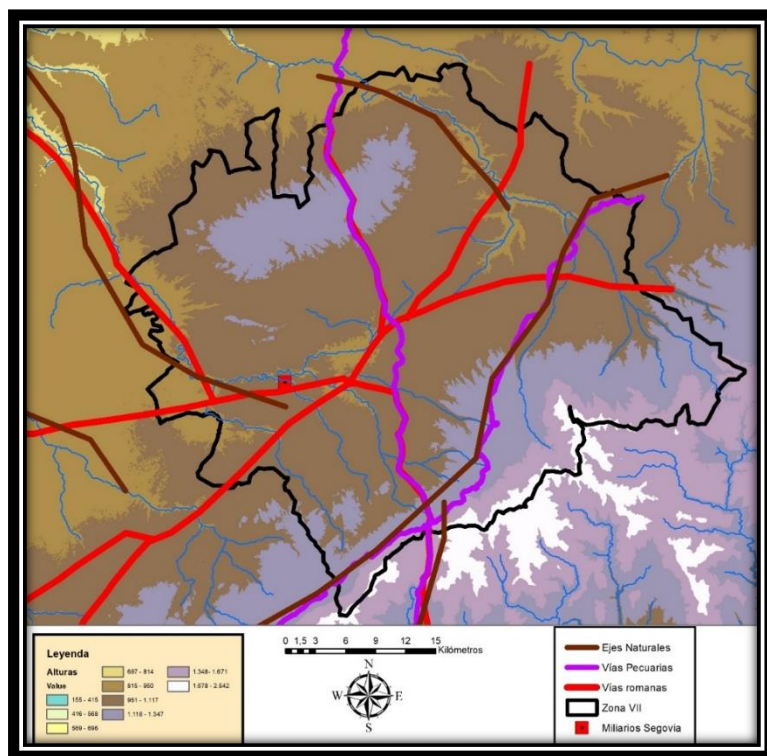


Figura 7.63: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

En cuanto a las vías romanas surgen con una clara disposición radial desde de *Confluenta*<sup>200</sup>, comunicándola con el resto de *civitas* próximas, tanto en a norte del Sistema Central (Coca, Segovia, *Pintia*, *Rauda*, *Clunia* y *Termes*), como al sur de este (*Complutum*).

A lo largo del siglo I a.C. se detecta un cambio en el patrón del poblamiento. Dos son los nuevos polos que lo ordenarán, *Confluenta* y *Termes*. Sabemos que desde principios del siglo I a.C., en la confluencia de los ríos Serrano y Duratón, surge la *civitas*. Su crecimiento poblacional hay que ponerlo en relación con el fin del *oppidum* de *Somosierra* y otros asentamientos próximos abandonados a inicios del siglo I a.C. (López, 2008; Martínez, 2010: 184; Martínez y Mangas, 2014). Al mismo tiempo, debió darse un traslado de población hacia la *civitas* de *Termes*, desde los asentamientos situados en las vegas del

<sup>200</sup> Ptolomeo (*Ptol. II* 6, 55) menciona la *civitas* de *Konfloenta*, con la que se ha relacionado el yacimiento de *Los Mercados* (Martínez, 2010; Martínez y Mangas Manjarrés, 2014). En este lugar además de numerosos restos constructivos destaca la presencia epigráfica, confirmando la existencia de un núcleo con estatuto privilegiado desde la época de Vespasiano (Santos, Hoyo, y Hoces, 2005, pág. n° 22 y 159).



Aguisejo y curso alto del Riaza, abandonados en la misma época<sup>201</sup> o tras las revueltas sertorianas.

Su creación responde a una clara política romana ya puesta de manifiesto numerosas veces, la creación de un nuevo núcleo capaz de organizar y articular un territorio cuando no existe uno. Este mismo sistema se repite en territorios próximos como en Ávila. El sistema también funcionó en sentido contrario, es decir, cuando importantes centros indígenas eran abandonados, las funciones que anteriormente ejercían serían recogidas por aquellos que permanecieran o los de nueva planta.

La ciudad de *Termes*, pese a encontrarse fuera del área de estudio, se convertiría en el núcleo desde el que se organizase la parte más oriental de esta zona, englobando en su territorio los terrenos antes reseñados, en contacto con los límites orientales de *Confluenta*, tras la creación de ésta. El *territorium* de *Termes* alcanzaría, al menos hasta Saldaña de Ayllón, a tenor de la interpretación de una de las inscripciones allí documentadas.

Esta zona, durante la época altoimperial quedó integrada en la provincia *Hispania Citerior Tarraconensis* y dentro de la misma en el *conventus Cluniensis*. Es posible que los límites de la ciudad de Duratón sobrepasaran las cotas del Sistema Central, pudieron controlar ambas laderas de este y el paso monatañoso de Somosierra (Barrio, 1999: 29; Martínez, 2010: 208), sobrepasando el valle del Lozoya, pero sin alcanzar el castro de *Debesa de la Oliva* (Patones).

La parte más occidental del territorio quedaría englobada dentro del *territorium* de la *civitas* de *Termes* posiblemente alcanzara hasta el nacimiento del Bercimuel, donde se encontraría con el territorio de *Confluenta*. La parte oriental del territorio estaría bajo el control de *Confluenta* cuyo *territorium* alcanzaría el de *Pintia* posiblemente más allá de la Serrezuela que por sus características quedaría englobada en este territorio; por el este entraría en contacto con el *territorium* de *Cauca* como anteriormente hemos comentado y con el de Segovia, que alcanzaría algún punto en el interfluvio del río Pirón y Cega.

Desde la primera mitad del siglo I d.C. y a lo largo del siglo II d.C. los datos permiten intuir un proceso de crecimiento urbanístico en la ciudad de *Confluenta*, similar al documentado en *Segovia* y *Termes*, convirtiéndose en sedes de poder y una clara concentración de población al menos desde el segundo cuarto del siglo I a.C. Esta ciudad se levantó con una intención clara de crear una cabecera de *civitas* romana para la zona, en

---

<sup>201</sup> Es posible que durante las campañas de Tito Didio entre el 98-94 a.C. se abandonaran todos estos asentamientos (López, 2010: 252; López, 2008).

un lugar destacado para el control de las vías de comunicación. En la misma se documentan algunos espacios públicos que se podrían identificar como *fora pecuaria*, mercados de ganados a nivel regional (Martínez y Santiago, 2010: 89). Lo que nos remite a la gran importancia que hubo de tener la ganadería, y sus movimientos en esta zona.

La ciudad, continuaría su desarrollo durante el siglo I d.C., alcanzando con Vespasiano la categoría de *municipium* de derecho latino (Martínez, Prieto y Orejas, 2004; Santos, Hoyo y Hoces, 2005). Este dinamismo de la ciudad se traduce en un importante programa urbanístico fruto del cual sean la rampa monumental y las termas (Martínez, Prieto y Orejas, 2004). Otros monumentos, cargados igualmente de un fuerte carácter ideológico son muestra del poder económico de una sociedad en evolución, como la restauración del Puente de Talcano.

El poblamiento de época romana se distribuye más ordenadamente que en la etapa anterior; se puebla la zona situada entre los cauces del Duratón y Riaza anteriormente despoblada. A la vez que se generalizan los asentamientos sobre ambas vegas. Los nuevos centros rurales debieron surgir de forma lenta y progresiva, sin una planificación previa, para finalmente ocupar las áreas más aptas para la explotación agrícola. Situándose asentamientos en zonas de acceso directo a los pastizales de las zonas serranas. Desconocemos los detalles de cómo se realizó esta transformación en el modelo de poblamiento, tan sólo podemos intuir que, tras la desaparición de la gran mayoría de los asentamientos prerromanos, *salvo La Mesilla, Pico los Lirios y San Julián*, surgirán los nuevos al amparo de las nuevas *civitates* y las transformaciones que debieron producirse en las comunicaciones locales y regionales. También en su desaparición posiblemente tuvo que ver el interés mostrado por Roma en romper la identidad de algunos grupos (Martínez, 2008: 219).

Como decíamos anteriormente, la zona más oriental, dependiente de *Termes*, parece haber sufrido una importante despoblación en a lo largo del siglo I a.C. con un comienzo de su poblamiento durante el siglo I d.C. bien avanzado, dependiente de la ciudad soriana. Será a finales de este siglo y sobre todo en el siglo II, cuando se aprecia la densificación del poblamiento rural dependiendo, posiblemente, de la *civitas* de *Termes*, que tras recibir el estatuto jurídico en época tiberiana propiciaría la colonización de su *territorium*.

Los asentamientos considerados como villas se documentan únicamente en la vega del Riaza y por tanto dependientes de la ciudad de *Termes*. Se distribuyen en los cursos altos de Bercimuel, Riaza y Aguiasejo, teniendo desde las mismas, sobre todo desde las dos

últimas un claro acceso a los pastos serranos, pero a la vez a las vegas de los ríos. Alrededor de ellas se localizan pequeños asentamientos posiblemente dependientes.

Los asentamientos en esta época se localizan, mayoritariamente cerca de las vías de comunicación romanas, las excepciones son aquellos asentamientos que se localizan alrededor de la Serrezuela, y que parecen situarse algo más alejados de estas vías.

Junto a la villa de Bercimuel se encuentra una inscripción dedicada a *Jupiter Optimo Máximo*, mientras que junto a la de *Las Vegas* (Saldaña de Ayllón) se documentan dos, ambas dedicadas al dios indígena *Arco*, una de ellas levantada por *L. Pompeius Materno*, en una zona con acceso a los pastos serranos. También la doble dedicada a Hércules. Estas inscripciones informan de la pervivencia de la religión indígena entre gentes que han aceptado la cultura y religión latina, pero entre los que su cultura todavía tiene su espacio y peso. La situada en Aldeonte (posiblemente falsa) cerca de la civitas, donde se documenta un grupo de parentesco en un momento muy avanzado, siglo IV. En Los Mercados se conocen varios grupos de parentesco: *Callecum*, *Viannetiq(on)* (este es de Cauca); *[---]ocancum*. Junto a ellas aparecen algunas donde se percibe plenamente que nos encontramos ante individuos plenamente romanizados, incluso un soldado: *Quinto Valerio Bucón*, perteneciente a la legión II *Adiutrix Pia Fidelis*. En Sepúlveda también se documentan dos grupos de parentesco en una misma inscripción: *[- - -]rioq(um)* y *[- - -]+aniq(um)*. Y en Ventosilla, también en una zona dedicada a la ganadería se documenta otros dos: *Abi(anicum)* y *Babicu/m*. Llama la atención que aquellas en las que se documentan grupos de parentesco o nombres indígenas aparecen, mayormente, en la civitas y en zonas dedicadas a la ganadería. La epigrafía muestra como en estos momentos se ha producido una completa absorción del modelo social latino, a pesar de lo cual, la pervivencia de fórmulas organizativas indígenas se mantiene hasta bien entrado el siglo II d.C. También la pervivencia de cultos de origen indígena, constatados en el ámbito rural, junto a la extensión de los propios del mundo grecolatino y los asociados al culto imperial (sevirato en Duratón y *flaminado* en Segovia?).

En cuanto a los topónimos latinos podemos citar algunos de los que nos han llegado como Sebúlcór, Siguero y Neguera, todos ellos cercanos al asentamiento de Los Mercados.

Además de la agricultura y la ganadería, en esta zona se explotaron otros importantes recursos como los minerales, en la sierra de Ayllón donde afloran pequeños filones de hierro de escasa rentabilidad (Barrio, 1999) pero que servirían para cubrir ciertas

necesidades. Por esta zona discurría, desde *Segontia*, la sal desde el valle del río Salado, materia de primera necesidad en la antigüedad, hacia Duratón y otras ciudades.

Sin duda la ciudad de *Confluenta* se beneficiaría de su estratégica situación con la explotación comercial. En ella se pueden relacionar la explotación ganadera, las actividades comerciales y el comercio de la sal, con toda la importancia que tenía en la Antigüedad.

Es poco lo que sabemos de la ciudad en época tardorromana; sin duda las transformaciones administrativas del siglo III hubieron de tener su repercusión sobre el territorio, debió quedar integrado en la *Carthaginensis* como los segovianos, lo que implicaría, una mayor vinculación con los situados más allá del Sistema Central.

En la parte situada más al este, en la que pertenecería al *territorium* de Termes, se aprecia una continuidad en los asentamientos, algo diferente de otras zonas próximas, donde algunos asentamientos altoimperiales desaparecen. Las villas que ya habían surgido en la etapa altoimperial continúan ocupadas, aunque desconozcamos, por la falta de investigaciones más profundas, si en este momento han sufrido algún tipo de monumentalización.

Parece que *Confluenta* se vio más afectada por las transformaciones del siglo III que las otras *civitas* cercanas, Segovia, *Cauca*, y, posiblemente, a partir del siglo V, sufrirá un progresivo abandono, perdiendo el poderío anterior en favor de las pujantes villas tardorromanas próximas. Esto repercutió, a la larga, en el resurgir de Sepúlveda, asentamiento con un excelente control sobre el cercano paso de Somosierra y dotado de una mejor posición defensiva. Estas villas tardorromanas se convertirían en los centros de poder territoriales desde donde se administraba la riqueza y producción de este territorio. Los asentamientos próximos a la *civitas* desaparecen, mostrándonos una ciudad sin, aparentemente, asentamientos suburbanos.

Parece que a partir de la V centuria, muchos de los pequeños asentamientos situados en la zona este y pertenecientes al área de *Termes*, se muestran independientes de villas y ciudades en clara decadencia, con una clara vocación ganadera. Son dos las zonas que ganan poblamiento en este momento, el piedemonte de la Serrezuela, el de la sierra de Ayllón y el del Sistema Central, todos ellos asentamientos relacionados con la explotación de los pastos serranos. Durante esta época comienzan a ocuparse lugares que ya habían estado en uso en épocas anteriores, como *La Antipared* en la vega del Riaza, un castro reutilizado o nuevos, pero sobre espolones calizos sobre la vega del río, como habían sido los típicos en época prerromana.

Será a partir del siglo V cuando se aprecie la desarticulación del sistema de villas tardorromanas; posiblemente en las vegas del Riaza, pero también en las del Duratón, la población se trasladaría a lugares estratégicos, en la zona de las Hoces del Riaza, en relación con la vía de comunicación que atravesaba el territorio (López, 2010: 276-277), buscando lugares idóneos para la práctica ganadera.

Es posible que a la altura del siglo VI, *Confluenta* hubiera perdido todo su esplendor y no fuera más que una aldea, esta impresión viene corroborada por la ausencia de mención en la creación del obispado segoviano en 527. El territorio que señalábamos anteriormente situado en el interfluvio de las dos cuencas se ha despoblado. La distribución del poblamiento en época visigoda recuerda a la de la Segunda Edad del Hierro, ocupando las vegas de los dos grandes cursos fluviales y abandonando la parte central.

La vega del Duratón asiste a una reutilización de los asentamientos, mayormente su parte central donde castros y cuevas hablan de una ocupación en relación con el ganado y con la vida eremítica. En las laderas de las sierras aparecen necrópolis, en relación con pequeñas aldeas allí situadas.

Las tumbas excavadas en la roca en este territorio se documentan en la zona de la vega del Duratón, en las proximidades de las cuevas y espolones calizos, pero al igual que sucede en las zonas contiguas parecen sugerir, por su disposición, que pertenecen a un momento cronológico ligeramente posterior; quizás en el caso de Los Mercados, en el que se relacionan con materiales de época visigoda podríamos hablar de la posibilidad de que fueran de este momento.

También conocemos en esta zona algunos topónimos germánicos que han permanecido hasta la actualidad como el sugerente Castrogoda.

Los registros polínicos en época prerromana que conocemos en esta zona muestran en la zona de las sierras de Ayllón y Guadarrama un bosque de robles en las cotas bajas, mientras en las altas aparece un bosque de pino o pino y abedul. Por otro lado, al otro lado del Sistema Central, en el valle del Lozoya, se aprecia un paisaje relativamente deforestado, con una cubierta arbórea inferior al 20% junto a extensiones de matorrales y pastos (López, 2014: 112). En la época romana, fruto de una mayor actividad antrópica, se percibe una cierta preeminencia de las actividades agrícolas sobre las ganaderas (Álvarez, 1999) con un mayor impacto en las tierras llanas. Esta intensificación motiva un claro descenso de la densidad de los bosques en las zonas de Guadarrama y Ayllón fruto de la deforestación de pinares, posiblemente para la utilización de su madera como combustible o para la

construcción. Los registros polínicos de cereales aumentan; tenemos evidencias de su cultivo en las zonas llanas, destacando un importante incremento en relación con zonas de grandes concentraciones de población como cerca de *Confluenta*, junto a la existencia de numerosas *villae* y comunidades rurales.

Los cambios climáticos acaecidos en la época tardoantigua (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), reflejan un importante incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). Hubo grandes deforestaciones en amplias zonas del territorio, especialmente en algunas áreas de montaña, con un patrón claramente ganadero (Blanco y otros, 2015: 6), mientras que otras zonas como la sierra Guadarrama se aprecia un descenso en la cota de los bosques de pinos, reflejo de su expansión. La presencia de pólenes de cereales disminuye en las zonas de mayor dureza climática, pero, por el contrario, se aprecia un incremento del centeno, cereal adaptado a temperaturas más bajas (López, 2014: 113).

Es esta sin duda, una zona en la que la ganadería marcó su devenir, puesto que además de la explotación agrícola, el acceso a los pastos de las sierras de Somosierra, Guadarrama, Ayllón y Sepúlveda, hubo de tener gran importancia, además de las vías de comunicación y el posible mercado. Pese a que se documentan pocos vestigios de esta explotación, sin duda hubo de realizarse, y debemos tener siempre en cuenta la escasez de vestigios que dejan estas actividades de ganados en movimientos, bien cercanos o lejanos.

Es un territorio a caballo de dos ciudades romanas, una de nueva creación que sucumbirá a las transformaciones económicas y sociales de la época tardorromana. Un territorio donde a pesar de la importante influencia latina que se aprecia en el núcleo de Los Mercados, también se aprecia la pervivencia rasgos de la cultura indígenas, onomástica, grupos de parentesco, etc., que se concentran mayormente en las áreas donde mayor peso pudo tener la práctica ganadera y en cierto modo en las zonas más alejadas de las ciudades romanas, donde su influjo se diluía.



## 7.8. ZONA VIII. CUENCA ALTA DEL ERESMA

Esta zona, de 1.812,08 km<sup>2</sup> de superficie, está integrada por dos unidades estructurales, la Sierra, y la rampa o piedemonte que pone en contacto la anterior con las depresiones terciarias.

Se encuentra recorrida por el río Eresma que drena las aguas recogidas de la sierra de Guadarrama, con dirección noroeste buscando la capital de la provincia para luego discurrir hacia la vega del Duero. Y por la cabecera del Cega que hace un recorrido similar.

Tiene un clima continentalizado de inviernos largos y rigurosos, con una temperatura media anual de 12°C, donde la temperatura media del mes más frío se encuentra alrededor de los 3°C, la temperatura media del mes más cálido se encuentra alrededor de los 21°C, con alrededor de 4 meses al año sin heladas. Su pluviometría se encuentra por encima de los 1000 mm anuales en la zona serrana y 500 mm en la zona de menos altitud; las precipitaciones tienen carácter estacional, con un predominio en la época primaveral y un acusado estiaje.

Una parte de sus suelos se dedican a la producción de cereales de grano, destacando la cebada y el trigo. Cultivos industriales como el girasol, la colza y la explotación maderera. En la actualidad cuenta con una importante cabaña ganadera, principalmente constituida por el porcino y el bovino dedicado para carne, aunque también hay explotaciones lácteas

*Página / 318* (Nafría y otros, 2013). Se configura como una unidad de grandes posibilidades de uso económico con un aprovechamiento de recursos tanto agrícolas como ganaderos.

### 7.8.1. La II Edad del Hierro

#### 7.8.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En esta zona de piedemonte serrano, los asentamientos propios de esta época se distribuyen en las cabeceras de los principales cursos fluviales que la recorren dejando la parte más occidental de la misma por lo que parece despoblado.

Son tres los asentamientos más destacados en esta época: *Segovia*, *Cerro de la Sota* y *Castrejón*, cuya disposición les permite compartir un espacio polivalente en la explotación de recursos, pastos y metales de las zonas altas y los recursos cerealísticos de las más bajas. Su emplazamiento busca aprovechar las buenas condiciones que les brindan las condiciones geográficas.

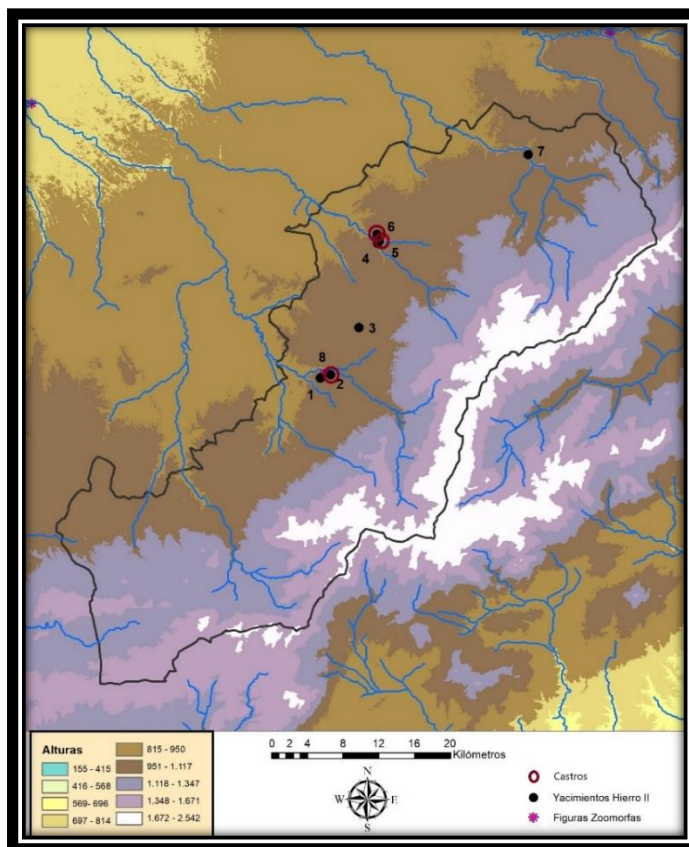


Figura 7.64: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II y su relación con las esculturas zoomorfas en el área de estudio. Yacimientos: 1. Km 1 de la N-110 (Segovia); 2. Casco Urbano de Segovia (Segovia); 3. Parrales II (Espirdo); 4. Cueva de la Vaquera (Torreiglesias); 5. El Castrejón (Torreiglesias); 6. Cerro de la Sota (Torreiglesias); 7. Valdelacasa (Rebollo). Esculturas zoomorfas: 8. Segovia (4).

De esta manera en el cauce del Eresma se emplazan los asentamientos de *Km 1 de la N-110* (Segovia) y *Casco Urbano de Segovia*. El primero un pequeño asentamiento, próximo al castro segoviano, situado en una loma donde se documentan fragmentos cerámicos de tipología celtibérica; y el segundo, un castro vacceo, situado en un espolón sobre el río Eresma y el Clamores, en el que se documenta la existencia de un posible foso y abundantes restos cerámicos de tipo celtibérico.

En el espacio situado entre los ríos Eresma y Pirón se sitúa *Los Parrales II* (Espirdo), situado en una ladera sobre el arroyo Medel donde se documenta abundante material cerámico de tipología celtibérica.

En la vega del Pirón se emplazan los yacimientos de *Cueva de la Vaquera*, *El Castrejón* y *Cerro de la Sota* los tres en Torreiglesias. El primero de ellos se trata de una cueva situada en el cerro del Castrejón, entre el río Pirón y Viejo, donde se documenta cerámica celtibérica y molinos barquiformes en granito. A escasos metros se localiza *El Castrejón*, situado en un espigón calcáreo junto al río Pirón, en una plataforma amesetada; en él se documentan al menos 8 túmulos de 3-4 m de diámetro realizados con piedras calizas,

además de fragmentos cerámicos de tipología celtibérica se documentan molinos de granito circulares. Por su parte el *Cerro de la Sota* se trata de un yacimiento dispuesto entre dos cerros separados por una pequeña vaguada donde se documentan restos de estructuras rectangulares y aterrazamientos a base de mampuestos en seco; también se documentan hasta seis túmulos de similar tipología a los situados en *El Castrejón*. También se documentan abundantes fragmentos cerámicos de tipología celtibérica.

En la vega del Cega se sitúa el yacimiento de *Valdelacasa* (Rebollo), se localiza sobre la cima de un cerro en el que se abren varias cuevas en un meandro del río donde se localizan escasos materiales cerámicos de tipología celtibérica.

### 7.8.1.2 Las esculturas zoomorfas

En la ciudad segoviana conocemos la existencia de cuatro esculturas; tres de ellas corresponden a suidos, mientras que la cuarta corresponde a un bóvido<sup>202</sup>. En el caso del toro, de grandes dimensiones, realizado en granito, se desconoce su procedencia exacta, y presenta dos huecos para insertar cuernos y tiene varias cazoletas en la parte superior. En cuanto a los suidos, también realizados en granito y de grandes dimensiones, en dos de los casos se desconoce su procedencia, mientras que en el tercero se localizó en el solar de la ciudad.

Como en las documentadas anteriormente en Coca y Sepúlveda, estas figuras marcan los límites por el este en la extensión de la cultura vettona y las relaciones que debían existir con los castros vacceos.

### 7.8.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.8.3.1. Los asentamientos

Con respecto a la época anterior vemos una variación en la distribución de los asentamientos.

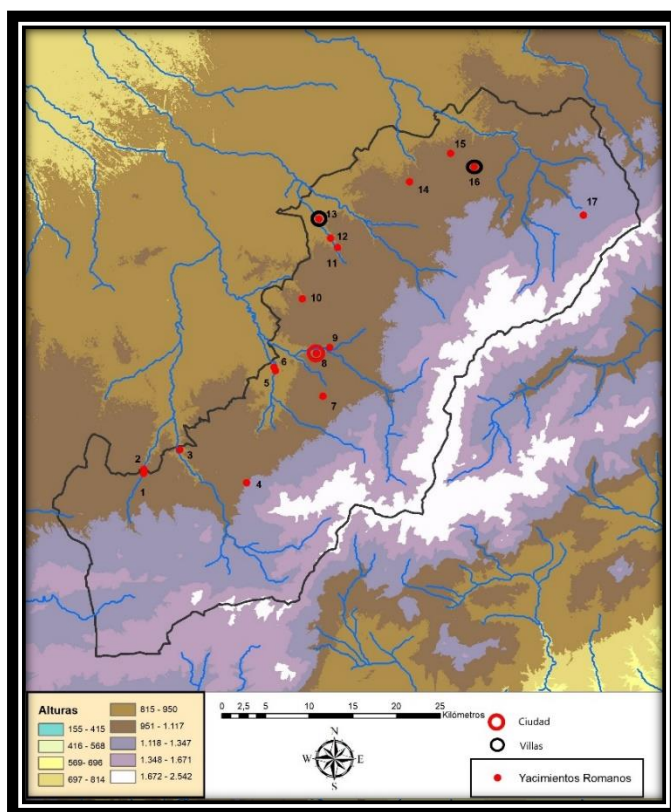
En la vega del río Cega desaparece el asentamiento de *Valdelacasa* y vemos como surgen tres *La Palaina* (Valdevacas y Guijar), *San Pedro* (Muñoveros) y *Prados de la Cabeçada* (Matabuena), y algo más al oeste *Las Negrillas* (Turégano) posiblemente en relación con la vía que uniría Segovia y *Confluenta*. Se sitúan en la zona de contacto entre la campiña y el

---

<sup>202</sup> Álvarez-Sanchís, 1.999: 363, nº 256, 257, 258 y 259. Manglano, 2016, nº 277, 278, 279 y 280.

pediemonte donde buscarían explotar las posibilidades agrícolas de sus suelos, con la excepción de *Prados de la Cabezada*.

En *La Palaina* (Valdevacas), se sitúa sobre una ligera loma sobre la margen de un pequeño arroyo; se documenta una gran abundancia de restos constructivos, tejas ladrillos, *opus signinum*, *opus teselatum*, y cerámicos (cerámica común romana, TSH y de tradición indígena). En intervención arqueológica, se recuperó un conjunto de mosaicos con motivos geométricos con teselas en diferentes colores. Este asentamiento parece surgir a lo largo de esta época, con una posterior monumentalización de sus espacios. En las proximidades se encuentra *San Pedro* (Muñoveros), situado en una loma donde se documentan abundantes restos constructivos y cerámicos, tanto de tradición celtibérica como TSH. A partir del siglo II parece surgir *Las Negrillas* (Turégano), en la vega del arroyo Valseco, donde se documentan abundantes restos constructivos y cerámicos similares a *San Pedro*.



*Figura 7.65: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. El Sordo (Ituero y Lama) (Seguro); 2. Viniestra (Zarzuela del Monte) (Posible); 3. Colina (Fuentemilanos) (P); 4. Los Almadenes (Otero de Herreros) (S); 5. El Tesoro (Torredondo) (P); 6. Casa del Moro (Torredondo) (S); 7. Fuente del Quintanar (Hontoria) (S); 8. Km 1 de la N-110 (Segovia) (P); 9. Casco urbano de Segovia (Segovia) (S); 10. Las Arroyadas (Valseca) (P); 11. Los Juncas (Cabañas de Polendos) (P); 12. San Andrés (Cabañas de Polendos) (P); 13. El Villar (Escobar de Polendos) (P); 14. Las Negrillas (Turégano) (S); 15. San Pedro (Muñoveros) (S); 16. La Palaina (Valdevacas y Guijar) (P); 17. Prados de la Cabezada (Matabuena) (P).*

En esta época el poblamiento se asienta en el pie de monte, evitando las cotas superiores a los 1.000 m, siendo los yacimientos documentados por encima de esta cota *Los Almadenes* (Oteros de Herreros) y *Prados de la Cabezada* (Matabuena), ambas zonas con potencial en la explotación minera (cobre, estaño y hierro) y de importantes pastos. Este asentamiento de *Prados de la Cabezada* (Matabuena) prácticamente aislado, situado en una zona que busca la explotación de los pastos serranos y donde la práctica agrícola debía ser limitada, sin duda debió estar en relación con el paso de los caminos pecuarios que discurrían por el piedemonte serrano en dirección suroeste. En el centro metalúrgico de *Los Almadenes* (Otero de Herreros) se engloba una importante área de explotaciones mineras de cobre, estando en uso desde época altoimperial hasta época visigoda, en la que destaca la presencia de hornos y restos del hábitat, también los restos de un *torcularium* o prensa de vino, que remite a otras actividades diferentes a la metalurgia. También entre los puertos de Malagosto y Peña Quemada se documentan pequeños afloramientos de diferentes minerales que pudieron ser objeto de pequeñas explotaciones en esta época.

Se aprecia como el interfluvio alto Pirón-alto Eresma permanece prácticamente despoblado en época altoimperial, no así el arroyo de Polendos, donde se encuentra la zona de contacto entre el piedemonte y la depresión central, con suelos de cierta potencialidad agrícola. En el mismo se sitúan *Los Juncales* (Cabañas de Polendos), *San Andrés* (Cabañas de Polendos), *El Villar* (Escobar de Polendos). En este último los materiales y la fotografía aérea hablan de la existencia de una posible villa, situada en la confluencia de los ríos Eresma y del Valle, que podría organizar la explotación en las vegas del este arroyo, tanto en los asentamientos hacia el sur en esta misma zona, como hacia el norte en la zona V.

En la vega del Eresma, la ciudad segoviana, con restos prerromanos, distribuidos por el cerro y fuera de él, se transformó, en la cabeza de una *civitas* romana, el asentamiento, de unas 20 has repartidas por la parte amesetada del cerro y su ladera meridional. De los materiales cerámicos recuperados, principalmente *terra sigillata*, podemos deducir una romanización a partir de mediados del siglo I d.C., que se desarrolló muy rápidamente. Sabemos de la pervivencia de las cerámicas de tradición indígena durante la época romana, que irán disminuyendo en número e importancia a medida que pase el tiempo. En sus cercanías se documentan pequeños asentamientos dependientes de esta.

En la vega del río Moros se sitúa el yacimiento de *Colina* (Segovia), que en este momento se trataría de un caserío que explota la zona, sobre el que posteriormente se asienta una villa.

### 7.8.3.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos 4 lugares donde se documentan inscripciones latinas. Pedraza 108; Valdevacas y Guijar 1; Espirido 3 y Segovia 109.

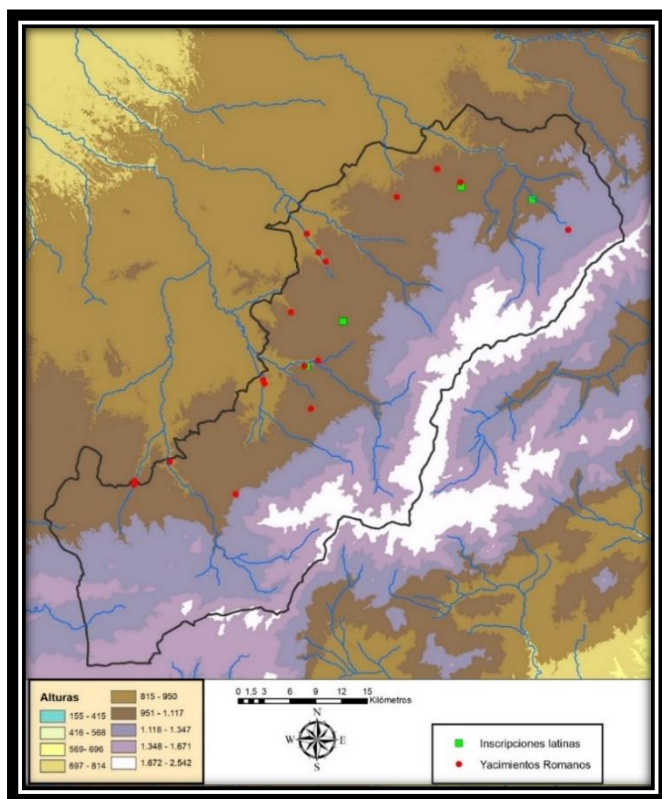


Figura 7.66: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

Como podemos observar, los epígrafes se encuentran fuertemente agrupados. En la *Cueva de la Griega* en Pedraza donde se documentan hasta 108 epígrafes, se trata de lugar de culto, de origen prerromano (Mayer y Abásolo, 1997; Santos y Hoces, 2005: 247-284), un número de epígrafes similar al documentado en la capital segoviana, lo que nos habla de su importancia a nivel regional. Se trata de un lugar junto al cauce del arroyo Vadillo que debió heredar la religiosidad indígena en época romana, aunque en sus proximidades no se documenten ni asentamientos propios de la Segunda Edad del Hierro ni en época romana, y donde el único documentado se encuentra aguas arriba, *Prados de la Cabezada* (Matabuena). Entre las inscripciones se encuentran nombres latinos, dedicatorias a los dioses latinos y también a dioses indígenas (*Deo Mocievo*).

En Valdevacas<sup>203</sup> se documenta un epitafio dedicado a los *Manes* junto a triple disco solar de radios curvos levógiros y triple arcada truncada a la altura del capitel, localizado en

<sup>203</sup> HEp 4, 1994, 609; HEp 14, 2005, 305; ERSg 109, n° 39; LICS 303.



las inmediaciones de la villa de *La Palaina*. En Espirido son tres las inscripciones documentadas, todas en caliza; una de ellas muy fragmentada<sup>204</sup>; otra, de carácter funerario, donde se aprecia el nombre del dedicante y a quien va dirigida<sup>205</sup>, y otra reutilizada posteriormente fechada a lo largo del siglo III<sup>206</sup>.

En cuanto a las documentadas en la capital, 109, aparecen tanto anepígrafas como con dedicatorias, entre las que podríamos destacar, por nuestro interés, la dedicada a *Accón*, de los *Máticos*<sup>207</sup>, fechada a finales del siglo I o principios del II; la dedicada al hijo de *Attio*, de los *Leránicos*, a su esposa *Sica*<sup>208</sup> o la dedicada a *Licinio Titulo*, de los *Corónicos*, por su madre *Emilia Flavina*<sup>209</sup>, fechada a partir de la segunda mitad del siglo II, que pueden servirnos como ejemplos de la pervivencia de los grupos indígenas, su onomástica y como se entremezcla con la onomástica y los dioses latinos.

#### 7.8.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)

##### 7.8.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)

En esta época se percibe un incremento de los asentamientos en la parte más nororiental, centrados mayormente en los cauces de los ríos Cega y Pirón, mientras que en el Eresma se mantiene la ciudad segoviana articulando la explotación zonal.

En la vega del Cega, junto a pequeños asentamientos se documenta *Las Vegas* (Santiuste de Pedraza) en las que las intervenciones arqueológicas (García, 1975: 289; Gonzalo, 2008), han permitido documentar importantes restos constructivos entre los que se documentan fragmentos de mosaicos y los restos de unas termas del siglo IV, que durante el siglo V, se transformaron en un centro de culto, que debió estar en uso hasta al menos el siglo VII, a tenor de las tumbas con ajuar de época visigoda halladas cerca del mismo (Regueras, 2010: 294; Izquierdo, 1977). En el siglo XII, sobre el mismo espacio, se construyó el templo románico de Nuestra Señora de las Vegas.

Otra villa ubicada muy próxima al Cega es *La Palaina* (Guijar de Valdevacas), situada en el alto Cega, sobre una ligera loma sobre la margen de un pequeño arroyo; un asentamiento ya existente en la época anterior y que se monumentaliza en el IV y que

<sup>204</sup> AE 2010, 714; HEp 19, 2010, 281; Santos y Hoces, 2010: 330-331; Santos, Hoces y Bermejo. 2005: 323.

<sup>205</sup> AE 2010, 713; HEp 19, 2010, 280; Santos y Hoces, 2010: 328-330, n° 4; Santos y Hoces, 2005: 322-323.

<sup>206</sup> HEp 14, 2005, 256; ERSg 52; Hoyo, Hoces y Santos, 2007: 731, n° 2, fig. 6.

<sup>207</sup> HEp 4, 1994, 633; AE 1980, 585e. ERSg 79.

<sup>208</sup> HEp 4, 1994, 616; LICS 247; AE 2001, 1259; HEp 11, 2001, 434; AE 2001, 1259.

<sup>209</sup> AE 1994, 1013; HEp 6, 1996, 858; ERSg 75.

desaparecerá en el siglo V. Algo más al oeste, se sitúan unos pequeños asentamientos *Carrapinar* (Veganzones), *La Carbonera* (Veganzones) y *Cuesta del Barrio* (Turégano) junto al arroyo Santa Ana, donde se documentan materiales como TSHt, cerámica común y cerámicas a torno, de cocciones reductoras de pastas grises y negras. Es posible que fueran dependientes de la posible villa que se encuentra en *Las Negrillas* (Turégano), ya en uso durante la época anterior y que sufre una reactivación durante el siglo IV.

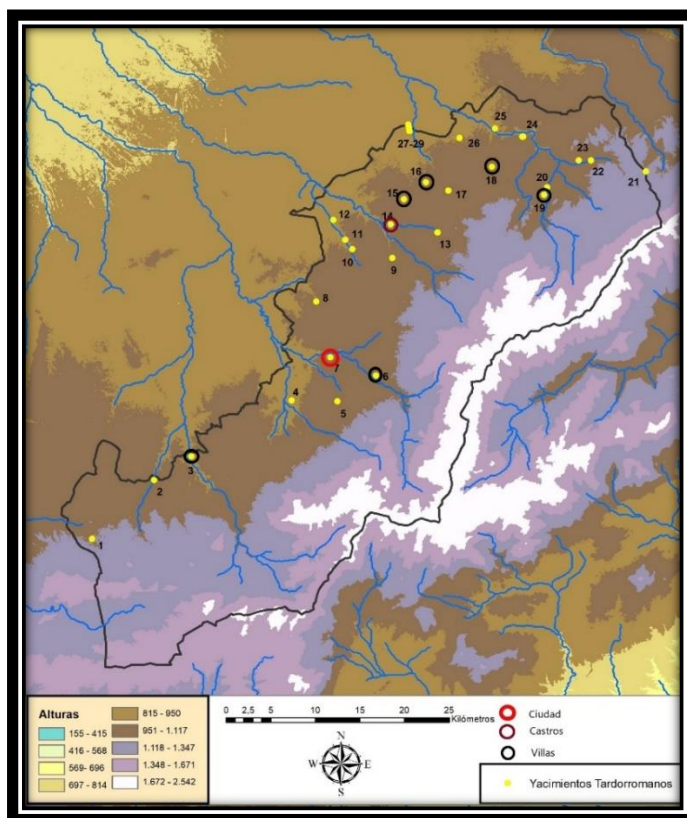


Figura 7.67: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. El Álamo (Villacastín (Posible); 2. El Sordo (Ituero y Lama) (P); 3. Colina (Segovia) (P); 4. Camino de la Alameda (Segovia) (P); 5. Fuente del Quintanar (Segovia) (Seguro); 6. Villa romana (Palazuelos de Eresma) (S); 7. Casco urbano de Segovia (Segovia) (S); 8. Las Arroyadas (Valseca) (S); 9. Las Callejas (Adrada de Pisón) (P); 10. Los Juncas (Cabañas de Polendos) (P); 11. San Andrés (Cabañas de Polendos) (S); 12. El Villar (Cabañas de Polendos) (S); 14. Muro de los Siete Dobleces (Torreiglesias) (P); 15. Villa romana (Torreiglesias) (S); 16. Las Negrillas (Turégano) (S); 17. El Villar (Caballar) (S); 18. La Palaina (Valdevacas y Guijar) (S); 19. Las Vegas (Santiuste de Pedraza) (S); 20. Arroyo de la Vega (Santiuste de Pedraza) (P); 21. Cerro Pelao (Prádena) (P); El Campillo (Orejana) (S); 23. San Gregorio (Orejana) (S); 24. Cueva II (Arevalillo de Cega) (S); 25. Coyubal (Puebla de Pedraza) (P); 26. Arroyo de la Fragua (Muñoveros) (P); 27. Cuesta del Barrio (Turégano) (S); 28. La Carbonera (Veganzones) (P); 29. Carrapinar (Veganzones) (S).

Una zona que se puebla en esta época es el alto Pirón, que en la época anterior se mostraba prácticamente despoblada, vemos como surgen algunos, como *Las Callejas* (Adrada de Pirón) o *Muro de los Siete Dobleces* (Losana de Pirón) en este caso un castro situado en una espigón calcáreo rodeado por unos escarpes pronunciados, que ya había sido utilizado en época prehistórica. La *Villa Romana* (Torreiglesias) asentamiento

agropecuario que posiblemente se corresponda con su denominación y podría articular los asentamientos de esta zona.

Es poco lo que sabemos arqueológicamente de la ciudad segoviana en este momento; a pesar de su constante pérdida de importancia, desde el siglo III en adelante, debió mantenerse como ciudad de cierta importancia a nivel regional, como podemos intuir a tenor de la creación del obispado segoviano a lo largo del siglo VI. En la vega del Eresma, vemos el surgimiento de la villa de Palazuelos de Eresma, en el piedemonte serrano, con una clara vocación ganadera; próxima a la ciudad segoviana, tenía bajo su control un importante *fundus*, en el que se conjugaban las explotaciones agrícolas y ganaderas. Se encontraba bien comunicada con la vía pecuaria que discurría por el piedemonte serrano y la que atravesaba la sierra en dirección sur. En la misma se recuperaron fragmentos de mosaicos geométricos y vegetales, y restos de un aula triconque (Municio, 1994: 302); los materiales hablan de un horizonte tardío, de finales del siglo IV y principios del V, con una reocupación posterior en una necrópolis de época visigoda.

En la vega del Moros encontramos la villa de *Colina* (Segovia), que se asienta sobre un caserío de época anterior y que podría gestionar esta zona del piedemonte serrano, una zona con escaso poblamiento.

### 7.8.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII d.C.)

Página / 326

A partir del siglo V se produce un importante despoblamiento en las zonas rurales, un número muy elevado de los asentamientos de la época anterior desaparecen, sin ser sustituidos por unos nuevos.

Las vegas del río Cega se despueblan completamente, quedando como únicas excepciones *Carbonera* y *Carrapinar* ambos en Veganzones, en la vega del arroyo Santa Ana, dos pequeños asentamientos donde se documentan cerámicas típicas de época visigoda.

En la vega del Polendos se asientan dos yacimientos: *Los Juncuales* (Cabañas de Polendos) y *El Villar* (Escobar de Polendos), dos pequeños enclaves en los que se documentan restos cerámicos propios de esta etapa; en el segundo de los casos se trata de la reutilización de ciertos espacios sobre una villa anteriormente abandonada.

Por el contrario, las vegas del Eresma se mantienen con una importante ocupación, desapareciendo tan sólo un par de asentamientos. La ciudad segoviana continuó ocupada, a pesar de los escasos restos visigodos documentados. En las intervenciones realizadas en la

iglesia de San Juan de los Caballeros los materiales documentados hablan de la existencia de un centro de culto en funcionamiento durante el siglo VI (Zamora, 1998: 11-13). Es una ciudad, en la que en el año 537 se crea su obispado con un territorio en el que se encuentra incluida Coca<sup>210</sup>.

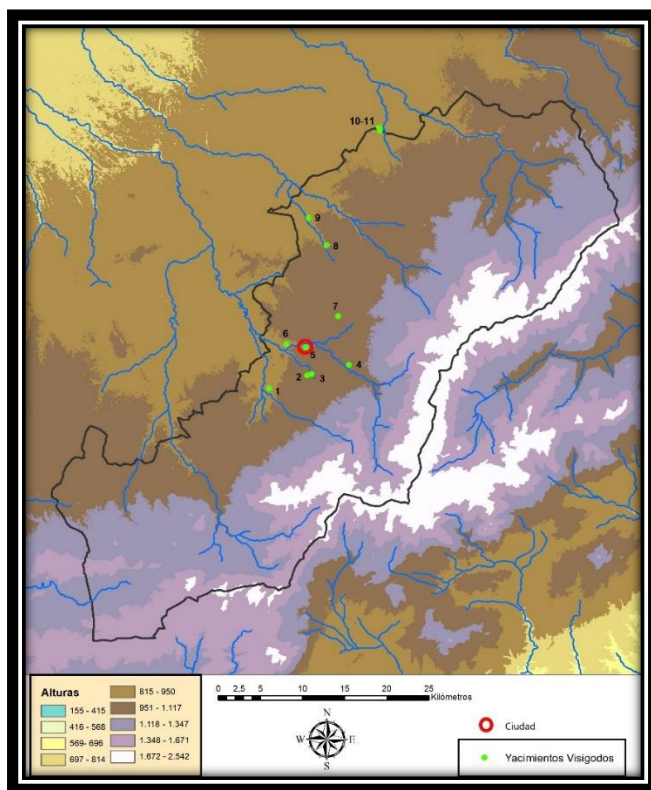


Figura 7.68: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Camino de la Alameda (Segovia) (P); 2. Cárcava de la Peladera (Segovia) (S); 3. Necrópolis de la Peladera (Segovia) (S); 4. Villa romana (Palaqueles de Eresma) (S); 5. Casco urbano de Segovia (Segovia) (S); 6. La Pilarcita (Segovia) (S); 7. Nuestra Señora de Veladiez (Espirido) (S); 8. Los Juncas (Cabañas de Polendos) (S); 9. El Villar (Escobar de Polendos) (S); 10. La Carbonera (Veganzones) (P); 11. Carrapinar (Veganzones) (S).

Muy próxima a la ciudad, junto a los restos de una ermita románica se excavó la necrópolis de *Nuestra Señora de Veladiez* (Espirido) (Molinero, 1971), donde se documentaron hasta 51 tumbas con ajuares de diversa condición. También la necrópolis de *Madrona*, donde Molinero en los años 50 del siglo pasado, en sendas intervenciones, documentó un total de 348 inhumaciones, de diversas tipologías, desde la fosa simple al sarcófago monolítico, donde se recuperaron diversos ajuares compuestos de broches de cinturón, collares, cuentas y numerosos fragmentos de hierro, además de un tremís del reinado de Atanagildo, constituyendo una de las más importantes necrópolis de esta época. La presencia de ambas necrópolis muestra la pervivencia del poblamiento en la ciudad segoviana y sus alrededores (Jepure, 2004).

<sup>210</sup> Flórez, *España Sagrada*, VIII, p. 74.

De igual modo, se puede apreciar una reutilización de alguno de los espacios de la *Villa Romana* de Palazuelos de Eresma como necrópolis durante esta época.

Un asentamiento de pequeñas dimensiones es la *Cárcava de la Peladera* (Segovia) donde las diversas intervenciones realizadas han documentado una aldea y una necrópolis, fechados entre los siglos V y VII (Vigil-Escalera, 2013: 101-116; Tejerizo, 2017: 419-436). Este pequeño enclave rural documenta edificaciones sencillas, realizadas con materiales como la madera, el tapial y adobe y con cubiertas a base de teja y elementos perecederos, en algunos casos con estructuras adosadas, junto con varias estructuras de fondo rehundido, y donde se han hallado cerámicas, vidrios, elementos metálicos y pizarras escritas. La necrópolis, se sitúa a poca distancia sobre una pequeña elevación, donde se documentan varias tumbas antropomorfas excavadas en el nivel geológico; no muy alejadas se encuentran las necrópolis de Madrona, Tejadilla y Perogordo, todas ellas con similares cronologías.

### 7.8.5. ¿Y después del siglo VIII?

Son escasos los lugares que parecen perdurar en esta época. Debemos suponer que la ciudad segoviana mantuvo un cierto poblamiento y que no fue completamente abandonada. Otro de los lugares en los que podemos hablar de una cierta perduración es *Los Cepones* (La Losa) con una cronología entre inicios del siglo VII y VIII, situado en una zona de piedemonte, entre dos arroyos, donde se localizaron dos estructuras aéreas, tejas, restos cerámicos adscrito a época visigoda, numerosas escorias metálicas relacionadas con la fundición y tratamiento del metal (Strato, 2002).

### 7.8.6. Interpretación de los datos

En primer lugar, podemos percibir a través de la distribución cronocultural de los yacimientos un progresivo incremento en el número total de los mismos desde la Segunda Edad del Hierro hasta la época tardorromana (tabla 7.40); sin embargo, entre esta última y la etapa visigoda, vemos un importante retraimiento de estos, situando su número entre los existente en la Segunda Edad del Hierro y la época altoimperial, a pesar de las dudas que siempre plantean los declarados como posibles.

En cuanto a la continuidad de los asentamientos, podemos decir que entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana alrededor del 30% de los asentamientos se

mantienen ocupados; este número se incrementa entre esta época y la tardorromana, cuando lo es alrededor del 60% de los mismos. Sin embargo, entre esta y la época visigoda, se aprecia otro incremento, puesto que son más del 75% los asentamientos *ex novo* para este momento.

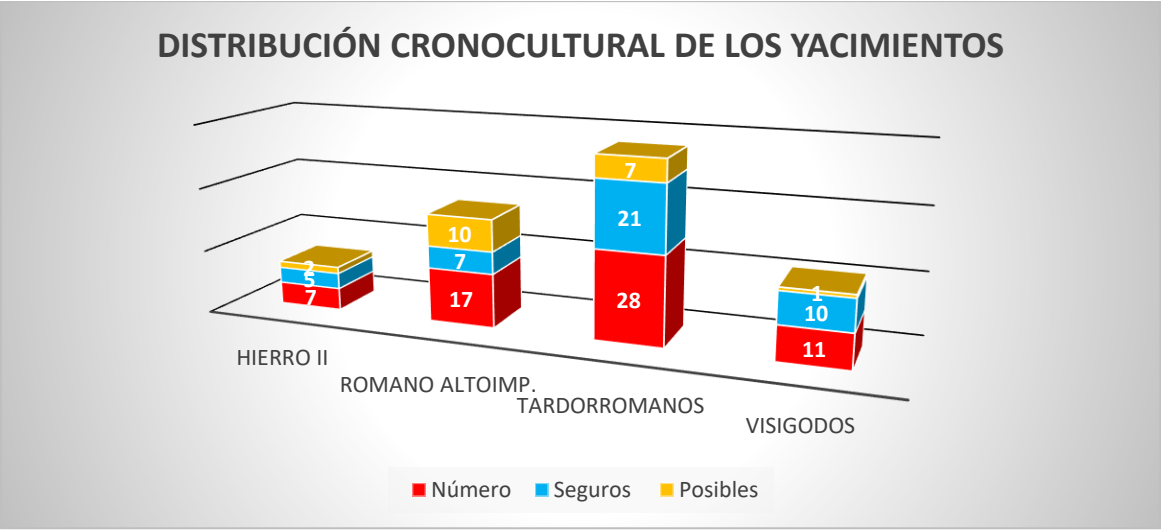


Tabla 7.40: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el IAS.

Podemos apreciar las diferentes densidades por cada una de las etapas (tabla 7.41), mostrando un claro incremento desde la Segunda Edad del Hierro, hasta la época tardía, momento en el que desciende bruscamente mostrando un retraimiento muy importante. Estos datos pueden mostrarnos que durante la época romana se produce una expansión de los asentamientos ocupando nichos que anteriormente se hallaban prácticamente vacíos o densificando aquellas zonas que ya estaban ocupadas.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	7	1.812,08	0,00386296
Romano Altoimp.	17	1.812,08	0,00938148
Tardorromanos	28	1.812,08	0,01545186
Visigodos	11	1.812,08	0,00607037

Tabla 7.41: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En cuanto a las alturas a las que se emplazan los asentamientos, como podemos ver en la tabla 7.42, las alturas medias de los mismos se mantienen bastante constantes, con un ligerísimo incremento que tiene su máxima expresión en la etapa visigoda. Cuando analizamos las alturas relativas vemos como a partir de la época romana se produce una ocupación de lugares situado en cotas más elevadas y menos que durante la Segunda Edad del Hierro, mostrando querer ocupar diferentes nichos ecológicos.



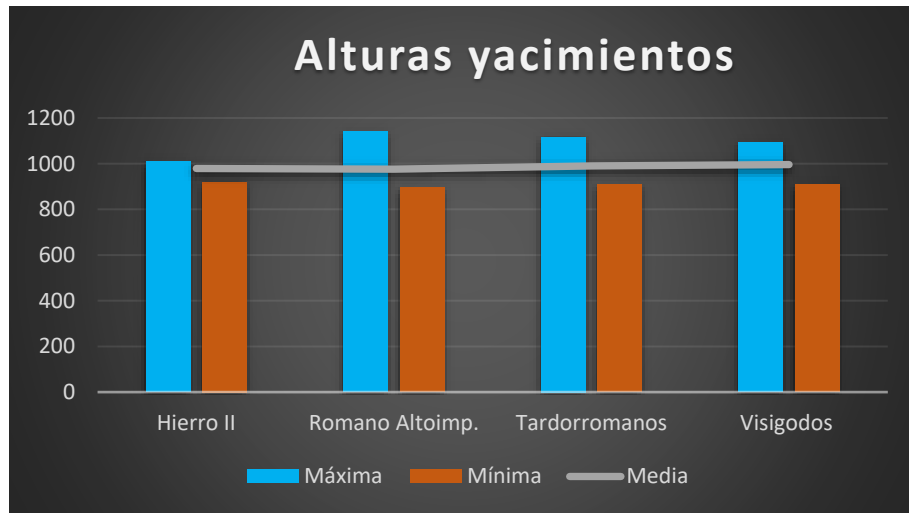


Tabla 7.42: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a los suelos (tablas 7.43 y 7.44), decir que los que presentan mayor potencialidad (tipo A) aparecen escasamente representados durante la Segunda Edad del Hierro, tanto en los más cercanos como en los más alejados de los asentamientos; mientras que los de menor potencialidad (tipo C), tienen una presencia muy importante. Durante la época romana, apreciamos un crecimiento de los de mayor potencialidad, tanto en los suelos más cercanos como en los lejanos; mientras que los integrados en el tipo B, tienen un notable incremento a costa de los de menor potencialidad (tipo C). En la época tardorromana, la tendencia de nuevo se invierte, los de mayor potencialidad (tipo A) y media (tipo B) se retraen y los de menor (tipo C) sufren de nuevo un incremento. Por último, en época visigoda, de nuevo volvemos a la situación contraria, de incremento de los suelos de mayores y medias potencialidades en detrimento de los de menores.

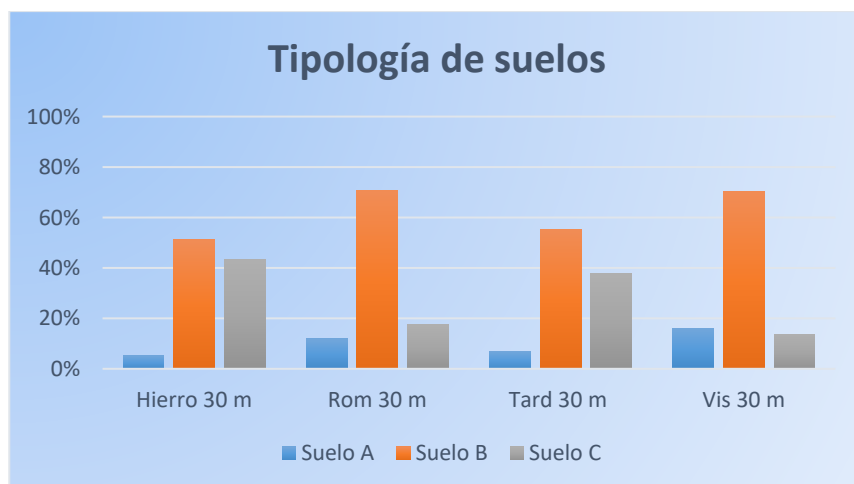


Tabla 7.43: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

Como decíamos anteriormente, en la Segunda Edad del Hierro, los castros existentes se asientan en las vegas del Pirón y Eresma. El *oppidum* vacceo existente en Segovia debía controlar todo el alto Eresma hasta que su territorio alcanzara el del *Cerro del Tormejón*, por el sureste la inexistencia de asentamientos documentados parece hablar de una zona de nadie frente a los últimos asentamientos vettones; por el sur y suroeste su territorio, posiblemente, rebasara el Sistema Central, situación que se heredaría posteriormente en época romana, y por el oeste alcanzaría el territorio del *Cerro de la Sota*.

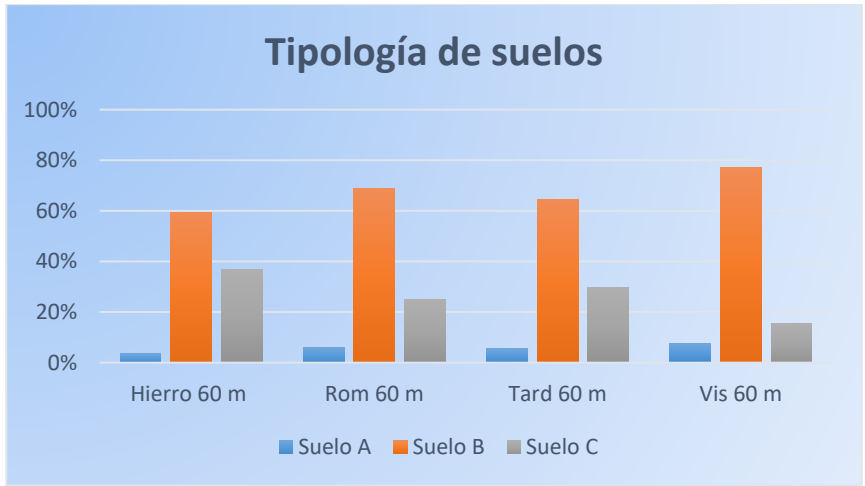


Tabla 7.44: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Este castro, junto al cercano *Castrejón*, debieron administrar un amplio territorio en el que únicamente tuvieran algún límite frente al *oppidum* segoviano. Ambos castros controlarían territorios polivalentes, con acceso a los recursos cerealísticos, pero también a los pastos serranos. Estos asentamientos se situaban muy próximos a al discurrir de los ejes naturales y los cursos fluviales, que les servirían para articular sus comunicaciones a escala regional. No se documenta ningún asentamiento al oeste del Eresma, hacia el territorio vettón, mostrando una zona bastante amplia de los que parece un colchón entre ambos grupos. En épocas posteriores (romana y tardorromana) aparecerán algunos asentamientos en esta área, pero siempre será una zona escasamente poblada, y de nuevo en época visigoda parece estar de nuevo deshabitada.

Sabemos que la conquista de esta zona hubo de producirse entre los años 98 y 95 a.C., mientras que el castro segoviano permanece y comenzará su transformación de manos romanas, el resto de los asentamientos desaparece.

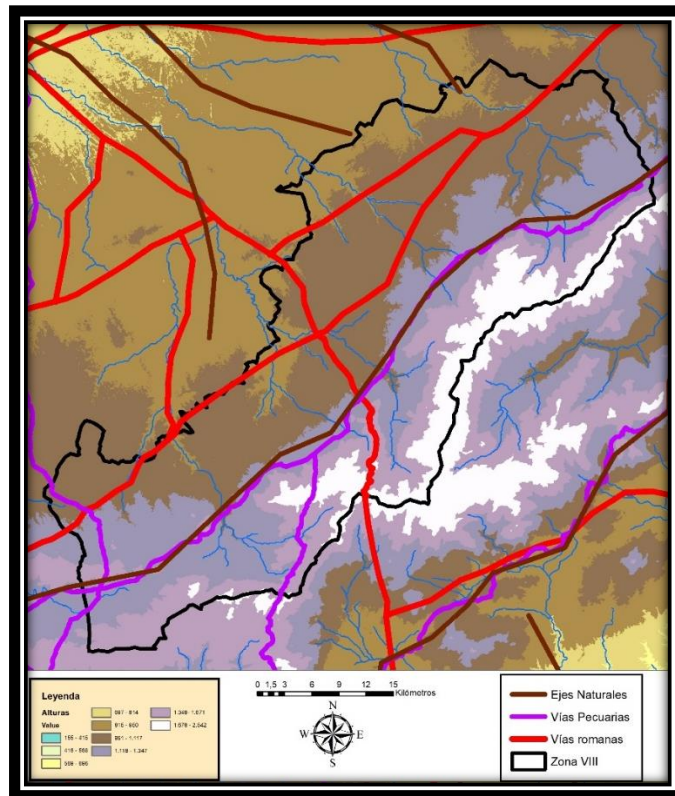


Figura 7.69: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

En la ciudad segoviana conocemos la existencia de cuatro esculturas zoomorfas, en tres de los casos desconocemos su procedencia, en el cuarto se recuperó en su interior. La presencia de estas esculturas habla de las conexiones sociales y culturales de esta comunidad con los grupos vettones.

Página / 332

En esta zona podemos intuir la existencia de varios ejes naturales que la articulaban (figura 7.69); uno de ellos, de dirección noreste-suroeste recorrería el piedemonte septentrional del Sistema Central, proveniente de tierras sorianas, continuaría hacia tierras abulenses. Su disposición, de gran importancia a nivel regional, sería heredada, aproximadamente, por el recorrido de la Cañada Real Soriana Occidental. Los otros ejes naturales serían los propiciados por las cabeceras de los ríos que drenan esta parte norte del Sistema Central, es decir, Eresma, Pirón y Cega, que posibilitarían la conexión de los pastos de altura con las zonas más bajas de la cuenca del Duero.

En cuanto a las vías pecuarias, la Cañada Real Soriana Occidental, discurre por el piedemonte serrano buscando la ciudad segoviana, cruza el río Eresma y el Moros, entrando en Campo Azálar, donde se cruza con la Cañada Real Leonesa Oriental y continúa en su recorrido buscando la ciudad de Ávila. Entre el río Eresma y Moros se

bifurca la Cañada Real Soriana Occidental por Guadarrama, que atraviesa el macizo Central discurre en paralelo a la Cañada Real Segovia ya en tierra madrileñas.

Dos son las principales vías romanas que recorren el territorio, la XXIV de Antonino que proveniente de *Cauca* enlazaba Segovia con el piedemonte meridional del Sistema Central y la que con dirección NE/SO enlazaba *Confluenta* con Ávila.

El castro vacceo segoviano fue convertido en *civitas*, primero *dediticia* y luego *stipendiaria*, no sabemos si alcanzando el estatuto jurídico municipal en época tiberiana<sup>211</sup> (Santos, 2012) o posteriormente (Mangas, 2010; Alföldy, 1997). Pero sería el punto de llegada de las transformaciones acaecidas; la ciudad se fue convirtiendo en sede del poder, administradora y organizadora de un importante territorio con alto potencial agrícola, en el que la sociedad fue asimilando los nuevos cambios, pero en la que también se perciben las reminiscencias indígenas (Santos y Hoces, 2005: 135-230) (Santos Yangüas & Hoces de la Guardia, 2010). Su territorio se vio incrementado con parte del territorio del *Cerro del Tormejón*, que perdió la mayoría de sus funciones a pesar de no ser abandonado completamente (Barrio, 1999:106-110).

En un momento indeterminado a lo largo del siglo I a.C., seguramente tras el término del conflicto sertoriano, van desapareciendo los pequeños asentamientos prerromanos cercanos a Segovia, dando paso a un nuevo modelo de poblamiento (Zamora, 1987; Martínez, 2008). Desde la primera mitad del siglo I d.C. y a lo largo del siglo II d.C. los datos permiten intuir un proceso de crecimiento urbanístico en la ciudad de Segovia, similar al documentado en *Confluenta*, convirtiéndose en una importante ciudad donde se concentraba población al menos desde el segundo cuarto del siglo I a.C. En estos mismos momentos el nuevo modelo de poblamiento se afianza. Es posible que tuviera un arranque anterior si consideramos que Segovia fuera promovida al estatuto jurídico municipal en época julio-claudia, lo que motivaría, una expansión en el control sobre el *territorium* propio, colonizando las zonas próximas a la ciudad. Sabemos que en la ciudad se estableció una ceca emisora de moneda en bronce, durante la época augustea, alrededor del año 17 a.C. (Sagredo y Arribas, 1987; Marqués, 2016), que podría abastecerse de los metales procedentes de las minas de Otero de Herreros y Ortigosa del Monte (Martínez y Santiago, 2010: 82), cuya explotación, junto con el incremento de actividades económicas repercutiría en el crecimiento de la ciudad y el poblamiento de su territorio. Este territorio se vería

---

<sup>211</sup> ERSg 144-148; como sugiere la lectura de la inscripción encontrada en 1985 dedicada a un *flamen* de Tiberio.

poblado con gentes de los *oppidum* desarticulados como el *Cerro de la Sota* (Losana de Pirón) y del *Cerro de Tormejón* (Armuña) a lo largo del siglo I a. C. (Barrio, 1999).

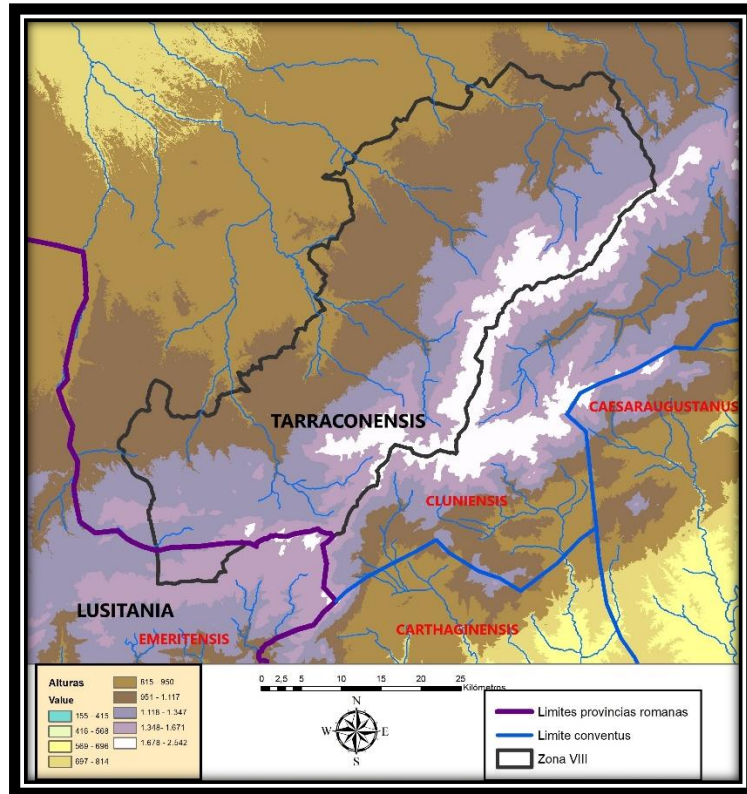


Figura 7.70: Demarcaciones administrativas del territorio en época romana.

Aunque aún es un proceso bastante desconocido, los nuevos centros rurales debieron surgir de forma lenta y progresiva, sin una planificación previa, de este modo se aprecian zonas donde se agrupan varios asentamientos, mientras otras permanecen sin colonizar. Situándose asentamientos en zonas de acceso directo a los pastizales de las zonas serranas. Estos asentamientos parecen surgir desde los núcleos centrales, apoyándose en las vías de comunicación, para luego rellenar, progresivamente, los espacios más alejados. Se aprecia una preponderancia por ocupar los terrenos más aptos para la agricultura, distribuyéndose a intervalos regulares, permitiendo que cada uno de ellos tenga un área de explotación suficiente en relación con la entidad de este. Son escasos los asentamientos conocidos en el área serrana, rica en pastos y bosques, donde debió existir una importante cabaña ganadera; en este sentido tenemos que tener en cuenta las dificultades que presentan estas zonas para la documentación de estos. Sin embargo, son numerosas las evidencias, sobre todo polínicas, que nos hablan de estas explotaciones del área serrana; también hemos de pensar en que los restos dejados por muchos de estos grupos pastoriles debieron de ser de muy pequeña entidad y no perdurar en el tiempo. Un territorio serrano

que estaría incluido en un sistema de transterminancia de corto alcance entre las zonas sedimentarias y las serranas que proporcionarían pastizales de verano.

Esta zona, durante la época altoimperial quedó integrada en la provincia *Hispania Citerior Tarraconensis* y dentro de la misma en el *conventus Cluniensis*. Su territorio, por la zona occidental, limitaría con la zona abulense, posiblemente a la altura del interfluvio Voltoya-Adaja; así tras atravesar la sierra de Malagón y Ojos-Albos seguiría por el Voltoya hasta la zona de Adanero. Por la oriental, con una difícil delimitación, alcanzaría, posiblemente, el alto Cega, un espacio de gran potencialidad ganadera y explotación silvícola, donde apenas se documentan pequeños asentamientos. No es descabellado pensar que los límites de la ciudad de Segovia sobrepasaran las cotas del Sistema Central, y como veremos más adelante, pudieron controlar ambas laderas de este, como sucede con Duratón y con Ávila; así, el control de los pasos montañosos y con ellos el de los territorios próximos hubo de estar en manos de estas urbes.

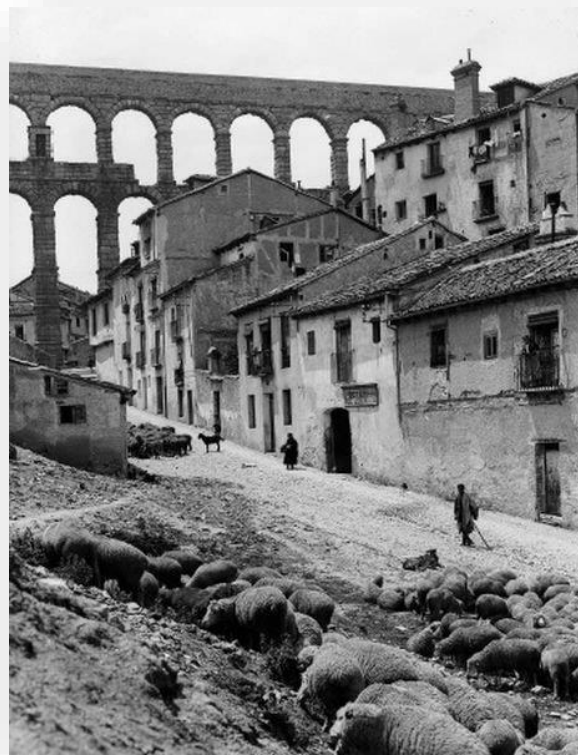
Desconocemos a partir de donde comenzaba el territorio caucense, lo que sí conocemos es que la vega del Eresma era un continuo de asentamientos próximos a la vega, explotando sus fértiles suelos. El antiguo *oppidum* del Cerro del Tormejón venido a ser un pequeño asentamiento, debería quedar del lado de Cauca. Se trataría así de un territorio que podría aprovechar diferentes nichos ecológicos, riqueza agropecuaria, mineral, pastos y aprovechamiento del bosque. En cuanto a la explotación minera, la zona serrana contaba con la presencia de cobre estaño, hierro y plomo, desigualmente explotados, hasta lo que

Las reformas de Diocleciano integraron a la ciudad segoviana, con gran parte de su territorio, dentro de la provincia *Hispania Carthaginensis*, aumentando la relación ya existente con los territorios situado al sur del Sistema Central (Fuentes, 2006: 188).

A lo largo de la etapa romana altoimperial aparecen algunos asentamientos por encima de la cota 1.000 m, que parecía el límite altitudinal durante la etapa anterior; así aparecen asentamientos en las laderas del Sistema Central dedicados a la explotación ganadera y a la minería. Al oeste de la ciudad segoviana no se documenta ningún asentamiento que podamos clasificar como villa. Los asentamientos que parecen articular el poblamiento en este momento son la propia *civitas*, alrededor de la cual se localizan una serie de asentamientos dependientes de ella, lo mismo que sucede alrededor de la villa de *El Villar*, en la vega del Polendos, que organiza la explotación de esta. La villa de *La Palaina*,



en las llanuras junto al río Cega, desde donde explotan estas zonas cerealistas y el acceso a los pastos serranos.



*Figura 7.71: Panorámica del acueducto segoviano a principios del siglo pasado y de los ganados pastando junto al mismo.*

Las inscripciones latinas esta zona son las más numerosas de la provincia, distribuidas en dos lugares destacados, *Cueva de la Griega* y *Segovia*. La *Cueva de la Griega* con 108 es un lugar de culto prerromano, en la cuenca alta del Cega, en el arroyo Vadillo, con importancia a nivel regional que mantuvo durante la época romana, donde se documentan, grabadas en sus paredes numerosas inscripciones con nombre latinos, dedicatorias a dioses latinos y una a dioses indígenas. En Segovia, como ocurre en las otras *civitas* situadas al norte del Sistema Central se documentan inscripciones con onomástica latina e indígena, y referencia a diferentes grupos de parentesco indígena que se documentan hasta al menos el siglo II d.C. Toda esta información puede servirnos para apreciar la hibridación cultural de la sociedad segoviana y como la sociedad indígena ha aceptado parte de la cultura latina.

Los topónimos prerromanos que pueden habernos llegado serían Segovia y Polendos. De raíz latina son Orejana (“aureliana”, villa Aureliana o villa Aurelii) y Villacastín (Fundus Castori con sincopa, Cast(or) Ianus). Todos ellos nos muestran la pervivencia de una población que los usó y que los transmitió.

La época tardorromana es poco conocida en la ciudad segoviana; sabemos que hubo una intensa actividad edilicia a lo largo del siglo II, pero que desconocemos las trasformaciones que se produjeron en los siglos III a V, puesto que los hallazgos correspondientes a esta época, tanto de materiales como estructuras son muy escasos. Pero debemos pensar en las transformaciones de un modelo urbanístico que se adecuara a los cambios culturales que se estaban produciendo; podemos intuir un cierto retraimiento a pesar de que en el siglo VI sea nombrada sede obispal.

El ámbito rural segoviano en esta época sufre una intensa colonización, pareciendo nuevos y más numerosos asentamientos en zonas ya colonizadas anteriormente, o en aquellas donde los asentamientos de épocas anteriores no habían llegado, pero principalmente volcado en la zona oriental, manteniéndose, la occidental escasamente poblada.

En este sentido las vegas del Cega y del Pirón son las que experimentarán un mayor crecimiento en el número de asentamientos; en correspondencia con esta situación también aumentan el número de villas, que gestionarán estos territorios. Como hemos comentado, la vega del Cega en principio dependiente de la ciudad de *Confluenta*, mientras que el Pirón dependería de Segovia. Pero son territorios donde la influencia de ambas *civitas* comienza a ser más difusa.

Al igual que sucede en otras zonas próximas, aparecen y se monumentalizan importantes villas, suburbanas o rurales, que pasarán a ser, poco a poco, los nuevos centros de poder, cuando la ciudad decaiga. Centros como *Las Vegas* o *La Palaina* cuentan con acceso a los recursos cerealísticos de las vegas, pero también gestionan el acceso a los pastos del piedemonte serrano, que sin duda tendrían gran importancia, al igual que los recursos mineros de esta zona.

De igual modo, la vega del Pirón anteriormente casi despoblada ahora es explotada a través de varias villas y asentamientos, que al igual que en la del Cega, tienen acceso a los recursos de vega y del piedemonte.

Una villa por destacar, de nueva creación es la que se sitúa en Palazuelos de Eresma, de carácter suburbano, situada en el piedemonte desde donde gestionará todos sus recursos, tanto pastos como bosques. De igual modo ocurre en la vega del Moros, donde la villa allí existente organizará este espacio serrano.

Llama la atención que en este territorio a partir del siglo V únicamente se percibe una disolución de la actividad en las villas y muchos de los asentamientos desaparecerán,

quedando grandes partes del territorio despoblado. Esto ocurre en las vegas del Cega y del Pirón, aquellas que en la etapa anterior habían protagonizado el mayor crecimiento.

La ciudad segoviana sufre una progresiva pérdida de importancia, a pesar de la cual fue nombrada sede del obispado en el siglo VI, incluyendo en el mismo la ciudad de Coca; en este mismo siglo sabemos de la construcción del edificio de San Juan de los Caballeros. Pese a todo, fue capaz de mantener alrededor suyo un poblamiento de cierta entidad, a tenor de las necrópolis cercanas conocidas, alguna de ellas con gran número de enterramientos, y la reutilización de espacios de la villa de Palazuelos como necrópolis, como sucede en otros territorios próximos.

No es esta una zona donde se documenten tumbas excavadas en la roca, únicamente algunas excavadas en el geológico, también antropomorfas, pero que no podemos englobarlas en estas cronologías.

Por los diversos análisis palinológicos realizados, en la zona de la sierra de Guadarrama en época prerromana los registros muestran un bosque de robles en las cotas bajas, mientras en las altas aparece un bosque de pino o pino y abedul. Al otro lado de la sierra, en el valle del Lozoya, los registros polínicos de Rascafría y el Collado del Berrueco muestran un paisaje relativamente deforestado, con una cubierta arbórea inferior al 20% junto a extensiones de matorrales y pastos (López, 2014: 112), que nos habla de una intensa explotación ganadera de la zona. Durante la época romana se aprecia una clara intensificación de la actividad antrópica, con una cierta preeminencia de las actividades agrícolas sobre las ganaderas (Álvarez, 1999). En algunas zonas concretas, se percibe una intensificación de la actividad minera (Ruiz, 2005; Salas, San Clemente y Sebastián, 2017: 352). Hay un claro descenso de la densidad de los bosques en la zona de Guadarrama fruto de la deforestación de pinares, posiblemente para la utilización de su madera como combustible o para la construcción, puesto que la presión por el pastoreo solo se percibe en algunas zonas, como en las proximidades de la Fuenfría por el paso de la calzada romana. Los registros polínicos de cereales aumentan; tenemos evidencias de su cultivo en las zonas llanas.

Durante la época visigoda asistimos a un notable empeoramiento climático (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), con un importante incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). Hubo grandes deforestaciones en amplias zonas del territorio, especialmente en algunas áreas de montaña, con un patrón claramente ganadero (Blanco y otros, 2015: 6), mientras que otras zonas como la sierra de Guadarrama asistimos a una bajada de cota de los bosques de pinos, reflejo de las bajas temperaturas y una gran

expansión de estos. Alrededor de Segovia los restos polínicos hablan de la existencia de un paisaje abierto, con una reducida masa arbórea a base de bosques de encina y pinares, junto a los que aparecen coscojas y jarales. Se documenta la existencia de campos de cultivos en su entorno inmediato dedicados al cultivo del cereal y se documentan las actividades pastoriles (Hernández y otros, 2013: 347-348).

Es esta una zona mediatizada por dos elementos, la presencia la ciudad de Segovia, cuya figura va a ser clave para el devenir del territorio y su situación en el piedemonte desde donde se pueden acceder a los recursos tanto serranos como de las vegas.

El *oppidum* vacceo tras su conquista se transformará en una pujante *civitas* que reunirá una importante población entre la que se aprecian las transformaciones motivadas por la asimilación de las cultura y religiosidad latina, pero también el mantenimiento de la cultura indígena hasta un momento bien avanzado de nuestra Era. Una ciudad que cuenta con un amplio territorio a caballo del Sistema Central, donde su influencia se percibirá desigualmente. Es una zona donde las villas serán escasas, pero las que surjan serán capaces de organizar importantes territorios alrededor de estas, sobre todo cuando la influencia de la *civitas* comience a declinar. Sus mayores atractivos económicos serán la agricultura y sobre todo la ganadería, donde los pastos serranos jugarán un papel destacadísimo en cada una de las diferentes etapas cronológicas. También la minería será una de las explotaciones destacadas.

## 7.9. ZONA IX. SIERRA NORTE Y CUENCA ALTA DEL JARAMA Y MANZANARES

Esta zona, de 1.945 km<sup>2</sup> de superficie, pone en conexión las cotas más altas de la sierra madrileña por encima de los 2.000 m con la zona de la rampa, a unos 800-700m de altura. Son terrenos abruptos, muchos de ellos con fuertes pendientes y donde la dureza climática ha hecho que en muchos períodos históricos la población sea escasa.

Sus tierras se encuentran drenadas por numerosos cursos fluviales, entre los que destacan el Jarama con sus afluentes y el Manzanares, que en sus cabeceras recogen las aguas de la cara meridional de la Sierra de Guadarrama, para con una clara dirección sur encaminarse hacia la zona de las vegas (Ayala y otros, 1988).



*Figura 7.72: Detalle de la zona de estudio desde el yacimiento de El Cancho del Confesionario (Manzanares el Real).*

Cuenta con un clima mediterráneo continentalizado caracterizado por las grandes oscilaciones térmicas entre estaciones: unos inviernos fríos donde las temperaturas mínimas pueden sobrepasar varios grados bajo cero, con cuatro meses sin heladas al año, mientras que los veranos son suaves con temperaturas moderadas. La temperatura media se encuentra alrededor de los 11°C., y durante el verano raras veces se superan los 30°C. En cuanto a la pluviometría la media sobrepasa los 900 mm anuales; pero, mientras que en las zonas altas serranas se suelen rebasar los 1.500 mm, en las zonas más bajas se quedan por

debajo de los 800 mm. Las precipitaciones se caracterizan por su estacionalidad y su irregularidad, presentándose preferentemente en primavera y otoño (Ordenación, 2007).

La pobreza de los suelos de esta zona ha condicionado las actividades económicas de las gentes que la han habitado, siendo su principal dedicación la actividad ganadera y la explotación de los bosques. Aunque en los últimos años el recurso turístico va abriendo una importante brecha.

## **7.9.1. La II Edad del Hierro**

### **7.9.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II**

En esta época tenemos conocimiento de tres yacimientos, *Debesa de la Oliva* (Patones), *Las Calerizas* (Patones) y *San Vicente* (Torrelaguna) (figura 7.73).

La *Debesa de la Oliva*, es un castro de unas 30 has, localizado en la vega del Jarama emplazado en un cerro amesetado; en época tardorrepublicana se trata de un destacado enclave urbano. En las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas se documentan abundantes materiales, sobre todo en la zona más elevada, dedicada al caserío: útiles domésticos de hierro, clavos, armas, fíbulas, hebillas, pulseras, anillos. Una colección de 10 monedas celtibéricas y romanas<sup>212</sup>, además de cerámicas a mano grafitadas, con digitaciones en bordes, puntillados o estampillados. El enclave domina la confluencia entre los ríos Jarama y Lozoya junto a una extensa zona de vega, desde donde se controla la ruta que abre el río y que conduce al puerto de Somosierra. El asentamiento se encuentra ocupado durante dos grandes períodos, a lo largo de los cuales debe ser considerado como una urbe. Durante la etapa tardorrepublicana ocuparía la parte más alta del cerro, transformándose a partir del anterior poblado castreño indígena (Montero y otros, 2007), con un claro trazado hipodámico superpuesto a la compleja topografía del cerro, que ha borrado las huellas de las anteriores estructuras. Se documenta la existencia de un gran edificio, posiblemente público, con divisiones internas con figurando dos naves de similar estilo a los grandes almacenes (Vigil-Escalera, 2012: 255). Su abandono debió producirse poco después del cambio de Era, lo que no impide que haya habido frecuentación de este, denotada por la presencia esporádica de TSH.

---

<sup>212</sup> *Celse, Clunia, Damaniu, Nertobis*, Arcadio I y Honorio.



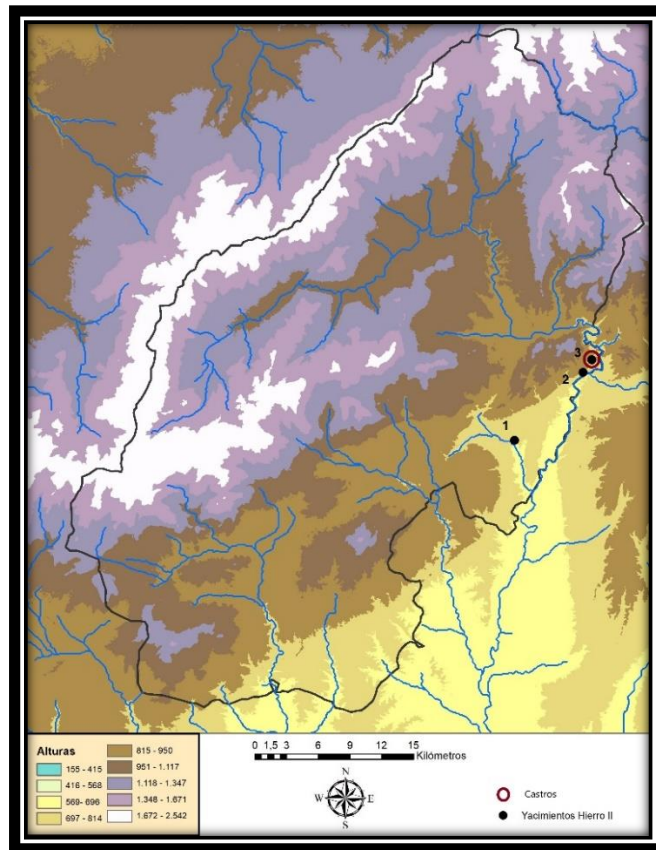


Figura 7.73: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio. Yacimientos: 1. *San Vicente* (Torrelaguna); 2. *Zona Arqueológica de las Calerizas* (Patones); 3. *Dehesa de la Oliva* (Patones).

*Las Calerizas* (Patones), es una zona de importancia arqueológica en la que se suceden varios yacimientos, desde el Neolítico hasta época medieval; en este caso se documenta una ocupación de época tardocarpetana y romano altoimperial. Por su parte el yacimiento de *San Vicente* (Torrelaguna), un asentamiento rural, con una cronología tardocarpetana, romano alto y bajoimperial, situado junto a un arroyo.

Las distancias que les separan aproximadamente oscilan entre los 1.500 m que separan la *Dehesa de la Oliva* y *Las Calerizas*, mientras que con respecto *San Vicente* sería una distancia de alrededor de 13 km.

Los tres asentamientos se encuentran muy próximos al discurrir de la vía que enlazaba la zona de las vegas orientales madrileña con la zona segoviana tras sobrepasar el Sistema Central a través del paso de Somosierra. La posible vía de comunicación debía discurrir próxima al curso del Jarama, buscando el paso serrano más cómodo para enlazar con los núcleos de *San Julián* o de *Somosierra* al otro lado de la cadena montañosa.

## 7.9.2. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

### 7.9.2.1. Los asentamientos

Son seis los yacimientos documentados en esta etapa cronológica, todos ellos situados en las vegas del río Jarama con la excepción de *Cabeza Negra* que se encuentra la vega del río Manzanares (figura 7.74).

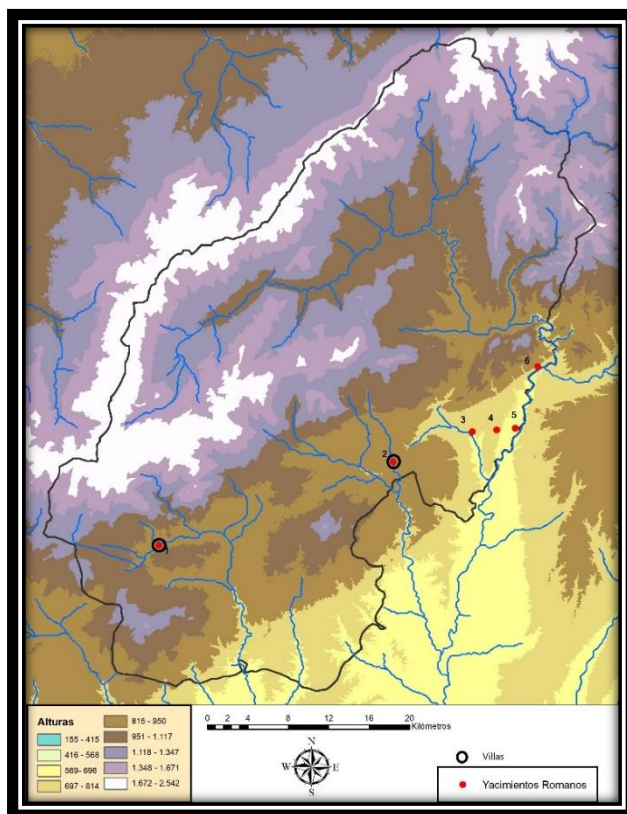


Figura 7.74: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. *Cabeza Negra* (El Boalo); 2. *Albalá* (Venturada); 3. *San Vicente* (Torrelaguna); 4. *Prado de la Nava* (Torremocha del Jarama); 5. *La Iglesia* (Torremocha de Jarama); 6. *Zona Arqueológica de Las Calerizas* (Patones).

*Las Calerizas* (Patones), se trata de asentamiento de carácter rural, situado en una zona de importancia arqueológica que continúa ocupada desde la etapa anterior. *San Vicente* (Torrelaguna), al igual que el anterior, un asentamiento de carácter rural, ya ocupado en la etapa anterior, situado junto a un arroyo. Con similares características, se encuentra *Prado de la Nava* (Torremocha del Jarama), situado en una zona llana, con escasos materiales documentados. Muy próximo se encuentra el yacimiento de *La Iglesia* (Torremocha del Jarama), situado en la vega del río se ha documentado un muro constituido por cantos y argamasa, además de numerosos restos cerámicos característicos: TSH, cerámica común, ladrillos, téglulas e ímbrices.

*Albalá* (Venturada), se sitúa en la vega del río Guadalix, no se observan restos de estructuras, sólo algunos sillares aislados y gran acumulación de piedras y ladrillos; junto a ellos se documentan restos de mosaicos, abundantes teselas y numerosos fragmentos cerámicos: cerámica común y *sigillata*, vidrio, junto a restos de escoria de hierro. Posiblemente se trata de una villa rural, conocida con un topónimo viario árabe, que viene de *al Balas*, el camino.

En *Cabeza Negra* (El Boalo), situado junto al río Samburiel, se documentan numerosos fragmentos constructivos y cerámicos propios de los s. I al III-IV d.C.: cerámica común romana, TSH, TSHt, T.S. sudgálica, T.S. lucente en bastante cantidad. También se documentan escorias de hierro. Puede tratarse de una villa rural de pequeñas dimensiones.

En cuanto a la proximidad entre los asentamientos los más cercanos se encuentran a 1.800 m de distancia.

Mientras que *Albalá* y *Cabeza Negra* pueden ser considerados como villas de carácter rural, el resto de los asentamientos son de pequeña entidad, que se sitúan en las vegas de los ríos y arroyos, buscando los suelos con mayor potencialidad agrícola; todos con la excepción *Prado de la Nava* se encuentran a menos de 1.000 m de un cauce fluvial, en el caso de Prado de la Nava se encuentra dentro de 2.000 m de distancia al cauce fluvial.

### 7.9.2.2. Las inscripciones latinas

Son seis los lugares donde conocemos inscripciones en esta zona: Colmenar Viejo 1, Soto del Real 1, Manzanares el Real 2, Rascafría 1, La Cabrera 1 y Torrelaguna 1 (figura 7.75).

En la Cabrera aparece la inscripción de *Cayo Valerio Marcelino*<sup>213</sup>, con onomástica plenamente romana. En Colmenar Viejo<sup>214</sup>, se documenta un *terminus* o marca de límites, posiblemente un *trifinium*, del siglo I d.C., que debía separar tres ciudades y sus *territoria*, que serían *Toletum*, Segovia y *Complutum*; pero además dividiría tres *conventus*, el *Caesaraugustanus*, al que pertenece *Complutum*, el *Carthaginensis*, al que pertenece *Toletum* y el *Cluniensis* al que pertenece Segovia (Fuentes, 2000; Rodríguez, 2005) o incluso que marcara la separación entre cuatro ciudades: *Segovia*, *Confluentia*, *Titulcia* y *Complutum* (Santiago y Martínez, 2010:

<sup>213</sup> HEp 12, 2002, 344; AE 2002, 797.

<sup>214</sup> Morena y otros, 1976, 100; Stylow, 1990: 317-323; HEp, 1994-4, 533; Abascal, 1996: 72; Complutum, 1998: 201; Ruiz Trapero, 2001: 151.

172). Habría que ponerla en relación con otro *terminus* que se encuentra en Cenicientos, la *Piedra Escrita* (Canto, 1994), que separa no sólo ciudades, sino probablemente provincias, en este caso Lusitania y *Tarraconensis*. Esta cercanía de dos hitos en un espacio relativamente pequeño pone de manifiesto que estamos ante una zona donde acaban los *territoria* de las ciudades, donde estas van perdiendo su capacidad de influencia sobre los espacios de su periferia.

En Manzanares el Real tenemos dos estelas funerarias, una con inscripción y otra sin ella; ambas se encuentran reutilizadas en el castillo de Manzanares. La primera<sup>215</sup> presenta una media luna abierta flanqueada por escuadras y en la parte baja la representación de una liebre; dedicada a *Monis*, hijo de *Allonis*, de los *Bocouricanos*. La segunda<sup>216</sup>, es una estela de recortada por la parte superior, donde se aprecia la representación incompleta de un posible bóvido, al que le falta la cabeza, si sitúa reutilizada junto a la anterior. Ambas se fechas en el siglo II.

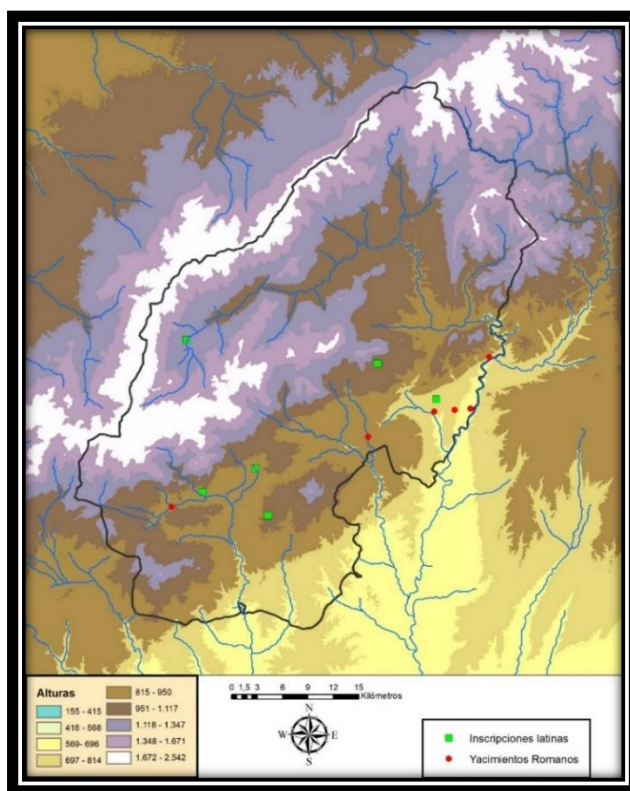


Figura 7.75: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

<sup>215</sup> AE 1990, 579; LICs 176; HEp 4, 1994, 538; ILMadriD 81.

<sup>216</sup> ILMadriD 0082; HEp 4, 1994, 539.

En Soto del Real se encuentra la estela de *Ambatus* de los *Ediconoquum*<sup>217</sup>, donde aparece representado esquemáticamente un personaje, similar a las representaciones abulenses, y bajo la inscripción lo que parece ser el vientre y las piernas; se fecha en la segunda mitad del siglo I o el siglo II. La segunda inscripción<sup>218</sup> aparece en un bloque en forma de paralelepípedo que en su cara frontal tiene grabada una placa funeraria, en forma de *tabula ansata*, donde se inscribe la inscripción de *Lucio*, de un personaje de los *Uca*[—], a quien lo dedicaron su nuera *Atta* y alguien con ellos relacionado, hijo de *Tiberio*. Al igual que la anterior, podría fecharse entre finales del siglo I o comienzos del siglo II d.C. En Rascafría se documenta el epitafio de *Lucio Acilio Maxsumino*<sup>219</sup>, hijo de *Maxsumus*, de la *tribu Quirina*; la estela aparece decorada en su parte superior por dos hojas de hiedra y un ancla en el centro, y se fecha en torno al siglo II. En Torrelaguna<sup>220</sup> se documenta un cipo en arenisca en el que *Mercato* hace una dedicatoria a su madre, se fecha en el siglo III.

Llama la atención las inscripciones de Manzanares y Soto en las que aparecen relacionados grupos de parentesco indígenas y representaciones propias, en lugares donde el único asentamiento es el de *Cabeza Negra*, una posible villa. En cuanto a la de Rascafría, no se documenta ningún asentamiento y el dedicante, con onomástica romana.

### 7.9.3. La época tardoantigua (ss. IV-VIII d.C.)

#### Página / 346 7.9.3.1. La época tardorromana (ss. IV-V d.C.)

Los yacimientos que tenemos documentados en este momento cronológico pese a percibirse una contracción en su número, mantienen las características del momento anterior, explotando las cabeceras de los principales cursos fluviales, Manzanares, Guadalix y Jarama.

*Fuente del Moro II* y *Fuente del Moro III* (Colmenar Viejo), se trata de un único yacimiento que presenta dos sectores divididos por el curso del arroyo Tejada. En ambos se han documentado restos de similares características, fragmentos cerámicos y de tejas, algunas con decoración incisa. Se detectan los restos de varias construcciones, de forma rectangular, construidas con sillares de distintos tamaños. Junto a estos restos, se documenta una necrópolis compuesta por dieciséis tumbas, agrupadas en dos sectores

<sup>217</sup> HEp 19, 2010, 199; Gimeno, 2010: 104-105, fig. 4; AE 2010, 733; Hernández, 2013.

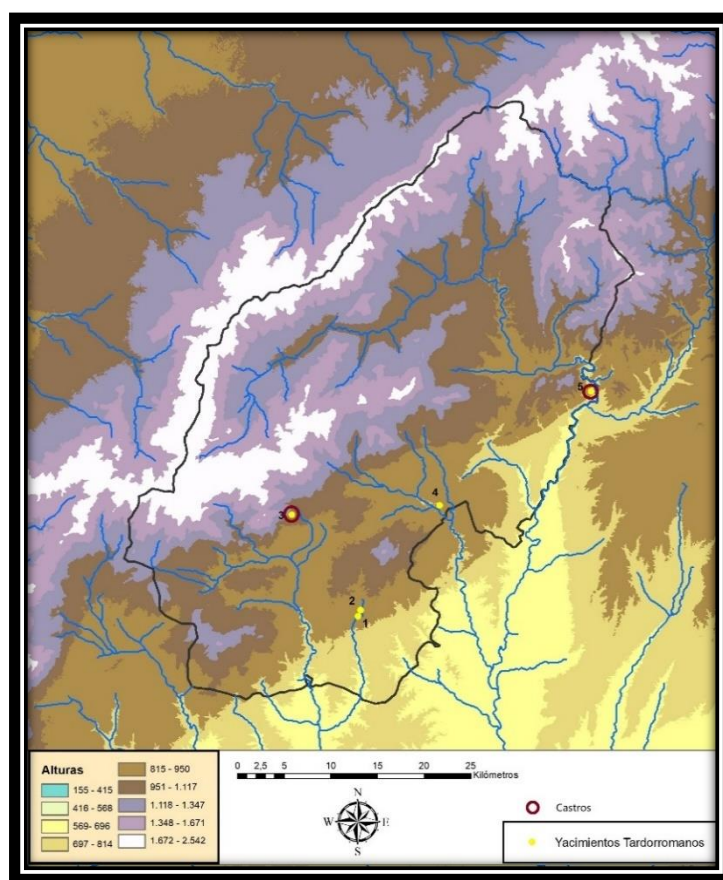
<sup>218</sup> El bloque fue encontrado en el yacimiento del Cancho del Confesonario de Manzanares el Real por un pastor, yacimiento excavado por Caballero Zoreda.

<sup>219</sup> LICS 178; AE 1991, 1073; HEp 2, 1990, 457; ILMadriD 89.

<sup>220</sup> ILMadriD 0102; HEp 4, 1994, 546; AE 1994, 1056; HEp 6, 1996, 646.



separados por el arroyo. Doce de ellas están excavadas en la roca y cuatro serían de lajas. Las tumbas excavadas en la roca, cuenta con diferentes tipologías todas pertenecientes a adultos. Destaca sobre todo un gran bolo granítico en el que se han tallado seis tumbas completas y dos fragmentadas, situadas en diferentes niveles. En cuanto a las tumbas de lajas, se trata de tres sepulturas a base de lajas de graníticas; su cubrición se realizaba con una o varias lajas, algunas de las cuales se conservan en las inmediaciones. En su interior aparecieron ajuares formados por cerámicas -jarritas funerarias modeladas a mano-, un ungüentario de vidrio, un broche de cinturón tipo liriforme, un anillo, un pendiente, fragmentos de cuchillos y diversos clavos. Materiales que nos hablan de su comienzo en esta época con perduración en la posterior.



*Figura 7.76: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Fuente del Moro III (Colmenar Viejo); 2. Fuente del Moro II; 3. Cancho del Confesionario (Manzanares el Real); 4. El Montecillo II (Guadalix de la Sierra); 5. Dehesa de la Oliva (Patones).*

El *Cancho del Confesionario* (Manzanares el Real), se trata de un yacimiento situado en un lugar elevado en una ladera de la zona oriental de La Pedriza, desde donde se controla un amplio horizonte. Se asienta sobre sucesivas plataformas en diferentes niveles, en las que se documentan restos de más de un centenar de edificaciones de forma rectangular, con divisiones internas, a base de mampostería de granito y con cubrimiento a base de



tejas, muchas de ellas con decoraciones incisas. En la zona más elevada del mismo, se conservan los restos más de un cerramiento que una muralla. Junto a ellos, material cerámico que nos remite a un momento muy avanzado del siglo IV o siglo V en adelante. En este yacimiento se encontró una *tabula ansata*, con una cronología del siglo I-II d.C. (Hernández, 2013), además de numerosos restos metálicos como clavos, cuchillos, una punta de lanza y un regatón. Nos encontramos ante un asentamiento rural, con un larguísimo período de ocupación, no sabemos si continua o recurrente, que abarca desde la Edad del Bronce hasta época islámica (Martín, 2002: 61), con pervivencia en momentos posteriores.

En *La Debesa de la Oliva* (Patones), gran parte de la zona más destacada fue utilizada como necrópolis, donde se han documentado un total de 33 sepulturas de inhumación; otras dos, aparentemente aisladas, localizadas en la plataforma inferior, una de ellas de cista de lajas y la otra una fosa, cuyos materiales remiten a los siglos V-VII/VIII. En ocho de ellas se documentan ajuares, tanto cerámicos como metálicos. Algunos de estos materiales se pueden asemejar a los que caracterizan a las necrópolis «tipo Duero» (Vigil-Escalera, 2015: 174-177). El asentamiento debió estar habitado por una importante comunidad, cuyas edificaciones ocupan más de 12 Has, entre las que únicamente se ha documentado con carácter público la existencia de algunos almacenes y el suministro de aguas. El asentamiento tras ser abandonado en la primera mitad del siglo I d.C., con posibles reutilizaciones posteriores, vuelve a ser ocupado durante la primera mitad del siglo V, momento al que correspondería la mayor parte de la TSHt documentada, el numerario bajoimperial en bronce y parte de las sepulturas con ajuar. Esta ocupación debió mantenerse hasta finales del siglo VII o principios del VIII cuando parece que es abandonado definitivamente.

*El Montecillo II* (Guadalix de la Sierra) se trata de un asentamiento rural, sobre una pequeña loma, donde se documentan cerámicas a mano, con bruñido externo, con cocción oxidante; restos constructivos, tejas y ladrillos algunos con decoraciones incisas. Muy próxima se encuentra la necrópolis, sobre una ladera al río Guadalix, donde se documentan hasta 20 tumbas a base de lajas de caliza y esquistos. Los materiales nos hablan de una cronología muy avanzada dentro de este momento con continuidad en la época visigoda.

### 7.9.3.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)

Tenemos un total de 23 yacimientos de esta época, que se concentran, mayoritariamente en las vegas del río Manzanares y sus afluentes.

El *Cancho del Confesionario* (Manzanares el Real), ya comentado anteriormente, se trata de un asentamiento habitado posiblemente a finales del siglo IV o durante el siglo V, y más allá del siglo VIII, donde se han documentado más de un centenar de estructuras con zócalo de piedra, con divisiones internas, a base de mampostería de granito y con cubrimiento a base de tejas, muchas de ellas con decoraciones incisas. También se documentó la existencia de dos pizarras tipo «Lerilla» con números romanos incisos. Este asentamiento hay que ponerlo en relación con el paso de la Cañada Real Segoviana y el acceso a los pastos de la Sierra de Guadarrama.

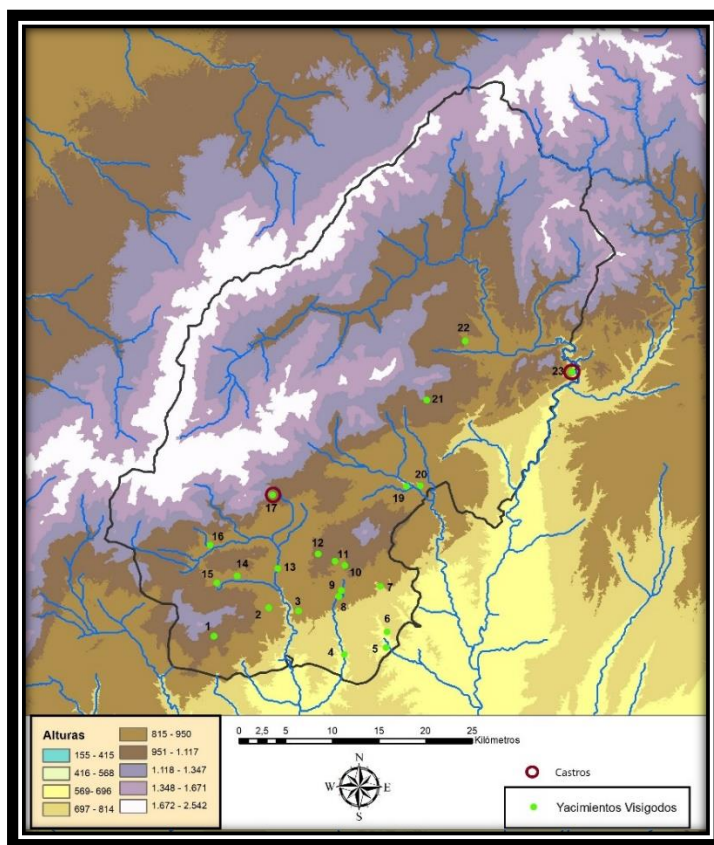


Figura 7.77: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. La Cabilda (Hoyo de Manzanares); 2. La Dehesilla (Colmenar Viejo); 3. Fuente de la Pradera (Colmenar Viejo); 4. El Barrancón (Tres Cantos); 5. Necrópolis del Arroyo del Bodonal (Tres Cantos); 6. Moraleja (Colmenar Viejo); 7. Camorchones (Colmenar Viejo); 8. Fuente del Moro III (Colmenar Viejo); 9. Fuente del Moro II (Colmenar Viejo); 10. Navalabija (Colmenar Viejo); 11. Navahvillar (Colmenar Viejo); 12. Necrópolis de Remedios (Colmenar Viejo); 13. El Vado II (Colmenar Viejo); 14. Cerca de Pablo Santos (Manzanares el Real); 15. El Alcorejo (El Boalo); 16. Cerro de la Ermita (El Boalo); 17. Cancho del Confesionario (Manzanares el Real); 19. El Montecillo (Guadalix de la Sierra); 20. El Montecillo II (Guadalix de la Sierra); 21. Tumba del Moro (La Cabrera); 22. Casco histórico de Sieteiglesias (Sieteiglesias); 23. Dehesa de la Oliva (Patones).

*Fuente del Moro II y III* (Colmenar Viejo), donde se documenta la presencia de una aldea junto a una necrópolis donde aparecen 4 inhumaciones en cista y 12 tumbas excavadas en la roca, donde se documentaron ajuares con vidrios, jarritas cerámicas y un broche de cinturón liriiforme (Colmenarejo, 1986; 1987; Colmenarejo y Rovira, 2006).

La *Necrópolis de Remedios* (Colmenar Viejo), situada no lejos del anterior, alrededor de la que se articulan los asentamientos de *Los Villares* y *Navalmojón*, y un poco más alejadas las aldeas de *Navalvilla* y *Navalabija*. *Los Villares* y *Navalmojón* son de pequeños asentamientos donde se documentan alrededor de dos decenas de estructuras con zócalos de piedra y cubrimientos a base de tejas, cuyos habitantes debieron ser inhumados en la citada necrópolis. Ésta se encuentra compuesta por 14 inhumaciones en cistas, una de un infante en un nicho de tejas y 4 excavadas en la roca (Colmenarejo y Rovira, 2003, 2006; Hernández Sousa, 2016).

En cuanto a *Navalvillar* y *Navalabija* (Colmenar Viejo), se trata de dos aldeas de gran extensión, separadas por el arroyo Tejada (por lo que quizás se trate de un único asentamiento), dedicadas a la explotación agropecuaria y la extracción y tratamiento de mineral de hierro; estuvieron habitadas entre los siglos V y un momento indeterminado del VIII (Abad, 1988, 2006; Colmenarejo, 1987, 2010)<sup>221</sup>. En ambas se documentan numerosas estructuras con zócalos de piedra, a base de mampostería de granito y cubiertas de tejas o materiales perecederos.

Por su parte en *El Vado II* (Colmenar Viejo) se trata de un asentamiento en el que se documentan restos más de 40 estructuras rectangulares y cuadrangulares, con zócalos de mampuesto de granito y abundantes fragmentos de tejas; junto al cauce del río Manzanares se documentó la existencia de una tumba de lajas de granito y en su interior restos de la cobertera del mismo material; junto a ella se documenta los restos de otra. *Fuente de la Pradera* (Colmenar Viejo) se trata de una pequeña aldea donde se documentan restos constructivos y cerámicos y dos tumbas excavadas en la roca, una perteneciente a un adulto y otra a un infante. *El Grajal* (Colmenar Viejo) es un asentamiento de grandes dimensiones, distribuidos en diversos núcleos en los que se encuentran restos de estructuras de hábitat y cerramientos para el ganado, bancales y varias tumbas excavadas en la roca distribuidos en dos agrupamientos de 2 y 3 respectivamente. *La Cabilla* (Hoyo de Manzanares), se trata de una aldea de pequeñas dimensiones donde se documentan restos de estructuras y cerámicas junto a dos tumbas excavadas en la roca. *Cerca de Pablo Santos* (Manzanares el Real) se trata

<sup>221</sup> En *Navalvillar* se recuperó un *dirhem* omeya, fechado en el 715-716, que junto con algunas de las cerámicas hablan de su perduración en los primeros momentos del siglo VIII (Caballero, 1980).

de una aldea donde se documentan restos constructivos, mampuestos, tejas, jambas junto a sepulturas de cistas cubiertas con losas de granito y varias tumbas excavadas en la roca que se presentan por núcleos separados y agrupadas en dos conjuntos de 2 inhumaciones.

Un pequeño asentamiento, tipo granja, en la vega del arroyo Tejada es *El Barrancón* (Tres Cantos), donde se han documentado algunos alineamientos de piedras y numerosos fragmentos de tejas con decoración incisa además de restos de escoria. El *Cerro de la Ermita* (El Boalo), constituido por una necrópolis de tumbas de lajas junto a los restos de una ermita de época posterior. Se documentan al menos 6 inhumaciones y la presencia de un sarcófago monolítico de granito junto a las mismas.

*El Alcorejo* (Mataelpino), necrópolis situada en una ladera de la Sierra del Hoyo, en la que se documentan 19 tumbas excavadas en la roca de tipología antropomorfa, la mayoría en el mismo afloramiento granítico, organizadas en diferentes grupos, 16 pertenecen a individuos adultos mientras que 3 son de infantes.

En la vega del Guadalix se encuentran los yacimientos de *Camoribones* (Colmenar Viejo) un asentamiento de pequeñas dimensiones, situado en un cerro rodeado por el arroyo del mismo nombre, y donde se documentan restos cerámicos de diversas clases con decoración a peine. *Moraleja* (Colmenar Viejo), un asentamiento tipo granja, donde se documentan restos constructivos y cerámicos de época visigoda, y, sobre una loma cercana, dos tumbas de inhumación a base de lajas de granito, en las que se recuperaron los restos de tres individuos. La *Necrópolis del arroyo del Bodonal* (Tres Cantos) donde se localizó una tumba a base de lajas de granito donde se recuperaron los restos de un individuo junto con una jarrita gris. *El Montecillo II* (Guadalix de la Sierra) un asentamiento en la vega del río, ocupado desde la etapa anterior, se documentan restos constructivos y cerámicos típicos de esta época. *El Montecillo* (Guadalix de la Sierra) situado en la ladera, junto al asentamiento, donde se documentan 20 tumbas de lajas, se recuperó un anillo de cobre con decoración y restos cerámicos. La necrópolis de *Tumba del Moro* (La Cabrera) donde se documentan 9 inhumaciones en fosa realizadas a base de lajas de granito, y una única excavada en la roca de tipología antropomorfa, donde se recuperó una hebilla de cinturón propia del siglo VII (Yáñez, López, Ripoll, Serrano y Consuegra, 1994). Junto a ellas se documenta escaso material: tejas muy toscas y algunos fragmentos cerámicos a torno de cocción oxidante.

En la vega del río Lozoya se encuentra *La Dehesa de la Oliva* (Patones), donde se han documentado un total de 33 sepulturas de inhumación y otras dos, aparentemente aisladas, cuyos materiales remiten a los siglos V-VII/VIII. Sabemos que algunas, por los materiales

son de época tardorromana, al menos ocho, mientras que el resto podrían pertenecer a esta época. Junta a ellas el asentamiento cuyas edificaciones ocupan más de 12 Has. Y en el casco urbano de *Sieteiglesias* se documenta material cerámico típico de época visigoda, en una necrópolis de tumbas excavadas en la roca.

Como vemos en esta zona y con esta cronología son numerosas las necrópolis documentadas, tanto de inhumaciones, habitualmente en lajas y de tumbas excavadas en la roca.

#### 7.9.4. ¿Y después del siglo VIII?

En esta zona son varios los yacimientos cuyos materiales hablan de una continuidad al menos durante el siglo VIII, como *Navalvillar* donde la moneda omeya y los materiales cerámicos sugieren su poblamiento, y, sobre todo *Cancho del Confesionario*. Tenemos que sumarles la posibilidad de aquellos yacimientos donde se documentan las tumbas excavadas en la roca: *Fuente del Moro II y III*, *Necrópolis de Remedios*, *Fuente de la Pradera*, *El Grajal*, *La Cabilda*, *Cerca de Pablo Santos*, *El Alcorejo*, *Tumba del Moro* y *La Dehesa de la Oliva*, muchos de ellos pequeños asentamientos de claro carácter ganadero, buscando la explotación de los pastos serranos.

#### 7.9.5. Interpretación de los datos

En esta zona, la distribución de los asentamientos (tabla 7.45), pese a la escasa densidad de poblamiento en la misma (tabla 7.46), se percibe un incremento entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana, de los cuales el 50% de los asentamientos continúan habitados.

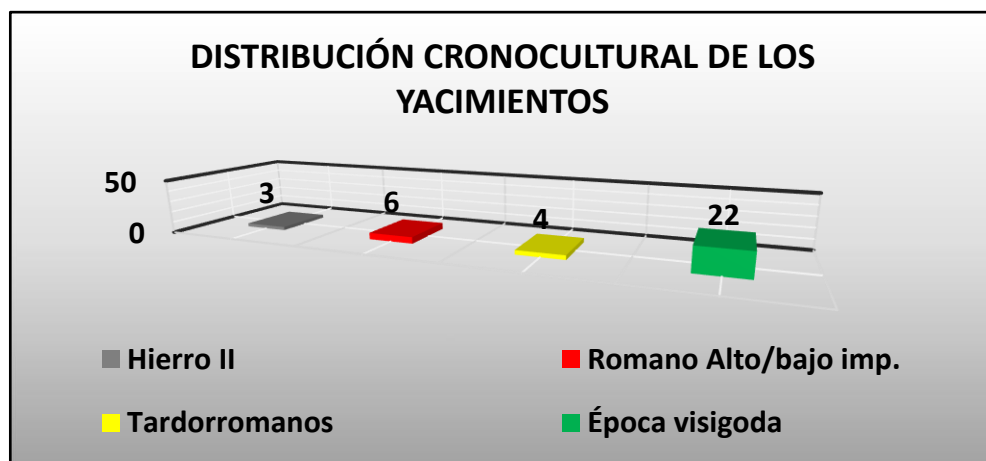


Tabla 7.45: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según el CACAM.

Entre esta época y la tardorromana se percibe una disminución de estos y con un abandono total, es decir, todos los asentamientos tardorromanos surgen de nueva planta. En la época visigoda se produce un importante crecimiento en el número de asentamientos, pasando de los 4 tardorromanos hasta los 22 de época visigoda; estos asentamientos tardorromanos se mantienen ocupados en la época visigoda.

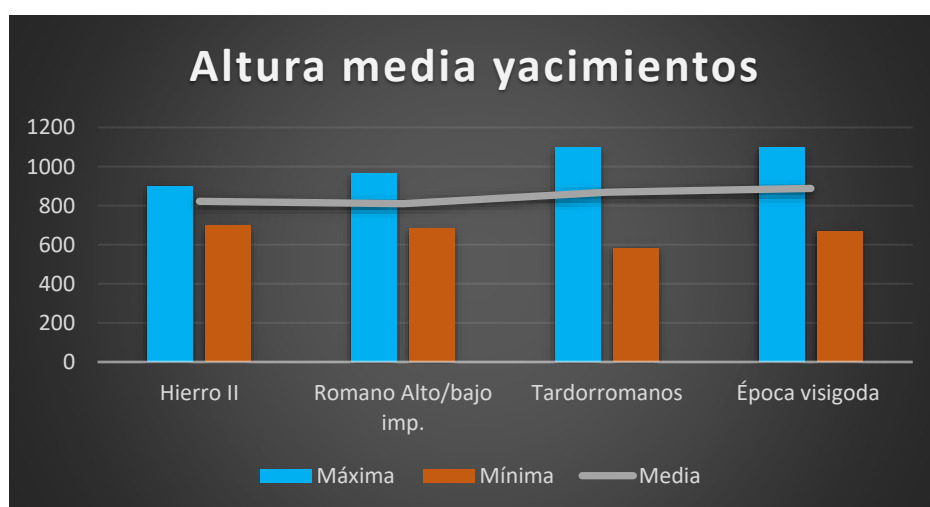
En cuanto a las alturas a las que se emplazan los asentamientos (tabla 7.47), se percibe una ligera disminución de la media entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana; media que se ve incrementada en la etapa tardorromana y visigoda.

Entre incremento puede mostrar la reutilización de los castros a partir de época tardorromana y un crecimiento en el número de asentamientos en la época visigoda buscando la explotación de los pastos del piedemonte serrano.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	3	1.945	0,00154218
Romano Alto/bajo imp.	6	1.945	0,00308436
Tardorromanos	4	1.945	0,00205624
Época visigoda	22	1.945	0,01130931

*Tabla 7.46: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.*

En cuanto las tipologías de los suelos, llama la atención la distribución de estos en la Segunda Edad del Hierro, en la que los de mayor potencialidad (tipo A) se encuentran bien representados en los más cercanos, al igual que en los situados más alejados de los asentamientos (tabla 7.48 y 7.49).



*Tabla 7.47: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*



En la época romana, se aprecia que estos tipos de suelos (tipo A) sufren un recorte tanto en los desplazamientos de corto radio como de largo, a la vez que se incrementan las otras dos tipologías. Esta tendencia se prolongó durante la siguiente etapa tardorromana. En la época visigoda los suelos de mayores posibilidades prácticamente desaparecen de los asentamientos mientras que las otras tipologías, en los desplazamientos de corto alcance se igualan, mientras que en las de largo alcance se mantienen los de tipología media.

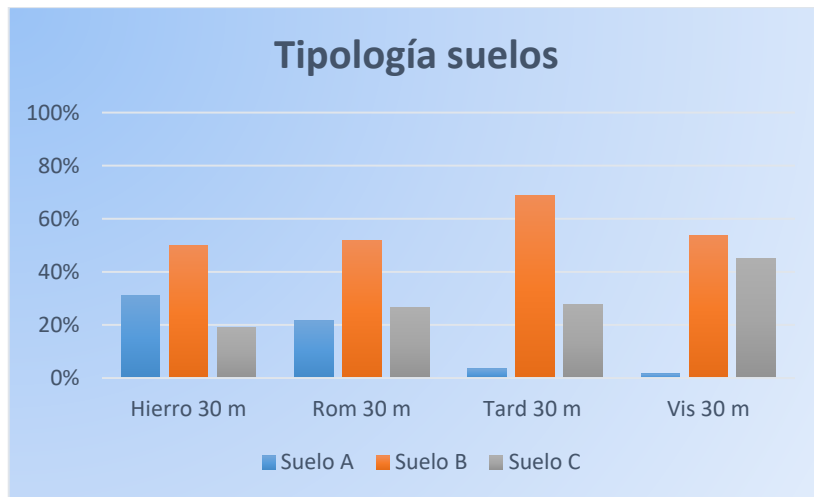


Tabla 7.48: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

Los datos recabados hablan de una zona escasamente poblada, sobre todo en las primeras etapas analizadas, que se densificará en la visigoda (tabla 7.46).

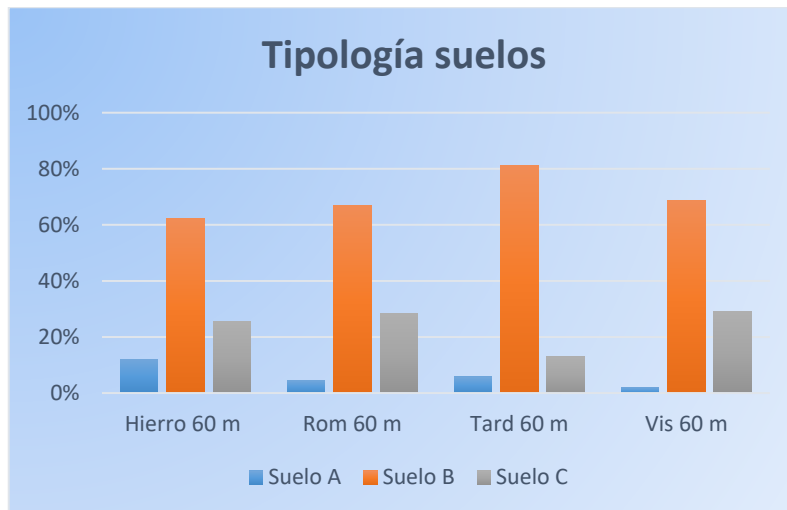


Tabla 7.49: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Un territorio a caballo de varias realidades, en un principio entre los carpetanos y los vacceos; la romanización impone un reparte entre tres *conventus* diferentes, *Carthaginensis*, *Cluniensis* y *Caesaraugustano*, lo que nos habla de un territorio situado en la periferia de los centros de toma de decisiones en los momentos en los que el poder es más fuerte; no

ocurre lo mismo cuando el poder está más debilitado, existen o surgen centros parecen capaces de organizar el territorio en su proximidad, suplantando el poder de otras ciudades, así parece ocurrir en época carpetana con la *Debesa de la Oliva* y en época tardorromana y visigoda con la *Debesa de la Oliva* y *Cancho del Confesionario*.

Durante la Segunda Edad del Hierro el castro carpetano de la *Debesa de la Oliva* es el elemento organizador rector de este territorio; el resto de los asentamientos documentados se sitúan muy próximos y con toda probabilidad, dependerían de este. Los límites de este pueblo, el carpetano, por su parte norte alcanzaría esta zona, aunque desconozcamos hasta donde se extendía su influencia. Creemos que como muy bien han visto otros autores (Fuentes, 2000; Rodríguez, 2005), que el Sistema Central no debió de funcionar siempre como un elemento limítrofe ni a nivel cultural ni administrativo, sino que, sino que la frontera cultural entre vacceos y carpetanos pudo estar situada al sur de este y que fuera el origen para la posterior delimitación de las *civitates* romanas en esta zona.

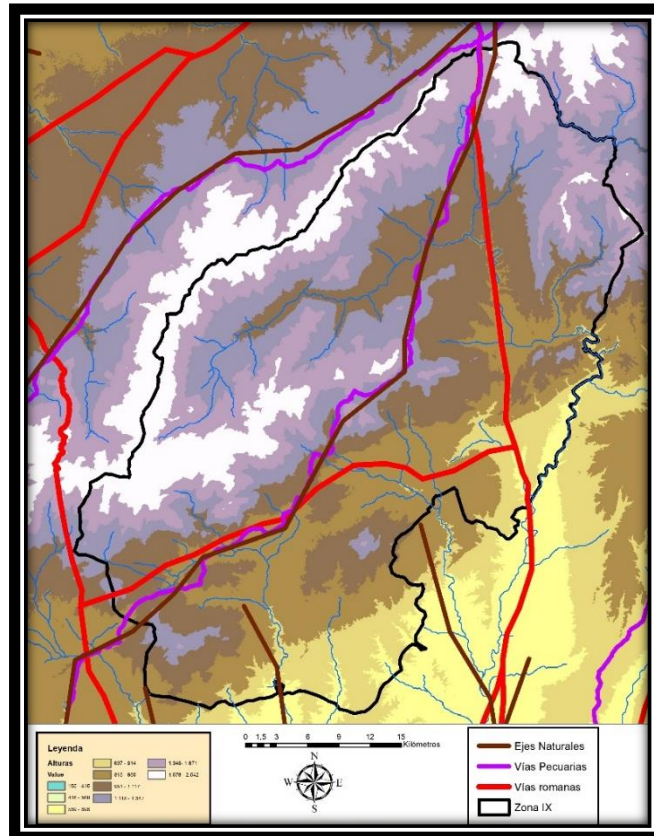
El castro y los territorios del alto Jarama y parte del Lozoya, organizados desde este, que debía controlar la vía de acceso al paso de Somosierra que une ambas vertientes, debieron quedar bajo el control romano alrededor del año 186 a.C. tras la victoria de los *praetores* L. *Quinctius Crispinus* y C. *Calpurnius Piso* en *Toletum* frente a una coalición indígena de lusitanos y celtíberos. Sin embargo, Roma estaba centrada en el control de los territorios más al norte y oeste, por lo que el control efectivo sobre el mismo no se afirmaría hasta la finalización del conflicto sertoriano. Esto no debió afectar a este castro, que se mantuvo en funcionamiento hasta las primeras décadas del siglo I d.C. continuando con esa función rectora sobre esta zona.

Desconocemos el territorio sobre el que ejercería su influencia el castro en época republicana; los asentamientos existentes en la zona de Fuente el Saz bien podrían depender de *Complutum* o de la *Debesa de la Oliva*.

En esta zona tenemos constancia de la existencia de un importante eje natural que la recorre la zona en diagonal, con dirección noreste-suroeste (figura 7.78), que bordea el piedemonte meridional del Sistema Central tras sobrepasar el mismo en las inmediaciones del actual puerto de Somosierra. Este eje tendrá su continuidad en la zona 10 adyacente a esta. Su importancia será tal que su recorrido aproximado será heredado en su mayor parte por la Cañada Real Segoviana. Otros dos ejes naturales importantes serán los que se desarrollen en las proximidades de los dos principales cursos fluviales de la zona, el

Guadalix-Jarama y el Manzanares, con dirección norte-sur, poniendo en contacto las zonas serranas de pastos veraniegos con las zonas de vega.

Como decimos la Cañada Real Segoviana, tras atravesar el puerto de Somosierra alcanza Buitrago de Lozoya, buscando alcanzar Miraflores de la Sierra y el embalse Santillana recorriendo el piedemonte serrano hasta alcanzar la cuenca alta del río Guadarrama.



acceso a los pastos serranos y la posible explotación de algunos recursos mineros existentes en la zona.

La parte occidental entre el piedemonte serrano y la actual ciudad de Madrid debió estar cubierto por un amplio bosque (Fuentes, 2000), lo que condicionó el poblamiento. De este tenemos escasas referencias, la posible villa de *Cabeza Negra* (El Boalo) y la presencia de unas pocas inscripciones romanas<sup>222</sup>, lo que sumado a las escasas investigaciones muestra una escasa colonización del territorio.

Las dos únicas posibles villas existentes (*Cabeza Negra* y *Albalá*), debieron surgir a partir de mediados del siglo I d.C., cada una en la cabecera de los cursos fluviales (Manzanares y Guadalix), en lugares que posibilitaban la explotación de los recursos de los bosques cercanos a la vez que de los pastos del piedemonte. No se aprecian asentamientos que dependan de las villas documentadas que en esta época debían ser de escasa entidad. La presencia de algunos epígrafes en el área comprendida entre ambas sugiere la posible existencia de algún asentamiento hoy desconocido. Llama la atención que cada una de ellas pudiera pertenecer administrativamente a dos *conventus* y *civitas* diferentes.

La epigrafía muestra que existen una clara relación entre ambas caras del Sistema Central, donde se percibe el mantenimiento de cultos indígenas que en algunos casos llegan hasta el siglo III d.C. al igual que muestra como se está produciendo la asimilación del modelo social latino, a pesar de lo cual, la pervivencia de fórmulas organizativas indígenas se mantiene hasta bien entrado el siglo II d.C. Por otro lado, el epígrafe documentado en El Paular (Rascafría), en la cabecera del valle del Lozoya perteneciente al ciudadano romano *L. Acilius Maxsumi f. Q. Maxsuminus*<sup>223</sup>, de la *tribu* Quirina, ha sido usado para incluir esta zona en el territorio de *Confluenta* (Martínez, 2008).

Este territorio quedaría por tanto bajo la influencia de diferentes *civitates*. Por un lado, gran parte del piedemonte, quedaría bajo la administración de las ciudades de *Segovia* y *Confluenta*, la inmediatamente situada al sur de esta estaría bajo la administración de *Toletum* y el territorio más al este bajo *Complutum*. Para esta delimitación tendrían importancia no solo la geografía, sino también el alcance de las influencias culturales y de las diferentes

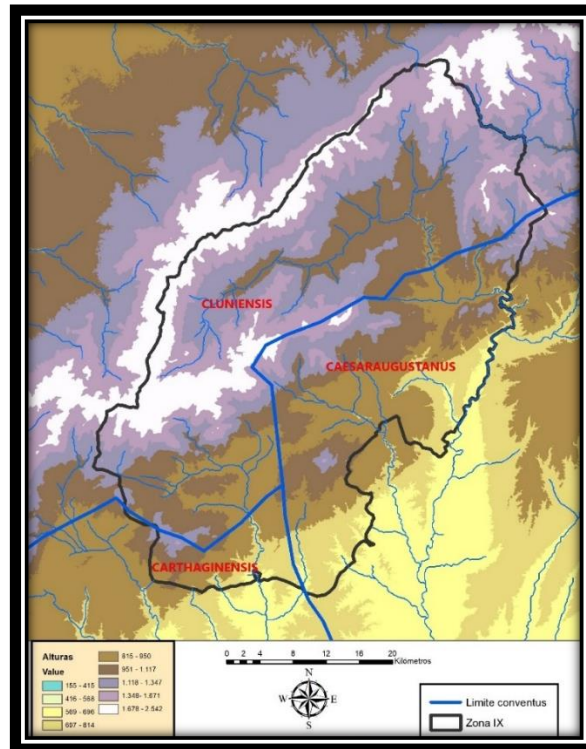
---

<sup>222</sup>Manzanares el Real, Soto del Real, Collado Villalba, Colmenar Viejo, además de los miliarios de Cercedilla y Galapagar asociados a la vía XXIV.

<sup>223</sup> Ruiz, 2001, 102; *HEp.* 4, 1994, 546.

estrategias de explotación del territorio<sup>224</sup>, en una zona muy atractiva por su capacidad forestal y ganadera.

Como hemos comentado anteriormente, el *trifinium* que se encuentra en Colmenar Viejo, que debía separar tres ciudades y sus *territoria*, que serían *Toletum*, Segovia y *Complutum*; y tres *conventus*, el *Caesaraugustanus*, el *Carthaginensis* y el *Cluniensis* (Fuentes, 2000; Rodríguez, 2005). Esta situación nos indica que nos encontramos en una zona marginal, donde las influencias de las respectivas ciudades se diluyen.



7.79: Demarcaciones administrativas del territorio en época romana altoimperial.

En esta distribución administrativa queda claro que el Sistema Central, en época romana, no constituyó ningún límite físico ni sirvió como referencia para establecer un límite entre demarcaciones administrativas, sino que debió basarse en la influencia cultural indígena.

El territorio del *conventus* *Caesaraugustanus*, debía rebasar por el norte la zona de La Cabrera pero dejando el valle del Lozoya, donde se ha localizado la inscripción del ciudadano perteneciente a la *tribu* Quirina, dentro del *Cluniensis* y por tanto dependiente de alguna de las ciudades del otro lado de la sierra, bien Segovia, bien *Clonfluenta*, *posiblemente esta última*; hacia el este se dirigiría hacia el noroeste de la sierra del Ocejón. De este modo,

<sup>224</sup> Reflejo de esta situación puede ser la organización establecida por Alfonso VI tras la toma de Toledo, en la que parte del territorio situado al sur del Sistema Central dependía de la ciudad segoviana.

el control del paso de Somosierra debía quedar integrado en el territorio de *Confluenta*, más cuando el castro de la Dehesa, como venimos diciendo, fue abandonado en las primeras décadas del siglo I d.C.

Por el oeste el conventus *Caesaraugustanus* alcanzaría el intefludio de los ríos Guadalix y Manzanares, quedando este último dentro de los conventus *Carthaginensis* y *Cluniensis*, extendiéndose este último hasta la altura de las sierras de Hoyo de Manzanares, San Pedro y Morcuera.

De este modo, y como hemos reflejado anteriormente tanto el territorio de *Confluenta* como Segovia podría sobrepasar el Sistema Central y esta situación podría ser el antecedente de la creación del territorio del obispado segoviano en el siglo VI y con el posterior de la villa y tierra de Segovia tras la conquista de la ciudad toledana en 1085 y la consiguiente reorganización territorial llevada a cabo por Alfonso VIII<sup>225</sup>.

En cuanto al nuevo modelo de poblamiento, desconocemos como se hizo efectivo sobre el territorio; los nuevos asentamientos parecen surgir más allá de mitad del siglo I d.C. puesto que no documentan en ellos materiales anteriores a TSH. El abandono de la *Dehesa de la Oliva* podría ser puesto en relación con el traslado de la ciudad de *Complutum* al llano y con el creciente desarrollo de *Confluenta* al otro lado de la sierra y su proyección al sur de esta.

Este poblamiento, salvo el caso de *Cabeza Negra* y si existiera algún asentamiento en el valle del Lozoya, se sitúan dentro de *conventus Caesaraugustanus*, y, por tanto, dependiente de la *civitas* de *Complutum* de la que se encontrarían a una distancia de unos 40 km.

Este nuevo poblamiento muestra, como en otros territorios, una colonización en la que se buscan aquellos suelos en los que se puede practicar una agricultura con ciertos rendimientos, complementaria de las prácticas ganaderas de gran importancia en este territorio. Estos centros buscarían situarse en lugares desde los que poder integrar amplias extensiones de terreno montañoso o de escasos rendimientos. Estos amplios territorios eran necesarios para garantizar la producción agrícola necesaria para el abastecimiento de los centros y para garantizar los recursos necesarios para la práctica ganadera en todas las estaciones del año.

---

<sup>225</sup> Documentos de 28 de julio de 1208, dado en Burgos, y de 12 de diciembre de 1208, que marca la separación de las villas segovianas de la Transierra (futuros sexmos de Casarrubios, Lozoya y Valdemoro) con Alamin, Canales, Olmos y Madrid (Rodríguez, 2005: 120).



El poblamiento de época romana altoimperial desaparece; debemos suponer que a lo largo del siglo III debieron abandonarse la mayoría de los asentamientos con la excepción de *Cabeza Negra*, donde algunos materiales pueden llevar hasta el siglo IV.

En la época tardorromana se percibe un poblamiento, que no podemos clasificar como de nuevo, puesto que los castros, que ahora son reocupados, ya habían sido poblados en épocas anteriores. Estos castros, *Cancho del Confesionario* y *Debesa de la Oliva*, pasan a ser los elementos organizadores del territorio; el primero es ocupado en los últimos momentos del siglo IV, mientras que el segundo lo hace en la primera mitad del siglo V. A partir de este momento, ambos parecen mantener su ocupación hasta al menos el siglo VII-VIII en el caso de la *Debesa*, mientras que el *Cancho* parece continuar más allá. Ambos se levantan en los márgenes del territorio complutense, aprovechando, posiblemente, el menor control que pudiera realizar la ciudad, y a la vez que se han difuminado las villas que poblaban el territorio. En la *Debesa* se documentan enterramientos que, por sus materiales, pueden ser incluidos en las necrópolis «tipo Duero», y bien pudieran pertenecer a ser gentes que han abandonado estas; mientras que en el *Cancho* se documentan materiales que se pueden relacionar con algún grupo de élite de carácter local o regional.

La escasa representación de algunos de los conjuntos cerámicos propios de inicios de la quinta centuria es común a casi todos los asentamientos encastillados que documentamos en el territorio estudiado, lugares como *Cerro de Bernardos* o *Cabeza de Navasangil* o incluso *Conacho del Confesionario* (este posiblemente sin murallas) permite equipararlos como centros rectores de importantes territorios donde posiblemente residirían elementos destacados de la sociedad del momento. Las mismas dimensiones del castro de la Oliva denotan que nos encontramos ante uno de los lugares destacados del momento.

El resto de los asentamientos de esta época, como ocurría anteriormente, se distribuyen en cada una de las cuencas fluviales. En ambos casos se trata de pequeños asentamientos que explotan las vegas de los ríos, pero que se deben dedicar a la explotación ganadera, con acceso a los pastos serranos. Deben surgir muy avanzado el siglo IV o mejor en el siglo V y ambos tienen continuidad en la época visigoda. En ambos se constatan sendas necrópolis que nos hablan de la escasa población de estos.

En época visigoda, como comentábamos, ambos castros continúan ocupados, posiblemente incrementando su población como parece deducirse del aumento de las edificaciones y de las inhumaciones en esta época. En el *Cancho del Confesionario* se han documentado pizarras «tipo Lerilla», que son uno de los posibles marcadores de estas

jerarquías sociales o que podrían remitir a lugares donde se produce la extracción de excedentes, de hecho, no demasiado lejos, en Colmenar Viejo, se encontró una moneda de oro de la ceca de *Olovasio Pins*, hoy perdida. Ambos lugares se encuentran en las cercanías del discurrir de vías pecuarias sobre las que sin duda ejercerían un cierto control. Alrededor de los mismos, pero sobre todo del *Cancho del Confesionario* se localizan numerosos asentamientos, granjas o aldeas, caracterizados por la presencia de construcciones y necrópolis, bien de tumbas de lajas o de tumbas excavadas en la roca. Estos asentamientos estarían dedicados a la explotación agrícola de los terrenos que les rodeaban, pero también a la explotación de los pastos serranos y del bosque próximo, que debió irse clareando con el paso de los siglos.

Hay que citar las aldeas de *Navalvillar* y *Navalabija* dedicadas a la explotación de las vetas de hierro existentes en sus proximidades.

Quiero destacar en esta zona el importante conjunto de yacimientos en los que se documentan tumbas excavadas en la roca, uno de los importantes conjuntos donde se documentan este tipo de inhumaciones, junto con la sierra de Ávila y la sierra Oeste madrileña. Este grupo se concentra mayormente en la vega del Manzanares y a una distancia prudente del centro del *Cancho del Confesionario*, del que son contemporáneos.

Estos asentamientos, con la excepción de *Tumba del Moro II y III*, surgen en la época visigoda, y en muchos casos desconocemos el momento en el que se abandonan. Podemos intuir que en esos siglos VII-VIII, hubo de existir una presión sobre el territorio y los pastos que hicieran que estas comunidades recurrieran a este elemento como método de reclamación de posesión territorial; sino fuera de este modo, en muchos casos no se puede entender que una comunidad en la que se documentan numerosas edificaciones rodeadas de bolos graníticos similares, únicamente se documenten el enterramiento de algunos individuos mediante esta tipología.

Su ubicación en el medio rural, y su disposición en lugares en los que habitualmente no se conocen edificios de culto, junto a los que pueden documentarse materiales propios de los siglos VII-IX permiten relacionarlas con estas aldeas/granjas que poblaron estos territorios, con edificios a base de materiales de perecederos o de escaso porte y que difícilmente han perdurado hasta la actualidad (Martín, 2007 y 2009). En territorios de escasa visibilidad resultan indispensables para conocer algunos de los asentamientos que de otro modo no habríamos podido documentar.

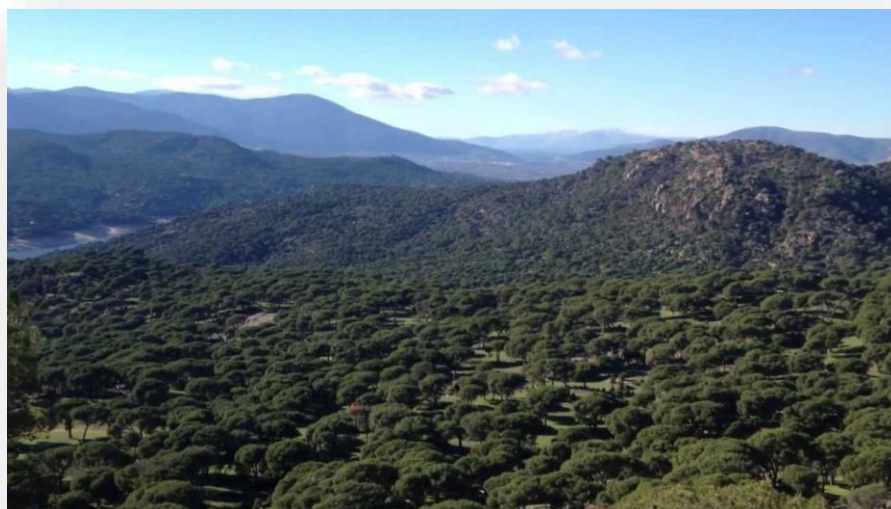
A partir del siglo VIII son escasos los vestigios que nos que hablan de un mantenimiento de cierta población en esta zona serrana, explotando los recursos que habían sido explotados durante toda la época en análisis.

En esta zona en el Puerto de Peñalara, los restos polínicos analizados hablan, para época visigoda, de un paisaje con densos pinares acompañado de castaños y melojares, junto con matorrales mixtos de piorno; se aprecia un descenso de la presión pastoril con respecto al momento anterior, interpretado como un cambio del modo de vida agropecuario que había caracterizado al período romano a otro diferente, de época visigoda, caracterizado por la presencia de asentamientos dispersos (Gómez González, y otros, 2009). Por el contrario, en el de Morcuera, en época visigoda, se observa una paulatina regresión del pinar, posiblemente debida a la obtención de pastos para el ganado.

## 7.10. ZONA X. SIERRA OESTE Y CUENCA DEL GUADARRAMA

Esta zona, de 1.598,5 km<sup>2</sup> de superficie, pone en conexión las cotas más altas de la sierra oeste madrileña con los valles medios de los ríos Guadarrama y Alberche. En ella aparecen alturas por encima de los 1.900 m y por debajo de los 600 m. Se trata de suelos pobres en su mayor parte cuya dedicación principal ha sido tradicionalmente la explotación ganadera; con la excepción de los suelos más cercanos a la vega del Guadarrama, usados para la explotación agrícola.

Sus tierras se encuentran drenadas por los ríos Alberche, Perales y Guadarrama. Mientras que el primero de ellos, recoge las aguas de la sierra de Gredos, los dos últimos lo hacen de la sierra oeste madrileña, para con dirección aproximadamente sur conducirlos en busca de la vega del río Tajo (Ayala y otros, 1988).



*Figura 7.80: Detalle de la sierra oeste de Madrid*

Cuenta con un clima mediterráneo continentalizado caracterizado por las grandes oscilaciones térmicas entre estaciones: unos inviernos fríos donde las temperaturas mínimas pueden sobrepasar varios grados bajo cero, con cuatro meses sin heladas al año. Los veranos son cálidos con temperaturas que pueden superar los 35°C. La temperatura media se encuentra alrededor de los 13°C. En cuanto a la pluviometría en las zonas altas serranas se suelen rebasar los 1.500 mm, mientras que en las zonas más bajas se quedan por debajo de los 500 mm. Las precipitaciones se caracterizan por su estacionalidad y su irregularidad, presentándose preferentemente en primavera y otoño (Ordenación, 2007).

Nos encontramos con un total de 54 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

### 7.10.1. La II Edad del Hierro

#### 7.10.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En esta zona conocemos un único asentamiento durante la Segunda Edad del Hierro, el *Cerro del Castillejo* (Valdemorillo), situado en un lugar destacado, que se abandonará a lo largo de esta época y tendrá una reutilización posterior en la etapa final de la tardoantigüedad y principios de la alta edad media.

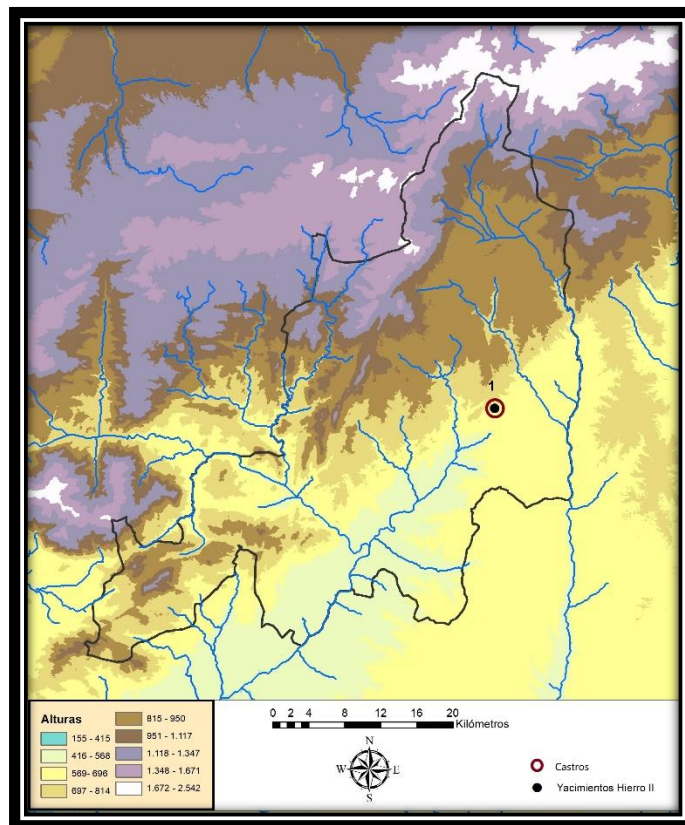


Figura 7.81: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio. Yacimientos: 1. Cerro del Castillejo (Valdemorillo).

Se trata de un asentamiento de pequeñas dimensiones, en el que no se documenta la presencia de elementos defensivos; en su interior se identifican los restos de varias edificaciones en mampostería de granito junto con materiales cerámicos típicos celtibéricos.

El yacimiento más próximo, situado en la zona más baja de la vega del Guadarrama está separado por unos 23 km. El yacimiento se encuentra a unos 4.500 m del curso fluvial

más próximo; en cuanto a su relación con las vías de comunicación, pero su proximidad discurre la Cañada Real Segoviana.

Debemos citar la existencia de una figura zoomorfa, localizada en el paraje de Piedra Escrita en Cenicientos, tratándose de una figura inclasificable<sup>226</sup>.

### 7.10.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)

#### 7.10.3.1. Los asentamientos

Los asentamientos de esta época se concentran mayoritariamente en la vega de los cauces fluviales, de una manera similar a otras zonas analizadas.

En el cauce del alto Guadarrama se documentan algunos yacimientos; el situado más al norte es *El Beneficio* (Collado Mediano), donde se encuentran los restos de un edificio asociado al trazado viario. Se documentan restos constructivos, tejas, ladrillos y estucos, posiblemente una *mansio* o *mutatio* que tendrá su momento de esplendor en la época tardorromana. Algo más al sur se sitúan pequeños asentamientos en los que principalmente se documentan restos cerámicos: fragmentos de cerámicas de tradición indígena, comunes romanas o TSH.

En el cauce del arroyo Palomero se documentan un conjunto de yacimientos: *Perales de Milla*, *La Cepilla VIII*, *La Cepilla VII*, *La Cepilla III*, *La Cepilla I*, *La Cepilla II* todos en Quijorna y *La Cepilla 6*, *La Cepilla 5*, *La Cepilla 4*, *La Cepilla 3* y *La Cepilla 2* en Villanueva de Perales. Se trata de pequeños yacimientos en los que se aparecen algunos restos constructivos, principalmente tejas, y mayormente fragmentos de cerámicas romanas comunes y TSH; en alguno de ellos se encuentran restos de escorias de hierro y algún fragmento de vidrio. Aguas abajo del arroyo se encuentran tres yacimientos *Las Cincuenta* y *Las Treinta* en Villamantilla, y *El Cortijo* en Colmenar del Arroyo, con similares restos y características que el grupo anterior.

En las vegas del arroyo Grande se sitúa un importante conjunto de asentamientos: *Valle de Segovia*, *La Casa 3*, *La Casa 1* y *La Casa* en Aldea del Fresno; y *Arroyo de los Conejos*, *Barranco del Fresno*, *La Malpuesta*, *Valdespino I*, *Valdespino II*, *El Socorro*, *Vertedero*, *Las Vegas* y *La Cornatilla* en Villamanta. En los situados en el municipio de Aldea del Fresno, mayormente con cronología bajoimperial, se documentan abundantes restos constructivos,

---

<sup>226</sup> Manglano, 2013: 120.



junto a TSH, cerámicas comunes y escorias de hierro. Entre los situados en Villamanta destacan *Vertedero*, donde se aprecia parte de un aljibe con paredes de mampuesto y argamasa, *opus signinum* y fragmentos de cerámica común romana, cerámica de tradición indígena y TSH; y *El Socorro*, un área de producción cerámica en funcionamiento entre los siglos I y V d.C., donde se localizan numerosas estructuras relacionadas con esta actividad. Algo más al sur se sitúa el yacimiento de *El Rincón* (Aldea del Fresno), donde además de abundantes restos cerámicos y constructivos se documentan varias lajas de granito que podrían sugerir la existencia de una necrópolis. Próximo este se encuentra *Los Castillejos* (Villa del Prado), donde los restos documentados sugieren la existencia de una villa rural de pequeña entidad.

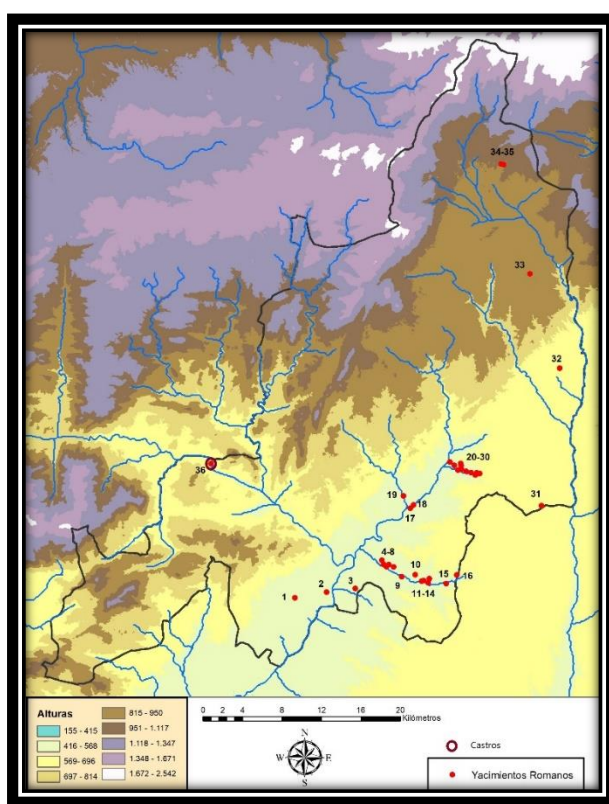


Figura 7.82: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Los Castillejos (Villa del Prado); 2. El Rincón (Aldea del Fresno); 3. La Dehesilla (Aldea del Fresno); 4. Valle de Segovia (Aldea del Fresno); 5. La Casa 3 (Aldea del Fresno); 6. La Casa 1 (Aldea del Fresno); 7. La Casa (Villamanta-Aldea del Fresno); 8. Arroyo de los Conejos (Villamanta); 9. Barranco del Fresno (Villamanta); 10. La Malpuesta (Villamanta); 11. Valdespino I (Villamanta); 12. Valdespino II (Villamanta); 13. El Socorro (Villamanta); 14. Vertedero (Villamanta); 15. Las Vegas (Villamanta); 16. La Cornatilla (Villamanta); 17. Las Cincuenta (Villamantilla); 18. Las Treinta (Villamantilla); 19. El Cortijo (Colmenar del Arroyo); 20. Perales de Milla (Quijorna); 21. La Cepilla VIII (Quijorna); 22. La Cepilla VII (Quijorna); 23. La Cepilla III (Quijorna); 24. La Cepilla de Villanueva 6 (Villanueva de Perales); 25. La Cepilla de Villanueva 5 (Villanueva de Perales); 26. La Cepilla de Villanueva 4 (Villanueva de Perales); 27. La Cepilla de Villanueva 3 (Villanueva de Perales); 28. La Cepilla de Villanueva 2 (Villanueva de Perales); 29. La Cepilla I (Quijorna); 30. La Cepilla II (Quijorna); 31. Cienvallejos (Villarviciosa de Odón); 32. Urbanización SUZ I-1 (Villanueva del Pardillo); 33. Casco histórico de Galapagar (Galapagar); 34. El Beneficio (Collado Mediano); 35. Zona Arqueológica de El Beneficio (Collado Mediano); 36. Cerro Amoclón (S. Martín de Valdeiglesias).

Aguas arriba del río Alberche se encuentra el yacimiento de *Cerro Amoclón* (S. Martín de Valdeiglesias), situado sobre un lugar destacado, con sucesivas reutilizaciones, cercano al discurrir de una vía de comunicación romana, donde aparecen numerosos restos constructivos entre los que destacan restos de posibles muros defensivos; también se localizan fragmentos de cerámica común romana y TSH.

### **7.10.3.2. Las inscripciones latinas**

En esta zona conocemos 7 lugares con inscripciones latinas: Cenicientos 1; Villamanta 11; Villanueva de Perales 2; Brunete 1; San Lorenzo del Escorial 1; Collado Villalba 2 y Galapagar 1. Además de 4 miliarios, 3 de ellos documentados en Cercedilla y uno en Galapagar.

En Brunete se documenta el epitafio de *Atto*<sup>227</sup>, de los *Manucicanos*, en la parte superior de la estela realizada en granito, aparece una roseta, está fechada entre finales del siglo II y principios del III.

En Cenicientos se encuentra el exvoto a *Diana*<sup>228</sup>, dedicado por *Siscinio Q...*, realizado en el siglo II, sobre un monolito de granito. Alicia Canto (1994) la relaciona con el límite fronterizo entre las provincias *Carthaginense* y Lusitania.

En Collado Villalba, aparecen dos inscripciones, una se trata de un exvoto dedicado a *Marte*<sup>229</sup>, realizado en granito, erigido por *Cantaber*, hijo de *Lucio*, de los *Elguismios*, en el que aparece como decoración un creciente lunar entre escuadras, y en ambos laterales un árbol esquemático, se fecha a finales del siglo I. La otra se trata de un altar dedicado a los *Lares*<sup>230</sup>, en granito, erigido por *Amia* de los *Aelaricanos*, y está fechada entre finales del siglo I y el siglo II. Otra inscripción procede de Galapagar<sup>231</sup>, está realizada en arenisca y se encuentra muy fragmentada; otra procede de San Lorenzo del Escorial<sup>232</sup>, de carácter funerario, dedicada a *Vitulinus* hijo de *Vituli* de los *Ulbicanos*.

Dos inscripciones proceden de Villanueva de Perales, ambas de carácter funerario. En la primera<sup>233</sup>, hoy desaparecida, *Britto*, hijo de *Daticus*, de los *Ulocuanos*, se fecha en el

<sup>227</sup> CIL II 6338cc; LICS 218; González, 1986, n° 139; Abascal y Gimeno, 2000, n° 260; ILMadriD 62.

<sup>228</sup> HEp 6, 1996, 642; ILMadrid 65; Canto, 1994: 271-296.

<sup>229</sup> CIL II 3061; CIL II 5870a; ILER 224; González, 1986, n° 121; LICS 181; ILMadrid 69.

<sup>230</sup> CIL II 3062; CIL II 5870b; LICS 180; HEp 4, 1994, 527; ILMadriD 68.

<sup>231</sup> Esteban, 1990: 420-421.

<sup>232</sup> HEp 13, 2003/2004, 447.

<sup>233</sup> CIL II 6311; ILMadriD 91.

siglo II. En cuanto a la segunda<sup>234</sup>, se trata de un altar en granito, en el que *Saturnino* lo levantó para *Emilio Flavio Eutico*, soldado retirado con plena onomástica romana, presenta una decoración con una espiga esquemática entre dos rosetas; en el cuerpo central se ha grabado la inscripción en el interior de una *tabula ansata*, encima y debajo del campo epigráfico se han grabado cuatro rosetas, al igual que muchas de las anteriores está fechada en el siglo II.

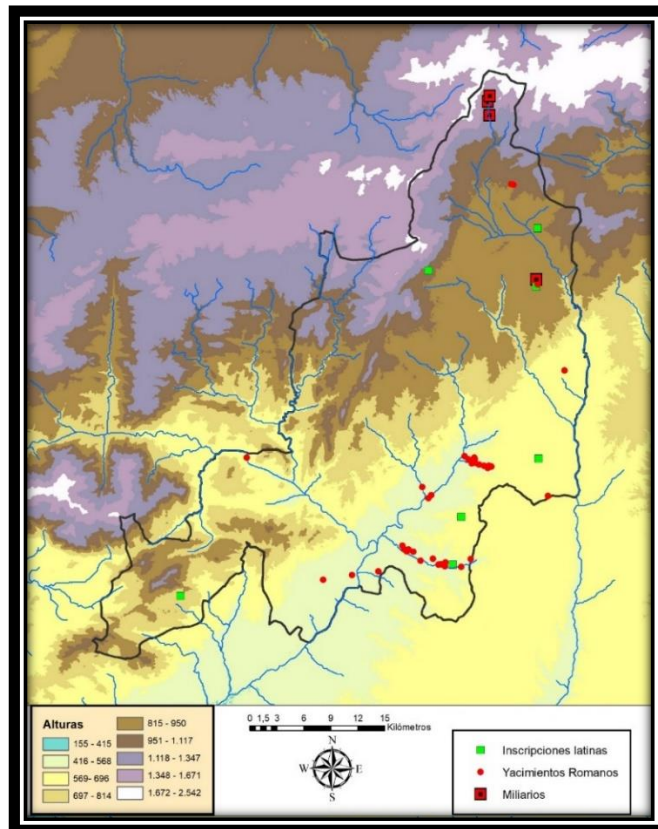


Figura: 7.83: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

En Villamanta se documentan un total de once inscripciones: la primera, un ara hoy desaparecida, estaba dedicada a los *Lares* por *Valerio Secundo*<sup>235</sup>, se fecha en el siglo II. La segunda también de carácter funerario dedicada a *Aplondus*<sup>236</sup>, hijo de *Marco*, de los *Dagenicos*, hoy desaparecida, sobre la inscripción se encontraba una estrella pintada, fechada a finales del siglo I o principios del II. La tercera, funeraria, para *Aemilia Festae*, esposa de *Ursulus*<sup>237</sup>, también desaparecida, tenía sobre el letrero una estrella figurada y alrededor un

<sup>234</sup> CIL II 6310; González, 1986, n° 123; HEp 4, 1994, 541; AE 1990, 583; LICS 219; Abascal, 2000, n° 261; ILMadriD 90.

<sup>235</sup> CIL II 3081; ILMadriD 111.

<sup>236</sup> CIL II 3082; ILMadriD 116.

<sup>237</sup> CIL II 3083; ILMadriD 114.

florón como guirnalda. Otra, también funeraria, para *Lucio Aelio Symacho*<sup>238</sup>, de la *tribu Quirina*, realizada en un bloque de granito con el texto enmarcado por una *tabula ansata* con doble moldura, fechada en el siglo II. Otra, con doble inscripción, dedicadas a *Amonio Varo* y su esposa<sup>239</sup>, realizada en granito, fechada en el siglo II. Otra, de carácter votivo, erigida por *Aviano*<sup>240</sup>, en un altar de granito, con decoración a base de líneas radiales, también del siglo II. El epitafio de la madre de *Festo*<sup>241</sup>, estela en granito con una decoración con una hoja de palma en su cabecera, fechada en el siglo III. El epitafio de *Fortu[- -]*<sup>242</sup>, una estela en granito fechada en el siglo II. Tres fragmentos de diferentes aras<sup>243</sup> en las que no se conserva el texto, todas en granito.

En esta zona, los miliarios y el altar dedicado a los *Lares* denotan la existencia y paso de una vía de las vías de comunicación que articulan la zona, en concreto la XXIV del Itinerario de Antonino. Al igual que sucede en la zona IX adyacente, hay inscripciones que parecen no relacionarse con ninguno de los asentamientos conocidos como sucede con el epitafio de *Atto* en Brunete y la localizada en S. Lorenzo del Escorial dedicada a *Vitulinus*. Se percibe un uso de la onomástica y decoración de carácter indígena hasta al menos el siglo II, que remite a la zona céltica. También una asimilización de la cultura y religiosidad latina en las dedicatorias a los dioses y la onomástica; hay destacar la inscripción de *Lucio Aelio Symacho*, romano de la *tribu Quirina*, similar a la de otro romano existente en el valle del Lozoya, en este caso podría pertenecer a la ciudad de ¿*Mantua Carpetanorum*?, o incluso a la de Ávila, cuyos límites e influencia cultural se hallan muy próximos. Como decimos los límites de la provincia romana de Lusitania discurren por el oeste de esta zona, algunas de estas inscripciones remiten culturalmente a esta área céltica por el uso de la onomástica y los grupos de parentesco.

<sup>238</sup> CIL II 3084; HEp 4, 1994, 553; AE 1991, 1072; LICS 211; ILMadriD 113. Esta inscripción permite contemplar la posibilidad de que esta localidad se correspondiera con *Mantua* y reconocerla como uno de los municipios latinos de la comunidad (Abascal, 2017: 118). Situación ya expresada con anterioridad por Fita (1891: 287), también Stylow (1990: 316-318).

<sup>239</sup> AE 1991, 1071; LICS 213; HEp 4, 1994, 552; ILMadriD 115.

<sup>240</sup> LICS 210; AE 1991, 1068; HEp 4, 1994, 549; ILMadriD 112.

<sup>241</sup> LICS 215; AE 1991, 1069; HEp 4, 1994, 550; ILMadriD 117.

<sup>242</sup> LICS 216; AE 1991, 1070; HEp 4, 1994, 551; ILMadriD 118.

<sup>243</sup> Gamallo y Gimeno, 1990: 288-289. ILCAM 135; LICS 217.1; ILCAM 136; LICS 217.2.

#### 7.10.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII)

##### 7.10.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V)

Se aprecia un claro retraimiento del número de asentamientos en la época tardorromana con respecto a la anterior. En la vega del río Guadarrama y en relación con el entrado viario se encuentra el yacimiento de *El Beneficio* (Collado Mediano) donde en este momento se encuentra, como decíamos anteriormente, una *mansio* o *mutatio* en pleno funcionamiento, que permanece hasta principios del siglo V cuando es destruida, aunque posteriormente sea de nuevo reutilizada. Se documentan abundantes restos constructivos, tejas con decoraciones incisas, ladrillos, TSHt y una moneda de bronce de Arcadio.

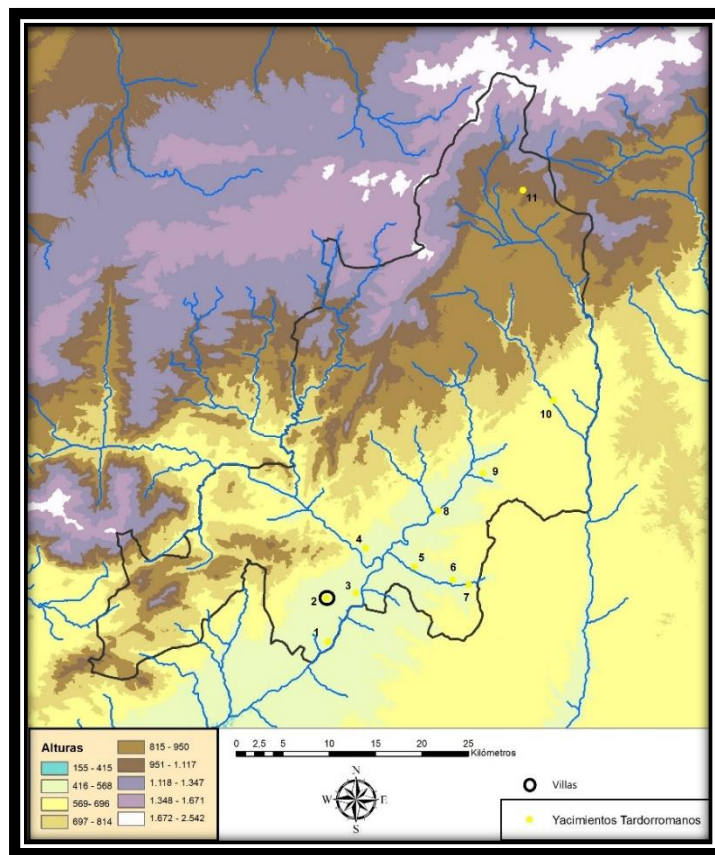


Figura 7.84: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. La Vega (Villa del Prado); 2. Los Castillejos (Villa del Prado); 3. El Rincón (Aldea del Fresno); 4. El Santo (Aldea del Fresno); 5. La Casa (Villamanta); 6. El Socorro (Villamanta); 7. Las Vegas (Villamanta); 8. Las Treinta (Villamantilla); 9. La Cepilla III (Quijorna); 10. Venero de Luis (Valdemorillo); 11. Zona Arqueológica El Beneficio (Collado Mediano).

En la vega del río Aulencia se encuentra el yacimiento de *Venero Luis* (Valdemorillo), un asentamiento cuyos materiales hablan de un momento avanzado dentro del siglo V. El resto de los asentamientos se sitúan en la vega del río Alberche y sus afluentes. En el arroyo Perales se mantienen ocupados *Las Treinta* (Villamantilla) y *La*



*Cepilla III* (Quijorna), asentamientos de pequeñas dimensiones. En el arroyo Grande se sitúan *La Casa*, *El Socorro* y *Las Vegas* todos en Villamanta, destacando las instalaciones para la fabricación de cerámica de *El Socorro*, en pleno funcionamiento en esta época.

En la vega del Alberche, *Los Castillejos* (Villa del Prado) puede tratarse de una villa que explotara estos terrenos y en su cercanía *La Vega* (Villa del Prado), donde junto a abundante material constructivo se documenta la existencia de una cueva cegada, y una necrópolis con enterramientos y estructuras circulares interpretadas como posibles hornos. También *El Rincón* (Aldea del Fresno) donde la presencia de TSHt junto a las lajas de granito plantea la existencia de una necrópolis, aunque se desconozca si de esta época o de la anterior.

#### **7.10.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)**

En la vega del río Guadarrama se encuentra el *Yacimiento altomedieval* (Guadarrama), donde se documentan tanto materiales constructivos como cerámicos que remitan a los últimos momentos de esta época.

En el interfluvio entre los ríos Aulencia y Perales se encuentra el *Cerro del Castillejo* (Valdemorillo), próximo a la Cañada Real Segoviana, tratándose de un castro reutilizado, donde mayormente se documentan fragmentos cerámicos y en su ladera se documentan hasta 18 tumbas excavadas en la roca, tres pertenecientes a infantes y el resto a adultos.

Algo más al sur, *La Cepilla III* (Quijorna) parece mantenerse ocupado, documentándose restos constructivos y cerámicos. En *Prado del Caño* (Colmenar del Arroyo), situado en llano, en la vega del arroyo, se documenta una necrópolis de tumbas excavadas en la roca de tipología antropomorfa junto a tumbas de lajas. En *Becerriles* (Chapinería), situado en un cerro, donde junto numerosos restos constructivos se documenta una necrópolis de tumbas de lajas.

Ya en el cauce del Alberche se sitúan los yacimientos de *Las Miguerras*, *La Poveda*, *Los Castillejos* y *La Vega* todos en Villa del Prado. Mientras los dos primeros son de pequeños asentamientos donde se documentan restos constructivos y cerámicos de época visigoda; en *Los Castillejos*, en ladera, sobre los restos de una posible villa romana, se localiza una necrópolis de época visigoda; y en *La Vega*, en este caso en llano, junto a los restos de un asentamiento se documenta su necrópolis a base de tumbas de lajas.



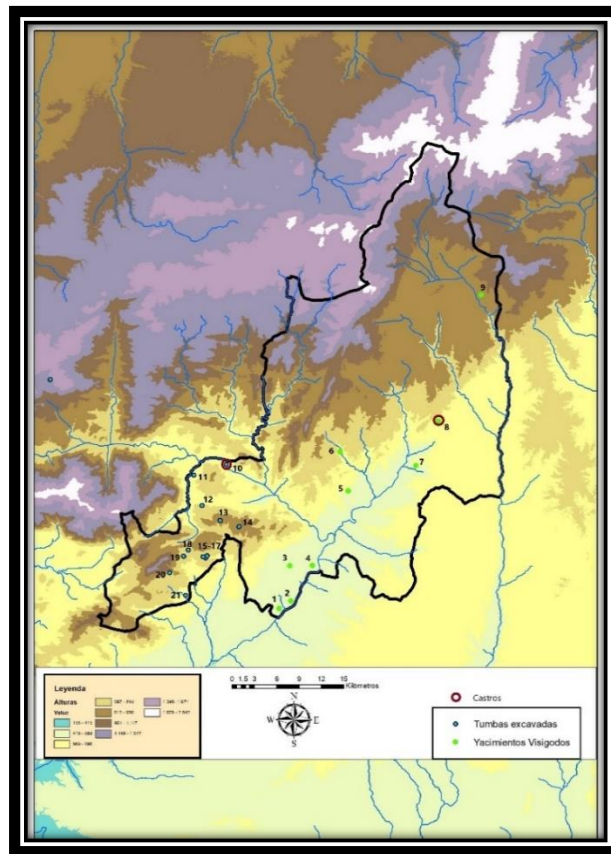


Figura 7.85: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Las Miguerras (Villa del Prado); 2. La Vega (Villa del Prado); 3. Los Castillejos (Villa del Prado); 4. La Poveda (Villa del Prado); 5. Becerriles (Chapinería); 6. Prado del Caño (Colmenar del Arroyo); 7. La Cepilla III (Quijorna); 8. Cerro del Castillejo (Valdemorillo); 9. Yacimiento altomedieval (Galapagar); 10. Cerro Amoclón (S. Martín de Valdeiglesias); 11. Bernabeleva (S. Martín de Valdeiglesias); 12. Camino de las Huertas (S. Martín de Valdeiglesias); 13. El Andrinoso (S. Martín de Valdeiglesias); 14. Las Granjillas (S. Martín de Valdeiglesias); 15. Gregorio el Periodista (Cadalso de los V.); 16. Media Legua (Cadalso de los V.); 17. Prado Porrilla (Cadalso de los V.); 18. La Mezquita (Cadalso de los V.); 19. Tumbas del Rey Moro (Cadalso de los V.); 20. Casa de Pinel (Cenicientos); 21. Monumento de Piedra Escrita (Cenicientos).

### 7.10.5. ¿Y después del siglo VIII?

*Yacimiento altomedieval* (Galapagar), donde los materiales existentes nos refieren a una cronología propia de los siglos VIII y IX. En las proximidades del *Monumento de Piedra Escrita* (Cenicientos), se documentan alrededor de 34 tumbas excavadas en la roca y tres de lajas, en ambas vertientes del arroyo, organizadas en núcleos dispersos y en ocasiones en pequeñas agrupaciones.

Otros asentamientos que podrían haber estado ocupados en esta época serían *Cerro Amoclón* (Valdeiglesias), donde además de restos constructivos y cerámicos se documentan una tumba excavada en la roca, de tipología antropomorfa, perteneciente a un niño. En

*Bernabeleva* (S. Martín de Valdeiglesias), además de restos de murallas y antemurales, se documentan siete tumbas excavadas en la roca. En *Media Legua* (Cadalso de los Vidrios) donde se documentan 9 inhumaciones excavadas en la roca junto a dos realizadas mediante lajas. *El Andrinoso* (S. Martín de Valdeiglesias), donde se documentan hasta 18 inhumaciones, 15 de ellas pertenecientes a adultos. En *Prado Porrilla* (Cadalso de los Vidrios) se encuentran hasta 13 tumbas excavadas en diversos afloramientos graníticos, entre numerosos restos cerámicos. En *La Granjilla* (s. Martín de Valdeiglesias) en una ladera se documentan cuatro tumbas. En *Casa de Pinel* (Cenicientos) donde se documentan tres tumbas excavadas. En *Camino de las Huertas* (S. Martín de Valdeiglesias) donde aparece una única tumba excavada. *Gregorio el periodista* (Cadalso de los Vidrios), donde aparece al menos una tumba. *Tumba del rey Moro* (Cadalso de los Vidrios) donde aparecen tres. *La Mezquita* (Cadalso de los Vidrios) donde en el geológico junto a una ermita de cronología posterior se documenta un importante conjunto, posiblemente con cronología posterior a este momento.

#### 7.10.6. Interpretación de los datos

En esta zona, partimos de un único asentamiento correspondiente a la Segunda Edad del Hierro, situación que se verá incrementada exponencialmente en época romana cuando se generalice el poblamiento en la zona ocupando todos los espacios.

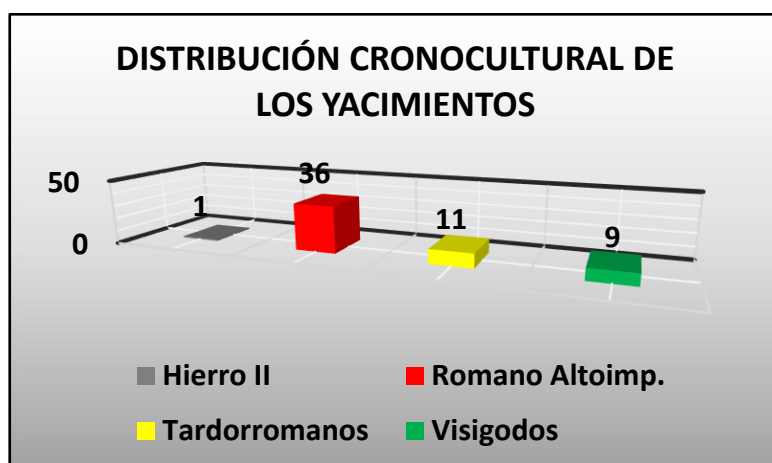


Tabla 7.50: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.

Entre la época altoimperial y la tardorromana asistimos a una importante contracción del poblamiento, desapareciendo alrededor de 2/3 de los asentamientos de que habían surgido en la época anterior. Entre la época tardorromana y la visigoda, se produce una ligera contracción del número de asentamientos, manteniéndose la tónica general de la

etapa anterior (tabla 7.50). Esta situación tiene su reflejo en las densidades que se aprecian en la ocupación de esta zona (tabla 7.51).

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	1	1.598,52	0,00062558
Romano Altoimp.	36	1.598,52	0,02252083
Tardorromanos	11	1.598,52	0,00688137
Visigodos	9	1.598,52	0,00563021

Tabla 7.51: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.

En cuanto a la continuidad de los asentamientos, decir que el único asentamiento conocido propio de la Segunda Edad del Hierro no tendrá continuidad en la época romana, cuando todos los asentamientos son de nuevo cuño; algunos de ellos, la gran mayoría de los ocupados en época tardorromana, alrededor de un 80% se mantendrán en uso, siendo muy pocos los que podemos considerar *ex novo*. Esta situación no se repite en la etapa visigoda, cuando únicamente un 30% de los mismos se mantendrá ocupado, siendo el resto levantados en este momento cronológico.

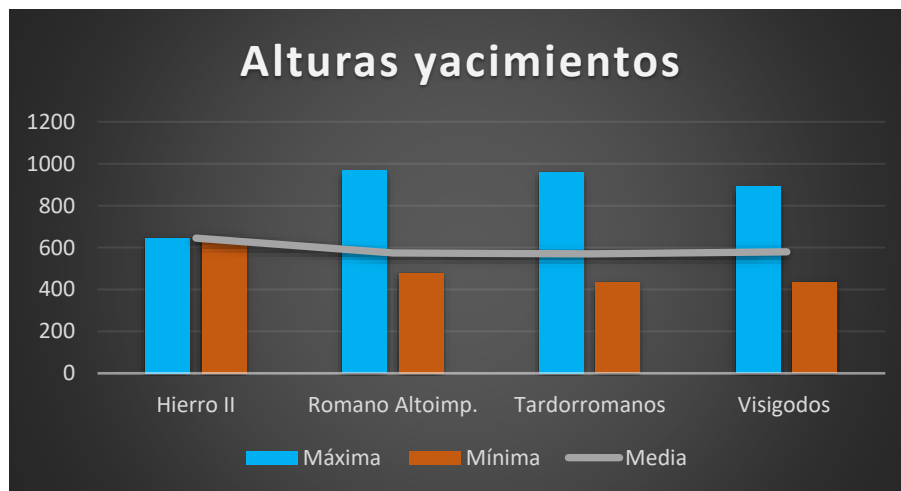
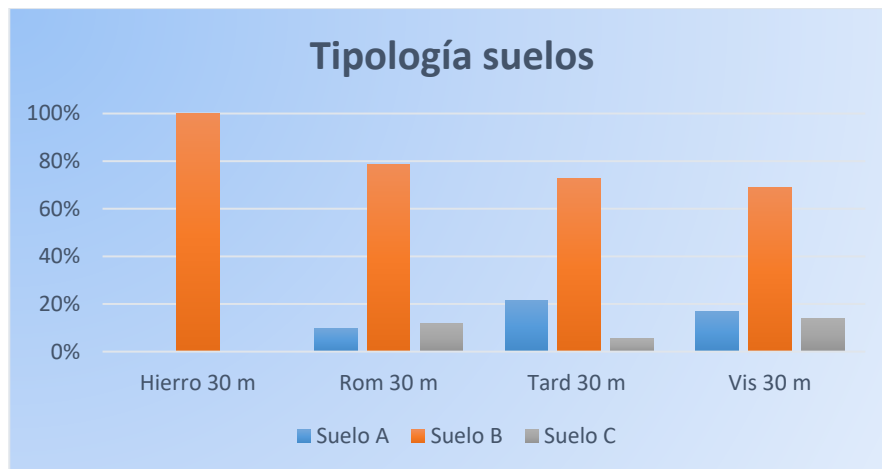


Tabla 7.52: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.

En cuanto a las alturas en la que se emplazan los asentamientos, podemos apreciar un importante descenso de la altura media entre el asentamiento de la Segunda Edad del Hierro y los de época romana, que, aunque se generalice el poblamiento, ocupando lugares de mayor altura que durante la etapa anterior, la cantidad de asentamientos que buscan situarse en las cotas más bajas de la zona hace que la altura media sufra un importante recorte. Sin embargo, en las etapas posteriores, a pesar de los cambios que sufren los

asentamientos, creaciones y abandono de estos, las alturas medias se mantienen aproximadamente constantes (tabla 7.52).



*Tabla 7.53: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.*

En cuanto al reparto de las diferentes tipologías de suelos según sus diferentes potencialidades, en la Segunda Edad del Hierro su análisis bien muy condicionado por tratarse de un único asentamiento situado sobre suelos de potencialidad intermedia en los situados más próximos al asentamiento, mientras en los situados más alejados aparecen tanto de los de mayor potencialidad (tipo A) como los de menor (tipo C) (tabla 7.53 y 7.54).

En la época romana apreciamos como esta situación ha cambiado, los suelos de mayor potencialidad, (tipo A), se han incrementado en número, estando casi equilibrados entre los desplazamientos de corto y largo alcance; mientras que los de potencialidad media (tipo B) han visto reducida su importancia y los de menor (tipo C), se han incrementado, siendo mayor el incremento en los situados más alejados de los asentamientos.

En época tardorromana, se aprecia un incremento en los suelos de mayor potencialidad, en los desplazamientos más cortos a base de los suelos incluidos en las otras dos tipologías; por el contrario, en los situados más alejados, se aprecia un fuerte incremento en los de potencialidades medias (tipo B) a costa de los otros dos tipos, pero sobre todo los de menor potencialidad (tipo C). En la época visigoda, en los suelos más cercanos a los asentamientos mantienen la tónica general de la época anterior, al igual que sucede en los situados más alejados.

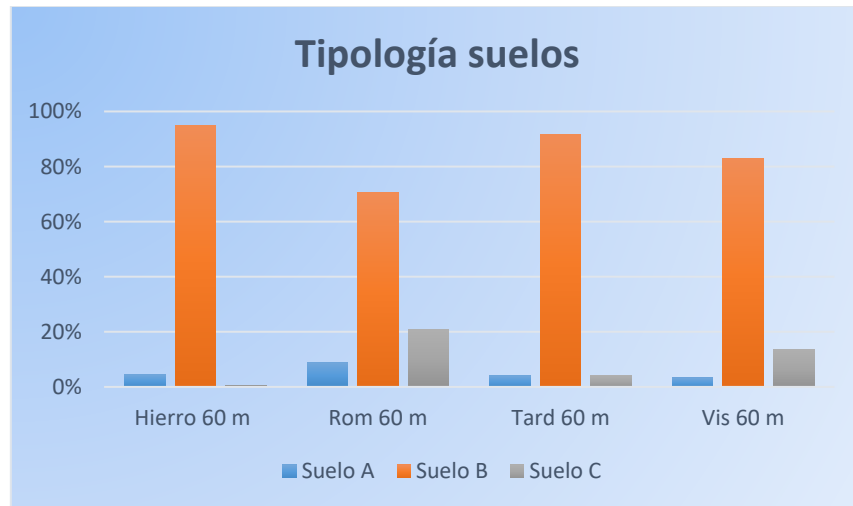


Tabla 7.54: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Como decíamos anteriormente, durante la Segunda Edad del Hierro se conoce un único asentamiento ocupado, el *Cerro del Castillejo*, que por los materiales debemos suponer abandonado en el siglo I a.C. o anteriormente, y donde no hay restos de haber sido abandonado por causas del enfrentamiento; este se situaba muy próximo al discurrir de la Cañada Real. En época romana alto/bajoimperial el poblamiento se concentra en la vega de los cursos fluviales, con la excepción de algunos casos que se encuentran claramente en relación con las vías de comunicación romanas, la XXIV del It. de Antonino (*El Beneficio*) y las que surgen para articular la zona.

Esta zona se ve dividida de norte a sur entre dos de las provincias romanas altoimperiales, la *Citerior* y la Lusitania, quedando la mayor parte de su territorio dentro de la primera. Sobre el territorio los límites se plasmarían, aproximadamente, siguiendo el curso aguas arriba del río Alberche, donde en las proximidades de San Martín de Valdeiglesias, se encuentra el monumento de Piedra Escrita, relacionado con este límite fronterizo (Canto, 1994), para continuar, hacia el norte, por el cauce del tributario río Cofio<sup>244</sup>, traspasando el Sistema Central para continuar por el curso del río Voltoya hasta algún punto situado entre Adanero y Villacastín (Hernando, 1995: 342-343), donde giraría hacia el poniente.

El territorio también se vería afectado por los límites de los diferentes *conventus*; de este modo, la zona oriental pertenecería al *Carthaginensis*, dependiendo, posiblemente de la ciudad de *Toletum*; la parte situada más al norte pertenecería a la ciudad de Segovia, por lo tanto, al *conventus Cluniensis*; mientras que la parte más occidental, ya dentro de la Lusitania,

<sup>244</sup> Su nombre podría proceder del latín *cofinium*, con el significado de confín, límite, frontera.

pertenecería al *conventus Emeritensis*, dependiendo gran parte de este de la ciudad abulense y el resto de *Caesarobriga*, posiblemente la zona situada al sur el río Alberche.

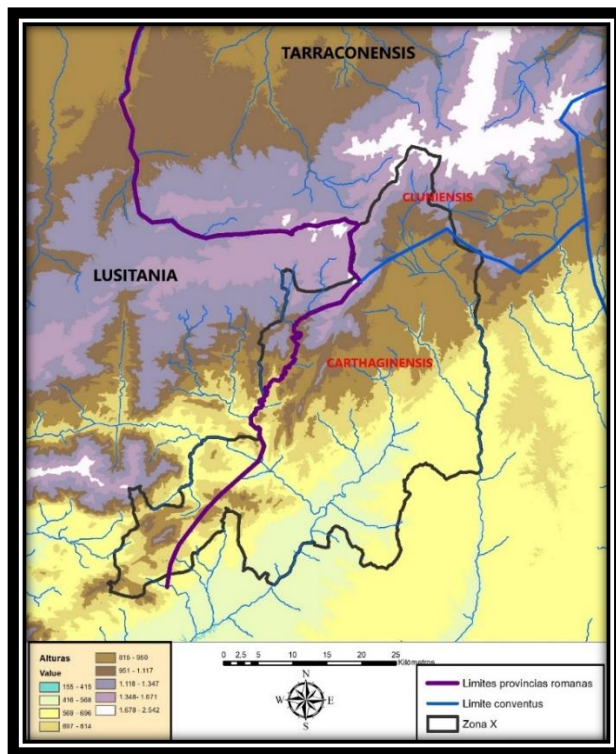


Figura 7.86: Demarcaciones administrativas del territorio en época romana.

En esta zona tenemos constancia de la existencia de un importante eje natural que la recorre de norte a sur (figura 7.87), que bordea el piedemonte meridional de Sistema Central, que como hemos dicho anteriormente discurre muy próximo al único yacimiento conocido de la Segunda Edad del Hierro. Otro importante eje natural sería el que discurriría igualmente, de norte a sur, por las proximidades del río Guadarrama cuyo trazado aproximado aprovecharía la posterior vía romana. Otro eje natural, usado desde la prehistoria en el desplazamiento de ganados, sería el que discurriría con dirección noroeste-sureste próximo al cauce del río Alberche, poniendo en conexión la vega del río Tajo con los pastos de altura de la sierra de Gredos.

En cuanto a las vías pecuarias de la zona, la Cañada Real Segoviana, que recorre el piedemonte meridional del Sistema Central toma dirección sur en paralelo al río Guadarrama buscando el municipio de Navalcarnero por donde abandona la zona de estudio. Anteriormente se ha incorporado por su margen derecha la variante de la Cañada Real Segoviana a discurre a través del puerto de Guadarrama.



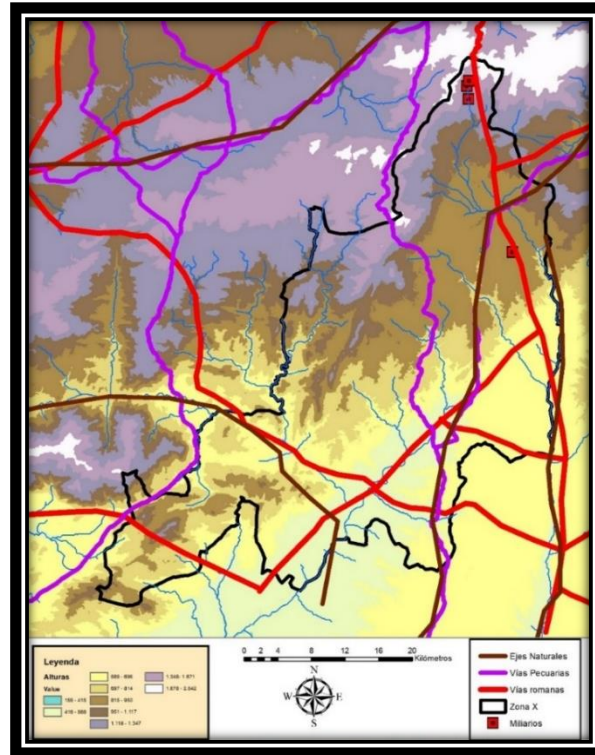


Figura 7.87: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

Las vías romanas que articulan el territorio, la principal es la vía XXIV del It. de Antonio, que lo recorrería de norte a sur por su extremo oriental y que vendría marcado por los miliarios documentados; desde la misma surgirían diversos ramales, siempre de menor categoría, que servirían para articular el territorio y para comunicarlos con zonas adyacentes. Alrededor de *El Beneficio* debía partir uno de estos ramales con dirección al este hacia la *Dehesa de la Oliva*; del mismo modo, debía surgir un ramal en dirección occidental, que por las proximidades de la vega del Alberche se dirigiera a la ciudad abulense.

El poblamiento romano parece establecerse a partir de mediados del siglo I d.C., puesto que no encontramos materiales de transición. Desconocemos donde se reubica la escasa población que debió tener el *Cerro del Castillejo*. Como decíamos anteriormente se asientan en pequeños núcleos, preferentemente en las vegas de los cursos fluviales buscando su explotación; son dos los elegidos, ambos afluentes del arroyo Perales que nutre con sus aguas el río Alberche; se disponen en sendos agrupamientos linealmente a lo largo de la vega. Son escasos los yacimientos que no cumplen con esta norma; tan sólo aquellos que se relacionan con el discurrir de las vías de comunicación del territorio.

Por su parte *Mantua*, hubo de desempeñar un papel de cierta relevancia en la organización de esta parte del territorio madrileño, a tenor de los documentos epigráficos recuperados de la zona, aunque todavía no podamos calibrarlo completamente. Otro

asentamiento que debemos mencionar es *Cerro Amoclón*, cercano a la vía de comunicación de época romana y junto al río Alberche, situado en un lugar destacado, con sucesivas reutilizaciones y que sin duda controlaba el acceso a dicha vía y a los pastos de la sierra abulense. Este asentamiento es el único documentado en la provincia lusitana.

La única villa existente en la zona, de escasa entidad y en funcionamiento tanto en la época imperial como en la tardorromana, es *Los Castillejos*, ya en la vega del Alberche y que en la época tardorromana pudo articular algunos de los asentamientos cercanos que se documentan como necrópolis. El resto de los asentamientos pese a explotar las vegas de los ríos, contaban con fácil acceso a los pastos serranos, pudiendo complementar ambas explotaciones, así como los bosques que alcanzarían esta zona por el noroeste, y que pueden ser una de las explicaciones del escaso número de asentamientos en esa zona cercana al río Guadarrama.

Los miliarios que conocemos en esta zona remiten al paso por la misma de la importante vía XXIV de Antonino que como decimos, hubo de ser uno de los elementos organizadores de este territorio, a ellos debemos añadir el altar a los *Lares* de Collado Villalba. Las inscripciones latinas remiten a una sociedad en la que el peso de lo indígena se muestra más claramente que en otras, al menos hasta el siglo II; su onomástica, la presencia de numerosos grupos de parentesco y la decoración que se presenta en algunas de ellas, nos remite más al área céltica, es decir con el territorio situado más a occidente. Por otro lado, también se encuentran presentes la religiosidad y cultura latina incluso conocemos un caso de un romano perteneciente a la *tribu Quirina*, que habla de esa hibridación que se ha producido a la altura del siglo II. También sucede como en otros territorios, en los que se documentan inscripciones en zonas en las que por el momento se desconocen asentamientos, como ocurre en S. Lorenzo del Escorial con la dedicada a *Vitulinus*.

Es una zona donde la dedicación ganadera es una constante y esta circunstancia podía ser relacionada con la mayor presencia de elementos culturales de carácter indígena, que la diferencian de otras, donde apenas se destaca. También referirnos a unos de los hitos que marcan el territorio, el exvoto a *Diana*<sup>245</sup> de Cenicientos, que delimita la frontera entre dos de las provincias hispanas de época imperial, Lusitania y *Carthaginense*.

En la época tardorromana se aprecia un significativo descenso en el número de asentamientos, bien por desaparición o por concentración de estos, algo difícil de calibrar. Siguen manteniéndose en las proximidades de los cursos fluviales y no lejos de las vías de

---

<sup>245</sup> HEP 6, 1996, 642; ILMadrid 65; Canto, 1994: 271-296.

comunicación, preferentemente, como en la etapa anterior de las secundarias, puesto que en las proximidades de la vía XXIV, se encuentra solamente la *mansio* de *El Beneficio* que debe estar en pleno funcionamiento.

En la vega del Alberche se encuentran la villa de *Los Castillejos*, ya en funcionamiento en la etapa anterior, próxima a la que se encuentran dos necrópolis y una zona en la que se han documentado unos hornos que podrían pertenecer a dicho establecimiento. En la vega del arroyo Grande y junto a una de las vías de comunicación secundaria se documenta otro alfar en funcionamiento en esta época (*El Socorro*).

En la etapa visigoda, el poblamiento, a rasgos generales, permanece similar al de la etapa anterior, es decir, pequeños asentamientos que se asientan en las proximidades de las vegas de los ríos; ahora se vuelve a ocupar el castro del *Cerro del Castillejo* que ya había estado ocupado en la Segunda Edad del Hierro, donde además de restos cerámicos, junto a su base se documenta una necrópolis de tumbas excavadas en la roca.

Esta zona en época visigoda y altomedieval ve surgir un importante conjunto de tumbas excavadas en la roca, uno de los más destacados en la zona de estudio junto con los de la sierra de Ávila y la cabecera de la cuenca del Manzanares. Este grupo de tumbas surge en una zona de piedemonte, alejada de los centros de poder en época romana y con una clarísima relación con la explotación ganadera y silvícola del medio.

Los registros polínicos de esta zona hablan de la intensificación de la actividad antrópica coincidiendo con la etapa romana sobre todo en las zonas más llanas (Álvarez, 1999). Hay un claro descenso de la densidad de los bosques en las zonas de Guadarrama fruto de la deforestación de pinares, posiblemente para la utilización de su madera como combustible o para la construcción, puesto que la presión por el pastoreo solo se percibe en algunas zonas, como en las proximidades de la Fuenfría por el paso de la calzada romana.

Todos los registros polínicos procedentes de zonas altas muestran un incremento de la agricultura, que se traduce en una mayor presión ganadera y el aumento de los niveles polínicos de diferentes cultivos. El olivo y el castaño amplían su territorio, en el caso del castaño hacia el oeste, mientras que el olivo hacia el este.

El notable enfriamiento a nivel climático documentado durante la época visigoda (Desprat, Sánchez y Loutre, 2003: 71), motivó un importante incremento de la aridez que tuvo su reflejo a nivel polínico (López, 2014: 113). Hubo grandes deforestaciones en amplias zonas del territorio, especialmente en algunas áreas de montaña, con un patrón

claramente ganadero (Blanco y otros, 2015: 6), mientras que otras zonas como la sierra Guadarrama asistimos a una bajada de cota de los bosques de pinos, reflejo de las bajas temperaturas y una gran expansión de estos. Se aprecia la extensión del castaño y el olivo en la vertiente meridional de las cadenas montañosas (López, 2014: 113).

Una zona muy atractiva por su capacidad forestal y ganadera, además de su situación en relación con el desarrollo de una importante vía de comunicación más allá del Sistema Central.

## 7.11. ZONA XI. CUENCA MEDIA DEL JARAMA Y MANZANARES

Es esta una zona de amplios espacios llanos, de 2.463,9 km<sup>2</sup> de superficie correspondiéndose con las vegas del Jarama y el Manzanares. Con una altitud media de 700 m.

Se sitúa en la zona de la transición, que une la zona serrana con la depresión del Tajo, con una topografía relativamente suave en la que han permanecido relieves residuales junto a valles poco profundos de fondos planos (Ayala y otros, 1988).

Los principales ríos de la zona son el Jarama en su tramo medio y el Manzanares. El primero recoge las aguas de la sierra norte madrileña a través de sus afluentes uniéndose con el Manzanares en su búsqueda del río Tajo.

Cuenta con un clima mediterráneo continentalizado; caracterizado por las elevadas oscilaciones térmicas entre estaciones; los inviernos no son rigurosos, aunque sí frío y con numerosos días de heladas, mientras que los veranos son largos y calurosos. La temperatura media anual superior a los 12°C, pudiéndose sobrepasar durante el verano más de 40°C mientras que en invierno las temperaturas suelen descender por debajo de los 0°C.

La precipitación media oscila entre los 500-600 mm descendiendo en cantidad a medida que se desciende en altitud. No obstante, las precipitaciones se caracterizan por su estacionalidad y su irregularidad, destacando unos máximos en primavera y otoño junto con un acusado estío (Ordenación, 2007).

Página / 382

Esta zona se caracteriza por su utilización de sus suelos para la producción agrícola en las vegas de los ríos. Si embargo, desde unos años atrás, gran parte de estos han sido urbanizados, bien ocupados con viviendas o bien con multitud de centros industriales, fábricas y otros elementos dedicados a los servicios terciarios.

Nos encontramos con un total de 153 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

### 7.11.1. La II Edad del Hierro

#### 7.11.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

En las vegas del río Henares y sus afluentes se concentran una serie de asentamientos de diferentes entidades: *S. Juan del Viso* (Villalbilla); *Salto del Cura*, *Ecce Homo*,

*La Dehesa* y *El Grullo* en Alcalá de Henares; *El Tejar 1* (Santorcaz); *Fuente Arriba* (Meco); *Cuesta del Camino de Alcalá* (Fresno de Torote); *Despoblado de Camarma de Encima* (Valdeavero); *El Berbenal* (Ribatejada).

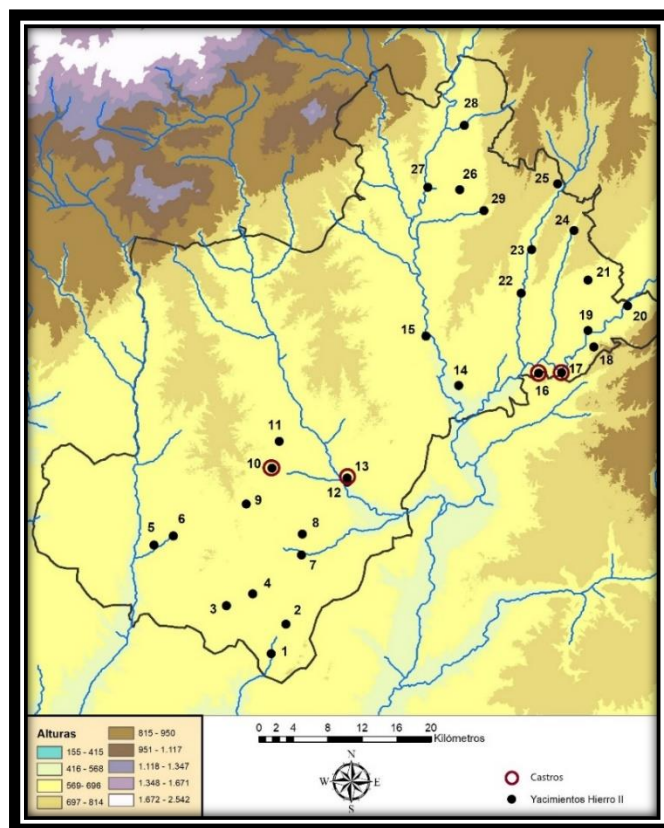


Figura 7.88: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio. Yacimientos: 1. La Montaña (Torrejón de Velasco); 2. El Baldío (Torrejón de Velasco); 3. Las Laderas (Griñón); 4. Arroyo de Humanejos I (Parla); 5. Pelicanos (Arroyomolinos); 6. Camino de Moraleja (Arroyomolinos); 7. El Esparragal (Pinto); 8. Vereda de Valdelobos (Getafe); 9. Polvoranca (Leganés); 10. Fuente de la Mora (Leganés); 11. Los Carabancheles (Madrid); 12. Valdocarros II (Madrid); 13. Cerro de la Gavia (Madrid); 14. El Jardín (S. Fernando de Henares); 15. El Malecón (Madrid); 16. S. Juan del Viso 2 (Villalbilla); 17. Salto del Cura (Alcalá de Henares); 18. Zona Arqueológica de Ecce Homo (Alcalá de Henares); 19. La Dehesa (Alcalá de Henares); 20. El Tejar 1 (Santorcaz); 21. Fuente Arriba (Meco); 22. El Grullo (Alcalá de Henares); 23. Cuesta del Camino de Alcalá (Fresno de Torote); 24. Despoblado de Camarma de Encima (Valdeavero); 25. El Berbenal (Ribatejada); 26. El Pocillo (Fuente el Saiz); 27. La Salilla 2 (Fuente el Saiz); 28. Molinillo (Valdetorres de Jarama); 29. Los Ejidos (Valdeolmos-Alalpardo).

El *Salto del Cura* se trata de un castro con un posible muro defensivo que lo rodeaba. El cerro de *San Juan del Viso* ha sido tradicionalmente considerado el *oppidum* prerromano por excelencia de este territorio, aunque los últimos trabajos permiten plantear la hipótesis que a principios de la II Edad del Hierro fuera el *Salto del Cura* el asentamiento principal de la zona, que perdería importancia a finales de esta época, a favor del Cerro del Viso (Azcárraga, 2014: 439), lo que motivaría el surgimiento de la ciudad peregrina de *Complutum*. En *San Juan del Viso* se ha documentado una gran estructura rectangular, que podría interpretarse como un posible campamento romano tardorrepublicano. Este



asentamiento muestra un imponente programa urbanístico que debió desarrollarse desde finales de la época republicana hasta el completo traslado de la ciudad de *Complutum* al llano (Rascón y Sánchez, 2006: 61). El abandono del cerro no debió ser total manteniéndose un poblamiento residual (Fernández, 1984: 103). *Ecce Homo*, en un cerro, podría ser otro de los importantes asentamientos de la zona, aunque los materiales para este momento sean bastante escasos y hablen de su pérdida de importancia. *El Grullo* y *La Debesa* se presentan como pequeños asentamientos en la vega del río donde se documentan restos cerámicos a torno tipo celtibérico, y fondos de cabaña junto a silos de almacenamiento. En el resto de los asentamientos los materiales son similares a los anteriores.

En las vegas de Jarama y afluentes se localizan: *El Jardín* (S. Fernando de Henares); *El Malecón* (Madrid); *El Pocillo* y *La Salilla 2* (Fuente el Saz); *Molinillo* (Valdetorres de Jarama) y *Los Ejidos* (Valdeolmos-Alalpardo). Todos ellos pequeños asentamientos dedicados a la explotación de la vega del río, donde se documentan restos cerámicos y en algunos casos fondos de cabañas o estructuras negativas. El único asentamiento situado en un lugar destacado es *El Pocillo*, situado en un cerro donde se documentan ocupaciones de anteriores períodos cronológicos.

En la vega del río Manzanares se encuentra los yacimientos de *El Esparragal* (Pinto); *Vereda de Valdelobos* (Getafe); *Polvoranca* y *Fuente de la Mora* en Leganés; *Los Carabancheles*, *Valdocarros II* y *Cerro de la Gavia* en Madrid. Este es un asentamiento situado sobre un talud de yesos sobre el río Manzanares, un castro dotado de una muralla con una cronología entre los siglos IV a.C. y I d.C., aunque su etapa de mayor esplendor debió finalizar entorno a la primera mitad del siglo II a.C. (Morín y otros, 2005; Morín, 2007: 345-349), en su interior se documenta un urbanismo con edificaciones a base de zócalos pétreos y elevados con tapial o adobe.

El *oppidum* de *Fuente de la Mora* se sitúa en un espolón yesoso, con varias fases de ocupación, con arranque en los inicios del siglo III a.C. y finales del siglo I a.C., aunque de forma esporádica, siguió frecuentándose hasta el siglo VIII. Se documenta restos de silos, fondos y estructuras negativas y alrededor los posibles restos de un muro defensivo. Se constata la presencia de cerámica de importación de barniz negro, campanienses B y C, cerámicas de tipo celtibérico y común. Su abandono hay que fecharlo alrededor del cambio de era, ante la ausencia de elementos como sigillatas, posiblemente relacionado con los sucesos acaecidos en las guerras sertorianas.

En la vega del arroyo Combos, afluente del Guadarrama, se localizan los asentamientos de *Pelicanos* y *Camino de Moraleja* en Arroyomolinos. Se trata de pequeños asentamientos que explotan las vegas del arroyo, en el segundo de ellos se documenta la presencia de cerámicas de tipo celtibérico, comunes y campanienses.

En el sector más al sur se localizan los yacimientos de *La Montaña* y *El Baldío* en Torrejón de Velasco; *Las Laderas* (Griñón); y *Arroyo de Humanejos I* (Parla), todos ellos pequeños asentamientos que en llano con escasos restos constructivos y cerámicos.

### **7.11.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)**

#### **7.11.3.1. Los asentamientos**

Durante esta época, en una zona en la que el poblamiento ya era el más denso de todas las estudiadas, se produce un notable incremento del número de asentamientos.

En las vegas de los ríos Camarmilla, Torote y Henares se localizan diversos yacimientos, entre los que podemos destacar algunos por sus tipologías. En primer lugar, la *civitas* de *Complutum* que, tras el traslado de la ciudad vieja en el cerro, al llano a mediados del siglo I d.C., se constituirá en una de las ciudades más destacadas del centro peninsular, surgida junto a la vía que comunicaba *Toletum* con *Caesar Augusta*. En sus alrededores se localizan una serie de asentamientos a lo largo del río Henares configurando un área de explotaciones agropecuarias, áreas productivas y artesanales además de necrópolis.

Entre ellos podemos destacar la *Villa del Val*, muy próxima a *Complutum*, con una cronología altoimperial y una segunda fase entre los siglos III y principios del V, cuando, posiblemente se dedica a la cría caballar o la preparación de aurigas. Los restos documentados en *El Encín 2* hablan de la existencia de una villa, en la que se han documentado restos de hornos y piletas que podrían pertenecer a un posible alfar. En la *Casa del Guarda*, junto al río, parece tratarse de un lugar de extracción y de preparación de piedras de molino.

En *La Estación* (Meco) fechados en el siglo II, se documentan los restos de una posible villa, muros, tejas, ladrillos, restos de un hipocausto, junto fragmentos cerámicos: TSH, común y algunas de tipo celtibérico. El *Cruce de la Carretera de Loeches* (S. Fernando de Henares) cuya primera fase corresponde con una villa fortificada que conserva los torreones que flanqueaban la entrada principal y parte del atrio porticado o peristilo; en ella se documentan abundantes restos cerámicos, TSH, TS itálica y un importante conjunto de

cerámicas celtibéricas. El *Barrio del Castillo* (Torrejón de Ardoz), donde junto a abundantes restos constructivos destacan bloques de mármol, muros de sillarejo y abundante cerámica: TSH, brillante y común se documentan restos de fondos de cabañas, silos y zanjas asociados a cerámica romana.

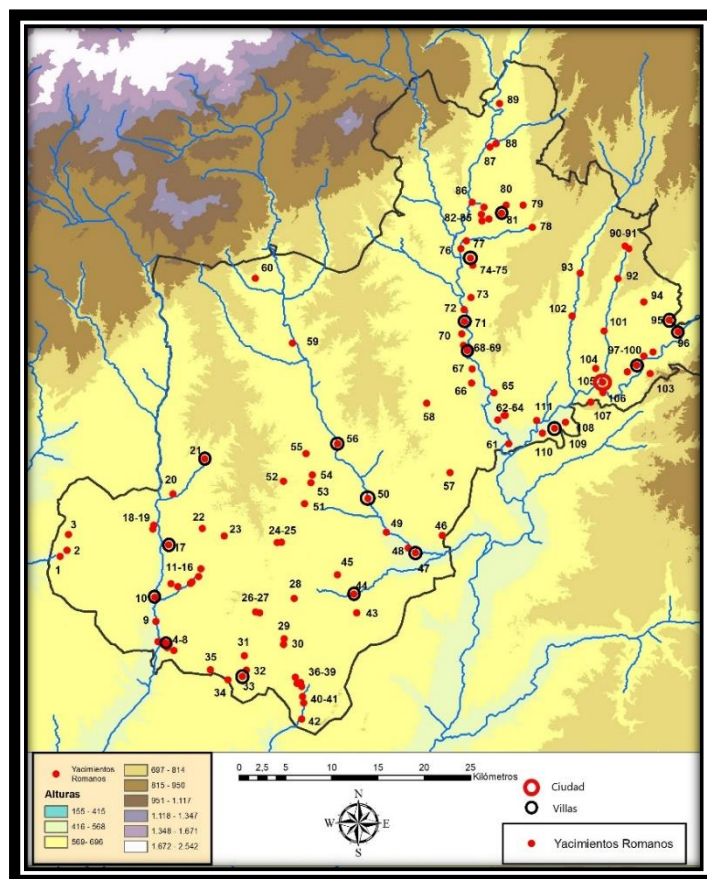


Figura 7.89: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Valdecepar (Navalcarnero); 2. P-71 (Navalcarnero); 3. Retamosa II (Navalcarnero); 4. Yacimiento del Puente sobre el río Guadarrama (Batres-El Álamo); 5. El Tejar (Batres); 6. Los Barrancones (Batres); 7. El Molino (Batres); 8. Arroyo del Moral (Batres); 9. Carril Toledano I (Navalcarnero); 10. Choricero (Navalcarnero); 11. Barranco del Médico (Arroyomolinos); 12. Pelicanos (Arroyomolinos); 13. Zarzalejo (Arroyomolinos); 14. Barranco del Zarzalejo (Arroyomolinos); 15. Camino de Moraleja (Arroyomolinos); 16. Valdearenal (Arroyomolinos); 17. El Soto (Móstoles); 18. La Pradera (Villaviciosa de Odón); 19. Gorastegui (Villaviciosa de Odón); 20. Monte de la Villa (Villaviciosa de Odón); 21. La Pingarrona (Boadilla del Monte); 22. Depuradora (Móstoles); 23. Casco histórico de Móstoles (Móstoles); 24. Polvoranca (Leganés); 25. Yacimiento B (Leganés); 26. Camino de Humanes a Parla (Humanes); 27. Piscina Municipal (Humanes); 28. Los Granados (Fuenlabrada); 29. Arroyo Humanejos I (Parla); 30. Km 24 N-401 (Parla); 31. Tierras del Pozo (Griñón); 32. Las Torrecillas (Cubas de la Sagra); 33. Camino de Santa Juana (Cubas de la Sagra); 34. Camino de Serranillos (Cubas de la Sagra); 35. Maricominos (Serranillos del Valle); 36. Urbanización los Olivos (Torrejón de Velasco); 37. Camino de Esquivias (Torrejón de Velasco); 38. Camino de Seseña (Torrejón de Velasco); 39. La Iglesia (Torrejón de Velasco); 40. El Molinillo (Torrejón de Velasco); 41. La Montaña (Torrejón de Velasco); 42. Los Cerrojos (Torrejón de Velasco); 43. Urbanización Illana (Pinto); 44. Tinto Juan de la Cruz (Pinto); 45. Vereda de Valdelobos (Getafe); 46. Camino del Cerro Redondo (Madrid); 47. La Torrecilla (Getafe); 48. Arenero de Soto (Getafe); 49. El Ventorro (Getafe); 50. Villa romana de Villaverde (Madrid); 51. Fuente de la Mora (Leganés); 52. Trinchera del ferrocarril de Cuatro Vientos (Madrid); 53. Finca de Montijo (Madrid); 54. Los Carabancheles (Madrid); 55. Colina del Robledal (Madrid); 56. Villa romana del Puente de Segovia (Madrid); 57. Estevillas (Madrid); 58. Colonia Palomas (Madrid); 59. Cerro Hermana Chica (Madrid); 60. Atalaya Doblada (Madrid); 61. Pinza del Gorrión (S. Fernando de Henares); 62. Finca de Sedano (S. Fernando de Henares); 63. Yacimiento

*altomedieval* (S. Fernando de Henares); 64. *El Jardín* (S. Fernando de Henares); 65. *Finca de Quintana* (S. Fernando de Henares); 66. *Casa de los Faroles* (Madrid); 67. *Caramocar* (Madrid); 68. *El Rasillo* (Madrid); 69. *El Guijo 2* (Madrid); 70. *Cercado del Guarda 2* (Alcobendas); 71. *Prado de Galápagos II* (Alcobendas/S. Sebastián de los Reyes); 72. *Entre Fuente Nueva y Huelga Chica* (S. Sebastián de los Reyes); 73. *Vega de Belvis* (Paracuellos de Jarama); 74. *Carmelitas 2* (Algete); 75. *La Pelaya* (Algete); 76. *Soto de Mozanaque* (Algete); 77. *Arroyo Paeque* (Algete); 78. *Los Ejidos* (Valdeolmos-Alalpardo); 79. *La Rayuela* (Fuente el Saz); 80. *El Pocillo* (Fuente el Saz); 81. *El Tesoro* (Fuente el Saz); 82. *Yacimiento 3* (Fuente el Saz); 83. *Las Adoberas* (Fuente el Saz); 84. *El Tesoro de la Herradura* (Fuente el Saz); 85. *Los Perros 2* (Fuente el Saz); 86. *La Salilla 2* (Fuente el Saz); 87. *Las Suertes* (Valdetorres de Jarama); 88. *Villa romana de Valdetorres* (Valdetorres de Jarama); 89. *UE-12* (Talamanca de Jarama); 90. *La Gramosa* (Valdeavero); 91. *Despoblado de Camarma de Encima* (Valdeavero); 92. *Camarmilla* (Camarma de Esteruelas); 93. *Fuente de los Cantos* (Fresno de Torote); 94. *Fuente Arriba* (Meco); 95. *La Estación* (Meco); 96. *El Encín 2* (Alcalá de Henares); 97. *La Magdalena* (Alcalá de Henares); 98. *La Dehesa* (Alcalá de Henares); 99. *Villa del Val* (Alcalá de Henares); 100. *Camino de los Afligidos* (Alcalá de Henares); 101. *El Alborno* (Alcalá de Henares); 102. *El Grullo* (Alcalá de Henares); 103. *Zona Arqueológica de Ecce Homo* (Alcalá de Henares); 104. *La Galena* (Alcalá de Henares); 105. *Complutum* (Alcalá de Henares); 106. *Casa del Guarda* (Alcalá de Henares); 107. *S. Juan del Viso 2* (Villalbilla); 108. *Casa Baezuela* (S. Fernando de Henares); 109. *Cruce de la Carretera de Loeches* (S. Fernando de Henares); 110. *Finca del Toro* (S. Fernando de Henares); 111. *Barrio del Castillo* (Torrejón de Ardoz).

En *La Magdalena* (Alcalá de Henares) se documentan tres hornos cerámicos para la fabricación de tejas y ladrillos, en funcionamiento hasta mediados del siglo I d.C. cuando se amortizan y se construyen edificios de almacenes y servicios, uno de ellos de planta basilical de grandes dimensiones. Ya en la fase flavia del edificio parece constatarse la producción vinícola, que podría prolongarse en el tiempo hasta principios del siglo IV. En el mismo yacimiento se localizan dos áreas de necrópolis, en una se documenta una única inhumación, mientras que en la otra se presentan cuatro cremaciones (Heras, Bastida, y Galera, 2014).

En las vegas del río Jarama sobre ambas márgenes se asientan numerosos yacimientos. En *Prado Galápagos* (Alcobendas), situado en una zona llana, se documentan los restos de tres edificios con un gran patio central, que parece empedrado, se trataría de una posible villa. El asentamiento de *La Pelaya* (Algete) se trataría de una villa donde se aprecia un espacio habitacional y otro industrial, con la existencia de un posible horno. Se documentan fragmentos de cerámica común romana y TSH lisa y decorada con una cronología altoimperial. Muy próximo, en *Arroyo Paeque* (Algete), quizás dependiente de la anterior, se documenta la existencia de un posible alfar, donde aparecen estancias habitacionales, piletas de decantación, estructuras negativas, silos, fosas, estructuras de almacenamiento además de abundante cerámica común TSH, brillante y de tipo celtibérica.

En *El Tesoro* (Fuente el Saz) situado en una ligera elevación, aparecen abundantes restos cerámicos de los siglos I y II, junto a restos constructivos, y de un posible depósito para contener líquidos; posiblemente se trate un lugar de explotación agropecuaria tipo villa. Muy próximo se sitúa *Las Adoveras* (Fuente el Saz), donde, en una zona llana,

aparecen restos constructivos con mampuestos, *opus signinum* y abundantes restos cerámicos, quizás una parte dependiente de la anterior villa; al igual que varios pequeños asentamientos cercanos como *Yacimiento 3*, donde se localizan varias estructuras negativas tipo cubeta y materiales cerámicos propios del siglo II. En *Vega del Belvis* (Paracuellos), situado junto a la vega del río y la vía *Complutum*-Talamanca, se sitúa un centro de explotación agropecuaria, en uso entre los siglos I y II d.C., donde se documentan fragmentos de TSH, comunes romanas y de tradición indígena.

En *El Rasillo* (Madrid), se documenta la parte rústica de una villa con diferentes fases, que comenzaría en el siglo I d.C., se encuentra bastante próxima a *Prado de Galápagos*. En *Casa de los Faroles* (Madrid), yacimiento fechado entre principios del siglo I y mediados del III d.C. se documentan fondos de cabaña, silos y una posible estructura rectangular, tegulas e ímbrices, TSH, fragmentos de dolía y TS sudgálica. Un *vicus* establecido posiblemente en relación con las vías de comunicación estaría situado en la *Ermita Virgen de la Torre* (Vallecas), en funcionamiento hasta mediados del siglo II (Fuentes y Uscatescu, 2017).

En la vega del Manzanares, mayormente en las zonas más bajas se documentan varios yacimientos. *La Torrecilla* (Getafe) una villa en la que se documenta la *pars* rústica y la fructuaria, se articula en torno a un peristilo rodeado de una galería porticada, donde se ha documentado una zona con diversas incineraciones, fechadas en el siglo II (Blasco y otros, 1982). Otra villa se encontraría en la *Finca de Montijo* (Madrid), donde se documentan restos de mosaicos con temas figurativos alusivos a las estaciones del año y un motivo central con una divinidad guiando a un felino. La *Villa de Villaverde* (Madrid), de carácter rústico destinada a la explotación agropecuaria del entorno próximo. En sus terrenos se debieron cultivar cereales, pero también leguminosas, el olivo y la vid (Bailón, 2017: 420). En la misma se documentan dos etapas de ocupación, una primera, en época altoimperial (siglos I a III) hasta el momento de su destrucción a finales del siglo III; en ella se localizan restos de estructuras, materiales constructivos y cerámicos. La *Villa romana del Puente de Segovia* (Madrid), con una cronología entre los siglos I y II d.C., presenta tres momentos de ocupación o rehabilitación cercanos en el tiempo, representadas por sucesivas superposiciones; se documentan abundantes pinturas murales, estucos, *opus signinum*, *quadratum*, TSH, brillante y sudgálica. En *Tinto Juan de la Cruz* (Pinto) se localiza un centro de explotación agropecuaria que surge en el siglo I d.C., con diferentes fases en donde se documentan unas termas, espacios de vivienda, almacenamiento y cocina.

En el interfluvio entre el río Manzanares y el Guadarrama y en las vegas de este último se documentan numerosos yacimientos, que al igual que en el Manzanares, si sitúan en las zonas más bajas. *La Pingarrona* (Boadilla) se trata de un asentamiento en el que, con diferentes fases, en la tardorromana es una villa, se documentan fragmentos de TSH, sudgálica, aretina y de tradición indígena. En *Camino de Moraleja* (Arroyomolinos), en una terraza sobre el río, se aprecian numerosos restos constructivos y cerámicos, entre los que destacan de tradición indígena, paredes finas y campaniense. En *Barranco del Zarzalejo* (Arroyomolinos) se documentan restos de lo que se han interpretado como estructuras funerarias junto a restos cerámicos.

En *Los Barrancones* (Batres), en una ladera, se documentan los restos de una villa, ladrillos, piedras de cimentación, muros, tejas, estucos, teselas y una alta concentración de escorias de fundición. En *Camino de Santa Juana* (Cubas), restos de una villa, con un edificio termal con *prae-furnium*, junto a una necrópolis de inhumación con 10 sepulturas. A lo largo del siglo II todas las estructuras son amortizadas por elementos industriales de diverso tipo.

En *El Soto* (Móstoles) se documentan los restos de una posible villa, con abundantes restos constructivos, entre los que destaca restos de *opus signinum*, placas de mármol blanco, un cimacio esculpido, y abundante cerámica de tipo celtibérico, común romana y TSH. Muy próximo se encuentra el casco histórico de Móstoles, donde en diversas intervenciones arqueológicas se han documentado restos de un horno, un *prae-furnium*, además de numerosos fragmentos cerámicos lo que sugiere la existencia de un alfar. En *Choricero* (Navalcarnero), un centro de explotación agropecuaria donde se han documentado restos constructivos junto a estructuras negativas de hábitat con formas circulares, TSH, sudgálica, de tradición indígena y común romana, propias de los siglos I y II; y en *Humanejos* (Parla) se documenta una pequeña necrópolis con cinco inhumaciones cubiertas con ímbrices.

Hay algunos asentamientos en los que se documentan restos que sugieren la fabricación de vino o aceite, como en *Zarzalejo* (Arroyomolinos) con una cronología entre el siglo II y el tercer cuarto del siglo III se excavó una sala con un suelo de *opus signinum* conectada con un depósito para recoger líquidos interpretada como parte de la producción vinícola (Vigil-Escalera, 2012: 168). En Villanueva del Pardillo se localizó un *torcularium* vinícola que comenzó su funcionamiento a principios del siglo II y que estuvo en funcionamiento hasta finales del siglo IV o principios del V (Major, Penedo y Peña, 2013). En Móstoles donde se han relacionado ciertos elementos con la producción vinícola o la



producción cerámica (Rodríguez, 2012: 120). Y en el *Camino de Seseña* (Torrejón de Velasco), también entre el siglo II y el IV, se documentaron dos zonas de prensado, aunque no podemos afirmar si se trata de producción de vino o aceite (Peña, 2017: 61).

### 7.11.3.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos 20 lugares donde se documentan inscripciones latinas: Torrejón de Velasco 1, Pinto 7, Parla 3 (desaparecidas); Arroyomolinos 1; Getafe 1; Móstoles 1; Villaverde 3; Madrid 16; Barajas 2; El Pardo 1; San Fernando de Henares 2; Torrejón de Ardoz 1; Daganzo 1; Alcalá de Henares 182; Meco 4; Alalpardo 1; Valdeolmos 1; Valdetorres de Jarama 1 y Talamanca de Jarama 3. Además de 2 miliarios, uno situado en la Venta de Meco y otro en Alcalá de Henares. Esta es una de las zonas donde las inscripciones se presentan más distribuidas por todo el territorio (figura 7.90).

En Alalpardo<sup>246</sup> tenemos un altar «*Consagrado al Numen, por la salud y por la victoria del Cesar*», realizado en caliza, fechado en la primera parte del siglo I d.C. En Barajas<sup>247</sup> conocemos dos dedicaciones a *Júpiter Óptimo Máximo*, ambas realizadas por *Coelia Melissa*, fechadas en el siglo II. En Getafe<sup>248</sup> se conoce un ladrillo de forma rectangular con una decoración en ambas caras a base de dos aspas de tres trazos, realizadas con los dedos, junto a la inscripción de *Noicsina*, está fechado en los siglos III-IV.

En Madrid, conocemos hasta 16 inscripciones y como suele ser habitual, la mayoría son de carácter funerario. Una de ellas es un altar en granito con dos inscripciones, dedicada a *Emilia Heutychia*<sup>249</sup> y a un niño de 7 años, fechada en el siglo II. El epitafio de *Albinus*<sup>250</sup>, hoy desaparecido. También desaparecido el epitafio de *Lucio Domicio Caucino*<sup>251</sup>, una dedicatoria doble a padre e hijo, fechado en el siglo I o principios del II. La inscripción de *Sertoris*<sup>252</sup>. La dedicatoria a *Cayo Valerio Lucano*<sup>253</sup>, hoy desaparecida, fechada en el siglo II. La dedicada a *Lucio Valerio Latino*<sup>254</sup>, hoy desaparecida, fechada a lo largo del siglo I d.C. o principios del II. La también desaparecida dedicada a *Gaius*<sup>255</sup>, fechada en el siglo I d.C.

<sup>246</sup> CIL II 3032; LICS 117; ILMadriD 1; AE 1994, 1054.

<sup>247</sup> CIL II 3063; ILMadriD 59; HEp 4, 1994, 537; CIL II, 3064; ILMadrid 60; LICS 191.

<sup>248</sup> ILMadriD 0072.

<sup>249</sup> LICS 183; HEp 4, 1994, 535; ILMadriD 73.

<sup>250</sup> CIL II 3054; ILMadriD 74.

<sup>251</sup> CIL II 3055; ILMadriD 76.

<sup>252</sup> CIL II 3056; ILMadriD 129; HEp 5, 1995, 552.

<sup>253</sup> CIL II 3057; ILMadriD 78.

<sup>254</sup> CIL II 3058; ILMadriD 77.

<sup>255</sup> CIL II 3060; ILMadriD 75; HEp 4, 1994, 536.

Además, un conjunto de siete inscripciones<sup>256</sup>, la mayoría de carácter funerario con diferentes dedicatorias, que debemos fecharlas entre los siglos I y II.

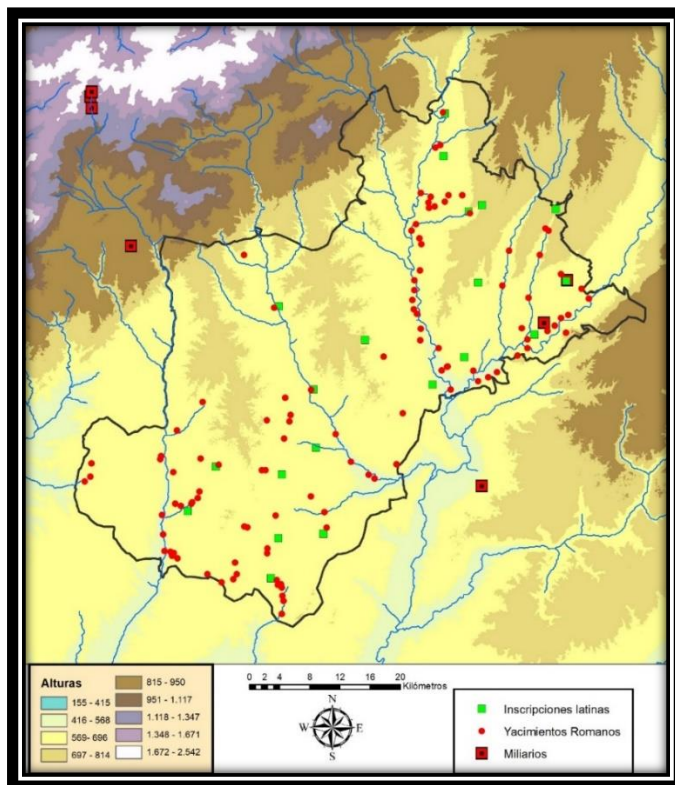


Figura 7.90: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

Procedente de El Pardo, y hoy desaparecida, es la dedicada a *Aestivus*<sup>257</sup>, de los *Manucicanos*, realizada en un canto rodado de granito, fechada en el siglo I d.C. En Meco conocemos cuatro inscripciones. Dos de carácter funerario, una dedicada a *Agripa*<sup>258</sup> realizada por su mujer; y otra inscripción también para *Agripa*<sup>259</sup>, que debemos suponer otra persona del mismo nombre, hoy desaparecida. Junto a ellas un altar dedicado a *Diana*<sup>260</sup> y otro a las diosas realizado por *Marcus Grumius*. En Mejorada del Campo, el epitafio de *Fabia Materna*, erigido por su marido *Marco Croncio Proculino*<sup>261</sup>, realizada sobre una cupa en caliza, fechada en la segunda mitad del siglo II.

<sup>256</sup> CIL II 4969,17b; CIL II 4969, 24a; HEp 14, 2005, 209; CIL II 4969,13; CIL II 4969,44; CIL II 4969,35; CIL II 3059; ILMadriD 79.

<sup>257</sup> ILMadriD 0087; AE 1981, 555.

<sup>258</sup> ILMadriD 0083.

<sup>259</sup> Gimeno y Tantimonaco, 2014: 514.

<sup>260</sup> CIL II 3025; LICS 111; ILMadriD 3.

<sup>261</sup> Calleja, 1990: 44-47; Gómez-Pantoja, 1990: 73-78; AE 1990, 578; AE 1991, 1065; AE 1992, 994; HEp 4.

En Móstoles el epitafio de *Flaviano*<sup>262</sup>, sobre una estela realizada en granito. En Pinto contamos con un conjunto de seis fragmentos, cuatro de ellos en cerámica<sup>263</sup> y dos inscripciones dedicadas a *Cabitus*<sup>264</sup> y *Miran*<sup>265</sup>.

En San Fernando de Henares, se encuentra la cupa dedicada a *Lucio Cornelio Quieto*<sup>266</sup>, realizada en caliza, rematada con acróteras, fechada entre finales del siglo I y principios del II; y un sillar perteneciente al friso inscrito de un monumento<sup>267</sup>. En Talamanca de Jarama, se documenta una estela en granito desgastada en la que no se aprecia el cuerpo epigráfico<sup>268</sup>; un ara dedicada a *Marte* erigido por *Caius Aburius Lupus*<sup>269</sup>, realizada también en caliza, está fechada en el siglo II; y la estela del mismo material con una decoración con una pátera, en la que *Iulius Lusa*... ordena levantarla para *Caecilius Cusa*, hijo de *Eros*<sup>270</sup>. En Torrejón de Ardoz, apareció una inscripción, hoy desaparecida, dedicada a *Mucio Olympo*<sup>271</sup>, fechada en el siglo II.

En Torrejón de Velasco, la estela en caliza dedicada a *Domitia*<sup>272</sup>, hija de *Viccus*, de los *Malugenicanos*, esposa de *Luraezzi*, de los *Aucalicanos*, con cabecera semicircular y acróteras; y decoración a base de una roseta rodeada por hojas bajo la que se encuentran tres bandas de arcos alternando con triángulos de lados curvos; se ha fechado entre la segunda parte del siglo I y primera del II. En Valdeavero el epitafio de *Aurelia Euthenia*<sup>273</sup>, en el que *Aurelius Gerontius*, siguiendo las instrucciones de su testamento, hizo este monumento para su madre, *Aurelia Euthenia*, inscripción hoy desaparecida, fechada en el siglo II o III. En Valdeolmos<sup>274</sup> una desaparecida; en Valdetorres de Jarama<sup>275</sup> una indefinida; en Villalbilla<sup>276</sup> una realizada sobre una lápida de granito y dos en Villaverde, una dedicada a *Marcus Pronius*<sup>277</sup> y otra a un niño de corta edad<sup>278</sup>.

<sup>262</sup> Rodríguez y García, 2002: 51-81; HEp 14, 2005, 210; LICS 208; ILCAM 88.

<sup>263</sup> HEp 11, 2001, 326 b; HEp 11, 2001, 326 c; HEp 11, 2001, 326 a.

<sup>264</sup> HEp 11, 2001, 327 a.

<sup>265</sup> HEp 11, 2001, 327 b.

<sup>266</sup> ILMadriD 93; HEp 1, 1989, 467.

<sup>267</sup> HEp 13, 2003/2004, 446; AE 2004, 807.

<sup>268</sup> HEp 4, 1994, 544.

<sup>269</sup> ILMadriD 0095; HEp 4, 1994, 542.

<sup>270</sup> ILMadriD 0096; HEp 4, 1994, 543.

<sup>271</sup> CIL II 3065; ILMadriD 100.

<sup>272</sup> LICS 207; AE 1990, 581; HEp 4, 1994, 545; ILMadriD 101.

<sup>273</sup> CIL II, 5859; IRCAM 106; LICS 170.

<sup>274</sup> ILCAM 107.

<sup>275</sup> HEp 8, 1998, 342.

<sup>276</sup> ILMadriD 0119; HEp 4, 1994, 554.

<sup>277</sup> CIL II 2461.

<sup>278</sup> AE 1986, 433.

Llama la atención en este conjunto el escaso número de referencias a la cultura indígena, tanto en la onomástica, grupos de parentesco, deidades o decoraciones. Únicamente se documentan cuatro grupos de parentesco, además dos de ellos, aparecen en una misma dedicatoria, la de *Domitia* en Torrejón de Velasco, situada en una zona cerca del discurrir de la vía pecuaria que atraviesa el territorio. Otra, la desaparecida de El Pardo, podría relacionarse con algunas de las existentes en la zona norte, más próximas al piedemonte y donde también aparecen algunas referencias indígenas. Y la última documentada en *Complutum*, en la que aparece el grupo de los *Arquios*<sup>279</sup>; en esta ciudad, además se localizan algunas que hablan de la presencia de gentes de otros lugares como *Segovia*<sup>280</sup> o *Clunia*<sup>281</sup> y la relación que debía existir entre ellas. De igual modo, las inscripciones localizadas en la ciudad hablan de una sociedad completamente romanizada o muy adelantada en ese proceso, con onomástica y modos latinos. Aparece un miembro de la *tribu Quirina*<sup>282</sup>, con importantes cargos dentro de la misma.

Salvo estos escasos casos documentados, la zona situada más al este donde se encuentra la *civitas* y la mayoría de las villas, los documentos se relacionan mayormente con la cultura latina.

#### 7.11.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII)

##### 7.11.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V)

En esta época se mantiene en líneas generales la disposición del poblamiento de la etapa anterior. Se aprecia una disminución del número de asentamientos, que puede deberse a una concentración de la población en menos lugares.

En la vega del Camarmilla han desaparecido todos los asentamientos, y en la del Torote tan sólo permanece uno, *Daganzo Bis* (Alcalá de Henares), una necrópolis de inhumación con restos humanos y metálicos. En la vega del Henares la presencia de la ciudad de *Complutum* organiza el territorio, y en *El Encín 2* se documenta una villa con ocupación anterior, pero que tendrá su época de esplendor en este momento; La *Villa del Val* en Alcalá de Henares, muy próxima a *Complutum*, en su segunda fase de ocupación que arranca alrededor del tercer cuarto del siglo III hasta comienzos del siglo V (Díaz, Méndez

<sup>279</sup> ILMadriD 0016; AE 1985, 604.

<sup>280</sup> AE, 1985: 602; LICS 125; ILMadriD 19.

<sup>281</sup> CIL II 5855; LICS 113; IL Madrid 2; ILMadriD 5.

<sup>282</sup> CIL II 3033; ILER 1579; LICS 120; ILMadriD 14.

y Rascón, 1991), donde se documentan unas perforaciones en el suelo que revelan la existencia de unas estructuras en madera. Esta estructura es amortizada en el siglo VI cuando se documenta la necrópolis del Camino de los Afligidos (Sánchez y Rascón, 2006).

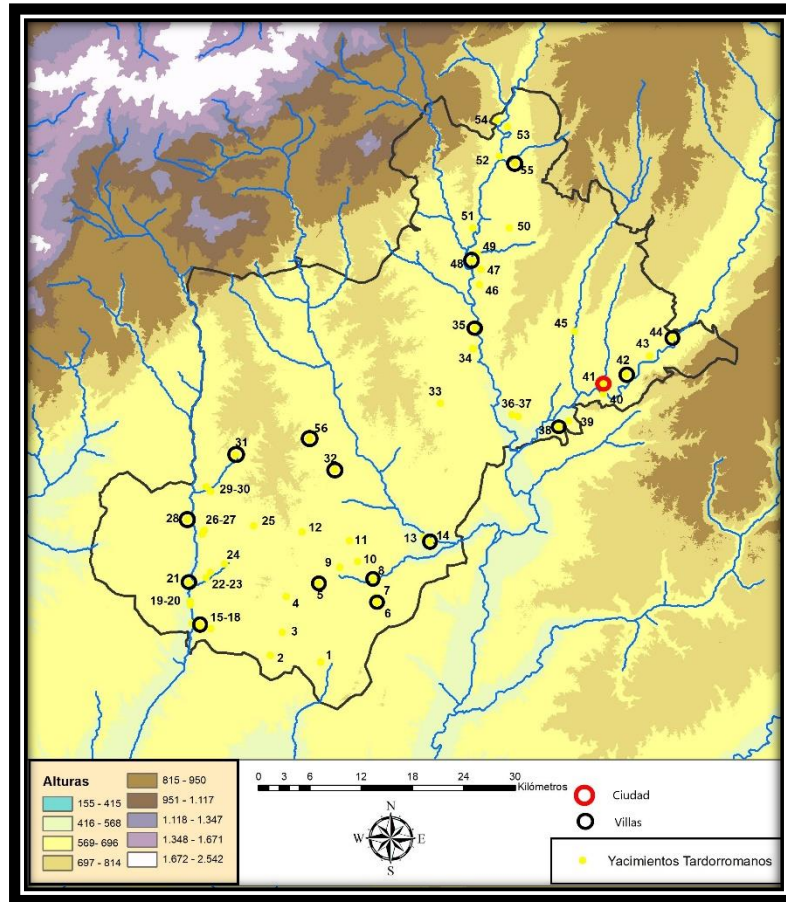


Figura 7.91: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Camino de Esquivias (Torrejón de Velasco); 2. Camino de Sta. Juana (Cubas de la Sagra); 3. Las Laderas (Griñón); 4. Piscina Municipal (Humanes); 5. Los Granados (Fuenlabrada); 6. Guardia Civil de Pinto (Pinto); 7. Urbanización Illana (Pinto); 8. Tinto Juan de la Cruz (Pinto); 9. Yacimiento altomedieval (Getafe); 10. Vereda de Valdelobos (Getafe); 11. Casco Urbano de Getafe (Getafe); 12. Polvoranca (Leganés); 13. Arenero de Soto (Getafe); 14. La Torreilla (Getafe); 15. Yacimiento del Puente sobre el río Guadarrama (Batres); 16. El Tejar (Batres); 17. Los Barrancones (Batres); 18. Las Olivas (Batres); 19. Carril del Toledano I (Batres); 20. Vereda de Calzadilla (Batres); 21. Choricero (Navalcarnero); 22. Camino de Navalcarnero (Arroyomolinos); 23. Pelícanos (Arroyomolinos); 24. El Palomar (Arroyomolinos); 25. Casco histórico de Móstoles (Móstoles); 26. El Soto (Móstoles); 27. La Solana II (Móstoles); 28. La Pradera (Villaviciosa de Odón); 29. Los Berriales (Villaviciosa de Odón); 30. Monte de la Villa (Villaviciosa de Odón); 31. La Pingarrona (Boadilla del Monte); 32. Los Carabancheles (Madrid); 33. Colonia Palomas (Madrid); 34. Las Animas (Madrid); 35. Prado de Galápagos II (Alcobendas); 36. Yacimiento altomedieval (S. Fernando de Henares); 37. Camino de Yeseras (S. Fernando de Henares); 38. Cruce de la carretera de Loeches (S. Fernando de Henares); 39. Casas de Baezulea (S. Fernando de Henares); 40. Casas del Guarda (Alcalá de Henares); 41. Complutum (Alcalá de Henares); 42. Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares); 43. La Magdalena (Alcalá de Henares); 44. El Encín 2 (Alcalá de Henares); 45. Daganzo Bis (Alcalá de Henares); 46. Burrillo (S. Sebastián de los Reyes); 47. La Pelaya (Algete); 48. Soto de Mozanaque (Algete); 49. Arroyo Paeque (Algete); 50. El Tesoro (Fuente el Saiz); 51. Las Garridas (Algete); 52. El

*Valleón (El Molar); 53. UE-12 (Talamanca del Jarama); 54. La Tabla (Talamanca del Jarama); 55. Villa de Valdetorres (Valdetorres de Jarama); 56. Villa de la Casa de Campo (Madrid).*

En *La Magdalena* (Alcalá de Henares), donde amortizando todos los edificios anteriores se establece una necrópolis, con materiales de los siglos III y IV, donde se documentan alrededor de 150 inhumaciones en una de las áreas, mientras que en la otra se presentan cuatro cremaciones (Heras, Bastida, y Galera, 2014). También se excavó la «necrópolis oeste» donde se documentaron una treintena de tumbas de inhumación fechadas entre finales del siglo III y finales del siglo IV (Contreras, 2017: 232); la necrópolis de *Camino de los Afligidos* a base de inhumaciones en fosa o cistas con ajuares propios de la segunda mitad del siglo V o *Equinox* (Martín y otros, 2006). En *Cruce de la Carretera de Loeches* (S. Fernando de Henares) se documenta una villa con espacios productivos con piletas para la producción de vino o aceite. La *Casa del Guarda* parece continuar en funcionamiento, donde se obtenían piedras de molino.

En la vega del río Jarama en *Prado de los Galápagos* (Sánchez, Galindo y Recio, 2006), donde se documenta una villa tardía con tres edificios en torno a un patio central; junto a uno de los edificios se construye una cabaña de forma ovalada, y en una fase posterior, se compartimentan los espacios de algunas de las estancias que se amortizan a finales del siglo VII. La *Villa de Valdetorres* (Valdetorres del Jarama) destaca por la monumentalidad de su planta octogonal en torno a un patio porticado, fechándose su construcción a finales del siglo IV. En ella se documenta la presencia de un horno de vidrio que se ha interpretado como de un momento posterior al abandono de esta. En *Soto de Mozanque* (Algete) con una cronología entre los siglos III y IV, se documentan estructuras relacionadas con la producción de aceite o vino. También en Algete, *Arroyo Paeque*, un centro que se dedica a la producción alfarera, con varias estructuras y donde se documenta una inhumación posiblemente de esta época. La *Pelaya* (Algete), una explotación agropecuaria donde se documentan seis enterramientos posiblemente de esta época.

En la vega del Manzanares también han desaparecido algunos de los anteriores asentamientos. La villa de *La Torrecilla* (Getafe), en la que se han diferenciado hasta tres fases constructivas, con el levantamiento, en el siglo IV de una nueva villa sobre la anterior; a partir del siglo V son reocupados algunos de sus espacios, donde se levantan construcciones realizadas con elementos perecederos, junto con una serie de silos que rompen los suelos de la misma, junto con un horno y pila relacionados con la elaboración de vino. Contemporánea a esta última fase, se documenta la necrópolis de *El Jardinillo*, donde aparecen ajuares de tipo hispanorromano y alguna hebilla de época visigoda. En el



casco histórico de Getafe, en diferentes intervenciones se documenta la presencia de un asentamiento de carácter rural y en otra de estas, una pequeña necrópolis tardorromana.

En la *Villa de la Casa de Campo*, Pérez de Barradas (1931-32; 1933-1934-1935) documentó elementos para la elaboración de vino o aceite. La *Villa de Villaverde*, destruida a finales del siglo III es reconstruida durante el siglo IV y con un abandono a lo largo del tiempo. La villa tras su destrucción sufrió una reconstrucción de la que se han encontrado restos como una antefija, restos de pintura mural y restos de un mosaico en *opus tessellatum* todo fechado durante el siglo IV (Bailón, 2017: 422-424). Junto a la misma se levantó un horno de cal y un depósito de agua para su tratamiento (Verde, 2011, pág. 6). O la de *Carabanchel Bajo*, investigada en 1860 por Amador de los Ríos y Juan de D. Rada (Rada, 1875).

Una de las villas más destacadas en esta zona es *Tinto Juan de la Cruz* (Pinto), junto al arroyo Culebro, con una cronología de los siglos III y IV, cuando su explotación fue abandonada. Se documentan hasta once recintos alrededor de una estancia cuadrangular cubierta con *opus signinum*, una de ellas un posible *triclinium*, termas, muros con estucos y pinturas con motivos geométricos y vegetales. Tiene una reocupación durante el siglo V cuando parte del área residencial es reutilizada, y una necrópolis que la amortiza completamente en el siglo VI, cuyas tumbas cortan el *opus signinum* de la zona de representación. En *La Indiana* se documenta un edificio para la explotación agropecuaria abandonado a finales del siglo IV o principios del V; se trata de un edificio que presenta un patio entorno al cual hay diferentes estancias, una de ellas para la estabulación de animales en funcionamiento a partir del siglo III; con el desplazamiento de este edificio se asienta alrededor una necrópolis de tumbas a base de lajas. En *Guardia Civil de Pinto* (Pinto), un centro de explotación agropecuaria, fechado entre el siglo IV y V, donde se documentan restos de muros, piedras y tejas junto a los restos de posibles cabañas y zanjas de silos.

En la vega del Guadarrama se localizan los siguientes asentamientos: en *La Pingarrona* (Boadilla del Monte) una villa tardorromana, donde una serie de edificios se distribuyen entorno a un espacio abierto central de planta cuadrangular; destaca un sector de termas junto al que se ha documentado un área industrial, asociada a un horno de tejas. En *Los Barrancones* (Batres) se documentan abundantes restos constructivos, fragmentos de estuco, teselas y una alta concentración de escorias. *Los Granados* (Fuenlabrada) un asentamiento dedicado a la explotación agropecuaria, de amplia cronología; en esta época destaca la presencia de un *hipocaustum* y un área de espacio residencial de mayor entidad. Similares características presenta el asentamiento de *Choricero* (Navalcarnero). En *El Soto*

(Móstoles) asentamiento rural de explotación agropecuaria, de amplia cronología, cercano se sitúa el *Casco histórico de Móstoles*, donde en diversas intervenciones arqueológicas se documentan una estructura de un posible alfar; también 15 estructuras funerarias, algunas realizadas con ímbrices, y en las que se documentaron ajuares que se han fechado entre finales del siglo III y mediados del IV, todas de inhumación, tanto de adultos como de niños, y en otra intervención restos de un horno con cámara de combustión y parrilla. En *Camino de Santa Juana* (Cubas de la Sagra), tras la amortización de la necrópolis anterior en el siglo II, se instalan una serie de espacios productivos de diferente tipología: hornos cerámicos, zonas de extracción de arcillas, estructuras de habitación. Se documenta la presencia de una necrópolis con más de 200 sepulturas que comienza a finales del siglo II o principios del III y perdura hasta el siglo VI. En el yacimiento de *Monte de la Villa* (Villaviciosa), asentamiento que surge en época altoimperial con diversos niveles de abandono y ocupación. De finales del siglo III corresponde una estructura cuadrangular de carácter religioso, con pórtico hacia el este y enterramiento en el interior. Se localiza parte de un arco con radio de una posible cruz o estela funeraria de con cronología entre los siglos IV o V. En el *Agostadero* (Boadilla del Monte) posiblemente dependiente de *La Pingarrona* recientemente se ha identificado parte de la *pars fructuaria* de un asentamiento rural con una ocupación entre los siglos III y V, mientras uno de los edificios está dedicado a la fundición y trabajo de los metales y piezas de vidrio, próximo a este se localiza un complejo termal (Menduiña, y otros, 2017). En *El Pelicano*, la presencia de restos de aceitunas junto a fragmentos de molinos rotatorios se ha vinculado con la posible producción de aceite (Vigil y Quirós, 2013: 384).

Propias de esta época son las denominadas «necrópolis del Duero» en las que en esta zona tenemos una amplia representación, contando con: *El Pelicano* (Arroyomolinos) (Hernández y Vírveda, 2008), en el que junto al asentamiento romano de época alto y bajoimperial se localizaron dos edificios considerados como mausoleos, en uno de ellos se localizó un sarcófago de plomo con un individuo adulto en su interior, junto a otro sarcófago de menor tamaño con un niño; junto a ellos se documentaron casi un centenar de inhumaciones que posiblemente, abarquen el período entre los siglos V y VIII. En estas tumbas se documentaron numerosos ajuares típicos de este tipo de inhumaciones. En *El Soto* (Barajas) (Vigil-Escalera y Vírveda, 2007), donde junto a los restos de un pequeño asentamiento, se documentó una pequeña necrópolis compuesta por nueve individuos tanto adultos como niños.

En *Camino de Seseña* (Torrejón de Velasco) (Vigil-Escalera, 2015: 177-178), junto a los restos de un asentamiento rural, se documentó una única inhumación con un variado ajuar (Jorge y otros, 2013). En *La Magdalena* (Alcalá de Henares); en la Necrópolis A de Loranca (Fuenlabrada) (Oñate, 2009), en uso posiblemente entre la segunda mitad del siglo V y quizás hasta el siglo VII, se documentan más de dos centenares de inhumaciones, la mayoría realizadas en fosa simple mientras que otras, las más destacadas, presentan ajuares, entre las que destaca un lote de monedas bajoimperiales en bronce. O en el *Camino de Santa Juana* (Cubas de la Sagra) donde se localizaron alrededor de ochenta de inhumaciones, en las que la mitad de ellas contaban con ajuares cerámicos y algunas también con metálicos (Juan, Sanguino y Oñate, 2011); junto a otros posibles como *Quintano* (Mejorada del Campo), *La Torrecilla* y *Jardinillo* (Getafe), *Valdetorres de Jarama* y el *Yacimiento 3* (Villaviciosa de Odón). En ellas se pueden documentar desde unas pocas inhumaciones, hasta las 154 de *La Magdalena* (Heras y otros, 2012) o las 206 de la *Necrópolis de Loranca* (Oñate, 2009).

En *Polvoranca* se excavaron quince estructuras negativas, de las cuales tres eran tipo cubeta, una un cenizal y el resto silos. En una de las cubetas, cubierta con una teja a modo de tapa se recuperó un importante conjunto cerámico compuesto por piezas enteras de vajilla de mesa de lujo, TSHt, cerámica gris y vidrios, con una cronología entre el siglo IV y VI (Petri y otros, 2017: 450).

---

**Página / 398 7.11.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)**

En esta zona, durante la época visigoda, el número de asentamiento se incrementa ligeramente respecto de la anterior y se distribuye aproximadamente de la siguiente manera.

Alrededor de la ciudad de *Complutum* se localiza un conjunto de necrópolis de época visigoda distribuidas siguiendo el trazado de las vías de comunicación que discurren junto a la misma. Estas necrópolis estuvieron en uso entre los siglos V hasta el VIII, cambiando de uno a otro emplazamiento, aunque no sepamos explicar los motivos. La necrópolis de *Afligidos 0* en uso entre la segunda mitad del siglo V, hasta finales del VI, momento en el que fue sustituida por *Camino de los Afligidos* (Fernández, 1976: 255-260), situada a poco más de mil metros de distancia. En *Equinox* se documentaron diecisiete inhumaciones con ajuar, en las que se enterraron al menos 42 individuos (Méndez y Rascón, 1989; Martín, Mendiuña y Vega, 2006). En *La Magdalena*, a partir del siglo V se documentan otras 12 tumbas agrupadas en un conjunto, con ajuares a base de ollitas y jarritas cerámicas; propias de los siglos VII y VIII se documentan 10 tumbas además de

otras 10 estructuras negativas con evidencias de restos humanos, algunas con hebillas de cinturón fechadas en los siglos VII y VIII. *El Corral*, donde sobresale un panteón con ricos ajuares, entre ellos un surtido de joyería femenina y armas masculinas.

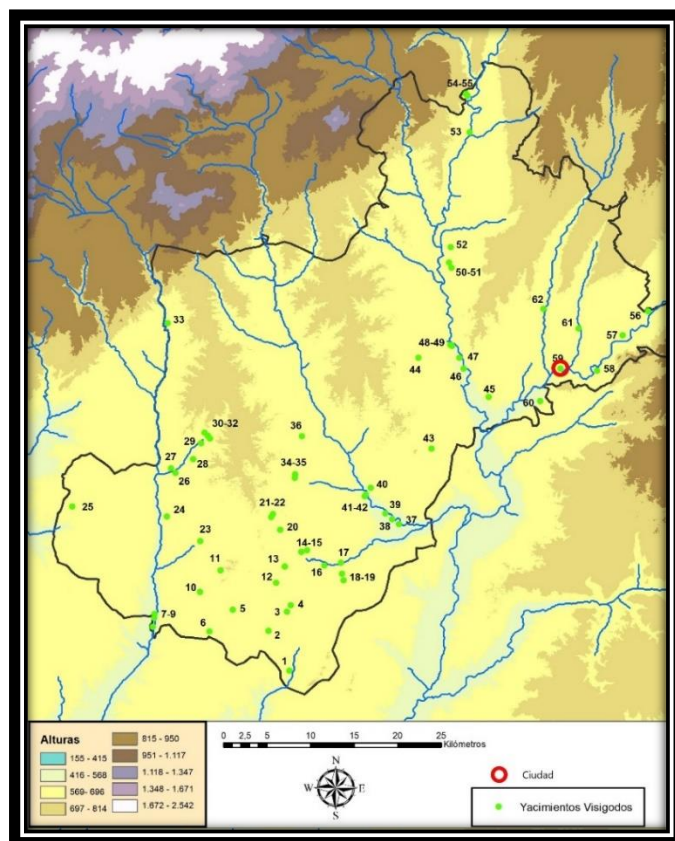


Figura 7.92: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. La Herradura II (Torrejón de Velasco); 2. La Carnicería (Torrejón de la Calzada); 3. Arroyo Humanejos VII (Parla); 4. Cementerio Nuevo de Parla (Parla); 5. Fuente de la Salud (Griñón); 6. Cañariego (Serranillos del Valle); 7. Arroyo del Burro (Batres); 8. Secaderos (Batres); 9. El Vado (Batres); 10. Camino de Navalcarnero a Griñón (Moraleja de Enmedio); 11. El Cristo (Moraleja de Enmedio); 12. Las Debesillas (Parla); 13. Los Granados (Fuenlabrada); 14. Acedinos (Getafe); 15. Yacimiento altomedieval (Getafe); 16. El Esparragal (Pinto); 17. Tinto Juan de la Cruz (Pinto); 18. Camino de Madrid (Pinto); 19. Urbanización Illana (Madrid); 20. La Recomba (Leganés); 21. Yacimiento D (Leganés); 22. Yacimiento B (Leganés); 23. Arroyo de Valdearenas (Arroyomolinos); 24. El Soto (Móstoles); 25. Retamosa II (Navalcarnero); 26. Los Berriales (Villaviciosa de Odón); 27. Monte de la Villa (Villaviciosa de Odón); 28. La Revienta (Villaviciosa de Odón); 29. Torre Mayo (Villaviciosa de Odón); 30. La Vega (Boadilla del Monte); 31. Yacimiento I (Boadilla del Monte); 32. Cerro de Barcelona (Boadilla del Monte); 33. Virgen del Retamar (Las Rozas); 34. Fuente de la Mora (Leganés); 35. UE 2 PAU II-6 Carabanchel (Madrid); 36. Conde de Vallellano (Madrid); 37. La Torrecilla (Getafe); 38. Arenero Soto (Getafe); 39. Caserío Perales (Getafe); 40. Cerro de la Gavia (Madrid); 41. Pista de Motos (Madrid); 42. Arenero de Martín (Madrid); 43. Estevillas (Madrid); 44. Frontera de Portugal II (Madrid); 45. Camino de Yeseras (S. Fernando de Henares); 46. Las Charcas (Madrid); 47. El Encadenado (Madrid); 48. La Huelga (Madrid); 49. El Malecón (Madrid); 50. Inhumación aislada (Paracuellos del Jarama); 51. Burrillo (S. Sebastián de los Reyes); 52. La Pelaya (Algete); 53. El Vallejón (EL Molar); 54. La Tabla (Talamanca del Jarama); 55. Cerro de las Losas (Talamanca del Jarama); 56. Sector S-8 (Los Santos de la Humosa); 57. La Magdalena (Alcalá de Henares); 58. Casa de la Pintora (Alcalá de Henares); 59. LIDL (Alcalá de Henares); 60. Casas de Baezuela (S. Fernando de Henares); 61. La Poliseda (Alcalá de Henares); 62. El Corral (Alcalá de Henares).

Próximas a estas se sitúan las necrópolis de *Depósito de Daganzo*, *Daganzo de Arriba* y *Km 2 de la carretera de Daganzo*, situadas junto a la vía que enlazaba *Complutum* con el paso de Somosierra, donde se documentaron numerosas inhumaciones, algunas de ellas con importantes ajuares (Fernández y Pérez, 1931). En los Santos de la Humosa (*Sector S-8*) se localizó una única tumba con ajuar junto a restos de lajas de otras posibles inhumaciones junto a un asentamiento de fondos de cabañas. En *La Poliseda* (Alcalá de Henares) se localiza un asentamiento rural donde se han documentado hasta 400 estructuras negativas y 10 positivas con materiales cerámicos propios de esta época, restos de metales y vidrios. Con similares características se encuentra *Casa de la Pintora* (Alcalá de Henares) donde aparecen estructuras murarias, subterráneas y posibles cabañas, fechado entre los siglos V y VI.

En la vega del Jarama igualmente se localizan varios asentamientos. En *El Soto/Encadenado* (Barajas), con una cronología estimada entre el siglo V y el IX, se levanta un grupo de granjas más que una aldea, donde se documentan dos necrópolis diferentes, una con una cronología establecida en la primera mitad del siglo V, que parece recoger la inhumaciones de un grupo familiar, con rasgos propios de las necrópolis «tipo Duero» (Vigil-Escalera, 2013: 218-221), y una segunda con una cronología de mediados del siglo VIII y mediados del IX (Vigil-Escalera, 2009: 103-105), donde comparten espacio sepulturas cristianas con islámicas. Los escasos restos constructivos nos hablan de la presencia de edificios con zócalo pétreo y cubiertas de teja; se detectan construcciones auxiliares de fondo rehundido con escasa variabilidad tipológica, junto a ellos estructuras de almacenamiento tipo silo, con revoco de arcillas. Al igual que en otros asentamientos cercanos se ha documentado cerámica propia de la época, metales y vidrios (Vigil-Escalera, 2013: 216-231). Próximo al anterior se encuentra *La Huelga* (Barajas), posiblemente en relación con el yacimiento de *El Rasillo*, donde se documenta un asentamiento tipo granja rural familiar donde se levantan estructuras características de este período, cabañas de suelo rehundido y almacenamiento tipo silo. Los materiales cerámicos documentan una importante presencia de los de época altoimperial, reutilizados, junto a la presencia de materiales propios de época visigoda (Rodríguez y Juana, 2005; Vigil-Escalera, 2013: 242). También una única inhumación en fosa simple, posterior al abandono de una de las cabañas, que podría datarse entre los siglos VII y VIII (Vigil-Escalera, 2013: 234). *La Pelaya* (Algete) se trata de un asentamiento en el que se documentan dos inhumaciones.

*Las Charvas* (Madrid) se trata de una aldea con estructuras a base de zócalos de piedra y una necrópolis de inhumación con 7 inhumaciones. En *Frontera de Portugal*

(Madrid), se identificaron varios fondos de cabaña con cubrición de tejas digitadas con una cronología entre la segunda mitad del siglo VII y primera mitad del VIII. *El Malecón* (Madrid) se trata de un asentamiento rural con fondos de cabaña y material cerámico.

En Paracuellos de Jarama (*Inhumación aislada*) se documenta una posible necrópolis, aunque sólo se haya documentado una inhumación. En Talamanca del Jarama se localiza la necrópolis de *El Cerro de las Losas* situada en la cima de una ladera junto al río Jarama donde se localizaron hasta catorce tumbas algunas con ajuares, la mayoría cerámicos (Alonso, 1976). El *oppidum* de «Fuente de la Mora» en Leganés situado en un espolón yesoso, abandonado a finales del siglo I a.C., aunque de forma esporádica, siguió frecuentándose hasta el siglo VIII, como muestra la presencia de una necrópolis de inhumación de época visigoda en la que se ha documentado un enterramiento de rito islámico (Vega y otros, 2014: 226)

En la vega del Manzanares se documenta un importante conjunto de asentamientos, como en épocas anteriores mayormente en la parte más baja de su cuenca. En *La Vega* (Boadilla del Monte), se localiza una aldea dedicada a la producción agrícola y ganadera, con numerosas estructuras, cerámicas de época visigoda, hebillas de cinturón en bronce y una moneda de oro de «ASIDONIA», ceca inédita del reinado de Witiza. *Yacimiento 1* (Boadilla) es una aldea con 56 estructuras negativas de forma circular, entre las que destacan 3 posibles cabañas. *Cerro de Barcelona* (Boadilla) se trata de una aldea de carácter disperso cuyos habitantes se enterrarían posiblemente junto a la ermita de *San Babilés*. *Los Granados* (Fuenlabrada) es una aldea con necrópolis de inhumación que se encuentra ocupada todo el siglo VI y principio del VII.

*La Torrecilla* (Getafe) es una necrópolis que comienza en época tardorromana, pero el grueso de sus inhumaciones es propio de esta época, la mayoría sin ajuar, únicamente se documentan algunos ajuares personales y un broche de cinturón. *Acedinos* (Getafe), es una aldea con diversas estructuras e inhumaciones con una cronología entre el siglo VI y VIII, la necrópolis parece que comienza su uso en el siglo VII. *Yacimiento altomedieval* (Getafe) es una granja que comienza su ocupación en este momento y perdura en época emiral. En Getafe, en la Carretera de San Martín de la Vega se localizó una cista junto a un silo con materiales cerámicos (Geanini, 1997) y en el *Arenero* de Perales del Río hasta 32 silos también con fragmentos de cerámica (Quero y Martín, 1987).

En *La Recomba* (Leganés) se han documentado diferentes restos de estructuras que posiblemente hablen de un asentamiento disperso, que a lo largo del siglo VII sufrirá un



proceso de concentración y donde se ha documentado la existencia de la producción de aceite, junto a ella una necrópolis de fosas y cistas a base de lajas de caliza. También en Leganés, los asentamientos de *Arroyo Culebro*, conformados por estructuras, de zócalo de piedra y cubierta de tejas similares a los documentados en el área serrana, junto a un gran campo de silos dedicados al almacenamiento (Penedo, Barroso y Morín, J., 2001). En *Fuente de la Mora* (Leganés) se excavaron dos pequeños núcleos correspondientes a dos granjas unifamiliares y una necrópolis asociada.

La necrópolis del *Cerro de la Gavia* (Madrid) en la que se documentan un total de ocho inhumaciones, sobre los materiales de la Segunda Edad de Hierro; pertenecen al menos a 16 individuos todos ellos niños, con una cronología, posiblemente del siglo V, con perduraciones en siglos posteriores, pudiendo llegar hasta el VIII (Morín y otros, 2005: 215-232). En la Colonia del *Conde de Vallellano* (Madrid) se localizó una necrópolis a base de fosas y cistas en los que se encontraron ajuares metálicos (Martínez, 1933-35). En *Arenero de Martín* (Madrid) se documentan varios fondos de cabaña y una necrópolis de inhumación. En *El Soto* (Móstoles) se documenta abundantes fragmentos cerámicos, un edificio rectangular interpretado como una posible iglesia de época visigoda, donde se ha encontrado un triente de oro de Egica.

El asentamiento de *La Indiana* (Pinto), con una cronología entre finales del siglo V y mediados del VIII; las intervenciones realizadas en el mismo sólo lo han sido sobre una pequeña parte. Se trata de una aldea de carácter campesino situada junto a un curso secundario de agua y próxima a una vía pecuaria, con una dedicación agrícola complementada con la ganadera. Se han documentado materiales cerámicos propios de esta época, metales y vidrios, junto a varios silos. Junto al mismo se documenta una necrópolis, con un total de 48 inhumaciones, cuya cronología se ha establecido entre el siglo VII y principios del VIII (Morín y otros, 1999: 67-68). La última ocupación en *Tinto Juan de la Cruz* (Pinto) corresponde a una necrópolis de más de 80 inhumaciones sobre los restos de la antigua villa tardorromana, estas inhumaciones, realizadas en cistas, fosas y los infantiles sobre un lecho de tejas, (Barroso y Morín, 2001).

En el territorio entre el Manzanares y en la vega del Guadarrama: en la zona de Batres se documentan varios pequeños asentamientos, posiblemente granjas en relación con el denominado «Carril Toledano». En *Las Debesillas* (Parla) se localiza una aldea con estructuras de abastecimiento y necrópolis asociada, donde se localizaron 769 estructuras negativas tipo silo, cabañas, hornos y pozos; además 2 inhumaciones en fosa y 5 en cista. En *Fuente de la Salud* (Grñón), una aldea, con numerosas estructuras, muros y restos de

fondos de cabaña, fechada entre los siglos VI y VII, con necrópolis de inhumación asociada, donde se han localizado 7 inhumaciones, una en cista y 6 en fosa simple. *Camino de Navalcarnero* (Moraleja de Enmedio), se trata de una aldea con posible perduración en época islámica con una necrópolis asociada.

En *Monte de la Villa* (Villaviciosa de Odón) se documenta una necrópolis ocupada entre finales del siglo V y todo el siglo VI, alrededor de una estructura religiosa. Se localizan 20 enterramientos excavados en fosa y uno sobre base de tejas, con reaprovechamiento del edificio como osario con restos de al menos 16 individuos. En *Los Berriales* (Villaviciosa de Odón), una necrópolis de inhumación, con 13 fosas simples excavadas en el geológico, con cronologías entre el siglo V y VIII. *El Pelicano* (Arroyomolinos), con una cronología entre mediados del siglo V y mitad del VIII; se trata de una aldea distribuida linealmente sobre la orilla norte del arroyo de Los Combos, con una necrópolis asociada. A lo largo de su período de ocupación parece evolucionar desde un asentamiento concentrado, hacia un asentamiento disgregado, compuesto de numerosos núcleos. Con una dedicación agrícola, basada en el cultivo del cereal, complementado con una cierta producción de aceite y ganadería. Al igual que otros asentamientos cercanos, sus construcciones se realizan sobre zócalos pétreos con alzados de adobe y cubiertas de teja curva, con espacios adosados, dedicados a tareas diversas y estructuras productivas ligadas a la producción de cerámica (Vigil-Escalera, 2013: 177-201). En este asentamiento se documenta una pizarra escrita de época visigoda, recuperada en un contexto fechable hacia finales del siglo V o primera mitad del VI. Se trata de una de las escasas piezas de este tipo localizadas en la Comunidad de Madrid, junto a las conocidas del Cancho del Confesionario.

### **7.11.5. ¿Y después del siglo VIII?**

En este territorio son varios los lugares en los que se documentan restos propis del siglo VIII y posteriores, como en *Fuente de la Mora* (Leganés) sobre un espolón yesoso, con varias fases de ocupación, en una de estas reocupaciones se documenta una necrópolis de inhumación de época visigoda con un enterramiento de rito islámico (Vega y otros, 2014: 226). En *El Soto/Encadenado* (Barajas), se trata de un grupo de granjas más que una aldea, donde se documenta una necrópolis con una cronología de mediados del siglo VIII a mediados del IX (Vigil-Escalera, 2009: 103-105). En *Las Charvas* (Madrid) aldea de época visigoda, con necrópolis que perdura posteriormente con necrópolis de época islámica con 2 enterramientos. El asentamiento de *Frontera de Portugal* (Madrid) con fondos de cabaña

cuya cronología abarca hasta la primera mitad del siglo VIII. El yacimiento de *Lidl* (Alcalá de Henares) se trata de un asentamiento rural con una fase andalusí donde se documentan estructuras negativas, entre ellas 16 posibles cabañas y una tumba de inhumación. *Yacimiento 1* (Boadilla) una aldea con 56 estructuras negativas de forma circular, entre las que destacan 3 posibles cabañas y se recuperó una moneda islámica en bronce; y *Yacimiento altomedieval* (Getafe) una granja con ocupación en época visigoda que perdura en época emiral.

### 7.11.6. Interpretación de los datos

Esta zona, junto con la Zona 12, son las dos zonas en las que tenemos documentados un mayor número de asentamientos en número total y en la mayoría de las etapas cronológicas.

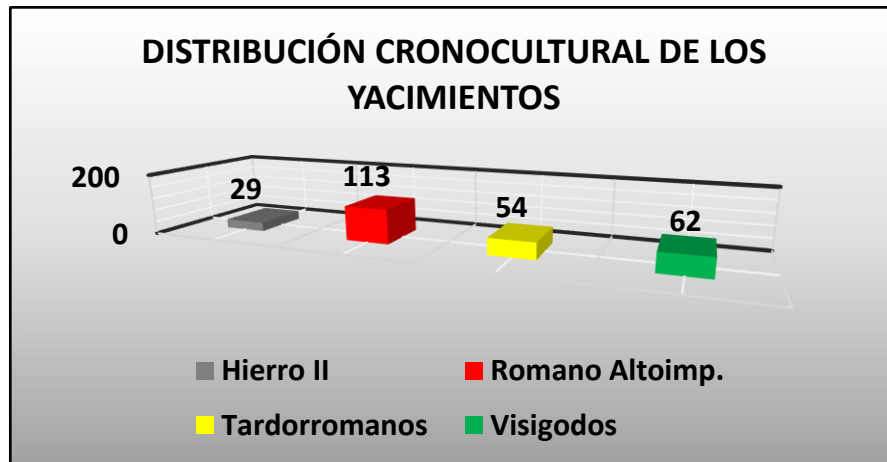


Tabla 7.55: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.

Partimos de una Segunda Edad del Hierro en la que contamos con un importante número de asentamientos, situados, por un lado, en lugares destacados del territorio, mientras que otros se sitúan buscando explotar las vegas de los ríos (tabla 7.55). El número de asentamientos se verá incrementado notablemente durante la época romana, generalizándose el poblamiento en todo el territorio; alrededor de un 30% de los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro permanecerá ocupados durante la época romana. En la época tardorromana se aprecia una disminución en el número de estos algo superior al 50% del total, manteniéndose ocupados de la anterior etapa un tanto por ciento similar, alrededor del 30%. En cuanto a la etapa visigoda, se aprecia un ligero incremento en el número de asentamientos respecto de la etapa anterior, y al igual que sucedía

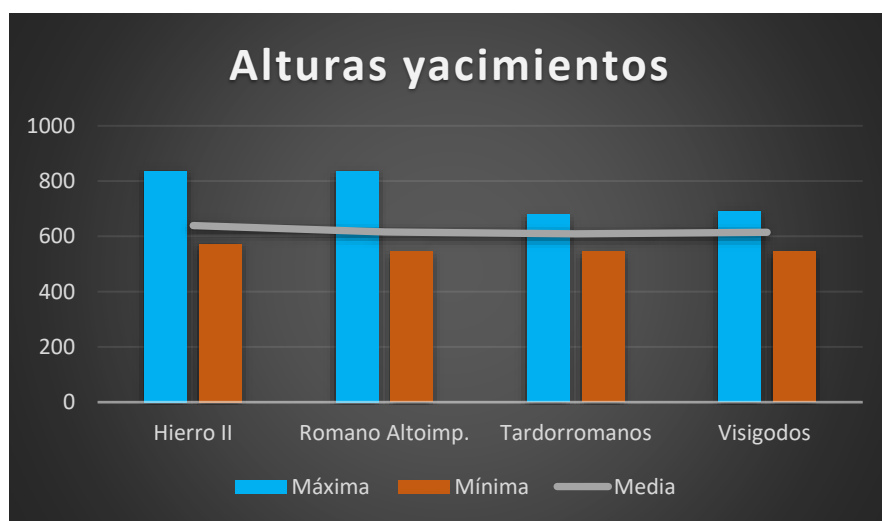
anteriormente, se aprecia una continuidad en ocupación de los asentamientos que ronda el 30% de los mismos.

Al ser una de las zonas que cuenta con mayor número de asentamientos documentados, esto tiene su reflejo en las densidades que se muestran en la tabla 7.56.

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	29	2.463,92	0,01176986
Romano Altoimp.	113	2.463,92	0,04586188
Tardorromanos	54	2.463,92	0,0219163
Visigodos	62	2.463,92	0,02516315

*Tabla 7.56: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.*

En cuanto a las alturas medias de los asentamientos; durante la Segunda Edad del Hierro se presentan algunos asentamientos emplazados en lugares destacados, mientras que otros, en mayor número, se sitúan en zonas más bajas buscando las vegas de los cursos fluviales (tabla 7.57).



*Tabla 7.57: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*

En la época romana se percibe un ligero descenso de la altura media de los asentamientos, reflejo de un incremento en el número de asentamientos que buscan las zonas más bajas donde explotar la vega de los ríos, mientras que las alturas máximas se mantienen similares (tabla 7.57).

En época tardorromana continúa el descenso de la altura media, pero en este caso se percibe un abandono de los asentamientos emplazados en las mayores alturas, manteniéndose constante aquellos asentamientos en cotas más bajas. Esta situación tiene su

continuidad en la época visigoda, apreciándose, únicamente, un ligero incremento en los asentamientos que se sitúan en unas cotas ligeramente más altas, pero sin buscar lugares destacados (tabla 7.57).

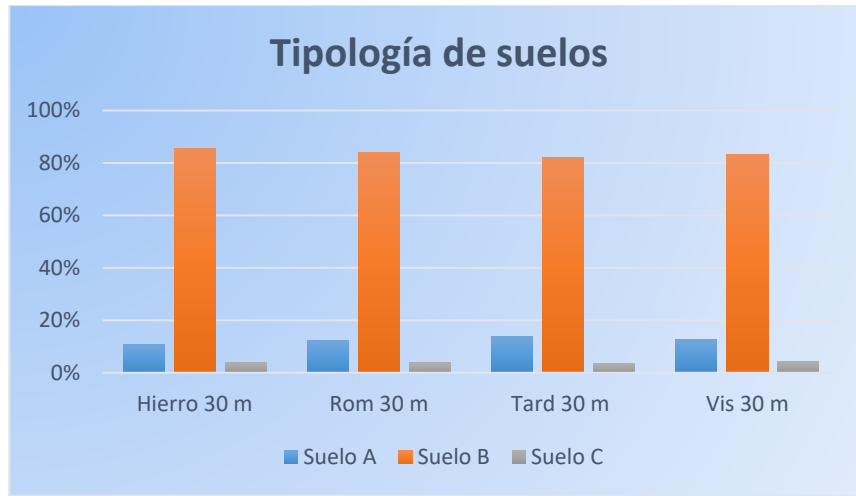


Tabla 7.58: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

Los suelos en la Segunda Edad del Hierro se encuentran mayoritariamente representados por los que presentan capacidades medias (tipo B), tanto en los desplazamientos de corto radio como en los de largo; también se aprecia una ligera preeminencia de los de mayores capacidades (tipo A) sobre los de menores (tipo C), en los más próximos como en los más alejados. Esta distribución se mantiene constante durante todo el período analizado con un ligero incremento de los suelos de mayor capacidad (tipo A) en los más cercanos, mientras disminuyen ligeramente en los suelos más alejados. En cuanto a los suelos con menores capacidades (tipo C) se mantienen aproximadamente constantes en los más cercanos, mientras que en los lejanos se aprecia un ligero incremento durante el período analizado (tabla 7.58 y 7.59).

Durante la Segunda Edad del Hierro en esta zona se aprecia un poblamiento de cierta importancia, que se contrapone netamente a las zonas adyacentes del piedemonte serrano, donde el poblamiento es escaso. Mayoritariamente se sitúa en las vegas de los principales cursos fluviales. Se observa una zona completamente despoblada situada en el curso medio y alto del río Manzanares y del Guadarrama que respondería a la existencia de una amplia masa boscosa de la que aún nos restan algunos topónimos (Fuentes, 2000).

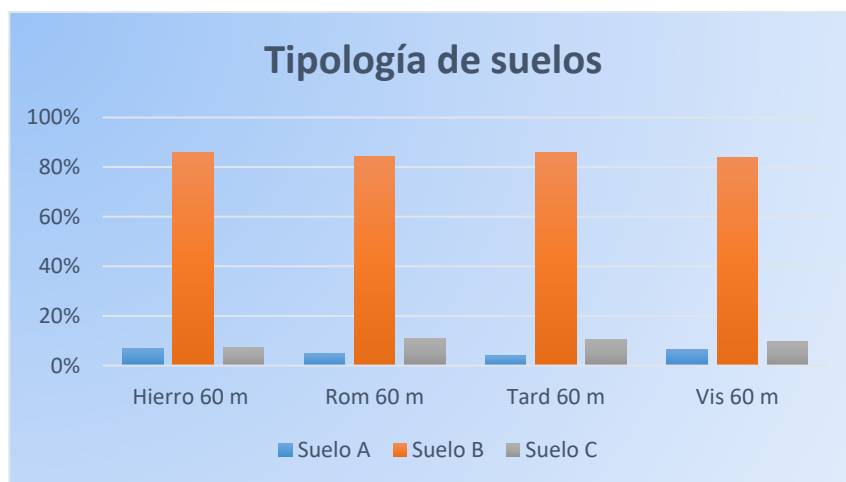


Tabla 7.59: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.

Los centros rectores de estos momentos se encuentran en lugares destacados del territorio, desde donde organizan amplios territorios alrededor de ellos. Por otro lado, al igual que en la situada al sur de esta, destaca la existencia de pequeñas granjas abiertas en zonas llanas, dependientes de los centros anteriores. Es un territorio en el que la jerarquización del hábitat se produjo muy tardíamente, con respecto a otras áreas próximas (Blasco y Lucas, 2000: 184-185).

Al igual que sucedió en muchos territorios europeos, a finales de la Edad del Hierro, se aprecia una concentración de la población en alrededor de lugares que serán los centros que organizarán el territorio (Cunliffe y Roewlwy, 1976; Collis, 1984; Almagro Gorbea, 1994). De este modo, los momentos de crisis política o económica motivan la ocupación de zonas fácilmente defendibles, cerros o espolones; en este territorio, la llegada de los cartaginenses en el siglo III y la llegada de los romanos en el II a.C. motivó la ocupación de estos lugares hasta que tras la finalización del conflicto sertoriano y la presencia del gobernador de la Ulterior, César, entre 61-60 a.C. motive la reorganización del territorio, que supuso el fin del modelo prerromano y la creación de nuevos asentamientos que sirvieran de organizadores a nivel territorial (Lorrio, 2012: 234). Estos contactos también tuvieron su reflejo a nivel urbanístico con una aceleración de los procesos que ya se venían gestando anteriormente.

Este esquema se percibe claramente en este territorio, donde previamente a la llegada de los romanos el poblamiento se organiza a través de varios *oppida*, *Fuente de la Mora*, *La Gavia* y *San Juan del Viso*, alrededor de los cuales se localizan numerosas granjas que explotan los recursos de las vegas de los cursos fluviales, mayormente de carácter secundario, y en muchos casos en los que se documenta la práctica ganadera (Valiente,



1987), se relacionarían con los pastos serranos. Estos grandes centros también serán lugares de gran importancia a nivel productivo, sobre todo en relación con ciertos tipos de artesanado y con el control de las materias primas (Contreras y otros, 2014: 115).

En el entorno del cerro de *San Juan del Viso*, se concentran gran cantidad de pequeños asentamientos, algunos de cierta importancia como *El Llano de la Horca* (Santorcaz), el cerro de *Ecce Homo* (Alcalá de Henares) o *Salto del Cura* (Villalbilla). En este cerro de fácil defensa se concentraría parte de la población con la llegada romana, sirviendo de referencia a los poblados del entorno (Azcárraga, 2014: 439). Estos grandes asentamientos a nivel territorial se encontraban relativamente separados entre sí, oscilando entre los 8 km que separaban *Fuente la Mora* y el *Cerro de la Gavia* o los más de 25 km que había entre estos y *San Juan del Viso*.

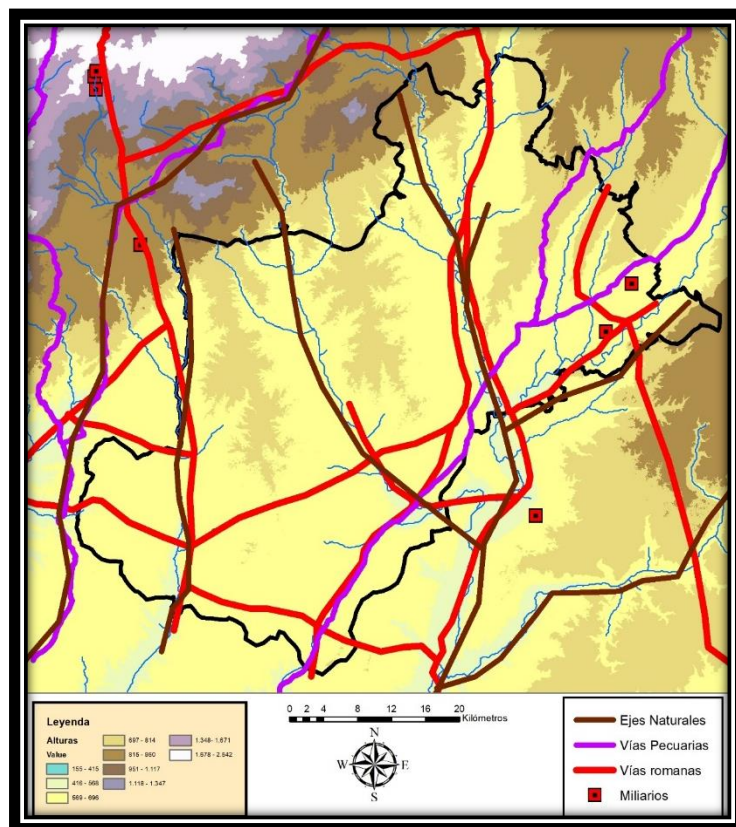


Figura 7.93: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.

La conquista de este territorio muestra un proceso relativamente rápido y sin grandes complicaciones y a unas gentes que al menos desde mediados del siglo II a.C. estuvieron bajo el control militar romano (Azcárraga, 2014: 437). Como decíamos anteriormente, tras la finalización de la revuelta sertoriana, en los momentos finales de la República, asistimos a una reorganización del poblamiento que motivó el abandono de muchos de los lugares de la anterior etapa. Este cambio lo percibimos a través de la

presencia de la cerámica campaniense en algunos de los asentamientos, lugares como *Fuente de la Mora* y *Camino de la Moraleja*, sirven para rellenar este momento de transición, también los numerosos lugares en los que se sigue utilizando la cerámica de tipología celtibérica, que se mantendrá en uso más allá del cambio de Era.

Un asentamiento que pudo tener cierta importancia desde el punto de vista militar pudo ser *El Llano de la Horca*, lugar en el que pudo recalar una unidad militar que debió jugar un importante papel en la temprana romanización del territorio (Azcárraga, 2015), no debemos olvidar que los romanos emplearon la Carpetania como lugar de hibernación y preparación para las siguientes campañas (Mangas, 2014: 414). Como lugar de hábitat debió ir languideciendo al mismo tiempo que *San Juan* adquiría mayor importancia hasta ser abandonado antes del cambio de Era.

En esta zona tenemos constancia de la existencia de varios ejes naturales que recorren la zona siguiendo los cursos de los principales ríos que la recorren. De este modo, debió existir un eje que recorriera de norte a sur la vega del Guadarrama (figura 7.93); otro que recorriera aproximadamente el curso del Manzanares, desde las zonas serranas hacia su unión con el Jarama. Otro recorrería el territorio de norte a sur en las proximidades del curso del Jarama, hasta su unión con otro eje que discurriría, de este a oeste, junto al cauce del Henares.

En cuanto a las vías pecuarias, esta zona es recorrida en diagonal, con dirección noreste suroeste por la Cañada Real Riojana o Galiana, que con dos ramales diferentes proviene de la zona de Guadalajara. Ambos ramales, se unen entre el río Torote y Jarama, tras atravesar este último y el río Manzanares, la vía abandona la zona por Torrejón de Velasco.

Las vías romanas que articularían el territorio vendrían ordenadas por la situación de *Complutum*, ciudad desde la que llegarían o partirían vías que la comunicarían con otras *civitas* próximas, como Toledo, que continuaría hacia *Caesaraugusta*, y la que en dirección norte la comunicaría por la vega del Jarama a través de Somosierra con *Confluenta*. Desde ellas partirían otros ramales secundarios o terciarios que enlazarían unas vías con otras.

En este territorio han perdurado algunos topónimos prerromanos, entre los que podemos citar: Talamanca, Compluto, Aravaca o Leganés, todos ellos documentados en zonas en la que aparecen asentamientos de esta cronología, y permiten suponer una pervivencia de las poblaciones que los utilizaron.

Como venimos comentando, la reorganización de la zona al sur del Sistema Central supuso que *Complutum* comience a tomar importancia y a ejercer su jerarquía sobre el territorio, aprovechándose del declive o abandono de otros asentamientos próximos (Baquedano y otros, 2007; Contreras y otros, 2014). Esta cabecera de *civitas* surgirá en primer lugar en el alto, en el asentamiento de *San Juan del Viso*, de gran importancia ya en el momento previo convirtiéndose en centro político y administrativo del entorno. En un momento anterior a mediados del siglo I d.C. comenzó el desmantelamiento de la ciudad en el alto, trasladándose casi por completo al llano; el antiguo asentamiento fue paulatinamente abandonado hasta quedar prácticamente desocupado en los años 60 d.C. (Azcárraga, 2014: 440). *Complutum* será desde ese momento una de las más importantes ciudades del entorno meseteño. Llama la atención que una ciudad construida *ex novo*, plenamente urbanizada, se trasladó casi por completo al llano, y no se mantuvo ocupada, como sucede en otros casos (Azcárraga, 2014: 441; Azcárraga y Ruiz, 2012-2013). En este cerro se construyó el primer teatro documentado en la zona centro-septentrional de la Carpetania, con la importancia que ello tendría a nivel sociopolítico (Rodríguez, 2004: 306), lo que equipararía esta zona del interior con las zonas que habían sido romanizadas más tempranamente (Azcárraga, 2014: 443).

En las proximidades de *Complutum*, y en la vega del Henares se articulan una serie de asentamientos que explotan sus vegas; a espacios aproximadamente regulares se sitúan varias villas que, por su cercanía a la ciudad, menos de 10 km debemos suponer suburbanas; a pesar de lo cual alrededor de ellas, y dependientes de estas o de *Complutum* se sitúan asentamientos. En la vega del Jarama se repite la situación, son varias las villas situada junto al río, con la excepción de la situada en Fuente el Saz, que se encuentra algo más alejada. Al igual que sucede con otras villas, estos asentamientos se rodean de otros de pequeñas dimensiones sobre los que ejercerían un cierto control.

De igual modo sucede en la vega del Manzanares y Guadarrama; en el caso del primero las villas se distribuyen en su curso medio y bajo, situándose con una distancia aproximada entre ellas de 6 a 8 km; en el Guadarrama la distancia oscila algo más entre los 5 y 10 km, debemos suponer que todas ellas organizaban los territorios alrededor suyo explotando los recursos que permitía el medio, mientras unas tendrían una mayor orientación a la explotación cerealística, las situadas más al norte tendrían mejores accesos a la enorme masa boscosa que allí se situaba y a los recursos del piedemonte serrano, necesarios para todas en los momentos de mayor sequía. Estas villas se sitúan próximas al discurrir de alguna de las diferentes vías que recorre el territorio, tanto las de mayor

importancia como la XXIV, como las hipotéticas de segundo y tercer orden que lo articularían.

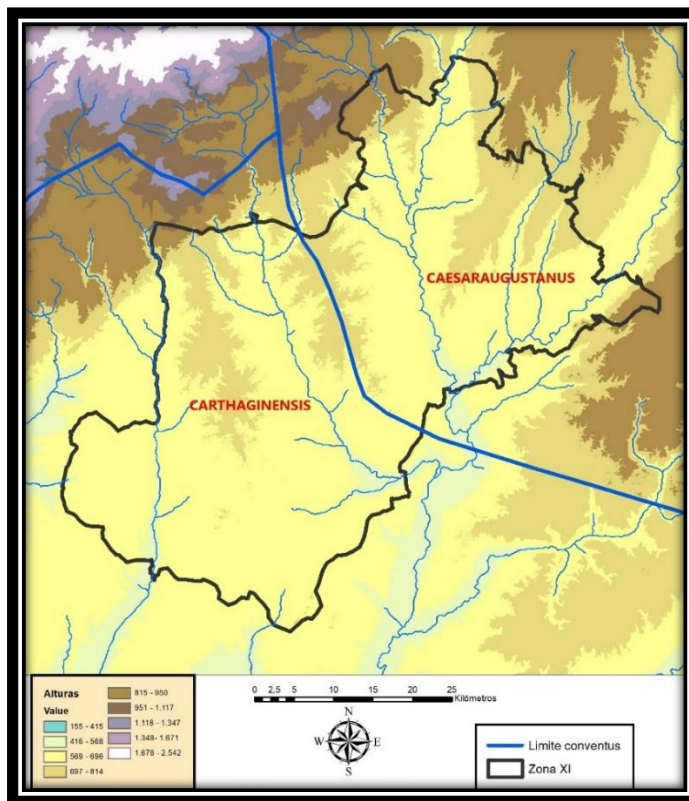


Figura 7.94: Límites conventuales en época romana.

Este territorio se encontraba dentro de la provincia romana *Carthaginense* y posiblemente estaría repartido entre dos *conventus*, cuya línea de separación debería discurrir por la línea divisoria entre las cuencas de los ríos Manzanares y Jarama. De este modo, el área situada más a occidente sería el *conventus Carthaginensis* y debía depender de la ciudad de Toledo, mientras que la oriental estaría en el *conventus Caesaraugustanus* y dependería de *Complutum* (figura 7.94). En el área sur de este territorio se sitúa próxima la importante villa bajoimperial de Carranque, aunque ya fuera del área de estudio.

La posible vía de comunicación de época romana discurriría en un trazado norte-sur por la vega del río Guadarrama. Afluente de este es el arroyo de Los Combos, cuyas vegas se pueblan de numerosos asentamientos con cronología altoimperial, la gran mayoría de los cuales desaparecerían englobados

Las inscripciones que aparecen en esta zona se distribuyen por gran parte del territorio, con una importante concentración en la ciudad complutense, seguida de las localizadas en Madrid. La gran mayoría de ellas se relaciona con la proximidad de las villas documentadas, siendo muy escasas las que no siguen esta premisa y quizás se trate de

inscripciones desplazadas de su emplazamiento original. Son pocas las que se relacionan con la onomástica indígena y menos todavía las que presentan grupos de parentesco. En esta situación, si no tenemos en cuenta las documentadas en la ciudad complutense, a medida que nos alejamos hacia el este son cada vez más escasas esas influencias, lo que sumado a la inexistencia de figuras zoomorfas parece que la influencia céltica tenía poco peso en la zona, por otra parte, bastante lógico. Por el contrario, vemos que los territorios situados en el piedemonte serrano una vinculación mayor con las comunidades situadas al otro lado del Sistema Central.

Como en otras zonas próximas durante la etapa tardorromana se apreciaba una reducción de la cantidad de asentamientos, debemos suponer una concentración de la población en menor número de lugares.

Durante esta época la *civitas* complutense continuó rigiendo un importante territorio alrededor suyo, gestionando una importante zona de la vega del Henares donde se documenta la presencia de villas suburbanas de gran importancia junto con numerosas necrópolis y lugares de transformación de materias primas. Pese a la clara contracción de su empuje continuó siendo un referente a nivel territorial; el enterramiento de los santos niños, y su situación como sede obispal hizo que se mantuviera como referente a nivel religioso de gran parte del territorio. Sin embargo, las vegas del Torote y Camarmilla parecen haberse despoblado; concentrándose el poblamiento en la zona más oriental en las cuencas del Henares y Jarama. En ambas vegas se mantiene la distribución de las villas, incrementándose la distancia existente entre ellas sobre todo en la vega del Jarama, lo que podría indicar que han ampliado sus respectivos territorios, en los que persisten pequeños asentamientos posiblemente dependientes de estas.

La zona situada en cauce alto del Manzanares continúa despoblada, debemos suponer que la zona boscosa existente continuaba manteniéndose al margen del poblamiento; su situación en los confines de varios territorios de ciudades apoyaba esta situación. Por el contrario, en la zona occidental los asentamientos se distribuyen de diferente manera; mientras que en la vega del Guadarrama los asentamientos se ciñen a su discurrir, no ocurre lo mismo en la del Manzanares donde su distribución es más irregular.

Como en otros territorios próximos, a partir de finales del siglo IV o principios del V, el sistema vilicario comienza a diluirse, parte de sus instalaciones son reocupadas con necrópolis o con otras estructuras habitacionales a base de elementos precederos y silos.

Propios de época romana se han conservado algunos, escasos topónimos como Cobeña o Parla ambos situados en zonas densamente pobladas con asentamientos propios de estas épocas.

Durante la época visigoda se continúa con las tendencias mostradas en esta última fase. A pesar de que los asentamientos son en gran parte de nueva planta, no así su distribución, que en gran medida continúa con la del momento anterior. Alrededor de la ciudad complutense se localizan un buen número de necrópolis, alguna de ellas con importantes números de inhumados, que hablan de la importancia residual que mantuvo durante esta época.

El poblamiento en la vega del Henares se mantiene con la densidad anterior, a base de pequeñas granjas; aparecen algunos asentamientos en el Torote y Camarmilla anteriormente despoblados. La vega del Jarama se puebla con pequeñas granjas, algunas de mayor entidad, como parece ser El Soto, donde la necrópolis, de larga duración, presenta algunos elementos, sobre todo en los primeros momentos que hablan de la calidad de algunas de las personas allí enterradas.

Dentro de estos asentamientos son muy comunes las estructuras de fondo rehundido, de muy diferentes tipologías, siendo esta una de las zonas en las que más se documentan, posiblemente por el tipo de investigación arqueológica realizada. En esta zona se localizan numerosos lugares en los que aparecen entre otros en *Gózquez* (s. Martín de la Vega), *Loranca* (Fuenlabrada), *Indiana* (Pinto), *Pelicano* (Arroyomolinos), *La Huelga* (Barajas), *Encadenado* (Barajas), *Las Charcas* (Barajas), *Prado de los Galápagos* (S. Sebastián de los Reyes), *El Guijo* y *El Bajo del Cercado* (Barajas), *La Recomba* (Getafe), *Frontera de Portugal* (Barajas), *Monte de la Villa* (Villaviciosa de Odón), *Las Debesillas* (Parla), *Fuente de la Mora* (Leganés), *Camino de Santiago* (Madrid), *Casas de Baezuela* II y III (S. Fernando de Henares), *Abijones* (Vicálvaro), *Valdetorres de Jarama* (Madrid) o *El Esparragal* (Pinto) (Tejerizo, 2014: 218). En este amplio elenco de lugares casi todas las tipologías posibles aparecen representadas. En la gran mayoría de los casos son estructuras simples a partir de una fosa excavada; sin embargo, en *Gózquez* aparecen algunas más complejas formadas a partir de varias simples adosadas, y donde se aprecia en alguna cierta pervivencia en el tiempo, algo que ya se suponía en otros contextos (Hamerow, 2012: 36). En varias de las estructuras se relacionan los derrumbes de la cubrición realizadas en tejas como *Frontera de Portugal* (Sánchez, 1999) o *El Pelicano* (Vigil-Escalera, 2013: 189)

No parece que hayan permanecido en esta zona restos de la toponimia germánica, que sin duda hubo.

Son escasas las informaciones sobre restos polínicos que tenemos documentados, pero los que conocemos como en *El Rasillo* (Barajas), con una cronología situada entre mediados del siglo IV y la primera mitad siglo V, hablan de un paisaje muy deforestado, en el que dominan las formaciones de gramíneas, revelando una intensa actividad relacionada con la explotación ganadera y la cerealística (Vigil-Escalera, 2003). Del mismo modo, con una cronología algo posterior, entre los siglos V y VIII, recogidos en *El Soto/Encadenado* (Barajas), y en el *Pelicano*<sup>283</sup> han permitido reconocer un paisaje de dehesa formado por un bosque de encinas con escasos arbustos, donde destaca la presencia de gramíneas, mostrando la presencia de una importante cabaña ganadera, que complementaría el cultivo de cereales (Vigil-Escalera, 2003; López y otros, 2010).

Es esta zona una de las zonas en la que más asentamientos conocemos en estas épocas cronológicas, en parte fruto del poblamiento que hubo en su momento, pero también de la gran cantidad de estudios realizados en la misma. Un territorio condicionado por la situación de la ciudad de *Complutum*, que desde la época romana debió organizar este territorio, en el que creemos que desechó la consideración de zona de paso. Una zona donde en la época romana villas y zonas productivas aparecen por todo el territorio, salvo en la cuenca del Manzanares donde la existencia de una importante masa boscosa debió limitar la expansión del poblamiento en la misma. La producción agrícola - cereales, olivo, viñas- fue actividad económica mas destacada en todo el período analizado, pero la ganadería jugó sin duda un papel destacado, en el que las transterminancia estacional en relación con los pastos serranos fue una constante. Las pervivencias indígenas conocidas son escasas, menores a medida que nos alejamos de las zonas serranas. La desarticulación del sistema vilcario motivó la aparición de aldeas y granjas donde el campesinado será el principal organizador del espacio rural.

---

<sup>283</sup> En El Pelicano (Arroyomolinos) se aprecia una situación similar a la anterior, de dehesa, donde la deforestación no ha sido tan intensa como en El Soto



## 7.12. ZONA XII.CUENCA DEL TAJUÑA Y VEGAS

Es esta una zona de amplias zonas llanas, de 2.355,5 km<sup>2</sup> de superficie, que se corresponde con las vegas del Tajuña, Jarama y el Tajo. Se sitúa en la zona de la depresión, cuyos materiales mayoritariamente terciarios están compuestos principalmente por arenas y arcillas, además de algunas zonas de yesos. Estos materiales fueron muy erosionados en el Cuaternario por la acción de las aguas de los principales cursos fluviales como el Henares y el Jarama, dando lugar a una multitud de accidentes. Con una altitud media entorno a los 525 m (Ayala y otros, 1988).

Los principales ríos de la zona son el Jarama, Tajuña y el Tajo. El primero recoge las aguas de la sierra norte madrileña a través de sus afluentes, Manzanares y Guadalix, juntándose con las del Henares y el Tajuña antes de sumarse al Tajo.



*Figura 7.95: Zona de las vegas de Madrid (obtenido en <https://www.google.es/search?q=comarca+de+las+vegas+madrid&tbm>).*

Cuenta con un clima mediterráneo continentalizado; caracterizado por las elevadas oscilaciones térmicas entre estaciones; mientras los inviernos, aunque no son rigurosos, pero sí son fríos con numerosos días con nieblas, mientras que los veranos son largos y calurosos. La una temperatura media anual superior a los 13°C, pudiéndose alcanzar durante el verano más de 40°C mientras que en invierno pueden sobrepasarse los 0°C, donde los meses sin heladas son 5 al año.

Con una precipitación media que oscila entre los 500-600 mm de las zonas más altas a los menos de 400 de las más deprimidas. Las precipitaciones se caracterizan por su estacionalidad y su irregularidad (Ordenación, 2007). Se caracteriza por su utilización agrícola tradicional, siendo desde hace tiempo la huerta de Madrid; en sus suelos se producen entre otros cultivos melones, alcachofas, espárragos o fresas. Como en gran parte

de la Comunidad madrileña son numerosísimas las fábricas y otras actividades industriales asentadas en esta zona, mayoritariamente dedicadas al sector terciario.

Nos encontramos con un total de 245 registros en esta zona, que podemos distribuir de la siguiente manera.

### 7.12.1. La II Edad del Hierro

#### 7.12.1.1. Los asentamientos durante el Hierro II

Esta es la zona que cuenta con el poblamiento más denso durante la Segunda Edad del Hierro de todas las analizadas. En ella se distribuye de la siguiente forma:

En la vega del Henares, en relación con los de la zona adyacente destacan dentro del conjunto, *Quintano Bajo* (Rivas Vaciamadrid) un asentamiento de épocas anteriores, donde se documentan en esta, dos hoyos de planta circular y fondo cóncavo arrasados (cabañas??), junto a fragmentos cerámicos de tipo celtibérico. En *El Llano de la Horca* (Santorcaz) un castro situado en la ladera y alto de un cerro, con un importante urbanismo donde se aprecian varias manzanas de viviendas y calles, de casas rectangulares con estancias interiores, ocupado entre el siglo II y el primer tercio del I a.C.

En la vega del río Manzanares se encuentra *Miralrío* (Rivas Vaciamadrid), ya en la vega del Manzanares en su unión con el Jarama, donde se documenta urbanismo regular con muros rectilíneos y zócalos de mampuesto en caliza, con estructuras compartimentadas. El yacimiento de *Laguna del Campillo* (Rivas-Vaciamadrid) se encuentra ubicado en la margen derecha del río Jarama, a escasa distancia de la desembocadura del río Manzanares en este curso fluvial; por tanto, en una de las vías de comunicación natural más importantes del centro peninsular, cuyo abandono debemos poner en relación con la presencia romana en la zona (Penedo y otros, 2009: 262). En *Arenero Arriaga* (Rivas Vaciamadrid), en terraza, se documentan estructuras negativas, posibles cabañas y abundante material cerámico de tipología celtibérica. En *El Pronunciado* (Rivas Vaciamadrid), se aprecian estructuras en forma circular con fábrica de piedras calizas unidas con argamasa y cerámicas de tipo celtibérico.

En las vegas del Jarama, en Valdemoro se concentra un conjunto de pequeños asentamientos (*El Colegio*, *El Caracol*, *Los Yesares* y *Casa de los Curas*) en los que se documentan fondos de cabaña junto con abundantes piedras y tejas, además de fragmentos cerámicos típicos celtibéricos. En *Soto del Hinojar* (Aranjuez) situado en una zona elevada,

en la confluencia del Jarama y Tajuña, junto a la Cañada Galiana, se documentan estructuras negativas, cerámicas celtibéricas y campanienses B y C. En *La Maraños* (S. Martín de la Vega), situado en una zona llana, se aprecia un muro de entre uno y dos metros de ancho a base de piedras irregulares y relleno de cascajo, posiblemente con fines defensivos; al interior de este se aprecian restos de algunas estructuras tal vez fondos de cabañas. En *Titulcia*, en la confluencia de los ríos Jarama y Tajuña situado sobre un cerro, donde para esta época la ocupación se centra en la parte más alta del mismo, con estructuras negativas (silos) y restos de una posible estructura defensiva; se documentan restos de cerámicas de tipo celtibérico, común y campaniense.

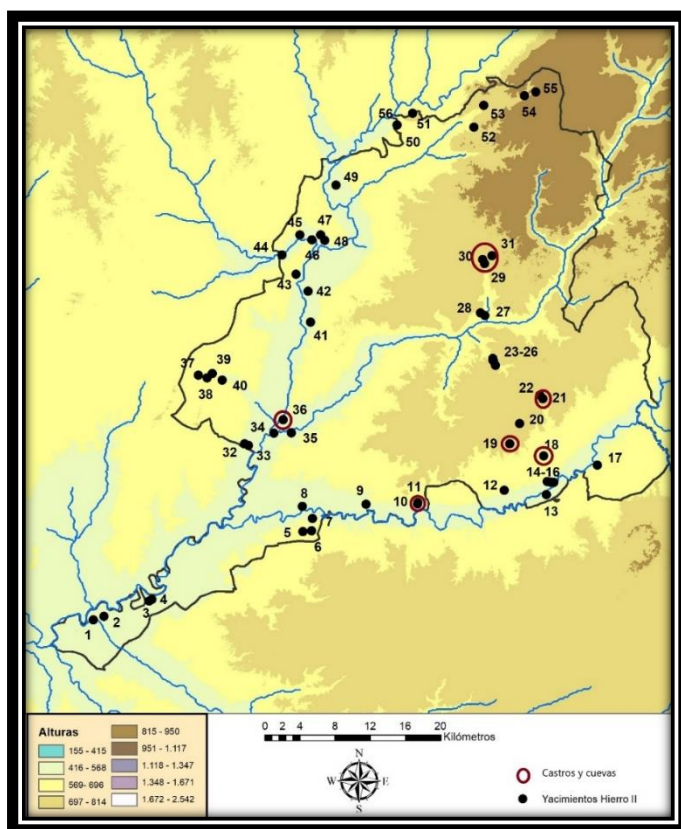


Figura 7.96: Distribución de los yacimientos de época del Hierro II en el área de estudio. Yacimientos: 1. Casa de las Velas (Aranjuez); Vilamejor II (Aranjuez); 3. Castillejo IV (Aranjuez); 4. Castillejo VI (Aranjuez); 5. Revienta Yeguas (Aranjuez); 6. Casa de los Llanos (Aranjuez); 7. Riscos de Sotomayor (Aranjuez); 8. Los Callejones (Aranjuez-Colmenar de Oreja); 9. Valdegato (Colmenar de Oreja); 10. Las Minas (Colmenar de Oreja); 11. Valdelascuevas (Colmenar de Oreja); 12. Cerro Miralbueno (Villamanrique de Tajo); 13. Finca el Castillo (Villamanrique de Tajo); 14. El Bomerón I (Villarejo de Salvanés); 15. Barranco del Molino II (Villarejo de Salvanés); 16. Valdeazarza I (Villarejo de Salvanés); 17. Castillo de la Alarilla (Fuentidueña de Tajo); 18. Cerro de la Cárcava (Villarejo de Salvanés); 19. Dornajo (Villarejo de Salvanés); 20. Majada Manuel (Villarejo de Salvanés); 21. Santa María (Villarejo de Salvanés); 22. Cañada Honda (Villarejo de Salvanés); 23. Fuente Cadenas (Villarejo de Salvanés); 24. Valdecañas 2 (Tielmes); 25. La Solapa (Tielmes); 26. Camino de Valdecañas (Tielmes); 27. Puente Salobre (Tielmes); 28. La Tacares (Tielmes); 29. El Castillejo 5 (Valdilecha); 30. Arenal (Valdilecha); 31. El Sombrero del Cura (Valdilecha); 32. Fuerbejar 1 (Ciempozuelos); 33. Fuerbejar 2 (Ciempozuelos); 34. Soto del Hinojar (Aranjuez); 35. La Encomienda (Titulcia); 36. Casco Histórico de Titulcia (Titulcia); 37. El Colegio (Valdemoro); 38. El Caracol (Valdemoro); 39. Los Yesares (Valdemoro); 40. Casa de los Curas (Valdemoro); 41. Finca de los Basilios (S. Martín de la Vega); 42. Casa de

*Venezuela (S. Martín de la Vega); 43. La Maraños (S. Martín de la Vega); 44. Arenero de Arriaga (Rivas Vaciamadrid); 45. Casa Eulogio (Rivas Vaciamadrid); 46. El Pronunciado (Rivas Vaciamadrid); 47. La Deseada (Rivas Vaciamadrid); 48. Miralrío (Rivas Vaciamadrid); 49. Quintano Bajo (Rivas Vaciamadrid); 50. Las Terreras (Torres de la Alameda); 51. San Juan del Viso 2 (Villalbilla); 52. Los Bordes I (Villalbilla); 53. La Piojosa (Anchuelo); 54. Entre los km 13-14 (Santorcaz); 55. Zona Arqueológica del Llano de la Horca (Santorcaz); 56. El Camino (Torres de la Alameda).*

En la vega del Tajuña son varios los asentamientos documentado en Tielmes (*Valdecañas 2, La Solapa, Camino de Valdecañas, Puente Salobre y La Tacares*), en los que no se documentan restos constructivos, pero sí estructuras negativas, posibles fondos de cabaña, además de cerámicas tipo celtibérico. En *El Castillejo 5* (Valdilecha) se trata de un castro, con un potente amurallamiento de entre 5 y 7 m de ancho del que se conservan unos 100 m de longitud, junto al que se documentan posibles fosos. *Arenal* (Valdilecha) un asentamiento con defensas naturales y un posible foso donde se documentan abundantes cerámicas de tipo celtibérico. *El Sombrero del Cura* (Valdilecha), un castro con foso y una torre que se asienta sobre una base de unos 10 m de ancho, de mampostería de caliza en seco. No se conservan restos constructivos si numerosos fragmentos cerámicos. En *Santa María* (Villarejo de Salvanés) encontramos un castro carpetano con un sistema defensivo compuesto por tres recintos amurallados y una necrópolis de incineración en urnas entre los siglos IV y I a.C. Se documentan numerosos fragmentos cerámicos entre ellos de tipología celtibérica y ática de barniz negro y rojo. En *Dornajo* (Villarejo de Salvanés), un cerro amesetado de gran extensión, y que podría estar defendido por una muralla. En *Cerro de la Cárcava* (Villarejo de Salvanés) en un espolón sobre un arroyo, en la zona menos defendida del espolón se observa la existencia de un doble foso excavado en la roca yesífera; es abundante la cerámica a mano, mientras es escasa a torno.

En esta zona de Villarejo de Salvanés son numerosos los asentamientos con esta cronología, sin restos constructivos, pero en los que se aprecian abundantes restos cerámicos. Se localizan en las terrazas y vegas del río.

En la vega del Tajo se documentan asentamientos como *Riscos de Sotomayor* (Aranjuez), en la cima de un cerro testigo, donde se documentan restos cerámicos de tipología celtibérica, y campaniense. *Los Callejones* (Aranjuez), situado en un llano, se documentan estructuras negativas y cerámicas de tipología celtibérica. *Valdelascuevas* (Colmenar de Oreja) en una zona de escarpes se presenta un conjunto de 10 cuevas excavadas sobre los yesos del frente del escarpe del río Tajo, a sus pies discurre la Cañada Real de la Carrera; se documentan restos cerámicos a mano y típica celtibérica. *Castillo de Alarilla* (Fuentidueña) situado en una colina donde aparecen cerámicas celtibéricas.

En la vega del Tajo, son varios los asentamientos en llano, junto a la vega del río donde se recuperan cerámicas típicas celtibéricas.

Junto a estos asentamientos destacados se documentan numerosos asentamientos en llano, granjas y aldeas que debieron ser la tipología más frecuente de poblamiento en esta zona, ubicadas en zonas llanas próximas a los cauces fluviales y con eminente carácter agrícola. Sus estructuras se realizan a base de zócalos de piedra sobre los que se elevan paredes en tapial o adobe y en las que no faltan postes de madera que sostienen la techumbre a base de materiales perecederos (Blasco y Alonso, 1985: 52-67; Martín y Walid, 2007: 198-201; Dávila, 2014: 57).

### **7.12.3. La época romana alto/bajoimperial (ss. I-III d.C.)**

#### **7.12.3.1. Los asentamientos**

En gran medida el poblamiento de esta época, a pesar de los cambios en algunos de los asentamientos, continúa con la tendencia general de la etapa anterior.

En la vega del Henares podemos citar *Los Vallejos* (Torres de la Alameda), un pequeño asentamiento en el que se documentan abundantes tejas y cerámicas entre ellas TSH y sudgálica. *San Juan del Viso* (Villalbilla) la originaria *Complutum*, que a mediados del siglo I d.C. es desmontada por completo y sus elementos trasladados al llano. *Los Bordaes I* (Villalbilla) un asentamiento con cronología entre los siglos I y III, donde se documentan dos hornos para la cocción de cerámica, y donde son numerosos sus fragmentos: TSH, celtibérica junto a pesas de telar, pasta vítrea y fragmentos de una espada y de un *pilum*.

En la vega del Jarama cabe destacar *Soto del Hinojar* (Aranjuez) situado en una zona elevada, en la confluencia del Jarama y Tajuña, junto a la Cañada Galiana, donde aparece material romano, campanienses B y C, comunes, TS, molinos de mano y abundantes tejas. *Las Celadas* (Ciempozuelos), posiblemente una villa, con cronología ya del siglo I d.C., con gran cantidad de cerámica y elementos constructivos: restos de elementos en mármol, sillarejos, ladrillos posiblemente procedentes de una estructura termal; entre las cerámicas se documentan: TSH, avellana, celtibérica y común romana. *El Soto del Parral* (Ciempozuelos) asentamientos con abundantes restos constructivos y cerámicos ocupado entre los siglos I y IV. En esta zona se recuperaron 33 sillares extraídos del río fechados entre los siglos I y II pertenecientes a un arco triunfal. Son numerosos los lugares en



Ciempozuelos donde se documenta cerámica la gran mayoría son restos de estructuras que debemos considerar dependientes de la villa o de otros grandes centros.

*El Retamar* (Chinchón) con cronología bajoimperial, se documentan abundantes restos constructivos y un amplio repertorio cerámico: TSH, común, dolias. En esta zona de Chinchón son varios los lugares en los que se documentan únicamente restos cerámicos, a base de TSH que apuntan a una cronología bajoimperial.

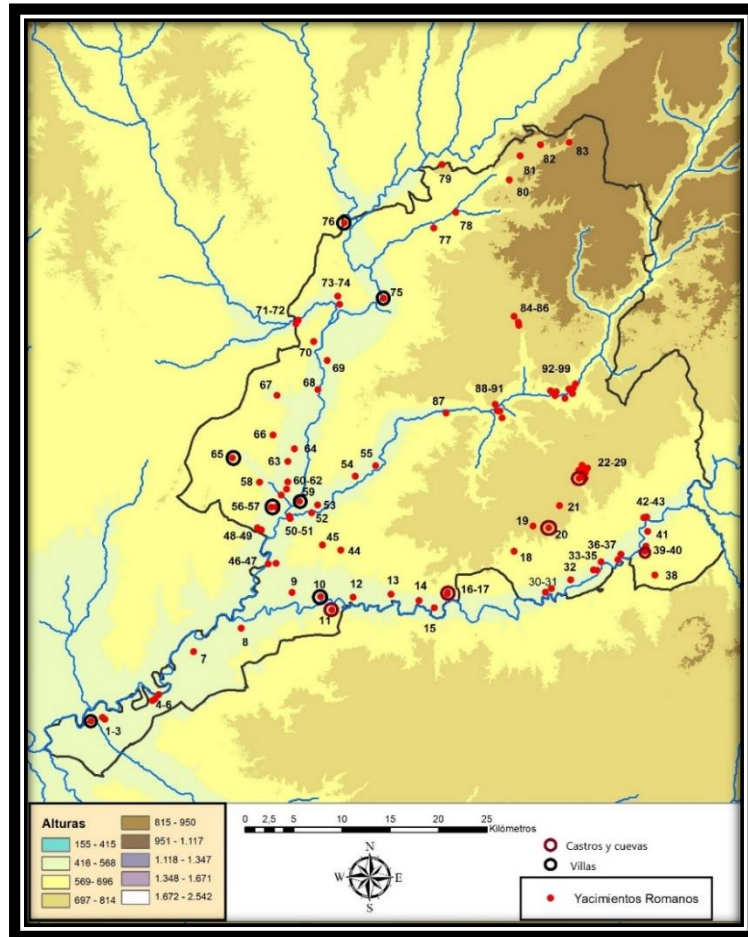


Figura 7.97: Distribución de los yacimientos de época romana (ss. I-III d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Casa de las Velas (Aranjuez); 2. Villamejor II (Aranjuez); 3. Villamejor I (Aranjuez); 4. Castillejo IV (Aranjuez); 5. Castillejo VI (Aranjuez); 6. Casa Canellas (Aranjuez); 7. Casa Manzanera (Aranjuez); 8. La Linterna II (Aranjuez); 9. Vadillo de los Pastores (Aranjuez); 10. Los Callejones (Aranjuez); 11. Riscos de Sotomayor (Aranjuez); 12. Las Berlinas (Colmenar de Oreja); 13. Valdegatos (Colmenar de Oreja); 14. Las Lebreras (Colmenar de Oreja); 15. Al Oeste del Villar (Colmenar de Oreja); 16. Las Minas (Colmenar de Oreja); 17. Valdelascuevas (Colmenar de Oreja); 18. La Encomienda XI (Villarejo de Salvanés); 19. La Robleña I (Villarejo de Salvanés); 20. Dornajo (Villarejo de Salvanés); 21. Majada Manuel (Villarejo de Salvanés); 22. Cañada Honda III (Villarejo de Salvanés); 23. Santa María (Villarejo de Salvanés); 24. Cañada Honda I (Villarejo de Salvanés); 25. Los Carrascales I (Villarejo de Salvanés); 26. Cañada Delgao (Villarejo de Salvanés); 27. Campo de Salvanés IV (Villarejo de Salvanés); 28. Campo de Salvanés II (Villarejo de Salvanés); 29. Campo de Salvanés I (Villarejo de Salvanés); 30. El Santo II (Villamanrique de Tajo); 31. Finca de los Bodegones (Villamanrique de Tajo); 32. Casco histórico de Villamanrique (Villamanrique de Tajo); 33. Barranco del Molino II (Villarejo de Salvanés); 34. Valdeazarza I (Villarejo de Salvanés); 35. Valdepardillo IV (Villarejo de Salvanés); 36. Soto del Parral (Fuentidueña de Tajo); 37. El Chiribín (Fuentidueña de Tajo); 38. Cerro de las Tinajas (Fuentidueña de Tajo); 39. Castillo de la Alarilla (Fuentidueña de Tajo); 40. Las Bonijas 2

(Fuentidueña de Tajo); 41. Moya del Perol (Fuentidueña de Tajo); 42. La Horca I (Fuentidueña de Tajo); 43. La Fuente Chica (Fuentidueña de Tajo); 44. La Era Vieja (Villaconejos); 45. El Raso 2 (Villaconejos); 46. Soto Gordo II (Aranjuez); 47. La Casa del Cerro (Aranjuez); 48. Fuerbejar 1 (Ciempozuelos); 49. Fuerbejar 2 (Ciempozuelos); 50. Las Esperillas IV (Aranjuez); 51. Soto del Hinojar (Aranjuez); 52. Vereda del Montero (Chinchón); 53. La Dehesa (Chinchón); 54. El Retamar (Chinchón); 55. Ermita de S. Galindo (Chinchón); 56. Canto de las Monjas (Ciempozuelos); 57. Las Celadas (Ciempozuelos); 58. Casco histórico de Ciempozuelos (Ciempozuelos); 59. Casco histórico de Titulcia (Titulcia); 60. El Barco (Ciempozuelos); 61. Los Carrizales (Ciempozuelos); 62. La Bolan (Ciempozuelos); 63. El Chocolate (Ciempozuelos); 64. El Soto del Parral (Ciempozuelos); 65. Casa de los Curas (Valdemoro); 66. Arroyo de las Espartinas (S. Martín de la Vega/Valdemoro); 67. Finca de Góñez de Arriba (S. Martín de la Vega); 68. La Viña (S. Martín de la Vega); 69. Casa de Venezuela (S. Martín de la Vega); 70. La Maraños (S. Martín de la Vega); 71. Camino de Aldehuela (S. Martín de la Vega); 72. Arenero de Arriaga (Rivas Vaciamadrid); 73. Casa de la Deseada (Rivas Vaciamadrid); 74. Casa Doña Blanca (Rivas Vaciamadrid); 75. Valdocarros (Arganda del Rey); 76. El Negrlejo (Rivas Vaciamadrid); 77. Las Peñuelas (Loeches); 78. Los Vallejos (Torres de la Alameda); 79. San Juan del Viso 2 (Villalbilla); 80. Los Bordes I (Villalbilla); 81. La Piojosa (Anchuelo); 82. Cañaveral 1 (Anchuelo); 83. Al pie del Cerro de la Cuesta (Santorcas); 84. La Cañada (Valdilecha); 85. Llanillo (Valdilecha); 86. Arenal (Valdilecha); 87. El Bosque (Perales de Tajuña); 88. Vega de las Cuevas 2 (Perales de Tajuña); 89. Las Canteras 5 (Perales de Tajuña); 90. Las Canteras 6 (Perales de Tajuña); 91. El Cornalga (Perales de Tajuña); 92. El Bache 2 (Carabaña); 93. El Pan Bendito (Carabaña); 94. Tierra Esquerra (Carabaña); 95. La Copa (Carabaña); 96. La Linde 2 (Carabaña); 97. Camino de Tielmes 4; 98. La Venta (Carabaña); 99. Santa Lucía (Carabaña).

*El Negrlejo* (Rivas Vaciamadrid), posiblemente se trata de una villa con cronología bajoimperial pero que se encuentra muy arrasada, en ella se documenta TSH, aretina, campaniense y común. *Casa Doña Blanca* (Rivas Vaciamadrid) restos murarios de tres estructuras con fábrica a base de piedras calizas con gravilla; cerámicas propias del siglo I d.C., alguna campaniense y celtíberas. *Arenero de Arriaga* (Rivas Vaciamadrid) con posibles fondos de cabaña y TSH. Estos yacimientos y otros cercanos, estarían sin duda relacionados con la villa anterior.

*La Maraños* (S. Martín de la Vega) en llano, donde se aprecia un muro de entre uno y dos metros de ancho a base de piedras irregulares y relleno de cascajo, posiblemente con fines defensivos; al interior de este se aprecian restos de algunas estructuras tal vez fondos de cabañas. *Casa de Venezuela* (S. Martín de la Vega), donde se documentan restos constructivos y cerámicos y 5 tumbas de época romana. *Titulcia* (Titulcia) en las partes media y baja del cerro se documenta abundante cerámica romana; en el «Camino de la Vega» se observan restos de una posible villa y próximos a ella se han documentado 3 enterramientos que podrían estar asociados a una necrópolis romana.

*Casa de los Curas* (Valdemoro) se trata de los restos de una villa de época altoimperial sobre abundantes restos de la Edad del Bronce, donde se localizan varias estancias algunas con *opus signinum*. Se documentan estructuras negativas en la *pars* fructuaria, dedicada principalmente a la producción de cereales y tal vez vides u olivos y al procesamiento de materias primas; también hay hornos cerámicos y materiales latericios y junto a ellos restos



de silos, pozas y cabañas semiexcavadas. *Valdocarros* (Arganda) posiblemente una villa bajoimperial en uso entre los siglos II y III con una tumba asociada a base de lajas de caliza. Se documentan restos de muros y sillares, tejas y restos de mármol utilizado como elemento decorativo además de restos de mosaicos.

De igual modo, en la vega del Tajuña, se han incrementado el número de asentamientos. En la zona de Carabaña y Perales de Tajuña son varios los yacimientos en los que se documentan restos cerámicos propios de los siglos I a III, pero sin restos constructivos. *Arenal* (Valdilecha) asentamiento situado sobre un cerro con defensas naturales y un posible foso, reocupado en época bajoimperial. *Santa María* (Villarejo de Salvanés) un castro carpetano que en época romana ha superado el perímetro ocupado anteriormente, se documentan restos de una calle o vía junto con un testar asociado a un horno donde se documentan numerosos restos cerámicos. *Dornajo* (Villarejo de Salvanés), un cerro amesetado de gran extensión, y que podría estar defendido por una muralla, donde se documenta cerámica común romana y TSH. Junto a estos asentamientos, en Villarejo de Salvanés son numerosos los yacimientos de época romana alto y bajoimperial, en los que únicamente se documentan restos cerámicos, en algunos de ellos restos de tejas y en algún caso restos de muros.

En la vega del Tajo a distancias aparentemente regulares se sitúan numerosos asentamientos que buscan explotar las riquezas de sus vegas; *Camino de Aldehuela a Vaciamadrid* se trataría de una necrópolis de inhumación, posiblemente de época bajoimperial, con dos sepulturas rectangulares en ladrillo con tejas planas. *Los Callejones* (Aranjuez), villa en la que se distingue una parte urbana y una fructuaria; se localizó un edificio con muros, restos de un ninfeo, *opus signinum*, un patio con *impluvium* y una habitación con un mosaico. En la parte fructuaria se localizan restos de estancias para la fabricación de vino, prensado y pisado de la uva y un lagar. *Riscos de Sotomayor* (Aranjuez) en un cerro testigo sobre la vega del río se documentan restos de muros con afloramiento de cenizas por toda la parte superior, cerámicas TSH, común romana y campaniense. *Casa de las Velas* (Aranjuez) se trata de un asentamiento para la explotación agropecuaria con abundantes restos cerámicos; también se documentan restos de vidrio, teja y un brazo de una escultura de mármol. *Las Berlinchas* (Colmenar de Oreja) se trata de un asentamiento de época carpetana que permanece ocupado y que a partir del siglo III se transforma en una villa. *Valdelascuevas* (Colmenar de Oreja) en una zona de escarpes se presenta un conjunto de 10 cuevas excavadas sobre los yesos del frente del escarpe del río Tajo, a sus pies discurre la Cañada Real de la Carrera; se documentan restos cerámicos a mano, típica

celtibérica y TSH. *Castillo de Alarilla* (Fuentidueña) situado en una colina donde aparecen cerámicas celtibéricas y apareció una inscripción romana dedicada a *Marco Ulpio Porcio*, fechada en el siglo II o posterior. En esta zona de Fuentidueña del Tajo son numerosos los yacimientos en los que se documentan restos cerámicos, TSH y común romana sin restos constructivos, en muchos se aprecian manchones en el suelo que sugieren la presencia de silos o fondos de cabaña.

### 7.12.3.2. Las inscripciones latinas

En esta zona conocemos 12 lugares donde se documentan inscripciones latinas, Aranjuez 13; Titulcia 3; Ciempozuelos 1; Chinchón 1; Fuentidueña de Tajo 1; Carabaña 2; Villalbilla 1; Torres de la Alameda 3; Mejorada del Campo 1; Rivas Vaciamadrid 1; Arganda 3 y Morata de Tajuña 3. Además de un miliario situado en Arganda del Rey.

En Aranjuez se documentan varias inscripciones; una de ellas es el cipo en caliza dedicado a *Themis*<sup>284</sup>; otra inscripción también de carácter funerario en caliza<sup>285</sup>, con decoración vegetal y guirnalda fechada entre finales del siglo I y principios del II. Otras tres, también de carácter funerario<sup>286</sup> y otra realizada sobre una cerámica<sup>287</sup>. Otra inscripción se trata de un poema funerario en una placa de mármol<sup>288</sup> fechada en el siglo III; el epitafio de *Fidelio*<sup>289</sup> en arenisca, fechado entre los siglos II y III; con la misma cronología el dedicado a *Candida*<sup>290</sup>, sierva de *Caecina Severo*, en caliza y el dedicado a *Iulius Eubodius*<sup>291</sup>, fechada en el siglo II.

En Arganda del Rey, se documentan dos epitafios, uno, desaparecido, dedicado a *D[on]ato(?)*<sup>292</sup>, con decoración de un creciente lunar, fechado entre finales del siglo I y principios del II; y otro dedicado por *Domitio Pothino* a su alumna *Domitia Theodotes*<sup>293</sup>, realizado en una placa en pizarra, fechada en el siglo III; y también una dedicación a la *Ninfas Varcilenianas*<sup>294</sup>, inscripción desaparecida, fechada entre los siglos II y III.

<sup>284</sup> CIL II 3214; CIL II Suppl. p. 947 add. p. XLV; Alföldy, 1987: 257-258, n° 11.

<sup>285</sup> ILMadriD 0058; HEp 11, 2001, 324.

<sup>286</sup> CIL II 3071b; HEp 4, 1994, 529b; CIL II 4976,31; HEp 10, 2000, 372.

<sup>287</sup> HEp 6, 1996, 641; HEp 10, 2000, 373.

<sup>288</sup> CIL II 3071; LICS 206; HEp 4, 1994, 529; ILMadriD 57.

<sup>289</sup> AE 1988, 827; LICS 204; HEp 1, 1989, 465; HEp 4, 1994, 528; ILMadriD 56.

<sup>290</sup> AE 1988, 828; HEp 1, 1989, 466; LICS 205; ILMadriD 55.

<sup>291</sup> AE 1988, 826; HEp 1, 1989, 464; LICS 205; ILMadriD 54.

<sup>292</sup> CIL II 6338bb; ILMadriD 109.

<sup>293</sup> ILMadriD 110; HEp 4, 1994, 530.

<sup>294</sup> CIL II 3067; ILMadriD 108.

En Carabaña, sabemos de dos inscripciones, una desaparecida<sup>295</sup>, y otra en la que *Saturnino* realizó un voto por la salud de *Gaio Clodio Quintiliano*<sup>296</sup>, realizada en caliza, fechada en el siglo II. En Chichón, la dedicada por *Aemilus Fausto* para *Emilia Pia*<sup>297</sup>, reutilizada como dintel en una casa, hoy desaparecida, fechada a finales del siglo II.

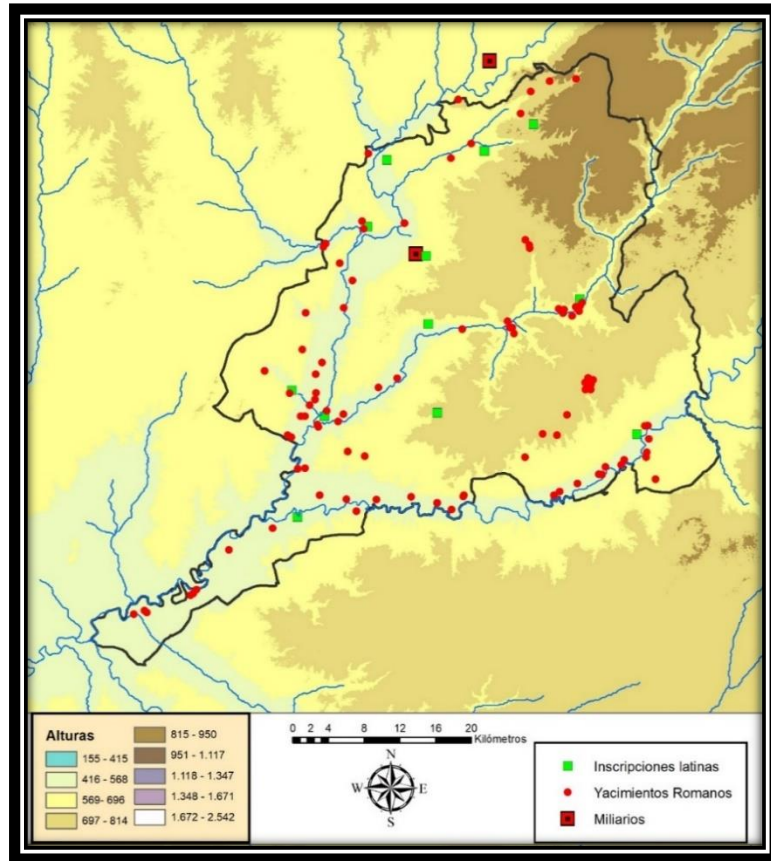


Figura 7.98: Documentos con inscripciones latinas y su relación con los yacimientos de época romana alto/bajo imperial.

Inscrita a Ciempozuelos, pero localizada en Titulcia, se encuentra la inscripción monumental, fragmentada, dedicada a *Sexto Prisco*<sup>298</sup> de la tribu *Quirina*, realizada en arenisca, perteneciente a un gran monumento funerario, fechada en la primera mitad del siglo II. Otras tres se documentan en Titulcia, una un altar cuyo epígrafe está completamente perdido<sup>299</sup>, en granito; el epitafio de *Acilia Anneza*<sup>300</sup> y su familia, realizada

<sup>295</sup> LICS 196; ILCAM 64.

<sup>296</sup> CIL II 3068; LICS 197; HEp 4, 1994, 531; ILMadriD 63.

<sup>297</sup> CIL II 3070; ILMadriD 66.

<sup>298</sup> AE 1983, 603; LICS 194; HEp 4, 1994, 532; ILMadriD 67; Stylow, 2004: 209-224; HEp 13, 2003/2004, 450; AE 2004, 805. Esta inscripción muestra a Titulcia como uno de los tres municipios latinos de la comunidad (Abascal, 2017: 118).

<sup>299</sup> HEp 13, 2003/2004, 449.

<sup>300</sup> CIL II 3069; LICS 193; ILMadriD 98.

en mármol, fechada a finales del siglo I; y una doble estela funeraria en arenisca a *Gaius Iulius* y *Iulia Iagena*<sup>301</sup>.

En Fuentidueña de Tajo, desaparecida, se conoce la dedicada a *Marco Ulpio Porcio*<sup>302</sup>, fechada en el siglo II. En Morata de Tajuña, se conocen dos inscripciones de carácter funerario, una a *Minicius*<sup>303</sup> y otra a *Licina*<sup>304</sup>, ambas desaparecidas. Una en Rivas-Vaciamadrid dedicada a la memoria de *Mercuria*<sup>305</sup>, desaparecida, fechada en el siglo II.

Y las tres de carácter funerario de Torres de la Alameda, una dedicada a *Pompeio Dono*<sup>306</sup> por su hija *Pompeia Sparsillina*, desaparecida, fechada en el siglo II o III; la también desaparecida a *Pompeio Eclecto*<sup>307</sup>, su hija *Pompeia Sparsillina*, fechada como la anterior en el siglo II o III y la dedicada a *Domitia Fuscina*<sup>308</sup>, hija de *Fusco*, de los *Mettericos*, un cipo en caliza rematado por un frontón triangular en cuyo centro hay una roseta con una cruz inscrita y en la parte baja una arquería de siete arcos y un creciente lunar con rosetas a ambos lados, se fecha en el siglo II.

En este conjunto de inscripciones, distribuida por todo el territorio destaca la mayoritaria presencia de nombres y onomástica latina, presentando una sociedad que a la altura del siglo II se encuentra plenamente romanizada; únicamente podemos hablar de una inscripción en la que se habla de un grupo de parentesco y en la que aparece decoración de carácter indígena, también bastante escasa en esta zona.

#### 7.12.4. La época tardoantigua (ss. IV-VIII)

##### 7.12.4.1. La época tardorromana (ss. IV-V)

En este momento se percibe una importante disminución del número de asentamientos, desconocemos si por desaparición o por concentración de sus gentes en los que permanecen.

En la vega del Henares son escasos los asentamientos que documentados: *Quintano Bajo* (Mejorada del Campo) se mantiene de época anterior, se documentan 2 sepulturas de

<sup>301</sup> HEp 13, 2003/2004, 448; AE 2004, 806.

<sup>302</sup> CIL II 3072; ILMadriD 71; HEp 4, 1994, 534.

<sup>303</sup> ILMadriD 0085; HEp 6, 1996, 644; AE 1995, 899.

<sup>304</sup> ILMadriD 0086; HEp 6, 1996, 645; AE 1995, 900.

<sup>305</sup> CIL II 3066; ILMadriD 92.

<sup>306</sup> CIL II 3045; ILMadriD 104; HEp 4, 1994, 547.

<sup>307</sup> CIL II 3046; ILMadriD 105; HEp 4, 1994, 548.

<sup>308</sup> CIL II 3044; CIL II 5854; ILMadriD 103.

inhumación, un fondo de cabaña y una estructura subterránea, además de TSHt. En *Cerro de la Cabaña* (Anchuelo) situado en la vega del río junto al Cerro de la Cabaña, se trata de una necrópolis con 23 tumbas expoliadas y otras 12 posiblemente intactas, todas ellas en fosa mediante lajas de caliza.

*Vaciamadrid* (Rivas Vaciamadrid), asentamiento ocupado entre el siglo V y principios del siglo VI, se documentan restos de estructuras murarias, realizados en sillería, elementos de hogares y agujeros de postes; estructuras negativas correspondientes a silos y cabañas rehundidas. Restos cerámicos de TSHt con decoración de círculos concéntricos, piedras de molino de granito y cerámica a torneta imitación de TS.

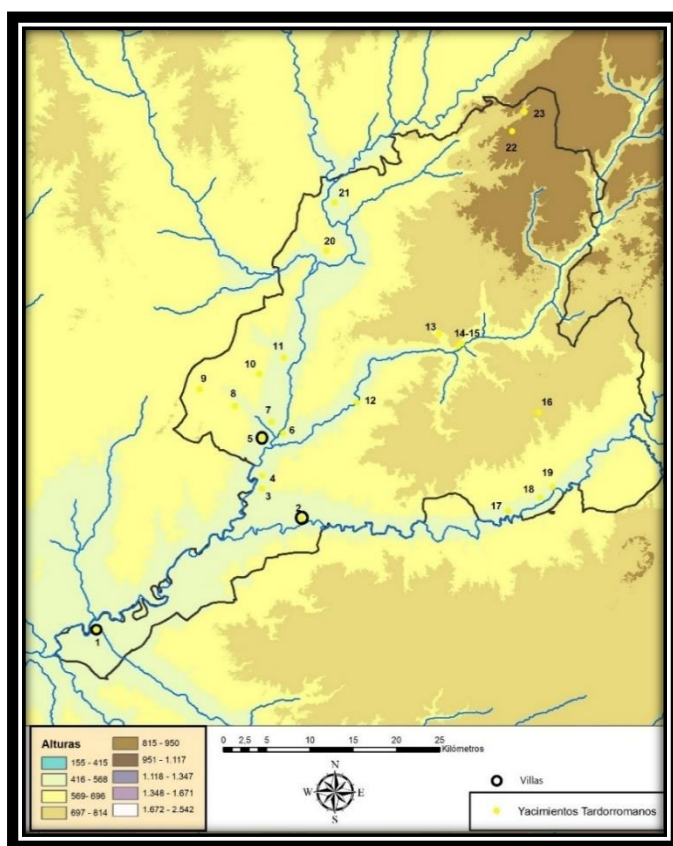


Figura 7.99: Distribución de los yacimientos de época tardorromana (ss. IV-V d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Casa de las Velas (Aranjuez); 2 Los Callejones (Aranjuez); 3. La Casa del Cerro (Aranjuez); 4. Arroyo de las Cárcavas II (Aranjuez); 5. Las Celadas (Ciempozuelos); 6. Casco histórico de Titulcia (Titulcia); 7. Los Carrizales (Ciempozuelos); 8. La Calderona (Ciempozuelos); 9. El Colegio (Valdemoro); 10. Arroyo de las Espartinas (S. Martín de la Vega); 11. Ferrocarril Yacimiento A (S. Martín de la Vega); 12. El Salitral (Chinchón); 13. Casco histórico de Perales de Tajuña (Perales de Tajuña); 14. Vega de la Cueva 2 (Perales de Tajuña); 15. Cantarranas (Tielmes); 16. Santa María (Villarejo de Salvanes); 17. Finca de los Bodegones (Villamanrique de Tajo); 18. El Bomerón III (Villarejo de Salvanes); 19. Valdepardillo IV (Villarejo de Salvanes); 20. Vaciamadrid (Rivas Vaciamadrid); 21. Quintano Bajo (Mejorada del Campo); 22. Cerro de la Cabaña (Anchuelo); 23. Al pie del Cerro de la Cuesta (Santorcaz).

En la vega del Tajuña se localizan *Vega de la Cueva 2* (Perales de Tajuña) donde se documentan restos pertenecientes al siglo IV, con restos de algunos muros, tegulas y TSHt;

y *El Salitral* (Chinchón), situado en un cerro, se documentan retos de muros deteriorados y abundante material cerámico.

En la vega del Jarama, *Las Celadas* (Ciempozuelos) posiblemente una villa, en llano en la vega del río, con una fase tardorromana propia del siglo IV donde se documentan gran cantidad de cerámica en superficie y abundantes restos constructivos: TSHt con decoración a base de grandes círculos y burilada, fragmentos de tégulas, teja plana, ladrillo macizo y sillares de granito. En *La Calderona* (Ciempozuelos), se documentan TSHt y fragmentos de tégulas y abundantes restos óseos que sugieren la existencia de una posible necrópolis. *Ferrocarril Yacimiento A* (S. Martín de la Vega) asentamiento con cronología entre los siglos V y VI superpuesto sobre uno de la Época del Bronce, donde se documentan estructuras negativas de diverso tamaño posiblemente cabañas y silos. Escasos fragmentos cerámicos a torno de pastas naranjas o grises y acabados alisados. *El Colegio* (Valdemoro) asentamiento rural con restos constructivos y cerámicos: TSHt e imitaciones de esta. En la *Ermita de Santiago* (Valdemoro), un posible *vicus* en época altoimperial, que en la fase tardorromana se han documentado dos cubetas que podrían estar relacionadas con la producción de vino o aceite (Sanguino y Borissova, 2012), junto a un horno cerámico (Juan y otros, 2013), con el que también podrían estar relacionadas. También en *Gózquez* (San Martín de la Vega), donde en una de las estancias se ha identificado como una zona de producción de aceite (Vigil-Escalera y Quirós, 2013: 384).

En la vega del Tajo *Los Callejones* (Aranjuez), villa en la que se distingue una parte urbana y una fructuaria; se localizó un edificio con muros, restos de un ninfeo, *opus signinum*, un patio con *impluvium* y una habitación con un mosaico. En la parte fructuaria se localizan restos de estancias para la fabricación de vino, prensado y pisado de la uva y un lagar. *Carril Toledano 1* (Aranjuez) se documentan cerámicas a torno comunes con decoraciones a peine y acabados engobados, junto a numerosos restos óseo que sugieren la presencia de una necrópolis de época tardorromana o visigoda. En *Santa María* (Villarejo de Salvanés) desconocemos si el alfar continuaba en funcionamiento, pero se documentan TSHt pero en número más escaso que en el momento anterior.

#### **7.12.4.2. La época visigoda (ss. VI-VIII)**

En la época visigoda continúa la tendencia de la época anterior, con la reducción en el número de asentamientos, de manera generalizada. Las zonas donde se localizan los



yacimientos son las mismas en las que se documentaban en la anterior, pese a que muchos sean de nueva planta.

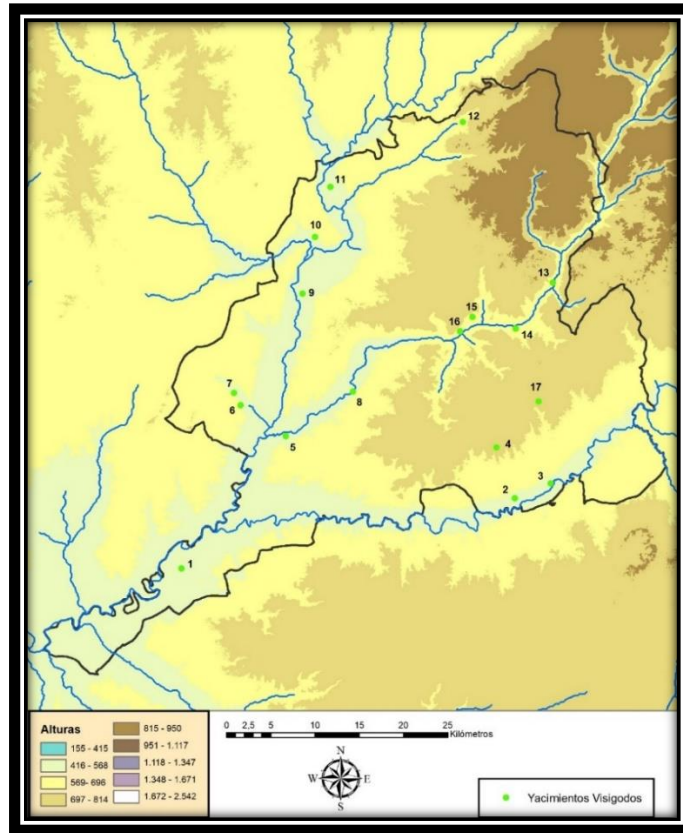


Figura 7.100: Distribución de los yacimientos de época visigoda (ss. VI-VII d.C.) en el área de estudio. Yacimientos: 1. Cacara de las Ranas (Aranjuez); 2. Las Peñas de González (Villamanrique de Tajo); 3. Barranco del Molino (Villarejo de Salvanés); 4. La Robleña III (Villarejo de Salvanés); 5. La Encomienda (Titulcia); 6. Casco histórico de Ciempozuelos (Ciempozuelos); 7. Buzanca I y II (Ciempozuelos); 8. El Salitral (Chinchón); 9. Casas de Venezuela (S. Martín de la Vega); 10. La Deseada (Rivas Vaciamadrid); 11. Quintano Bajo (Mejorada del Campo); 12. El Prado Ancho (Villalbilla); 13. La Tejera 5 (Orusco de Tajuña); 14. Cabeza Gorda (Carabaña); 15. La Tacones 2 (Tielmes); 16. Cantarranas (Tielmes); 17. Santa María (Villarejo de Salvanés).

En la vega del Henares *Quintano Bajo* (Mejorada del Campo) se mantiene de época anterior, se documentan 2 sepulturas de inhumación, un fondo de cabaña y una estructura subterránea. *El Prado Ancho* (Villalbilla), asentamiento en el que se documentan estructuras negativas, sin restos constructivos, con escasos materiales cerámicos típico de época visigoda.

En la vega del Tajuña *La Encomienda* (Titulcia), en una zona alomada en la vega del río con materiales cerámicos y constructivos; *Cantarranas* (Tielmes) situada en un cerrete, se documentan restos de tejas y óseos, correspondientes a tres tumbas y otros tantos agujeros, una a base de lajas de yesos y otra de bloques calizos. *La Tacones 2* (Tielmes) donde se conoce la existencia de dos o tres tumbas destruidas. *Cabeza Gorda* (Carabaña), situado en



terrazza sobre la vega del río, se trata de una necrópolis de inhumación, fechada en el siglo VII, con una posible aldea asociada. Se documentan entre 60 y 70 sepulturas de forma trapezoidal y cubiertas de lajas de yeso y caliza; también piedras de molino, tejas y bloques de caliza sin trabajar. *La Tejera 5* (Orusco de Tajuña) se documentan silos con materiales cerámicos de época visigoda.

En la vega del Jarama, *Buzanca I y II* (Ciempozuelos), con una cronología entre la segunda mitad del siglo V y el VI, se trata de una aldea en la que se documentan un total de 306 estructuras negativas silos, hogares, hornos y cabañas. Numerosos fragmentos cerámicos de época visigoda, y materiales metálicos. *Casas de Venezuela* (S. Martín de la Vega) asentamiento reocupado en época visigoda. En *La Deseada* (Rivas Vaciamadrid) con cronología del siglo VII y VIII, se localizan varias fosas excavadas de grandes dimensiones, que podría tratarse de una bodega, una posible cabaña oval con agujeros de poste y fragmentos cerámicos. En *Congosto* (Rivas-Vaciamadrid) se documenta un asentamiento tipo granja con una cronología que discurre entre el último cuarto del siglo V y el segundo tercio del VII. En el mismo se han documentado cuatro estructuras de vivienda con diferentes tipologías constructivas, pero realizados con materiales locales, junto a ellas, un importante conjunto de estructuras de suelo rehundido, así como silos; junto a ellos cerámicas, metales y vidrio en el que destacan las producciones cerámicas de mesa relacionadas con las tardorromanas.

En San Martín de la Vega se localiza la aldea de *Gózquez*, con una cronología establecida entre el segundo cuarto del siglo VI y mediados del VIII, compuesta por un extenso asentamiento rural con su necrópolis, de unas 350 inhumaciones, aunque muchas de ellas con reutilizaciones, que parecen agrupadas por grupos en este caso situada en el centro del asentamiento. Los espacios de vivienda, realizados sobre un zócalo pétreo, con alzado de tapial y cubierta de teja curva, junto a ellas, estructuras de almacenamiento de diversas tipologías. A través del registro arqueológico se establece una orientación agrícola y ganadera. También el Barranco del Herrero (S. Martín de la Vega), donde se localizó un silo con materiales de esta época.

En la vega del Tajo: la necrópolis de *Cácer de las Ranas* (Aranjuez) en la que se han documentado más de 150 inhumaciones, tan solo una parte del total, situada en las proximidades de la vía de comunicación entre Toledo y *Complutum*; se trata de tumbas de lajas de yeso y tumbas cubiertas de tejas ordenadas por calles; en ellas se recuperaron ajuares con numerosos objetos metálicos de adorno y uso personal. *Las Peñas de González*

(Villamanrique de Tajo) se trata de una necrópolis en la que se actuó sobre 3 o 4 tumbas, en su cercanía hay restos de otras posibles, a base de lajas de yeso. *Santa María* (Villarejo de Salvanés) un lugar con una dilatada ocupación en el tiempo, en esta época se trata de un asentamiento que se extiende por la ladera y en la que se localizan dos enterramientos y *La Robleña III* (Villarejo de Salvanés) se trata de una posible necrópolis donde se documenta la presencia de grandes lajas de yeso que podrían pertenecer a enterramientos junto a los que se halló una hebilla de cinturón.

### 7.12.5. ¿Y después del siglo VIII?

En esta zona son escasos los documentos que permiten hablar de la pervivencia de poblamiento; sin embargo, tenemos indicios que sugieren la permanencia de gentes entre la etapa anterior y esta como ocurre en *Titulcia* o *Santa María*, *Casas de las Velas* que se trata de lugares con ocupaciones dilatadas en el tiempo, documentadas en todas las épocas analizadas. También en *La Deseada* (Rivas Vaciamadrid) con cronología del siglo VII y VIII, varias fosas excavadas de grandes dimensiones, que podría tratarse de una bodega, una posible cabaña oval con agujeros de poste y fragmentos cerámicos.

### 7.12.6. Interpretación de los datos

Como comentábamos anteriormente, esta es una de las zonas que cuenta con una mayor densidad de poblamiento, al menos en las dos primeras etapas analizadas (tabla 7.60 y 7.61).

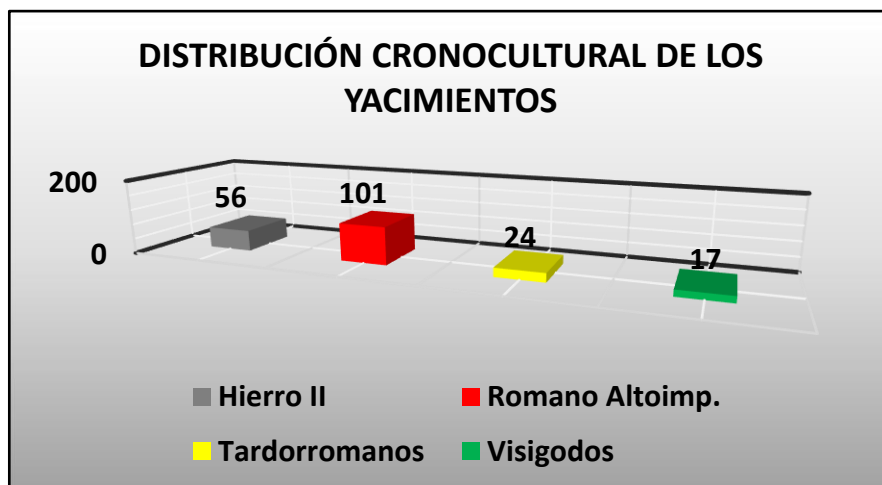


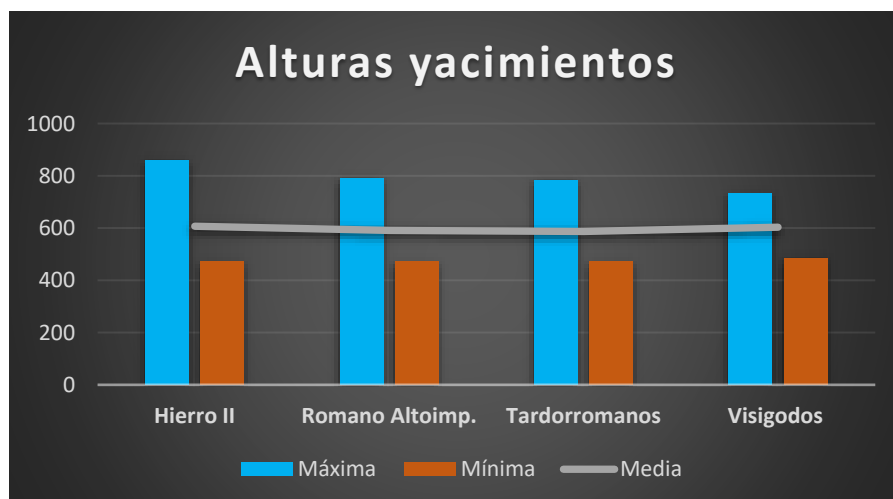
Tabla 7.60: Distribución cronocultural de los yacimientos de la zona según la CACAM.

En cuanto al poblamiento en la Segunda Edad del Hierro, esta zona se encuentra bastante poblada, aunque haya zonas más explotadas y otras donde apenas se documenten asentamientos (tabla 7.60).

Época	Asentamientos	Superficie	Densidad
Hierro II	56	2.004,92	0,02793129
Romano Altoimp.	101	2.004,92	0,05037607
Tardorromanos	24	2.004,92	0,01197055
Visigodos	17	2.004,92	0,00847914

*Tabla 7.61: Densidad de yacimientos en cada una de las etapas culturales en la zona de estudio.*

Durante la etapa romana se percibe un incremento de su número, que casi llega a duplicarse, explotando mayoritariamente las vegas de los cursos fluviales; en cuanto a la pervivencia de los asentamientos, podemos decir que casi la mitad de los existente en la etapa anterior perduran en la romana, debemos suponer que cumplían las expectativas de la explotación económica romana. Sin embargo, entre esta época y la tardorromana, se percibe un clarísimo retroceso en el poblamiento, que podemos cifrar en un 75% de desaparición, pese a lo cual, la ratio anterior de perduración se mantiene muy próxima al 50%. Entre la época tardorromana y la visigoda de nuevo asistimos a una recesión en el número de asentamientos, decreciendo entre una y otra alrededor de un 33%; sin embargo, se percibe una clara ruptura entre ambas épocas puesto que la tasa de perduración baja por debajo del 25% de los asentamientos.



*Tabla 7.62: Relación de las alturas máximas, mínimas y medias en las que se encuentran los yacimientos distribuidos por épocas.*

En cuanto a las alturas en las que se emplazan los asentamientos, la tendencia general a lo largo de todo el período analizado en general a permanecer constante, con ligerísimas variaciones (tabla 7.62); sin embargo, cuando entramos en detalle, se percibe que durante la Segunda Edad del Hierro se encuentran ocupados algunos lugares destacados que será posteriormente abandonados, haciendo que la altura media descienda ligeramente en la etapa romana, mientras que los asentamientos en cotas bajas permanecen similares.

La tendencia es similar en época tardorromana, en la que se deben abandonar asentamientos en todas las cotas, tanto en las más altas como en las bajas para que la media se mantenga uniforme. En la época visigoda los asentamientos parecen concentrarse, es decir a la vez que desciende su número se buscan cotas más uniformes, descendiendo las máximas e incrementándose las mínimas.

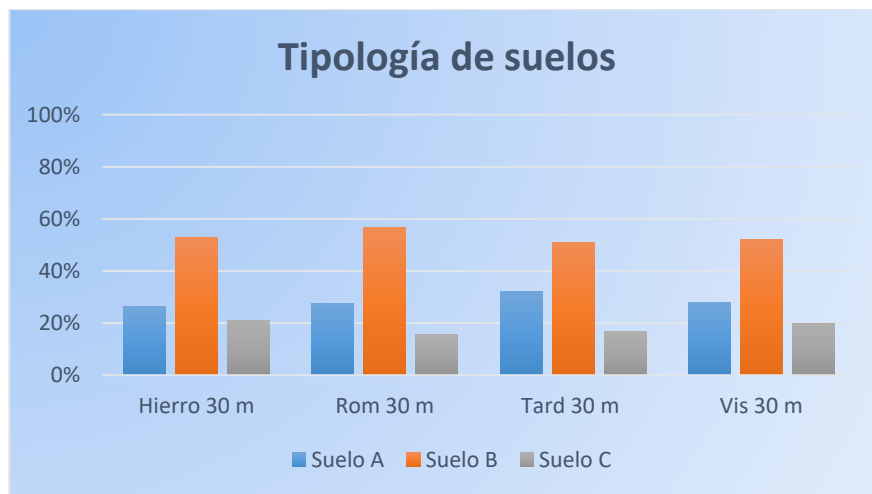
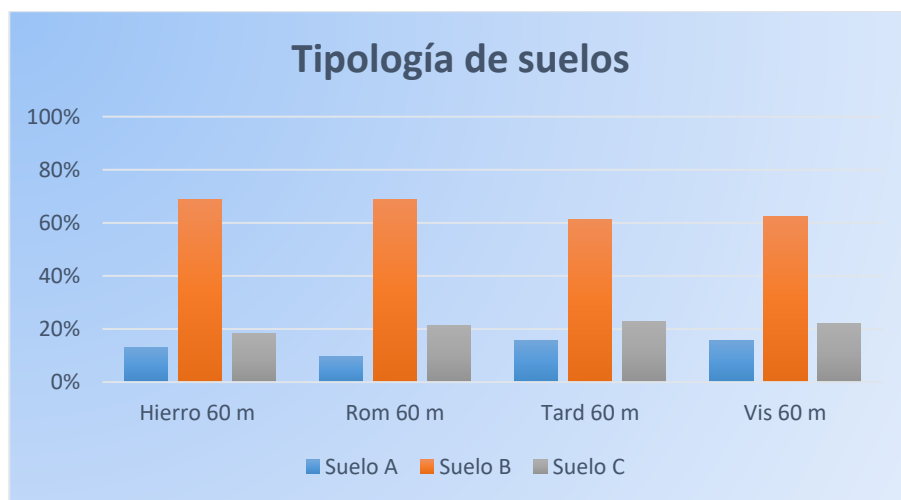


Tabla 7.63: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 30 minutos.

En cuanto a los suelos, los situados más próximos, en un radio de 30 minutos de desplazamiento (tabla 7.63), durante la Segunda Edad del Hierro se percibe una clara búsqueda de los suelos de mayores potencialidades (tipo A), fruto de la situación de los asentamientos cercanos a las vegas de los cursos fluviales, mientras que los de medianas potencialidades (tipo B) se encuentran bien representados, y los de menores potencialidades (tipo C) aparecen en menor medida que los anteriores. Durante la época romana el aumento del número de asentamientos y su disposición junto las vegas de los ríos, hacen que se incremente el porcentaje de los suelos de mayores capacidades, mientras que los de peores disminuyen ligeramente. Tras el recorte del número de asentamientos en la época tardorromana, se percibe un nuevo incremento en el porcentaje de los suelos de mayores potencialidades, mientras que los de menores se mantienen y los de medias disminuyen ligeramente. En la época visigoda la tendencia se invierte, mientras los suelos de

potencialidades medias mantienen su porcentaje, los de mejores disminuyen y los de menor ven incrementado ligeramente su porcentaje.

En cuanto a los suelos situados en un radio de mayor desplazamiento desde los asentamientos (tabla 7.64) las variaciones entre las diferentes épocas son escasas. Los suelos con potencialidades medias (tipo B) son los que presentan un mayor porcentaje a lo largo de todo el período analizado, complementándose con pequeños incrementos en los de menores potencialidades a lo largo del mismo período, mientras que los de mayores oscilan ligeramente dependiendo de la época.



*Tabla 7.64: Distribución de las tipologías de suelos por cronologías, en un radio de desplazamiento de 60 minutos.*

Como decíamos anteriormente, esta es la zona entre todas las analizadas que cuenta con una mayor densidad de poblamiento de todas las analizadas, destacando en el mismo en cada una de las etapas analizadas.

Parece que durante la Segunda Edad del Hierro la población ha ocupado nuevos territorios que habían permanecido despoblados con anterioridad, lo que justificaría el elevado número de asentamientos (Dávila, 2007: 120). Aparecen castros, lugares que aprovechan los escarpes sobre los ríos para situar sus asentamientos y el aprovechamiento de las cuevas allá donde los materiales permitan su existencia.

En esta época asistimos a la transformación interna de los asentamientos, desapareciendo paulatinamente las cabañas a base de materiales perecederos a construcciones de planta rectangular a base de zócalos de piedra y alzados de adobe y con divisiones internas organizadas con un cierto urbanismo.

Se aprecia una clara dicotomía entre poblados en alto y en llano. Los situados en alto pueden aprovechar los bordes de las terrazas sobre los cursos fluviales cercanos a

lugares con suelos que permitan su explotación agrícola. También se suelen ocupar lugares destacados como accidentes geográficos relevantes como *San Juan del Viso* o *Titulcia*, asentamientos que perdurarán en el tiempo. De igual manera, los núcleos registrados en llano prefieren la ocupación de las terrazas o zonas algo elevadas, cercanas a las corrientes fluviales principales. Junto a ellos otros se localizan próximos a cursos fluviales que hoy percibimos de escasa entidad o temporales. Pese a ello, se amplios espacios que permanecen despoblados, mayoritariamente los situados entre los interfluvios de los principales cursos, mostrándonos las preferencias por el asentamiento poblacional, pero también y como ocurre en otras zonas, el menor grado de investigación.

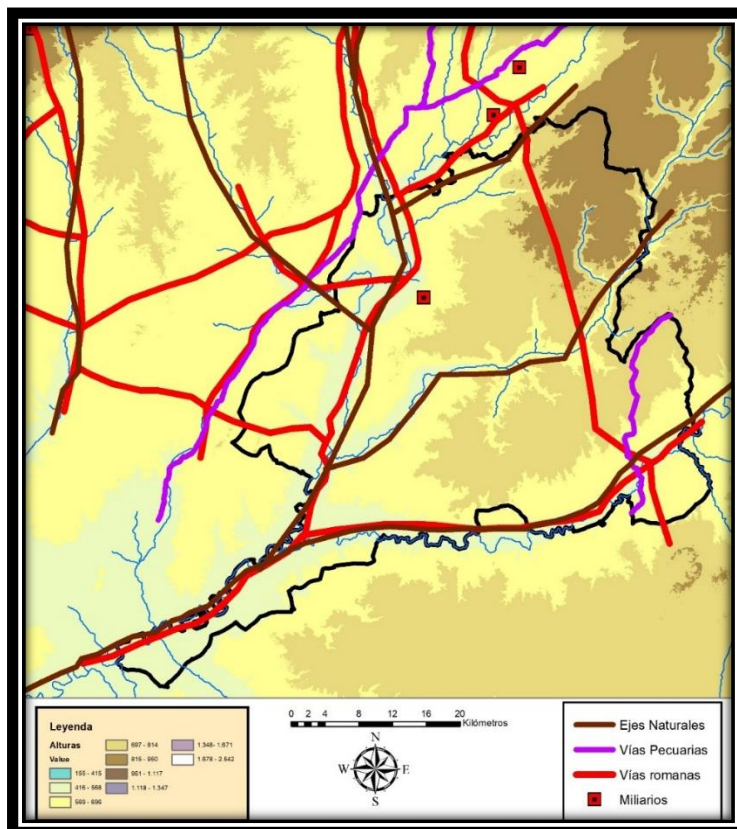
Hay que hablar de la importancia que en este territorio debió jugar la explotación de la sal; en Ciempozuelos se localizan las salinas de Espartinas ya en funcionamiento desde la Edad del Bronce, un elemento indispensable para el ganado y para el hombre (Muñoz y Madrigal, 1999: 474; Mangas y Hernando, 2011: 11).

Uno de estos grandes castros es *Titulcia*, con una importante fase prerromana, concluida tras una violenta destrucción (Polo y Valenciano, 2014), poco a poco vamos conociendo su importancia en el proceso romanizador y las transformaciones acaecidas en esta parte del territorio, en el que sin duda debió jugar un papel muy importante dada su importancia en el entramado viario de la zona (Álvarez y Palomero, 1990: 45). Situado en la confluencia del Jarama y del Tajuña cuyas vegas domina, aprovechando al máximo las cualidades defensivas del entorno; un terreno con pastos en las mesetas y campos cultivables en las terrazas y en las vegas, capaz de soportar la práctica agrícola y ganadera (Polo y Valenciano, 2014: 89). Pero también un enclave que permite organizar y distribuir el comercio a nivel regional y donde no deberían faltar ciertos materiales de prestigio (Polo y Valenciano, 2014: 97). Se abandona de forma rápida y violenta, en relación con los acontecimientos que tienen lugar en la región, al comienzo de las guerras lusitanas, entre los años 147 y 139 a.C.; aunque la presencia de materiales campanienses podría llevar su destrucción a los momentos de las guerras sertorianas; sería un enclave de especial importancia en la zona media del Tajo, fundamentalmente por su posición estratégica. Recientemente se documentó la presencia de la posible necrópolis perteneciente al mismo (Valiente, 1987: 131).

El otro gran *oppidum* sería el *Llano de la Horca* (Santorcaz), a pesar de los importantes avances realizados en los años recientes (Dávila, 2014; 2009; Baquedano y otros 2007; Ruiz y otros, 2012)) desconocemos como se articulaba su territorio inmediato, aunque la presencia de *San Juan del Viso* en su cercanía modificaría su estatus. La ocupación de mayor



importancia se fecha entre del siglo III a.C. y el primer cuarto o mediados del siglo I a.C. (Baquedano y otros, 2007: 380). Se trataría de un asentamiento que crecería a medida que discurría el tiempo, con un importante incremento poblacional en sus últimos momentos (Dávila, 2009: 274). Su abandono se produciría debido al crecimiento y transformación de *San Juan del Viso* por la acción romana. Y *Santa María*, un castro con un importante sistema defensivo que junto con *Dornajo*, pudieron articular el extremo sureste de la zona de estudio; zona esta donde la explotación ganadera tendría su principal dedicación.



*Figura 7.101: Propuesta de vías de comunicación en la zona de estudio.*

En esta zona tenemos constancia de la existencia de varios ejes naturales que la recorren siguiendo los cursos de los principales, en su mayoría continuación de la adyacente Zona XI. De este modo, debió existir un eje que recorriera aproximadamente el curso del Manzanares desde las zonas serranas hacia su unión con el Jarama (figura 7.102). Otros tres seguirían ejes discurrirían por las cercanías de los cursos de los ríos Henares, Tajuña y Tajo, todos ellos con direcciones aproximadas este-oeste. Todos ellos se unirían con el eje norte sur que recorrería la vega del Jarama.

En cuanto a las vías pecuarias, la zona más oriental es atravesada de norte a sur por la Cañada Real Soriana Oriental, para atravesar el río Tajo a la altura de Fuentidueña.

Las vías romanas en esta zona plantean diferentes problemas, motivados principalmente por el desconocimiento exacto del emplazamiento de *Miacum* y *Titultia*. Es nuestra propuesta una vía discurriría en paralelo al río Tajo desde Toledo; en un punto se cruzaría con la que, en dirección norte, alcanzaría *Complutum*. La otra vía, XXIV de Antonino, desde *Complutum*, siguiendo el curso del Henares y Jarama, pasaría junto al miliario de Arganda y junto a Titulcia y se uniría con la anterior en su recorrido hacia Toledo.

Son varios los topónimos prerromanos que han perdurado hasta la actualidad, dando cuenta de la perduración de gentes que los mantuvo en uso, como Arganda, Aranjuez, Carabaña, Tielmes y Orusco. Se concentran principalmente, en zonas donde en época prerromana se localizaban asentamientos cuya mayor dedicación pudo estar en relación con la explotación ganadera.

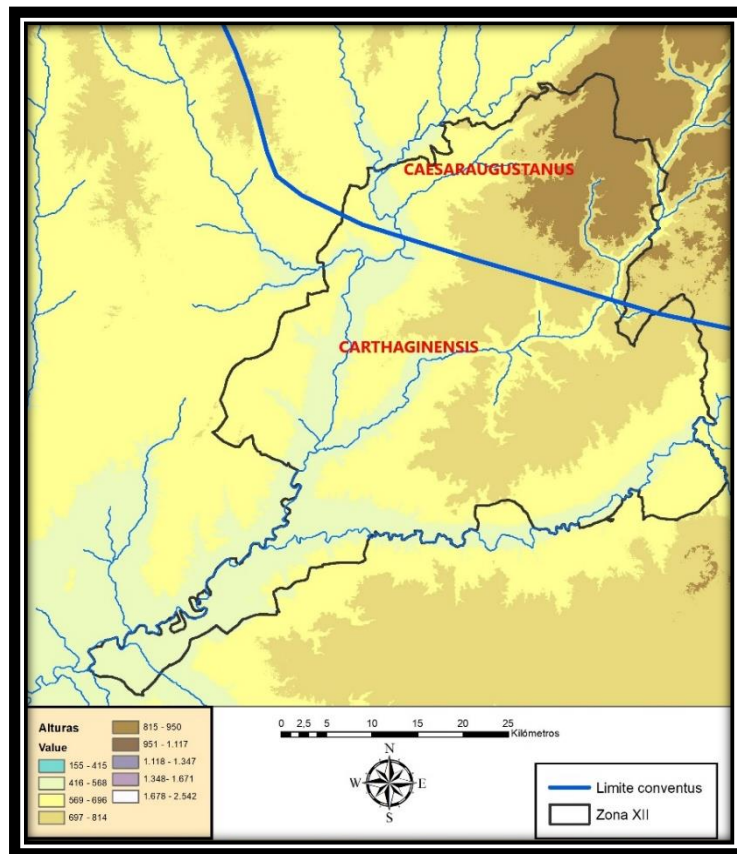


Figura 7.102: Límites conventuales en época romana.

La presencia de materiales campanienses nos habla de la extensión y presencia de la presencia romana en la zona, lugares como *Soto del Hinojar*, *Titulcia*, *Santa María* y *Riscos de Sotomayor* nos hablan de ello. Algunos de ellos son castros que tenían destacada importancia en los momentos de la irrupción romana y donde se documenta su presencia, tras haber

sido sometidos como *Titulcia* o quizás *Santa María*; por otro lado, se sitúan en lugares por donde discurrirían los caminos que articularían el territorio y que podrían reflejar como la romanización se extiende desde los focos principales y las vías de comunicación.

El poblamiento de época romana es en muchos casos de nueva planta, aunque no por ello se aprecie una ruptura con el modelo anterior; salvo que en esta época se situándose mayoritariamente en las zonas de vega de los principales cursos fluviales.

El asentamiento de San Juan del Viso fue monumentalizado a lo largo del final del siglo I a.C. y principios del I d.C. hasta el momento en el que se decidió su traslado al llano, al nuevo emplazamiento de *Complutum*.

Como en otras zonas analizadas, en esta surgen villas que podrían ser los catalizadores y organizadores del poblamiento y explotación del territorio. Desconocemos en qué momento surgen estos asentamientos, pero debemos suponer que a lo largo del siglo I d.C. y por los materiales documentados en ellos, mayoritariamente, a partir de mediados de siglo en adelante. Se sitúan próximos a la vega de los cursos fluviales, con la excepción de la situada en Valdemoro; el resto se sitúa junto al Jarama y el Tajo, concentradas en el área oeste del territorio, desechando la zona este del mismo, zona que por otro lado había tenido durante la Segunda Edad del Hierro una importante presencia poblacional que se mantiene en la época romana, al menos en sus primeros momentos. En esta zona se localizan algunos castros situados en lugares destacados o en los escarpes sobre el río Tajo que se mantienen en uso de época anterior, donde también se encuentran varias cuevas que debemos relacionar con la práctica de los movimientos transterminantes de ganados. También es el área donde el límite de las ciudades que organizarían este territorio debía confluir, *Complutum*, *Toletum*, Segóbriga y Driebes, (Guadalajara/Cuenca, en pleno Tajo, sea *Caraca*, u otra).

Como decíamos, las villas aprovechan para situarse cerca de los interfluvios de los ríos, así en la zona de unión entre el Jarama y Henares si sitúa una, de igual modo que en las inmediaciones del Jarama/Pantuerta. De igual modo en la intersección entre el Jarama y el Tajuña se encuentra *Titulcia*, con una importancia que todavía no tenemos suficientemente calibrada y la villa de Ciempozuelos. *Los Callejones* se sitúa cerca de la unión Tajo/Jarama. Todas ellas gestionarían importantes territorios en su entorno explotando los recursos de las vegas, pero también, como venimos comentando los ganaderos, mediante el recurso de la transterminancia, aunque por el momento no seamos capaces de conocer la articulación económica de todos ellos.

Este territorio en época romana estuvo englobado administrativamente en dos *conventus* diferentes (figura 7.101). Mientras que la parte situada más al norte estaba englobada en el *Caesarugustanus*, dependiendo de la *civitas* de *Complutum*, mientras que la situada más al sur estaría en el *Carthaginensis*, dependiendo de la *civitas* de *Toletum*. El límite entre ambos *conventus* debía discurrir en la zona más al oeste por la línea que dividía las aguas entre el Jarama y el Henares, para seguir esta línea hacia el este cruzando la vega del Tajuña.

Las inscripciones de época romana localizadas en esta zona se distribuyen por todo el territorio; el conjunto más importante se localiza en Aranjuez, que debemos suponer en gran parte trasladado desde lugares cercanos. Algunas de ellas se sitúan cerca de lugares donde se documenta la existencia de villas. Destaca entre el conjunto la existente en Ciempozuelos en el monumento funerario de *Sexto Prisco*<sup>309</sup>, perteneciente a la tribu Quirina junto con a otra en un altar en mármol<sup>310</sup>. Únicamente en dos de ellas se puede hablar de alguna impronta indígena; en Arganda se encuentra una dedicatoria en la que aparece un creciente lunar<sup>311</sup>, mientras que en Torres de la Alameda se localiza la única en la que aparece referenciado un grupo de parentesco los *Mettericos*<sup>312</sup>. Destaca la mayoritaria presencia de nombres y onomástica latina, representando una sociedad que a la altura del siglo II se encuentra plenamente romanizada y donde las referencia a cultos o sociales indígenas son muy escasas,

Son escasos los posibles topónimos de época romana que han perdurado, quizás Loeches y Titulcia, de ser así, este último situado en una zona donde el poblamiento ha sido constante desde época muy antigua, no así Loeches, donde si se han documentados restos romanos, pero que ha sido suficiente para que la gente que lo pobló mantuviera su uso.

En época tardorromana y como sucede en gran parte del territorio meseteño la pérdida de fortaleza de las ciudades se dejó sentir en el ámbito rural. En esta zona, bajo la influencia de *Complutum*, *Toletum* y Segóbriga no debió ser de otro modo, a pesar de las diferentes vicisitudes que pudieran afectar a cada una de ellas.

Lo que apreciamos claramente es una importante disminución en el número de asentamientos, a pesar de lo cual, la tendencia general de ocupación que se percibía

<sup>309</sup> CIL II 3070; ILMadriD 66.

<sup>310</sup> CIL II 3069; LICs 193; ILMadriD 98.

<sup>311</sup> CIL II 6338b; ILMadriD 109.

<sup>312</sup> CIL II 3044; CIL II 5854; ILMadriD 103.

anteriormente se mantiene a grandes rasgos. Los asentamientos se localizan preferentemente en la vega de los principales cursos fluviales salvo contadas excepciones.

Algunas de las villas que se documentaban en la etapa altoimperial parecen haber desaparecido en esta época, quizás porque su territorio ha quedado bajo la influencia de alguna de las numerosas villas existentes en la zona XI, contigua a esta, y que en esta etapa goza de un importante número de este tipo de asentamientos situados tanto en la vega del Henares como en el Manzanares. La presencia de estas se mantiene en la vega del Tajo y el Jarama desde donde organizaban importantes territorios donde se incluían algunos asentamientos dependientes de las mismas.

En este momento también se documenta alguna necrópolis de inhumación que se suman a las de la anterior época, como en la zona de Anchuelo y Santorcaz, donde se recuperan lugares y asentamientos de épocas anteriores, posiblemente dedicados a la explotación ganadera, en ellos se documentan materiales similares a los documentados en otros asentamientos. También el asentamiento de *Santa María*, con una dilatada ocupación permanece en esta época, y por su emplazamiento debemos suponer una dedicación también mayormente a la ganadería.

La época visigoda es continuación de la tardorromana, se percibe una disminución del número asentamientos mayormente en la zona de la vega del Jarama y Tajo, manteniéndose, a pesar del cambio de emplazamientos, en la vega del Tajuña.

Como en las zonas contiguas, se documentan asentamientos compuestos por granjas o aldeas, muchas veces acompañadas de sus necrópolis, algunas de grandes dimensiones y con importantes números de inhumados como *Cácer de las Ranas* o la correspondiente a la aldea de *Gózquez*. En muchos de estos asentamientos se han documentado, estructuras de fondo rehundido, su localización es fruto del volumen de las investigaciones arqueológicas realizadas que permiten se localización, siendo una de las zonas done se ha localizado un importante número de estas (Tejerizo, 2014: 218).

En cuanto a los restos palinológicos hablan de un importante crecimiento del cultivo de cereales en época romana, posiblemente relacionados con la existencia de grandes concentraciones de población como *Complutum*, junto a la existencia de numerosas *villae* y comunidades rurales. Durante la época visigoda los restos documentados en *Gózquez* (S. Martín de la Vega), hablan de un paisaje adehesado, en el que predominan las encinas, sin la presencia de formaciones arbustivas y una destacada presencia de gramíneas, lo que habla

de la presencia de una importante cabaña ganadera. En este lugar también se ha documentado la presencia de olivos y cereal (López y otros, 2010; Vigil-Escalera, 2003).

Es esta una zona de vegas, especialmente apta para el cultivo de cereales, dentro del modelo romano, en su zona más occidental, por el contrario, la oriental reúne condiciones que la hacen apta para la explotación ganadera. Esta zona oriental es donde se aprecia, en cierto sentido, un mantenimiento de los usos poblacionales y económicos prerromanos.

Una zona que está fuertemente condicionada por el discurrir de las vegas de importantes cursos fluviales y vías de comunicación que perdurarán como elementos articuladores del poblamiento a lo largo de todo el período analizado.

### **A modo de conclusiones finales**

Es difícil aventurarse con los datos que tenemos hoy en día a plantear un modelo general de poblamiento para este territorio que proponemos; son muchas las cosas que aún se encuentran en el aire, pero hay otros elementos que tenemos claro que cohesionan este territorio.

Nuestra propuesta es establecer un modelo poblacional de la sierra del Sistema Central, sobre un territorio que no vetón, ni vacceo, ni carpetano, sino un territorio que cuenta con una homogeneidad interna, que se mantiene más allá de divisiones que se fueron estableciendo posteriormente y que no hicieron sino refrendar aquellos repartos ya existentes en cierto modo antes de la llegada de los romanos.

¿Hay una entidad serrana en época antigua diferente de la zona de llanura o de vega?; creemos poder decir que sí, y para ello nos apoyamos en una serie de elementos que les dan cohesión interna a estos territorios «marginales» y que permiten individualizarlos de otros próximos a lo largo del tiempo.

Estos territorios a lo largo de la Segunda Edad del Hierro fueron estableciendo un modelo de poblamiento propio, en el que son los lugares destacados, los castros, los elementos de explotación del territorio. Un poblamiento de altura que posibilita la explotación de los recursos de las sierras dentro de un sistema económico de movilidad temporal en el que la ganadería juega un papel de primer orden.



Pero los castros nos son el único establecimiento poblacional, también hay asentamientos en llano que aparecen en aquellas zonas en las que el territorio pierde altura; en muchos casos son el complemento indispensable dentro de esa movilidad temporal, transterminancia, en la que los ganados buscan en cada estación los mejores pastos para su mantenimiento.

La llegada del modelo romano y su implantación traerá modificaciones de calado. El modelo de poblamiento previo se vio afectado abandonándose muchos de los lugares anteriormente habitados por unos nuevos situados en zonas de menor altura y más fácilmente controlables, sin embargo, no fue un abandono completo de este tipo de hábitat, puesto que se mantuvo con una ocupación recurrente. En esta zona serrana serán muy pocos los asentamientos tipo villa que veremos aparecer, y cuando lo hacen parecen ser de pequeña entidad, nada comparable a las que surgen en otras zonas más cercanas a las ciudades o las zonas llanas y de vegas.

A partir de la implantación del modelo romano habrá zonas, las que se sitúan en las proximidades de las ciudades, que se desgajan claramente del modelo anterior, mientras que todo lo demás se mantiene. Así el modelo de castros, durante el período romano, pervive y se mantiene a lo largo del tiempo, haciendo que coexistan dos modelos económicos diferentes, uno relicto de base indígena con una importante base ganadera y otro, el nuevo modelo romano, que prima la obtención de recursos agrícolas, pero sin dejar de lado el anterior. Aún nos queda bastante que perfilar para comprender dónde y cómo se interconectaban ambos sistemas, que nunca se dieron la espalda y que caminaron de la mano con intensidades diferentes dependiendo de la fortaleza del sistema político del momento.

Durante el período tardoantiguo el poblamiento se generaliza en la gran mayoría de los espacios analizados. El modelo poblacional de castros, que como venimos diciendo había perdurado en esta zona serrana durante el período romano, recupera fuerza. Las escasas villas que habían surgido en el momento anterior en esta zona se modifican dando paso a otro tipo de asentamiento de diferente categoría. Mientras que las zonas próximas a las ciudades y ellas mismas sufren profundas transformaciones la zona serrana recobra su pujanza manteniendo las señas de identidad que le habían dado esa cohesión interna. Algunos de los antiguos castros de la época del Hierro y otros que surgen en esta época se sitúan como los elementos rectores de los nuevos paisajes.

Creemos que durante el período visigodo a pesar de documentarse (aparentemente) un menor número de asentamientos en esta zona serrana suscitando la idea de abandono, la situación no hubo de ser así, creemos que hubo una continuidad en el poblamiento que perduró con toda seguridad durante el período visigodo y más allá, enlazando en muchas zonas con el nuevo poblamiento ya de época medieval. En esta momento el modelo de poblamiento muestra una clara continuidad con el momento anterior y sólo será modificado a partir de la llegada de nuevos pobladores a lo largo del período medieval.

¿Cuáles son los elementos que a nuestro modo de ver cohesionan esta zona serrana?

Desde nuestro punto de vista, son varios los elementos que marcan el ADN de esta zona, en primer lugar, el medio físico, que individualiza este territorio serrano de las zonas llanas o de vega. Como hemos visto anteriormente, cada uno de los elementos analizados dentro de este medio permite y posibilita el desarrollo de un sistema económico y poblacional propio, para los que las gentes serranas estaban plenamente adaptadas. Alturas, orientaciones, suelos son algunas de las variables que estas poblaciones buscaban o escogían para emplazar sus asentamientos, tratando de localizar aquellos lugares más propicios por sus características para aplicar su modelo económico. Unas zonas serranas con una climatología dura, donde las precipitaciones, heladas y temperaturas condicionan los tiempos de la vida estacional y diaria, lo mismo que condicionan las producciones agrarias.

Otro de estos elementos de cohesión son las vías de comunicación, que permiten con su disposición una articulación y comunicación de este territorio serrano. Como hemos visto son vías que discurren en paralelo al Sistema Central, tanto por su vertiente norte como por la sur, permitiendo la comunicación de los piedemontes serranos en sentido longitudinal. En ciertos lugares la existencia de puntos más accesibles, pasos serranos, permiten la comunicación transversal de ambas vertientes, por encima del Sistema Central, algo que sin duda fue muy común en la antigüedad. Una relación entre ambas vertientes que fue una constante y que podemos percibir a través de la similitud de materiales documentados en ambas caras. Pero no hubieron de ser únicamente estas vías, sino que toda la zona hubo de contar con numerosos caminos cuyos restos no nos han llegado y que permitieron una articulación de todo el territorio serrano.

Los verracos o esculturas zoomorfas fueron sin duda otro de estos elementos que cohesionaron a estos grupos. Debemos tener presente que muchas de estas figuras han

sido desplazadas de sus emplazamientos originales y que esto puede modificar nuestra visión actual. Pero parece claro que su fabricación responde a una tradición que es propia de estas gentes que pueblan el territorio, elementos que, aunque se presentan principalmente en la zona vettona, también la desbordan, apareciendo, mayormente al norte del Sistema Central, pero también al sur de este. Como hemos analizado en páginas anteriores eran elementos propios de las gentes que poblaban estos territorios con anterioridad a la llegada de los romanos al mismo, con unos significados que les eran conocidos y que debieron ir variando a lo largo del tiempo, pero que de alguna manera mantuvieron, puesto que su importancia debió ser grande puesto que perduraron en uso durante todo el imperio romano. Es más, con posterioridad, algunos de ellos fueron reutilizados como «piedras juraderas» en épocas posteriores, como ocurre con los famosos Toros de Guisando en época de los Reyes Católicos.

Otro rasgo de cohesión es la alta pervivencia que muestran los lugares de culto indígenas que en muchos casos tienen una larga perduración en el tiempo. No es que en otras zonas peninsulares no permanecieran, sino que en esta zona lo hicieron más que otras. Algunos de ellos fueron asimilados a divinidades latinas, otros permanecieron sin apenas transformaciones y otros sin duda desaparecieron. La llegada del Cristianismo en muchos casos tampoco supuso su fin, sino que fueron cristianizados, manteniendo el punto de culto pero ya pasados por el tamiz de la nueva religión.

La presencia de los grupos de parentesco, que, aunque no es única de esta zona tiene una pervivencia mucho mayor que en otros lugares. Como ya hemos analizado anteriormente, estos grupos tienen una destacada presencia en la epigrafía de época romana, apareciendo a ambos lados del Sistema Central; pero para nosotros lo más destacable no es su aparición que como decimos tienen presencia en amplias zonas meseteñas sino su perduración, su mantenimiento en uso más allá del siglo III, momento en el que las categorías sociales habían desaparecido, pero que por algún motivo que todavía se nos escapa, estas gentes mantenían la referencia y pertenencia a estos grupos de parentesco. Debemos tener presente que su presencia y perduración debió ser mucho más intensa, puesto que han de ser numerosas las referencias que no nos han llegado, y que hubo muchas de estos grupos sociales que se mantuvieron «mudos» durante la época romana, es decir no hicieron uso de las tradiciones epigráficas.

Esta característica hay que relacionarla con la idea de unos grupos no retardatarios sino más tradicionales. Unas gentes con unos usos y tradiciones que hemos conocido hasta

hace pocos años, que han sido transformadas a lo largo del último medio siglo, que hundían sus raíces, tradiciones, cultura en las gentes de esta época. Son muchos los útiles caseros, de trabajo, aperos de labranza que se han mantenido sin apenas cambios durante casi 2.000 años, y que hoy en día vemos en museos o exposiciones como elementos relictos de aquellas épocas.

Los motivos decorativos indígenas, son otro de esos elementos culturales que dan cohesión a este territorio. Estos motivos los vemos representados en las estelas decoradas y desde ese momento perviven dentro de estos grupos sociales llegando hasta la actualidad como elementos decorativos en muchas iglesias, construcciones y viviendas que aparecen en estas zonas serranas. Cruces, decoraciones astrales, escuadras y otra serie de motivos indígenas que se repetían en multitud de elementos fueron primero latinizados y posteriormente cristianizados por ser elementos propios, característicos de estas gentes y que como decimos aún hoy en día siguen apareciendo en los motivos y decoraciones de muchos de los utensilios y aperos de labranza o en los utensilios que fabricaban los pastores para su vida diaria.

En toda esta zona ha perdurado hasta prácticamente la actualidad la explotación de tipo ganadero; unos usos que hunden sus raíces más allá de la época hemos analizado y que con escasas transformaciones ha sido hasta hace pocos años el principal sector económico de este territorio serrano. Un uso ganadero (vacas, ovejas, cabras, cerdos) perfectamente

---

**Página / 444** integrado en el medio físico y en el entramado social de estas gentes.

He de decir que desde nuestro punto de vista hay una esencia que hunde sus raíces en la prehistoria, que perdura y parece enlazar en multitud de aspectos la zona norte de la actual Extremadura con esta zona serrana que tratamos de delimitar. Costumbres, tradiciones, dedicación e incluso vegetación relaciona todos estos territorios diferenciándolos claramente del área celtíbera.

Todo ello nos habla de un territorio serrano, homogéneo dentro de la diversidad, con una cohesión interna basada en diferentes elementos, en el que ciertas tradiciones y usos han perdurado, por sus características internas, más que en otros lugares cercanos.

Sin duda es mucho el trabajo que queda por hacer. Es nuestra intención continuar avanzando en el mismo como de momento ya estamos haciendo en la actualidad tras la finalización de estas líneas.



## Capítulo 8. CONCLUSIONES

Tras los análisis realizados anteriormente, surgen algunas conclusiones que pasamos exponer a continuación; somos conscientes que tan sólo son algunas de las muchas más posibilidades y explicaciones que se plantean y que podrán ser complementadas con nuevas aportaciones que sin duda se irán produciendo en poco tiempo.

A pesar de la gran información que nos ha aportado la consulta de los Inventarios Arqueológicos, a lo largo de nuestra investigación se han ido evidenciando multitud de problemas en el uso de los datos recopilados de forma directa sin ser sometidos a los correspondientes filtros. Hemos de decir que sería necesario una actualización de los datos existentes en los Inventarios, estos muchas veces se muestran claramente incompletos o desactualizados; también habría que definir más correctamente las diferentes fases cronológicas y tratar de unificarlas entre las diferentes Comunidades Autónomas. En el mismo sentido se percibe la excesiva flexibilidad en la asignación de las cronologías sin contar con evidencias suficientes; a la vez que debería añadirse una mejor descripción de ciertos materiales documentados que sirven para la adscripción cronocultural del yacimiento.

Metodológicamente debemos destacar la necesidad de incluir el recurso de las TIG y los sucesivos avances que en ellas se están produciendo en los estudios arqueológicos y sin duda en los relacionados con el paisaje y el poblamiento, conformándose como herramientas imprescindibles para poder acercarnos a ciertos aspectos de la antigüedad. Una de las limitaciones con la que nos hemos encontrado, y que ya había sido sugerida por Marcos Llobera (2015), es respecto de los yacimientos, que son considerados como meros puntos en nuestros análisis, lo que sin duda no se corresponde a la realidad y que condiciona los resultados obtenidos.

En el estudio presentado anteriormente hemos analizado un amplio territorio en el centro peninsular, en la que cada una de las zonas establecidas puede ser entendida como un modelo de evolución diferente; en ellas se aprecian algunas de las diferentes posibilidades que pudo haber en la transformación del modelo de poblamiento y explotación del paisaje en un largo período de tiempo. Somos conscientes que la distribución de las zonas de análisis condiciona el resultado de estos, y que, si nuestra distribución hubiera sido diferente, el análisis podría haber reflejado algunos cambios.

Nos gustaría que las anteriores páginas sirvan como una llamada de atención sobre algunos temas, entre ellos el despoblamiento del mundo rural y su olvido. Un mundo que ha sido uno de los motores de nuestra sociedad hasta hace pocas décadas, pero que en la actualidad ha quedado marginado y en cierto modo relegado a ser un mero lugar de ocio y recreo. También hemos querido romper una lanza a favor de los estudios de poblamiento dedicados al mundo rural; un espacio que sin duda no ha sido objeto de las investigaciones pertinentes. Gran parte de las realizadas se han centrado en los asentamientos más destacados, bien las villas monumentalizadas o los castros fortificados, olvidando por completo más del 95% de los asentamientos que componen el poblamiento de un territorio.

Debemos destacar la diferencia en el número de asentamientos que se aprecia entre las distintas zonas estudiadas; mientras que en unas en cada una de las diferentes etapas cronológicas se percibe un importante número de yacimientos, en otras, por lo que creemos una falta de estudios arqueológicos en profundidad, motiva que estos resultados no sean lo completos que por nuestra parte deseáramos. En este sentido basta tener en cuenta el número de los documentados en la provincia madrileña, territorio en el que, por motivo de la construcción de grandes infraestructuras, han sido numerosos los lugares localizados y estudiados. En este sentido, nuestro trabajo es deudor de los datos recabados en las correspondientes Cartas arqueológicas de dos Comunidades Autónomas diferentes, en los que se percibe claramente una disparidad de criterios y de intensidades en la investigación que lastran los correspondientes resultados.

La Toponimia se muestra como un recurso imprescindible en los estudios de poblamiento permitiéndonos comprender la presencia de gentes que crearon y utilizaron nombres que, por su importancia, se han mantenido hasta llegar a nosotros corroborando con esta transmisión el constante poblamiento en ciertas zonas al menos desde el momento en el que surge el topónimo. Somos conscientes, como ya hemos expresado anteriormente, de la necesidad de realizar un estudio en profundidad de toponimia desde un punto de vista multidisciplinar, en el que estuvieran presentes lingüistas, geógrafos y arqueólogos capaces de interpretar y dar sentido a muchos de esos topónimos que se nos escapan y que sin duda tienen un enorme valor por la información que pueden aportarnos acerca del poblamiento y los usos del paisaje en sus diferentes fases.

La presencia de un importante conjunto de inscripciones latinas en estos territorios nos ha permitido entre otros muchos análisis un acercamiento a aquellas que presentan que



presentan pervivencias prerromanas como las referencias a grupos de parentesco, la religiosidad, la onomástica y la decoración. Por un lado, su presencia sobre el territorio indica una relación con los grupos que las plasmaron, mostrando una preferencia por ciertos espacios en detrimento de otros que les fueron poco atractivos. También su pervivencia en el tiempo, con un momento álgido entre los siglos I y II d.C., que se mantiene hasta el siglo III, momento en el que el hábito epigráfico que las soportaba se diluye. También hemos de tener en cuenta que sólo una pequeña parte de la población tendría las posibilidades económicas para dejar patente el momento de su muerte, y que la gran parte de esa población que no alcanzaría a poder recordarla en una inscripción que perdurara en el tiempo; serían gentes poco pudientes económicamente, siervos y otros grupos, muchos de ellos residentes y explotadores del mundo rural que en muchos casos, cuya onomástica siguiera siendo de origen prerromano, a pesar de la concesión de la ciudadanía universal a comienzos del siglo III, momento en el que todo el mundo es ciudadano y, por ello, puede tener *prenomen* y *nomen*.

Como hemos visto a lo largo de estas páginas son numerosos los argumentos que sirven para validar la hipótesis de que la explotación de la ganadería a través de la transterminancia o trashumancia de corto alcance fue una de las actividades económicas más destacadas en estos territorios en cada uno de los períodos cronológicos analizados. Esta hipótesis se fundamenta en varios argumentos como son la potencialidad geográfica del territorio que permite la existencia de pastos estivales que posibilite la alimentación de una cabaña ganadera; asentamientos -aldeas, granjas, inhumaciones- en lugares en los que, por su emplazamiento y la potencialidad de los suelos, su dedicación principal sería la ganadería; la existencia de importantes pasos de montaña y vías de comunicación de diversos tipos que pondrían en relación diferentes espacios que permitirían el traslado y explotación de cabañas ganaderas de cierta importancia.

Hoy por hoy y con los datos que vamos conociendo a través del registro arqueológico, si somos capaces de comprender los diferentes modelos y ritmos de las transformaciones acaecidas, seremos capaces de entender las sociedades que lo protagonizaron (Fernández y Morillo, 2002: 260).

En el estudio de estas sociedades debemos tener en cuenta que las diferentes condiciones geográficas y climáticas influyeron en las formas de vida y costumbres de las gentes que poblaban estas zonas, diferentes a las de otras, pero no por ello más retrasadas sino más adecuadas al medio que vivían. Grupos de población que vivían y explotaban territorios en los que se encontraban plenamente integrados. Zonas que tienen un ritmo

diferente y que se presentan en los límites de las ciudades romanas, pero y sobre todo donde van acompañados de accidentes geográficos como cadenas montañosas, bosques o lugares que sean poco atractivos para el desarrollo de las actividades humanas, tal y como las entiende el mundo antiguo.

En primer lugar, debemos recordar que la base del sistema económico romano era la explotación del mundo rural y su poblamiento. La conquista del territorio meseteño no se produjo al mismo tiempo ni se partía de la misma situación en ambos lados del Sistema Central, lo que tendría sus repercusiones a largo plazo, tanto en la evolución de los asentamientos humanos como en la velocidad de implantación del modelo romano.

Tras la conquista, Roma fue anexionándose las diferentes comunidades indígenas que poblaban el territorio. La anterior estructura territorial fue diluyéndose dentro de la organización del estado. La anexión del territorio se realizó siguiendo el esquema de la *civitas*, peregrinas, ya fuera de origen indígena o *ex novo*, constituyéndose en la base de la organización y producción a nivel territorial; su integración completa se produciría, generalmente, a lo largo del siglo I d.C. cuando se creen los municipios de derecho latino.

De este modo, surgiría una nueva red de poblamiento, organizada en función de las nuevas fórmulas económicas de explotación y de la red de comunicaciones que articulaba las *civitates* y su *territoria*. Fueron surgiendo asentamientos próximos a estas redes de comunicación y, a continuación, colonizando, progresivamente todos los espacios, muchos de los cuales habían permanecido despoblados, sobre todo en las zonas situadas al norte del Sistema Central.

Al igual que sucede en muchas otras zonas peninsulares, los romanos se aprovechan de forma selectiva de la situación que encuentran a su llegada, adaptándola a sus necesidades, principalmente la explotación agropecuaria del territorio, pero no por ello dejar de permitir, la explotación ganadera y silvopastoril del mismo. En algunas zonas pervivieron modelos de hábitat -castros prerromanos o cabañas- que en muchos casos continuaron con los modelos económicos, lo que nos falta es comprender como interactuaban ambos sistemas y cuál era el modelo de traslación de uno a otro. En estas zonas sus poblaciones son las que evolucionan con un ritmo o velocidad diferente con respecto a sus vecinos.

El contacto que se produjo en la península entre las diferentes tradiciones culturales motivó una integración entre las mismas, cuyas resultantes, mantienen vivas en diferentes proporciones, sus componentes, por lo que debemos ser cuidados con el uso de

«pervivencias» (Fernández y Morillo, 2002: 263); como tampoco podemos hablar de diferentes «grados de romanización», sino que en nuestra opinión debemos hablar de velocidades. Debemos tener en cuenta a la hora de proponer modelos que expliquen esta interacción en cada región la flexibilidad y capacidad de adaptación que mostró la organización romana en su plasmación en la península.

Parece claro que Roma no buscaba que la población indígena se estableciera en asentamientos a la romana, buscando una asimilación de su modo de vida, sino que «es justamente lo contrario; la urbanización según esquemas romanos es el paso siguiente a la transformación mínima necesaria de la estructura socioeconómica de esa población» (Bendala y otros, 1987: 130), algo que ya venía produciéndose con anterioridad a la llegada de los romanos, con sus propios ritmos y velocidades. La conquista no terminó con este proceso, sino que por el contrario significó una aceleración de este, cuyas consecuencias se percibirán en los siglos posteriores. Así pues, el nacimiento y promoción de las ciudades del interior estuvo apoyado artificialmente por el propio proceso romanizador, pero en el momento en que este pierde su intensidad en ciertas zonas y localizaciones, el modelo se tambalea y este territorio puede ser uno de esos lugares.

La implantación del nuevo modelo se produjo tras el fin de las revueltas sertorianas, que marcó el inicio de la reorganización del territorio, sino antes; el nuevo modelo de poblamiento aprovechó la red urbana existente, incorporando, allí donde fue necesario, alguna ciudad *ex novo*, proliferando a nivel rural, focos económicos de explotación territorial, las *villae*, exponentes del nuevo modo de producción. Un proceso de ocupación progresiva del espacio rural, preferentemente los suelos de mejor producción agrícola, a la vez que el aprovechamiento de pastizales serranos con carácter estacional con vocación ganadera. La colonización de grandes espacios en época romana parece partir de los núcleos de mayor entidad, apoyándose en las vías de comunicación o que estas dieran servicio a alguno de los asentamientos ya existentes, para posteriormente, ir colonizando aquellos espacios más alejados de las ciudades y fuera de los principales ejes de comunicación.

Junto a las zonas con mayor número de asentamientos, hay zonas de grandes vacíos de población, localizados, generalmente, en los sectores periféricos de los territorios de las diferentes ciudades, que se pueden explicar, con su lejanía a los núcleos urbanos, las vías de comunicación y su situación junto a lugares de escaso atractivo como sierras, páramos o zonas inundables y herencia de vacíos poblacionales prerromanos. Debemos tener en cuenta que el índice demográfico no debía ser demasiado elevado, y que la explotación de

los diferentes territorios estaría en consonancia con las necesidades de la población. Así, al ser innecesaria la puesta en cultivo de mayores superficies, habría zona que quedaran sin explotar.

Las dificultades sufridas por el imperio a lo largo del siglo III motivaron un sinfín de transformaciones; en las ciudades disminuyen notablemente la calidad y posiblemente la cantidad de sus construcciones y vecindario y languidecen paulatinamente en tanto su peso como organizador de la política y la economía pasa al campo, a las grandes *villae* y *fundi* bajoimperiales. Este conocido fenómeno, si bien es general en todo el Imperio, es particularmente importante aquí. Este es el panorama con el que se aprecia en el siglo IV en el que se reconstruyen o fundan nuevos establecimientos rurales que nada tienen que ver con las granjas altoimperiales. Se trata ahora de grandes *fundi*, con importantes territorios explotados a base de colonos, en los que la aristocracia rural pueda vivir con toda clase de refinamientos y ocios. Pero esto no significa la desaparición de la vida urbana, sino más bien transformación y cambio más que decadencia, ni en la ciudad ni en el campo.

En la época tardorromana percibimos una distribución más equilibrada del poblamiento. Parece claro que el proceso de transformación hacia un nuevo modelo de explotación del territorio fue algo progresivo. Generalmente, se mantuvieron en explotación las mejores tierras agrícolas, en complemento con la extensión de zonas de explotación dedicadas a la ganadería. Será a lo largo del siglo V, con diferentes cronologías, en muchos casos aún difíciles de precisar, cuando las villas sean abandonadas y sus espacios transformados con nuevas ocupaciones. Al amparo de todas estas transformaciones e imbricado en las mismas está el papel que jugó el cristianismo, bien implantado en el ámbito urbano desde el siglo IV, pero no de igual modo en el campo, donde la arqueología está mostrando una desconexión entre el uso de ciertos espacios de las villas como centros de culto (Chavarría, 2006); un territorio rural que no parece completa o mayoritariamente cristianizado hasta el siglo VI.

Al mismo tiempo que los procesos anteriores, vemos surgir, o en algunos casos resurgir, principalmente en las áreas periféricas de los antiguos territorios de las ciudades romanas, algunos de los nuevos centros llamados a controlar importantes zonas, en competencia con el poder de las ciudades. En ellos se afianzarán unas élites que buscan hacerse con un espacio de poder frente a otras realidades. Nuevos asentamientos con una diversificación productiva, en la que el campesinado es el articulador de las

transformaciones (Wickham, 2009: 384-385), en la que la actividad ganadera, recobrará una creciente importancia (Lewittt, 2009: 80).

También en la época tardorromana surgen asentamientos rurales, granjas y aldeas, a menudo *ex novo*, o sin conexión directa con el mundo tardorromano que se convierten en la plasmación de la emergencia del campesinado (Martín, 2018: 206). Fruto de esta desintegración sería la gran autonomía de la que gozará el campesinado que motivó importantes cambios a nivel social, económico y poblacional (Peytremann, 2003; Hamerow, 2002).

Una época tardoantigua de importantes transformaciones, pero que no ha de ser vista como decadente, sino en la que se aprecia una contracción de la escala de las relaciones tanto comerciales como económica que ahora se centran a nivel local y regional. En la que la diversificación en las actividades económicas, agricultura y ganadería, además de las extractivas, responderían a estrategias en las que se primara la disminución de los riesgos (Hernández y otros, 2013: 356). En estas estrategias se incluyen las tendentes al incremento de la presión antrópica en zonas de media y alta montaña con un destacado incremento del papel de la ganadería. Unas prácticas que han vuelto a tomar una mayor relevancia o visibilidad a partir del siglo IV, pero que anteriormente nunca habían dejado de utilizarse, sino que, había tenido menos visibilidad, puesto que, durante el período romano, los pastos serranos continuaron en uso, como nos demuestra la arqueología (Mujika, y otros, 2013) y la palinología (López, 2014). Una tradición ganadera que además de ser la mejor opción para la explotación de muchas de estas tierras, hay que entenderla como una de las estrategias que toma el campesinado en determinados contextos temporales y sociales (Martín y otros, 2017: 22).

La llegada de los musulmanes motivó un nuevo colapso que lejos de ser brusco y repentino, debió ser progresivo y dilatado en el tiempo y con ritmos muy diferentes según los diferentes territorios. De estos momentos de transformaciones debemos destacar la capacidad de adaptación que presentan las diferentes comunidades y de regeneración, en un entramado complejo en el que de nuevo se mezclarán tradiciones milenarias con las de los recién llegados, conformando un escenario de nuevo cuño (Redman, 2005; Middleton, 2017).

Como ideas finales, debemos tener en mente que en la actualidad no se han documentado todos los yacimientos existentes. Constantemente, a medida que se realizan intervenciones aparecen nuevos datos que deberán incorporarse a posteriores

investigaciones. Los datos existentes en los Inventarios arqueológicos, ni son todos ni todos son correctos, y nuestro deber es continuar aumentándolos y corrigiéndolos, pero decir, que son un elemento imprescindible para obtener una visión de conjunto y poder extraer importantes conclusiones.

También que un análisis de largo alcance, como el aquí realizado pone de manifiesto que el paisaje es un elemento imprescindible para estudiar los procesos sociales acaecidos en el seno de las comunidades de la antigüedad, de las que son fruto.

Las reflexiones finales que nos suscita este trabajo son más que conclusiones definitivas una serie de preguntas, dudas e incertidumbres. Asumimos que a lo largo de nuestro estudio no hemos podido responder a gran parte de las cuestiones que nos planteábamos como punto de partida, entre otras cosas porque para poder responderlas hubiera sido imprescindible un estudio crítico de cronologías, de adscripciones culturales, de verificación de datos con una inmensa cantidad de trabajo de las cartas e inventarios arqueológicos de tres provincias diferentes correspondientes a dos Comunidades Autónomas, que se desbordaría nuestras posibilidades.

De este modo, son muchas las cuestiones que quedan planteadas a falta de respuesta: ¿hay una entidad serrana en época antigua diferente de la zona de llanura o de vega?; si es así y creemos que sí, ¿en qué consiste y cuál es su definición?; con respecto a otras zonas serranas peninsulares o de otros lugares ¿cuáles son sus diferencias?

El punto de partida para realizar este trabajo buscando responder todas estas interrogantes, podrían ser las zonas propuestas en nuestro estudio, porque a partir de ahora, a una escala menor, podemos volver sobre cada uno de estos territorios o a términos más precisos de los estudios para poder realizar lo que no hemos podido finalizar en este estudio: revisión crítica de materiales, de cronologías, de adscripciones añadiendo los necesarios estudios complementarios...

Creemos que nuestro trabajo aporta una nueva luz sobre un espacio que hasta ahora no se había considerado como homogéneo y bajo unos presupuestos que pensamos que aportan nuevas perspectivas, de las que salen preguntas nuevas y, en el futuro, necesariamente aportarán respuestas definitivas (o no) pero nuevas también.

Este nuevo planteamiento nos permite descubrir cuántas cosas no quedan por hacer; alumbrar un espacio que no es nuevo, pero sí poco conocido y estudiado de la antigüedad; hacerse las correspondientes preguntas buscando las respuestas pertinentes para poder definirlo desde distintas variables. Para ello creemos oportuno el retomar

tradiciones metodológicas prácticamente en desuso como la toponimia, valorar como un recurso esencial las informaciones que nos aporta el estudio físico y morfológico de los diferentes paisajes aplicados a la arqueología, más allá de ser un mero capítulo introductorio en los trabajos arqueológicos para intentar proponer los paisajes de la antigüedad, la interacción del medio físico y del humano.

Asumimos que nuestro trabajo es una línea de investigación abierta y no algo que se empieza y acaba con un único estudio. Es nuestra intención continuar profundizando en estas cuestiones, y de hecho ya estamos en ello.

No tenemos la llave de la respuesta de todas las preguntas, pero creemos haber definido muchas de estas interesantes y necesarias cuestiones. Son preguntas que nosotros hemos planteado y que tras nuestro trabajo seguirán sin repuestas, pero esperamos que no por demasiado tiempo.





# ÍNDICE ONOMÁSTICO

## A

<i>Abínicos</i> .....	301
<i>Acca</i> .....	214, 216, 280
<i>Acca Deocena</i> .....	280
<i>Accón</i> .....	325
<i>Acilia Anneza</i> .....	426
<i>Adaja</i> .....49, 50, 51, 62, 70, 150, 153, 159, 160, 166, 169, 170, 172, 207, 208, 214, 219, 227, 253, 269, 336	
<i>Ae+urorum</i> .....	117, 241
<i>Aelaricanos</i> .....	368
<i>Aemilia Festae</i> .....	370
<i>Aemilus Fausto</i> .....	425
<i>Aestivus</i> .....	392
<i>Agrestis</i> .....	20
<i>Agripa</i> .....	392
<i>Albalá</i> .....	344, 345
<i>Albinus</i> .....	391
<i>Aldeacueva</i> .....	297, 302, 303
<i>Alionus</i> .....	214
<i>Alla</i> .....	259
<i>Allonis</i> .....	346
<i>Ambatic(um)</i> .....	240
<i>Ambáticos</i> .....	241
<i>Ambatiqum</i> .....	214
<i>Ambatus</i> .....	346
<i>Ameales</i> .....	18
<i>Amia</i> .....	368
<i>Ammani</i> .....	300
<i>Amonio Varo</i> .....	370
<i>Anna</i> .....	214
<i>Antiguo Camino Verdugales</i> .....	238
<i>Antillelma</i> .....	278, 279, 283
<i>Aplondus</i> .....	369
<i>Arco</i> .....	115, 300, 494
<i>Arqueología del Paisaje</i> .... XXXI, 26, 27, 32, 35, 36, 37, 39, 40, 42, 477, 487, 489, 500, 508	
<i>Arroyo de Humanejos I</i> .....	384, 386
<i>Arroyo de los Conejos</i> .....	366, 367
<i>Arroyo Paeque</i> .....	388, 396
<i>Aspro</i> .....	300
<i>Atta</i> .....	119, 216, 241, 347
<i>Atta Laguna</i> .....	119, 216
<i>Attio</i> .....	325
<i>Atto</i> .....	368
<i>Aucalicanos</i> .....	393
<i>Aurelia Euthenia</i> .....	393
<i>Aurelius Gerontius</i> .....	393
<i>Aviano</i> .....	370

## B

<i>Bábicos</i> .....	301
<i>Barranco de la Presa</i> .....	305, 306
<i>Barranco del Fresno</i> .....	366, 367
<i>Barrio del Castillo</i> .....	387
<i>Becerriles</i> .....	372, 373

<i>Bernardos</i> .....	124, 130, 258, 259, 261, 264, 265, 485, 487, 510
<i>Bocouricanos</i> .....	346
<i>Bonus Eventus</i> .....	115, 120, 300
<i>Briongos</i> .....	294, 297, 298
<i>Britto</i> .....	369

## C

<i>Cabeza de Navasangil</i> ....	124, 125, 130, 205, 219, 220, 221, 231, 477
<i>Cabeza Negra</i> .....	344, 345, 358
<i>Cabitus</i> .....	393
<i>Cadano</i> .....	280
<i>Caecilins Cusa</i> .....	393
<i>Caecina Severo</i> .....	424
<i>Caius Aburius Lupus</i> .....	393
<i>Caius Iulius</i> .....	300
<i>Calactiqum</i> .....	117, 241
<i>Callejas</i> .....	282, 283, 284, 286, 326, 327
<i>Camino de la Ermita de la Virgen</i> .....	305, 306
<i>Camino de los Afligidos</i> .....	388, 395, 396, 399, 507
<i>Camino de Moraleja</i> .....	390
<i>Camorchones</i> .....	350, 352
<i>Campo de Fútbol</i> .....	191, 195
<i>Cancho del Confesionario</i> . 130, 341, 348, 349, 350, 356, 477	
<i>Cándida</i> .....	424
<i>Cantaber</i> .....	368
<i>Canto de los Pílonos</i> .....	222
<i>Cañamares</i> .....	302, 303
<i>Caracécicos</i> .....	216
<i>Caracici(um)</i> .....	240
<i>Cárcava de la Peladera</i> .....	130, 328, 329
<i>Carramolinos</i> .....	282, 283
<i>Carrapinar</i> .....	282, 283, 284, 326, 328
<i>Carratejera</i> .....	282, 283, 494, 509
<i>Carrilejos</i> .....	174
<i>Casa de los Faroles</i> .....	388, 389
<i>Casares</i> .....	54, 84, 174, 212, 213, 217, 262, 264, 509
<i>Casco urbano de Cuéllar</i> .....	277
<i>Caserío de Gemigel</i> .....	214, 217
<i>Castillo</i> ... 84, 130, 222, 264, 266, 294, 295, 388, 418, 422, 472, 478, 485, 489, 498, 502, 510, 511, 512	
<i>Cauca</i> ..... 58, 105, 119, 123, 148, 152, 153, 181, 255, 260, 269, 283, 315, 328, 335, 336, 446, 447, 475, 477	
<i>Cayo Valerio Lucano</i> .....	391
<i>Cayo Valerio Marcelino</i> .....	345
<i>Celtio</i> .....	215
<i>Cerca de Pablo Santos</i> .....	350, 351, 353
<i>Cercado de Morales</i> .....	174
<i>Cerro Amoclón</i> .....	368
<i>Cerro Casillas</i> .....	302, 303, 305
<i>Cerro de la Ermita</i> .....	350, 351
<i>Cerro de la Gavia</i> .....	384, 385, 400, 403
<i>Cerro de la Sota</i> .....	319, 320, 335
<i>Cerro de San Marcos</i> .....	243
<i>Cerro del Castillejo</i> .....	365, 373
<i>Cerro del Castillo</i> .....	172, 173, 261, 265, 294, 295, 487

<i>Cerro del Tormejón</i> .....	254, 257, 261, 336
<i>Cerro Moro</i> .....	305, 306
<i>Cerro Pelao</i> .....	302, 303, 326
<i>Chozos</i> .....	18
<i>Chr(isto)</i> .....	241
<i>Cildá</i> .....	124
<i>Cinco Villas</i> .....	217, 219
<i>Cocina de los Moros</i> .....	174, 198
<i>Coelia Melissa</i> .....	391
<i>Complutum</i> .....	49, 50, 85, 105, 110, 119, 120, 121, 147, 148, 149, 152, 155, 345, 358, 359, 384, 386, 388, 395, 396, 399, 401, 411, 431, 441, 446, 447, 469, 470, 471, 473, 482, 486, 495, 503
<i>Constanzana</i> .....	49, 50, 261, 262, 263, 265
<i>Contodo I</i> .....	282, 283, 285, 286
<i>Conventus</i> .....	2, 14, 116, 119, 272, 290, 312, 336, 345, 355, 359
<i>Conventus iuridici</i> .....	2
<i>Cornejuelos</i> .....	174
<i>[Cor]oniq(um)</i> .....	167
<i>Corónicos</i> .....	280, 325
<i>Cotarro Terreña</i> .....	281, 283, 284
<i>Cotarro Valvis</i> .....	284, 285, 286
<i>Cruce de la Carretera de Loeches</i> .....	386, 388, 480
<i>Cuerda de la Mogorra</i> .....	238, 239, 242, 250
<i>Cuesta de la Iglesia</i> .....	285
<i>Cuesta del Camino de Alcalá</i> .....	384
<i>Cueva de la Vaquera</i> .....	320
<i>Cueva de los Moros</i> .....	221, 222
<i>Cueva de los Siete Altares</i> .....	305
<i>Cueva de San Valentín</i> .....	305
<i>Cueva del Santero</i> .....	305
<i>Cuna de los Moros</i> .....	245
<i>Cupae</i> .....	102, 133, 134, 211, 214, 471, 474
<i>Curundi</i> .....	240

## D

<i>D[on]ato</i> .....	424
<i>Dagenicos</i> .....	369
<i>Daticus</i> .....	369
<i>Debesa de Brieva</i> .....	174
<i>Debesa de la Oliva</i> .....	96, 152, 155, 156, 342, 343, 348, 349, 350, 352, 356, 446, 476, 480, 498, 512
<i>Debesa de Montefrío</i> .....	222
<i>Deo Iovi</i> .....	216
<i>Despoblado de Camarma de Encima</i> .....	384, 388
<i>Diana</i> .....	115, 120, 121, 300, 368, 380, 392, 478
<i>Domitia</i> .....	393, 424, 426
<i>Domitia Fuscina</i> .....	426
<i>Domitia Theodotes</i> .....	424
<i>Domitio Potbino</i> .....	424

## E

<i>Eburenio</i> .....	216
<i>Eburianus</i> .....	115, 120, 301
<i>Ecce Homo</i> .....	383, 384, 388, 409, 435
<i>Ecónome</i> .....	279
<i>Ediconoquum</i> .....	346
<i>El Alto del Tesoro</i> .....	169, 170
<i>El Aserradero</i> .....	242, 243

<i>El Baldío</i> .....	384, 386, 495
<i>El Barrancón</i> .....	350, 351
<i>El Beneficio</i> .....	149, 366, 368, 371, 491
<i>El Berbenal</i> .....	384
<i>El Boquerón</i> .....	246
<i>El Bustar</i> .....	282, 284
<i>El Calvario</i> .....	297, 298, 302
<i>El Canto de la Sepultura</i> .....	174
<i>El Cantosal</i> .....	263, 265, 493
<i>El Castillo</i> .....	209, 218, 219, 232
<i>El Castrejón</i> .....	320
<i>El Cervón</i> .....	196, 197
<i>El Cerro de San Benito</i> .....	197
<i>El Chorrillo</i> .....	168, 169, 171, 172
<i>El Corral de los Moros</i> .....	191, 194, 195
<i>El Cortijo</i> .....	366, 367
<i>El Egido</i> .....	173
<i>El Esparragal</i> .....	384, 385, 400, 414
<i>El Ferial</i> .....	169, 171
<i>El Fresnal</i> .....	277, 278, 285, 286
<i>El Gorrónal</i> .....	242, 243
<i>El Grajal</i> .....	351, 353
<i>El Grullo</i> .....	384, 388
<i>El Herral</i> .....	165, 166, 169
<i>El Horco</i> .....	236, 237, 248
<i>El Horno del Moro</i> .....	175
<i>El Hoyo de Meregil</i> .....	261, 262
<i>El Jardín</i> .....	384, 385, 388, 489
<i>El Malecón</i> .....	384, 385, 401
<i>El Montecillo II</i> .....	348, 349, 350
<i>El Otero</i> .....	294
<i>El Palomar</i> .....	163, 212, 213, 395
<i>El Pocillo</i> .....	384, 385, 388
<i>El Pozo de Aldearraso</i> .....	302, 303, 305
<i>El Rasillo</i> .....	388, 389, 401, 415
<i>El Raso</i> .....	83, 112, 187, 237, 239, 244, 245, 422, 482
<i>El Rebollar</i> .....	172, 173, 174
<i>El Rincón</i> .....	212, 214, 217, 367, 371
<i>El Salmoral</i> .....	282, 283
<i>El Socorro</i> .....	366, 367, 371, 372
<i>El Tejar</i> .....	384, 387, 395
<i>El Tesorillo</i> .....	257, 258, 261
<i>El Tesoro</i> .....	164, 165, 169, 217, 221, 322, 388, 396
<i>El Tinto</i> .....	261, 263, 264
<i>El Tomillar</i> .....	172, 173
<i>El Torreón</i> .....	164, 166, 169, 170
<i>El Vado II</i> .....	350, 351
<i>El Vergel I</i> .....	166, 169, 171, 173
<i>El Vergel II</i> .....	84, 164, 166, 169, 171, 173
<i>El Villar</i> .....	166, 169, 261, 323, 326, 328
<i>Elguismios</i> .....	368
<i>Emilia Flavina</i> .....	325
<i>Emilia Heutychia</i> .....	391
<i>Emilia Pia</i> .....	425
<i>Emilio</i> .....	300, 301, 369
<i>Emilio Flavio Eutico</i> .....	369
<i>Encella</i> .....	17
<i>Ermita de la Visitación</i> .....	285
<i>Ermita de los Santos</i> .....	246
<i>Ermita de Nuestra Señora de la Vega</i> .....	193, 195, 197, 203
<i>Ermita de Santa María de la Vega</i> .....	190
<i>Eros</i> .....	393
<i>Eufrata</i> .....	279

## F

<i>Fabia Materna</i> .....	393
<i>Festo</i> .....	370
<i>Fidelio</i> .....	424
<i>Finca de Montijo</i> .....	387, 389
<i>Flaviano</i> .....	393
<i>Flavo</i> .....	300
<i>Fortu[-]</i> .....	370
<i>Fuente Arriba</i> .....	384, 388
<i>Fuente Ávila</i> .....	245
<i>Fuente de la Madera</i> .....	174, 198
<i>Fuente de la Mora</i> .....	384, 385, 387, 400, 402, 403, 404, 414, 511
<i>Fuente de la Pradera</i> .....	350, 351, 353
<i>Fuente de la Zorra</i> .....	169, 172, 173
<i>Fuente de los Piojos</i> .....	221
<i>Fuente del Moro</i> .....	347, 348, 350, 353
<i>Fuente del Vecino</i> .....	217, 220, 221, 223
<i>Fuentes Claras</i> .....	281, 283
<i>Fusco</i> .....	426

## G

<i>Gaio Clodio Quintiliano</i> .....	425
<i>Gaius</i> .....	392, 426
<i>Gaius Iulius</i> .....	426
<i>Gentilitates</i> .....	121, 167
<i>Grano de Oro</i> .....	257, 258

## H

<i>Hércules</i> .....	120, 300
<i>Hirno</i> .....	241
<i>Horno del Moro</i> .....	169, 171, 172

## I

<i>Iglesia Vieja</i> .....	195, 197
<i>Ilurbeda</i> .....	216
<i>Iulia Iagena</i> .....	426
<i>Iulius Eubodius</i> .....	424
<i>Iulius Lusa</i> .....	393

## J

<i>Júpiter</i> .....	115, 120, 241, 300, 391
<i>Júpiter Máximo</i> .....	241
<i>Júpiter Óptimo Máximo</i> .....	300, 391

## L

<i>La Antipared</i> .....	294, 295, 302, 303
<i>La Balsa</i> .....	261, 263
<i>La Barranca</i> .....	282, 283
<i>La Cabilda</i> .....	350, 351
<i>La Campanera</i> .....	169, 170
<i>La Cañadilla</i> .....	174
<i>La Carramata</i> .....	166, 169, 170

<i>La Carretera</i> .....	302, 303
<i>La Cepilla</i> .....	366, 367, 371, 372, 373
<i>La Coba</i> .....	137, 174
<i>La Cornatilla</i> .....	366, 367
<i>La Debesa</i> .....	152, 155, 173, 191, 195, 282, 297, 298, 302, 342, 349, 352, 353, 384, 388, 422, 476
<i>La Era de los Moros</i> .....	188
<i>La Ermita</i> .....	164, 165, 169, 170, 173, 507
<i>La Escalera</i> .....	221, 223
<i>La Estación</i> .....	386, 388
<i>La Fraguilla</i> .....	221, 222
<i>La Francesa</i> .....	305, 306
<i>La Guirala</i> .....	164, 165, 169
<i>La Hinojosa</i> .....	242, 243
<i>La Hocesilla</i> .....	302, 303
<i>La Laguna de los Casares</i> .....	213
<i>La Lámpara</i> .....	165, 169, 171
<i>La Magdalena</i> .....	257, 261, 388, 396, 399, 401, 489
<i>La Malpuesta</i> .....	366, 367
<i>La Mesilla</i> .....	172, 293, 294, 297, 313
<i>La Mina</i> .....	53, 242, 243
<i>La Olmedilla I</i> .....	166, 169
<i>La Palaina</i> .....	321, 323, 325, 326
<i>La Pared de los Moros</i> .....	213, 217, 219
<i>La Pelaya</i> .....	388, 396, 401
<i>La Pesquera</i> .....	285
<i>La Pingarrona</i> .....	387, 390, 395, 398
<i>La Pradera</i> .....	282, 283, 284, 387, 395
<i>La Puente</i> .....	257, 258
<i>La Salilla</i> .....	384, 385, 388
<i>La Sernilla</i> .....	217, 220, 221, 223
<i>La Tejada</i> .....	160, 161, 166, 169
<i>La Teta II</i> .....	194, 195
<i>La Tierra de las Pizarras</i> .....	254, 255, 256, 257, 261, 264
<i>La Torrecilla</i> .....	108, 387, 389, 395, 396, 399, 400, 476, 484
<i>La Vega</i> .....	305, 371, 372, 373, 400, 402
<i>La Vera</i> .....	168, 172, 174
<i>Laderas de Revenga</i> .....	281, 283
<i>Laguna de los Casares</i> .....	214
<i>Laguna Turra</i> .....	257, 258, 261
<i>Lancha de la Lana</i> .....	174
<i>Lancha del Trigo</i> .....	130, 172, 174, 175, 488
<i>Las Adoberas</i> .....	263, 388
<i>Las Adoveras</i> .....	257, 258, 261, 389
<i>Las Barreras</i> .....	191, 192, 195
<i>Las Calerizas</i> .....	53, 342, 343, 344
<i>Las Camas de los Moros</i> .....	222
<i>Las Cincuenta</i> .....	366, 367
<i>Las Ciributas</i> .....	217, 220
<i>Las Claveranas</i> .....	164, 169
<i>Las Cocinillas</i> .....	305, 306
<i>Las Cogotas</i> .....	83, 95, 102, 103, 187, 208, 209, 226, 228, 446, 478, 487, 505
<i>Las Cruces</i> .....	172
<i>Las Cuestas</i> .....	221, 222
<i>Las Cunas-Camas de los Moros</i> .....	244
<i>Las Curricasas</i> .....	195, 196
<i>Las Empozaderas</i> .....	294
<i>Las Eras</i> .....	172
<i>Las Erijuelas</i> .....	277
<i>Las Fuentes</i> .....	284, 285
<i>Las Guijas</i> .....	237, 248
<i>Las Hazuelas</i> .....	191, 192
<i>Las Henrrenes de San Cristóbal</i> .....	174, 175

<i>Las Hilejas</i> .....	169
<i>Las Hontanillas</i> .....	277, 278, 285, 286
<i>Las Laderas</i> .....	53, 384, 386, 395
<i>Las Longueras</i> .....	221, 223
<i>Las Merchanas</i> .....	124, 447
<i>Las Navas</i> .....	53, 239, 257, 258
<i>Las Negrillas</i> .....	321, 323, 326
<i>Las Paladinas</i> .....	283, 284
<i>Las Paredejas</i> .....	187, 188, 189
<i>Las Parrillas</i> .....	282, 283, 284, 286
<i>Las Pizarras</i> .....	127, 260, 262, 264, 475, 501
<i>Las Pulgas</i> .....	169, 170
<i>Las Quintanas</i> .....	165, 168, 278, 279, 282, 284
<i>Las Rejas</i> .....	169
<i>Las Rozas</i> .....	143, 302, 303, 400
<i>Las Tierras Largas</i> .....	221, 222
<i>Las Torrecillas I</i> .....	164, 165, 170, 171
<i>Las Torrecillas II</i> .....	165, 169, 170
<i>Las Treinta</i> .....	366, 367, 371, 372
<i>Las Vegas</i> .....	164, 165, 169, 297, 298, 302, 326, 366, 367, 371, 372, 490
<i>Las Verguillas</i> .....	302, 303, 305
<i>Leopardes</i> .....	280
<i>Leránicos</i> .....	325
<i>Letondiquom</i> .....	167
<i>Licina</i> .....	301, 426
<i>Licinio Antílico</i> .....	301
<i>Licinio Título</i> .....	325
<i>LiDAR</i> .....	36, 38, 41, 43, 480
<i>Longino Prisco</i> .....	241
<i>Los Algarrobales</i> .....	278
<i>Los Almadenes</i> .....	322, 323
<i>Los Barrancones</i> .....	387, 390, 395
<i>Los Carabancheles</i> .....	384, 385, 387, 395
<i>Los Castillejos</i> .....	161, 208, 209, 367, 371, 372, 373, 494
<i>Los Cimientos</i> .....	302, 303
<i>Los Codrios</i> .....	191, 195
<i>Los Ejidos</i> .....	384, 385, 388
<i>Los Entierros</i> .....	169, 171
<i>Los Guerreros</i> .....	282
<i>Los Hoyos</i> .....	257, 258, 261
<i>Los Juncas</i> .....	322, 323, 326, 328
<i>Los Mercados</i> .....	105, 296, 297, 302, 305, 311, 500
<i>Los Palomares</i> .....	217, 221
<i>Los Parrales II</i> .....	320, 334
<i>Los Pradejones</i> .....	257, 261, 263
<i>Los Prados</i> .....	173
<i>Los Praos</i> .....	257, 258, 261, 262
<i>Los Rodeos</i> .....	222
<i>Los Sampedros</i> .....	152, 277, 278, 279, 283, 284
<i>Los Secadales</i> .....	164, 166, 169
<i>Los Tejadillos</i> .....	174
<i>Los Tejares</i> .....	169, 170, 187, 257, 261
<i>Los Tejones</i> .....	218, 219
<i>Los Villares</i> .....	169, 173, 191, 195, 297, 298, 302, 303, 350
<i>Lucio</i> .....	300, 347, 368, 370, 391, 393
<i>Lucio Acilio Maxsumino</i> .....	347
<i>Lucio Aelio Symacho</i> .....	370
<i>Lucio Cornelio Quieto</i> .....	393
<i>Lucio Pompeyo Paterno</i> .....	300
<i>Lucio Valerio Latino</i> .....	392
<i>Lurazji</i> .....	393

## M

<i>M[-]nequiqum</i> .....	240
<i>Madre Buena</i> .....	172
<i>Magia</i> .....	119, 279
<i>Majadas</i> .....	18, 205
<i>Malriega</i> .....	282, 283
<i>Malugenicanos</i> .....	393
<i>Manes</i> .....	115, 259, 325
<i>Manucicanos</i> .....	368, 392
<i>Marcelo</i> .....	301
<i>Marco</i> ... VII, 114, 120, 259, 300, 369, 393, 426, 487, 494, 510	
<i>Marco Croncio Proculino</i> .....	393
<i>Marco Ulpio Porcio</i> .....	426
<i>Marcus Grumius</i> .....	392
<i>Marcus Pronius</i> .....	394
<i>Marginal</i> .....	XXXII, 13, 447, 485
<i>Marginales</i> .....	I, III, XXX, 9, 10, 13, 14, 15, 17, 447, 455
<i>Marginalidad</i> .....	13, 14, 54
<i>Marte</i> .....	115, 120, 212, 368, 393
<i>Mata del Palomar</i> .....	257, 261, 265, 266, 477
<i>Mater Deorum</i> .....	113, 300
<i>Máticos</i> .....	325
<i>Maxsumus</i> .....	347
<i>Meducénicos</i> .....	300
<i>Mercato</i> .....	347
<i>Mercuria</i> .....	426
<i>Mermejál</i> .....	217, 220, 221
<i>Mesa de Miranda</i> 83, 95, 103, 160, 161, 162, 179, 228, 487	
<i>Mettericos</i> .....	426, 439
<i>Minicius</i> .....	426
<i>Miran</i> .....	393
<i>Molinillo</i> .....	284, 286, 384, 385, 387
<i>Molino de Imposible II</i> .....	172, 174
<i>Monis</i> .....	346
<i>Moraleja</i> ... 49, 51, 172, 257, 350, 352, 384, 386, 387, 400	
<i>Morenales</i> .....	302, 303
<i>Mucio Olympo</i> .....	393
<i>Muelas del Pan</i> .....	124
<i>Munatia</i> .....	167
<i>Muñicos</i> .....	257, 258, 261
<i>Muro de los Siete Dobles</i> .....	326, 327
<i>Mustaro</i> .....	168

## N

<i>Navaestrellar</i> .....	174
<i>Navagamellas</i> .....	168, 172, 173, 174
<i>Navalabija</i> .....	5, 44, 350, 351
<i>Navalvillar</i> .....	350, 351, 353, 469
<i>Navapalacios</i> .....	164, 165, 169, 172
<i>Necrópolis</i> 54, 244, 257, 261, 294, 328, 350, 399, 484, 485, 493, 500	
<i>Necrópolis celtibérica</i> .....	295
<i>Necrópolis de Remedios</i> .....	350
<i>Necrópolis del arroyo del Bodonal</i> .....	352
<i>Ninfas Varzilenianas</i> .....	425
<i>Noicsina</i> .....	391
<i>Nuestra Señora del Pinar</i> .....	284, 285

## O

Orejuela..... 164, 165, 169

## P

Pascual Blasco..... 165, 166, 168  
 Pedriza Francos..... 302, 303  
 Pedro Serrano..... 222  
 Pelicanos..... 384, 386, 387, 395  
 Peñarrubia..... 302, 303  
 Perales de Milla..... 149, 366, 367  
 Pico los Lirios..... 293, 297  
 Pico Torre..... 277  
 Piedrahíta..... 221, 222  
 Pimpollar..... 244, 245  
 Pintolancum..... 240  
 Polvoranca..... 384, 385, 387, 395, 399, 502  
 Pompeia Sparsillina..... 426  
 Pompeio Eclecto..... 426  
 Pompeyo Dono..... 426  
 Pompeyo Plácido..... 300  
 Prado..... 53, 166, 168, 172, 174, 197, 217, 221, 222, 245,  
 254, 255, 262, 283, 294, 295, 305, 344, 345, 367, 371,  
 373, 388, 395, 396, 414, 429, 499, 507  
 Prado Cimero..... 221, 222  
 Prado de la Nava..... 344, 345  
 Prado del Caño..... 372, 373  
 Prado del Redondillo..... 254, 255  
 Prado Galápagos..... 388  
 Prado Pinchilla..... 246  
 Prado Roble..... 172, 174  
 Prados de la Cabezada..... 321, 323, 324  
 Prócuro..... 301  
 Prospección arqueológica..... 32, 35, 37, 39  
 Puente de Casuar..... 298  
 Puleco..... 259

Página / 460

## Q

Quirina..... 347, 358, 370, 425

## R

Reburnus Bedacium..... 216  
 Ribera de los Moros..... 170, 217  
 Riberas Blancas..... 217, 219  
 Rinconada de la Vega..... 254, 255  
 Rosa Blas..... 295

## S

S. Juan del Viso..... 383, 384, 388  
 Salto del Cura..... 383, 384, 409  
 San Andrés..... 322, 323, 326  
 San Benito..... 174  
 San Frutos..... 293, 294, 297, 299, 300  
 San Juan..... 100, 137, 155, 174, 197, 204, 209, 210, 220,  
 221, 237, 238, 328, 339, 384, 409, 419, 420, 422, 435,  
 471, 481, 513

San Julián..... 294, 296, 305, 313, 343  
 San Martín... 149, 151, 152, 169, 172, 173, 174, 285, 377,  
 403, 428, 430, 479  
 San Nicolás..... 212, 213, 217, 494  
 San Pedro..... 62, 106, 110, 113, 144, 151, 152, 153, 155,  
 166, 239, 241, 250, 263, 304, 321, 323, 473  
 San Pedro de las Caldas..... 263  
 San Simones..... 222  
 San Vicente.. 103, 218, 228, 230, 231, 232, 233, 243, 342,  
 343, 344  
 Santa Inés..... 261, 262, 263  
 Santa María. 100, 144, 148, 155, 165, 166, 169, 190, 211,  
 218, 223, 284, 418, 421, 427, 429  
 Santuario de Postoloboso. 115, 236, 237, 238, 239, 240, 242,  
 244  
 Saturnino..... 369, 425  
 Sempronio Reburina..... 260  
 Sepulcro..... 50, 172  
 Serranos de Avianos..... 174  
 Sexto Prisco..... 425  
 Sica..... 325  
 Siscinio Q... .. 368  
 Somosierra 59, 60, 61, 70, 71, 89, 143, 152, 294, 305, 310,  
 311, 315, 317, 342, 343, 356, 357, 401  
 Sta. María del Bálsamo..... 305, 306  
 Sucario..... 279

## T

Tabula ansata..... 280, 347, 349, 369, 370  
 Tagus..... 279  
 Tedeja..... 124  
 Terencia Faustina..... 300  
 Terra Sigillata Hispánica..... 213  
 Terra Sigillata Itálica (TSI)..... 213  
 Themis..... 424  
 Tierras Negras..... 212, 214, 218  
 Tinto Juan de la Cruz... 108, 387, 390, 395, 397, 400, 403,  
 474, 490  
 Tito..... 295, 300, 301, 312  
 Tito Emilio Emiliano..... 300  
 Toponimia..... VIII, 34, 44, 46, 47, 48, 53, 54, 68, 81, 142,  
 156, 179, 484  
 Tracogote..... 212, 214  
 Transterminancia..... 2, 21  
 Tras las Torres..... 294, 295  
 Trashumancia..... 2  
 Tritium Magallum..... 258  
 TSH..... 171, 191, 192, 195, 213, 342  
 TSHt..... 170, 171, 218, 262, 263, 302, 399  
 Tumba del Moro..... 350, 352, 353

## U

Uca[—]..... 347  
 Ulaca..... 83, 94, 209, 211, 226, 228, 470, 477  
 Ulbianos..... 368  
 Ulucuanos..... 369  
 Ursulus..... 370

<b>V</b>		
<i>V(a)elicus</i> .....	240	<i>Vertedero</i> ..... 366, 367
<i>Vaélico</i>		<i>Vicns</i> ..... 393
<i>Dios de culto indígena</i> .....	237	<i>Villa de Villaverde</i> ..... 389, 397
<i>Valdecarros</i> .....	277, 278	<i>Villa del Val</i> ..... 386, 388, 395, 507
<i>Valdeborcayo</i> .....	171	<i>Villa Romana</i> ..... 257, 258
<i>Valdelacasa</i> .....	320, 321	<i>Villacortilla</i> ..... 305, 306
<i>Valdemoros</i> .....	257, 258, 261, 265	<i>Villatica</i> ..... 20
<i>Valdesanmartín</i> .....	244, 245	<i>Villaviciosa</i> ... 100, 209, 211, 222, 368, 387, 395, 399, 400, 414, 477, 498
<i>Valdespino</i> .....	366, 367	<i>Viña Grande</i> ..... 172
<i>Valdocarros</i> .....	384, 385, 422	<i>Vituli</i> ..... 368
<i>Valeria Ematia</i> .....	259	<i>Vitulinus</i> ..... 368
<i>Valerio Secundo</i> .....	369	<i>Voltoya</i> . 28, 69, 70, 89, 150, 159, 217, 221, 253, 257, 261, 269, 336, 377
<i>Valle de Segovia</i> .....	366, 367	
<i>Valugar</i> .....	302, 303, 305	
<i>Vega del Olmo</i> .....	281, 283	
<i>Venero Luis</i> .....	371	
<i>Vereda de Valdelobos</i> .....	384, 385, 387, 395	
<i>Vernaculus</i> .....	240	
		<b>Z</b>
		<i>Zabones</i> ..... 17



## BIBLIOGRAFÍA

- Abad Castro, C. (2006). El poblado de Navalvillar (Colmenar Viejo). *Zona arqueológica* 8,1, 388-399.
- Abascal Palazón, J. M. (2017). Ordenación territorial de época romana en la región de Madrid. *Zona arqueológica* 20,1, 117-123.
- Abásolo, J. A. (1993). La ciudad hispanorromana en la submeseta norte. En M. Bendala Galán, *La ciudad hispanorromana* (págs. 190-205). Ministerio de Cultura.
- Abásolo, J. A. (1999). La ciudad romana en la Meseta Norte durante la Antigüedad Tardía. En L. García Moreno, y S. Rascón, (eds.), *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía* (págs. 87-100). Alcalá de Henares.
- Abril, L. F., y Alcón, I. J. (2014). El yacimiento romano de Soto de Mozanaque, Algete (Madrid). *Actas de las Octavas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, 139-152.
- Aguiló Alonso, M. (2004). *Guía para la elaboración de estudios del medio físico. Contenido y metodología*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente. Secretaría General Técnica.
- Aitken, R. (1947). Rutas de trashumancia en la meseta castellana. *Estudios Geográficos* 26, 169-187.
- Alarcão, J. (1998). Paisagem rural romana e altomedieval em Portugal. *Conimbriga* 37, 89-120.
- Albertini, E. (1923). *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*. París.
- Alcock, S., y Cherry, J. (2004). (eds.), *Side-by-Side Survey. Comparative Regional Studies in the Mediterranean World*. Oxford.
- Alfaro Giner, C. (2001). Vías pecuarias y romanización en la Península Ibérica. En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 215-231). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez.
- Alföldy, G. (1997). *Die Bauinschriften des Aquäduktes von Segovia und des Amphitheaters von Tarraco*. Berlin : De Gryter .
- Allen, K. M., Green, S., y Zubrow, E. (. (1990). *Interpreting space: Gis and archaeology*. Taylor y Francis.
- Almagro-Gorbea, M. (2001). La Serranía de Albarracín. Análisis etnoarqueológico de la ganadería en la Celtiberia meridional. En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 233-262). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (73).
- Alonso, J., Emperador, C., y Travesí, C. (1988). *Patrimonio Histórico-Artístico en la confluencia de los Ríos Jarama y Henares*. Madrid.
- Álvarez Calvente, M. (2001). *Paisaje forestal andaluz. Ayer y hoy*. Junta de Andalucía.

- Álvarez González, Y., y Palomero Plaza, S. (1990). Las vías de comunicación en Madrid desde época romana hasta la caída del Reino de Toledo. En V. AA., *Madrid del siglo IX al XI* (págs. 41-63). Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Álvarez Rojas, A., y Gil Montes, J. (1988). Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de cristo en Extremadura. *Trabajos de Prehistoria* 45, 305-316.
- Álvarez-Sanchís, J. (1990). Los verracos del Valle del Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socioeconómica. *Trabajos de Prehistoria* 47, 201-233.
- Álvarez-Sanchís, J. (1999). *Los Vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Álvarez-Sanchís, J. (2005). Oppida and celtic society in western Spain. *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies* 6, 255-285.
- Álvarez-Sanchís, J. (2006). Guía arqueológica de castros y verracos. Provincia de Ávila. *Cuadernos de Patrimonio Abulense* 8.
- Álvarez-Sanchís, J. (2011a). Ciudades vettonas. *Complutum* Vol. 22, 2, 147-184.
- Álvarez-Sanchís, J. (2011b). La Segunda Edad del Hierro en el oeste de la meseta. En G. Ruiz Zapatero, y J. Álvarez-Sanchís, (Eds.), *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia* (págs. 101-127). Ávila: Diputación de Ávila.
- Álvarez-Sanchís, J., Marín, C., Falquina, Á., y Ruiz Zapatero, G. (2008). El oppidum vettón de Ulaca (Solosancho, Ávila) y su necrópolis. *Zona Arqueológica* 12, 339-361.
- Andrade, A., Dorado, M., y Ruiz-Zapata, M. (1994). Estudio comparativo de la evolución de la vegetación a partir del tránsito Subboreal-Subatlántico en las sierras abulenses (Ávila, Sistema Central, España). En I. Mateu, M. Dupre, J. Güemes, y M. Burgaz, (eds.), *Trabajos de Palinología básica y aplicada* (págs. 247-261). Valencia: Universitat de Valencia.
- Andrés, G. d. (2000). *Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV, según el Libro de la Montería de Alfonso XI*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Andreu Pintado, J. (2004). *Edictum, Municipium y Lex: Hispania en época flavia (69-96 d.C.)*. Oxford.
- Andreu Pintado, J. (2012). Las "cupae" hispanas: certezas y oscuridades presentes, retos futuros. En J. Andreu Pintado, (ed.), *Las cupae hispanas: progen, difusión, uso, tipología* (págs. 477-487). Zaragoza: Uned Tudela, Fundación Uncastillo.
- Antón Burgos, F. J. (2003). El fenómeno de la trashumancia: interpretación geográfica. En L. Elías Pastor, y F. Novoa Portela, (coord.), *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España* (págs. 203-214). Barcelona: Lunwerg Editores.
- Arcárraga Cámara, S., y Ruiz Taboada, A. (2012-2013). Los orígenes de Complutum: el descubrimiento de planat de la ciudad romana de San Juan del Viso (Villalbilla, Madrid). *Anales de Arqueología Cordobesa* 23-24, 95-116.
- Arce Martínez, J. (2006). *Villae* en el paisaje rural de Hispania romana durante la Antigüedad tardía. *Anejos de AEspA* XXXIX, 9-15.

- Arce Martínez, J. (2009). *El último siglo de la España romana 284-409*. Madrid: Alianza Editorial.
- Arce, J., Caballero, L., y Elvira, M. Á. (1997). El edificio octogonal de Valdetorres de Jarama (Madrid). En R. Teja, y C. Pérez González, (coord.), *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio* vol. 2 (págs. 321-337). IE Universidad.
- Arenillas Parra, M., Arenillas Parra, T., Bullón Mata, T., Burgués Hoyos, J., Juárez del Canto, D., Martínez de Pisón, E., . . . Troitiño Vinuesa, M. (1988). *Análisis del Medio Físico de Ávila. Delimitación de unidades y estructura territorial*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Fomento.
- Arias, G. (1987). *Repertorio de caminos de la Hispania romana*. Cádiz.
- Ariño Gil, E. (2006). Modelos de poblamiento rural en la provincia de Salamanca entre la Antigüedad y la Alta Edad Media. *Zephyrus* 59, 317-337.
- Ariño Gil, E., y Díaz Martínez, P. (2014). La frontera suevo-visigoda: ensayo de la lectura de un territorio en disputa. En R. Catalan Ramos, P. Fuentes Melgar, y J. Saste Blanco, (coord.), *Fortificaciones en la tardoantigüedad: élites y articulación del territorio (siglos V-VIII d.C.)* (págs. 179-190). Madrid: La Ergástula.
- Ariño Gil, E., y Rodríguez Hernández, J. (1997). El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca. Datos de una prospección intensiva. *Zephyrus* 50, 225-245.
- Ariño Gil, E., Gurt Esparraguera, J., Lanuza Garriga, A., y Palet Martínez, J. (1994). El estudio de los catastros rurales: una interpretación estratigráfica del paisaje . *Zephyrus* XLVII, 189-217.
- Ariño Gil, E., Palet i Martínez, J., y Gurt, J. (2004). *El pasado presente: arqueología de los paisajes en la Hispania romana*. Salamanca: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Ariño Gil, E., Riera i Mora, S., y Rodríguez Hernández, J. (2002). De Roma al Medievo. Estructuras de hábitat y evolución del paisaje vegetal en el territorio de Salamanca. *Zephyrus* 55, 283-309.
- Atienza, M., Dorado, M., y Ruiz-Zapata, M. (1991). La palinología en el estudio de la acción antrópica: aplicación a dos depósitos localizados en la Sierra de Béjar y en la Sierra de Ávila (Ávila). *Actas de Gredos*, 11, 31-38.
- Ayala Carcedo, F., Olivier Díaz de Monasterio, C., Galindo Rodriguez, J., Cabra Gil, P., Echegaray Giménez, M., y Gallego Valcarce, E. (1988). *Atlas Geocientífico del Medio Natural de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Azcárraga Cámara, S. (2007). El inicio de la romanización en la región madrileña: nuevas perspectivas para la investigación. *Zona Arqueológica* 10, 1, 323-341.
- Azcárraga Cámara, S. (2014). Nuevos datos sobre la romanización de la Carpetania centro-septentrional. *Zona Arqueológica* 17, 437-445.
- Azcárraga Cámara, S., y Contreras Martínez, M. (2006). Nuevas hipótesis sobre el poblamiento en el valle medio del Henares durante la temprana romanización (s. I a.C.-s. I d.C.). En *X Encuentro de Historiadores del valle del Henares* (págs. 39-52).

- Azcárraga, S. (2015). *El ocaso de un pueblo. La Carpetania centro-septentrional entre la Segunda Edad del Hierro y la época romana (ss. III a. C.-I d. C.): el valle bajo del Henares*. Zona arqueológica 18. Alcalá de Henares.
- Azkárate Garai-Olaun, A. (2002). De la Tardoantigüedad al Medievo cristiano: una mirada a los estudios arqueológicos sobre el mundo funerario. En *Espacios y usos funerarios en el occidente romano*, vol. II (págs. 115-140). Seminario de Arqueología, Córdoba.
- Azkárate Garai-Olaun, A., y Quirós Castillo, J. A. (2001). Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica. *Archeologia Medievale* XXVIII, 25-60.
- Baena Preysler, J. (1997). Empleo de los S.I.G. en el estudio de yacimientos paleolíticos de la región de Madrid. En C. Blasco, J. Baena, y F. Quesada, (eds.), *Los SIG y el análisis espacial en arqueología* (págs. 139-176). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Baena Preysler, J., y Blasco, C. (1997). Análisis macroespacial apoyado en la S.I.G.: el horizonte campaniforme en la región de Madrid. En C. Blasco, J. Baena, y F. Quesada, (coord.), *Los SIG y el análisis espacial en arqueología* (págs. 177-194). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Baena Preysler, J., Blasco Bosqued, C., y Quesada Sanz, F. (1997). *Los SIG y el Análisis Espacial en Arqueología*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Bailón García, M. (2017). La villa rústica de Villaverde: ejemplo de explotación agraria romana. *Zona arqueológica* 20, 1, 420-425.
- Balmaseda Muncharaz, L. J. (1998). La época visigoda. En M. Mariné Isidro, (coord.), *Historia de Ávila*, vol.1 (*Prehistoria e Historia Antigua*) (págs. 339-380). Ávila: Diputación de Ávila, Institución Gran Duque de Alba.
- Baquadano, E. (2007). En busca de los últimos carpetanos. *Madrid histórico*, 11, 8-17.
- Baquadano, E., Contreras Martínez, M., Märtenz Alfaro, G., y Ruiz Zapatero, G. (2007). El oppidum carpetano de "El Llano de la Horca" (Santorcaz, Madrid). *Zona arqueológica* 10, 2, 374-394.
- Baquadano, E., Contreras, M., Märtenz, G., y Ruiz Zapatero, G. (2007). El oppidum carpetano de "El Llano de la Horca"(Santorcaz, Madrid). *Zona Arqueológica* 10, 2, 374-394.
- Barbero, A., y Vigil, M. (1974). *Sobre los orígenes sociales de la reconquista*. Barcelona: 28-36.
- Barker, G. E. (1986). The Montarrenti survey, 1982-3. *Archeologia Medievale* 11, 291-320.
- Barraca de Ramos, P. (1990). La necrópolis del Circuito de San Pedro en Ávila. *Boletín de arqueología medieval* 4, 321-332.
- Barraca de Ramos, P. (1996). Un fragmento arquitectónico visigodo en Ávila. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* Tomo 14 ,nº 1-2, 87-94.
- Barraca de Ramos, P. (1999). Ávila en la AntigüedadTardía. En L. García Moreno, y S. Rascón Marqués, *Complutum y las ciudades hispanas en la antigüedad tardía*. (coord.); *Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía, Alcalá de Henares, 16 de octubre de 1996* (págs. 181-192). Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

- Barraca de Ramos, P. (2002). Estrategia militar y entramado viario del territorio abulense. *Gladius, Anejos* 5, 661-670.
- Barrio Martín, J. (1999). *La II Edad del Hierro en Segovia (España)*. Oxford: BAR International Series 790.
- Barrio Martín, J. (2010). Las comunidades indígenas segovianas a la llegada de Roma. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (Coords.), *Segovia romana II. Gentes y territorios* (págs. 15-38). Segovia: Caja Segovia.
- Barrios García, Á. (1982). Toponomástica e Historia. Notas sobre la despoblación en la zona meridional del Duero. *En la España Medieval* 2, 115-134.
- Barrios García, Á. (1983). *Estructuras agrarias y de poder en Castilla: el ejemplo de Ávila (1085-1320)*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Barrios García, Á. (1998). Una tierra de nadie: los territorios abulenses en la Alta Edad Media. En Á. Barrios García, (coord.), *Historia de Ávila, t. II (Edad Media (s. VIII-XIII))* (págs. 193-226). Ávila: Institución "Gran Duque de Alba" de la Excma. Diputación de Ávila.
- Barrios García, Á. (2000). Una tierra de nadie: los territorios abulenses en la Alta Edad Media. En Á. Barrios García, (ed.), *Historia de Ávila II. Edad Media (siglos VIII-XIII)* (págs. 193-225). Ávila: Diputación de Ávila.
- Barrios García, Á. (2008). Una tierra de nadie: los territorios abulenses en la Alta Edad Media. En Á. Barrios García, (coord.), *Historia de Ávila, t. II (Edad Media (s. VIII-XIII))* (págs. 193-226). Ávila : Institución "Gran Duque de Alba" de la Excma. Diputación de Ávila.
- Barrios García, Á., y Martín Viso, I. (2000-2001). Reflexiones sobre el poblamiento rural altomedieval en el Norte de la Península Ibérica. *Studia historica, Historia medieval* 18-19, 53-83.
- Barroso Cabrera, R., Morín de Pablos, J., Penedo Cobo, E., Oñate Baztán, P., y Sanguino Vázquez, J. (2006). La necrópolis visigoda de Tinto Juan de la Cruz (Pinto, Madrid). *Zona Arqueológica* 8, 2, 537-566.
- Bartel, B. (1995). Acculturation and ethnicity in Roman Moesia Superior. En T. Champion, (ed.), *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*. London: Routledge.
- Beltrán de Heredia Berceo, J., y Rodá de Llanza, I. (2012). Las "cupae" de la "Hispania Citerior": reflexiones sobre su origen y sobre el caso de "Barcino". En J. Andreu Pintado, (ed.), *Las cupae hispanas: origen, difusión, uso, tipología* (págs. 77-110). Zaragoza: UNED Tudela, Fundación Uncastillo.
- Beltrán Lloris, F. (1988). Un espejismo historiográfico: las "organizaciones gentilicias" hispanas. En G. Pereira Menaut, (dir. Congr.), *Actas 1er. Congreso Peninsular de Historia Antigua: Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986* (págs. 197-237). Santiago de Compostela.
- Beltrán, A. (1990). La red viaria en la Hispania romana: introducción. En *La red viaria en la Hispania Romana* (págs. 45-53). Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

- Bendala Galán, M. (1972). Los llamados columbarios de Mérida. *Habis* 3, 223-254.
- Bendala Galán, M. (2002). Perduraciones y romanización a la luz de la arqueología funeraria: notas para una discusión. *Archivo Español de Arqueología* 75, 137-158.
- Bendala Galán, M. (2017). Conquista, romanización y reestructuración urbana y territorial: una mirada a la Carpetania. *Zona arqueológica* 20, 1, 93-102.
- Bendala Galán, M., Fernández Ochoa, C., Fuentes Domínguez, Á., y Abad Casal, L. (1987). Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista. En *Los asentamientos ibéricos ante la romanización* (págs. 121-140). Madrid: Ministerio de Cultura, Departamento de Arqueología.
- Bermúdez Sánchez, J. (2017). Aproximación al estudio de redes viarias en la antigüedad con la ayuda de los Sistemas de Información Geográfica una propuesta de red viaria para las fases de ocupación romanas del territorio madrileño. *Zona arqueológica* 20, 1, 247-257.
- Blanco García, J. F. (1988). Coca arqueológica. *RevArq* 81, 46-55.
- Blanco García, J. F. (2002). Coca, Cauca. En T. Mañanes, (dir.), *Arqueología del área central de la cuenca del río Duero: de Simancas a Coca* (págs. 127-173). Valladolid.
- Blanco García, J. F. (2006). El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización. *Oppidum* 2, 35-84.
- Blanco García, J. F. (2008). Aportación al conocimiento del área arqueológica de Las Pizarras (Coca, Segovia). *Oppidum* 4, 173-184.
- Blanco García, J. F. (2010). La ciudad de Cauca y su territorio. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 221-249). Segovia: Obra Socialo Caja Segovia.
- Blanco González, A. (2009). Tendencias de uso del suelo en el valle Amblés (Ávila, España). De la Edad de Hierro al Medievo. *Zephyrus* LXIII, 155-183.
- Blanco Gonzalez, A., y Martin Viso, I. (2016). Tumbas, parroquias y espacios ganaderos: configuración y evolución del paisaje medieval de la sierra de Ávila. *Historia Agraria* 69, 11-41.
- Blanco González, A., López Sáez , J., y López Merino, L. (2009). Ocupación y uso del territorio en el sector centromeridional de la cuenca del Duero entre la Antigüedad y la Alta Edad Media (siglos I-XI d.C.). *Archivo Español de Arqueología* 82, 275-300.
- Blanco-González, A. (2009). Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). De la Edad del Hierro al Medievo. *Zephyrus* 63, 1, 155-183.
- Blanco-González, A., López-Sáez, J., Alba, F., Abel, D., y Pérez , S. (2015). Medieval landscapes in the Spanish Central System (450-1350): a palaeoenvironmental and historical perspective. *Journal of Medieval Iberian Studies* 7, 1-17.
- Blasco Bosqued , M., y Lucas Pellicer, R. (2000a). La Edad del Hierro en la región de Madrid. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 39-40, 177-196.

- Blasco Bosqued, M. C., y Lucas Pellicer, M. R. (2000b). *El yacimiento romano de La Torrecilla: de villa a tugurium*. Madrid.
- Blasco Bosqued, M. C., y Alonso Sánchez, M. A. (1985). *Cerro Redondo, Fuente el Saḡ del Jarama, Madrid. Excavaciones Arqueológicas en España* 143. Ministerio de Cultura.
- Blasco Bosqued, M., Baena, J., Recuero, V., Montero, I., Barrio, J., y Antona, V. (1995). El Castro de La Dehesa de la Oliva y su entorno geográfico. En F. Burillo, (ed.), *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos (Daroca, 1991)* (págs. 203-211). Zaragoza: Institución "Fernando el Católico".
- Blázquez Martínez, J. M. (1991). Teónimos indígenas de Hispania: addenda y corrigenda. *Palohispanica* 1, 63-85.
- Blázquez, J. M. (1962). *Religiones primitivas de Hispania*. Madrid.
- Bonnaud, C. (2005). Les castros vettons et leurs populations au Second Âge du Fer (V siècle-II siècle av. J. C.) II: l'habitat, l'économie, la société. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8, 2, 225-271.
- Brogiolo, G. P., y Chavarría Arnau, A. (2005). *Aristocrazie e campagne nell'Occidente da Costantino a Carlo Magno*. Firenze.
- Brogiolo, G. P., y Chavarría Arnau, A. (2008). El final de las villas y las transformaciones del territorio rural en el occidente (siglos V-VIII). En C. Fernández Ochoa, V. García Entero, y F. Gil Sendino, (eds.), *Villas tardorromanas en Hispania* (págs. 193-214). Gijón.
- Brogiolo, G. P., y Gelichi, S. (1996). *Nuove ricerche sui castelli altomedievali in Italia settentrionale*. Firenze.
- Buol, S. W., Hole, F. D., y McCracken, J. (2000). *Génesis y clasificación de suelos*. Trillas.
- Burillo Mozota, F. (1980). *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los rios Huerva y Jiloca Medio*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Burillo Mozota, F. (1998). *Arqueología del paisaje. Comunicaciones presentadas al 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial (Teruel, 14-16 de septiembre de 1998)*. Teruel: Arqueología Espacial, 19-20.
- Burillo Mozota, F. (1998). *Celtiberos. Etnias y estados*. Barcelona: Crítica.
- Burjachs Casas, F., y Expósito Barea, I. (2002). *Análisis polínico del yacimiento arqueológico de La Mata del Palomar (Nieva, Segovia)*. Informe inédito.
- Caballero Arribas, J. (2001). *Excavación arqueológica en La Cabeza de Navasangil. Villaviciosa-Solosancho (Ávila). Informe Arqueológico*. Escuela-Taller Ulaca II. Solosancho. Ávila: Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura .
- Caballero Arribas, J., y Peñas Pedrero, D. (2012). Un castrum de época visigoda en el Valle Amblés: La Cabeza de Navasangil (Solosancho, Ávila). En J. A. Quirós, y J. M. Tejado, (eds.), *Los castillos altomedievales en el Noroeste de la península Ibérica* (págs. 213-238). Documentos de Arqueología Medieval 4. Bilbao: Servicio de Publicaciones de la UPV/EHU.



- Caballero Casado, C. J. (2006). Caminos sobre caminos: un recorrido por las rutas visigodas de Madrid. *Zona arqueológica* 8, 1, 93-104.
- Caballero Zoreda, L., y Megías Pérez, G. (1977). Informe de las excavaciones del poblado medieval del Cancho del Confesionario, Manzanares el Real (Madrid). *Noticiario Arqueológico hispánico* 5, 325-332.
- Caballero Zoreda, L., y Sánchez, J. (1990). Reutilizaciones de material romano en edificios de culto cristiano. En *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano. Antigüedad y Cristianismo VII*, (págs. 431-485). Murcia.
- Caballero, L., y Mateo, A. (1990). El grupo de atalayas de la sierra de Madrid. En *Madrid del siglo IX al XI* (págs. 65-77). Madrid: Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid.
- Cabañero Martín, V. M., Martínez Caballero, S., y Gallego Revilla, J. I. (2014). Nuevas aportaciones al conocimiento arquitectónico y urbanístico de Cauca (Coca, Segovia, Hispania Citerior) en época romana. En *XVIII CIAC: Centro y periferia en el mundo clásico* (págs. 1765-1767). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- Cabo Alonso, Á. (1991). La Cañada Leonesa Occidental. En P. García Martín, (coord.), *Cañadas, cordeles y veredas* (págs. 89-121). Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería.
- Cabo, Á. (1973). Condicionamientos geográficos. En Á. Cabo, y M. Vigil, *Historia de España Alfaguara I* (págs. 1-183). Madrid: Alianza Universidad.
- Cabré Aguiló, J. (1930). *Excavaciones en Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). El Castro*. Madrid: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 110.
- Cabré Aguiló, J. (1932). *Excavaciones de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). La necrópolis*. Madrid: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 120.
- Cabré Aguiló, J., Cabré de Morán, M. E., & Molinero Pérez, A. (1950). *El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, AAH, V.
- Canto de Gregorio, A. (1994). La "Piedra Escrita" de Diana, en Cenicientos (Madrid), y la frontera oriental de Lusitania. *CuPAUAM* 21, 271-296.
- Castellanos, S., y Martín Viso, I. (2005). The local articulation of central power in the north of the iberian Peninsula (500-1000). *Early Medieval Europe* 13,1, 1-42.
- Castillo, A. d. (1970). Cronología de las tumbas llamadas olerdolanas. En *XI Congreso Nacional de Arqueología* (págs. 835-845). Zaragoza.
- Catalina, J. (1905). Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara. En *Memorial Histórico Español. Colección de Documentos, Opúsculos y Antigüedades* t. XLIII. Madrid.
- Centeno Cea, I. (2006). La ciudad entre los siglos IV y VII. El mundo tardoantiguo. En M. Estremera Portela, I. Centeno Cea, y J. Quintana López, (coords.), *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte* (págs. 116-137). Ávila: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura.

- Centeno Cea, I. (2006). La imagen de la ciudad altoimperial. En M. Estremera Portela, I. Centeno Cea, y J. Quintana López, (coord.), *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte* (págs. 89-110). Ávila: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Centeno Cea, I., y Quintana López, J. (2005). Cerámica romana del Mercado Grande de Ávila. II. Cerámica de mesa de los niveles romanizados. *BSAA arqueología* LXXI, 209-273.
- Cepas, A. (1997). *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*. Madrid: Anejos de Archivo Español de Arqueología XVII.
- Champion, T. (1995). Introducción. En T. Champion, *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology* (págs. 1-20). Routledge.
- Chapelot, J. (1980). Le fond de cabane dans l'habitat rural Ouest-Européen: État des questions. *Archéologie Médiévale* X, 5-57.
- Chapelot, J., y Fossier, R. (1980). *Le village et la maison au Moyen Age*. Paris: Hachette littérature.
- Chavarría Arnau, A. (2006a). Aristocracias tardoantiguas y cristianización del territorio (siglos IV-V): ¿otro mito historiográfico? *Rivista di Archeologia Cristiana* LXXXII, 201-230.
- Chavarría Arnau, A. (2006b). Villas en Hispania durante la Antigüedad Tardía. En A. Chavarría Arnau, J. Arce, y G. Brogiolo, *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental* (págs. 17-35). Madrid: CSIC.
- Chavarría Arnau, A. (2007). *El final de las villas en Hispania (siglos IV-VIII)*. Turnhout: Brepols Publishers.
- Chavarría Arnau, A. (2013). ¿Castillos en el aire? Paradigmas interpretativos "de moda" en la arqueología medieval española. En *De Mahoma a Carlomagno. Los primeros tiempos (siglos VII-IX)*. XXXIX Semana de Estudios Medievales (págs. 131-166). Estella.
- Colmenarejo García, F. (1987). *Arqueología medieval de Colmenar Viejo*. Colmenar Viejo: Ayuntamiento de Colmenar Viejo.
- Conolly, J., y M., L. (2009). *Sistemas de información geográfica aplicada a la arqueología*. Barcelona: Bellaterra arqueología.
- Contreras Martínez, M. (2017). El paisaje funerario bajoimperial en el centro de Hispania: rito, sociedad y poblamiento. *Zona arqueológica* 20, 2, 228-243.
- Contreras Martínez, M., y Fernández Ugalde, A. (2007). El espacio funerario en el poblado de época visigoda de Gózzquez de Arriba (San Martín de la Vega, Madrid). *Zona arqueológica* 8, 2, 516-534.
- Contreras Martínez, M., Märtens Alfaro, G., Ruiz Zapatero, G., y Baquedano, E. (2014). Oppidum, urbanismo y organización de los espacios de hábitat en El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid). *Zona arqueológica* 17, 111-124.

- Cordero Ruiz, T., y Martín Viso, I. (2012). Sobre los usos y la cronología de las pizarras numerales: Reflexiones a partir del caso del yacimiento de Valdelobos (Montijo, Badajoz). *Archivo Español de Arqueología*, 85, 253-266.
- Correia Santos, M. J. (2010). Inscripciones rupestres y espacios sagrados del norte de Portugal nuevos datos y contextualización. Los casos de Pena Escrita, Mogueira y Pias dos Mouros. En J. A. Arenas Esteban, (coord.), *Celtic religion across space and time* (págs. 180-199). Molina de Aragón.
- Costa García, J. M. (2015). Asentamientos militares romanos en el Norte peninsular: aportes de la fotografía aérea histórica, la fotografía satelital y el LiDAR aéreo. *Férvedes* 8, 35-44.
- Costa-García, J., y Casal García, R. (2015). Fotografía aérea histórica, satelital moderna y LIDAR aéreo en algunos recintos militares romanos de Castilla y León. *Portugalia, Nova Serie* 36, 143-158.
- Costeira da Silva, R., Alegria Ribeiro, C., y Carvalho, P. (2002). Povoamento rural romano ao longo da Ribeira da Meimoa- Fundao (1ª campanha de prospecção intensiva). *Conimbriga* 41, 127-152.
- Criado de Val, M. (2011). *Atlas de Caminería Hispánica*, Vol. I. Fundación de la Asociación Española de la Carretera .
- Cuadrado, E. (1991). El Castro de la Dehesa de la Oliva. *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 2, 189-255.
- Curado, J. M. (2014). Excavación arqueológica del yacimiento romano Cruce de la Carretera de Loeches (San Fernando de Henares, Madrid). *Actas de las Octavas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, 491-494.
- Curchin, L. A. (1991). *Roman Spain: Conquest and Assimilation*. Londres: BCA.
- Curchin, L. A. (2004). *The Romanization of Central Spain. Complexity, Diversity and Change in a Provincial Hinterland*. Londres: Routledge.
- Dahí Elena, S. (2012). *Contextos cerámicos de la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media (siglos IV-VIII d.C.) en los asentamientos rurales de la Lusitania Septentrional (Provincia de Salamanca)*. Oxford: British Archaeological Reports.
- Darwill, T. (1999). The historic environment, historic landscapes, and space-time-action models in landscape archaeology. En P. Ucko, y R. Layton, (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape* (págs. 106-120). London: Routledge.
- Darwill, T. (2008). Pathways to a Panoramic Past: A Brief History of Landscape Archaeology in Europe. En B. David, y J. Thomas, (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology* (págs. 60-76). Walnut Creek: Left Coast Press.
- David, B., y Thomas, J. (2008). Landscape Archeology: Introduction. En B. David, y J. Thomas, (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology* (págs. 27-43). Walnut Creek: Left Coast Press.
- Davidson, I., y Bailey, G. N. (1984). Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 2, 1, 25-43.

- Dávila Serrano, A. F. (2007). La Edad del Hierro en la Carpetania: una historia a medio contar. *Zona Arqueológica* 10, 1, 14-34.
- Dávila, A. (2007). La Edad del Hierro en el bajo valle del río Henares: territorio y asentamientos. *Zona Arqueológica* 10, 1, 88-135.
- Dávila, A. (2009). Asentamientos y territorio durante la Segunda Edad del Hierro en el Bajo Valle del Río Henares. En *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid* (págs. 265-279). Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Cultura y Deportes, Dirección General de Patrimonio Histórico.
- Dávila, A. (2014). Paisaje y poblamiento en la Carpetania: un territorio en proceso de definición. *Zona arqueológica* 17, 45-70.
- Delibes de Castro, G. (1998). Del Neolítico al Bronce. En M. Mariné, (coord.), *Historia de Ávila* vol. I (págs. 21-86). Ávila: Institución "Gran Duque de Alba" de la Excm. Diputación de Ávila.
- Desprat, S., Sánchez Goñi, M., y Loutre, M. (2003). Revealing climatic variability of the last three millennia in northwestern Iberia using pollen influx data. *Earth and Planetary Science Letters* 213, 63-78.
- Díaz de la Torre, J., Boreas Ureta, M., Caballero Arribas, J., y Cabrera González, B. (2009). El despoblado de san Cristóbal o Las Henrenes (Cillán, Ávila): una aproximación al paso de la Edad Antigua a la Edad Media. En I. M. Viso, (ed.), *¿Tiempos oscuros? territorios y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)* (págs. 159-180). Madrid: Sílex.
- Díaz del Río Español, P., Méndez Madariaga, A., y Rascón Marqués, S. (1991). La reocupación del mosaico del Auriga Victorioso en la villa romana del Val (Alcalá de Henares). *Arqueología, paleontología y etnografía* 1, 181-200.
- Díaz, P., y Martín Viso, I. (2011). Una contabilidad esquiva: las pizarras numerales visigodas y el caso de El Cortinal de San Juan (Salvatierra de Tormes, Salamanca). En P. Díaz, y I. Martín Viso, *Between tax and rent. Fiscal problems from Late Antiquity to Early Middle Ages* (págs. 221-250). Bari.
- Didierjean, F. (2008). Camps militaires romains et archéologie aérienne: méthodologie et données nouvelles. *Salvée* 8, 95-115.
- Donat, P. (1980). *Haus, Hof und Dorf*. Berlín: Akademie Verlag.
- Ebel-Zepezauer, W. (2000). Studien zur Archäologie der Westgoten vom 5. -7. Jh. n. Chr., *Iberia Archaeologica* 2.
- Elías Pastor, L. V. (1991). La Cañada Real Riojana o Galiana. En P. García Martín, (coord.), *Cañadas, cordeles y veredas* (págs. 228-255). Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería.
- Escalona Monge, J. (2001). Jerarquización social y organización del espacio. Bosques y pastizales en la Sierra de Burgos (siglos X-XII). En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 109-137). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (73).

- Escalona Monge, J. (2002). *Sociedad y territorio en la Alta Edad Media castellana. La formación del Alfoz de Lara*. Oxford: BAR International Series 1079.
- Escalona Monge, J. (2006). Patrones de fragmentación territorial: el fin del mundo romano en la Meseta del Duero. En U. Espinosa Ruiz, y S. Castellanos García, (coord.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía* (págs. 165-200). Universidad de La Rioja.
- Escalona, J., Alfonso, I., y Reyes, F. (2008). Arqueología e Historia de los paisajes medievales: apuntes para una agenda de investigación. En R. Gabarrou, & J. Naredo, (eds), *El paisaje en perspectiva histórica. Formación y transformación del paisaje en el mundo mediterráneo* (págs. 91-116). Zaragoza: Monografías de Historia Rural 6: Sociedad Española de Historia Agraria.
- Esparza Arroyo, Á. (2011). Los castros del oeste de la Meseta. *Complutum* 22, 2, 11-48.
- Esteban Molina, J. (2007). *La villa romana y la necrópolis visigoda de Santa Lucía, Aguila fuente (Segovia). Nuevas aportaciones para su estudio*. Segovia: Ayuntamiento de Aguila fuente.
- Fabián García, J. F. (2007). Los orígenes de la ciudad de Ávila y la época antigua. Aportaciones de la Arqueología al esclarecimiento de las cuestiones históricas previas a la etapa medieval. En C. Luis López, *Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios* (págs. 83-101). Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Fabre, G. (2000). *Organisation des espaces antiques: entre nature et histoire. (Table ronde organisée para le GRA Université de Pau et des Pays de l'Adour, les 21 et 22 de mars 1997)*. Biarritz.
- Feijóo, M. (2014). La cristianización del mundo rural en la antigüedad tardía: entre la propiedad y la ideología. En XVIII CIAC. *Centro y Periferia en el mundo clásico* (págs. 1865-1867). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- Fernández Casado, C. (2008). *Historia del puente en España. Puentes romanos*. Madrid: CSIC.
- Fernández Galiano, D. (1984). *Complutum I. Excavaciones*. Madrid: Excavaciones Arqueológicas en España. Ministerio de Cultura.
- Fernández Galiano, D. (1989). En torno a Titulcia. *El Miliario Extravagante*, 21.
- Fernández Gómez, F. (1986). *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candaleda*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila.
- Fernández Gómez, F. (1998). La Edad del Hierro. En M. Mariné, (coord.), *Historia de Ávila* vol. I (págs. 105-280). Ávila: Institución "Gran Duque de Alba" de la Excm. Diputación de Ávila.
- Fernández Martínez, V. M., y Ruiz Zapatero, G. (1984). El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica. *Arqueología Espacial* 1, 55-71.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. (1991). Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica. *CuPAUAM* 18, 227-259.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. (1992). Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (segunda parte). *CuPAUAM* 19, 319-360.

- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. (2002a). Entre el prestigio y la defensa: la problemática estratégico-defensiva de las murallas tardorromanas en Hispania. En A. Morillo Cerdán, (ed.), *Arqueología militar en Hispania (Anejos de Gladius 5)* (págs. 577-589). Madrid.
- Fernández Ochoa, C., & Morillo Cerdán, A. (2002b). Romanización y asimilación cultural en el Norte Peninsular. Algunas reflexiones sobre un topos historiográfico desde una perspectiva arqueológica. En M. Á. de Blas Cortina y Ángel Villa Valdés, (coords.) *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña: Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia: homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles* (págs. 261-278). Ayuntamiento de Navia.
- Fernández Ochoa, C., Salido Domínguez, J., y Zarzalejos Prieto, M. (2014). Las formas de ocupación rural en Hispania. Entre la terminología y la praxis arqueológica. *CuPAUAM* 40, 111-136.
- Fernández Ochoa, C., Zarzalejos Prieto, M., y Rodríguez Martín, G. (2017). Las vías en el sector occidental de la Comunidad de Madrid. Nuevos y viejos problemas. *Zona arqueológica* 20, 1, 225-242.
- Fernández Ochoa, C., y Zarzalejos Prieto, M., (2017). Premisas básicas para el estudio de las formas de ocupación y los modelos de poblamiento rural romano en el área madrileña. *Zona arqueológica* 20, 1, 191-204.
- Fernández Troyano, L. (1990). *Los pasos históricos de la Sierra del Guadarrama*. Madrid.
- Fernández-Posse, M. D., y Sánchez-Palencia, F. J. (1998). Las comunidades campesinas en la cultura castreña. *Trabajos de Prehistoria* 55, 2, 127-150.
- Ferrándiz Martín, F., Soba de la Fuente, R. M., Pinedo Reyes, J., y Martínez Cabañas, J. L. (1990). La calzada del Puerto del Pico: problemática de su trazado en la provincia de Ávila. En *Simposio sobre la red viaria en la Hispania Romana* (págs. 183-198). Tarazona: Institución Fernando el Católico.
- Fichtl, S. (2000). *La ville celtique: les oppida de 150 av. J.-C. à 15 apr. J.-C.* Paris: Errance.
- Flores Fernández, R. (2014). Presencia romana en Humanejos (Parla, Madrid). En *Octavas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid* (págs. 459-463). Madrid: DGPH.
- Folgueira Lombardero, P. (2009). La toponimia como fuente para el estudio del poblamiento altomedieval: posibilidades y limitaciones. *Tiempo y sociedad* 1, 15-22.
- Fowler, P. J. (2003). *World Heritage Cultural Landscapes 1992-2002*. Paris: UNESCO World Heritage Centre.
- Franco Múgica, F., García Antón, M., y Sainz Ollero, H. (1997). Impacto antrópico y dinámica de la vegetación durante los últimos 2000 años BP en la vertiente septentrional de la Sierra de Gredos: Navarredonda (Ávila, España). *Revue de Paléobiologie* 16, 1, 29-45.

- Franco Múgica, F., García-Antón, M., y Sainz-Ollero, H. (1998). Vegetation dynamics and human impact in the Sierra de Guadarrama, Central System, Spain. *The Holocene* 8, 1, 69-82.
- Francovich, P., Patterson, H., y Barker, G. (2000). (eds.), *Extracting Meaning from Ploughsoil Assemblages. The Archaeology of Mediterranean Landscapes* 5. Oxford.
- Fronza, V. (2009). La "grubenhause" nell'altomedioevo europeo. En G. Volpe, y P. Favia, *Congreso Nazionale di Archaeologia Medievale* (págs. 36-39). Firenze: All'Insegna del Giglio.
- Fuente Arrimadas, N. (1925). *Fisiografía e Historia del Barco de Ávila*. Ávila: Senén Martín.
- Fuentes Domínguez, Á. (1984). La Submeseta Norte y sus relaciones culturales con la Submeseta Sur. *Al-Barit: Revista de estudios albacetenses* 15, 157-172.
- Fuentes Domínguez, Á. (1992). Necrópolis tardorromanas en Soria. En *Symposium de Arqueología Soriana. Actas (Soria, 1989)* (págs. 991-1006). Soria: Diputación Provincial.
- Fuentes Domínguez, Á. (1997). Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d.C. En V. AA., *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio* Vol. 2 (págs. 477-496).
- Fuentes Domínguez, Á. (2000a). La Torrecilla como modelo del final del poblamiento romano rural en Madrid: apostillas a "De villa a tugurium". En M. C. Blasco Bosqued, y M. Lucas Pellicer, *El yacimiento romano de La Torrecilla: de villa a tugurium* (págs. 385-390). Madrid: Servicio de publicaciones U.A.M.
- Fuentes Domínguez, Á. (2000b). Una zona marginal de Hispania: Madrid en época romana. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 39-40, 197-211.
- Fuentes Domínguez, Á. (2006a). *Castilla-La Mancha en época romana y Antigüedad Tardía*. Ciudad Real: Almud.
- Fuentes Domínguez, Á. (2006b). El medio físico. En Á. Fuentes, *Castilla-La Mancha en época romana y Antigüedad tardía* (págs. 17-26). Ciudad Real: Almud.
- Fuentes Domínguez, Á., y Barrio Martín, J. (1999). Proyecto de investigación arqueológica en el Cerro de la Virgen del Castillo de Bernardos (Segovia). En P. Bueno Ramírez, & R. Balbín Behrmann, (coord.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996* vol. 4 (págs. 441-450). Fundación Rei Afonso Henriques.
- Fuentes Domínguez, A., y Uscatescu, A. (2017). Status administrativo, arquitectura y urbanización en la periferia, el caso de la Ermita de la Torre (Vallecas-Vicálvaro, Madrid). *Zona Arqueológica* 20, 1, 337-348.
- Galán Domingo, E., y Ruiz-Gálvez, M. (2001). Rutas ganaderas, transterminancia y caminos antiguos. En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 263-278). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (73).
- Galindo San José, L., y Sánchez, V. M. (2005). La necrópolis tardoantigua de "Gerona 4" en Móstoles. En *Huellas. Actuaciones de la Comunidad de Madrid en el Patrimonio Histórico* (págs. 71-77). Madrid.



- Galindo, L., Sánchez, V. M., Recio Martín, R. C., y Urbina Álvarez, A. (2012). Necrópolis tardorromana de Móstoles. En *Actas de las Sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid (Alcalá de Henares, 2009)* (págs. 319-332). Madrid: Comunidad de Madrid.
- García Gómez, E., y Pereira Sieso, J. (2017). El uso de la bellota en la prehistoria en la península ibérica. En S. Pérez-Díaz, J. Ruiz-Fernández, J. López-Sáez, y C. García-Hernández, (Eds.), *Cambio climático y cultural en la Península Ibérica: una perspectiva geohistórica y paleoambiental* (págs. 169-183). Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- García Martín, P. (1991). El pastoreo y las vías pecuarias. En P. García Martín, (coord.), *Cañadas, cordeles y veredas* (págs. 15-57). Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería.
- García Martín, P. (2001). La principal sustancia destos reynos. De la trashumancia premesteña en la Península Ibérica. En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 1-19). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (73).
- García Martín, P., y Grande Ibarra, J. (2003). De los nombres de las cañadas. En L. Elías Pastor, & F. Novoa Portela, (coord.), *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España* (págs. 227-233). Barcelona: Lunwerg Editores.
- García Merino, C. (1975). *Población y poblamiento en Hispania romana. El Conventus Cluniensis*. Valladolid: Studia Romana I.
- García Moreno, L., y Rascón, S. (1999). *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares: Acta Antiqua Complutensis 1.
- García Sánchez, J. (2012). *Arqueología y paisaje en el noroeste de Burgos: la transición de la Segunda Edad de Hierro a época romana a través del registro material*. Cantabria: Tesis doctoral inédita.
- García Sanjuan, L. (2005). *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- García Vargas, E., Albelda, E., y Fernandez, F. (2008). La romanización del Bajo Guadalquivir: Ciudad, territorio y economía (siglos II-I a.C.). *Mainake* 30, 247-270.
- García Vargas, E., Camacho Moreno, M., y Oria Segura, M. (2002). El poblamiento romano en la campiña sevillana: el término municipal de Marchena. *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla* 11, 311-340.
- García-Entero, V., Peña Cervantes, Y., y Zarco Martínez, E. (2017). Villas romanas y poblamiento rural en la región madrileña. *Zona Arqueológica* 20, 1, 208-219.
- Godelier, M. (1990). *Lo ideal y lo inmaterial: pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus Humanidades.
- Gómez González, C., Ruiz Zapata, M. B., Gil García, M. J., López Sáez, J. A., Mediavilla, R., Domínguez, F., y Vera, M. S. (2009). Evolución del paisaje vegetal durante los

- últimos 1680 años BP en el Macizo de Peñalara (Sierra de Guadarrama, Madrid). *Revista Española de Micropaleontología* 41, 1-2, 75-89.
- Gómez-Pantoja, J. (1995). Pastores y trashumantes de Hispania. En *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos* (págs. 495-505).
- Gómez-Pantoja, J. (1999). Historia de dos ciudades: Capera y Clunia. En J.-G. Gorges, y F. Rodríguez Martín, (éd.), *Économie et territoire en Lusitanie romaine* (págs. 91-108). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (65).
- Gómez-Pantoja, J. (2001). Pastio Agrestis. Pastoralismo en Hispania romana. En J. Gómez-Pantoja, (ed.), *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval* (págs. 177-213). Madrid: Collection de la Casa de Velázquez (73).
- Gómez-Pantoja, J. (2004). Pecora consecrari: trashumance in Roman Spain. En B. S. Frizell, *Man and animal in Antiquity* (págs. 84-102). Roma.
- Gómez-Pantoja, J., y Martino García, D. (2017). Una estela en el Barco de Ávila. *Ficheiro Epigráfico*, 144.
- Gómez-Pantoja, J., y Sánchez Moreno, E. (2003). Antes de la Mesta. En L. Elías Pastor, y F. Novoa Portela, (coord.), *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España* (págs. 23-35). Barcelona: Lunwerg Editores.
- Gómez Santacruz, J. (1993). *La Meseta Superior Hispana durante la época antonina*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Gómez Zotano, J., y Riesco Chueca, P. (2010). *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas*. Junta de Andalucía.
- González Álvarez, D. (2016). *Poblamiento y antropización de la montaña occidental cantábrica durante la Prehistoria reciente: una aproximación desde la Arqueología del Paisaje*, Tesis Doctoral inédita. Madrid.
- González Zymla, H. (2011). Arquitectura militar y urbanismo de frontera en Barco de Ávila. *Revista de Arqueología* 358, 32-43.
- González-Conde Puente, M. P. (1987). *Romanidad e indigenismo en Carpetania*. Alicante.
- González-Tablas Sastre, F. J. (2008). La casa vettona. Actuaciones recientes en el castro de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila). *Zona Arqueológica* 12, 202-211.
- González-Tablas Sastre, F. J. (2009). Las murallas de Las Cogotas y La Mesa de Miranda. Apuntes a la arquitectura defensiva de los vettones. *Zephyrus* LXIV, 63-79.
- Gonzalo González, J. M. (2006). *El Cerro del Castillo, Bernardos (Segovia). Un yacimiento arqueológico singular en la provincia de Segovia durante la Antigüedad Tardía*. Segovia.
- Gonzalo, J. M. (2008). Articulación del paisaje rural de época romana en la actual provincia de Segovia: el papel de las villae. En C. Fernández Ochoa, V. García Entero, y F. Gil Sendino, (eds.), *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función. IV Coloquio de Arqueología en Gijón* (págs. 617-627). Gijón.
- Goodchild, M. F. (2000). The current status of GIS and spatial analysis. *Geographical Systems* 2, 5-10.

- Gozalo Viejo, F., Gonzalo González, J. M., y Blanco García, J. F. (2013). El Cerro Tormejón (Armuña, Segovia). Análisis de sus materiales cerámicos tardoantiguos. *CuPAUAM* 39, 151-182.
- Grau Mira, I. (2002). *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante.
- Gros, P. (1998). Villes et "non-villes": les ambiguïtés de la hiérarchie juridique et de l'aménagement urbaine. En P. Gros, (dir.), *Villes et campagnes en Gaule romaine. 120<sup>e</sup> Congrès National des Sociétés historiques et scientifiques (Aix-en-Provence, 1995)* (págs. 11-25). París.
- Guerra, P. (2008). *El yacimiento tardoantiguo de Carracalleja (Escarabajosa de Cabezas, Segovia). Contexto y primeros resultados arqueológicos*. Plasencia: Excmo. Ayuntamiento de Escarabajosa de Cabezas.
- Guillins, M., Mattingly, D., y Van Dalen, J. (1999). *Geographical Information Systems and Landscape Archaeology*. Oxford: The Archaeology of Mediterranean Landscape 3.
- Gurt i Esparraguera, J. M., y Sánchez Ramos, I. (2008). Las ciudades hispanas durante la Antigüedad Tardía: una lectura arqueológica. *Zona arqueológica* 9, 183-202.
- Gutiérrez González, J. A. (2014). Fortificaciones tardoantiguas y visigodas en el norte peninsular (ss. V-VIII). En R. Catalán Ramos, P. Fuentes Melgar, y J. C. Sastre Blanco, (coords.), *Las fortificaciones en la tardoantigüedad: Élite y articulación del territorio (siglo V-VIII d.C.)* (págs. 191-214). Madrid: La Ergástula.
- Gutiérrez Lloret, S., y Abad Casal, L. (2002). Fortificaciones urbanas altomedievales del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España). El baluarte occidental. En *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Simpósio Internacional sobre Castelos 2000* (págs. 133-144). Castelos.
- Gutiérrez Palacios, A., Díaz, M., y Maluquer de Motes, J. (1958). Excavaciones en la Lancha del Trigo. Diego Álvaro (Ávila). *Zephyrus* IX, 59-78.
- Hallsall, G. (1996). Towns, societies and ideas: the not-so-strange case of late roman and early merovingian Metz. En N. Christie, y S. T. Loseby, (eds), *Towns in transition: urban evolution in late antiquity and the early middle ages* (págs. 235-261). Aldershot: Scholar Press.
- Hamerow, H. (2002). *Early medieval settlements: The Archaeology of Rural Communities in North-West Europe 400-900*. Oxford.
- Hamerow, H. (2012). *Rural settlements and society in Anglo-Saxon England*. Oxford: Oxford University Press.
- Haselgrove, C. (1987). Culture process on the periphery: Belgic Gaul and Rome during the late Republic and early Empire. En M. Rowlands, M. Larsen, y K. Kristiansen, (eds.), *Centre and periphery in the ancient world* (págs. 104-124). Cambridge University Press.

- Hedeager, L. (1987). Empire, frontier and the barbarian hinterland: Rome and northern Europe from 1-400 AD. En M. Rowlands, M. Larsen, y K. Kristiansen, *Centre and periphery in the ancient world* (págs. 125-140). Cambridge University Press.
- Heras Martínez, C. (2017). *Sit tibi terra levis*. El paisaje funerario romano republicano y altoimperial en la Comunidad de Madrid. *Zona arqueológica* 20, 2, 205-224.
- Heras, C., Bastida, A., y Galera, V. (2014). El conjunto imperial romano altoimperial de "La Magdalena II" (Alcalá de Henares): hornos, almacenes y conjuntos hidráulicos. *Actas de las Octavas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, 65-78.
- Heras, C., Bastida, A., Diges, Y., y otros. (2012). La parcela 11796 de Alcalá de Henares. La necrópolis romana y visigoda. Primeras aportaciones. En *Actas de las sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid (Alcalá de Henares, 2009)* (págs. 351-364). Madrid: Comunidad de Madrid.
- Hernández Beloqui, B., Burjachs i Casas, F., y Iriarte Chiapusso, M. J. (2013). Antropización en el paisaje vegetal de época visigoda en el centro peninsular a través del registro paleopalinológico. En J. A. Quirós Castillo, (coord.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania: arqueología del campesinado en el interior peninsular* (págs. 345-356). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Hernández Hernández, L., y Vírveda Sanz, L. (2008). *Informe preliminar de la excavación arqueológica realizada en la parcela UE-2 El Jardín (Arroyomolinos)*. Área, S.C.M. Informe inédito, depositado en la DGPH de la Comunidad de Madrid (julio 2008).
- Hernández Sousa, J. M. (2013). Inscripciones hispanorromanas en Colmenar Viejo y su comarca. *Revista de Investigación Cuadernos de Estudio* 27, 223-246.
- Hernández Sousa, J. M. (2015). Arqueología del Paisaje (estudio del territorio) en el curso alto del río Manzanares. El poblamiento romano, tardoantiguo y altomedieval. *Másteres de la UAM 2013-2014*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Hernández Sousa, J. M. (2016). El fenómeno de las tumbas excavadas en la roca en la cuenca alta del río Manzanares (Madrid) y su relación con el poblamiento rural. *Revista Historia Autónoma* 9, 29-50.
- Hernández Sousa, J. M. (2016). Materiales latericios constructivos tardoantiguos con decoración en la cuenca alta del río Manzanares. *SECAH* 7, 7-11.
- Hernando Sobrino, M. d. (1995). *Indigenismo y romanización del territorio abulense (s. V a.C.-s. III d.C.)*. Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid.
- Hernando Sobrino, M. d. (2003). *Indigenismo y romanización del territorio abulense (s. V a.C.-s. III d.C.)*. Madrid: Universidad Complutense.
- Hernando Sobrino, M. d. (2005). *Epigrafía romana de Ávila*. Madrid: Ausonius.
- Hernando Sobrino, M. d. (2006). Dos miliarios de Narrillos del Álamo, Ávila. *Ficheiro epigráfico* 83, 15-16.
- Hernando Sobrino, M. d. (2008). Ávila: una ciudad con vocación ganadera. En J. Mangas Manjarrés, y M. Novillo, (coord.), *El territorio de las ciudades romanas* (págs. 385-424). Madrid: Ediciones Sísifo.

- Hernando Sobrino, M., y Gamallo Barranco, J. (2004). Un santuario romano en Narros del Puerto, Ávila. *Ficheiro Epigráfico* 76, 336-346.
- Hernando Sobrino, M., y Gamallo Barranco, J. (2006). Dos miliarios de Narrillos del Álamo, Ávila. *Ficheiro Epigráfico* 83, 375-376.
- Hiriart, E., Callegarin, L., Gardes, P., y Réchin, F. (2018). La singularidad cultural del área pirenaico-occidental: dinámicas y persistencias entre la Edad del Hierro y la Época romana. *ASJU* 52-1/2, 323-343.
- Hoyo, J. d. (1998). Nuevo documento metróaco hallado en la provincia de Segovia. *Gerión* 16, 345-382.
- Hurtado Aguña, J. (2005). *Los territorios septentrionales del Coventus Carthaginensis durante el Imperio romano*. Oxford: BAR International Series 1415.
- Instituto Geográfico Nacional. (2018). *España en mapas. Una síntesis geográfica*. Madrid: Centro Nacional de Información Geográfica.
- Isla Frez, A. (2001). Villa, villula, castellum. Problemas de terminología rural en época visigoda. *Arqueología y Territorio Medieval* 8, 9-19.
- Izquierdo, J. M. (1977). Mausoleo de época paleocristiana en Las Vegas de Pedraza (Segovia). En *Segovia: Symposium de arqueología romana* (págs. 213-221). Barcelona .
- James, P., y Martin, G. (1981). *All Possible Worlds: A History of Geographical Ideas* . New York: John Wiley y Sons.
- Jaque, S., Barroso Cabrera, R., y Major, M. (1993). El yacimiento de Tinto Juan de la Cruz. Nuevos datos para el estudio del Madrid romano y visigodo. *Revista de Arqueología* 150, 8-13.
- Página / 480** Jepure, A. (2015). El ocaso del paradigma visigodo. En J. A. Quirós Castillo y S. Castellanos (dir.), *Identidad y etnicidad en Hispania* (págs. 239-248). Universidad del País Vasco.
- Jepure, A. (2004). *La necrópolis de época visigoda de Espirido-Veladiez*. Fondos del Museo de Segovia. Salamanca.
- Jiménez de Gregorio, F. (1972). Notas geográfico-históricas de los pueblos de Madrid en el siglo XVIII. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* VIII, 279-307.
- Jiménez Guijarro, J. (2006). El Beneficio: una ya vieja alternativa para Miaccum. *El Nuevo Miliario* 3, 49-56.
- Jorge, A., Tormo, L., Furió, M., Rey, I., y Dorda, B. A. (2013). estudio sobre la ornamentación externa de la vaina de madera de la espada de la tumba de Torrejón de Velasco (Madrid). En *Actas de las Séptimas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares. 2010* (págs. 463-469). Madrid: Dirección General de Patrimonio.
- Juan Tovar, L. C., y Blanco García, J. F. (1997). Cerámica común tardorromana, imitación de sigillata, en la provincia de Segovia. *Archivo Español de Arqueología* 70, 171-219.

- Juan Tovar, L. C., Sanguino Vázquez, J., Oñate Baztán, P., y Penedo Cobo, E. (2013). Hornos cerámicos bajoimperiales y tardoantiguos en el sur de la Comunidad de Madrid: presentación preliminar. En D. Bernal Casasola, L. C. Juan Tovar, M. Bustamante-Álvarez, J. J. Díaz Rodríguez, y A. Sáez Romero, (eds.), *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania* vol. 1 (págs. 421-437). SECAH, Ex Officina Hispana.
- Juan Tovar, L. C., Sanguino, J., y Oñate, P. (2011). Un conjunto cerámico excepcional: la ocultación de Cubas de la Sagra (Madrid). Aspectos iconográficos y nuevos estilos decorativos en la Terra Sigillata Hispánica Tardía. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Nueva época, Prehistoria y Arqueología* t. 4, 359-384.
- Juberías, J. (1952). Inventario nacional de folios arqueológicos. *NAH* 1 (1-3), 223.
- Kulikowski, M. (2004). *Late Roman Spain and its cities*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Lara López, E. L. (2003). Sierra Mágina en los archivos fotográficos. *Sumuntán* 19, 381-430.
- Larrén Izquierdo, H., Blanco, J., Villanueva Zubizarreta, O., Caballero, J., Domínguez Bolaños, A., Nuño González, J., y Misiego Tejada, J. (2003). Ensayo de sistematización de la cerámica tardoantigua en la Cuenca del Duero. En L. Caballero, P. Mateos, y M. Retuerce, *Cerámicas tardoantiguas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad* (págs. 273-306). Madrid.
- Leveau, P. (1983). La ville antique et l'organisation de l'espace rural : villa, ville, village. *Annales* 38, 4, 929-942.
- Leveau, P. (1999). The integration of Archaeological, Historical and Paleoenviromental Data at the Regional Scale: The vallée de Baux, Southern France, Environmental Reconstruction in Mediterranean Landscape Archaeology. En P. e. Levau, (eds.), *The Archaeology of Mediterranean Landscapes* 2 (págs. 181-191). Oxford.
- Leveau, P. (2002). Introduction: les incertitudes du terme uilla et la question du uicus en Gaule Narbonnaise. *Revue archéologique de Narbonnaise* 35, 5-26.
- Leveau, P., y Garmy, P. (2002). Conclusion: La villa et le vicus. Formes de l'habitat et exploitation domaniale. *Revue archéologique de Narbonnaise* 35, 313-317.
- Lewitt, T. (2009). Pigs, presses and pastoralism: framing in the fifth and sixth centuries AD. *Early Medieval Europe* 17, 1, 77-91.
- Llobera, M. (2015). Working the digital: some thoughts from landscape archaeology. En *Material evidence: learning from archaeological practice*. Routledge, Chapman, Wilie, 173-188.
- Llorente Maldonado de Guevara, A. (2003). *Toponimia Salmantina*. Salamanca: Diputación de Salamanca.
- Lock, G., y Stancic, Z. (. (1995). *Archaeology and geographical information systems*. Taylor and Francis.

- López Ambite, F. (2008). Poblamiento y fronteras durante el período Celtibérico Pleno y Tardío en la zona nordeste de la provincia de Segovia: el surgimiento de las ciudades y su destrucción. *BSAA* LXXIV, 75-148.
- López Ambite, F. (2010). Termes y su territorio del nordeste de Segovia. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 251-278). Segovia: Obra Social Caja Segovia.
- López Ambite, F., y Barrio Álvarez, Y. (1995). *Excavaciones arqueológicas de la Iglesia de la Santísima Trinidad (Segovia)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- López Monteagudo, G. (1982). Las esculturas zoomorfas "célticas" de la Península Ibérica y sus paralelos polacos. *Archivo español de arqueología* vol. 55, nº 145-146, 3-30.
- López Monteagudo, G. (1989). *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*. Madrid: Anejos del Archivo Español de Arqueología X.
- López Quiroga, J., y Benito Díez, L. (2008). Entre la villa y la "aldea". Arqueología del hábitat rural en Hispania (siglos V-VI). *Zona arqueológica* 11, 272-309.
- López Quiroga, J., y García Pérez, L. (2013). Las tumbas excavadas en la roca en la península ibérica. En J. López Quiroga, y M. Martínez Tejera, (eds.), *In concavis petrarum habitaverunt. El fenómeno rupestre en el Mediterráneo medieval* (págs. 36-83). Oxford: Archeopress.
- López Rosendo, E. (2010). Urnas pintadas de tradición prerromana en la necrópolis de Cádiz. En *Las necrópolis de Cádiz. Apuntes de arqueología gaditana en homenaje a J. F. Sibón Olano* (págs. 145-177). Cádiz.
- López Sáez, J. (2014). Vegetation history, climate and human impact in the Spanish Central System over the last 9000 years. *Quaternary International* 353, 98-122.
- López Sáez, J. A., Alba Sánchez, F., Pérez Díaz, S., y Manzano Rodríguez, S. (2010). Paisaje holoceno de una gran urbe: la ciudad de Madrid. *Polen* 20, 7-24.
- López Sáez, J. A., López Merino, L., Alba Sánchez, F., Pérez Díaz, S., Abel Schaad, D., y Carrión García, J. S. (2010). Late Holocene ecological history of Pinus pinaster forests in the Sierra de Gredos of Central Spain. *Plant Ecology* 206, 195-209.
- López Sáez, J., López Merino, L., y Pérez Díaz, S. (2008). Los vettones y sus paisajes: paleoambiente y paleoeconomía de los castros de Ávila. *Zona Arqueológica* 12, 140-153.
- López Sáez, J. A., López Merino, L., Alba Sánchez, F., y Pérez Díaz, S. (2009). Contribución paleoambiental al estudio de la trashumancia en el sector abulense de la Sierra de Gredos. *Hispania* LXIX, 231, 9-38.
- Lorrio Alvarado, A. J. (2012). Procesos de continuidad y discontinuidad entre los Oppida celtibéricos y las ciudades romanas en la Meseta Sur los casos de Segobriga y Ercavica. En G. Carrasco Serrano, (coord.), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha* (págs. 225-286). Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Lucas, M. R. (1971). Necrópolis de El Cantosal (Coca, Segovia). *NAH* XVI, 381-396.



- Lucas, M. R. (1973). Necrópolis de El Cantosal, Coca (Segovia). *ES* 25, 137-157.
- Lucas, M. R., y Viñas, V. (1977). La villa romana de Aguilafuente (Segovia). En *Segovia: Symposium de arqueología romana* (págs. 239-255). Barcelona.
- Madoz, P. (1849). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Establecimiento tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti.
- Major, M., Penedo, E., y Peña, Y. (2013). El Torcularium del asentamiento rural de Los Palacios, Villanueva del Pardillo (Madrid). A propósito de la producción de vino en la zona central de Hispania. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología* 6, 345-380.
- Malalana Ureña, A., Martínez Lillo, S., & y Sáez Lara, F. (1995). La ruta del Jarama y su entorno en época andalusí. En *Orígenes Históricos de la actual Comunidad Autónoma de Madrid. La organización social del espacio en la Edad Media I* (págs. 139-181). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Maluquer de Motes, J. (1958). *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja*. Salamanca-Ávila: Seminario de Arqueología, Universidad de Salamanca.
- Mangas Manjarrés, J. (1996). *Aldea y ciudad en la Antigüedad Hispana*. Arco Libros.
- Mangas Manjarrés, J. (2010). Ciudades y municipios del ámbito segoviano en época romana. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 123-142). Segovia : Obra Social Caja Segovia.
- Mangas Manjarrés, J. (2014). La romanización de la Carpetania durante la República Romana. *Zona arqueológica* 17, 407-426.
- Mangas Manjarrés, J., y Hernando, M. R. (2011). *La sal en la hispania romana*. Madrid: Arco Libros.
- Mangas, J. (1996). Derecho latino y municipalización de la Meseta Superior. En E. Ortiz, y J. Santos, (eds.), *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania* (págs. 223-238). Vitoria.
- Mangas, J., y Vidal, J. (1989). Organización social y política de los vadinienses a la luz de una nueva inscripción. En J. Santos, (dir.), *El solar vascón en la Antigüedad. Cuestiones de lengua, arqueología, epigrafía e historia. VII Cursos de verano en San Sebastián* (págs. 127-148). San Sebastián.
- Manglano Valcarcel, G. R. (2013). *Los verracos, un patrimonio arqueológico singular en el ámbito de la Península Ibérica: estudio de los contextos de aparición y procedencia, identificación funcional y valoración patrimonial*. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- Mañanes, T., y Solana, J. M. (1985). *Ciudades y vías romanas en la cuenca del Duero (Castilla-León)*. Valladolid.
- Maqueda García-Morales, R. (2004). *Informe final de la actuación arqueológica en la zona denominada Huerta de San Nicolás (Plan Parcial ARUP 1/1. San Nicolás 1)*. Ávila: Documento inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila.

- Marco Simón, F. (2008). El horizonte simbólico: dioses y espacios de culto. *Zona arqueológica* 12, 276-289.
- Marcos Contreras, G. J., Sanz García, F. J., Misiego Tejeda, J. C., Á., M. C., y Caño García, Á. (2010). La ocupación tardorromana en el yacimiento de Carratejera, en Navalmanzano (Segovia). En S. Martínez Caballero, J. Santaigo Pardo, y A. Zamora Canellada, (eds.), *Segovia Romana II. Gentes y Territorios* (págs. 379-392). Segovia: Caja Segovia.
- Marcos Herrán, F. J. (2006). El horno tardorromano y su producción vítrea en el solar de los Padres Paúles. En M. Estremera Portela, I. Centeno Cea, y J. Quintana López, (coord.), *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte* (págs. 139-144). Ávila: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Mariné, M. (1980). Las vías romanas en la provincia de Madrid. En *I Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid* (págs. 89-94). Madrid.
- Mariné, M. (1988). Excavación en la calzada romana del Puerto de la Fuenfría (Cercedilla, Madrid). *NAH* 30, 229-254.
- Mariné, M. (1990). Fuentes y no fuentes de las vías romanas: los ejemplos de la Fuenfría (Madrid) y los del Puerto del Pico (Ávila). En *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana* (págs. 325-340). Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Mariné, M. (1995). La época romana. En M. Mariné, (Coord.), *Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua* (págs. 273-327). Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Marqués González, N. (2016). Las monedas de la ceca latina de Segovia en el Museo Arqueológico Nacional. En P. Grañeda Miñón, (ed.), *Actas XV Congreso Nacional de Numismática (Madrid, 28-30 octubre 2014)* (págs. 439-450). Madrid: Fabrica Nacional de Moneda y Timbre.
- Märtens, G., Contreras, M., Ruiz Zapatero, G., y Baquedano, E. (2014). Viviendas en El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid); la jerarquización del espacio doméstico a partir del estudio del material cerámico. *Zona arqueológica* 17, 293-316.
- Martín Bañón, A., y Walid Sbeinati, S. (2007). El yacimiento de El Baldío (Torrejón de Velasco, Madrid). Algunos aspectos acerca de la evolución de los espacios de habitación entre los siglos V y I a.C.: de la cabaña al edificio. *Zona arqueológica* 10, 2, 194-214.
- Martín Valls, R. (1974). Verdaderas tipologías en las esculturas zoomorfas de la Meseta. *Studia Archaeologica* 32, 69-92.
- Martín Valls, R., y Esparza Arroyo, Á. (1992). Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, 259-279.
- Martín Valls, R., y Pérez Herrero, E. (1976). Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLII, 67-88.
- Martín Viso, I. (2000). *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)*. Universidad de Salamanca.

- Martín Viso, I. (2002). Espacio y poder en los territorios serranos de la Región de Madrid (siglos X-XIII). *Arqueología y territorio medieval* 9, 53-84.
- Martín Viso, I. (2005). Una frontera casi invisible: los territorios al norte del Sistema Central en la Alta Edad Media (siglos VIII-XI). *Studia historica. Historia medieval* 23, 89-114.
- Martín Viso, I. (2006). Tributación y escenarios locales en el centro de la Península Ibérica: algunas hipótesis a partir del análisis de la pizarras "visigodas". *Antiquité Tardive* 14, 53-84.
- Martín Viso, I. (2007). Tumbas y sociedades locales en el centro de la península en la alta edad media: el caso de la comarca de Riba Côa (Portugal). *Arqueología y territorio medieval* 14, 21-48.
- Martín Viso, I. (2012a). Enterramientos, memoria social y paisaje en la Alta Edad Media: propuestas para un análisis de las tumbas excavadas en roca en el centro-oeste de la Península Ibérica. *Zephyrus* LXIX, 165-187.
- Martín Viso, I. (2012b). Paisajes sagrados, paisajes eclesiásticos: de la necrópolis a la parroquia en el centro de la península ibérica. *Reti Medievali Rivista*, 13, 3-45.
- Martín Viso, I. (2015). Huellas del poder: pizarras y poblados campesinos en el centro de la península ibérica (siglos V-VII). *Medievalismo* 25, 285-314.
- Martín Viso, I. (2016). Comunidades locales, lugares centrales y espacios funerarios en la Extremadura del Duero altomedieval: las necrópolis de tumbas excavadas en la roca alineadas. *Anuario de Estudios Medievales* 46/2, 859-898.
- Martín Viso, I. (2018). Paisajes, comunidades y poderes centrales: el centro-oeste de la Península Ibérica durante la Alta Edad Media (siglos VI-XI). *Arqueología y Territorio Medieval* 25, 195-226.
- Martín Viso, I., Rubio Díez, R., López Sáes, J. A., Ruiz Alonso, M., y Pérez Díaz, S. (2017). La formación de un nuevo paisaje en el centro de la península ibérica en el período posromano: el yacimiento de La Genestosa (Casillas de Flores, Salamanca). *Archivo Español de Arqueología* 90, 7-28.
- Martínez Caballero, S. (2000). Notas sobre la romanización del territorio segoviano. En *Segovia romana* (págs. 11-42). Segovia.
- Martínez Caballero, S. (2008). Los territorios de los municipios del sur del Conventus Cluniensis (Hispania Citerior) en el Alto Imperio: Termes, Durantón y Segovia. En J. Mangas Manjarrés, y M. Á. Novillo, (coord.), *El territorio de las ciudades romanas* (págs. 187-248).
- Martínez Caballero, S. (2010a). La ciudad de Confluenta-Duración y su territorio. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 183-220). Segovia: Obra Social Caja Segovia.
- Martínez Caballero, S. (2010b). Los territorios segovianos entre la conquista romana y el fin de la República (ss. II-I a.C). En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A.

Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 39-74). Segovia: Obra Social Caja Segovia.

- Martínez Caballero, S. (2010c). *Termes Romana. Sociedad y cultura*. Madrid.
- Martínez Caballero, S., y Mangas Manjarrés, J. (2002). *Informe. Excavaciones arqueológicas en Duratón. Campaña 2002*. Junta de Castilla y León.
- Martínez Caballero, S., y Mangas Manjarrés, J. (2014). La propuesta de identificación de la ciudad de Confloenta/Confluenta en Duratón (Sepúlveda, Segovia, Hispania Citerior). *Gerión* 32, 237-250.
- Martínez Caballero, S., y Santiago Pardo, J. (2010). La ocupación del territorio segoviano en época imperial romana (ss I-V d.C.). En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, *Segovia Romana II. Gentes y Territorio* (págs. 75-122). Segovia: Obra Social Caja segovia.
- Martínez Caballero, S., Cabañero Martín, V., Álvarez González, S., Gallego Revilla, J. I., y Municio González, L. (2014). La ciudad celtíbera y romana de Segovia (Hispania Citerior) desde la investigación arqueológica. Nuevas perspectivas. En *XVIII CLAC: Centro y periferia en el mundo clásico* (págs. 1711-1715). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- Martínez Caballero, S., Mangas Manjarrés, J., y Prieto Vázquez, G. (2001). *Informe. Excavaciones arqueológicas en Duratón. Campaña 2001*. Junta de Castilla y León.
- Martínez Caballero, S., Prieto Vázquez, G., y Orejas Saco del Valle, A. (2004). Duratón, ciudad romana. *Revista de Arqueología* 272, 46-53.
- Martínez Lillo, S., y Murillo Fragero, J. (2003). Últimas actuaciones arqueológicas en las murallas. En A. Barrios García, (dir.), *La muralla de Ávila* (págs. 269-291). Madrid: Fundación Caja Madrid.
- Martínez Lillo, S., Matesanz Vera, P., Sáez Lara, F., Sánchez Hernández, C., Arribas Domínguez, R., y Malalana Ureña, A. (1996). La continuidad de la red viaria de época antigua en época medieval abulense en el valle del Tiétar abulense. En M. Criado del Val, (coord.), *Caminería hispánica: actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, vol. 2 (págs. 169-184). Pastrana: AACHE.
- Martínez Lillo, S., Sáez Lara, F., y Malalana Ureña, A. (1997). La aplicación de los SIG como planteamiento para el estudio de la organización del espacio en la marca media andalusí. El sistema de atalayas en la cuenca del Jarama (Madrid). En M. Blasco Bosqued, J. Baena Preysler, y F. Quesada Sanz, *Los SIG y el análisis espacial en arqueología* (págs. 273-310). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Martínez Peñarroya, J. (2003). *Excavación arqueológica en la Pared de los Moros (Niharra, Ávila)*. Documento inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila.
- Mayer, M., y Abásolo, J. A. (1997). Inscripciones latinas. En M. S. Corchón, (coord.), *La cueva de la Griega de Pedreza (Segovia)* (págs. 183-259). Valladolid.

- Mayoral Castillo, Á., y Ortiz Márquez, L. (2016). *Colección de monedas romanas. Museo parroquial de la Iglesia de la Asunción de Nuestra Señora. El Barco de Ávila*. Inédito: Recuperado de [https://www.academia.edu/29734374/Coleccio\\_monedas\\_romanas](https://www.academia.edu/29734374/Coleccio_monedas_romanas).
- Mederos Martín, A. (1997). Una revolución aparente. El impulso de los Coloquios sobre Arqueología Espacial en la renovación española de los años ochenta. *Zephyrus* 50, 305-321.
- Mendiña García, R. C., Petri, A., Fernández Díaz, M., y Vega Miguel, J. J. (2017). Un pequeño balneum rural de los siglos IV y V d.C. en el yacimiento del Agostader (Boadilla del Monte y Villaviciosa de Odón, Madrid). *Zona arqueológica* 20, 1, 441-446.
- Molinero, A. (1955). Ventosilla y Tejadilla (Segovia). *NAH* II (1-3) 1952, 156-167.
- Molinero, A. (1971). *Aportación de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo de Segovia*. Madrid : EAE 71.
- Montero, I., Alcolea, J., Álvarez, Y., Baena, J., García, M., Gómez, J., y Ramos, M. (2007). Poblamiento prerromano de la Dehesa de la Oliva (Patones, Madrid). *Zona Arqueológica* 10, 2, 120-130.
- Morales, A., y Liesau, C. (1995). Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duro (Prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro. En G. Delibes, F. Romero, y A. Morales, (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio* (págs. 455-514). Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo.
- Morales, A., y Liesau, C. (2008). La fauna recuperada en Salmantica. *Zona Arqueológica* 12, 154-161.
- Morales, A., Liessau, C., De la Torre Ruiz, M., Serrano, L., y Hernández, F. (2001). Los restos de Fauna. En C. Blasco, y C. Lucas, (Ed.), *El yacimiento romano de la Torrecilla: De Villa a Tugurium* (págs. 181-232). Madrid: Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares.
- Morillos Cerdán, Á. (1991). Fortificaciones campamentales de época romana en España. *Archivo Español de Arqueología* 64, nº 163-164, 135-190.
- Morín de Pablos, J., Escolá Martínez, M., Agustí García, E., Barroso Cabrera, R., Pérez-Juez Gil, A., y Urbina Martínez, D. (2005). *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.
- Morín de Pablos, J., Ramírez Molina, M., Oñate Baztán, P., Sanguino Vázquez, J., Penedo Cobo, E., y Oreja Martín, G. (1999). El yacimiento de La Indiana-Barrio del Prado (Pinto, Madrid) de la prehistoria a la Edad media en el Sur de Madrid. En *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena 1997)*, vol. 5 (págs. 63-76). Cartagena.
- Morín de Pablos, J., Urbina Martínez, D., Agustí García, E., Escolá Martínez, M., López Fraile, F. J., Pérez-Juez Gil, A., y Barroso Cabrera, R. (2007). El cerro de la Gavia (Villa de Vallecas, Madrid capital). El urbanismo de un poblado de la II Edad del Hierro en la Comunidad de Madrid. *Zona arqueológica* 10, 2, 342-373.

- Morín, J., Barroso, R., Escolá, M., López, M., y Sánchez, F. (2003). El hábitat rural durante la época romana en la Comunidad de Madrid. *Bolskan* 20, 177-189.
- Mujika, J. A., Agirre, J., Edeso, J. M., Lopetegui, A., Pérez, S., Ruiz, M., Tarriño, A., y Yusta, I. (2013). La continuidad de la actividad pastoril durante la época romana en la zona de Argarbi (Sierra de Aralar-Gipuzkoa). *Kobie* 32, 217-258.
- Muir, R. (1999). *Approaches to Landscape*. Londres.
- Municio, L. (1994). Arqueología preventiva y de gestión. Segovia. *Numantia* 5, 297-304.
- Nafría García, D. A. (2013). *Atlas Agroclimático Castilla y León*. Junta de Castilla y León.
- Nash, D. (1987). Imperial expansion under the Roman Republic. En M. Rowlands, M. Larsen, y K. Kristiansen, *Centre and periphery in the ancient world* (págs. 87-103). Cambridge University Press.
- Nieto Ballester, E. (1997). *Breve diccionario de topónimos españoles*. Madrid: Alianza Editorial.
- Oliver Asín, J. (1973). En torno a los orígenes de Castilla: su toponimia en relación con los árabes y bereberes. *Al Andalus* 38(2), 319-392.
- Olmo Enciso, L. (2008). Recópolis: una ciudad en una época de transformaciones. *Zona arqueológica* 9, 41-62.
- Olmo Enciso, L. (2010). Ciudad y Estado en época visigoda: Toledo, la construcción de un nuevo paisaje urbano. En *Espacios urbanos en el Occidente Mediterráneo (ss. VI-VIII)* (págs. 87-111). Toledo.
- Oñate Baztán, P. (2009). Las necrópolis altomedievales de Loranca (Fuenlabrada, Madrid). En J. Pinar, y T. Juárez, (eds.), *Contextos Funeraris a la Mediterrània Nord-Occidental (segles V-VIII)* (págs. 211-222). (Taula Rotonda, Sant Cugat del Vallés, octubre 2009): Gausac 34-35.
- Oñate, P., y Penedo, E. (2012). La producción vinícola en la villa romana de Casa de Rodas/Los Callejones (Aranjuez y Colmenar de Ojea, Madrid). *Actas de las Sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, 51-61.
- Ordenación, C. d. (2007). *El Medio Ambiente en la Comunidad de Madrid*. Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio.
- Orejas Saco de Valle, A. (1991). Arqueología del paisaje: historia, problemas y perspectivas. *Archivo Español de Arqueología* 64, 191-230.
- Orejas Saco del Valle, A. (1995a). Arqueología del Paisaje: de la reflexión a la planificación. *Archivo Español de Arqueología*, 68, 215-224.
- Orejas Saco del Valle, A. (1995b). *Del "marco geográfico" a la Arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*. Madrid.
- Orejas Saco del Valle, A. (1995-96). Territorio, análisis territorial y Arqueología del Paisaje. *Studia historica. Historia antigua* 13-14, 61-68.
- Orejas Saco del Valle, A., y Martínez Caballero, S. (2002). *Informe de las prospecciones arqueológicas en Los Mercados de Duratón (Sepúlveda, Segovia)*. Junta de Castilla y León.

- Orejas Saco del Valle, A., Ruiz del Árbol Moro, M., y López Jiménez, Ó. (2002). Los registros del paisaje en la investigación arqueológica. *Archivo Español de Arqueología* 75, 287-311.
- Padilla Lapuente, J., y Álvaro Rueda, K. (2010). Necrópolis rupestres y el poblamiento altomedieval en el alto Arlanza (Burgos). *En la España Medieval* 33, 259-294.
- Palao Vicente, J. J. (2012). El ejército romano y la ordenación del territorio en Hispania: factores estratégicos, logísticos, geográficos y control territorial durante el Alto Imperio. En J. Santos Yanguas, y G. Cruz Andreotti, *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano* (págs. 81-112). Vitoria: Universidad del País Vasco.
- Palomero, S., y Álvarez, Y. (1990). Las vías de comunicación en Madrid desde época romana hasta la caída del Reino de Toledo. En *Madrid del siglo IX al XI* (págs. 41-63). Madrid: Comunidad de Madrid.
- Palou, N. (5 de Diciembre de 2018). Medidas urgentes para que la gente se quede a vivir en los pueblos. *La Vanguardia*.
- Pasquinucci, M., y Trément, F. (2000). *Non-Destructive Techniques Applied to Landscape Archaeology*. Oxford: The Archaeology of Mediterranean Landscapes, 4.
- Pastor, S., Murrieta Flores, P., y García Sanjuan, L. (2013). Los SIG en la Arqueología de habla hispana. Temas, técnicas y perspectivas. *Comechingonia* 17, 9-29.
- Pavón, B. (1984). *Guadalajara Medieval. Arte y Arqueología Árabe y Mudéjar*. Madrid.
- Penedo Cobo, E., Oñate Baztán, P., Sanguino Vázquez, J., Perez Vicente, D., y Bueno Moreno, M. (2009). El yacimiento carpetano de Laguna del Campillo (Rivas-Vaciamadrid). En *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid* (págs. 253-263).
- Penedo, E., y Sanguino, J. (2006). El yacimiento visigodo de La Recomba. *Zona arqueológica* 8, 2, 605-614.
- Peña Cervantes, Y. (2017). Arqueología de la producción de vino y aceite en la región central de la Península Ibérica: época romana y tardoantigua. Estado de la cuestión. *Zona arqueológica* 20, 2, 57-66.
- Peña Llopis, J. (2006). *Sistemas de Información Geográfica aplicados a la gestión del territorio. Entradas, manejo, análisis y salida de datos espaciales*. Alicante: Editorial Club Universitario.
- Pereira Menaut, G. (1982). Los castella y las comunidades de Gallaecia. *Zephyrus* XXXIV-XXXV, 249-267.
- Pereira Sieso, J., y Torres Rodríguez, J. (2014). Datos para el estudio del mundo funerario durante la II Edad del Hierro en la Meseta Sur: las necrópolis carpetanas. *Zona Arqueológica* 17, 317-334.
- Pérez de Barradas, J. (1931-32). Las villas romanas de Villaverde Bajo. *Anuario de Prehistoria Madrileña* II-III, 101-124.



- Pérez de Barradas, J. (1933-1934-1935). Excavaciones en la Casa de Campo, Madrid. *Anuario de Prehistoria Madrileña* IV-V-VI, 215-231.
- Pérez González, C., y Reyes Hernández, O. (2009). Epigrafía Caucense (II). *Oppidum. Cuadernos de Investigación* 5, 39-64.
- Pérez González, C., y Reyes Hernando, O. (2012-13). Vida y muerte en Las Pizarras (Segovia): transformaciones funcionales en la Antigüedad Tardía. *Oppidum* 8-9, 203-227.
- Pérez Rodríguez-Aragón, F. (1996). Más allá de las "necrópolis del Duero". Hacia un nuevo panorama de la Antigüedad tardía en el cuadrante noroeste peninsular. En C. Fernández Ochoa, (coord.), *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época Prerromana y Romana (Coloquio Internacional)*. Madrid.
- Petri, A., Vega Miguel, J. J., Cuesta Salceda, M., Herrera Viñas, T., y Mendiña García, R. (2017). Una ocultación excepcional del siglo V, cerca del arroyo de La Recomba, dentro del yacimiento de Polvoranca (Leganés, Madrid). *Zona arqueológica* 20, 1, 449-456.
- Peytremann, E. (2003). *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IV<sup>e</sup> au XII<sup>e</sup> siècle*. Saint-Germain-en Laye: AFAM.
- Peytremann, É. (2012). The Archaeology of early medieval (6th-12th) rural settlements in France. *Arqueología de la arquitectura*, 213-230.
- Polo López, J., y Valenciano Prieto, M. (2014). Últimos avances en la investigación del Oppidum de Titulcia. *Zona Arqueológica* 17, 85-98.
- Querol, M. A., y Martínez Díaz, B. (1996). *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Madrid: Alianza.
- Quintana López, J. (2006). La primera huella. En M. Estremera Portela, I. Centeno Cea, y J. Quintana López, (coord.), *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte* (págs. 79-87). Ávila: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Quintana López, J., Centeno Cea, I., y Ruiz Entrecañales, R. (2003-2004). El nacimiento de la ciudad de Ávila. Nuevos datos a partir de las cerámicas del Mercado Grande. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 69-70, 147-177.
- Quintana López, J., Centeno Cea, I., y Ruiz Entrecañales, R. (2005). El nacimiento de la ciudad de Ávila. Nuevos datos a partir de las cerámicas del Mercado Grande. *BSAA* LXIX-LXX, 147-177.
- Quirós Castillo, J. A. (2007). Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad media del norte peninsular. *Territorio, Sociedad y Poder* 2, 65-86.
- Quirós Castillo, J. A. (2013). Introducción. ¿Por qué la arqueología preventiva ha hecho posible la arqueología del campesinado medieval? En J. A. Quirós Castillo, (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania* (págs. 29-63). Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

- Quirós Castillo, J. A., y Vigil-Escalera, A. (2006). Networks of peasant villages between Toledo and Veleia Alabense, Northwestern Spain (V-Xth centuries). *Archeologia Medievale* XXXIII, 79-128.
- Rascón Marqués, S. (1995). *La ciudad hispanorromana de Complutum*. Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- Rascón Marqués, S., y Sánchez Montes, A. L. (2006). Complutum. La ciudad de las ninfas. En *Civilización: un viaje a las ciudades de la España antigua* (págs. 59-76). Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- Regueras Grandes, F. (2010). Villae tardorromanas en Segovia. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zaomora Canellada, (coord.); *Segovia Romana II: Gentes y Territorio* (págs. 279-314). Segovia : Obra Social Caja Segovia.
- Renfrew, A. C. (1982). Socio-economic change in ranked societies. En A. Renfrew, y S. Shennan, (eds), *Ranking, resource and exchange* (págs. 1-8). Cambridge: Cambridge University Press.
- Renfrew, A. C. (1986). Introduction: peer polity interaction and socio-political change. En A. Renfrew, y J. Cherry, (eds), *Peer polity interaction and socio-political change* (págs. 1-18). Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodríguez Almeida, E. (1981). *Ávila Romana*. Ávila: Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Ávila.
- Rodríguez Almedia, E. (2003). *Ávila romana. Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio*. Ávila: Caja de Ahorros de Ávila.
- Rodríguez Colmenero, A. (1999). *O Santuário Rupestre Galaico-Romano de Panóia (Vila Real, Portugal)*. Vila Real: Deorum Témenh (I).
- Rodríguez Gutiérrez, O. (2004). *El teatro romano de Italica. Estudio arqueoarquitectónico*. Monografías de Arquitectura Romana, 6. Universidad Autónoma de Madrid.
- Rodríguez Morales, J. (2005). La divisoria de los términos de las ciudades del centro de la Península en época romana y su posterior perduración. En G. Bravo Castañeda, y R. González Salinero, *La aportación romana a la formación de Europa: naciones, lenguas y culturas* (págs. 105-140). Madrid: Signifer Libros.
- Rodríguez Morales, J. (2007). Algunos apuntes sobre el posible trazado de las vías romanas en la Comunidad de Madrid. *El Nuevo Miliario* 4, 20-37.
- Rodríguez Morales, J. (2008). Resultados de las excavaciones arqueológicas en la vía 24 del Itinerario de Antonino en el valle de la Fuenfría (Cercedilla, Madrid). En *IV Congreso de las Obras Públicas en la ciudad romana* (págs. 333-386). Lugo.
- Rodríguez Morales, J. (2009). Intervención arqueológica en el Camino Viejo a Segovia. La identificación de la calzada del Valle de la Fuenfría. En *Actas de las terceras jornadas de patrimonio arqueológico de la Comunidad de Madrid* (págs. 111-119). Madrid.
- Rodríguez Morales, J. (2012a). La cronología de la calzada de Galapagar. En *Actas de las sextas jornadas de patrimonio arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid.

- Rodríguez Morales, J. (2012b). Un pozo tardorromano en el yacimiento de Móstoles . *Actas de las Sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, 111-121.
- Rodríguez Oliva, P. (2001). Urnas cinerarias de un sepulcro familiar de época romana de Torredonjimeno (Jaén). *Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Historia* 23, 363-385.
- Rodríguez Sánchez, M. d. (2010). El Ager Cordubensis aproximación al territorium de Colonia Patricia Corduba. En M. Prevosti i Monclus, y J. Guitart i Duran, (coord.), *Ager Tarraconensis, vol. 5, (Paisatge, poblament, cultura material i història: Actes del Simposi Internacional)* (págs. 231-246). Institut Català d'Arqueologia Clàssica (ICAC).
- Rodríguez-Picavea Matilla, E. (2003). La Mesta y la trashumancia en la Castilla medieval. En L. Elías Pastor, y F. Novoa Portela, (coord.), *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España* (págs. 37-52). Barcelona: Lunwerg Editores.
- Roig Buxó, J., y Coll Riera, J. M. (2011). Esquelets humans en sitges, pous i abocadors als assentaments rurals i vilatges de l'antiguitat tardana de Catalunya (segles V-VIII): evidències arqueològiques de la presència d'esclaus i serfs. En *Actes del IV Congrés d'Arqueologia Medieval i Moderna a Catalunya, vol. I* (págs. 75-82). Tarragona.
- Roldán Hervás, J. M. (1971). *Iter ab Emerita Asturicam: El Camino de la Plata*. Salamanca.
- Roldán Hervás, J. M. (1975). *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Romero Vera, D. (2018). Las áreas suburbanas hispanas en el s. II d.C. Una lectura sincrónica. En S. Panzram, *Städteforschung auf der Iberischen Halbinsel zwischen Rom und al-Andalus* (págs. 709-722). Barcelona: Deutsches Archäologisches Institut Rom.
- Rowlands, M. (1987). Centre and periphery: a review of a concept. En M. Rowlands, M. Larsen, y K. Kristiansen, *Centre and periphery in the ancient world* (págs. 1-11). Cambridge University Press.
- Royo Martínez, M. d. (2010). Onomástica y sociedad en la epigrafía latina antigua de la Comunidad Autónoma de Madrid. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua* t. 23, 369-394.
- Ruiz del Árbol Moro, M. (2006). *La arqueología de los espacios cultivados. Terrazas y explotación agraria romana en un área de montaña: la Sierra de Francia (Salamanca)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, Instituto de Historia.
- Ruiz Ruiz, E. (1991). La Cañada Soriana Occidental. En P. García Martín, (coord.), *Cañadas, cordeles y veredas* (págs. 182-201). Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería.
- Ruiz Trapero, M. (2001). *Inscripciones Latinas de la Comunidad Autónoma de Madrid (siglos I-VIII)*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Ruiz Zapatero, G. (1996). La prospección de superficie en la Arqueología Española. *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló* 17, 7-20.
- Ruiz Zapatero, G. (2007). Imágenes de la sociedad prerromana: Vettones. En M. Barril, y E. Galán, (coords.), *Ecos del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona* (págs. 67-72). Ávila: Institución Gran Duque de Alba.

- Ruiz Zapatero, G. (2009). La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica: un estado de la situación y una agenda para la acción. En *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid* (págs. 187-200). Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Cultura y Deportes. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- Ruiz Zapatero, G., y Álvarez Sanchís, J. (1995). Las Cogotas: oppida and the roots of urbanism in the Spanish Meseta. En B. Cunliffe, y S. Keay, (eds), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century a.D.. Proceedings of the British Academy* 86 (págs. 209-235).
- Ruiz Zapatero, G., y Álvarez Sanchís, J. (2008). Los verracos y los vettones. *Zona Arqueológica* 12, 214-231.
- Ruiz Zapatero, G., y Álvarez Sanchís, J. (2013). Vacceos, vettones y carpetanos ante el ataque de Aníbal. En M. Bendala Galán, M. Pérez Ruiz, y I. Escobar, *Fragor Hannibalis: Anibal en Hispania* (págs. 334-355). Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- Ruiz Zapatero, G., y Burillo Mozota, F. (1988). Metodología para la investigación en Arqueología territorial. *Munibe* 6, 45-64.
- Ruiz Zapatero, G., y Fernández Martínez, V. (1993). Prospección de superficie, técnicas de muestreo y recogida de la información. En *Actas, Inventarios y Cartas arqueológicas (Homenaje a Blas Taracena)* (págs. 87-98). Soria : Junta de Castilla y León.
- Ruiz Zapatero, G., Märtens Alfaro, G., Contreras Martínez, M., y Baquedano, E. (2012). *Los últimos carpetanos: el "oppidum" de El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid). Catálogo de la exposición celebrada del 18 de abril al 25 de noviembre de 2012*. Madrid: Museo Arqueológico Regional.
- Ruiz, B., Andrade, A., Dorado, M., Gil, M., Franco, F., López, P., y Uzquiano, P. (1997). Las transformaciones del ecosistema en la Comunidad de Madrid. *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 5, 95-164.
- Sacristán de Lama, J. D. (2010). El poblamiento y el urbanismo vacceos. En F. Romero Carnicero, y C. Sanz Mínguez, (coord.), *De la región vaccea a la arqueología vaccea: Jornadas científicas conmemorativas del 50 aniversario de la publicación de La Región Vaccea* (págs. 123-162). Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid.
- Sáez, F. (1993). Catálogo de los castillos, fortificaciones y recintos amurallados medievales de la Comunidad de Madrid. En *Castillos, fortificaciones y recintos amurallados medievales de la Comunidad de Madrid* (págs. 73-275). Madrid.
- Sagredo San Eustaquio, L., y Arribas Clemente, E. (1987). *Circulación y evolución monetaria en la provincia de Segovia en la Antigüedad*. Segovia.
- Salas Álvarez, J., y Sanz Ayarzagüena, M. (2014). El poblado minero-metarlógico de El Cerro de los Almadenes (Otero de Herreros, Segovia). *Onoba* 2, 149-178.

- Salas Álvarez, J., San Clemente Geijo, P., y Sebastián Reques, E. (2017). El Cerro de los Almadenes (Otero de Herreros, Segovia): poblamiento rural y paisaje minero en época romana. *Zona Arqueológica* 20, 1, 351-360.
- Salgado Carmona, J. Á., y Vega Rivas, E. (2014). La segunda Edad del Hierro en la cuenca media del río Henares asentamiento y territorio. *Zona arqueológica* 17, 71-84.
- Salinas de Frías, M. (1986-1987). Indigenismo y romanización de Carpetania. *Studia Historica. Historia antigua* 4-5, 27-36.
- Salinas de Frías, M. (1994). Onomástica y sociedad en la epigrafía antigua de las provincias de Salamanca y Ávila. *Zephyrus* 47, 287-309.
- Salinas de Frías, M. (1999). En torno a viejas cuestiones: guerras, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana. En F. Villar, y F. Beltrán, (eds.), *Pueblos, lenguas y escritura en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (págs. 281-293). (Zaragoza, 12-15 de marzo de 1997), Salamanca.
- Salinas de Frías, M. (2001). *Los vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la meseta*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Salinas de Frías, M. (2006). *Los pueblos prerromanos de la península Ibérica*. Madrid: Akal.
- Salinas de Frías, M. (2008). La conquista romana de la Meseta Occidental. *Zona Arqueológica* 12, 394-405.
- Salinas, M. (2007). Las guerras celtibéricas y la conquista romana del valle del Duero. En M. Navarro, y J. J. Palao, (coord.), *Villes et territoires dans le bassin du Douro à l'époque romaine* (págs. 27-44). Bordeaux.
- Sánchez García, Á. (1999). Las técnicas constructivas con tierra en la arqueología prerromana del país valenciano. *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló* 20, 161-188.
- Sánchez Hernández, C., Arribas Domínguez, R., Malalana Ureña, A., Martínez Lillo, S., Matesanz Vera, P., y Sáez Lara, F. (1993). El poblamiento medieval en el curso medio-alto del río Tietar (Ávila). En *IV Congreso de Arqueología Medieval Española, Tomo II* (págs. 345-358). Alicante: Diputación de Alicante, Museo Arqueológico Provincial de Alicante.
- Sánchez Montes, A. L., y Rascón Marqués, S. (2006). La Villa del Val y la necrópolis del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares). *Zona arqueológica* 8, 2, 293-308.
- Sánchez Moreno, E. (2000). *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.
- Sánchez Moreno, E. (2008). De Aníbal a César la expedición cartaginesa de Salamanca y los vetones. *Zona arqueológica* 12, 380-393.
- Sanchez Sanchez-Moreno, V., y Galindo San Jose, L. (2006). Cabañas con cubierta de teja en el yacimiento arqueológico de Frontera de Portugal. *Zona Arqueológica* 8, 2, 470-476.

- Sánchez Sánchez-Moreno, V., Galindo San José, L., y Recio Martín, R. (2006). 'Trabajos arqueológicos en el yacimiento "El Prado de Galápagos". *Zona arqueológica* 8, 2, 447-470.
- Sánchez-Albornoz, C. (1966). *Despoblación y repoblación del valle del Duero*. Buenos Aires: Instituto de Historia de España.
- Sanguino, J., y Borissova, B. (2012). La Ermita de Santiago (Valdemoro). Un área de producción de aceite en el sur de Madrid durante el siglo I al VII d.C. *Actas de las Sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, 63-71.
- Santiago Pardo, J., y Martínez Caballero, S. (2010). La ciudad de Segovia y su territorio. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II: Gentes y Territorio* (págs. 143-182). Segovia: Obra Social Caja Segovia.
- Santonja, M. (1998). El Paleolítico. En M. Mariné, (coord), *Historia de Ávila* vol. I (págs. 1-19). Ávila: Institución "Gran Duque de Alba" de la Excma. Diputación de Ávila.
- Santos Yanguas, J. (2000). La sociedad de Segovia en época romana reflejada en su epigrafía latina. En *Segovia Romana. Catálogo de la exposición Segovia, 29-30 octubre, 2000* (págs. 139-162). Segovia.
- Santos Yanguas, J. (2012). Segovia, ¿municipio flavio o ciudad con estatuto privilegiado en época de Tiberio? Notas de lectura. En *Estudios de Historia Antigua en homenaje al Prof. Manuel Abilio Rabanal* (págs. 143-147). León.
- Santos Yanguas, J., y Hoces de la Guardia y Bermejo, A. (2010). Epigrafía romana de la provincia de Segovia: nuevos hallazgos y nuevos estudios. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II: Gentes y Territorio* (págs. 315-358). Segovia: Caja Segovia.
- Santos Yanguas, J., del, H. J., y Hoces de la Guardia, Á. (2005). *Epigrafía romana de Segovia y su provincia*. Segovia: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia. Obra Social y Cultural.
- Santos Yangüas, J., y Hoces de la Guardia, Á. (2010). Epigrafía romana de la provincia de Segovia: nuevos hallazgos y nuevos estudios. En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coord.), *Segovia Romana II: Gentes y Territorio* (págs. 315-334). Segovia : Obra Social Caja segovia.
- Sasse, B. (1997). Die Westgoten in Südf Frankreich und Spanien. Zum Problem der archäologischen Identifikation einer wandernden "gens". *Archäologische Informationen*, 20/1, 29-48.
- Sastre, I. (2001). *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid.
- Sastre, I. (2006). Las ciudades del centro de la Península Ibérica y el Sistema Central en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media. *Hortus Artium Medievalium* 12, 69-90.
- Schneider, L. (2004). Entre Antiquité et haut Moyen Age: traditions et renouveau de l'habitat de hauteur dans la Gaule du sud-est. En M. Fixot, (ed.), *La méditerranée de P. A. Février 10 ans après, Actes du colloque de Fréjus en l'honneur de P. A. Février* (págs. 173-199). Aix en Provence.

- Sierra Vigil, J. M., y San Miguel Maté, J. C. (1995). Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos. En F. Burillo, (coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1991)* (págs. 389-398). Zaragoza.
- Smith, C. A. (1976). *Regional analysis*. New York and London: Academic Press.
- Soler Segura, J. (2007). Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la Arqueología del paisaje anglosajona. *Trabajos de Prehistoria* 64, 1, 41-64.
- Stevenson, A. C., y Harrison, R. J. (1992). Ancient forest in Spain: a model for land-use and dry forest management in South-west Spain from 4000 BC to 1900 AD. *Proceedings of the Prehistoric Society* 58, 227-247.
- Storch de Gracia, J. (2010). La villa imperial de Los Casares en Armuña (Segovia). En S. Martínez Caballero, J. Santiago Pardo, y A. Zamora Canellada, (coords.), *Segovia romana II. Gentes y territorios* (págs. 366-377). Segovia: Obra Social y Cultural Caja de Segovia.
- Strassoldo, R. (1980). Centre-periphery and system-boundary: culturological perspectives. En J. Gottmann, (ed.), *Centre and periphery: spatial variation in politics* (págs. 27-61). Beverly Hills and London: Sage.
- Strato. (2002). *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Los Cepones (T. M. La Losa, Segovia) afectado por el trazado de la autopista de peaje conexión A-6 (San Rafael) a Segovia*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia.
- Strato. (2003). *Excavación arqueológica en el yacimiento de Carratejera, afectado por la construcción de la variante de Navalmanzano, CL-601 (Segovia)*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia.
- Teja, R. (2002). Introducción. En R. Teja, (ed.), *La Hispania del siglo IV* (págs. 5-17). Bari: Edipuglia.
- Tejerizo García, C. (2011). La arquitectura doméstica en ámbitos rurales en la cuenca del Duero (ss. V-IX): características generales y primeras aproximaciones. En J. Sastre Blanco, R. Catalan Ramos, y P. Fuentes Melgar, (eds.), *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad tardía: nuevas perspectivas* (págs. 259-268). La Ergástula.
- Tejerizo García, C. (2012). Early medieval household archaeology in Northwest Iberia (6th-11th centuries). *Arqueología de la arquitectura* 9, 183-196.
- Tejerizo García, C. (2014). Estructuras de fondo rehundido altomedievales en la Península Ibérica. *Munibe Antropología-Arkeología* 65, 215-237.
- Tejerizo García, C. (2017). *Arqueología de las sociedades campesinas en la cuenca del Duero durante la Primera Alta Edad Media*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Terés Navarro, E., y Larrén Izquierdo, H. (1987). Excavaciones de urgencia y documentación de hallazgos arqueológicos en la ciudad de Ávila. *Cuadernos abulenses* 7, 165-218.
- Tipper, J. (2004). *The Grubenhaus in anglo-saxon England*. Yedingham: Landscape Research Centre.



- Tobler, W. (1993). Three presentations on Geographical Analysis and Modelling: 1) Non-istropic modelling 2) Speculations on the geometry of geography 3) Global spatial analysis. *National Center for Geographic Information and Analysis, Technical Report 93-1* ([http://www.ncgia.ucsb.edu/Publications/Tech\\_Reports/93/93-1.PDF](http://www.ncgia.ucsb.edu/Publications/Tech_Reports/93/93-1.PDF)).
- Toynbee, A. (1954). *A study of history*, vol. 8. Oxford: Oxford University Press.
- Troitiño Vinuesa, M. Á. (2000). El territorio medieval abulense y su potencial ecológico. En Á. Barrios García, (coord.), *Historia de Ávila, vol. II. Edad Media (siglos VIII-XIII)* (págs. 43-116). Ávila: Diputación de Ávila, Institución Gran Duque de Alba.
- Turina, A., y Retuerce, M. (1987). Arqueología más reciente. En *130 años de arqueología madrileña* (págs. 166-187). Madrid.
- UNESCO. (2013). *Operational Guidelines for the Implementation of the World Heritage Convention*. Paris : UNESCO World Heritage Centre.
- Urbina Álvarez, A. (2002). Hallazgo de dos pizarras con inscripción en el hábitat tardoantiguo del Cerro de la Virgen del Castillo (Bernardos, Segovia). *Faventia* 24, 1, 135-144.
- Urbina Álvarez, A. (2006). Pizarras con inscripción de época Hispanovisigoda en la Provincia de Madrid. *Zona Arqueológica* 8,3, 781-786.
- Urbina Martínez, D. (2004). Claves de la secuencia del poblamiento de la Edad del Hierro en el Centro de la Península. En *Actas do IV Congresso de arqueologia peninsular. As cidades do Bronze e do Ferro na Península Ibérica* (págs. 15-27).
- Urbina Martínez, D. (2014). Tierras, huesos, semillas y personas. Economía y sociedad en Carpetania. *Zona Arqueológica* 17, 175-200.
- Urbina Martínez, D., Morín de Pablos, J., y Agustí García, E. (2007). Una puerta hacia la comprensión de la Edad de Hierro en el valle del Manzanares los yacimientos de Las Camas y La Gavia (Madrid). En J. Morín de Pablos, (coord.), *Primer Simposio de la Investigación y Difusión Arqueopaleontológica en el Marco de la Iniciativa Privada: Madrid, Guadalajara 24 y 25 de octubre de 2007 : Primer Simposio AUDEMA* (págs. 157-194). Madrid : Auditores de Energía y Medio Ambiente, 2007.
- Urquiano, P., y Ruiz Zapata, M. (2014). Encuentros en la Carpetania: panorama de los estudios arqueobotánicos en el centro peninsular. *Zona arqueológica* 17, 387-406.
- Uscatescu, A., y Fuentes, Á. (2012). La ermita Virgen de Torre (Vallecas-Vicálvaro): un espacio altoimperial ¿artesanal o comercial? En *Actas de las sextas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid (Alcalá de Henares, 2009)* (págs. 83-98). Madrid: Comunidad de Madrid.
- Valiente Cánovas, S. (1987). La cultura de la II Edad del Hierro. En *130 años de Arqueología madrileña* (págs. 121-133). Comunidad de Madrid.
- Vaquerizo Gil, D. (2008). Topografía y usos funerarios en la capital de Baetica. *Archaeologia Classica* vol. LIX, nº 9, 63-111.

- Vega Miguel, J. J., y otros (2011). Indicios de romanización en el valle medio del Jarama. *Actas de las Octavas Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, 541-545.
- Vega y Miguel, J., Méndez Madrid, J. C., Mendiña García, R. C., Díez Baranda, S., y Cuesta Salceda, M. (2014). El poblado "en espolón" carpetano del cerro de "Fuente de la Mora" en Leganés (Madrid). *Zona arqueológica* 17, 223-234.
- Velázquez Soriano, I. (2000). *Documentos de época visigoda escritos en pizarra (Siglos VI-VIII)*. Turnhout: Brepols, cop. 2000.
- Verde, C. d. (2011). *Las villas romanas de Villa Verde -una aproximación a su historia-*. Obtenido de Cronistas de Villa Verde: <http://www.espinillo.org/barrio/historia/arqueologia/201106-N3-Villas-Romanas.pdf>
- Vigil Escalera-Guirado, A., y Quirós Castillo, J. A. (2013). Un ensayo de interpretación del registro arqueológico. En J. A. Quirós, (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania: arqueología del campesinado en el interior peninsular* (págs. 367-400). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2000). Cabañas de época visigoda: evidencias arqueológicas del Sur de Madrid. Tipología, elementos de datación y discusión. *Archivo Español de Arqueología* 73, 245-273.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2003a). Arquitectura en tierra, piedra y madera en Madrid (ss. V-IX). Variables materiales, consideraciones sociales. *Arqueología de la arquitectura* 2, 287-291.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2003b). Los poblados de época visigoda del Sur de Madrid: algunos aspectos económicos y sociales. En *I Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid* (págs. 51-68). Alcorcón.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2007). Granjas y aldeas altomedievales al norte de Toledo (450-800 d.C.). *Archivo Español de Arqueología* 80, 239-284.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2009a). Apuntes sobre la genealogía política de granjas y aldeas altomedievales. En I. Martín Viso, (ed.), *¿Tiempos oscuros? Territorio y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos VI-X)* (págs. 31-44). Salamanca.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2009b). Las aldeas altomedievales madrileñas y su proceso formativo. En J. Quirós Castillo, *The archaeology of early medieval villages in Europe, Documentos de Arqueología e Historia* 1 (págs. 315-339). Bilbao: Servicio editorial de la Universidad del País Vasco.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2009c). Sepulturas, huertos y radiocarbono (siglos VIII-XIII d.C.). El proceso de islamización en el medio rural del centro peninsular y otras cuestiones. *Studia Historica, Historia Medieval* 27, 97-118.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2012a). Apuntes sobre la arquitectura de los hogares y hornos domésticos altomedievales del centro de la península Ibérica (siglos V-VIII d.C.). *Arqueología de la Arquitectura*, 9, 165-180.

- Vigil-Escalera Guirado, A. (2012b). El asentamiento encastillado altomedieval de la Dehesa de la Oliva (Patones, Madrid). En J. Quirós Castillo, y J. Tejado Sebastián, (coord.), *Los castillos altomedievales en el noroeste de la península ibérica* (págs. 239-262). Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2013a). El espacio doméstico en el ámbito rural del centro de la Península Ibérica entre los siglos V y IX d.C. En *El espacio doméstico en la península Ibérica medieval. Sociedad, familia, arquitectura, ajuar* (págs. 1-17). Granada: Escuela de Estudios Árabes, CSIC.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2013b). El registro arqueológico del campesinado del interior peninsular en época altomedieval. En J. A. Quirós Castillo, (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania* (págs. 65-258). Universidad del País Vasco.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2013c). Prácticas y ritos funerarios . En J. A. Quirós Castillo, (ed), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania* (págs. 259-288). Universidad del País Vasco.
- Vigil-Escalera Guirado, A. (2015). *Los primeros paisajes altomedievales en el interior de Hispania. Registros campesinos del siglo quinto d. C.* Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Servicio de Publicaciones .
- Vigil-Escalera Guirado, A., y Tejerizo García, C. (2014). Asentamientos fortificados altomedievales en la meseta. En P. F. Raúl Catalán Ramos (coord.), *Las fortificaciones en la tardoantigüedad: Élite y articulación del territorio (siglos V-VIII d.C.)* (págs. 229-246). Madrid: La Ergástula.
- Vigil-Escalera, A., y Vírveda Sanz, L. (2007). *Memoria: excavación arqueológica en el yacimiento "Encadenado/El Soto". Campaña 2005 (Barajas, Madrid)*. Memoria inédita, ÁREA, S.C.M., depositada en la DGPH de la Comunidad de Madrid (IV-07).
- Vincent, J. M. (1991). Fundamentos teóricos y metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica. En *El cambio cultural del IV al II milenio a.C., en la comarca NW de Murcia* (págs. 29-117). Madrid: Ed. López García, P.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System, vol 1*. Nueva York: Academic Books.
- Walsh, K. (2013). *The archaeology of mediterranean landscape*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ward-Perkins, B. (1996). Urban continuity? En N. Christie, y S. T. Loseby, (eds.), *Towns in transition: urban evolution in late antiquity and the Early Middle Ages* (págs. 4-17). Vermont: Ashgate.
- Wickham, C. (2002). Asentamientos rurales en el Mediterráneo Occidental en la Alta Edad Media. En C. Trillo, *Asentamientos rurales y territorio en el Mediterráneo medieval* (págs. 11-29). Granada: Athos-Pérgamos.
- Wickham, C. (2009). *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford: University Press.

- Winter, A., y Bankoff, H. A. (1995). Diffusion and cultural evolution in Iron Age Serbia. En T. Champion, (ed.), *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*. London: Rourledge.
- Wood, J. (2015). Borders, Centrs and Peripheries in late Roman and Visigothic Iberia. *International Journal Of Regional And Local History*, vol.10, 1, 1-17.
- Yravedra Sainz de los Terreros, J. (2006). Zooarqueología visigoda en el yacimiento visigodo de Barranco del Herrero. *Zona Arqueológica* 8, 3, 955-962.
- Zamora Canellada, A. (1987). Segovia en la Antigüedad. En *Historia de Segovia* (págs. 45-48). Segovia.
- Zamora Canellada, A. (1998). *Guía breve. Museo Zuloaga. Segovia. San Juan de los Caballeros*. Segovia.
- Zamora Canellada, A. (2008). Fortificaciones en la provincia de Segovia. Hacia un inventario. En E. Illarregui, y M. Larrañaga, (eds.), *Armamento e iconografía en la Antigüedad y la alta Edad Media, Anejo I, Oppidum* (págs. 139-175). Segovia.
- Zamora Merchán, M. (2008). Improving methods for viewshed studies in Archaeology: the vertical angle. *Proceedings of the 36th CAA Conference, Budapest, 2-6 April*, 614-622.
- Zamora Merchán, M. (2016). El uso de los SIG en la arqueología española: enfoques y planteamientos veinte años después. *Anejos a CuPAUAM* 2, 347-359.
- Zozaya, J. (1987). Notas sobre las comunicaciones en el al-Andalus omeya. En *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. I (págs. 219-228). Madrid.